GORE

VIDAL

Washington D.C.

«La mejor de las novelas contemporáneas sobre la capital de Estados Unidos.»

Joseph Kraft, *The New Yorker*

La capital del país más poderoso del mundo es escenario de las luchas de Clay Overbury, hombre de confianza de un influyente senador. Clay es un joven apocado y de orígenes humildes, pero la ambición lo convierte en un hombre nuevo, capaz de abjurar incluso de su lealtad política.

En esta novela, Gore Vidal consecuente con el propósito de novelar la historia de su país, plasma una versión única de la pequeña ciudad que rige los destinos de millones de ciudadanos.

Gore Vidal

Washington D.C.

Narrativas del Imperio 6

Título original: *Washington D. C.*
Gore Vidal, 1967
Traducción: Marita Osés Serda

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

- Washington D. C.
- Uno
  - ★ 1 ★
  - ★ 2 ★
  - ★ 3 ★
  - ★ 4 ★
  - ★ 5 ★
  - ★ 6 ★
- Dos
  - ★ 1 ★
  - ★ 2 ★
  - ★ 3 ★
  - ★ 4 ★
- Tres
  - ★ 1 ★
  - ★ 2 ★
  - ★ 3 ★
- Cuatro
  - ★ 1 ★
  - ★ 2 ★
  - ★ 3 ★
  - ★ 4 ★
  - ★ 5 ★
  - ★ 6 ★
- Cinco
  - ★ 1 ★
  - ★ 2 ★
  - ★ 3 ★
- Seis

★ 1 ★
★ 2 ★
★ 3 ★
★ 4 ★
★ 5 ★
Siete
★ 1 ★
★ 2 ★
★ 3 ★
★ 4 ★
Ocho
★ 1 ★
★ 2 ★
★ 3 ★
★ 4 ★
★ 5 ★
Nueve
★ 1 ★
★ 2 ★
★ 3 ★
EPÍLOGO
Sobre el autor
Notas

Para Barbara y Frederick W. Dupee

Uno

★ 1 ★

Estallo la tormenta sobre la casa. La lluvia caía dibujando diagonales oscuras en el césped de verano. Un viento furioso doblaba los sauces, partía los arbustos de zumaque, sacudía los olmos. El centro de la tormenta estaba ahora tan cerca que el resplandor de los rayos y el estrépito de los truenos iban casi al unísono, poniendo fin a la oscuridad, y quebrando el silencio. En rápidos intervalos, lanzas, tridentes y lenguas de serpiente de un fuego color azul iluminaban los árboles doblegados, la lluvia que caía y el negro fluir del río que corría al pie de la colina en la que se elevaba la casa.

Peter Sanford se refugió debajo de un olmo preguntándose qué posibilidades tendría de que le alcanzase un rayo. Fantástico, pensó, al ver tres serpientes de fuego entrelazadas que desaparecieron entre los árboles al otro extremo del césped y luego resonó el latido de un trueno tardío. Se tapó los oídos con las manos demasiado tarde: el ruido le retumbó en la cabeza dolorosamente.

Luego cambió el viento. La lluvia le salpicó la cara. Se apretujó contra el tronco del árbol y, entornando los ojos, observó cómo aparecía y desaparecía rápidamente la fachada georgiana de imitación a merced de la luz, como un viejo fotograma desigual y sobreexpuesto. En el interior de la casa, la fiesta continuaba, ignorando el precioso caos del exterior.

—¡Vamos! —gritó mirando al cielo—. ¡Vamos!

La tormenta siguió su curso. Excitado por esta obediencia, salió del refugio que le ofrecía el árbol y, abriendo los brazos, echó hacia

atrás la cabeza dejando que la lluvia le cubriese la cara. Por fin formaba parte de la naturaleza y era algo a lo que temer en la noche.

Inesperadamente, oyó un ruido como un hacha partiendo madera y un rayo azul resquebrajó el cielo, agarrotándole la mandíbula por un momento y sintiéndose envuelto en una enorme membrana hormigueante. Luego olió a azufre. Cerca de allí había caído un rayo sobre un árbol.

—¡Vamos! —rugió al siguiente trueno que empezaba a redoblar —. Te desafío. ¡Estoy aquí! ¡Alcánzame!

Pero esta vez la oscuridad fue su única respuesta y un súbito amainar del viento.

Roto el circuito de poder, dejó de ser un dios, por lo que, al igual que Lucifer ante las temidas hordas de la Luz, salió corriendo por el césped. Pero los zapatos llenos de agua entorpecían su avance, como en el sueño en el que sabía que nunca podría alejarse de sus perseguidores. Con la respiración entrecortada, pasó lentamente y a saltos ante una estatua de mármol de Venus y una de yeso del dios Pan; luego, descendió una breve escalera que llevaba a la piscina, donde se detuvo y se sacó los zapatos.

Descalzo, se dirigió a los vestuarios. La puerta del de hombres estaba abierta y sonaba la música en la oscuridad: alguien se había dejado la radio encendida. Al disponerse a entrar, un rayo le reveló a un hombre y una mujer haciendo el amor en una colchoneta de goma. El hombre no llevaba más que zapatos y calcetines sujetos con ligueros que colgaban medio sueltos mientras él consumaba su obstinado trabajo abrazado por unas largas piernas como las de un luchador en el asalto final. No se veían los rostros, sólo los cuerpos necesarios. Al cesar, el rayo puso fin a la revelación.

Se quedó de pie bajo la lluvia, incapaz de moverse, sin saber si los amantes eran reales o meras creaciones de los rayos que se disipaban cuando éstos terminaban; a menos, naturalmente, que estuviese soñando uno de esos sueños de los que se despertaba con ese dolor que es, a la vez, agudo placer, por haber amado dormido.

Pero la lluvia fría era real, y también el suave gemido procedente del vestuario. Salió huyendo.

Entró en la casa grande por la puerta de atrás. Al fondo de un pasillo oscuro que olía a extracto de carne podía ver la cocina, una habitación cuadrada y blanca llena de luz y de calor, y oyó al cocinero francés regañando a su pinche sueco. Sin ser visto, Peter subió las escaleras traseras hasta el segundo piso, donde, como un ladrón, abrió la puerta que separaba las habitaciones de servicio de la casa y atravesó el rellano como una flecha hasta su habitación, situada en lo alto de la escalera principal. Pero se detuvo, esperando perversamente que alguien le viese: «¿Dónde te has metido? ¡Estás empapado!». Sin embargo, no apareció nadie y, no encontrando rival, entró en su dormitorio y cerró la puerta con llave; por fin a salvo.

Después de sacarse la ropa mojada, se restregó con una toalla frente al espejo de la puerta del baño. No podía eludir el hecho de tener dieciséis años y, por lo tanto, no la edad suficiente como para empezar una vida de adulto. Había sido siempre un crío, una situación intolerable que no podía durar mucho tiempo más. La toalla áspera en la piel, junto con el recuerdo de lo que acababa de ver, le excitó. ¿Lo hacía o no? Decidió que no e hizo planchas hasta que se le pasó. Martirizado a diario por la carne, sabía que si no estrechaba pronto otro cuerpo entre sus brazos, explotaría, como una de esas *novae* blancas que estallan en mil estrellas destrozando miles de mundos, tal como a él le gustaría que le sucediese en su estado solitario. A veces, por la noche, golpeaba la almohada una y otra vez con fuerza mortal, sabiendo al mismo tiempo que para él todavía no había a quien querer o asesinar sobre la faz de la tierra.

Mirándose al espejo con admiración, dejó escapar un prolongado grito de Tarzán que le lastimó la garganta, pero apaciguó su espíritu. Y mientras lo hacía, observó, con el desapego de un extraño, sus venas abultadas en las sienes, mientras el cuello y las mejillas se sonrojaban. Luego paró; la tormenta siguió.

Aliviado, se puso un traje blanco idéntico al que había llevado durante la cena. Nadie debía saber que había estado fuera, y aun menos los amantes, que se hallaban, si no presentes durante la cena, sí entre los que habían llegado después, de ello estaba seguro. Sea como fuere, ahora debía perseguirlos despiadadamente como el inspector de *Les Misérables*. Y cuando por fin los encontrase… Interrumpió sus fantasías preguntándose qué haría. Pero, naturalmente, no tendría que *hacer* nada ya que era suficiente poder añadir dos nuevas imágenes a su galería de amantes fantasmas, sustitutos de lo que seguramente se materializaría pronto en carne auténtica.

Peter Sanford entró en el salón en el momento en que su padre iba a proponer un brindis.

—Muy bien. Ahora a callar todo el mundo. Éste es un brindis de victoria.

Blaise Delacroix (pronunciado Della Crua) Sanford tenía la tez oscura y la expresión orgullosa, y un acento de Nueva Inglaterra disonante no sólo para los oyentes sureños sino para su propio hijo Peter, que tenía el suave acento de Washington, D. C., con vocales largas y lentas y consonantes rápidas e indistintas. Pero Blaise Sanford podía haber hablado en latín y le habrían escuchado con todo respeto, porque era inmensamente rico. Su abuelo había vestido a las mujeres del Oeste con tela de guinga, lo que le permitió dejar una fortuna al padre de Blaise, un hombre indolente y melancólico que había duplicado su herencia invirtiendo por pura casualidad en el ferrocarril que había que invertir. Desconcertado por este golpe de suerte, cambió América por Francia, estableciéndose en Saint Cloud, donde hizo todo lo que pudo para poder disfrutar de la *Belle Époque* con Emma, su segunda esposa, princesa de Agrigento, hija única del historiador americano Charles Schermerhorn Schuyler, hijo ilegítimo de Aaron Burr, un vínculo que deleitaba a Blaise, al que le gustaba decir que descendía del saturnino vicepresidente, faltando a la verdad: la madre de Blaise no fue Emma sino una dama del Sur que había muerto al dar a luz a

Blaise. Con todo, en la biblioteca había un retrato de Aaron Burr en la pared; y en el escritorio de Blaise habían un montón de papeles que pertenecían a Charles Schermerhorn Schuyler guardados bajo llave. Se decía que eran documentos escandalosos. Aunque en familia se hablaba del tema a menudo, de hecho nadie había llegado a leerlos.

Con el tiempo, el padre de Blaise volvió a enviudar (extrañamente, la bella Emma murió igual que su primera esposa, en el parto; pero Emma ya no era joven). Sanford se sumió en una honda depresión que no terminó hasta el día en que fue lanzado por su caballo a las vías del tren en el preciso momento en que el tren Azul pasaba con estrépito, lo que añadió significado a la locomotora estilizada que había incorporado al escudo de los Sanford. Tan pronto como Blaise heredó la fortuna, regresó a Estados Unidos con toda la intención de dominar aquella república plácida, si bien algo insólita (todavía no había estallado la primera guerra mundial y en el extranjero los norteamericanos seguían siendo una novedad y una fuente de diversión). Pero como le había comentado en una ocasión un amigo de la familia a Peter, aunque su padre poseía la ambición de César, desafortunadamente su estilo político era el de Coriolano. Demasiado altivo y orgulloso como para mostrar sus heridas en público, se vio obligado a buscar el mismo mundo en otra parte.

Blaise compró un periódico que estaba en las últimas, el *Washington Tribune*, y lo convirtió en un éxito, en gran parte porque podía ser osado cuando los de ingresos menores tendían a ser tímidos. Se convirtió en un poder en el terreno de la política. En la orilla del Potomac que daba a Virginia se construyó una mansión al estilo georgiano y la llamó Laurel House. Allí recibía a senadores y miembros del gobierno, jueces y diplomáticos; los grandes y los ricos, los listos, y, si hubiese tenido ese poder, también habría convocado a los muertos. Incluso los políticos poderosos de las regiones más rústicas, orgullosamente toscos (tirantes colorados, camisas sin cuello, botas de vaquero: cada uno tenía su marca campechana), abandonaban alegremente sus demóticos atavíos para

ir a Laurel House y formar parte, si bien brevemente, de aquel círculo mágico que constituía el verdadero centro. Si París bien valía una misa, Laurel House justificaba el esmoquin.

Peter admiraba a su padre, aunque no le agradaba, de la misma manera que le gustaba su madre, pero no la admiraba. El caso es que desde el mes de junio, en que había acabado la escuela, había estado jugando a dios, estudiando a las personas de su alrededor como con el telescopio al revés. Pero aunque las disminuía adecuadamente mediante este escrutinio, el mundo de los adultos le seguía resultando desconcertante; en especial, le confundían los que se reunían en el salón de su padre. Parecían dedicarse a una especie de charada, que ellos conocían pero él no, y aunque a veces le parecía saber a qué se dedicaban, algo raro ocurría y el misterio se reanudaba. No obstante, confiaba en que un día todo se le haría claro. Y cuando esto sucediese, gritaría a los jugadores de la habitación: «Muy bien. Ya lo tengo. Ya sé el juego. Gano yo. Podéis volver todos a casa». Pero de momento estaba todavía en el punto de partida y el juego proseguiría todavía durante mucho tiempo, antes de desvelarse su secreto.

En medio de la sala, Blaise estaba de pie, pequeño pero erguido, bajo la araña con tres plumas de cristal, emblema del príncipe regente, decía siempre la señora Sanford a los visitantes que la admiraban.

Peter se unió al grupo que se había congregado alrededor de su padre como lobos en torno a un cordero. No, decidió, como corderos alrededor de un lobo, deseosos de servir al carnívoro. Aquél era el aspecto del juego que Peter había comprendido siempre. Blaise era rico, los demás no. No obstante, el dinero en sí no impresionaba tanto a Peter como lo que había visto en el vestuario de la piscina. Inesperadamente, la imagen volvió y se vio obligado a meterse la mano en el bolsillo del pantalón. Mientras lo hacía, echó una ojeada a la sala, preguntándose si los amantes habrían vuelto. De lo contrario, ¿quién faltaba?

Había habido una cena para veinte; después, habían llegado unas doce parejas más. Era la consabida mezcla de políticos y diplomáticos y visitantes del lejano mundo de Nueva York en Laurel House. El ambiente estaba animado y algunos de los hombres más dignos y algunas de las más espléndidas mujeres hablaban y reían demasiado alto; su padre, no obstante, impuso silencio.

—¿Todo el mundo tiene copa? ¿Tú, Burden? ¿No? ¡Maldita sea! Que le den una copa al senador Day. ¡Él es el motivo de nuestra celebración!

El mayordomo sirvió una copa de champán al senador Day.

De todos los senadores, James Burden Day era el que más se acercaba al ideal del senador romano clásico de Peter. Burden Day, de cabello blanco y porte majestuoso, se movía con una dignidad consciente que, más que asombrar, seducía. Con un gesto ceremonioso, el senador elevó su copa. Pero aunque sonreía con la sonrisa de un político, sus ojos eran los de un hombre que ha visto el día y la hora de su muerte escritas en la pared, una expresión sombría que a Peter le parecía de lo más atractiva, porque también era algo melodramático después de haber leído a Poe el invierno anterior.

—No voy a conceder a Burden todo el mérito… —empezó Blaise.

—Naturalmente —dijo su mujer.

El cabello rubio y la expresión amable de Frederika Sanford hacían sentir a los nuevos conocidos tan cómodos, que se quedaban pasmados cuando descubrían que Frederika no sólo tenía una lengua viperina, sino que le resultaba prácticamente imposible permitir que un silencio o incluso una pausa en el discurso de alguien quedara vacío. Era una experta de la interjección inesperada; la palabra breve, mordaz, lanzada como una piedra con un tirachinas. Como resultado de ello, los que convivían con ella se habían convertido en poderosos conversadores, incapaces de detenerse en busca de la palabra adecuada, temerosos de que ella les pudiera intercalar la que no tocaba.

Blaise siguió hablando mientras su esposa decía «naturalmente».

—El distinguido senador de la zona más importante de América, ¡ayudado por el *Washington Tribune*!

Amago de aplausos y abucheos mientras Blaise se señalaba a sí mismo.

Peter recorrió con la mirada la sala para ver quién faltaba. Sentada en un sofá estaba Diana Day, hija del senador, cuyas piernas le pareció reconocer por un momento a la luz del relámpago. Pero era imposible. Diana era demasiado tímida para entregarse a un hombre con los ligueros colgando en una casa extraña durante una fiesta. Además, era fea, sin maquillaje, y tenía el cabello como las plumas de una gallina marrón. Pero, aunque llevaba una ropa demasiado vieja para ella, Peter reconoció un buen cuerpo bajo la insípida tela.

—Pero Burden y yo y unos cuantos hombres más con principios…

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —decía el auditorio.

—¡Hemos logrado parar los pies a nuestro distinguido presidente, el nada honorable Franklin Delano Roosevelt!

Abucheos y vítores del auditorio. La mayoría de los presentes eran enemigos de la Administración, aunque, como de costumbre, había también algunos partidarios del New Deal, deseosos de mostrar a Blaise Sanford que los cuernos eran desmontables y sus pezuñas nada más que habladurías, y su necesidad de publicidad tan acuciante como la de cualquier otra persona.

—Este es un gran día para nosotros. Para el país. Para nuestro tipo de gobierno. Todos debemos recordarlo. Veintitrés de julio de 1937. —Habiendo cometido un error, Blaise se vio obligado a enfrentarse con la memoria infalible de su mujer para fechas y números.

—Veintidós de julio, querido —le interrumpió Frederika por encima de «1937», abandonando la política habitual de esperar hasta la pausa natural.

Por un instante, Blaise frunció el entrecejo; luego se rió. Como siempre, otras personas le corearon la risa.

—Y aquí me tienen, a punto de grabar una fecha equivocada en el corazón de todos. Muy bien, veintidós de julio de 1937, en el Senado de Estados Unidos, la ley del presidente para corromper el Tribunal Supremo y subvertir la constitución ha sido enterrada para siempre. Lo que significa que la dictadura con la que sueña el señor Roosevelt ha sido como mínimo aplazada. Y tenemos que agradecer este respiro a Burden Day y al subcomité judicial. Damas y caballeros, ¡por el senador Day!

Después del brindis bebieron seriamente, porque la política era algo que se tomaba en seno en Laurel House. Peter sabía que su padre creía en todo lo que decía por la sencilla razón de que él mismo creía en las mismas cosas. Ni una sola vez se cuestionó Peter la perversidad del presidente o la bondad de los enemigos de éste, de los cuales James Burden Day era, en aquel momento, el más conspicuo.

El senador Day respondió al brindis simulando un apocamiento que le resultó a Peter completamente satisfactorio en una persona que aquella misma mañana había humillado a un presidente delante de todo el mundo.

—Blaise, amigos…, no diré «amigos míos» —dijo, parodiando al presidente con una precisión asombrosa, y todo el mundo se rió—. Hoy hemos hecho un buen trabajo. Según la prensa, yo iba a «cargarme» al presidente porque no me gusta. De acuerdo, no me gusta. Pero no era eso lo que estaba en juego. Y aunque soy un buen demócrata…

El senador hizo una pausa y recibió su merecido.

—¿Quién lo dice? —dijo la señora Sanford.

Los invitados volvieron a reír. El senador esbozó una sonrisa tolerante. Luego, inesperadamente, se puso a hablar del fallecimiento reciente de su amigo Joe Robinson, el líder de la mayoría en el Senado. Explicó cómo había ayudado a Joe en el hemiciclo del Senado cuando había sentido el inicio del ataque cardíaco que acabaría con su vida aquella noche. Contó cómo se sentó junto a Joe en la antesala y mientras su amigo se balanceaba

adelante y atrás, luchando por respirar, hablaron de la ley del Tribunal que Robinson había jurado que entregaría al presidente. Creía contar con la mayoría. Burden estaba persuadido de lo contrario, pero sospechando que Joe estaba agonizando, le aseguró que la ley sería aprobada porque «quería a Joe Robinson. Todos le queríamos».

—Quería a Joe Robinson. Todos le queríamos —se repitió Peter. Algunas palabras le resonaban en la cabeza; otras se convertían en un guión; muchas se traducían en imágenes. Pero siempre que intentaba decidir cómo trabajaba su mente, perdía todo sentido de sí mismo, como le sucedía en las noches claras en las que, mirando fijamente el firmamento, se sobrecogía al pensar en la infinidad de soles y de mundos no humanos. Firmamento. Noche. Estrellas. Marte. Tars Tarkas de Thark, el gigante verde estaba junto a él, atravesando el desierto rojo del antiguo Marte rumbo al lugar donde se ocultaba la bella princesa Thuvia. Apareció un polvo rojizo en el horizonte. «Aquí viene», masculló a su compañero de armas. «Estamos preparados, oh Peter», dijo Tars Tarkas y con sus cuatro brazos desenvainó cuatro espadas.

—Enterramos a Joe la semana pasada en Little Rock. No creo que desvele ningún secreto diciendo que en el tren de regreso a Washington, el vicepresidente se volvió a mí y me dijo: «Bueno, éste es el final de Franklin. Y espero que vosotros, chicos, encontréis la manera de echar tierra sobre esta ley». Lo hemos hecho. Hoy. Y tengo el presentimiento de que el presidente ha aprendido una lección que le costará olvidar. Que ni siquiera él puede trastocar el sistema de controles y equilibrios que nuestros antepasados…

Pero Burden Day, claramente consciente de que su voz había pasado de invitado de salón a político, terminó bruscamente mascullando en cuatro palabras que sin el *Washington Tribune* y Blaise Sanford en aquel momento podría haber habido trece magistrados en lugar de nueve en el Tribunal Supremo. Después de una salva de aplausos, la conversación se hizo general.

Solo junto a la chimenea, Peter bebía zarzaparrilla y comía patatas fritas mientras mataba a los últimos Sacerdotes Marcianos de peluca blanca. Luego, se volvió a Thuvia, que lo esperaba con los labios entreabiertos y las plateadas piernas abiertas… Sabía de quién eran aquellas piernas.

Vestida de amarillo paja, su hermana Enid apareció en la habitación, con las mejillas sonrosadas en su rostro pálido, y los ojos enormes de placer, con el pelo empapado, a pesar de que acababa de peinarse. Su regreso había pasado inadvertido, hecho insólito puesto que lo típico de Enid era hacerse notar, sin esfuerzo por su parte. Se deslizó hasta el bar y se sirvió un whisky, hecho igualmente insólito: Enid apenas bebía. Peter miró hacia el vestíbulo para ver con quién había estado. Pero el hombre de los ligueros se había ido a casa o reaparecería más tarde para evitar sospechas. Furioso, Peter intentó recordar quién había asistido a la cena. Cerró los ojos para concentrarse más.

Enid le retorció el flequillo en dirección contraria al remolino, haciendo que de pronto le saltasen lágrimas de dolor.

—¡Suelta! —le dijo, apartándole la mano de un manotazo.

Ambos tenían experiencia en torturar al otro. Aunque ella tenía la ventaja de ser tres años mayor que él, la edad biológica de Peter lo hacía físicamente más fuerte que ella, pero en vano, puesto que en el proceso en que él se encontraba, era tan imposible tocarla físicamente como sostener fuego en la mano. Era demasiado peligroso, como ambos sabían muy bien.

—¿Dónde has estado?

—En la caseta de la piscina. —Le sorprendió la sinceridad de su hermana, y luego la rápida serenidad con la que le mintió—. Me he ido a pasear después de cenar y me ha sorprendido la tormenta. Todavía tengo el pelo mojado. Escucha esos truenos.

Pero Peter no podía oír más que el latido rápido y monótono de su propio pulso.

—¿Con quién has ido?

—Con mi amante, ¿quién si no?

Contra su voluntad, Peter la encontró inesperadamente odiosa.

—¿Tienes un amante? ¿Aquí?

Enid se rió y le peinó el flequillo en dirección del remolino, una sensación no desagradable. Pero no podía soportar que lo tocara. Saltó de la silla.

—¿Quién es?

Pero Enid se limitó a sonreír y a desperezarse lánguidamente ante la chimenea, y Peter, delante de aquel cuerpo, se sintió furioso.

—¿Quién? —pudo pronunciar apenas.

Enid le miró fijamente, ya sin sonrisa, más desconcertada que suspicaz.

—¿Con quién iba a estar, idiota? Estaba sola.

—¿Ah, sí?

El tono era tan inquisidor que Enid se rió.

—De acuerdo. No estaba sola. Estaba con Harold Griffiths. Hemos hecho el amor en una colchoneta de goma en la caseta de la piscina, en el vestuario de hombres, mientras escuchábamos la radio. No recuerdo qué emisora. ¿Estás satisfecho?

Peter miró, detrás de ella, a Harold Griffiths, que era bajo y fornido con una cabeza de león y ojos de color ágata pálido. Era un poeta de Nueva York que trabajaba de crítico en el *Tribune*. Casi nunca dejaba de hablar y Peter le consideraba el hombre más brillante de Washington. Pero estaba seguro de que Harold no había salido de la casa. En todo caso, aquellas piernas cortas y arqueadas no eran las que había visto en la caseta de la piscina. Peter sacudió la cabeza.

—No era Harold.

—Pues sí. Y además me voy a casar con él. Va a hacer de mí una mujer decente, después de lo que hemos hecho.

Peter le dio la espalda.

—Vete al diablo —murmuró súbitamente en tono neutro.

Eligió la patata frita más grande y se la comió. Al fin y al cabo, no era asunto suyo.

Estaba a punto de irse de la sala cuando su madre le hizo señal de que se acercara hacia donde estaba con el senador Day y Diana. Los tres estaban sentados en línea en el sofá, como dianas de tiro del parque de atracciones Glen Echo. Peter sintió el súbito deseo de empuñar una escopeta. Bang, bang, bang, caerían los tres. Uno, dos, tres, y él ganaría un osito de peluche. Pero luego volverían a aparecer, listos para el siguiente cliente.

Se sentó frente a ellos con expresión atenta. Sabía que siempre que su madre lo llamaba a unirse a los adultos era porque Estaban Hablando de Cosas Importantes.

El senador hablaba del presidente. Peter apenas le había oído hablar de otro tema. El presidente era la ballena blanca del senador, perseguida a muerte y más allá de ella.

—Decir que quiere ser un dictador es demasiado simple. De hecho, creo que no sabe lo que quiere. No tiene un plan maestro, gracias a Dios. Pero todas sus improvisaciones, sus gestos, son los de un hombre que quiere centrar en sí mismo todo el poder.

—Pero ¿por qué? —dijo Diana Day, que raramente hablaba, sonrojándose.

Estaba claro que se había sobresaltado a sí misma, al tiempo que deleitaba a su padre, que la miró con admiración mientras la señora Sanford decía:

—Porque es ese tipo de hombre.

—Lo que quería decir era… —Peter notó que Diana tartamudeaba un poco— que quizá piensa que está actuando bien, como sucedió en 1933 cuando tuvo que crear puestos de trabajo.

—¡Presuntuoso! —exclamó la señora Sanford, enlazando esta nueva interjección con la anterior como si Diana no hubiese hablado —. Su forma de echar atrás la cabeza, ¡y esa horrible sonrisa! Todo es por ser minusválido —añadió intencionadamente—. *Le afectó el cerebro*. Todo el mundo lo sabe.

—Eso es demasiado fácil —dijo el senador Day dando vueltas su vaso de whisky primero hacia la derecha, luego en sentido contrario. A Peter le dolía el flequillo—. Diana —dijo el senador, dedicando a su

hija una curiosa sonrisa—, sospecho que eres una partidaria secreta del New Deal.

La chica se puso todavía más colorada; se le empañaron los ojos. Aunque Peter la conocía de toda la vida, raramente la oía decir algo más que una o dos frases convencionales. Siempre la había encontrado sosa y vulgar. Pero ahora que había crecido, decidió que en realidad no era vulgar, sólo tímida y de aspecto poco afable. Debajo de su brazo vio una cremallera y mentalmente le dio un tirón. La tela se abrió, revelando… Con un esfuerzo se recompuso. Estaba claro que se estaba volviendo loco. No pensaba más que en violaciones.

El senador dijo:

—No es que Roosevelt en sí me parezca malo…

—¡Malo! —Uno de los mejores efectos de la señora Sanford era la repetición, en clave diferente, y a menudo significativa, de una sola palabra.

Pero el senador conocía a su contrincante. Continuó.

—Lo bueno y lo malo es relativo, desde luego. Pero lo cierto es que lo veo más impotente de lo que piensa la mayoría de la gente. Lo veo en medio del torbellino. —Peter pensó en los relámpagos; le pareció oír truenos más allá de las pesadas cortinas y del ladrillo rosado; pensó en la piscina… Hizo un desesperado intento de concentrarse en las palabras del senador—. Desde entonces el ejecutivo se ha hecho más fuerte, mientras que el legislativo y el judicial se han debilitado.

—Lo cual es culpa tuya, ¿no, padre? —dijo Diana tartamudeando en la primera sílaba de «padre».

El senador asintió.

—Hasta cierto punto. Ya no tenemos los líderes que teníamos cuando entré en el Senado. Y aunque, en cierto modo, me alegro de que se hayan ido los Aldrich…

—Me encanta el senador Borah —dijo la señora Sanford, mirando la sala con expresión ausente para ver si los invitados se mezclaban, reían, cotilleaban como era debido.

—Bien, hay algunos que piensan que este proceso es inevitable en nuestra forma de gobierno. Yo no. —Peter se dio cuenta de que como la atención de su madre se había desviado a la sala, el senador le hablaba a él, y se sintió incómodo de ser el único receptor de tanta sabiduría y cortesía—. Mira, creo que nuestra forma de gobierno es la mejor que se haya concebido nunca. Al menos originalmente. De modo que siempre que un presidente acumula en su persona demasiado poder, el Congreso debe pararle los pies restaurando el equilibrio. Si le dejas llegar demasiado lejos… —La larga mano blanca se movió bruscamente en dirección a Peter, que tuvo un sobresalto como si la mano fuera realmente la de un tirano haciéndose con el poder—. Tendremos que… —La otra mano del senador, rígida como un cuchillo, hizo que cortaba la del tirano a la altura de la muñeca. *Aquello* era poder, pensó Peter estremecido. Afortunadamente, el senador era un intérprete demasiado consumado como para finalizar con una nota fuera de tono. Rompió la tensión con una carcajada—. Por otro lado, y sin intención de hacer juegos de palabras, F. D. R. tiene muchos más trucos guardados en la manga. Sólo espero que podamos manejarlo siempre como lo hemos hecho hoy.

Al otro lado de la habitación, alguien arrancó un acorde al piano de cola. Se hizo silencio en la sala. Como la mayoría de los salones de Washington, la función esencial del piano de cola era servir de altar en el que exponer los dioses de la casa en marcos de plata: fotografías de gente famosa conocida de la familia. Las deidades de los Sanford eran adecuadamente solemnes y consistían mayormente en realezas con sus firmas inclinadas en negrillas desde la esquina inferior izquierda ascendiendo hacia la derecha, a diferencia de las de los presidentes y otras figuras de la democracia, que tendían a alargarse en inscripciones que sugerían intimidad.

Pero en aquel momento el corresponsal en Washington de un periódico londinense se había sentado en el altar y los demás se habían congregado alrededor. Se tocó el *Battle Hymn of the Republic* en honor de la victoria del día, aunque nadie más que el inglés se

sabía la letra.' Aquello fue seguido de una enérgica interpretación de *Old Man River*, la pieza que el inglés tocaba en las fiestas, en la que incluso las notas más bajas sonaron afinadas. La mitad del grupo estaba reunida en torno al piano, proponiendo canciones y cantando. Los demás acompañaron a Blaise a la sala de juego contigua.

Luego Harold Griffiths, ostentosamente borracho, usurpó el lugar del inglés como director de cantos. Para deleite de todo el mundo, porque Harold era divertido, como decía a menudo la señora Sanford, aunque seguramente fuera un comunista. Harold conocía a la gente del teatro; escribía una animada columna, y había sido poeta, aunque Peter no conocía a nadie que hubiese leído los poemas de Harold, o los de nadie aparte de Ogden Nash.

La señora Sanford se unió a los cantores, dejando al senador y a Diana con Peter. Finalmente el senador le miró en lugar de simplemente estar frente a él.

—¿Qué —empezó el senador, y Peter ya sabía la pregunta ritual— piensas hacer cuando… —con la encantadora vacilación que le había ganado tantos adeptos, hizo una pausa y cambió el tradicional «seas mayor» por el más adulador—: acabes la escuela?

—Ojalá lo supiese. —Peter miró a Diana, como pidiéndole ayuda; ella asintió animándole—. La política…

—¡No! —Simulando horrorizarse, el senador se arrellanó en el sofá retorciendo sus blancas manos.

—Pero me gusta.

—Que te guste, pero que no la practiques. De todas las vidas que me puedo imaginar, la de los políticos es la más… la más… —Esta vez la vacilación no pretendía causar efecto. El senador estaba realmente buscando una palabra adecuada—. La más *humillante*. —Desapareció la sonrisa. Peter le creyó—. Tienes que estar disponible para todo loco que quiera verte, pues la única persona que no se puede librar de un pelmazo es el hombre que necesita su voto. Woodrow Wilson solía decir que lo peor de ser presidente era que continuamente te dijeran cosas que ya sabías. Pues bien, con

nosotros pasa lo mismo. Y luego, al final, tu lugar es ocupado por otro y a ti te olvidan y nada de lo que querías que se hiciese en un principio parece que vaya a llevarse a cabo. El hombre con suerte es el que muere durante una victoria, como Lincoln, aunque hasta él tenía aquel sueño, ¿cómo era? Algo así como un barco en un mar oscuro, lejos de la costa, perdido.

—Pero el barco avanzaba —dijo Diana.

—Sí, avanzaba. —El senador se recompuso con una carcajada—. ¿Ha habido alguna vez un político tan deprimente como yo? No me hagáis caso. Simplemente estoy ofreciendo un rehén nervioso a la suerte. Mirad, hoy es un día extraordinario para mí. He conseguido hacer algo que consideraba importante. He demostrado algo. —Se detuvo, recordando cómo había empezado la conversación—. Si te gusta la política, publicar el *Washington Tribune* es una buena forma de ser político, sin esfuerzo.

Peter sonrió.

—No creo que mi padre quiera que dirija el periódico todavía.

—Deberías estudiar periodismo. —Diana se tomaba la conversación en serio, cosa que no hacían ni Peter ni el senador.

—Si me gradúo lo haré.

Aunque Peter había sido matriculado en Harvard, no podía soportar la idea de Nueva Inglaterra, clima frío, trabajo duro. Como era sureño y perezoso, prefería una universidad más cercana a su casa. Inesperadamente, su madre estuvo de acuerdo con él. Lo único que deseaba Frederika era que sus hijos encajaran fácilmente en una sociedad que se imaginaba exactamente como era: el mundo de los estados que circundaban la ciudad de Washington, de los palacios estilo italiano de Massachusetts Avenue, de las pequeñas casas restauradas de los suburbios de Georgetown, que últimamente se habían puesto de moda. Aunque aparentase cierta vaguedad, Frederika tenía un sentido preciso de lo que era el mundo y había dejado claro a Peter y a Enid que estaba dispuesta a tolerar cualquier tipo de comportamiento siempre que no fuera abiertamente excéntrico o atentase contra lo que los periódicos

llamaba la Sociedad, palabra nunca utilizada por aquellos a los que designaba. A su manera, era una espléndida estratega social. No en vano se había casado por dinero. Había un viejo chiste en Washington que decía que un día Blaise Sanford hizo una pausa demasiado prolongada y que Frederika había llenado el silencio con un rápido «Sí, quiero». Peter sonrió recordando aquella historia. Estaba acostumbrado a oír cotilleos sobre su familia, aunque se daba cuenta de que las cosas peores no se contaban en su presencia.

—¡Vaya, pareces contento, Pete! —Era Clay Overbury, el secretario de Burden Day—. ¿Te ha estado contando el senador una de sus historias?

—Nada tan bueno —dijo el senador—. Le estaba aburriendo con la noticia de que el poder es amargo y el dominio terrible.

—No cabe duda de que esta noche lo es para el presidente.

Clay se sentó al lado de Diana en el sofá. Aunque no era más que el secretario de un senador, a Clay le invitaban con frecuencia a las grandes casas, en gran medida por su aspecto personal: rizos rubios apiñados, ojos de color violeta y una nariz pequeña, algo achatada como resultado de una caída reciente durante una cacería en Warrenton. Atleta excelente y buen interlocutor, se decía que llegaría lejos, aunque sólo fuera como futuro marido de Diana Day. A nadie se le había ocurrido nunca decir algo contra él, excepto a Frederika, que una vez comentó que Clay era demasiado guapo, como si para un hombre ser guapo fuera incorrecto, como llevar zapatos marrones con un traje azul o utilizar boquilla para fumar, como el presidente. Pero Peter estaba bien dispuesto hacia Clay, que lo trataba como a un adulto.

—Creo que el presidente se ha ido ya en su yate. —Clay sonrió a Diana, quien le devolvió la sonrisa.

—Uno se pregunta: ¿se hundirá? —dijo el senador con un suspiro.

—No perdamos la esperanza.

Clay se enjugó la frente aunque ya no hacía calor en la sala. Alguien había abierto las puertas que daban al jardín y había

empezado a circular un aire con olor a lluvia. Peter aguzó el oído para oír los truenos, pero no había. La tormenta se había alejado y se oía el canto de un ruiseñor a pesar de la escandalosa interpretación que hacía Harold Griffiths de *Once There Were Four Marys*. Harold se sabía de memoria miles de canciones y le encantaba cantarlas con su voz dramática aunque algo nasal.

—Pero justo antes de marcharse ha inaugurado un estudio de televisión en Washington. *¡Televisión! Es* maravilloso. Dice que dentro de un par de años podremos ver las noticias además de oírlas.

—No vemos el momento, estoy seguro —dijo el senador sacudiendo tristemente la cabeza—. ¡Imaginaos tener que *verlo* día tras día! Ya tenemos bastante con oírlo, esa voz terriblemente paternalista. ¿Por qué me resulta tan insoportable?

—Porque es el presidente. —Diana fue inesperadamente directa.

El senador la miró con respeto.

—Espero que estés equivocada, pero puede que tengas razón. Nunca me ha gustado el presidente, fuera quien fuese. Es la confianza, supongo. Y además, somos antagonistas naturales, el Senado y la Casa Blanca.

Clay asintió con energía a lo que evidentemente era un tema familiar.

—Otra cosa que acabo de oír en la radio…

—¿En dónde? —preguntó Peter, repentinamente alerta.

—En la radio. El presidente va a designar…

—¿Qué radio?

Los ojos violetas de Clay se agrandaron denotando fastidio.

—La radio de la biblioteca de tu padre.

Y luego le explicó al senador lo que había oído, y Peter se quedó pasmado ante el descaro de aquella mentira. En la biblioteca no había ninguna radio. No había ninguna radio en el piso de abajo. Pero había una en la caseta de la piscina. Mientras Peter miraba a Clay, le cayó una gota de lluvia de los rizos dorados formando un hilillo hacia la barbilla, tan cerca de la oreja que parecía realmente

transpiración; hasta la naturaleza accidental contribuía a proteger a Clay, que de pronto cruzó las piernas; Peter se preguntó si ahora llevaría los ligueros bien puestos.

Luego Clay y el senador hablaron de los asuntos del día siguiente, y Peter, triunfante, fue hacia Enid, que se hallaba junto al piano. El inmenso repertorio de Harold Griffiths había podido finalmente con el grupo. Habían acudido como intérpretes y se habían encontrado como meros oyentes, por lo que se habían ido retirando, excepto Enid, que parecía disfrutar realmente con las canciones de Harold. Ahora estaba apoyada en el piano, y el amarillo de su vestido contrastaba con la oscura madera.

—¿Te diviertes? —le dijo a Peter en tono de burla—. ¿Le has añadido algo a tu Coca-Cola?

—Claro, voy como una moto —dijo, fingiendo una voz suavemente amistosa—. Pero, ¿sabes lo que no entiendo?

—Pues sí, casi nada. Ahora calla. Harold, canta esa canción en francés, la del pescador. ¿Cómo se titula?

Harold se lo dijo y empezó a cantar una canción medieval con voz grave. «*Mais sont-ils morts*?», decía el estribillo.

—Lo que no entiendo es…

Pero la voz de Peter, deliberadamente suave y amistosa, no podía competir con la canción de Harold. Las palabras se perdieron en el aire.

—Peter, ¡calla y *escucha*! —El entrecejo fruncido de Enid inspiraba casi tanto respeto como el de su padre. Algún día se parecería al viejo.

—Decía —dijo Peter en voz alta y clara— que lo que no entiendo es por qué cuando Clay te ha hecho el amor no se ha sacado los zapatos.

Enid se giró y lo miró fijamente, sin expresión, hasta que él no pudo soportarlo por más tiempo. Salió precipitadamente del salón, mientras le resonaban en los oídos *Mais sont-ils morts*?

A salvo en su habitación, cerró la puerta con llave, y por un instante sé quedó de pie atontado, agarrándose la cabeza con

ambas manos como para impedir que la sangre le reventara las arterias. Aun en su extrema angustia, tuvo la lucidez de preguntarse con fría curiosidad por qué se sentía traicionado.

★ 2 ★

Desde la ventana de la habitación, James Burden Day observó el verde de Rock Creek Park, ya cubierto de bruma por el calor de la mañana. Afortunadamente, la casa era fresca. Construida en sólida piedra gris, era exactamente el tipo de casa que siempre había deseado. Paredes que perdurarían siglos, habitaciones de techos altos, ventanales con vista a los jardines. No era un hombre muy rico, pero nunca se había arrepentido de construir la casa, que, en cualquier caso, le había salvado de ser arrastrado por la Depresión. Sin otro motivo que el deseo de construirse una gran casa, había retirado el dinero de la bolsa y lo había invertido en piedra, cemento, madera, pizarra, vidrio, y había hecho algo bonito que duraría para siempre, a pesar de una hipoteca recientemente incrementada. Al pensar en el dinero frunció el entrecejo; le tembló la mano, la navaja le cortó la barbilla y la sangre manchó el blanco de la espuma.

—¡Maldita sea! —dijo mientras el rojo se mezclaba con el blanco a modo de pastel de frambuesa y nata.

Rápidamente Burden se lavó la cara y pegó papel higiénico en la herida. Luego se sacó la camisa de pijama y se quedó de pie un instante, haciendo círculos en el aire con los brazos, con los ojos cerrados para no ver el viejo cuerpo que no dejaba de recordarle cómo había sido durante su rubia y vigorosa juventud antes de que los brazos musculosos se hubieran desinflado y las piernas, ahora delgaduchas, se le hubieran llenado de venas azules y el antaño liso estómago se proyectase hacia delante en una pesada elipse descarne cayendo sobre los genitales contraídos. Pero, naturalmente, nada de todo eso era permanente, se dijo a sí mismo, empezando a vestirse. En cuanto quisiera, podía volver atrás. Dieta,

ejercicio y la implantación de glándulas de cabra harían que la piel lacia se volviera tersa, los músculos firmes, el sexo diera respuesta. Era simplemente cuestión de decidir cuándo tomarse uno o dos meses de vacaciones para que se operase la metamorfosis. Era impensable que no volviese a ser joven nunca más.

Mientras tanto, Burden sabía que ya era más que suficiente vivir en un presente que de pronto se presentaba tan maravilloso. Nunca un presidente había sido tan duramente repudiado por su propio partido en el Congreso tan inmediatamente después de una enorme victoria electoral. «Le derrotaré», le dijo al espejo, anudándose la pajarita de topos, su distintivo, amado por los caricaturistas. De buen talante, bajó a desayunar.

En el comedor, los altos ventanales revelaban un jardín verde descuidado. Una brisa cálida agitaba las pesadas cortinas. En el alféizar de la ventana, se había posado un cardenal esperando que la esposa de Burden le diese de comer. Los pájaros salvajes iban a ella. La gente, desgraciadamente, no.

Burden se sentó en la mesa larga y vacía mientras el criado, Henry, negro, severo y ostentoso, le servía el desayuno. Henry tenía verdadera devoción por el Senado de Estados Unidos. Leía todo lo referente al mismo («referente» era una palabra de Henry) y era todavía más suspicaz que Burden respecto de la Casa Blanca, considerando al Ejecutivo como una amenaza permanente a la majestad (y a la primacía natural) de la Cámara Alta.

No era propio de Henry sonreír o revelar su excitación, pero a Burden le pareció notar un ligero temblor en su mano cuando le colocó la prensa de la mañana junto a su plato. Desde la primera página del periódico de encima, su propia cara le miraba.

—Bueno, Henry, creo que hemos enseñado un par de cosas al señor Roosevelt.

—Sí, senador, creo que sí. ¿Qué pasará ahora con la ley del Tribunal Supremo?

—Desaparecerá en el comité. No volverá a verse nunca más.

Henry frunció el entrecejo para expresar profundo placer y luego se retiró, dejando al senador leyendo sobre sí mismo. Con todo tacto, Henry había colocado encima de la pila el *Washington Tribune*.

—¿Qué se siente? —Diana le cogió por sorpresa—. ¡Con tanta alabanza, tanto reconocimiento!

—No menos del que merezca —Se sentía jovial—. Más o menos una vez cada diez años se me aprecia como es debido.

Al otro lado de la mesa, Diana aparecía ante los ojos miopes como una gran rosa rosada en un haz de luz matinal dorada.

—*Nosotros* te apreciamos cada día en todos los aspectos. ¿Vas a bajar a la Colina?

—¿Puedes concebir que *no* vaya? Quiero deleitarme malignamente.

Henry sirvió a Diana mientras escuchaba discretamente.

—¿Ha hecho algún comentario el presidente?

—De momento, no. Dudo que lo haga. Se ha ido no arriba en un yate.

El teléfono de la cocina sonó y Henry se dirigió lentamente a contestarlo.

—¿Te divertiste anoche? —dijo mirando al borrón rosa que parecía contraerse y expanderse.

—Sí, los Sanford me gustan. Y especialmente Enid. Ojalá me pareciese a ella. Parece… parece el destino.

—¿Y qué aspecto tiene el destino?

—Es como Enid. Oscuro, severo, voluptuoso, todo a la vez. Los hombres se le rinden.

—¿Al destino?

—No, sólo a Enid. Ojalá se me rindieran a mí.

Burden frunció el entrecejo. Sabía que Diana no se sentía atractiva y, por ese mismo motivo, no atraía a los hombres. No sabía cómo decirle que el poder de atracción sobre los demás no era más que un truco que se aprendía, un acto de la voluntad. El mismo había empezado por estudiar a aquellos que agradaban a la multitud; deliberadamente había imitado su forma de hablar, de

sonreír, de caminar, hasta que al final también él fue amado por la mayoría. Con todo, nunca había dejado de ser él mismo, a pesar de los astutos artificios de su actuación.

Henry apareció con el teléfono y una extensión.

—Su despacho, senador. Es el señor Overbury.

La voz de Clay denotaba excitación.

—¿Ha visto la prensa de la mañana? Bueno, pues la de Nueva York es aún mejor. Y nos han llamado de nuestro estado, del despacho del gobernador. ¡Va a apoyar su candidatura a la presidencia! —El corazón de Burden se aceleró. Luego—: Acaba de llamar un tal Nillson. Quiere verle. Se trata de…

—Ya sé de qué se trata. Dile que no le veré. Dile que es un sinvergüenza. Bueno, no le digas eso.

—Ya traduciré.

—Dile que estoy demasiado ocupado. Desanímale. Estaré en el despacho dentro de media hora.

Burden colgó.

—¿Quién es Nillson? ¿Por qué es un sinvergüenza?

Burden miró a la rosa que resplandecía ahora a la luz del sol que inundaba la sala.

—Un hombre desconcertante. Entró tranquilamente en mi despacho la semana pasada y me dijo que deseaba comprar cien mil acres de tierras indias.

—¿Petróleo?

—¿Qué si no? Y me aseguró que el Departamento de Interior no pondría problemas…

—Pero sabía que tú sí.

—Exacto. Quiere que mi comité no ponga objeciones a su compra del terreno por una fracción de lo que vale.

—¿Los indios quieren vender?

—¡Naturalmente! Son idiotas.

—Entonces debes protegerlos.

—Lo haré. Y me ganaré un odio eterno. Toda buena obra recibe su castigo.

—Bueno, siempre es una satisfacción hacer lo que se debe.

—No estoy tan seguro. No seas estricta —le aconsejó de repente —. No seas como yo. Recuerda lo que decía Cicerón…

—Lo dijo todo y tú sabes todo lo que dijo —se le burló Diana y a él no le divirtió mucho, pues no tenía sentido del humor para sí mismo y el hecho de saber que carecía de esta virtud tan típicamente americana no le hacía la vida más fácil. Para ser un hombre público, era demasiado sensible y vulnerable.

—Cicerón dijo: «Se puede ser un poco oportunista, pero cuando a uno le llega la hora, ¡no debe dejarla pasar!».

—Sí, ¿pero cómo sabes que te ha llegado la hora?

—Para él fue inequívoco. Llegaron con espadas y le cortaron la cabeza.

—Más me habría valido no ser «oportunista» nunca. En ese caso, uno siempre está a punto para el final.

—Para sobrevivir hay que ser «oportunista». El secreto para ser alguien es saber cuándo no hay que serlo.

—Tú eres alguien.

Le conmovió.

—Las hijas siempre piensan eso de sus padres.

—Pero es verdad. Porque no te da miedo ser…

Se detuvo y él se preguntó qué adjetivo elegiría: ¿fuerte, sabio, honrado? Tiene que ser «honrado», decidió él tratando de influir en la decisión de su hija por telepatía. Pero ella eligió «impopular», una pequeña virtud que podía fácilmente convertirse en vicio. El Senado estaba lleno de hombres que se regodeaban en su falta de popularidad (fuera de sus propios estados, por supuesto); esos actores nunca estaban tan contentos como cuando habían conseguido acercar al máximo la pared a sus espaldas. Esperó no ser de ese grupo.

Pero antes de poder explayarse se unió a ellos su mujer y madre, respectivamente. Baja y castaña, de ojos brillantes y pelo revuelto, Kitty Day tomó asiento en la mesa, vestida con una vieja bata, ante el disgusto de Diana, que dijo:

—Madre, *¿por qué* tienes que ir de esa manera por la mañana?

—¿De qué manera, querida?

Kitty era impermeable a toda crítica. Burden la había conocido durante su primera campaña política y se casaron antes de seis meses. Ella había sido afectuosa y él la había amado lo mejor que pudo, lo cual no era mucho, puesto que tenía los días ocupados y a menudo se ausentaba de casa durante semanas seguidas. Pero cuando regresaba, ella siempre estaba allí, cariñosa y amable, y exasperante, porque carecía de gracia para la relación social e ignoraba el efecto que producía en sus semejantes. Aún peor, en los últimos años había desarrollado una costumbre de lo más alarmante: le había dado por decir exactamente lo que pensaba o, más exactamente, lo que estaba pensando.

—De cualquier forma —dijo Kitty interrumpiendo bruscamente a su hija—, tengo que dar de comer al cardenal. —Desmigando una tostada, se acercó al alféizar de la ventana—. ¡Buenos días! Hoy estás muy guapo.

Se lo decía al pájaro que picoteaba ávidamente de su mano, sin temor alguno.

Padre e hija contemplaban la exhibición fascinados. La concentración de Kitty en su pequeña tarea cotidiana hacía que todo lo demás pareciese inútil y carente de finalidad. Cuando el pájaro se sació, se fue volando.

—Hasta mañana —dijo Kitty mientras el cardenal desaparecía entre los árboles—. Y ten cuidado. No te acerques a esos cables de alta tensión. —Cuando hablaba a los animales no adoptaba un tono infantil o especial—. Detesto esos cables —le dijo a su marido en el mismo tono que había empleado para el pájaro—. ¿No podrías hacer algo?

—El Senado no tiene poder —empezó a decir, esperando hacer un juego de palabras—, pero supongo que podríamos poner carteles. «Cable caliente. Prohibido posarse». O algo por el estilo.

—No saben leer —dijo Kitty sin inmutarse. Luego hizo la misma pregunta de todas las mañanas—: ¿Qué dice la prensa?

Pero antes de que él pudiera resumirle las noticias, Diana le dijo:

—Madre, podrías leer por lo menos un periódico el día de hoy. Papá va a ser presidente, todo el mundo lo dice.

—Bien, eso es muy bonito —dijo Kitty suavemente volviéndose a Burden—. Sí, es bonito que la gente quiera que seas presidente. A lo mejor leo un periódico. —Cogió el periódico que tenía más cerca y lo sostuvo un momento como sin saber qué hacer a continuación. Lo depositó sobre la mantequilla. Se volvió a su marido—. ¿Quién acaba de llamarte?

—Clay, del despacho. Será mejor que vaya para allá. —Burden se levantó y gritó—: ¡Henry!

No hubo respuesta porque cuando Henry oía la llamada, se cambiaba la americana blanca por la azul y llevaba el coche a la puerta de la casa.

—Un día de éstos debemos invitar a comer a Clay —dijo Kitty con la boca llena.

—Está demasiado ocupado —dijo Diana, levantando el periódico de la mantequilla—. Este verano está muy sociable. Siempre con los Sanford.

—Un chico tan agradable… Estoy segura de que a Blaise y a Frederika les gusta tanto como a nosotros. —Kitty comía lentamente los huevos revueltos. Burden no había conocido nunca a nadie que comiese tan lentamente como su mujer. Raras veces llegaba el tenedor a sus labios antes de que algún pensamiento le hiciera posarlo otra vez sin probar el bocado—. Y puedo entender por qué le gusta su casa más que la nuestra. Después de todo, Enid es terriblemente atractiva y rica.

Burden hizo lo que pudo para evitar lo que venía a continuación.

—Dinos, Kitty, ¿cómo va la nueva pajarera? ¿Cuándo estará lista?

—Por lo menos hasta dentro de una semana. Ya sabes lo lento que es Henry. Desde luego, él es tan listo como todos y está al acecho de la más mínima oportunidad, y Diana es una perfecta tonta por querer casarse con él, porque no le dará más que disgustos.

—¡Madre! —exclamó Diana, tras lo cual tiró la servilleta y salió disparada.

—¿Qué le ocurre a Diana? —dijo Kitty, con preocupación.

Suspirando, Burden se acercó a su mujer y la besó en la mejilla, aspirando el olor matinal familiar de crema hidratante y sábanas.

—Nada, querida. —No pudo resistir la tentación de añadir—: Tal vez ha sido algo que has dicho.

—Sólo le estaba explicando lo de Henry y la pajarera.

—Y Clay.

—No he dicho nada de Clay, pero, que quede entre nosotros, está loca por él.

—¿Sólo entre nosotros?

Kitty asintió.

—Nunca le dejo entrever que me he dado cuenta. Creo que los padres no deben. Hay que dejar que los hijos encuentren su propio camino…, hasta un cierto punto, claro.

—¿Te gusta Clay?

—¡Oh, mucho! Te ayuda tanto… Y es tan guapo… Me gustan los hombres guapos, ¡ya lo sabes!

—Naturalmente. Te casaste con uno.

Se rieron juntos de aquella vieja broma.

Bajo un sol como un escudo de bronce, el nuevo edificio de oficinas del Senado resplandecía de blanco, asentado en el verde capitolino. Cuando Burden se acercó a la puerta principal, varios ciudadanos de la república (en los momentos cruciales veía la vida como una obra de Shakespeare) lo detuvieron para estrecharle la mano, y él murmuró su agradecimiento en una voz menos que audible, pero con una expresión llena de gracia y comprensión mutua.

En el interior del edificio, el guarda, ante su sorpresa, se levantó cuando él entró.

—Buenos días, senador.

«Cada vez mejor», pensó él, dirigiéndose a la puerta de caoba con un sencillo cartel: «Sr. Day».

En la antesala de su suite había sillas tapizadas de piel, dos escritorios y dos secretarias. La señorita Perrine era joven y rechoncha, con un cabello incontrolable, estaba prometida a un hombre que llevaba audífono y que de vez en cuando iba a buscarla al final de la jornada. La señora Blaine era vieja y admirable en todos los aspectos, salvo el de su voz. A causa de una malformación del paladar emitía sonidos como la bocina de un coche.

—¡La prensa de fuera de la ciudad es *maravillosa*! —dijo, dando palmaditas en una pila de periódicos amontonados en una silla junto a su escritorio—. Debería leer los editoriales.

—Lo haré. Lo haré.

Empujando la puerta de vaivén de la barandilla protectora, Burden echó una mirada ausente a la maraña de pelo de la señorita Perrine, esperando a medias ver una familia de pájaros asomando sus cabezas, llorando para que Kitty les diese de comer. Luego fue a su despacho privado, uno de los más codiciados de todo el edificio, tributo no sólo a su veteranía sino al tiempo que llevaba como miembro del Club. Nadie sabía a ciencia cierta quién pertenecía al Club puesto que sus miembros negaban su existencia, pero todo el mundo sabía quién no pertenecía. El Club estaba permanentemente cerrado a la personalidad llamativa, al defensor revolucionario del pueblo, al senador con aspiraciones demasiado descaradas a presidente. Por principio, detestaban al presidente y, a pesar del poder de atar y desatar del magnate, el Club gobernaba el Senado a su propio modo y para sus fines, por lo general contrarios a los del presidente.

Desde que Burden pisó Washington por primera vez, había pertenecido al Club. Enseguida habían adivinado que era uno de ellos: sutil, bien dispuesto, capaz de ceder graciosamente cuando había que ceder. Aunque no había cumplido los cuarenta la primera vez que lo eligieron, el Club lo aceptó y le mostró la maquinaria del poder; incluso llegaron a permitirle manipular las palancas en alguna

ocasión. También se ocuparon de que lo prefirieran a él que a otros hombres polémicos y que le dejasen elegir los comités mejores y más útiles. Cuando aparecían rivales en su terreno, el Club hacía todo lo que podía para que le otorgaran el mérito por la construcción de una presa, una carretera, una oficina de correos, esos regalos imprescindibles que un senador debe devolver a la gente para garantizarse su apoyo.

Entre dos altos ventanales, su escritorio estaba colocado de espaldas a la vista. En la pared de enfrente había un retrato de Jefferson. Por el resto de la habitación había martillos de tribunal, placas, fotografías firmadas…, las típicas cosas memorables de la vida de un hombre público; el único objeto decorativo insólito era un busto de Cicerón de tamaño natural sobre un pedestal de madera.

Como hacía siempre que estaba solo, Burden saludó a Cicerón. Los dos republicanos compartían muchos secretos. Uno de los mejores era que casi todo el mundo del edificio de oficinas del Senado creía que el busto era un retrato de William Jennings Bryan.

Burden mandó buscar a Clay. Mientras lo esperaba, echó un vistazo al correo. Los últimos días de la batalla en torno al Tribunal Supremo se había triplicado el correo y la mayor parte era favorable. Se deleitaba en las alabanzas recibidas, aunque casi siempre venían seguidas de una petición de ayuda: Yo alimento su autoestima, senador, ahora aliménteme usted a mí.

Clay entró cargado de periódicos, con los ojos brillantes de placer.

—Allá nos dirigimos ahora —dijo, señalando la barrera de verde que ocultaba la Casa Blanca a los conservadores de la colina del Capitolio.

Burden sacudió la cabeza no queriendo tentar a la suerte.

—En tres años pueden pasar muchas cosas —dijo en una exhalación.

—Es cuestión de mantener el impulso y ya estamos en ello. Todo lo que tenemos que hacer es mantenerlo vivo.

—Mantenerlo vivo —murmuró Burden con expresión de aprobación, mientras sus dedos tanteaban en busca de su amuleto favorito: la bala achatada que le habían extirpado del hombro a su padre después de la batalla de Shiloh y que aquel hombre sarcástico y violento había guardado como recuerdo de un tiempo heroico…, sólo que, para su padre, en aquella lucha no había más que incomodidad y locura, mientras que su hijo consideraba la Guerra de Secesión como el último momento de auténtica virtud en un mundo decadente. Por ser un sentimental, en aquellos días su padre lo había despreciado. Pero lo cierto es que siempre se habían odiado mutuamente. Ahora el cabo del ejército confederado estaba muerto y todo lo que quedaba de él era aquel resto de metal, arrugado tras haber chocado contra el hueso ahora desprovisto de vida.

—Mantenerlo vivo —repitió Burden, acariciando con el dedo índice las fisuras del metal.

¿Fue ahí donde el metal sintió la carne por primera vez al cortarla? ¿O ahí? Sin pretenderlo, el furioso rostro de su padre apareció a medio camino entre Jefferson y el escritorio. Por un instante, vio su dentadura manchada por el tabaco, los ojos de loco color gris, la piel roja moteada; y en aquel rostro incorpóreo percibió con intensidad todo el desprecio que su padre sentía por él. «Te has unido a los hijos de puta que nos despedazaron. ¡Eres uno de ellos, *senador*!». ¡Cómo le había escupido el título la última vez que se habían visto, poco después de la elección de Burden, poco antes de que el anciano muriese de cáncer! Burden pestañeó enérgicamente; el rostro desapareció.

Burden se irguió en la silla bruscamente; le recorrió un flujo de energía. Le dio a Clay instrucciones rápidas. Los periodistas que tenía que localizar. Los redactores a los que había que escribir. Miembros del Congreso a los que tenía que ver. Dinero que recaudar. Se detuvo un momento al mencionar el dinero.

—Esto es lo peor. Ésta es la única cosa que puede detenernos.

Clay sacudió la cabeza.

—Los peces gordos le quieren.

—Hoy. Pero tal vez mañana, no. Después de todo, nadie puede ser todo lo conservador que ellos pretenden y…

—… y ser presidente —dijo Clay casi con demasiada rapidez.

Pero tenía razón.

—Y ser elegido presidente. Pero nadie puede ser presidente… Yo no puedo ser presidente sin su ayuda. Ése es el problema. Bueno, por lo menos tenemos tres años para recaudar dinero…

—Y antes de eso, usted habrá hablado en todos los estados.

Forjaban planes, urdían intrigas, adivinaban, esperaban. Pero Burden sabía que, con demasiada frecuencia, los planes políticos no eran más que una forma de tranquilizarse. El futuro era perfectamente inescrutable. Clay le enseñó telegramas de felicitación e invitaciones a pronunciar discursos. La señora Blaine les interrumpió varias veces con noticias. El Tribunal Supremo (extraoficialmente, por supuesto) estaba encantado y el vicepresidente querría tener unas palabras con él si su tiempo se lo permitía.

Acompañado por Clay, Burden bajó al sótano en ascensor, donde se subieron al ridículo, pero útil, coche subterráneo que conectaba el edificio de oficinas del Senado con el Capitolio. Iba con ellos un senador nuevo y tres de sus partidarios que se sintieron encantados de conocer a Burden Day. A todo el mundo le encanta conocer a Burden Day, pensó Burden Day, saludando efusivamente a los acompañantes, consciente de que el otro senador crecía visiblemente a los ojos de su gente porque conocía al defensor de la constitución. Burden tomó nota mentalmente de cultivar la amistad del debutante.

En el Capitolio, ascendieron las escaleras posteriores. Como siempre, a Burden le agradaban los pasillos subterráneos que olían a piedra, jabón tosco y, estaba seguro, a muebles de madera quemados por los ingleses en 1814. A pesar de que afuera el calor iba en aumento, las profundidades internas del Capitolio permanecían frescas durante todo el verano.

En la planta del hemiciclo del Senado, Burden evitó a los turistas, deslizándose a los lavabos del Senado, una cámara noble con enormes urinarios. Mientras Clay se lavaba las manos y la cara, Burden le preguntó informalmente:

—¿Puedes venir a cenar a casa esta noche?

Clay sacudió la cabeza, con la cara cubierta de jabón.

—Tengo una cita.

Burden asintió. Le horrorizaban las colisiones, temía el rechazo. Pero era su deber de padre atrapar para su hija el marido que ésta deseaba, y aunque de hecho Diana nunca lo había dicho, era evidente que estaba enamorada y no tenía recursos.

Clay se secó el rostro hasta que la piel rosada relució como la cara de un niño que se ha puesto una linterna en la boca para asustar a los paseantes nocturnos con la luminosidad de la sangre. Sí, Clay era guapo. Burden sintió una punzada momentánea. Él no era joven y Clay sí; no era deseable, y Clay sí. Aun así, él tenía deseo, también, y anhelaba esa respuesta que es algo más que complacencia; algo más que un tributo a la solvencia o a la fama. Por la noche, una mujer ardería de deseo por Clay. Se convirtió en Diana, y vio a Clay como ella lo veía, y se dio cuenta de que no tenía posibilidades. Diana era vulgar, tímida, pero aguda, inteligente y buena. Cómo iba a competir con bellezas más delicadas como…

—… Enid Sanford me ha invitado. Es en Chevy Chase. Una especie de baile para una amiga suya de Nueva York. Le dije que iría. —El tono de Clay era conciliador—. Enid es una chica encantadora. —Estaba claro que Clay prefería a Enid antes que a Diana y que él no podía hacer absolutamente nada para impedirlo. Burden se retocó el pelo para que el flequillo le cayera graciosamente sobre la frente. Dentro de un instante, se hallaría en el hemiciclo del Senado, y la galería le reconocería y tal vez aplaudiese. Al menos *aquello* era agradable. Su humor mejoró al colocarse la máscara.—… chica fascinante. Pero no es fácil mantenerse a su altura. Así es como me hice esto —dijo, tocándose la nariz achatada con pesar—. Queriendo alcanzarla en Warrenton, a

caballo por esos malditos bosques bajo la lluvia y saliendo disparado de la montura. Y cómo se reía… Yo sangrando como un cerdo y ella muerta de risa. La hubiese matado.

Sí, pensó Burden, lo había atrapado.

—Chica rica —observó Burden—. El dinero de los Sanford será tremendamente útil a un hombre que quiere servir a su país en las más elevadas instancias del estado. —Burden parodió su estilo del hemiciclo en cierto modo recargado.

Clay se sonrojó y se dirigió a la puerta.

—Sólo quiere pasárselo bien. Nada más.

Salieron al pasillo.

—Bueno, ven a visitarnos un día de éstos. Diana no ha podido verte mucho desde que regresó.

—Lo haré. Sabe que lo haré.

Misión cumplida, pensó Burden mientras atravesaba el pasillo en dirección a la puerta que conducía a la antesala. Clay tenía que esperarle en la galería. A la vista del gesto que habían acordado (la mano izquierda en la mejilla) Clay iría a buscarlo.

Cuadrando los hombros y respirando hondo (y preguntándose por qué le latía el corazón tan alocadamente), Burden hizo un gesto con la cabeza al enorme policía del Capitolio que montaba guardia en la puerta y se introdujo en el mundo del Senado. La antesala, estrecha como un pasillo, recorría toda la longitud de la Cámara. Allá, entre armarios, sofás de piel negra y mesas de escribir, los senadores de su partido comadreaban y politiqueaban. Cuando Burden hizo su aparición, le dedicaron una festiva ovación. Un sureño con levita de doble botonadura lanzó un lema de los rebeldes y agitó una pequeña bandera confederada. Dos partidarios del New Deal se retiraron al otro extremo de la antesala fingiendo examinar la legislación del día. Feliz, Burden bebió un vaso de soda y escuchó las alabanzas.

—Lo mejor que hemos hecho en veinte años, y todo gracias a usted.

—El presidente ha dicho que conseguiría su cabeza aunque fuera lo último que hiciese…

—… *será* lo último. El viejo Burden lo derrotará una y otra vez…

—Burden puede derrotar al presidente en 1940. Ese será nuestro año.

—¿Por qué estropear un buen senador haciendo de él un presidente?

Se unió a ellos el senador más antiguo del estado de Burden. Jesse Momberger era un hombre enjuto que llevaba sombreros como de vaquero y zapatos cerrados como botas. Le gustaba referirse críticamente a los famosos forajidos del Oeste, como si supiera más de lo que tenía intención de decir.

—Bien, compañero. —Tomó la mano de Burden en la suya, sorprendentemente suave: hacía mucho tiempo que habían ganado el Oeste—. Vas a ser presidente. Está claro como el agua. Tengo algunos consejos que darte…

Burden sonrió y escuchó hasta que un bedel de tez pálida y vestido con calzón corto se le acercó a decirle:

—El vicepresidente está en el hemiciclo. Le gustaría verle un momento, senador.

Burden se alejó de sus admiradores. En las puertas de cristal opaco que daban a la Cámara del Senado, se detuvo para ajustarse la pajarita y retocarse el cabello. Luego, abriendo las puertas de vaivén con más fuerza de la necesaria, entró en el hemiciclo y se sintió en casa.

Tomando la precaución de no mirar a la galería, Burden subió a su asiento por el pasillo con la barbilla en alto para que le reconociesen. Era él. Se oyó un ligero aplauso rápidamente silenciado por el martillo de la presidencia. Ocupó su lugar y fingió estudiar los papeles apilados delante de él. Pero en su agitación no podía leer ni una palabra. Finalmente, lanzó una mirada furtiva a la galería. En la tribuna de prensa había varios hombres, mientras que la galería propiamente dicha estaba tal vez ocupada en un tercio, lo cual era extraordinario en un día en el que no había debate ni

votación. Evidentemente, la gente había acudido a verle a él y al Senado que había humillado al presidente.

Varios senadores se detuvieron a felicitarle con gestos ligeramente más ampulosos de lo normal: todos eran conscientes de los cientos de ojos que los miraban.

Entonces Burden vio al vicepresidente. No estaba en su sillón sino a un lado, hablando con un grupo de senadores. Burden le saludó con la mano y luego, solemnemente, bajó a la tarima de la cámara. El murmullo de las galerías aumentó a medida que los entendidos se preguntaban qué palabras se intercambiarían. La respuesta, era, naturalmente, ninguna. Como mucho, el estilo del vicepresidente era nómico. En cualquier caso, Burden sabía que lo que no se dice en política es invariablemente lo esencial. Hoy el intercambio de palabras era amistoso y aparentemente directo. Detalles sobre los progresos de la ley del Tribunal Supremo en el comité, nada más. Pero lo que significaba aquel intercambio estaba claro para aquellos que comprendían las maniobras del Club. El hombre diminuto de cara sonrosada y dientes como perlas negras se había aliado con Burden Day. Se habían accionado los mecanismos de poder y, como ocurre a los fragmentos de metal junto al fuego, se había producido la fusión. De momento, los dos eran uno.

Encantado, Burden volvió a la antesala olvidándose de hacerle la señal a Clay. Aquello era mejor de lo que habría esperado. Estaba a mitad de camino hacia la puerta principal cuando Clay le alcanzó.

—¿Qué ha dicho el vicepresidente?

—Está con nosotros. Incondicionalmente.

Luego hablaron de una reunión del comité que se celebraría por la tarde. Burden no asistiría. Clay le diría al senador apropiado que se hiciese cargo.

—¿Dónde estará?

Burden sacudió la cabeza.

—Invisible. Quiero pensar. Llámame a casa esta noche.

Bajo el porche de piedra del Capitolio, Burden esperaba a Henry, entornando los ojos cegados por la luz. El calor cortaba literalmente

la respiración. Debería haberse quedado en el Capitolio, donde se estaba fresco; pero, perversamente, prefirió estar a solas con su triunfo.

—Buen trabajo, senador.

La voz era agradable; las asociaciones que conllevaba, no.

Burden se volvió justo en el momento en que un hombre flaco e impasible, vestido con un traje de gabardina marrón, se le acercaba. Inconscientemente, la mano derecha de Burden se separó del costado. Se dio cuenta justo a tiempo e hizo un complicado gesto circular como si ejercitara un hombro.

—Estoy esperando mi coche —dijo Burden sin que viniese a cuento.

—Claro. —El señor Nillson se divertía, totalmente inconsciente del efecto que ejercía—. Acabo de verle con el vicepresidente. Debe de haberle complacido lo que ha sucedido.

Burden se volvió hacia el camino en busca de Henry y el Packard. Pero ninguno de los dos estaba a la vista. La voz amistosa prosiguió:

—De hecho, todo el mundo está complacido con usted. ¿Sabía que los periódicos de Hearst le van a proponer para presidente?

El hombre era astuto, de ello no cabía la menor duda. Burden fue incapaz de disimular su interés.

—¿Cómo lo sabe?

—Nunca desvelo mis fuentes, senador —dijo el señor Nillson con una sonrisa—. Descubrirá que es mi mejor cualidad.

Burden soltó un gruñido y empezó a alejarse otra vez, pero la voz del señor Nillson (¿era del Sur, del Oeste?) le hizo volver.

—Pero puedo decirle que la campaña de «Day presidente» empezará con el editorial de mañana escrito por el propio viejo.

—Eso es muy interesante, señor Nillson.

—Creo que será usted un presidente extraordinario. Yo, sin lugar a dudas, le daría mi voto.

—Señor Nillson…

—¿Señor?

—¿Quién demonios es usted?

—Un amigo.

—No, no es un amigo.

—Entonces me gustaría serlo. Al fin y al cabo, elegimos a nuestros amigos porque no son como nosotros. Nunca seré un gran estadista, como usted. —Ironía, maña, verdad en delicado equilibrio —. Lleva usted una vida que yo podría haber deseado, pero una persona no tiene tiempo de serlo todo. Elijo a mis amigos para poder ser a través de ellos político, periodista, artista…

—¿Criminal?

—Sí, hasta un criminal.

—Pero, ¿a qué se dedica?

—Soy un hombre de negocios. Bien, le he hablado con toda franqueza, senador. He sido completamente sincero.

—Sí, así es. ¿Y sabe cuál es la sanción por sobornar…, por intentar sobornar a un miembro del Congreso?

—Entre mis muchos amigos cuento con abogados. —El señor Nillson se divertía de verdad. Burden sintió que perdía de nuevo el control, que la ira empezaba a ascender, también la perplejidad—. Conozco las sanciones de la ley. Y las recompensas del mundo. Quisiera que pensara seriamente lo que le dije el otro día.

—No hay nada en qué pensar. Yo no acepto… —Burden bajó la voz automática e inconscientemente, aunque no había nadie lo suficientemente cerca como para oírlos—… sobornos.

—Otros…

—No me importa lo que hagan los demás.

—¿Acaso una inversión en su carrera es un soborno? Una contribución a su elección como presidente. ¿Es eso un soborno? ¿Cómo piensa que se recauda dinero para una campaña nacional? Sea como fuere, si yo invirtiese en su futuro, le exigiría mucho menos que, digamos, el Clo o la Asociación Nacional de Fabricantes.

—No estoy en venta, señor Nillson.

La pomposidad y vaciedad de sus palabras lo consternaron, y se preguntó desesperadamente qué había sido de su alabado don de intercalar el comentario cortante. Se quedó de pie sin palabras, con

la cabeza llena de máximas de cuaderno y una parte de su cerebro paralizada.

—No deseo comprarlo, senador. —La suave voz era ahora tan tría como la suya—. Le *daré* el dinero que necesite si me permite comprar lo que deseo. Es un intercambio legítimo. La palabra con la que yo lo designo puede resultarle extraña. Así que se la diré lenta y claramente. La palabra es «negocio».

En aquel momento llegaron Henry y el Packard, y Burden se subió sin pronunciar palabra. El automóvil se alejó del pórtico del Capitolio infestado de estorninos, grises como la ceniza bajo el feroz sol del mediodía.

—¿Adónde, senador?

—¿Adónde? —Burden volvió en sí—. Atraviesa a la orilla de Virginia. Luego va veremos.

Henry sabía exactamente dónde quería ir Burden. Cerca de Bull Run había un campo donde las trincheras de la guerra civil serpenteaban como un inmenso reptil bajo la hierba alta. A Burden le gustaba sentarse allí y cavilar sobre los días anteriores a su nacimiento, deseando haber nacido a tiempo para aquella buena guerra en la que podría haber fallecido, como su tío Aaron Hawkins, alcanzado por una bomba ante Atlanta a los diecinueve años, con la pierna destrozada; dos días después murió de gangrena. Así había alterado el destino el curso de la vida de aquel muchacho.

Burden miró por la ventanilla del coche y contempló las personas que se movían fuera bajo el calor, lentamente, intentando no sudar; el simple hecho de observarlas desde el ambiente relativamente fresco del coche le hizo sentir calor. Buscó el pañuelo en el bolsillo y notó un metal duro; era la bala que había abatido a su padre. No recordaba habérsela llevado de la oficina. Acarició el metal delicadamente y se preguntó, como siempre, qué parte de la bala habría desgarrado la carne.

En Chain Bridge cruzaron el Potomac, estrechado por la sequía. En la orilla de Virginia, los bosques eran tupidos y casi frescos. Bajó

la ventanilla del coche, inspiró profundamente, cerró los ojos; dio una cabezada.

—Hemos llegado, senador.

Burden se despertó descubriendo que estaban estacionados en un camino rural en el que las ramas de los árboles se tocaban en lo alto filtrando de verde la ardiente luz solar. Al final del camino estaba el campo en el que los confederados habían construido sus trincheras.

—Quédate en el coche, Henry, no tardaré.

El campo brillaba, cubierto de varas de san José y zanahoria silvestre y de espadaña que tiraba de sus pantalones a medida que caminaba lentamente hacia el lugar donde dos montones de tierra formaban un ángulo recto. A cada paso, era consciente de lo que yacía bajo tierra, de los huesos, los botones, las hebillas de cinturón y las balas perdidas.

Burden respiraba con dificultad cuando finalmente llegó a su lugar de siempre sobre las trincheras. Debajo de los verdes sauces, se sentó en una roca veteada de liquen. Desde aquella posición elevada, podía vigilar el terreno donde se había librado la primera batalla del Bull Run. El día anterior se había celebrado el septuagésimo sexto aniversario de aquella batalla, el día en que él había conseguido su propia victoria. Era un buen presagio, con la salvedad, claro está, de que entonces los confederados habían acabado perdiendo la guerra.

Al otro lado del campo, los pinares quebraban la línea del horizonte, igual que lo hacían casi un siglo antes. Una fotografía tomada justo después de la batalla mostraba aquellos mismos bosques quemados y desmochados como cerillas, mientras en el primer plano de la foto yacía lo que parecía un montón de ropa vieja, hasta que uno distinguía una mano bruscamente extendida hacia el cielo, con los dedos nervudos y marrones curvados como para agarrar un rifle caído. Recordando aquella mano, Burden curvó sus propios dedos imitando al soldado caído, y al hacerlo se dio cuenta de pronto de que no buscaban un rifle sino la vida, como si la

vida fuese algo para, literalmente, agarrar y guardar. Se estremeció y dejó caer la mano en el regazo sin querer saber lo que el hombre habría sentido cuando la vida lo abandonó.

De la hierba expuesta al sol salía humo. De la tierra húmeda se levantaba una bruma. La hierba se removía a merced de la cálida brisa, las hojas murmuraban, nubes de mosquitos se desplazaban caprichosamente de un sitio a otro. En paz, amodorrado, Burden deslizaba la bala por su mano como había hecho miles de veces. Ahora, se dijo a sí mismo, debía pensar, planear el futuro, elaborar un calendario que partiera de aquel preciso instante hasta el día de noviembre de 1940 en que sería elegido presidente. Primero hablaría de dinero con Blaise. Luego se dirigiría a William Randolph Hearst y le dejaría bien claro que… Su mente cambió tercamente el rumbo de sus pensamientos: a pesar de la desfachatez de la oferta del señor Nillson (y lo que se presumía que había detrás de ella), jamás había aceptado un soborno. Como mucho, había aceptado dinero para las campañas sobreentendiendo vagamente que algún día podría resultar útil al donante. Un procedimiento desagradable, pero, al mismo tiempo, la forma en que se hacen las cosas en la república. El señor Nillson, sin embargo, había ofrecido sobornarle abiertamente, lo cual ningún hombre honrado podía aceptar. Aún más, despojar a los indios de su tierra era tan cruel como deshonroso.

Pero ¿qué era el honor? La mano que sostenía la bala se convirtió en un puño duro. La respuesta habitual: hacer lo que uno tiene que hacer, independientemente de las consecuencias personales. Pero en la práctica, esta clase de fervor no era muy útil. Uno no siempre podía saber lo que debería hacer. Si se servía mejor al país mediante la presidencia de James Burden Day y esta presidencia sólo se haría realidad aceptando el dinero del señor Nillson, ¿no debería aceptar el dinero? Al fin y al cabo, un defensor de la constitución que aceptase un soborno era preferible a un presidente no sobornado cuyo fin era subvertir la república. Luego, finalmente, llegó la conocida pregunta negra: ¿Qué importancia tenía todo aquello? Hacía poco le habían enseñado los planos de su tumba en el State

Capítol. «En la cripta habrá un espacio —dijo el arquitecto cómodamente— para cuatro personas. Es natural que la señora Day quiera reunirse con usted, y tal vez su hija también». Con el tiempo, nadie sabría ni le importaría qué polvo era de Juan y cuál de José.

Medio dormido al sol, Burden repasó mentalmente una vez más el intercambio de palabras que había tenido lugar frente al Capitolio y se preguntó de nuevo cómo el señor Nillson podía estar tan seguro de que su víctima no lo denunciaría. La única explicación posible era que el señor Nillson era un provocador nato, cuyo instinto le decía, sin equivocarse, que no era propio de Burden armar jaleo.

¿Se habría dirigido a otros senadores? Valía la pena abrir los ojos y reflexionar. Pero la luz del sol le cegaba y los cerró rápidamente, regresando a la oscura noche de rosas de su propia sangre. Los senadores raramente hablaban de aquellas cosas. Recordó lo incómodos que se habían sentido todos cuando un famoso pero pobre miembro del Club había muerto y su viuda descubrió ochocientos mil dólares en metálico en una caja de seguridad. «Vaya», había dicho Burden a un colega cuando se mencionó el caso mientras comían sopa de guisantes en el comedor del senado. «Vaya», había replicado el colega. Unos lo hacían; otros, no. Él, no. No lo haría.

Burden abrió los ojos en el momento en que un hombre surgía del bosque con una larga escopeta. Estaba claro que era un cazador que en cualquier momento podía decidir que Burden, en la distancia, era un mapache o un zorro o lo que fuese que se cazase en Virginia. Para evitar un accidente, Burden agitó la mano al hombre, que retrocedió de un brinco y buscó refugio detrás de un tronco de árbol. Burden se alarmó. «Criminal huido de la justicia», el titular apareció en letras negras en su cerebro. Pero Henry estaba cerca; y el hombre estaba más asustado que él. Burden volvió a agitar la mano, sonriendo y asintiendo para mostrar que no tenía intención de hacerle ningún daño.

Con toda cautela, el hombre se le acercó. Al pie de las trincheras, se detuvo.

—¿De dónde es usted? —preguntó.

El acento era de Carolina y le reconfortó oírlo. Era un hombre joven, sucio y con barba y cabello largo que le caía sobre la frente en una gran maraña.

Burden dijo que vivía en Washington; el muchacho frunció el entrecejo.

—Entonces, no debería estar aquí, señor.

Su expresión era curiosamente seria.

—¿Por qué no?

El joven estaba ahora tan cerca que Burden podía oler el sudor de su cuerpo, examinar de cerca su peculiar forma de vestir: americana sin forma, pantalones rotos, botas con rendijas entre la suela y el zapato por las cuales se asomaban unos dedos negros. No estaba seguro de tener la fuerza de llamar a Henry.

El muchacho sostenía la escopeta contra el pecho como presentando armas. Sonrió a Burden, que seguía sentado.

—Vamos, ya sabe por qué, señor. No finja que no lo sabe.

Señaló con la cabeza los pinares de donde había salido y Burden vio de pronto que los bosques estaban en llamas. El humo blanco ocultaba el sol. El cielo era espeluznante. Intentó ponerse en pie, pero se lo impedía el cuerpo del joven y no se atrevía a tocarlo o a pedirle que se moviese a un lado por temor al largo rifle que llevaba.

Burden volvió a sentarse en la roca.

—Pero hay un incendio —dijo débilmente—. El bosque está en llamas.

—Desde luego que hay un incendio.

Burden se retrajo, tratando de no respirar, de no oler el sudor del otro, de evitar la mirada extrañamente íntima de aquellos ojos brillantes inyectados de sangre.

—Deje que me levante —susurró Burden—. Déjeme marchar.

Pero el chico no se movió. Los labios circundados de barba esbozaron una sonrisa a Burden, que yacía impotente en el suelo, incapaz de moverse. Y de repente el joven extendió una mano morena y nervuda, en cuya curvatura familiar Burden veía el

recuerdo de la muerte pasada y de la que estaba por venir. Chilló y se despertó justo a tiempo para evitar caerse dentro de las trincheras en el terreno pedregoso del fondo. Por un instante se quedó extendido en el suelo con el corazón latiendo aceleradamente. Luego, poco a poco, tocó la hierba, la tierra, la piedra, para cerciorarse de que seguía vivo.

—¿Está bien, senador? —Henry apareció en el borde del campo, como un espantapájaros negro.

—¡Sí, Henry! —dijo, sorprendido de lo enérgico de su propia voz. Luego, se levantó todo lo rápido que le permitió la edad de sus músculos—. En seguida estoy contigo. Vuelve al coche.

Cuando Henry desapareció de la vista, Burden se sentó en la piedra y esperó hasta que el corazón recuperó su lento latido habitual. Miró por el campo con aprensión como esperando ver el humo y las llamas de aquel famoso día de fuegos. Pero los bosques estaban verdes. No había incendio. Todo había formado parte de un teatro mental, sin importancia alguna. Pero el rostro del soldado confederado le había resultado familiar: aunque es difícil que el rostro de la muerte sea el de un extraño total y había sido realmente su propia muerte la que había elevado el rifle contra él. Estremecido por la proximidad de su evasión, se levantó para marcharse. Al hacerlo, se percató de que la bala que había abatido a su padre resplandecía tímidamente en la hierba. Agachándose, hizo un agujero en el suelo con los dedos. Depositó la bala en el agujero y la enterró. Satisfecho de lo que había hecho, empezó a descender las trincheras y atravesar el campo.

★ 3 ★

—Sí, señor, haré averiguaciones sobre él a primera hora de la mañana. —Clay Overbury estaba sentado en la mesa del senador—. ¿Por qué está interesado? Quiero decir, ¿hay algo en especial que quiere que investigue? —La voz del senador Day se hizo vaga. Clay,

sosteniendo el teléfono entre el hombro y la mejilla, encendió un cigarrillo—. Ya veo —dijo, dándose cuenta de que, o se había perdido algo, o no le había dicho todo.

Luego, el senador le dio instrucciones con su claridad habitual, y, como siempre, Clay se maravilló de cómo el viejo podía llevar tantas cosas en la cabeza. No se olvidaba de nada, a diferencia de Clay, que se veía obligado a anotárselo todo.

—¿Crees en los sueños? —El senador le hizo la pregunta exactamente en el mismo tono de voz que había empleado para darle las instrucciones para la conferencia de prensa del día siguiente.

Cogió a Clay desprevenido.

—¿Sueños? —repitió.

El senador se rió entre dientes, un tono de burla imperceptible en el aparato.

—Yo tampoco —dijo—. Te veré por la mañana.

—Sí, señor. Oh…, y dígale a Diana que la llamaré mañana, si no le importa, señor.

El senador le dijo que lo haría y colgó.

Clay llamó por teléfono a la señorita Perrine, en la oficina exterior, y le pidió que le llevase el *Who's Who in America*. Luego, volvió a arrellanarse en el sillón. La jornada tocaba a su fin. Suspirando, se desabrochó la camisa; confiaba en que por la noche refrescase. Frente a él, un último rayo de sol iluminaba la trágica boca de Cicerón. Tenía que leer a Cicerón algún día, para complacer al senador.

La señorita Perrine entró, y se retocó su mata de pelo para que formara un marco simétrico a su preciosa cara sin conseguirlo. Le entregó el enorme libro rojo y esperó mientras él buscaba el nombre de Nillson, Edgar Carl, nacido en 1881, Havre de Grace, casado con Lucy Wavell en 1921 (divorciado en 1932). No figuraban títulos académicos. Director de varias empresas: constructoras, gas, petróleo. Miembro de uno de los mejores clubes de Nueva York.

Aquello era interesante. Residencia: 1106 Quinta Avenida, Nueva York. Devolvió el libro a la señorita Perrine.

—Busque información sobre cada una de estas empresas, ¿quiere? Pregunte en Comercio, si necesita ayuda. Pregunte también en Dun & Bradstreet. El senador lo necesita mañana.

—Sí, señor —le dijo, dedicándole una mirada de soslayo de la que él no se percató.

Salió trotando de la habitación en unos zapatos de tacón peligrosamente altos.

Clay salió por el jardín del Capitolio iluminado por la luz del atardecer, entre árboles pulcramente etiquetados con sus nombres latinos. No se movía una hoja. El horno del día de Washington se cerraba. Al cruzarse con uno de los senadores más ancianos, Clay le deseó buenas noches dejando caer con mucho tacto su propio nombre. El anciano le dedicó una sonrisa instantánea, agradecido por la identificación.

Al pie de la colina del Capitolio paró un taxi. El conductor era un hablador empedernido al que no le importaba en lo más mínimo que Clay no fuera un buen oyente, en especial cuando el tema era los «negros», una obsesión típica de Washington. Al parecer, estaban inundando la ciudad procedentes del Sur con el resultado de que ya no se podía caminar tranquilo por las calles.

El taxi se detuvo delante de un restaurante de Connecticut Avenue sobre el cual vivía Clay y otros tres solteros en cuatro apartamentos. El alquiler era bajo, y la situación, cómoda: el hotel Mayflower, lugar de reunión de personas influyentes, estaba a sólo un minuto andando.

Clay veía poco a sus vecinos, pero las relaciones eran buenas. Todos eran hombres en plena carrera y Clay hacía todo lo posible para llevarse bien con ellos. Muy pronto se había fijado en que los jóvenes más ambiciosos tienden a gravitar hacia los que ya poseen poder; y aunque eso es natural y necesario, con demasiada frecuencia descuidan a los que no tienen poder —como ellos mismos —, pero puede que lo tengan algún día. A Clay le gustaba pensar

que era una persona previsora. Pero, en la realidad, se limitaba a existir día a día, esperando que se abriese una puerta. Mientras tanto, se iba tejiendo una amplia red de relaciones, por si acaso.

El apartamento de Clay era una única habitación amueblada con una ventana doble que daba a Connecticut Avenue, un amplio paseo cuyos árboles y edificios bajos le daban el aspecto de calle principal de una ciudad de provincias más que de una de las grandes avenidas de la capital de la nación. Clay nunca se había repuesto de la sorpresa que le causó descubrir que Washington no era una capital sino una ciudad de provincias. Exceptuando los enormes y pretenciosos edificios del gobierno, las calles eran agradablemente familiares, incluso a los ojos de un provinciano. De hecho, la capital de su estado natal le parecía, en muchos aspectos, más ciudad que Washington con sus lentas maneras sureñas.

Clay dejó caer los pantalones en medio de la habitación, lanzó la camiseta colgándola en una lámpara de pie rota, que ya soportaba una camisa de pijama, envió sus zapatos a un rincón oscuro de sendas patadas y se sacó los calcetines pisándoselos por delante y estirando sin agacharse ni una sola vez y de otra patada lanzó los calzoncillos en un elevado arco haciéndolos aterrizar con toda precisión en el pomo de la puerta del cuarto de baño, del que quedaron colgando como una bandera a rayas verdes y blancas. Tras lo cual se dejó caer, tieso como un árbol derribado, en el sofá cama sin hacer del estudio. Una leve brisa secó la carne húmeda hasta que sintió la piel como si estuviese hecha de pergamino seco y caliente que se desgarraría si se movía. No se movió. El ojo que tenía pegado a la almohada hacía que lo viera todo doble. Por un instante, quedó dormido con los ojos abiertos.

Le despertó alguien que llamaba suavemente a la puerta. Sin vestirse, se dirigió a la puerta y la abrió unos centímetros, esperando encontrarse con uno de los solteros. En lugar de eso, vio a la señorita Perrine, muy nerviosa y con los ojos brillantes.

—Oh —dijo sin entusiasmo—. Dolly.

—Estaba en el barrio. He quedado con Munson en el Continental, a una manzana de aquí, a las ocho, y pensé…

El abrió la puerta de par en par terminando con su parloteo.

—Entra —dijo—. Precisamente estaba pensando en ti.

Ella dio un respingo al ver que estaba desnudo.

—Vas a agarrar un resfriado de muerte —dijo sonrojándose, pero sin retirarse. El cerró la puerta y echó la llave.

—¿Con este calor? Vamos, sácate esta ropa tan pesada.

La besó. Ella le respondió mordiéndole el labio inferior con sus dientes diminutos y afilados. El gruñó de dolor. Dolly Perrine había leído en alguna parte que morder significaba Pasión. Clay había intentado sin éxito sacarla de este error en las diversas ocasiones en que ella le había visitado, normalmente antes de quedar con Munson, su prometido, que tenía un tímpano perforado y trabajaba en la Casa de la Moneda. Iba a casarse con Munson porque era bueno y considerado y sólido; por otro lado, no podía apartarse de Clay, que se la había llevado a la cama casualmente la semana que ella había entrado a trabajar para el senador. Al principio, había intentado ponerse sentimental, pero él le había parado los pies. Le dijo claramente que era una chica mayor que hacía lo que hacía porque quería y no porque él la hubiese seducido con engaños y promesas mancillando su virtud. «No hay nada más en ello. Sólo diversión». «¿No hay amor?», había susurrado ella con la cara oculta por la maraña de pelo. El había respondido con un exabrupto y ella había llorado un poco; pero como buen abogado que era no la había llevado a engaño. Creía que las partes de un contrato debían tener pleno conocimiento de sus responsabilidades. Además no le gustaba decir mentiras, no soportaba las escenitas y despreciaba los excesos emotivos. Le gustaban la neutralidad y el placer. Dolly Perrine le daba placer. En cuanto a la neutralidad, se ocupó personalmente de que los pensamientos de ella no se despistaran demasiado de la idea central de Munson y la Casa de la Moneda y la casita que iban a comprar en Vermont Avenue.

—¡Qué desorden! —dijo ella, examinado la habitación con el ojo del ama de casa que sería una vez concluyese su prolongado noviazgo y, de la crisálida de aquellos cinco años, ella y Munson emergieran juntos al mundo como una única polilla doméstica.

—Soy así —dijo Clay, sirviendo un bourbon cargado en un vaso polvoriento.

Él bebía muy poco, pero sabía que el whisky le iba bien a Dolly. Con cada sorbo se ponía más contenta y útil en el acto del amor. Y *era* amor, desde luego, aunque no en la forma en que le habían enseñado a ella a pensar en la gran pasión: dos rostros soberbios proyectados en la pantalla de cine a un tamaño treinta veces superior al natural, ofreciéndose compartir todos y cada uno de los pensamientos, de los sueños que un par de cerebros treinta veces más grandes que el de tamaño natural podían conjurar. El amor que sentía Clay era por la carne, nada más. También era importante la conquista. Nunca tenía suficiente con las victorias que lograba sobre las mujeres e, indirectamente, sobre los hombres que las amaban. Cada vez que poseía a Dolly, conquistaba también a Munson.

Clay la observaba mientras se desnudaba, un proceso lento en el que participaban muchos botones, cierres y cremalleras. Disfrutaba de la metamorfosis que se producía entre una mujer vestida y una desnuda. Vestida, iba acorazada y disfrazada, con las piernas alargadas por los tacones altos, las caderas y el pecho reducidos por el tejido elástico. Desnuda, lo que había sido alto y espigado se convertía de pronto en bajo y sólido, y uno se daba cuenta no sólo de lo pequeña que era sino también de lo robustamente que estaba configurada, irrompible, hecha de tierra. Comparado con la mujer, el hombre era un instrumento frágil y nervioso, todo fuego y aire, en absoluta desventaja frente a la tierra y el agua. Quejándose de la cantidad de luz que entraba en la habitación y de que nunca corría las cortinas, Dolly Perrine se metió en la cama con él y mezclaron los cuatro elementos durante media hora.

Cuando Clay salió de la ducha, Dolly había abrochado ya la mitad de los cierres y botones de su armadura. Sonriendo alegremente,

desaparecida toda tensión, Clay apartó a un lado su desastroso cabello y besó la boca redonda.

—¿*Qué* es lo que te hace sonreír? —dijo Dolly reculando en actitud desconfiada—. ¿Qué es tan gracioso?

Como la mayoría de las mujeres que conocía Clay, ella no las tenía todas consigo en lo que a humor se refería, por la lógica razón de que, antes o después, la broma podría recaer sobre ella. Ante aquel rostro perplejo y desconfiado, Clay experimentó un instante de ternura, algo que raramente sentía en el acto sexual. Besó el cabello enredado que en aquel momento emprendía la marcha inexorable hacia la cara de ella, al tiempo que de las retorcidas profundidades salían disparadas las horquillas como flechas lanzadas por los atemorizados moradores del bosque.

—No hay nada gracioso. Todo es serio. Tengo que vestirme. Y tú tienes que ponerte en disposición de estar con Munson —dijo, poniéndose una camisa de etiqueta.

Dolly se metió en unos zapatos con altos tacones de aguja y dijo:

—No te entiendo, Clay.

—Es sencillo —dijo, abrochándose la pajarita ante el espejo jaspeado de polvo.

Ferozmente, con impotencia, Dolly emprendió el ataque a su cabello peine en ristre.

—No tanto. En la oficina eres tan libre y tranquilo y resuelto a triunfar…, pero cuando estoy aquí…

—¿A triunfar con las chicas? —dijo Clay cortante.

Deseaba saber exactamente el efecto que tenía sobre los demás.

—No. Con los senadores —dijo en el preciso momento en que el mechón central se le escapaba, tapándole un ojo y dándole un aspecto lascivo.

Clay no dejó que se le arrugara el entrecejo.

—Para eso me pagan. Pusieron un anuncio en el periódico: abogado joven y enérgico, resuelto a triunfar en Washington para deleitar a los senadores, sueldo reducido, amplias perspectivas.

Se abrochó la americana blanca cruzada, esperando que no se notaran los puños gastados de la camisa.

—Sigo pensando que estarías mejor en casa, todo el mundo está mejor en casa.

Aquél era el tema favorito de Dolly. Washington era Versalles, rutilante y corrupto, en donde el campesino sencillo se convertía en un petimetre y cosas peores. Desesperada, guardó el espejito; el cabello había vencido.

—Entonces ¿por qué no te vas *tú*?

—Ya me he ido. Yo soy de aquí, ¿recuerdas? Munson y yo somos nativos de Washington —dijo, levantándose como con orgullo.

Clay se volvió a ella y soltó una carcajada. Dolly se asustó.

—Bueno, y *ahora* ¿de qué te ríes?

—De algo que se me acaba de ocurrir. Nada.

Se había acordado de una historia que le había contado uno de los solteros.

—¡Te estás riendo de *mí*! —dijo, llevándose las manos al pelo como sintiéndose delatada.

—No. Es una cosa que me contó uno de los que viven aquí, una historia divertida. Es inglés.

—¿Qué historia?

—Cuando cumplió veintiún años, su padre le dio sólo tres consejos. Primero, nunca bebas whisky con ostras. Segundo, no vayas a cazar al sur del Támesis. Tercero, nunca tengas a una mujer antes de que se ponga el sol porque más tarde podrías encontrar otra mejor.

—Eres un hijo de puta —dijo Dolly, profundamente dolida.

—Me pareció gracioso. Especialmente lo de cazar al sur del Támesis. Quiero decir, ¿qué tiene de malo el sur del Támesis?

Pero Dolly ya estaba fuera de la puerta.

Cuando cruzaba la calle, le dijo:

—Hasta mañana.

Ella no se volvió.

—Buenas noches.

Dolly siguió por Connecticut Avenue.

—Recuerdos a Munson —no pudo resistir la tentación de decirle.

Ella apretó a correr, tambaleándose adelante y atrás en sus tacones altos, como una barca de remos rechoncha resistiendo tenazmente a la corriente.

La primera vez que Clay había sido invitado al Chevy Chase Country Club se había llevado una desilusión ante el simple porche de madera, algo retirado de una calle de la periferia de la ciudad. Pero una vez en el interior, sintió que había pasado a otro siglo, en el que las salas eran amplias y evocadoras de lentos placeres, los altos relojes parecían no dar nunca las horas y los modales eran rituales.

Como aquella noche había llegado pronto, salió a la terraza; los jugadores de tenis y de golf, una vez acabados sus partidos, estaban sentados debajo de las sombrillas a rayas, bebiendo y charlando. A estas alturas ya deberían haberse ido, pensó Clay severamente; por lo demás, la escena le complacía. A su derecha, detrás de los árboles, estaban las pistas de tenis y la piscina. A su izquierda, tan verde y ensoñador como el grabado de un parque inglés del siglo XVIII, el campo de golf serpenteaba entre suaves colinas y valles y bosquecillos de árboles, de color añil contra el cielo azul del atardecer. En lo más profundo de las arboledas, se veían las estelas de las luciérnagas.

—Los ricos lo tienen todo, ¿no es cierto?

Clay se giró y vio la figura baja y fornida del hombre que había cantado en la fiesta del día anterior. Le estrechó la mano y lo inundó de un cálido y prolongado saludo, acordándose de que era un escritor del *Washington Tribune* y de que gozaba del favor de Enid. Pero ¿cuál era su nombre?

—¿Por qué estoy aquí? Eso es lo que deseo saber. ¿Me lo quiere decir? ¿*Qué estoy haciendo aquí*? En este lugar, con esta gente. —La indiferente observación de Clay de que el Chevy Chase Country Club era «un lugar» provocó un aluvión de palabras—. Odio a los ricos. Odio a los políticos. Desprecio a los jóvenes que urden intrigas. —Clay sintió que, a la altura del cuello de la camisa, se abría paso una

sensación de sofoco. Confiaba en que los huéspedes sentados debajo de las sombrillas no le asociaran con aquella criatura extraordinariamente desagradable que, sin duda alguna, sería comunista—. A los que más detesto es a los políticos. Odio al presidente. Odio al Congreso. El Tribunal Supremo es especialmente espantoso. Detesto a los militares. El cuerpo diplomático debería ser eliminado, preferentemente con canapés envenenados. Detesto Washington, Distrito de Columbia, joya de la ciénaga, hogar de las niguas, adornado con su enredadera de veneno, con el estómago repleto de col frita con grasa de panceta y jamones indigestos de Virginia que saben a restos de quilla de barcos hundidos. ¡Oh, que mi odio me dé elocuencia! Tomemos una copa.

Dijo esto último en un tono tan normal que Clay casi no lo oyó.

—Bueno, sí —dijo Clay—, me…

—*Vendría bien* una copa, ya sé. Pero ¿para qué? Iba a decir «me vendría bien», ¿verdad?

—No —mintió Clay enojándose—. Iba a decir que me apetecía una copa.

—Pensándolo bien, ¡creo que me he pasado de listo! —dijo su acompañante con una sonrisa.

Clay lo odió.

Entraron en el bar tenuemente iluminado. Cada uno pidió una copa. Clay se había propuesto ser educado a toda costa. A Enid le gustaba especialmente aquel hombre. El haber olvidado el nombre lo exasperaba y le colocaba en situación de desventaja. Sabía su nombre y él no sabía el del otro, y Clay estaba en desventaja porque en los nombres hay poder.

—¿Por qué —inició Clay cautelosamente, sin ánimo de inspirar otro discurso— está aquí si no le gusta Washington?

—Porque soy débil. Corrupto. Carezco de objetivos. Me tienta la bebida gratis…, la comida gratis…, me atrae irremisiblemente la compañía de salvajes para quienes realizo un truco, canto una canción, leo el futuro, les recuerdo que el barco del estado está borracho.

—¿Y usted?

—Yo no, pero Rimbaud sí. Tiene usted un rostro abierto, Clay. No deje nunca que la vida se lo cierre. ¿Tiene ambiciones políticas?

—Sí. —Clay optó por emplear palabras breves y cortantes.

—Nunca entenderé por qué la gente quiere estar en el poder. Tenemos por ejemplo a ese impostor de James Burden Day.

—Soy el secretario del senador Day.

El hombre bajo se rió.

—Sí, ya lo sé. Y, por supuesto, le es fiel.

—Sí.

—He dicho «impostor» no con intención de diferenciar a su senador de los demás. No empleaba la palabra en sentido despectivo. ¿Cómo iba a hacerlo, en Washington? Sólo quería decir que es como todos los demás, pero con más éxito. No le gustaría estar al servicio de una especie de disidente, ¿no? —El hombre bajo dio un buen trago a su bebida. Hacía muchos años que Clay no conocía a alguien que le desagradase tanto—. Admito que tiene una voz encantadora su senador. Y modales. Estuve estudiándolo ayer durante la fiesta. Era nuevo para mí, en carne y hueso me refiero. Pero lo cliché enseguida. ¡Actor! Es un actor. Su forma de emplear la voz. El cambio de acento. La habilidad para imitar. El dominio de la caída de voz. En este momento interpreta a Bruto, pero podría adoptar con toda facilidad el papel de Macbeth o de Lear o, con bastante mala suerte, de Timón. Puede interpretar cualquier cosa, menos a sí mismo, porque carece de personalidad. ¿Le aburren las referencias a Shakespeare? ¿Y los libros, de la clase que sean? Descubro a menudo que cualquier referencia que no resulte inmediatamente familiar, es decir, que no haya salido en la prensa matinal, hace que la gente de estos barrios se ponga nerviosa y empiece a buscar la salida más próxima.

—Comprendo por qué —dijo Clay con toda claridad, y se sintió orgulloso.

El hombre bajo rió satisfecho.

—Me ha ganado. Soy un pelmazo. Y me aburro a mí mismo corrió al que más, especialmente en esta ciudad atroz.

—¿Por qué no se marcha?

—Dinero. Soy pobre. Tengo que trabajar. Mi trabajo está aquí. Imagínese ir al cine durante *el día*, un vicio más grave que la heroína y que crea la misma dependencia, porque me encanta lo que veo. Lloro por Joan Crawford. ¡Dios, cómo la tratan! ¡Los muy cerdos! Y la pequeña Jean Arthur, con esa forma que tiene de arrugar la nariz… Es tan real. De hecho, todo lo que veo en esos oscuros teatros con olor a pies y a palomitas de maíz me parece mucho más real que todo esto. —Y abarcó toda la sala vacía gesticulando barrocamente con el brazo, lo que hizo aparecer, como por arte de magia, a Enid en el umbral de la puerta…

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Aquella noche Enid llevaba un vestido plateado, recto y esbelto, más que nunca una princesa india —. Venid, la fiesta ha empezado.

—Le estaba diciendo al señor Overboard lo mucho que me gusta Washington.

—Overbury.

—Sabe perfectamente quién eres. Harold, creo que esta noche tenemos que pararte los pies.

—Me los han parado verdaderos maestros… y maestras.

Clay miró a Enid con severidad, pero ella lo arrastró a la sala contigua, dejando solo a Harold, con el vaso en alto, proponiendo un brindis por el gobierno legítimo de España, en aquel momento sitiado en Valencia.

—Qué perfecto hijo de puta.

—¿Harold? No le tomes en serio. Sólo desea picar a la gente. Arrancar una carcajada. Escucha…

Pero ni Clay pudo escuchar ni Enid decir, porque fueron interceptados de pronto por una mujer joven, pálida y corta de vista, deslumbrante de bisutería.

—¡Enid Sanford! Preciosa, *preciosa* en plata. Un color tan bonito para ti.

—Gracias, señora Bloch.

—Doy una fiestecita el domingo, muy *intime* —pronunció mal el francés, para evidente deleite de Enid—. Ven a las seis. Es para… —nombró a un anciano juez del Tribunal Supremo—. Es tan divertido… —A lo cual Clay sonrió. Como Enid había dicho una vez, se decía que, a la vista de aquel viejo, los minusválidos soltaban las muletas y salían volando—. Le gusta relajarse entre unas cuantas almas simpáticas. —Todo el mundo pensaba que el juez se entendía con la señora Bloch, una última explosión senil antes de la capitulación final —. Y además te admira, Enid. Adora a la gente joven.

—Bueno, no dude que lo intentaré, señora Bloch.

—A partir de las seis, a cualquier hora.

—Permítame que le presente… —Enid empezó a presentar a Clay, pero la señora Bloch no estaba dispuesta a escucharle. Había detectado a un embajador; se fue.

—Me pregunto cómo se ha metido aquí esta horrible judía —dijo Enid pensativa.

—Según las columnas de cotilleos, está en todas partes.

—Eso es porque *conoce* a todos los escritores de ecos de sociedad. Creo que les paga para que escriban sobre ella. Bueno, nunca entrará en casa, y nosotros nunca iremos a la suya, la pobre. Tenía que haberse quedado en Nueva Jersey o donde quiera que sea. Washington no es para ella. Bien, Clay, escucha, en cuanto a lo de anoche…

—¿Lo sientes?

—¡Claro que no!

Los ojos oscuros de Enid reflejaron la llama de un candelabro. *Era* preciosa, pensó él, y se sintió inadecuado.

—Peter lo sabe.

—Peter sabe ¿qué?

—Mi hermano. No pude decírtelo anoche. Nos vio. En la caseta de la piscina.

—¡Oh, Cristo! ¿Por qué no cerraría la maldita puerta?

—Bueno, lo hecho, hecho está, y ahora no sé qué hacer.

—¿Se lo dirá a tu padre?

—No creo. No sé. Es tan embustero, podría ser que no le creyeran.

—¿Embustero?

Aquello era nuevo para Clay.

—Siempre. Desde que empezó a hablar empezó a decir cosas espantosas.

—Pero falsas.

—Desde luego. —Un grupo de jóvenes saludó a Enid desde la puerta y se dirigieron hacia ella—. Tenemos que decidir qué hacemos —dijo precipitadamente—. Aquí vienen mis amigos de Nueva York.

—¿Qué me dices de tu padre?

—Está aquí. Por allá.

Los amigos los rodearon. Las chicas besaron la mejilla de Enid, los chicos le retorcieron la mano.

—¡Habla con él! —le gritó Enid desde el centro de la manifestación.

Blaise Sanford estaba sentado en un rincón con dos hombres grises hablando —¿de qué si no?— de política. En la sala contigua había empezado el baile. Aunque la fiesta era para los jóvenes, los mayores estaban presentes. Como un coro, se sentaban en los profundos sillones, observando cómo sus sucesores se movían en complicadas danzas, conscientes de que, con el tiempo, se verían obligados a ceder hasta los profundos sillones a los jóvenes danzarines que, a su vez, habrían abandonado la pista de baile a otros, aún más jóvenes. ¿Cómo *no* ser olvidado?, se preguntó Clay. ¿Cómo conservar la tarima durante toda la vida? Aquélla era la pregunta que formulaba la ambición y que dejaba sin respuesta.

—¿Señor Overbury? —Un hombre delgado, de un rubio gris, apareció entre él y la pista de baile—. Soy Edgar Nillson, un amigo… o posible amigo del senador Day.

—Lo sé —dijo Clay, dedicándole una sonrisa política y estrechando calurosamente la mano del hombre—. Es de Nueva

York. Pero nacido en Maryland.

Clay sabía que seguramente estaba desvelando demasiadas cosas, pero en ese caso, el senador se lo tenía bien merecido por no hablarle con confianza.

—Veo que me están investigando. Bueno, por suerte no tengo nada que ocultar. Todas las pruebas han sido destruidas.

Clay se rió: muy bueno, señor Nillson, realmente bueno.

—Quiero comprar unos terrenos de los indios, pero me temo que el senador no me está ayudando.

—¿Cómo podría?

—No hago ningún daño a los indios. El precio, por cierto, vale la pena.

—¿Collares de cuentas, pechinas, aguardiente?

Nillson se rió.

—Es usted muy rápido, señor Overbury. No, mejor que eso. Dinero contante y sonante.

—¿Pero menos de lo que vale la tierra?

—¿Quién puede afirmarlo?

—Usted, o de lo contrario no querría comprar.

—Estoy deseando ayudar al senador como candidato a presidente en 1940.

—¿Qué dice él de eso?

—Nada.

—¿Cómo puede ayudarle?

—Dinero. Influencia. Y luego está nuestro amigo, Blaise Sanford. —Nillson apartó a Clay de la pista y lo llevó al sillón, desde donde el propio Blaise alzó la vista.

—¡Edgar! ¿Qué estás haciendo en la ciudad? Siéntate. Hola, Clay —esto último, fríamente.

—Buenas noches, señor —se superpuso a «Un pequeño negocio, Blaise», mientras los dos hombres se sentaban a ambos lados del editor, en asientos todavía calientes de los anteriores ocupantes.

—Ojalá hubiese sabido que estabas aquí. Anoche dimos una fiesta. Hubieses estado con nosotros. Para celebrar la derrota del

señor Roosevelt.

—Y la victoria del senador Day —dijo Nillson sonriendo a Clay.

Blaise miró a uno y otro con expresión astuta:

—¿Negocios?

Nillson guardaba la calma.

—Deseo que el senador Day sea elegido presidente en 1940.

—No es una mala idea. ¿Qué piensas, Clay? —Aparte a Nillson—: Testimonio parcial.

—Por supuesto —dijo Clay—. Nada me gustaría más. Y después de lo de hoy, es posible. Hemos hablado con el vicepresidente.

Como la mayoría del personal de asistencia a los representantes del Congreso, Clay tendía a emplear la tercera persona del plural, cuando, hablando con propiedad, el pronombre debería ser *él*, un vicio que le desagradaba en los demás, pero que se toleraba a sí mismo.

Blaise lo recompensó con una mirada de interés.

—¿Lo tenéis?

—Sí.

—Bien.

Nillson se levantó.

—Te llamaré mañana, Blaise.

—Sí, llámame. Ven a casa a comer. Y a bañarte. Hará otro día sofocante.

Nillson desapareció por la sala de baile y Clay se percató de que había hombres ansiosos a su alrededor esperando la oportunidad de besar la mano y recibir el espaldarazo de la publicidad. Debía marcharse, pero eligió quedarse.

—¿Quién es el señor Nillson? —dijo sin rodeos. Después de todo, no tenía nada que perder salvo a Enid, un millón de dólares, y el apoyo de un poderoso señor de la prenda.

—¿*Quién* es el señor Nillson? —repitió Blaise en un tono que dejaba claro que pretendía decir: «¿Quién es Clay Overbury?»—. Bueno, es un amigo mío. Petróleo. No sé qué más. Burden y él

deberían ser amigos. Sería bueno para ambos. —Blaise miró a su alrededor como en busca de ayuda.

Clay era tenaz.

—Señor, en relación con Enid…

—¿Qué pasa con ella? —De pronto los ojos oscuros se habían posado sobre él con toda su fuerza. En el rostro rojo de irritación, Clay vio a Enid—. ¿Qué pasa con ella?

—Este verano hemos estado viéndonos con bastante frecuencia.

—No —dijo Blaise secamente.

—¿No?

—No, no te vas a casar con ella.

—No he dicho que fuera a hacerlo.

—Y yo digo que ni se te ocurra.

Clay sintió terror y rabia a partes iguales. Ganó la rabia.

—¿Y por qué no? —le tembló la voz, pero de tensión, se dijo a sí mismo, no de miedo.

—No tengo por qué contestarte.

—Y yo no tengo por qué ser insultado por usted.

—Lo cual pone fin al tema, ¿no?

—Sí. —Clay se levantó con la cabeza como flotando—. De momento —dijo—, se termina aquí.

Pero Blaise ya estaba haciendo señas a otros para que se acercaran. Barajando la posibilidad de un asesinato, Clay fue a la sala de baile. Cogió un vaso de whisky de la bandeja de un camarero que pasaba y se lo bebió de un trago. El calor llegó enseguida. Por primera vez se dio cuenta de que la gente bebía para hacer soportable lo insoportable. Luego Clay se zambulló en la velada, nadó por entre los bailarines y no llegó a la costa hasta media noche, momento en que se bebía mucho, se ligaba descaradamente y los sillones hondos estaban vacíos.

—¿Qué vamos a hacer? —le dijo Enid en el porche entoldado.

Afuera, las parejas caminaban juntas en la oscuridad; sus trayectos en la noche quedaban claramente marcados por la

persistente punta de los cigarrillos, a diferencia de la luz intermitente de los saltos de las luciérnagas.

—¿Qué *quieres* tú?

El evadía la responsabilidad. Llegaría un día en que se plantearía un litigio, le decía su mente legal, y quería ser capaz de probar que no había empleado influencias indebidas. La elección sería de ella, no suya. Ella empezó a hacerla.

—Vamos a algún sitio, a pasar la noche.

—¿La caseta de la piscina? —dijo él sonriendo.

—No, nunca más. No, después de lo de Peter. Vayamos en coche a… a Maryland.

—¿Elkton?

Pregunta capciosa: Elkton era el lugar adonde iban las parejas de Washington que querían una boda rápida, sin formalidades.

—¿Has hablado con mi padre?

—¿Lo hace alguien?

—Puede ser desagradable.

—Lo ha sido.

—No le gustan los hombres jóvenes. No son lo suficientemente importantes para él.

—¿Para ti?

—Yo no busco importancia. *Fue* la primera vez, ¿sabes?

Se lo había dicho la noche anterior, durante la tormenta, y le había impresionado, si bien tenía sus dudas. Aunque era bastante posible que estuviese diciendo la verdad. Lo cierto era que no tenía pruebas que demostrasen lo contrario. Desde el invierno se habían visto informalmente en fiestas y menos informalmente durante los fines de semana. La noche posterior al día en que él se rompió la nariz en Warrenton, habían hecho el amor por primera vez. Ella se había divertido perversamente con su dolor, insistiéndole en que la besase repetidamente a pesar de las vendas. Pero hasta la noche anterior no habían llegado «hasta el final», como ella decía.

—¿Y Diana? —le dijo Enid mirándole de pronto con el rostro de su padre.

—¿Diana? —repitió él, fingiendo ignorancia.

—Se supone que está enamorada de ti.

—Trabajo para su padre. Me gusta.

—¿Te has acostado alguna vez con ella?

Él sacudió la cabeza.

—No, ni siquiera en una colchoneta de goma en el suelo.

Enid soltó una carcajada.

—Lo oiré durante mucho tiempo, ¿verdad?

A Clay, que la amaba, le sorprendió sentir que casi le gustaba. En ciertos momentos poseía un sentido del humor seco y directo respecto de sí misma que la diferenciaba de cualquier otra chica de las que había conocido.

—Lo pensaremos un poco —dijo ella finalmente—. Ahora vayamos a bailar. Soy terriblemente joven, ¿sabes?, incluso para mi edad. Todo el mundo lo dice.

Fueron juntos adentro, donde sonrojadas parejas bailaban algo dinámico y ruidoso. Menos mal, pensó Clay. Necesitaba tiempo para derrotar a Blaise. Además, de alguna manera tenía que decir a Diana que no podía casarse con ella. Le debía mucho; al senador le debía más.

★ 4 ★

En el otro extremo de la llanura se elevaron dos lunas tiñendo la torre de plata. Aquélla era la señal. Apagó el planeador. Luego, envuelto en la capa espacial que el Gran Murg le había dado, fue caminando a grandes zancadas hasta la ciudad donde el ejército esperaba.

—¡Me importa un bledo lo que ella quiera! Es lo que yo quiero.

—Pero Blaise, sé razonable. Al fin y al cabo, ya está hecho.

En la plaza central de la antigua ciudad, más antigua que la historia, el ejército de Thark estaba preparado. Cuando lo vieron, lo saludaron, reconociendo la capa del Gran Murg.

—Conseguiremos la anulación.

—Pero ¿cómo podrás conseguirlo si ellos…, si ella…?

Por un momento prolongado miró hacia un mar de tharkos que lo vitoreaban. Sintió cómo el poder ascendía en su interior. Echó un vistazo al balcón donde Thuvia estaba de pie, con la corona de helio del viejo imperio. Lo saludó agitando su mano. Él le hizo una reverencia con la escopeta Winchester que su padre le había regalado en Navidad.

—Sabía que teníamos que haber ido a Watch Hill en junio. Es todo culpa tuya, Blaise, por tenernos aquí por tu dichosa política. Bueno, ahora ella ha ido y la ha hecho. Se ha casado con uno. Un político. Tendrías que estar contento.

Se oyó un ruido de vidrios rotos. Peter intentó incorporarlo a su fantasía, sin lograrlo. Con tristeza, permitió que la visión de Thuvia y los tharkos se hiciera pedazos, junto con el vaso de whisky que su padre había lanzado al parecer a su madre o al suelo. Miró por el ventanal. Entre su padre y su madre había un vaso roto cuyo contenido había manchado la alfombra.

—Mira lo que has hecho en la alfombra.

—Al diablo con la alfombra.

—Al diablo con todo. Eso es verdaderamente lo que te gustaría.

Aquello no se lo esperaba. Frederika solía evitar las escenas. Las afirmaciones directas de la clase que fuesen no eran su estilo.

—¿Qué *sugieres* que haga? —la retó Blaise directamente.

—Echar un poco de agua en la alfombra. Disolvería la mancha.

—¿Y después de eso?

—Oh, lo que quieras. —Su momento de seguridad había pasado —. Pero intenta ser agradable mientras estén aquí.

—Debería hacerle arrestar por pervertir a una menor.

—Ella no es ninguna menor, en Maryland, y él no la ha pervertido, se ha casado con ella.

Peter se arrellanó en la tumbona, tratando de sustraerse a aquellas voces con un esfuerzo de voluntad. El día era cálido. Se había vestido para jugar al tenis, pero en el último momento había

telefoneado a su amigo Scotty y le había dicho que si jugaban corrían el riesgo de sufrir una insolación. Todo el mundo lo decía. Además, estaba mortalmente cansado, demasiado cansado hasta para trasladarse de la ardiente terraza a la piscina, donde había sombra.

Enid había contraído matrimonio con Clay en Maryland, a primera hora de la mañana. Había llamado por teléfono para dar la noticia mientras la familia desayunaba. Cada uno se portó como le correspondía. Frederika había querido saber dónde habían pasado la noche (en el coche). Blaise había dicho que no quería verlos nunca más a ninguno de los dos, a lo que Enid había replicado: «No seas tonto, iremos a comer a casa». Peter había decidido que, teniendo en cuenta lo que había sucedido en la caseta de la piscina, el matrimonio era un final muy soso para un acontecimiento espléndido. A aquellas alturas, había pasado la película tantas veces que le parecía haber sido un participante. Pero, con imaginación o sin ella, el matrimonio de su hermana era un corte en el curso normal de la vida familiar. Y le estaba agradecido por eso.

—De cualquier forma, toda la culpa es tuya. —Frederika repetía su único argumento—. Si nos hubiésemos ido a Watch Hill, en lugar de…

—… quedarnos aquí, Clay y yo nunca nos habríamos casado. Eso es totalmente cierto. —Enid apareció en la sala, con un vestido de noche plateado y arrugado y zapatos a juego. Fue cojeando hacia ellos—. He perdido un tacón en Elkton. Se me ha enganchado en los escalones de la casa donde vive el juez de paz. Clay está fuera, en el coche. Le he dicho que entraría primero a ver cómo estaba el patio. Ya veo cómo está. —Hizo una mueca—. Padre, ¿por qué piensas que *tienes* que hacer una escena?

—No he dicho una palabra desde que has llegado —la voz de Blaise era sorprendentemente agradable.

—Pero en el teléfono hablabas a gritos. Y ahora, ¡qué cara pones! Madre, ¿qué vamos a hacer con él?

—¿Habéis *dormido* en el coche?

Los detalles de organización siempre intrigaban a Frederika.

—Hemos estado sentados en el coche. No hemos dormido nada. Será mejor que me saque este vestido y me cambie de zapatos.

—No —dijo Blaise. Se percató entonces de la presencia de Peter en la ventana—. ¡Fuera! —le gritó como un granjero espantaría a un pájaro que acabara de aterrizar en un campo recién sembrado.

Peter se marchó. Rodeó la casa, agachando la cabeza bajo el tupido seto hasta que llegó a la entrada principal donde se hallaba Clay sentado en su Plymouth coupé, leyendo el *Tribune*.

—Felicidades, supongo —dijo Peter estrechando la mano de Clay, y dándose cuenta de que la tenía sudada y que la clásica barbilla se veía desdibujada por la barba de un día. Aun así, a pesar de los ojos irritados por la falta de sueño, Clay estaba tan guapo como siempre.

—Ha sido inesperado —dijo Clay—. Dime, ¿qué está pasando ahí adentro?

—Aquí también ha sido inesperado.

—¿Cómo se lo está tomando tu padre?

—Mal. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Y tú?

Peter sacudió la cabeza.

—Tal vez quería que se casase…, no sé, con otra persona.

—¿Alguien rico?

—No creo. No sé. Puede ser muy raro.

—Bueno, ahora ya está hecho.

Enid salió renqueando por la puerta principal.

—Clay, vamos, entra. Oh, eres tú —dijo a Peter con indolencia—. ¿Te divierte el alboroto?

—No tanto como a ti.

Enid ignoró el comentario. Se volvió a Clay.

—Quiere hablar contigo.

Clay se bajó del coche.

—Buena suerte —dijo Peter.

Enid volvió a dirigirse a la casa, tropezó y casi se cae. Irritada, se sacó los zapatos y los lanzó al seto de boj.

—Vamos —le dijo a Clay—. Veamos si puedes manejarlo.

★ 5 ★

Manejar a Blaise no era tarea fácil, aunque sólo fuera porque era imposible saber con precisión *lo que* se estaba manejando. Blaise saludó a Clay educadamente y le ofreció una copa. Luego, como los invitados al almuerzo no iban a llegar hasta dentro de una hora, le propuso que fueran a darse un baño a la piscina. Frederika y Enid se quedaron tan pasmadas como Clay ante aquella peculiar táctica.

En la puerta de la caseta, Clay tuvo sentimientos de culpabilidad por un momento. Pero Blaise lo cogió del brazo jovialmente.

—Creo que has estado por aquí bastantes veces este verano.

Clay se preguntó si Peter había llegado a decírselo a su padre. Pero si Blaise sabía algo, estaba demasiado ocupado en ser amable como para mencionarlo.

—Ya debes saber qué traje de baño te va bien.

Una docena de bañadores de hombre colgaban de un perchero. Clay tomó uno. Blaise otro. Tras lo cual, sin dejar de hablar a la ligera, ambos se desnudaron.

—¿Conoces bien al senador Barkley?

—Bastante bien, sí, señor.

—Yo prefería que Pat Harrison fuera el líder mayoritario. Pero tenemos que dejar que Franklin gane alguna batalla de vez en cuando.

—Al senador Day le gusta el señor Barkley, pero piensa que es débil.

—¿Amén a todo lo que diga el presidente?

—Sí, señor.

Al sacarse los pantalones cortos, Clay sintió la severa mirada del otro examinándolo. De repente, se le arreboló la cara, como si se sonrojase; quizás era lo que le estaba sucediendo. Se volvió de espaldas para ponerse el bañador, recordando la sensatez de la

prohibición de la Biblia de contemplar la desnudez del padre. No sólo era desconcertante ver de dónde venía uno, sino deprimente contemplar el cuerpo de cualquier hombre pasada su mejor época y observar el futuro propio en ruinas.

Mientras Clay se anudaba el cordón del bañador, miró al espejo y vio que Blaise le estaba mirando fijamente con un odio tan extraordinario que llegó a sentirlo, como un hierro ardiendo descargado de pronto entre las dos paletillas. Pero cuando Blaise habló, la voz era agradable.

—Tráete el vaso afuera. Nos sentaremos a la sombra. No es que se esté de maravilla en esta época del año. Todo culpa tuya, ¿sabes?

—¿Culpa mía?

Ahora empieza. Clay se puso rígido, listo para el asalto.

Blaise sonrió.

—Culpa del Congreso, por prolongar las sesiones hasta el final de julio.

—Culpa del presidente, por querer hacernos tragar a la fuerza la ley del Tribunal Supremo.

Blaise asintió; llevó a Clay hasta las tumbonas que había junto a la piscina.

—Y por matar al pobre Joe Robinson en el proceso. Me pregunto si será verdad lo que dicen, que el viejo Joe habría sido designado para el Tribunal, *si* conseguía que la ley fuera aprobada en el Senado.

Clay se sintió a gusto jugando en terreno conocido.

—No sé, señor. Hay una teoría según la cual el presidente estaba utilizándolo, simplemente, y, una vez aprobada la ley, habría nombrado a otros jueces como, bueno, Hutchins en Chicago, ya sabe, izquierdistas, alborotadores.

—¿Eres uno de ellos? —dijo Blaise volviéndose a Clay, quien al punto se sintió culpable aunque inocente.

—Trabajo para el senador Day.

—No es una respuesta.

—Bueno, soy conservador también por convicción. Por un lado, no acepto las teorías económicas de Keines.

—Un tipo atroz. Lo conozco. Afeminado. Probablemente marica. Pero tiene a toda la Administración bajo su poder. Excepto a Harry Hopkins. Ahora ha desertado. Quiere ser presidente, el muy necio. Pero no se puede ser presidente y codearse con rojos de salón y socialistas. Pobre Harry, piensa que 1940 es *su* año. Como Burden.

—Creo que el senador va a conseguirlo.

—Tal vez. —Blaise estiró las piernas cortas y embotadas; a lo largo de las pantorrillas le serpenteaban azules venas varicosas—. ¿Qué haréis para conseguir dinero?

—Contamos con mucho apoyo en el Oeste. Algunos de los magnates del petróleo…

—Me refiero a ti. Y a Enid.

Clay se sintió estúpido; le había metido un gol.

—Mi sueldo es suficiente para dos.

—¿Para Enid?

—¿Por qué no?

—Esperáis que os financie. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Y por qué no?

Blaise le lanzó una severa mirada.

—Bueno, es una buena pregunta. No apruebo este matrimonio porque Enid es demasiado joven. Tendría que ver más mundo que el mero Washington. Conocer a más gente.

—¿Qué hay de malo en mí?

—Sin dinero.

—Pero ya tendré. Y por ahora es suficiente.

—¿Qué tipo de futuro prevés para ti mismo?

—Excelente.

—¿En qué?

—Política.

—En la política no se gana dinero, se gasta.

—No me preocupa.

—Ni a mí. Mira, si te pagase…, hum, cien mil dólares…, ¿nos dejarías anular el matrimonio?

Clay soltó una carcajada a pesar suyo.

—Nunca pensé que la gente podía decir cosas como ésa. No.

—¿Acaso amas a Enid y no puedes vivir sin ella? —dijo Blaise en tono de burla.

Clay lo miró con un odio que debió hacerse patente, porque Blaise se incorporó de pronto en la tumbona y volvió a cruzar sus piernas rechonchas.

—No he hablado de amor, señor Sanford. Pero ya que le gusta llamar a las cosas por su nombre, le diré que no tengo ninguna intención de tener en mi pasado ninguna anulación matrimonial con la que mis enemigos políticos pudieran hacer algo. —Clay dedicó al viejo una sonrisa que sabía cautivadora, al menos en las circunstancias adecuadas—. Tendrá que pensar en otra cosa…, señor.

Blaise se quedó callado. Dio un sorbo a su bebida. Estudió un tronco de árbol podrido que había sido transformado por las hormigas en una gran ciudad intrincada.

—No me gusta que *me la peguen*. —La expresión coloquial sonaba extraña en boca de Blaise—. Sé lo que eres. Un pobre chico de provincias que viene a la capital a hacer fortuna. Se casa con una chica rica y vive feliz por siempre jamás, a costa de su dinero. Sólo que *ella* no es feliz. Bueno, juré que nunca le sucedería a Enid.

—¿Qué desea para ella?

—Alguien como yo.

—¿Con dinero?

—Con familia.

—Usted es un esnob, señor.

—Nunca lo he negado. Y permite que te diga que esta ciudad es un calvario para los esnobs, para cualquier persona con valores, que tiene que soportar a todos esos payasos y brujos que engañan a la gente para que los voten…

—No todos son payasos.

—Los que no lo son, son todavía peores. Desean el poder por el poder. Como Franklin.

—Como usted.

—Yo estoy aquí porque me gusta remover las cosas. —Miró el tronco de árbol—. Supongo que te habrás acostado con ella. ¿Está embarazada?

—Que yo sepa, no.

Blaise se levantó de un brinco y, en un rápido movimiento atravesó el terrazo de ladrillo y se zambulló de cabeza en la piscina. Clay lo siguió, más lentamente, notando hilillos de sudor nervioso bajando por sus costados. Hizo un salto de carpa en el trampolín, estirándose de golpe justo antes de entrar en el agua, con los ojos abiertos a la mancha verdosa y fresca que, sabía, disminuiría automáticamente el ritmo cardíaco. Recorrió toda la piscina bajo el agua. A disgusto, salió a la superficie, encontrando a Blaise sentado en el borde de la piscina, observándolo.

—Formé parte del equipo de natación de Yale. —Blaise le devolvió la vanidosa exhibición del trampolín.

—Yo nunca estuve en ningún equipo. Tuve que trabajar durante todo el período escolar. Cargaba calderas.

—Excelente por tu parte.

—No me estaba pavoneando.

—Yo sí. Enid es una chica… generosa. No sé por qué se ha casado contigo, pero seguramente ha sido porque quiere darte algo que piensa que necesitas, como dinero.

—Lo necesito, pero no tanto.

—No lo conseguirás.

Clay se preguntó qué ocurriría si le pegaba a su suegro. Sería de lo más satisfactorio. Las posteriores relaciones, aunque frías, serían al menos honradas. Pero se controló. Estiró los brazos, y se contentó con flexionar los músculos.

—Todavía no me ha dado una buena razón para oponerse tan firmemente a mi matrimonio con Enid.

—Estoy en contra de él, porque, maldita sea, no quiero ponértelo fácil.

—Ponerme fácil ¿qué?

—Todo. La partida que vas a jugar. Te propones ascender y yo no quiero que lo hagas.

—¿Por qué no?

Pero Blaise no respondió. Se puso en pie y volvió a la caseta de la piscina. Clay le gritó a la espalda.

—¿Es porque *usted* no ascendió? ¿Porque no podía? —Clay fue directo—. ¿Porque usted era demasiado rico para luchar en las mismas condiciones que los otros chicos?

Pero Blaise había desaparecido en los vestuarios.

Clay esperó hasta que estuvo seguro de que el otro estaría vestido. Entonces volvió a la caseta. Blaise se peinaba su fino cabello. Ignoró a Clay, que se vistió rápidamente. A punto de marcharse, Blaise se volvió a él.

—He obtenido el poder yo solo.

—Para empezar, tenía dinero.

—Cómo conseguí el poder no tiene importancia. Lo que importa es lo que tengo y tú lo deseas.

—No su clase de poder, no.

—Todas las clases son el mismo, ya lo descubrirás. Bueno, no va a resultar fácil, ¿verdad? —Había adoptado una actitud simpática—. En cuanto al almuerzo y al anuncio de la noticia —sonrió—, el senador Day va a venir. Y le dije que trajese a Diana. Pensé que te gustaría.

Mientras Blaise conducía a Clay por entre las hileras de boj, lo tomó del brazo con un despliegue de afecto que habría impresionado a cualquiera que los hubiese visto.

★ 6 ★

—Ya le dije que tenía todo tipo de amigos —dijo el señor Nillson a Burden con una sonrisa radiante.

—Ya veo.

De momento, se encontraba atrapado en la terraza con su tentador. Al borde del césped, bajo un olmo, Clay y Diana hablaban cara a cara. Ella, pálida y en silencio. Él, vehemente en lo que le estuviese diciendo.

El almuerzo había sido un desastre. Clay había intentado advertirles de lo que había sucedido, pero Blaise se ocupó de que nunca tuviera la oportunidad de hacerlo. El anuncio, cuando se hizo después de los postres, fue completamente desconcertante. Burden se había levantado de forma involuntaria con intención de ir junto a Diana, que estaba sentada al otro lado de la mesa. Pero si necesitaba ser consolada, no lo demostraba. Una vez en pie, Burden no tuvo otro remedio que dirigirse a Clay y felicitarlo. Pero para entonces, todo el mundo se había levantado de la mesa.

En el salón, Blaise desempeñó su papel preferido de maestro de ceremonias. El discurso:

—No voy a decir que no me ha sorprendido. Me ha sorprendido. Nos ha sorprendido a todos. Pero ésta es la forma de hacer las cosas de la gente de hoy en día. De hecho, todos tendríamos que sentirnos agradecidos. Porque nadie tiene que comprarles nada. Ni plata, ni regalos. Nada.

Aquello fue recibido con risas. Burden se percató de que Enid tenía una expresión cansada y sombría. Clay estaba tenso. Sólo Blaise parecía estar ausente de todo excepto de su propio goce de la situación. Deseó a la joven pareja un matrimonio largo y feliz. Después de los brindis se bebió solemnemente. Luego, los invitados se fueron a la terraza.

—De hecho, una de las razones que me traen aquí es hablar de usted con Blaise.

—Es muy agradable de su parte.

Burden había querido marcharse nada más finalizado el almuerzo, pero tenía que dejar que Diana hablase con Clay, lo que le dejó en manos del señor Nillson.

—Seguramente estableceremos nuestra primera organización en Washington. Con algunos nombres famosos del mundo periodístico, como Blaise. Yo no, no se preocupe. Yo me mantendré completamente en segundo plano, como siempre… El tesorero no oficial. —Destacó esto último con una pequeña sonrisa—. Con doscientos cincuenta mil en el banco, podrá lanzar su campaña estupendamente. Naturalmente, esto es sólo para empezar.

Diana había vuelto la espalda a Clay. El parecía no haber terminado de explicarle lo que le estaba diciendo. Alargó un brazo como para retenerla, pero ella atravesaba enérgicamente el césped en dirección a la terraza. El hijo de Blaise la detuvo en las escaleras y le dijo algo; ella intentó sonreír. Burden vio el dolor y se excusó. Se dirigió a donde estaban Diana y el chico.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Creo que sí, sí. ¿Dónde está Enid?

Peter se encogió de hombros.

—En la cama, supongo. No han dormido en toda la noche.

—Dile lo… contenta que estoy.

—Lo haré.

Burden tomó a Diana del brazo en actitud protectora. Se sorprendió disfrutando de la situación. «Padre consuela a hija desairada». A menudo, la vida le parecía como una serie de grabados viejos con títulos como: «Hombre de estado puesto a raya», «Muerte en la familia», «Honor traicionado». En el mejor de los casos, era difícil sentir algo por los demás. Pero lo intentaba, porque creía realmente que había que ser bueno. En cualquier caso, nadie podía echarle en cara el no hacer el esfuerzo. Por desgracia, aunque amaba a su hija, le gustaba Clay, y aquello poma las cosas más difíciles, especialmente en aquel momento en que Clay, con la respiración entrecortada, se interpuso entre ellos y la puerta del salón. Había corrido hasta la terraza.

—Lo siento, senador. Por no haberle dicho nada. Pero ha sucedido de manera tan imprevista… No lo habíamos planeado.

—Evidentemente. —Aquello era demasiado frío, decidió Burden —. Ya sé cómo son las cosas. Es muy atractiva. Felicidades.

Clay estaba nervioso, y Burden, complacido. En sus relaciones, en cierto modo complejas, siempre era Clay el que mantenía la calma y Burden el que tendía a estar a merced de sus emociones. Pero ahora Clay apenas podía mantener la calma y Burden se dio cuenta de que temía que lo despidiese. Por un instante, Burden había acariciado aquella idea. Ciertamente gratificaría a Diana, que tenía una veta vengativa que sólo Burden conocía, viéndose reflejado en ella. Pero el trabajo de Clay estaba a salvo; Burden no podía prescindir de él.

—Hasta el lunes —dijo sonriendo vagamente al joven.

Luego, él y Diana entraron a despedirse de su anfitriona. Pero no encontraron a Frederika. Estaba arriba, dijo el mayordomo, con la señorita Enid.

—Explicándole las cosas de la vida, digo yo —les soltó Blaise—. ¿De qué hablan las madres y las hijas en estas ocasiones?

—No lo sé —dijo Burden—, porque nunca he sido una madre o una hija.

—Diana, ¿qué se dicen? Eres una hija. Cuéntanos los secretos de las mujeres.

—La verdad es que no lo sé. Nunca me he casado. Así que no me lo han contado. Supongo que son advertencias que se hacen las mujeres.

—¿Advertencias sobre qué? —Parecía que Blaise deseaba realmente saberlo.

—Los hombres. ¿Qué si no? El enemigo común. —La voz de Diana casi se rompió.

—Bien, bien, ¿qué tenemos aquí, Burden? ¿Un enemigo?

—Exagera —dijo Burden, tratando de arrastrar a Diana hasta la puerta principal, pero Blaise no la dejaba marchar.

—Estoy seguro de que *tú* no darás a tu padre la sorpresa que Enid me ha dado a mí.

—No se me dan demasiado bien las sorpresas. De todas formas, no es probable. No hay nadie interesado en mí.

—Vamos, vamos —dijo Burden, cuya alarma iba en aumento—. Tienes tus pretendientes. —Se volvió hacia Blaise—. Y los odio a todos, ¿tú no? ¿Por qué será que los jóvenes a los que les gusta nuestra hija nos parecen una amenaza tan grande?

—Bueno, la amenaza se ha hecho real en esta casa —dijo Blaise, súbitamente seco—. Espero que tengáis mejor suerte. Los dos. Oh, aquí tengo algo que Nillson quería que te diese. No sé lo que es. Seguramente la nota de un admirador. Te admira tremendamente —dijo Blaise, entregándole un sobre.

—Gracias por el almuerzo —dijo Burden. Y no resistió la tentación de añadir—: Y por la sorpresa.

—No ha sido exactamente *mía* —dijo Blaise mientras los acompañaba hasta el coche que Henry había acercado a la puerta de entrada—. Pero hay que tomar las cosas como vienen.

Cuando Burden y Diana se marcharon, Blaise permaneció en el camino, agitando la mano como si nunca más fueran a verse.

—Creo que ha sido inesperadamente cruel —dijo Burden finalmente, dándose cuenta de que tenía que ir pronto al grano.

—Está enamorado de ella. ¿Por qué no iba a casarse?

—No me refería a Clay, sino a Blaise.

—Me temo que no me he dado cuenta —dijo con la cara vuelta para el otro lado, mientras atravesaban el verde espesor de Virginia.

—Tú deseabas casarte con Clay.

Como un cirujano que debe operar sin anestesia, Burden hizo la primera incisión rápidamente. La piel se abrió. El paciente se quedó un momento sin aliento, pero sobrevivió.

—Sí, podría decirse que sí.

Extraña forma de expresarse, pensó Burden; podría *decirse* cualquier cosa.

—¿Qué te ha dicho en el jardín?

—No me acuerdo.

—Lo siento. No es asunto mío, lo sé.

Diana lo miró, con los ojos secos y brillantes; el paciente empezaba a tener fiebre.

—No, de verdad que no me acuerdo. No podía concentrarme. Él no dejaba de hablar y yo no dejaba de pensar: se ha casado con Enid y ¿qué hago yo ahora? Supongo que ha dicho que lo sentía. No sé. Estaba nervioso y Clay nunca está nervioso.

—El dinero debe de ser irresistible.

—¡No! —dijo Diana con vehemencia—. Estoy segura de que no ha sido por dinero, o no mucho. Me temo que ha sido por Enid. ¡Mírala! ¿Quién puede competir con eso?

Entonces la paciente tuvo una recaída. Lloraba en breves sollozos, más bien como en un ataque de hipo, pensó Burden, que había dejado de ser un habilidoso cirujano del corazón para convertirse en un amable médico de cabecera que ofrecía el hombro para que una chica llorase sobre él, siendo rechazado.

Diana se apartó de él, cubriéndose la cara con las manos. Hasta que cruzaron Chain Bridge no las bajó. Pasaron en silencio el maloliente canal donde las barcazas tiradas por caballos se desplazaban lentamente en la bruma estival. Justo antes de llegar a las chabolas destartaladas de los negros a las afueras de Georgetown dijo ella:

—¿No le harás nada, verdad? ¿A Clay?

—¿Despedirlo? No. Lo necesito.

—Ojalá lo hicieses.

—¿Despedirlo?

—¡Sí!

Tenía la mandíbula tensa. ¡Cómo se parecía a su padre! ¡La sangre continúa! Nada muere, nunca. Aquel pensamiento le embriagaba. Continuaría.

—No lo dirás en serio. No eres tan mezquina.

—Lo digo completamente en seno y estoy… furiosa. Me gustaría verlo muerto.

—Diana… —dijo, intentando recordar el nombre del padre de Medea.

—Lo superaré. Perdona por hacer esta escena.

—¿Te había dicho… que quería casarse contigo?

Diana miraba fijamente a través del cristal el ladrillo rosa oscuro de Georgetown.

—Sí —dijo de cara a la ventana—. Me lo dijo. En Navidad. En el Sulgrave Club. Antes de un baile. Yo llevaba mi primer traje negro. El que no le gustaba a mamá. «Parece que tengas treinta años —me dijo—, y estés de luto». Pero a mí me parecía que me sentaba bastante bien. Y a Clay también, aparentemente. Nos íbamos a casar tan pronto como se clausuraran las sesiones del Congreso, esta primavera. Pero las sesiones se fueron prolongando más y más, y Enid lo atrapó en julio.

—Creo que clausuramos la semana que viene. —Burden eligió lo intrascendente deliberadamente—. ¿Quieres que vayamos hacia el norte? ¿A Maine? ¿Te gustaría? ¿Bar Harbor?

Pero Diana no le escuchaba. Se había retirado a su interior. La paciente se hallaba ahora en coma y la naturaleza tenía que ocuparse del resto. Como todos los profesionales de la medicina, confiaba en último término en la capacidad de la recuperación del cuerpo.

Sólo entonces se percató Burden de que seguía estrujando el sobre que Blaise le había entregado. Lo abrió, esperando sufrir una conmoción. Así fue. La carta contenía un cheque contra el banco de Nueva York por la cantidad de doscientos cincuenta mil dólares pagaderos al «Comité para la candidatura a presidente de James Burden Day», y estaba firmado por Edgar Carl Nillson, tesorero. Miró rápidamente a Diana para comprobar si había visto el contenido del sobre: no. Rápidamente, rompió el cheque en diminutos pedazos y los tiró a la calle como si fueran confeti.

Sería presidente, pero sin ayuda de Nillson. Le vinieron a la mente viejos refranes. Se acordó del libro de lectura McGuffey Reader que había utilizado de niño, una moraleja en cada página. A

pesar de los conocimientos adquiridos con posterioridad, seguía creyendo en él. La honradez es la mejor política. Vale más prevenir que curar. Todo ser humano tiene un precio. No. ¿*Falso*? Arrugó el sobre y colocándolo sobre el pulgar lo envió con el índice a la estatua de un almirante. ¡Viento en popa a toda vela! Aquello estaba mejor. Y luego, el 20 de enero de 1941: *Yo, James Burden Day, juro solemnemente*… Estaría bien.

Dos

★ 1 ★

—¡Oh, muy bien! ¡Muy, *muy* bien! —decía la señora Foskett, radiante. Sus dedos cortos repiqueteaban sobre las cartas como enviándoles mensajes en clave.

—¿Qué es lo que está muy bien? —preguntó Burden mirando el despliegue de cartas.

La única carta con rostro era la reina de diamantes. Recordó que los diamantes significan riqueza.

—Ha estado muy preocupado por el dinero.

—¿No lo está todo el mundo?

—No, no todo el mundo. En absoluto. Algunas personas muy pobres no se preocupan nunca del dinero y algunas muy ricas no hacen otra cosa. ¡Oh, podría escribir un libro!

—¡No lo haga, señora Foskett, nunca!

Fingía estar alarmado, pero siempre tenía un auténtico temor de que la señora Foskett desvelara sus secretos, y había secretos muy distinguidos que desvelar. Al menos una docena de senadores que él conocía iban a su casa de ladrillo antiguo, en California Street, para que les leyera la fortuna. Un miembro del gobierno no hacía nada sin antes telefonear a la señora Foskett para averiguar si las estrellas le eran favorables. Era increíble la cantidad de hombres sofisticados que eran supersticiosos. Él, por su parte, no creía que el futuro podía ser programado, puesto que el mañana era una abstracción que, literalmente, no existía. De todos modos, uno necesitaba pistas para orientar su obrar, y había descubierto que muchas de las

intuiciones de la señora Foskett le habían sido extraordinariamente útiles; y no era el único. Ella era, con mucha diferencia, la adivina con más éxito de toda una rémora de adivinadoras, grafólogos y astrólogos que habían fijado su lucrativa residencia en la capital de la nación todavía carente hasta entonces de una nueva religión.

—Su situación monetaria mejorará en breve. —Examinó las cartas un instante—. Antes de final de año, diría yo. —Burden permanecía impávido, como una máscara. Intentaba siempre no darle pistas—. Además… ¡Oh, esto es bueno! En las próximas tres semanas tendrá noticias que le gustarán mucho, muchísimo. Tiene que ver con… —Arrugó el entrecejo, como desconcertada. Le echó un vistazo rápido, pero él no se inmutó. Ella barajó las cartas con toda habilidad; tras lo cual los dedos morenos giraron algunas cartas —. Se refiere a su carrera, así que supongo que debe significar su campaña para las elecciones del año que viene. Mire, aquí está, el as en combinación con…

—¿Saldré elegido?

Nunca le había hecho una pregunta tan directa.

—¡Dios mío! Lo quiere saber todo. Bueno, no soy yo sino las cartas las que deben decirlo. Y ya sabe cómo son. A veces vienen con los puntos sobre las íes. Otras veces parece que no tienen ningún sentido. —Se detuvo y miró las que había manipulado—. Alguien cercano a usted le está provocando un gran dolor.

Aquello era casi verdad. Diana se había ido a vivir a un apartamento cerca de la biblioteca del Congreso, donde había empezado a trabajar. Cuando visitaba Rock Creek Park, era respetuosa, pero reservada. No tenía ni idea de lo que hacía su hija ni de las personas que veía. A fin de evitar a Clay y a Enid, había abandonado a sus amistades de siempre, sustituyéndolas por oscuros partidarios del New Deal que trabajaban para los diversos organismos creados.

—Su hija tiene que tener mucho cuidado con la salud. Especialmente los riñones. Debe decirle que se haga una revisión médica completa inmediatamente. No me gusta absolutamente nada

el aspecto de estas cartas. —La señora Foskett recogió la baraja—. Se acabó, senador. Sé lo exasperante que es no averiguar inmediatamente todo lo que uno desea saber. Pero debemos tener paciencia. Mientras tanto, estoy trabajando en su horóscopo, en el que están empezando a aparecer algunas cosas muy interesantes, ¡realmente interesantes! Me gusta especialmente el aspecto de su sol. Es un *buen* sol. Me pondré en contacto con usted cuando sepa más.

La señora Foskett lo acompañó hasta la puerta de entrada. El le pagó, con la misma sensación de siempre, de marcharse de un burdel.

—Supongo que irá a la fiesta en honor del rey y la reina…

—¿No se lo han dicho las cartas? —no pudo resistir la tentación de preguntar.

—Ni una palabra en las cartas, pero he leído su nombre en la lista del embajador británico en el periódico de la mañana.

—Sí, voy a ir. También iremos a la cena de esta noche en la Casa Blanca.

Se preguntó por qué había añadido aquel comentario. Parecía como si estuviese alardeando. En cualquier caso, lo habían invitado no porque el presidente lo desease, sino porque el protocolo exigía su presencia.

—¡Qué divertido! Debo decir que no había visto Washington tan alborotado por algo desde que el príncipe de Gales vino a la ciudad, ¿se acuerda? Estuve el día en que plantó un árbol en la catedral. ¡Qué chico tan guapo, y qué mal acabó! Cáncer. Les pasa siempre que no tienen una buena luna. Usted tiene una buena luna, senador, una vida romántica *duradera*.

—¡Va a hacer que me sonroje, señora Foskett!

—Oh, senador, ¡ojalá pudiese! Bueno, déle recuerdos a la reina de mi parte. Me gusta como se peina, tan atrevida.

Ya habían acordonado Pennsylvania Avenue para el desfile desde Union Station hasta la Casa Blanca. No se había requerido la presencia de Burden en la estación cuando el presidente y el gobierno recibían al rey y a la reina. Pero no le importó en lo más mínimo. Le iba estupendamente bien de aquella manera. Por la noche iría a cenar a la Casa Blanca por primera vez desde la lucha por la ley del Tribunal Supremo, hacía dos años. Sería divertido ver a todos los rivales reunidos en un lugar, pues el presidente se habría ocupado, de ello no cabía la menor duda, de que casi todo el que desease su puesto en 1941 estuviera presente en la Casa Blanca, excepto el joven señor Dewey.

Nada más entrar en su despacho, Burden fue informado:

—¡Dewey está por encima de Roosevelt en un cuatro por ciento según la encuesta Gallup! —Clay estaba exultante—. El presidente no podría presentarse a un tercer mandato aunque quisiese. Los republicanos lo derrotarían.

—El país se está volviendo conservador. No hay duda.

Burden miró a Cicerón, como para que le confirmase su afirmación. Sonó el teléfono. Clay contestó.

—Sí, el senador está aquí. No, no puede ponerse. Va a la fiesta. Sí. Se lo diré. Gracias. —Colgó—. Un hombre de Hearts. Quieren hablar con usted de la encuesta Gallup. Volverán a llamar mañana para concertar una entrevista.

—En la que no diremos nada y sugeriremos todo.

Hacía años que Burden no se sentía tan satisfecho de sí mismo; se preguntaba por qué. ¿La celebración del día? ¿La señora Foskett? ¿La encuesta Gallup? De momento, todas las cosas conspiraban en favor de su felicidad, y no era de los que se pelean con la providencia.

Fue al armario y sacó el traje de chaqué.

—Insoportable tener que llevar este traje hoy.

—Me alegro de no ir.

—¿Enid tampoco?

—No lo creo. —Clay cambió de tema rápidamente; nunca hablaba con Burden de su vida conyugal, por lo cual éste le estaba debidamente agradecido. Le desagradaban las confidencias—. Voy al edificio de oficinas de la Casa Blanca. Uno de los de Texas ofrece una copa a todos los que no han sido invitados a la embajada.

—Averigua lo que piensan de Garner.

El cuello de la camisa era demasiado apretado. Se demostró a sí mismo su desaprobación en el espejo.

—Pensaba hacerlo.

—Y yo. —Burden se sonrió en el espejo—. Esa es la razón por la que voy. Creo que de todos los conservadores somos los que tenemos más posibilidades. Me llamaron radical cuando llegué a la ciudad. —Burden se ajustó el chaqué. Demasiado ceñido en las caderas—. Quería nacionalizar los ferrocarriles, desmoronar los monopolios. Bueno… —suspiró, preguntándose qué habría cambiado más desde 1914, si el mundo o él mismo.

La señorita Perrine apareció en la puerta.

—Señor Overbury, su esposa al teléfono.

—Lo cogeré aquí.

—Le sienta realmente bien, senador —le dijo la señorita Perrine a su jefe, sonriendo.

—Gracias, querida. Supongo que estoy bien según criterios senatoriales. —Ella desapareció tras la puerta con una risita entrecortada—. Desgraciadamente, los criterios senatoriales no son los más elevados —añadió Burden para Clay, pero éste estaba hablando con su mujer.

—De acuerdo. No, lo comprendo. Te veré después. —Clay colgó y dijo—: Sí que va al almuerzo. Bueno, supongo que es algo histórico.

Burden especulaba a menudo con el matrimonio de Clay. Superficialmente, todo iba como era debido. Vivían en una casita alquilada en N Street. Tenían una hija llamada Alice Frederika. Tenían todo menos dinero, pues Blaise no había dado su brazo a torcer.

En el preciso instante en que Burden iba a investigar, tanteando, cómo estaban las cosas en Laurel House, Clay dijo:

—Me he olvidado de darle su nuevo calendario de discursos.

Y abandonó la habitación.

Perfecto, decidió Burden, mirando fijamente su cita favorita de Platón que colgaba de la pared enmarcada. Era de una de sus epístolas: «Cada uno de nosotros ha nacido no sólo para sí mismo. Nacemos en parte para nuestro país, en parte para nuestros amigos. Las diversas contingencias que nos sorprenden en la vida también nos imponen muchas exigencias. Cuando nuestro país nos llama a la vida pública, sería tal vez extraño no responder, porque, en ese caso, uno debe dejar paso a otros hombres, carentes de valor, que no se introducen en la vida pública por los mejores motivos». Desde luego, el transfondo era aristocrático. Platón había padecido demasiado la democracia como para hallar en la voz de los hombres algo más inspirador que un rugido de animal. Aunque sólo fuese por aquello, Burden lo encontraba simpático. Burden se imaginaba que podría incluso haber ayudado a Platón a comprender al tirano de Siracusa y, naturalmente, Platón le habría enseñado —de hecho, le había enseñado— que no valía la pena vivir la vida sin analizarla. Y aunque existían límites respecto a la cantidad de análisis que una situación podía tolerar, Platón le había creado el vicio de escrutar todos sus motivos. Por supuesto, sabía que tendía a concederse el beneficio de la duda, empleando argumentos no mucho peores de los que Sócrates solía proponer ante el asombro de los que hacían preguntas simples, que nunca parecían capaces de seguir una discusión dialéctica; con todo, a Burden le afligía la conciencia, una desventaja única, lo sabía, en un hombre que deseaba ser presidente.

Clay regresó con varios papeles sujetos con un clip.

—Está tomando un aspecto estupendo. Seguirá al presidente durante todo el mes de septiembre. Hablará en todos los sitios donde él hable, unos días después. Visita la costa Oeste, usted

también. Se queda mirando el Gran Cañón y habla de la conservación de la naturaleza; usted también.

Burden examinó la lista. El placer que le proporcionaba tan largo calendario de discursos quedaba en cierto modo menguado al pensar en auditorios atiborrados de gente y de humo, apretones de manos, presentaciones interminables.

—Desde luego, molestará a Franklin. De eso no hay duda.

—¿Cree que hablará con usted esta noche?

—¡Cómo estás, hermano Day! —Burden imitó la conocida voz con todo su artificio resonante—. Y nada más, excepto un destello ocasional en esos ojos de hielo. Odia de veras, ¿sabes?

—Bueno, es odiado.

—No por mí.

Clay le miró con auténtica sorpresa.

—¿De verdad no le odia, con todo lo que ha intentado hacernos en nuestro estado?

—Mira lo que le hago yo en el Senado. Sea como fuere, no es nada personal. Al menos por mi parte. Son dos ideas dispuestas en una vía de colisión, nada más. El cree que el gobierno debe hacerlo todo, y yo no veo cómo puede hacer mucho más de lo que hace si tenemos que conservar algún tipo de libertad privada. Ninguno de los dos está realmente en lo *cierto*, pero me parece que lo que yo creo se acerca más a la buena vida, a la idea originaria del país, que lo que él cree o es.

—Pero tal vez él esté más cerca de la forma de ser de la gente de hoy.

Burden estudió a Clay, pensativo. Luego asintió.

—Esa es mi pesadilla, por supuesto. La rueda sigue girando por la noche, sin que uno lo sepa.

—Tal vez debería hacer algún discurso que sonara liberal. No *demasiado* liberal, claro…

Clay siempre era práctico, y Burden se preguntaba si creía en algo. Su experiencia, contraria a lo que se decía, era que los jóvenes raramente son idealistas. Desean los premios y para subir harán lo

que sea necesario, haciéndose eco fielmente de la retórica del día. El idealismo, si llega, lo hace más adelante. Al fin y al cabo, la política era en gran medida un tira y afloja con el mero objeto de sobrevivir, y en el proceso hasta se perdía de vista el objetivo más sencillo. La aversión hacia los seres de la propia especie sería inevitable mientras la eternidad se burlara de todos ellos. Si el presidente, los senadores y las majestades británicas serían presa de los gusanos, ¿qué importaba todo eso? Sabía que aquella pregunta era el origen de la verdadera maldad, porque no existía respuesta alguna para ella, salvo decir que el hombre sabio no la formula.

Burden dio al personal instrucciones de última hora. Luego, colocándose la chistera, se marchó de la oficina.

Henry puso el coche en marcha.

—¿La embajada británica, senador? —preguntó por el puro placer de preguntar.

—Eso es, Henry. Estás muy elegante, Kitty.

Burden besó a su mujer. Al menos, estaba presentable. Durante varios días, había discutido con las damas de su grupo de bridge cómo se vestiría para la fiesta y qué peinado llevaría y si debería o no teñirse el cabello. Aquél era el tema polémico de las damas de Washington. Las mujeres de Nueva York ya se teñían el cabello, como era de esperar. Ahora las mujeres honradas debían enfrentarse al reto. Hasta la fecha, sólo unas pocas habían sucumbido; y esa minoría no solía estar integrada por las antiguas bellezas, sino por las excéntricas que no tenían nada que perder. Mejor un cabello verde a que te vean como una preciosa abuelita cabeceando sobre los naipes.

—No me teñiré —dijo Kitty con firmeza.

Burden entendió «no me moriré». Antes o después, Kitty decía todo lo que se le pasaba por la cabeza.

—¡Espero que nunca! —dijo, tomándole de la mano.

—Por supuesto, el peluquero nuevo quiere que le deje teñirme de castaño rojizo, creo que dijo eso, pero mi tono natural es castaño oscuro. Pero le dije que no con toda firmeza. Resulta que me enteré

de que la hermana de Gladys Mergendahl, de Oklahoma, se volvió *loca* como resultado de teñirse el pelo. Mira, el tinte se filtra a través del cráneo y afecta el cerebro.

—Me gusta como eres.

Era verdad. No podía imaginar la vida sin ella.

—Ojalá hubiesen invitado a Diana. ¡Dios mío, el rey y la reina! Nunca pensé que algún día conocería y hablaría con esta gente. ¿Lo habías pensado?

—Por supuesto —dijo Burden, al que no se le había ocurrido pensar lo contrario. Luego pensó en lo que Kitty *diría* al rey, o, peor, al presidente. Tendría que vigilarla.

Al entrar en Massachusetts Avenue empezaron las multitudes. A lo largo de más de un kilómetro, la gente flanqueaba la avenida, mirando fijamente los coches con chófer en los que viajaban sus maestros.

—Diana ha estado hablando otra vez de Nueva York, de ir a vivir allá. No puede hablar en serio, pero ya la conoces cuando se le mete algo en la cabeza. Incluso ha hablado con Ed Nillson para que le encuentre un trabajo en Nueva York. Él estaba muy interesado.

—¿Qué tipo de trabajo? —dijo Burden, volviendo la espalda a la muchedumbre y poniéndose en guardia de repente.

—Cualquier cosa. Ed quería saber si debería hacerlo o no. Un hombre tan agradable… Tan amable… Hay tan pocas personas así. Le dije que no hiciese nada hasta que hablásemos con ella.

—Hablaremos con ella.

Aunque seguramente lo que le dirían era harina de otro costal.

Un policía sudoroso asomó la cabeza por la ventanilla del coche.

—¿Tiene su invitación, senador?

Burden exhibió la invitación de sus majestades británicas con un gesto ceremonioso.

—Todo el mundo está intentando colarse. Mire eso, senador —dijo el policía, indicando una larga hilera de limusinas que avanzaban lentamente como un reptil hasta el porche de la embajada, mientras en las verjas de hierro que se abrían a Massachusetts Avenue, la

gente se aferraba a los barrotes (como monos, pensó Burden) intentando abrirse paso a la jaula dorada. El policía hizo señas a Henry para que entrase.

—Muchos son llamados —dijo Burden tomando la mano de Kitty en la suya—. Pero nosotros hemos sido elegidos.

★ 2 ★

Harold Griffiths abrió de par en par la puerta de su oficina.

—Pase, pase. Él se sienta ahí —dijo imitando a un antiguo criado mostrando el taller de un genio—. Sí, en este escritorio feo, con esta vieja máquina de escribir, escribió aquellas críticas salvajes que emocionaron a una generación e hicieron del cine un arte. Fíjese en la vista: la Novena Avenida con sus casas y tiendas burlescas dedicadas a la venta de literatura pornográfica y extraños instrumentos concebidos para dar placer a las mentes retorcidas. —Harold relinchó de manera alarmante. Luego—: ¿Por qué no estás en la fiesta?

—No me han invitado —dijo Peter, sentándose en el borde de la mesa y examinando los folletos de los estudios cinematográficos. Desde luego, el trabajo de Harold era de lo más fascinante.

—Mentiras, todo mentiras —dijo Harold cómodamente; se colocó el sombrero en la parte posterior de la cabeza—. Sólo me lo pongo en la oficina. Para recordarme que soy periodista.

—Tú mismo eres un poco como una película, ¿no?

Peter se divertía con Harold.

—Es imposible ver veinte películas a la semana sin que te afecte. Cierro las puertas como Kay Francis. —Harold fue disparado a la puerta; luego, esbozando una media sonrisa y con la mano en el pomo de la puerta, apoyó la espalda en ella y la cerró lentamente—: Para expresar escepticismo, me muerdo las mejillas… ¡así!

Se mordió las mejillas. El efecto era debidamente gracioso. Peter se rió. Animado, Harold se convirtió en el capitán Dreyfus en la Isla

del Diablo. Se dirigía tambaleándose a la puerta de la cárcel, pestañeando ante la luz del sol, a la que no estaba habituado, cuando la puerta se abrió de par en par dando paso a una mujer con un gran sombrero y guantes blancos que dijo:

—Harold, ¿estás bien?

A Harold le fallaba la voz; no había hablado con nadie desde hacía veinte años.

—¡Libre…, libre! —dijo con auténticas lágrimas recorriéndole las mejillas.

—Oh, cielos, ¿quieres hacer el favor de callar? —El sombrero y los guantes no habían quedado cautivados—. No puedo encontrar al redactor de noticias locales y se supone que tiene mi invitación a la fiesta, si ha llegado, lo cual ignoro…

—Helen Ashley Barbour —la presentó Harold, pronunciando el nombre con reverencia, y Peter reconoció a la redactora de ecos de sociedad del *Tribune*, una dama de una presencia formidable, sintaxis incierta y absoluta ubicuidad. Después de quedarse viuda de un oscuro congresista sureño, había logrado ser invitada en una u otra ocasión a casi todas las grandes mansiones de Washington, salvo a la de su jefe. Frederika la encontraba vulgar.

—¿Cómo está, señora Barbour?

—Nada bien, como podrás ver. ¿Se supone que me tengo que ocupar de la fiesta o no? Ésa es la cuestión. Entra dentro de los ecos de sociedad, pero también en noticias, y Dios sabe que toda la prensa va a estar allí. Tal vez lo haga Blaise. Siempre está amenazando con escribir algo para el periódico. Éste podría ser un buen comienzo para él.

A Peter le divirtió la gota de ácido en el torrente de miel. Pero a Harold no.

—Éste es Peter, el hijo de Blaise —dijo.

La señora Barbour lo encajó muy bien.

—Debía de habérmelo imaginado. Tienes los rasgos de tu madre, qué suerte, ¡ella tiene un rostro maravilloso! Pero bueno, mírate, ya eres un adulto. ¡Míralo, Harold! Es más alto que tú.

—Todo el mundo es más alto que yo, ¡incluso tú!

—Estás estudiando, veamos…, *segundo* año en la universidad de Virginia. Oh, lo sé todo de ti. Es mi trabajo. Adoro Charlottesville. De hecho, tuve un pretendiente allí cuando era joven, en Atlanta. Naturalmente, eso fue durante el asedio. Bueno, veo que no sirves para nada, Harold.

—Nunca sirvo.

—Encantada de volver a verte, Peter. Encantadísima. Tenemos que tener una verdadera conversación uno de estos días.

La señora Barbour abandonó la oficina y Harold comentó:

—Si tuvieras que crear de la nada un redactor de ecos de sociedad de Washington, no podrías conseguir nada mejor que esto.

—Me han gustado los guantes.

—A mí me gusta toda. ¿Qué crees que te harán hacer?

—¿Quién sabe? Mi padre me dijo que tenía que trabajar en el periódico. Eso es todo. Supongo que seré el chico de los recados.

—Empieza abajo de codo, hereda la cumbre. Esto es América.

—Confiaba en que me dejarían trabajar contigo.

—El cine matinal es para los viejos y los fracasados. ¿Qué es lo que quieres hacer en realidad?

—Ser viejo, ser fracasado.

—Naturalmente. Pero, ¿mientras tanto?

—No sé. Política tal vez. No logro decidirme.

—Supongo que la Acadème of the Blue Ridge no te ayuda mucho.

—No es tan mala.

Peter estaba acostumbrado a defender su universidad, a la que tildaban de club social. Lo era, por supuesto, pero un buen club, y entre fiesta y fiesta descubrió que tenía el tiempo suficiente para hartarse de libros. Ahora estaba leyendo a D. H. Lawrence. Una vez repuesto de la sorpresa de haber elegido por error al Lawrence que nada sabía de revueltas en el desierto, se dio cuenta de que le encantaba aprender sobre mujeres enamoradas.

—Qué carga ser el hijo de un hombre rico.

—¿Lo has sacado de una película o lo dices en serio?

—Ambos. A fin de cuentas, las películas son la vida, sólo que simplificadas, lo que significa que nada es particularmente seductor.

—Yo no diría eso —dijo Peter, que a menudo decía exactamente aquello en largas sesiones con su compañero de habitación, un chico serio que creía que muy pronto vendría el Señor con una espada y juzgaría con ira a todos los hombres, lanzando a los pecadores al fuego de los infiernos, donde él mismo estaba destinado a ir por masturbarse y por un encuentro que tuvo, estando borracho, con una chica de Richmond que le había despojado, juraba él, de su preciada virginidad. Cuando no era víctima de la manía religiosa, aquel joven era astuto y ambicioso. Pretendía hacer fortuna a la edad de treinta años. Peter no tenía dudas al respecto y envidiaba la firmeza de sus propósitos. Él, por su parte, carecía de propósito alguno, aparte de perseguir chicas en Washington con su amigo Scotty. Había tenido éxito dos veces. Había disfrutado del sexo; pero no de las largas conversaciones que tarde o temprano se suscitaban en torno al tema del matrimonio, que hacían que saliese huyendo. A diferencia de Scotty, que estaba siempre lo que él denominaba enamorado, Peter era desconfiado con las chicas. Sólo una vez consiguió creerse que estaba enamorado. Pero siempre que aquella chica se reía emitía un extraño sonido en la parte de atrás de la nariz y, después de salir juntos una docena de veces, llegó a odiar su risa, sabiendo que con ella, de forma tan inevitable como la muerte, llegaría el bufido. Así que la había dejado y no había vuelto a amar nunca más.

—¿Cómo está Enid? No la he vuelto a ver.

—Yo tampoco. —Era cierto. Enid llevaba ahora una vida completamente aparte de la suya, desde que había cruzado la frontera que separa los niños de los adultos—. Supongo que la veré este fin de semana.

—¿Con Clay?

—Con la niña.

—Nunca entenderé por qué no le sentó bien a tu padre tener a Clay como yerno.

—Nunca sé cómo va a reaccionar ante nada. Pero bueno, en realidad no lo conozco muy bien.

A Peter le gustaba hablar fríamente de su padre. La reacción desconcertada de sus coetáneos más inocentes bien valía unas pocas faltas de sinceridad. Pero a Harold no se la pegaba.

—Oh, sí, claro que lo conoces. Ahora debo analizar el arte de George Brent.

Al acercarse a la máquina de escribir, Harold se convirtió no en George Brent, sino en George Arliss, sintiendo el peso de las altas funciones como una carga sobre sus ancianos hombros. Peter observó atentamente cómo el cardenal Richelieu se sentaba en su silla de estado, cogía una pluma invisible y comenzaba a urdir intrigas.

La muchedumbre era tan espesa a la altura del edificio de Hacienda que Peter no pudo cruzar la calle; de hecho, no podía moverse en absoluto, pues la gente se abigarraba a su alrededor, ansiosa de ver por un instante al rey y a la reina, que iban a pasar procedentes de la estación y en dirección a la Casa Blanca. La gente se había construido periscopios de cartón. Había apostado cámaras de fotos. Para evitar a la multitud, se subió a la barandilla de Hacienda y fue pronto recompensado con una breve visión de majestad. El rey, sentado junto al presidente en la parte posterior de un coche descapotado. La muchedumbre los saludó cortésmente. El presidente agitó la mano. Su enorme rostro rosado empequeñecía al del rey que, de todos modos, quedaba oculto bajo el sombrero de tres picos de un almirante.

Aquello fue todo. La gente empezó a dispersarse y Peter se preguntó si habrían quedado satisfechos. Parecía imposible, pero nunca se sabía. La gente, como tal, nunca le había resultado algo completamente real. Estaban tan al margen de las cosas…; y, sin

embargo, parecían perfectamente contentos de ser irrelevantes. Abriéndose paso por entre irrelevancias achicharradas, entró en el Willard Hotel.

Diana estaba esperándolo en el vestíbulo.

—Qué estúpida, citarte aquí. Me había olvidado completamente del maldito desfile.

—Lo he mirado, he visto al rey.

—¿Cómo era?

—Pequeño. ¿Qué es lo que es tan urgente? ¿Por qué no podías decírmelo por teléfono?

—Porque no podía. Alguien podría haber estado escuchando. ¿Tienes dinero?

—Unos veinte dólares.

—No. Me refiero a *dinero*.

—No. Oh, tal vez unos cien dólares. ¿Por qué?

—Pensaba que eras rico.

—Mi padre es rico. Yo no.

—¿Nada de nada a tu nombre antes de que él muera?

—Haces preguntas de lo más íntimas.

Peter se sentía incómodo; la sinceridad sexual era ya algo bastante común en su ambiente, pero nunca se hablaba de dinero.

—Porque necesito saberlo.

—Hay un fideicomiso cuando cumpla veintiún años. Pero no sé cuál es la cantidad.

Peter lo sabía exactamente. Dispondría de treinta mil dólares al año. El fideicomiso había sido creado por la abuela Delacroix cuando él nació. Otro similar había sido dispuesto en favor de Enid, pero con la condición de que no recibiera ninguna cantidad hasta los veinticinco años. Su abuela había pensado que si alguien se casa con una chica por dinero, unos cuantos años esperando a que este dinero llegue le dejarán absolutamente clara su situación. Pero la considerada malicia de la abuela no había conseguido destruir el matrimonio de Enid. Esta gastaba todo lo que le venía en gana y

luego obligaba a Blaise a pagar las deudas. El hecho de ser pobre no le afectaba en lo más mínimo.

—Y yo que pensaba que ya eras rico. Bueno, él te gustará de todas formas. Está en el bar.

—¿Quién está en el bar? ¿Y de qué estás hablando?

Peter no estaba acostumbrado a la nueva Diana. El vivir sola la había cambiado para bien. En cinco minutos no se había sonrojado ni una sola vez; por el contrario, le había hecho sonrojar a él.

—Billy Thorne.

Diana hizo una pausa teatral.

—¿Y bien?

—¡Oh, ya sabes quién es! De la guerra civil española. Perdió una pierna y escribió un libro sobre la brigada Lincoln, sobre los americanos que lucharon contra Franco. Es un héroe y ahora quiere fundar una revista, una revista política.

—Sólo que no tiene dinero.

—¡Qué rápido eres! —dijo Diana riéndose.

A Peter le gustaba. Pero no estaba tan seguro respecto a Billy Thorne, cuya pierna de madera chirriaba ruidosamente cuando se movía. Era delgado, pequeño y nada heroico, a no ser por su voz de bajo resonante.

—Mala suerte lo del dinero —le dijo a Diana cuando ella terminó de darle la mala noticia—. Pero ya nos arreglaremos de algún modo —añadió, lanzando a Peter una mirada dura y desconfiada, como si pensara que éste les ocultaba algo.

—No tengo un céntimo —dijo Peter. Luego, viendo que aquello tenía un tono exagerado de disculpa, añadió—: Y si lo tuviese, no estoy seguro de que quisiera invertirlo en una revista política. A propósito, ¿de qué tipo de política?

—Liberal —dijo Diana.

—¡Socialista! —exclamó Billy Thorne, haciendo que varios hombres de negocios sentados en la mesa contigua se girasen.

—Pero yo no soy muy socialista —dijo Peter, que en aquella época sólo creía en el derecho divino de los reyes, con la condición,

claro, de que *él* fuera el rey vestido con un uniforme azul cubierto de trencilla dorada, un sombrero de tres picos, y de que ningún presidente de cara sonrosada lo achicara en su paseo triunfal por las calles de Washington. Poder real que cedería gustoso a cualquier persona que le permitiese ser un testaferro.

—Peter es reaccionario —dijo Diana.

—Desde luego, su padre lo es. Peor que Hearst. Peter se irritó. Se volvió a Diana.

—*Tu* padre no es el más indicado para liberar a los siervos.

Billy Thorne manifestó a gritos su aprobación, asustando a una camarera.

—¡Aquí te ha pillado!

Diana se sonrojó. Sí, seguía siendo Diana. Balbuceó.

—Es conservador, desde luego, pero es tremendamente liberal en un montón de temas.

—¡Di uno! —dijo Billy, guiñando el ojo a Peter, que en aquel momento se preguntaba qué aspecto tendría el muñón. ¿Saldría el hueso por fuera de la piel? Claro que no. Parecería un corte cicatrizado, todavía rojo y brillante. Trató de imaginarse la pierna al ser desgarrada. Vio la sangre, oyó gritar a Billy. Muy agradable.

Diana continuó defendiendo a su padre. Explicó que para ser elegido presidente se necesitaba el apoyo de todo tipo de gente; además Estados Unidos era un país enormemente conservador, razón por la cual una revista que ofreciera las opiniones de la izquierda ilustrada (no le gustaba mucho la palabra «socialista»: demasiado restringida) era altamente necesaria. Cuando terminó había recuperado terreno más o menos decentemente. Billy demostró una cierta cautela rudimentaria al no continuar tomando el pelo a su mecenas (¿amante?, se preguntó Peter).

Billy gruñó.

—En cualquier caso, se necesita. Debe ser algo más arriesgado que *The Nation*, más vivo, ¡para los jóvenes!

—Pensaba que las revistas se publicaban en Nueva York. ¿Por qué queréis crear una aquí?

—Porque Billy tiene trabajo en el departamento de Comercio. En estadística. No puede abandonar el trabajo hasta que estemos en marcha.

Peter vio a Billy Thorne al desnudo. Un oficinista trabajando en una gran sala llena de escritorios donde los demás oficinistas le ayudaban a sumar interminables hileras de cifras. Había una fuente en un rincón de la oficina en torno a la cual los oficinistas se reunían a charlar de béisbol. Peter notó el sabor de los vasos de papel blancos con ese regusto peculiar a limón de la pega, ¿o era el gusto del mismo papel? De pronto Billy Thorne había dejado de existir para Peter, a no ser en forma de columna de números que tiene que sumarse.

—Quiero dejarlo. Lo dejaré tan pronto como nos pongamos en marcha. Vine aquí por el New Deal. Pero eso se ha terminado.

—¿Terminado? —Aquello sería una buena noticia para el padre de Peter.

—Por supuesto. El año que viene saldrá elegido un demócrata conservador o un republicano, y eso será el fin.

—Pero supongamos que Roosevelt se presenta por tercera vez.

—No lo hará —dijo Diana rápidamente, reflejando las esperanzas de su padre.

—Aunque lo hiciese —dijo Billy—, está acabado como liberal. De todas formas, nunca lo fue del todo.

—¿Y qué es un liberal? —preguntó Peter.

Billy se explayó a voluntad. Resonó la voz. En las calles aparecieron barricadas. El proletariado obtenía su pan a punta de pistola. Se socializaba la medicina. Los impuestos que gravaban las herencias acababan con las grandes fortunas y los recursos naturales eran nacionalizados. Los ricos iban a trabajar; los pobres virtuosos tenían muchas vacaciones. Y en el centro de este subir y bajar feroz, Billy Thorne dirigía las operaciones, entre el crujido de su pata de palo y el estruendo de su voz. Mientras tanto, los hombres de negocios de la mesa de al lado habían huido, sin duda para informar al Comité de Actividades Antiamericanas de la Casa

Blanca que el enemigo se había adueñado del comedor del Willard Hotel.

Cuando Billy finalizó su discurso, Peter vio que Diana estaba en éxtasis y decidió que, o estaba enamorada, o loca de atar, suponiendo que ambas cosas no fueran lo mismo.

—Y por eso necesitamos una revista —añadió Billy—. Un sitio donde podamos cerciorarnos de que se dicen y hacen las cosas que deben decirse y hacerse.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro de que estás en lo cierto? —Peter fue moderado—. Tú crees que está bien quitarle el dinero a mi padre. Él cree que esta mal, y yo también… Razones egoístas, claro.

—Si confiscar el dinero de tu padre beneficia a todo el mundo, debe ser confiscado.

—¿Pero realmente les beneficiará?

—¡No tienes remedio! —exclamó Billy—. Lee a Keynes, a Lenin, a Marx.

En aquel momento un funcionario del departamento de Comercio entró en el bar y Billy Thorne lo llamó. Peter aprovechó las presentaciones para despedirse. Diana lo acompañó hasta la puerta.

—Siento haberte metido en esto.

—No pasa nada. Es un tipo… interesante.

Fue lo máximo que Peter pudo decir.

Diana sonrió, súbitamente malévola.

—Pobre Billy, no tiene buena entrada con la gente, pero es tremendamente brillante. Te enviaré su libro sobre España. Las críticas fueron maravillosas, al menos las que no escribieron los fascistas.

—Bueno, espero que consigáis el dinero.

—Yo también. Existe la posibilidad de que el señor Nillson nos eche una mano. Me iba a ofrecer un trabajo en Nueva York, pero conocí a Billy. Ahora voy a quedarme.

—No irás a casarte con él, ¿verdad?

—Creo que los hombres como Billy no se casan.

—¿No cree en ello?

—Algo así. Es la persona más estimulante que he conocido en mi vida. Oh, muy bien. Puedo adivinar que lo desprecias. —Se rió—. Si quieres, podemos intentarlo otra vez. Vas a quedarte aquí este verano, ¿verdad?

Peter asintió.

—Lo intentaremos de nuevo. Te llamaré. Diana volvió a su revolucionario y Peter salió a Pennsylvania Avenue.

El gentío había desaparecido. El tráfico era normal. Paró un taxi y dio al conductor la dirección de Enid. No la había visto desde las vacaciones de Pascua. Desde el matrimonio de ella y su paso de adolescente a hombre, apenas se veían. Por muy difícil que fuese, era la persona a quien más quería, de todas las que habían pasado por su vida; y se preguntaba a menudo si ella continuaría sintiendo por él la misma atracción que él no podía evitar, aun cuando entre ellos discurría el río prohibido de su sangre.

★ 3 ★

Los de Texas estaban armando un gran alboroto cuando Clay llegó. Aunque era de dominio público que el anfitrión comulgaba con el New Deal, dio la bienvenida a Clay con un gran abrazo y lo presentó a los pocos que no conocía.

—Hace un buen rato que brindamos.

El congresista lo condujo a una mesa en la que había vasos y botellas. Todo el mundo iba en mangas de camisa, incluido un miembro del gobierno, quien se dio media vuelta cuando le dijeron que Clay era el secretario de Burden Day. Pero aunque Clay se hallase en territorio enemigo, como yerno de Blaise Sanford era objeto de un cierto grado de deferencia. El hecho de que no había visto a Blaise ni media docena de veces desde la boda, no había llegado al conocimiento del público.

Los tejanos estaban de buen humor y discutían por todo. Les preocupaba especialmente el vicepresidente. A pesar de ser también

de Texas, pocos estaban a favor de que sucediese al presidente.

—De todos modos —dijo uno de los congresistas—, nunca puedes vender a un hombre como él al país.

—Porque es de Texas, por eso.

Carcajadas ante lo que era el sino de todos.

El congresista sacudió la cabeza.

—No puedes venderlo porque presta dinero en un banco de su propiedad al *doce* por ciento. Ahora os pregunto, ¿quién va a votar a un hombre que cobra a los ganaderos un *doce* por ciento?

—Cualquier republicano —dijo Clay.

Lo recompensaron con otra tanda de carcajadas. A pesar de su relación con Burden, se llevaba bien con los tejanos, aunque sólo fuera porque los políticos en activo tendían a ser tolerantes entre sí, conscientes de que la convicción de un hombre es la herejía de otro, razón por la cual era muy útil no tener demasiadas convicciones. De todos modos, raramente los doctrinarios empedernidos salían elegidos en el Congreso. Pero sí para los diversos organismos gubernamentales. Clay detestaba a los partidarios del New Deal, particularmente al miembro del gobierno que hacía un momento le había dado la espalda.

—Simpático hijo de puta, ¿no? —le dijo un congresista viejo señalando al miembro del gobierno.

A Clay le alarmó que su aversión fuera tan evidente. Utilizó una de las frases favoritas de Burden.

—Podría decirse que tiene todas las características de un perro, salvo la lealtad.

El anciano ahogó una risa.

—Sólo que *es* leal al presidente, lo que demuestra el tipo de persona despreciable que es… Bueno, gracias a Dios, no rondará por aquí por mucho más tiempo, ni ninguno de éstos. Después de las próximas elecciones volverán a Nueva York, donde tienen que estar, a hacer el bien.

—Si el presidente no vuelve a ser elegido.

—No ocurrirá. Venga aquí.

Clay fue llevado a un rincón de la sala. Reconoció en la amplia sonrisa del otro que había llegado el momento de hacer política.

—Mire —dijo el congresista en un tono de voz que sólo Clay podía oír—. Estoy a favor de Burden. —Si aquello era cierto, Clay se sorprendió. Se sabía que aquel congresista estaba a favor del secretario de estado Cordell Hull. Suponiendo que la declaración no fuera cierta, sino un mero preludio cortés a algo más, Clay asintió y esperó—. Un montón de gente de esta *sala podría* prestarle su apoyo si él hiciera el esfuerzo de hacerles la corte.

Clay se preguntó simplemente qué era lo que el viejo entendería por hacer la corte. Los políticos nunca hablan en favor de otro político. «Ellos» significaba normalmente «yo». El congresista se secó la frente con un pañuelo rojo; sin duda una valiosa pertenencia cuando se hallaba en el foro. Clay intentó imaginarse el distrito al que representaba su compañero: petróleo, ganadería, algodón, indios.

—Por ejemplo, la gente estaba algo preocupada por las tratos de Burden con un tal Ed Nillson.

—¿Qué tienen? —dijo Clay, parpadeando con inocencia.

—¿*Qué* tienen?

Inesperadamente, el sagaz rostro colorado se había adelantado en dirección al suyo. Irreflexivamente, Clay dio un paso atrás clavándose una mesa.

—No hay mucho que decir. —El tablero de metal de la mesa se clavaba con fuerza en las piernas de Clay—. Ed acudió al senador, hará un par de años. Quería echar una mano. Y lo ha hecho. Nos ha sido de gran ayuda.

Hasta el momento todo lo que Clay había dicho era cierto.

—Mire, yo en mi distrito tengo algunos indios. —La voz del congresista era soñolienta—. Esos tipos son la sal de la tierra…, de hecho, una octava parte de mi sangre es india.

Desde el éxito del humorista Will Rogers estaba de moda que los del Oeste reivindicasen un par de gotas de sangre india. Así podían simular ser «americanos de origen».

—Pues bien, esta buena gente a la que tengo el honor de representar… —una sonrisa ligeramente sarcástica eliminó el tono pío de las palabras, normalmente pronunciadas con la mano en el corazón— vendieron una gran porción de tierra a una empresa cuyo propietario es un tal Edgar Nillson.

Clay asintió.

—Oí hablar de ese trato. Se produjo un poco de conmoción en Interior, pero finalmente le dieron el visto bueno.

—Una gran conmoción, ruidosas protestas que no cesaron hasta que un determinado subcomité del Senado, sin siquiera mirárselo, permitió que se ejecutara la acción desesperada, permitió que por un simple plato de lentejas esas ricas tierras pasaran a manos de un tal Edgar Nillson, el cual se convirtió, como por arte de magia, en tesorero del Comité para la candidatura a presidente de James Burden Day.

Clay sintió el sudor en las sienes.

—No estoy seguro de entenderle.

—Nuestro amigo Burden era el presidente de aquel subcomité del Senado.

—Pero también estaba fuera del país cuando el comité aprobó el proyecto. Recuerdo que estaba en Canadá y…

—Exacto. Pero justo antes de irse a Canadá telefoneó a uno de los senadores del subcomité y le dijo lo importante que era que se permitiese al señor Nillson comprar aquellas tierras indias. Bien pues, aunque el senador al que dio aquellas instrucciones ha pasado a mejor vida, su secretaria, una verdadera joya recientemente incorporada a mi despacho, acaba de decirme que en su antigua oficina tenía estos instrumentos de grabación conectados al teléfono privado del senador, un trasto verdaderamente infernal que podría ser la causa de la ruina de todos nosotros.

A Clay se le enfriaron las manos y se le encogió el estómago. Su carrera estaba terminada antes de empezar.

—Ahora tengo la posibilidad de obtener este…, ¿cómo llamarlo?, *fragmento* de la conversación que creo firmemente que no debe

circular como posible fuente de problemas para mi buen amigo y tal vez futuro presidente, no, señor. No queremos que caiga en manos de gente sin escrúpulos.

—Podría llevar a malentendidos.

Clay le seguía el juego. No tenía otro remedio.

—Puede estar seguro de que sí. —El congresista sonrió ampliamente, mostrando la dentadura rota, marrón de mascar tabaco—. Bien, resulta que tengo un amigo al que le interesan unos pocos acres del terreno colindante con la propiedad del señor Nillson y me parece que sería justo que el señor Nillson comprase esas tierras, a un precio razonable, por supuesto, recibiendo además de los acres, que contienen sabe Dios qué valioso mineral, la grabación de la conversación de Burden.

No era tan horrible como Clay había temido.

—De acuerdo. —Clay fue al grano como él—. Hablaré con Ed esta tarde.

—Dígale que me llame a casa. Desde que mi mujer murió he vivido en Alban Towers y dejé la casa grande. Me sentía muy solo sin la Pequeña Tyke, así es como la llamaba, Pequeña Tyke, era la cosa más pequeña del mundo con aquellos ojos enormes. ¡Oh, cómo la echo de menos! —El congresista se sirvió un bourbon—. Espero la llamada de Ed.

—Llegará. Y cuando se pongan de acuerdo con ustedes…

—De lo cual estoy seguro. Es un buen chico Ed, y mi amigo no es demasiado avaricioso.

—Estoy seguro de ello. De todos modos, una vez que decidan el precio, háganmelo saber. Y pasaré a recoger la… grabación.

—¿No desea que Ed se la quede?

—No, no quiero.

El congresista se rió.

—No le culpo por ello. Bueno, mientras él no lo *exija*, y es él el que paga, es suya. Me encontrará todas las noches en Alban Towers. Ya no salgo. A mi edad, ¿para qué? Me limito a marcar el paso hasta

que me reúna con la Pequeña Tyke según la voluntad del buen Dios. Encantado de hacer negocios contigo, hijo.

Luego Clay saludó a un congresista de Oklahoma y discutió seriamente con él si Cordell Hull, sureño, podría ser elegido presidente. Mientras conversaban, Clay recordó cuando Burden, antes de irse a Cañada, había evitado casualmente el tema de Nillson. «No quiero tener nada que ver con ese hombre». Pocos meses después, Nillson formaba el Comité para la candidatura de Day. Y aun así, Clay no había sospechado nada, y eso era lo que más le alarmaba. Burden le había engañado. Era intolerable. A fin de cuentas, si no podía comprender a un hombre con el que había trabajado seis años, ¿podía entender a alguien?

—Joven brillante —le dijo su anfitrión en aquel preciso momento tomándole del brazo—, acabo de apostar que dentro de diez años estarás con nosotros en la colina, como funcionario elegido.

—O en la Casa Blanca, trabajando para el presidente Day.

—Bueno, eso no entra en el ámbito de mi apuesta. Suelo invertir el dinero en cosas seguras.

—¿No cree que el senador puede ser elegido?

—No *deseo* que lo sea.

—Eso no es lo mismo.

—No, no lo es. Te diré que lo prefiero a él que a Garner, Farley, Hull o McNutt.

—Pero no tanto como a Douglas, Hopkins o Jackson.

—Más o menos.

—El senador se halla entre ambos grupos. Tal vez se decidiría por él si uno de los suyos no pudiese salir elegido y no descase uno de los otros.

—Como solución de compromiso, Burden estaría bien. Pero demonios, ¿quién hace concesiones?

Aquello fue todo. Pero el intercambio había sido fructífero. Burden no había sido descartado.

En su casa, Clay llamó por teléfono a Nillson, que no pareció sorprenderse en lo más mínimo. De lodos modos, nunca expresaba

una emoción superior a un leve interés.

—Son cosas que suceden de vez en cuando. —La voz procedente del receptor era serena—. Le llamaré.

—¿Le… le comprará las tierras?

—¿Qué, si no?

—¿Cree que hará copias de esa grabación telefónica?

—¿Por qué iba a hacerlo? Una vez que compre la tierra, lo tengo en el bolsillo. No podrá utilizar nada en contra de mí que yo no pueda utilizar en contra de él. ¡En qué mundo vivimos!

Lo cierto es que parecía que Nillson se divirtiese con lo que había sucedido. A Clay le pareció más impresionante que nunca.

—Por cierto —dijo Nillson—, creo que no deberías decirle nada de todo esto a Burden. Sólo le preocuparía y no le haría ningún bien. Pero lo dejo a tu propio juicio. Lo conoces mejor que yo.

Luego quedaron de acuerdo en que Clay recogería la grabación una vez pagada. Con unas palabras tranquilizantes, Nillson colgó.

Pensativo, Clay subió las escaleras. Miró en el cuarto de los niños y contempló a su hija dormida en el fondo de su cuna. En una silla, la niñera negra estaba dormida, con una revista en el regazo. Clay se las quedó contemplando un momento. La niñera tenía la boca abierta: la saliva le formaba un trazo brillante y viscoso en la barbilla de caramelo. El aspecto de su hija no era mucho mejor. Gorda y rubia con un sarpullido en la piel debido al calor, estaba acurrucada como un perro entre sus juguetes, respirando profundamente, con la boca abierta. Ligeramente deprimido, se fue a su habitación.

Había ropa de Enid por todas partes. Maldijo en silencio. Enfrentado a su desorden, Clay se había vuelto ordenado, forjando así una nueva arma para la guerra que se libraba entre ellos. Y su matrimonio era una guerra, no cabía la menor duda. Como comandantes del enemigo vigilando un campo de batalla, cada uno examinaba al otro en busca de signos de debilidad. El primer disparo había sonado en Elkton, su Fort Sumter, cuando ella le había echado la culpa de que se le soltase el tacón y él había replicado, con toda lógica, que si hubiese mirado por dónde andaba… Empezó pues con

un tacón de zapato suelto. Desde entonces, ninguno de los dos se había dado mayor respiro que una tregua ocasional para cambiar las tropas, ampliarlas líneas de aprovisionamiento, apuntar grandes cañones. Con todo, el matrimonio era feliz, aunque, como le sucedía con todas las mujeres que había conocido, Enid no le satisfacía sexualmente; no obstante, a diferencia de las demás, nunca dejaba de interesarle y aunque él continuaba con sus aventuras, siempre se sentía feliz de volver a ella, sabiendo que por muy excéntrica que fuese, era completamente suya. No ignoraba que era irracional de su parte no permitirle la misma libertad que se concedía a sí mismo, pero le habían educado para creer que las mujeres no eran como los hombres y que podían ser fieles si estaban enamoradas y, en consecuencia, a pesar de la cantidad de pruebas en sentido contrario, fundamentaba su matrimonio en que ella, enamorada, nunca se desviaría y que él, igualmente enamorado, pero varón, se buscaría ocasionalmente otros placeres si bien reservando para ella su ser esencial.

Súbitamente agotado por el calor y la jornada, Clay se dejó caer en la cama como si estuviese Enid, abrazó una almohada que olía a ella y se durmió.

En el comedor del Senado, Nillson y el anciano congresista de Texas almorzaban con Dolly Perrine, que estaba desnuda. Mientras Nillson cortaba la carne en trozos pequeños, ella intentaba seducirle, pero él la ignoraba, así como el congresista, que depositaba dólares de plata en una caja de zapatos repitiendo una y otra vez: «¡Qué orgullosa estará mi Pequeña Tyke!». A lo que Dolly replicaba con una voz inexpresiva: «Conferencia, senador. De la oficina del gobernador». Entonces aparecía Clay, se tumbaba en la mesa boca arriba, excitado por Dolly, que al punto le volvía la espalda y se aferraba al imperturbable Nillson, que continuaba comiendo su almuerzo. De pronto el congresista se percataba de la presencia de Clay. Con un grito de alegría, empezaba a desabrocharle los pantalones como buscando un escondite para sus dólares de plata. «¡Oh, qué orgullosa estará la Pequeña Tyke!».

Con un grito, Clay se despertó hallándose frente a Enid, que sonreía perversamente y le hurgaba en los pantalones.

—¡Por el amor de Dios! —dijo jadeando y apartándose de ella—. ¡Para! ¡Quieta!

—¿Con quién estabas soñando?

—No es asunto tuyo. ¿Qué hora es?

—Tarde. Seguro que no era conmigo.

Clay se incorporó.

—En realidad, era un congresista de Texas. Hacía negocios con él. —¡Menuda situación hay en la colina!

De pronto Enid estaba en la cama junto a él, y aunque llevaba todavía el vestido largo de la fiesta, hicieron el amor, retorciéndose y revolcándose, en uno de esos momentos espontáneos de tregua que hacen que la guerra, cuando se reanuda, cobre todavía más significado.

Después, Enid estaba en la bañera, rodeada de burbujas iridiscentes con la última luz del día.

—Bueno, la fiesta ha sido espantosa. La reina parece una criada. El es bastante amable, pero diminuto. Los dos son minúsculos. Les pasaba una cabeza. —Enid se mojó sus elegantes senos; le brillaba el cuerpo como si fuera de bronce—. ¿Recuerdas a esas chicas MacDonald, las de Berryville, que fueron al colegio conmigo? Bueno, pues hace unos años estuvieron una temporada en Londres, fueron presentadas en la corte con plumas de avestruz en el pelo y a todo plan. Incluso enviaron fotos de su triunfo a todo el mundo y todas nos moríamos de celos. Bueno, ya no. Todo el mundo ha sido presentado. Sin historias. Sin plumas.

—¿Cómo estaba tu padre?

—Quejándose del calor, como todo el mundo. Los pobres reyes han pasado casi todo el tiempo debajo del porche. Pero incluso allí hacía calor. Todos los demás nos apiñábamos en el jardín. Creo que él lleva maquillaje. Se le veía morenísimo y como muy suave.

—Como tú —dijo Clay, acariciando un pecho moreno y suave.

Ella le apartó la mano.

—Oye, he dicho que iría a cenar esta noche con los Davis a casa de los McLean. Estaban en la embajada. ¿No te importa?

—¿Sin mí?

—Mi padre también va.

—Entonces, será mejor que no vaya yo.

—¿No estás furioso? —le dijo con las cejas arrugadas mirándole, temiendo una emboscada.

—Es la tercera vez en una semana que has salido sin mí.

—Pero es tan incómodo cuando está mi padre…

—Tu padre no estaba en lo de Georgetown el martes. Tampoco… Clay fue saltando ágilmente de reproche en reproche mientras Enid preparaba su defensa con su habilidad habitual, fundamentándola, como siempre, en el contraataque inesperado para el que casi nunca estaba preparado, a pesar de los mil días de matrimonio. De hecho, a veces seguía sin poder creer que estaba casado. En ocasiones se despertaba en plena noche y cuando veía a Enid durmiendo a su lado en la cama, su cabello como una mancha oscura en la almohada, era presa de un pánico inesperado: ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cómo saltó la trampa? ¿Es una sentencia de por vida? Pero luego, encendía un cigarrillo y al leve resplandor de la cerilla, se recordaba a sí mismo que de todas las chicas que había conocido, era la única que no le había aburrido nunca.

—Peter también lo ha dicho.

Clay no había estado atento a lo que debía haber sido una prueba especialmente dañina en contra de él.

—¿Peter? —dijo, como sopesando la fiabilidad de aquel joven como testigo.

—Sí, ha estado aquí hoy.

Enid concedió una pausa al litigio mientras salía de la bañera como un animal de agua brillante y cogió la arrugada toalla del suelo, donde la había dejado caer aquella misma mañana después del baño, y se envolvió en los húmedos pliegues.

—Necesito una copa —anunció, y se marchó de la habitación.

Clay la siguió, a desgana. Mientras la seguía por las estrechas escaleras al salón de la casa alquilada, Clay sintió por Enid, lo que el conejo por la serpiente, la audiencia por el demagogo. Enid siempre subía el tono de voz al decir «alquilada» a los visitantes, rechazando toda participación en un entorno tan distinto al de Laurel House. Desgarbados cuadros de Nápoles enmarcados con cristal; caoba oscura, telas de zaraza antiguas; una mesita baja de madera clara con muchos ruedos de diferentes tamaños, tributo a la diversidad de vasos de la vitrina alquilada.

Enid se preparó un martini. Acababa de descubrir los martinis y podía, afirmaba ella, beber cualquier cantidad sin emborracharse, lo cual parecía ser cierto. La bebida simplemente la hacía más vivaz, feliz, cariñosa, y era entonces cuando más atraía a Clay, en las fiestas, cuando todos los hombres se sentían atraídos por ella y ella era enteramente suya.

—Peter ha pasado por aquí. Ni siquiera sabía que estuviera en la ciudad. Aquel lugar es realmente un club social. —Clay se sentó en su sillón con los pies en la mesita baja, mientras Enid sorbía su martini, con los ojos centelleantes—. ¡Oh, *necesitaba* esto! ¡Ese sol! ¡Esa gente! ¡No sería la reina de Inglaterra por todo el oro del mundo!

—¿Qué quería Peter?

—Nada. Una visita amistosa. He intentado disuadirlo, aunque no se ha dado por aludido. Pero está guapo. —Enid cogió una pitillera de plata (regalo de boda del personal del senador Day) y examinó su propio reflejo, lo cual extrañó a Clay, porque Enid raramente se contemplaba. La falta de vanidad personal era su rasgo más sorprendente—. Va a trabajar en el periódico este verano.

Depositó la caja y él se dio cuenta que era a Peter a quien había esperado ver reflejado en la plata humeante. Clay se puso en guardia inmediatamente. Hermano y hermana formaban una alianza que no comprendía.

Ella elevó sus largas piernas y las apoyó en la mesita. Las piernas parecían de madera oscura, cara y pulida, y la mesa, carne

corriente.

—Espero que te des cuenta de que si no nos hubiese visto aquella primera vez, en la caseta de la piscina, nunca me habría casado contigo.

—Gracias —dijo Clay, mirándola con repentina aversión.

—¡Yo no quería decir *eso*! —dijo arrepentida. Como siempre, resultaba más hiriente cuanto menos lo pretendía. Entrecruzó sus tobillos con los de él: escabulló un pie por debajo de su pantalón y jugueteó con los pelos de su pierna con el dedo gordo del pie—. Estoy contenta con lo que pasó al fin. Pero, Dios, ¡qué fisgón que es!

—Fue por casualidad.

—¿Casualidad? ¡De qué! ¿Quién iba a salir de noche y en plena tormenta a menos que nos hubiese estado *siguiendo*?

Enid acusó a su hermano, y Clay lo defendió. Por un lado, Peter le gustaba; por otro, el chico era una posición estratégicamente importante en la guerra y el lado que lo poseía dominaba buena parte del terreno.

—Sea como fuere, Peter dijo que mi padre había dicho por la noche a la hora de cenar que tú y yo nos divorciaríamos mucho antes de que yo cumpliese los veinticinco años.

—El bueno de Blaise —rugió Clay—. ¡Qué familia!

—Supongo que somos tremendamente ardientes —dijo Enid, removiendo el martini con el dedo índice—. Pero mi padre cederá.

—¿Y a quién le importa que lo haga? —preguntó Clay, que era a quién más le importaba.

Cuanto más conocía el mundo, más se convencía de que sin dinero, gran cantidad de dinero, nunca podría obtener esos relucientes premios que la república concede tan generosamente a los ricos, tan arbitrariamente a los pobres. Pero mientras Blaise se mantuviese en sus trece, la carrera de Clay se hallaba estancada.

—¡Oh! Peter dijo algo de tu antigua novia. —Él dejó que este cañonazo familiar cayera fuera del alcance de tiro—. Al parecer Diana va con un comunista que quiere empezar a publicar una revista.

—¿Comunista? ¿Estás segura? —Clay se puso en guardia.

—Claro que estoy segura —dijo Enid, tratando de recordar lo que Peter había dicho—. Querían que Peter invirtiese dinero en ello, como si tuviera, aunque tendrá el suyo antes que yo. Y…

Clay la interrumpió.

—Eso podría ser serio. Para el senador.

Enid lo miró sin expresión. Los problemas de los demás, incluido el jefe de su marido, nunca le habían parecido muy reales.

—¿Estás absolutamente segura de que Peter ha dicho que era comunista?

—Sí, eso es exactamente lo que ha dicho; pero bueno, Peter es tan mentiroso que nunca se sabe.

—Será mejor que llame al senador —dijo Clay poniéndose en pie.

—¡Oh, no te vayas! —Enid era como una niña que nunca quiere quedarse sola—. Nunca te veo durante las sesiones de ese horrible Senado.

—Podrías haberme visto esta noche.

Consciente de haber expuesto a toda una división a una derrota cierta, Enid abandonó precipitadamente todas las posiciones y abrió los brazos, con lo que se le cayó la toalla; entonces, reconociendo la derrota total, recurrió a su lenguaje privado de niña pequeña.

—¡Dale un besito a tu cachorrito y dile que no te importa que sea mala, mala, mala!

Clay la besó, dijo que no le importaba que fuera mala, mala, mala y, al notar el sabor a ginebra de su boca, se excitó y se habría olvidado de telefonear al senador si la niñera no hubiese elegido aquel momento para entrar, con la niña en brazos.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Enid—. ¿Por qué no llamas a la puerta? ¿Por qué entras a hurtadillas de esta manera?

—No te apures, Annie —dijo Clay en tono pacificador, recuperando el control de sí mismo. Pero Annie había salido disparada, perseguida por los improperios de Enid—. ¡Basta ya! —dijo Clay en tono cortante. Se había roto el hechizo. Volvía a ser él—.

No querrás quedarte sin ella igual que ha sucedido con las demás. No se puede gritar a la gente de esa manera.

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

Enid bebió el resto del martini directamente de la coctelera de plata; luego se envolvió en la toalla y subió las escaleras. Clay sabía que al día siguiente, ella y la niñera se reirían juntas. Por mal que se hubiese comportado Enid, nunca guardaba rencor. Además hablaba a todo el mundo con el mismo grado de intimidad y falta de reticencia, y aunque este candor formaba parte de su encanto, Clay había aprendido a no decirle nunca lo que no deseaba que supiese su peor enemigo. En cuanto a la niñera nueva, seguía aún fascinada y conmovida por ser tratada como una igual. Pero todavía no estaba preparada para pagar el precio de la intimidad de Enid: las rabias repentinas, los retorcidos insultos, la alarmante crueldad. No obstante, Enid se sentía verdaderamente herida cuando sus víctimas le reprochaban después lo que había dicho. «¡Pero no comprendes, yo te quiero con toda el alma!». Tal vez no la comprendían, y tal vez las quería.

Clay fue a telefonear al senador. Respondió la señora Day.

—Burden está haciendo la siesta. Está agotado de la fiesta. ¡Hacía tanto calor! Y esta noche vamos a la Casa Blanca. ¿Es muy urgente? ¿Lo despierto?

Clay dijo que podía esperar. Luego les deseó una buena velada en terreno enemigo y colgó. Malhumorado, abrió su maletín, empezó a trabajar, perdió la noción del tiempo y no se percató de la presencia de Enid hasta que ella hizo un ruido seco que hizo que se le cayesen algunos papeles.

—¡No me hagas esto!

—Me encanta cuando te sobresaltas como una vieja criada. ¿Estoy bien? —Enid estaba bien y él se lo dijo. Pero no le escuchó. Era tan impermeable a la verdad como a la adulación—. Escucha —continuó—, me siento fatal diciéndote que me voy a esa fiesta y te dejo.

—Está bien.

—Claro que no está bien. Simplemente me dejo llevar y digo que sí cuando tendría que decir que no. De todas formas, la mitad de las veces no atino. Si quieres que me quede en casa, me quedo.

Completamente conquistado, le dijo que se fuera a la fiesta. El se quedaría en casa a trabajar. Ella dijo que el cachorrito era malo, malo, malo. Él dijo que sí, pero insistió en que no la querría de otro modo. Se marchó diciendo lo mucho que lo sentía y él anotó debidamente que las únicas veces que Enid se obligaba a decir que lo sentía era cuando no lo sentía. Él añadió esta nueva y útil arma a su arsenal. Su guerra era el amor. O su amor era la guerra. Sea como fuere, sólo en la batalla se encontraban realmente. No podía imaginar la vida sin Enid.

★ 4 ★

A una señal de la esposa del presidente, las damas se levantaron. Precedidas por la señora Roosevelt y la reina, dejaron a los hombres en posesión del comedor de estado. Cuando el ujier cerró la puerta del comedor, Burden dejó su lugar justo debajo de la curva izquierda de la mesa en forma de herradura para cambiarse al centro, donde estaban sentados el presidente y el rey. La silla vacía a la izquierda del rey fue rápidamente ocupada por el vicepresidente, que daba palmaditas a la pequeña figura del monarca y le incordiaba con el dedo, ante el evidente disgusto del presidente y la diversión de Burden. El presidente y su heredero constitucional, que no político, estaban en pie de guerra.

Se sirvió coñac; aparecieron los puros. Burden se sentó entre Blaise Sanford y un inglés cuyo nombre era algo así como lord Garbage. Se quejaban del calor.

—El presidente se niega a instalar aire acondicionado —dijo Blaise masticando el puro—. Dice que es malo para su sinusitis. ¡Al diablo con la sinusitis! Y las demás personas que trabajan aquí,

¿qué? ¿Y nosotros? Víctimas de ataques cardíacos, eso es lo que seremos.

—Tal vez no le importe.

Al igual que los demás, Burden tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse mirando al presidente, que tenía buen aspecto, si bien algo entrado en carnes, y prodigaba su famosa sonrisa, haciéndola desaparecer como si estuviese controlada por un interruptor maestro. Un rato antes, cuando Burden y Kitty habían sido presentados, el presidente le había dedicado la mejor de sus sonrisas, y luego se había vuelto al rey y le había dicho en un susurro de lo más teatral: «¡También quiere vivir aquí!». El rey pareció ligeramente turbado.

Luego Burden se enteró de que el presidente había estado haciendo la misma broma con todos sus rivales, la mayoría de los cuales se hallaban presentes: Hull, Vandenberg, Farley, así como el frágil Harry Hopkins, que ya se las había arreglado para colocarse en el centro mágico de la mesa. Habría pelea, pero Burden cada día estaba más seguro de sí mismo. Según la encuesta Gallup, Hull era el primer elegido del partido, y él, el segundo; pero como Hull era del Sur y no podía ser elegido… Burden se imaginó presidiendo la mesa; pero se acordó de su promesa: nada de soñar despierto. Sintonizó con Blaise.

—Por supuesto, tal vez *desee* que tengamos ataques de corazón. Al menos algunos de nosotros —dijo Blaise ahogando una risa.

Lord Garbage sonrió y se volvió a Burden.

—Debe de venir a menudo por aquí, senador.

—¡Nunca! —respondió Blaise por Burden—. Se odian —dijo en un tono de voz lo suficientemente alto como para que lo oyese el presidente, pero no lo oyó porque toda su atención se hallaba concentrada en el vicepresidente, que ahora amasaba el hombro del rey como si hiciese pan. La sonrisa del presidente era rígida; los fríos ojos grises lanzaban destellos de furor. Empapado de bourbon y de jovial malicia, el vicepresidente ignoraba aquella sonrisa devastadora.

Explicaron a lord Garbage (que al parecer tenía algo que ver con Asuntos Exteriores) que aunque Burden pertenecía al partido del presidente, eran enemigos políticos.

—No acabo de comprender su política —dijo el inglés.

—Debería intentarlo —dijo Blaise fríamente, reflejando la irritación del propio Burden con los ingleses que se enorgullecían de no saber, o peor aún, simulaban no saber cómo funcionaba el sistema político americano.

Lord Garbage adoptó una actitud de disculpa:

—Desde luego, uno debería hacerlo. Sólo que estamos tan acostumbrados a la fidelidad al partido… Me refiero a que en el Parlamento uno *tiene* que seguir al líder de su partido o irse.

—Nosotros no lo seguimos —dijo Burden— y nunca nos vamos. Voluntariamente.

—Pero a veces defenestramos al líder del partido —dijo Blaise ominosamente, lanzando una bocanada de humo azul a la cara de lord Garbage.

—*Hace* calor —dijo el inglés.

Por todos lados, Burden veía rostros congestionados del calor y el vino. De pronto, fue presa de un sentimiento de irrealidad, recordando los demás presidentes que se habían sentado en aquella misma sala, agasajando a los magnates de su época, todos ellos olvidados ahora. Van y vienen, pensó, consolándose. Sólo el momento importaba. Luego, se percató del lema recién tallado justo debajo de la repisa de la chimenea: la piadosa esperanza de John Adams de que «Sólo Hombres Honestos y Sabios gobiernen bajo este Techo». Por supuesto, qué importaba quién gobernase. Volvió a la realidad. El truco era evitar ser arrollado por el momento breve y efímero; actuar como si el futuro realmente existiese. Como si haciendo el bien uno pudiera influir en las vidas de los que estaban por nacer. Pero al observar al presidente en su lugar de honor de la mesa, Burden sólo vio vanidad en aquel rostro engreído; nada más, ciertamente ninguna huella de *virtus*, para emplear la palabra de Cicerón, esa bondad moral que no se traduce como «virtud».

Blaise y lord Garbage hablaban de amigos de Inglaterra. Lord Garbage (*no podía* llamarse así)[1] aseguraba a Blaise que un viejo amigo no se había vuelto loco.

—Sólo que no le gusta la gente, lo cual es absolutamente normal. Vive solo en el campo. Y le lee Carlyle al cerdo.

Burden concentró en aquello toda su atención.

—¿Al cerdo?

—Sí. Antes le leía Gibbon, pero no le gustaba el estilo.

—¿A su amigo?

—No, al cerdo. De hecho, a nuestro amigo le gusta Gibbon, y no creo que le entusiasme Carlyle, pero al cerdo Carlyle le resulta tranquilizante. Así que ¿qué se le va a hacer?

Blaise se rió a placer.

—Burden, tienes que conocer a los ingleses. No son como nosotros.

—Afortunadamente para ustedes —dijo lord Garbage, que podría o no haber estado tomándoles el pelo a los dos.

Pero en el fondo a Burden no le desagradaban los ingleses, a diferencia de muchos de sus colegas del Senado que se sentían agraviados por la superioridad inglesa. Los del Sur recordaban todavía con amargura la traición de Inglaterra a los confederados, mientras que en las ciudades del Norte, cualquier político que no sabía qué decir, siempre podía contar con el aplauso de los irlandeses si amenazaba con propinar un puñetazo al rey Jorge en la nariz. Burden miró la larga y distinguida nariz del rey Jorge y le invadió un sentimiento protector. El rey parecía tan frágil, tan distinguido, tan poco merecedor de otra cosa que no fuese cortesía. Burden decidió que aquel año tenía que ir sin falta a Europa y en el curso de su viaje proponer una entrevista con Hitler. Hitler lo recibiría en Berchesgaden y Burden iniciaría la conversación diciendo que hablaba no en nombre del Senado, sino en nombre propio y de la paz mundial. El canciller escucharía atentamente mientras Burden le resumiría una línea de acción que tendría en cuenta los intereses *legítimos* de Alemania, manteniendo al mismo tiempo la buena

voluntad de los Poderes de Occidente. Mientras Burden hablase, Hitler tomaría notas, mascullando: «*Ja, ja*» de vez en cuando.

—Creo que tendremos guerra este verano.

La ensoñación de Burden se hizo mil pedazos. Se volvió al inglés cuyo tono de voz no se había alterado en lo más mínimo; podría ser que hubiera estado haciendo una crítica de la lista de lecturas del cerdo. Blaise frunció el entrecejo y dijo:

—No lo creo.

Lord Garbage dejó salir el humo por sus grandes y redondos orificios nasales.

—Suponemos que a mediados de julio. El hombrecillo hará con Polonia lo que hizo con Checoslovaquia.

—¿Y qué harán *ustedes*? —preguntó Burden.

—Prefiero pensar que esta vez lucharemos.

—¿Cómo? —dijo Blaise en tono de burla—. Los alemanes poseen nueve mil quinientos aviones listos para el combate. ¿Cuántos tiene Inglaterra?

—Ninguno, debería pensar. Parte del encanto de ser una democracia reside en que uno está siempre desprevenido. —Sonrió —. ¿Cuántos aviones tienen ustedes los yanquis?

—No necesitamos aviones, porque no vamos a luchar contra nadie —dijo Blaise con firmeza.

—Sí, leo su periódico. Pero Hitler ya ha dicho primero Francia, luego Inglaterra y después América.

—Sólo está fanfarroneando, ¿y quién no lo haría? Por la forma en que ceden ustedes ante él, estaría loco si no intentase forzar más.

Burden dejó de escuchar el ir y venir de argumentos familiares. Se los sabía todos. Esencialmente, era aislacionista. No veía razón alguna por la cual el Nuevo Mundo tuviera que participar otra vez del carácter sanguinario del Viejo. Pero también sabía que sería difícil mantenerse al margen, especialmente con un presidente que tenía la obsesión de actuar en el escenario mundial. Como Wilson, pensó Burden, mirando al presidente, que en aquel momento susurraba algo al oído del rey. Sí, así es como se veía Roosevelt, susurrando al

oído de monarcas, velando los fracasos nacionales con espectaculares exhibiciones en el extranjero. Era demasiado evidente.

No tenía que haber guerra. Aunque sólo fuese porque, en tal caso, el presidente volvería a presentarse para ser elegido y ¿quién en el partido podría impedírselo? Burden recorrió con los ojos la habitación, mirando a sus iguales, ninguno de los cuales podía derrotar al presidente en una convención. No podían hacer otra cosa que rezar para que los europeos mantuvieran la paz hasta las próximas elecciones, que serían (contó con los dedos) dentro de catorce meses.

—No —dijo para darse seguridad a sí mismo—, estoy de acuerdo con Blaise. Hitler es demasiado listo como para iniciar una guerra… este verano —añadió, pues su nativa cautela no le permitía que sus pensamientos fueran del todo la expresión de sus anhelos.

—Espero que ambos estén en lo cierto —dijo lord Garbage educadamente.

En el centro del imán se produjo agitación. El hijo del presidente empujó su silla de ruedas, apartando así a su padre de la mesa y, como siempre, Burden recordó de golpe que el enemigo era un minusválido cuyas escuálidas piernas estaban encerradas en pesados aparatos de metal. Era penoso observar al presidente cuando se sentaba y se levantaba. Sin embargo, él parecía no percatarse de su dolencia. Sólo una vez Burden había visto al presidente desconcertado por ella. Cuando caminaba fatigosamente hacia la tribuna para aceptar su segunda elección a la presidencia, alguien le hizo perder el equilibrio accidentalmente, y se desmoronó como una torre antes de que los auxiliares lo agarrasen, con las páginas de su discurso revoloteando alrededor de él. Aun con todo el desprecio que Burden sentía por aquel hombre, sentía también una cierta lástima por quien gobernaba una nación poderosa, pero no podía caminar sin ayuda.

Blaise tomó a Burden del brazo y se unieron a la procesión desde el comedor al vestíbulo de entrada, de mármol blanco, donde, al

otro extremo, en la Sala Este, se habían reunido las señoras que les esperaban. Iba a haber música.

Las opiniones de Blaise eran muy parecidas a las de Burden.

—No puede haber una guerra. Hitler no es tan estúpido. Pero aunque lo fuese, los ingleses no lucharán. Demasiado decadentes. ¡Leerle Carlyle a un cerdo!

—No olviden que si hay guerra, nuestro anfitrión se quedará aquí cuatro años más.

Blaise sintió un escalofrío.

—Ni sugieras esa posibilidad. Pero si vuelve a presentarse, apoyaré… al senador Burden.

Blaise dio unas palmadas al senador Vandenberg en el hombro. El senador pareció sorprendido, luego complacido.

—Arthur, rezo para que consigas la presidencia republicana.

Vandenberg comentó que sus oraciones no eran muy diferentes y guiñó el ojo a Burden, un compañero miembro del Club. Blaise se detuvo un instante ante la puerta de la Sala Roja.

—¿Ed está haciendo un buen trabajo para ti?

—Creo que sí. ¿Tú no?

—De primera, a mi modo de ver. Pero… —dijo Blaise frunciendo el entrecejo.

El corazón de Burden se saltó un latido. Estaba a punto de morir en una recepción de la Casa Blanca.

—Pero —repitió Burden, sorprendido de ser capaz de hablar todavía.

—Uno de los redactores. Ya te imaginarás cuál. Quiere tu cabeza. Cree que tuviste algún lío con Ed respecto de un negocio de petróleo. ¿Es cierto?

—No.

En las raras ocasiones en que se veía forzado a decir una mentira de gran calibre y deliberada, Burden sabía que era totalmente convincente.

—Yo no lo creo. Le dije que no era propio de ti. Pero también le dije que si tramases algo, ¡ocultarías las pistas! —concluyó Blaise,

lanzándole una mirada astuta y prolongada; luego, los dos hombres se echaron a reír y fueron a la Sala Este.

Debajo de la gran araña central, Burden halló a su esposa ya sentada. Estaba desacostumbradamente viva, incluso joven. Se sentó a su lado y le tomó la mano.

—¿No es esto el no va más? —exclamó ella.

—Verdaderamente el no va más —salmodió él.

—He hablado con la reina.

¿Qué habrá dicho? De nuevo a Burden le dio un vuelco el corazón. ¿Iba a desmoronarse en el suelo, siendo su última visión la lámpara de cristal que se hallaba encima?

—¿Sobre qué?

—Oh, de sus hijos, y de Diana. Ya sabes, lo que se suele decir. ¡Y qué calor hace! Finalmente ha admitido que realmente tenía un calor espantoso.

—Yo también.

Burden sentía el cuello de la camisa como una banda de metal apretada fuertemente alrededor del cuello.

—¿Sabes?, es tremendamente nerviosa.

—No lo parece —dijo Burden, mirando a la reina, que ahora se hallaba sentada entre el presidente y el vicepresidente.

—¡Pues lo es! —Frederika Sanford no pudo resistir la tentación de interrumpir, al tomar asiento delante de ellos—. La he estado observando durante el acto de recibimiento. Estrujaba un pañuelo de encaje en las manos. Para cuando hemos entrado a cenar, ¡estaba *deshilachado*!

—Debe de provocar mucha tensión —admitió Kitty— estar siempre exhibiéndose de esa manera. Cosas inmorales y desagradables. *Nosotros* sabemos lo que es la realeza en nuestra tierra.

—¿Qué? —Frederika no podía creer que había oído bien.

Burden intervino rápidamente, ante la sonrisa radiante de Kitty, que ignoraba que una vez más su inconsciente se había colado en la fiesta.

—¿Cómo están Enid y Clay?

—A Clay lo ves tú más que yo. Y seguramente a Enid también. No sé. Supongo que se llevan bien. Enid trae la niña a casa, un encanto de criatura. Blaise la adora.

—Me parece horrible la forma en que Blaise trata a Clay.

Aquello provenía de la parte tanto consciente como inconsciente de la mente de Kitty.

—Kitty, escucha… —La vida de Burden había estado dedicada, en general con éxito, a evitar este tipo de enfrentamiento personal.

—Tiene razón —interrumpió Frederika con más fuerza que la habitual—. ¡Cuando piensas lo que Enid *podría* haber metido en casa! Un comunista o un petimetre de salón o un judío… —Frederika se interrumpió—. Son judíos, ¿sabéis? —dijo indicando al rey.

—¡Oh, no! —exclamó Kitty genuinamente angustiada.

—En todo caso, él sí —dijo Frederika, feliz de ser la primera en destrozar las ilusiones de Kitty sobre la realeza británica—. El padre del príncipe Alberto era judío. Supongo que por eso el rey se lleva tan bien con nuestro Franklin Rosenfeld.

Burden miró a su alrededor incómodo, para ver si alguien había oído a Frederika. Pero su voz se había perdido en el ruido general de la gente ocupando sus sitios. Se fijó en Henry Hopkins revoloteando cerca del presidente. Se rumoreaba que Hopkins se estaba muriendo. Pero muriendo o no, no había perdido en absoluto la ambición. También aspiraba a la presidencia. Al principio de la velada, Burden le había tomado el pelo por haber comprado una granja en Iowa, «bonito lugar» había dicho a la prensa, «para criar a mi hija». Aquel esfuerzo descarado por presentarse como un sencillo granjero del Medio Oeste había suscitado muchos comentarios graciosos en Washington, donde se consideraba a Hopkins como un apatrida cuyo único partidario era el presidente.

—Van a tomar las huellas dactilares a todo el mundo. Es para poner los pelos de punta.

Burden se dio la vuelta. Un miembro del gobierno, hasta arriba de whisky, hablaba con un auxiliar de la Casa Blanca, ajeno al

interés de Burden por lo que estaba diciendo.

—Uno del departamento de Justicia, seguramente Hoover, tuvo la brillante idea de tomar las huellas dactilares a todos los empleados del gobierno, y el presidente se la ha tragado.

—Bueno —dijo el auxiliar cautamente—, no sé si se la ha tragado *entera…*

—Sí, ¡lo ha hecho! Ya ha dicho a los de mi departamento que empiecen a dar sus huellas dactilares, aunque dije que era una maldita invasión de la privacidad. Estilo Hitler.

Burden se preguntó si aquello podía ser un motivo de controversia. Desde luego, los conservadores, en su miedo al comunismo, veían espías por todos lados y aprobarían la idea de registrar las huellas dactilares a todo el mundo, salvo las suyas. Pero a Burden le sorprendía que el presidente hubiese favorecido la idea. A él mismo le desagradaba. Todo hombre debía tener el derecho a ocultarse.

—Blaise cree que tendría que hacerse arreglar la nariz. Es lo único que ha dicho acerca de él en varios meses.

—¿Qué nariz? —preguntó Burden.

—La de Clay. Se la rompió montando a caballo. Blaise piensa que estaba mejor antes.

—A mí me gusta como está —dijo Kitty fielmente—. Clay me gusta mucho.

Tras lo cual, una mujer gorda se puso a cantar. La voz no era agradable y Burden concentró su atención en la parte posterior de la cabeza del presidente, que era como un gran globo, con cabello ralo y gris, y el cuero cabelludo rosa. Parecía extraordinariamente tosco junto a la recatada y minúscula figura del rey, que recordaba a una creación ambulante de Madame Tussaud. A pesar de su promesa, Burden pensó si algún día se sentaría en aquella silla. El día anterior, Nillson había dicho que sí. «Tiene gran atractivo. Es un héroe en el Sur y en el Medio Oeste. Pero no es demasiado conservador para los tipos de las grandes ciudades. No hay duda de que puede derrotar a

Dewey». «Pero ¿y si *él* vuelve a presentarse?». «Entonces no hay nada que apostar. Pero no es probable. A menos que haya guerra».

Que haya paz, rezaba Burden, en el momento en que la gruesa soprano se sentaba después del aplauso, con su última nota aguda todavía flotando en el aire cargado.

—Tiene una voz bonita —dijo Kitty—, para estar tan gorda.

—Vulgar como el cerdo de Paddy —dijo Frederika, para quien lo peor estaba todavía por venir.

Marian Anderson avanzó para cantar.

—¡Una mujer *de color*! —exclamó Frederika—. ¡Quién lo iba a decir! —murmuró furiosa—. ¿Es que no hay suficientes cantantes *blancas* en el país?

Burden simuló no oírla. Cerró los ojos mientras cantaba Marian Anderson. Siendo muy joven se había acostado con una prostituta de color y se había deprimido al descubrir que no era distinta de una mujer blanca. Pero había algunos que preferían las negras a las blancas, y las encontraban distintas. La primera vez que Burden había visitado a Nillson en su suite del hotel, había una esbelta chica estirada en el sofá, con un tono de piel amarillo subido. Se había levantado con desenvoltura y se había puesto los zapatos. «Te he dicho que no era el camarero».

Nillson no se sintió incómodo en lo más mínimo.

—Pase —había dicho a Burden.

—Lo siento. Tenía que haberme anunciado por teléfono desde abajo.

—No pasa nada. La señorita Morgan se iba. Es una buena amiga. Conocí a su madre. Saluda a Bess cuando la veas, querida.

—Claro que lo haré. Adiós.

Besó a Nillson en la mejilla con la formalidad de una colegiala saludando a un amigo de mamá; luego, haciendo una ligera reverencia a Burden, entró en el dormitorio en el momento en que llegó el camarero. La situación había sido llevaba con tal frialdad y eficiencia que Burden se preguntaba si no la habría soñado. Pero tenía otras cosas de las que preocuparse.

Nillson empezó diciendo:

—Blaise quiere que seamos amigos porque quiere que usted sea elegido presidente en 1940. Y cree que puedo ayudarle.

—Yo también lo creo —dijo Burden.

Todo había sido demasiado fácil. No había habido escenas, azufre, documento firmado con sangre, ningún ángel haciendo señales desesperadamente desde las ventanas: ¡*No lo hagas*!

Burden aceptaría una antigua cita para dar un discurso en Ottawa. Mientras se ausentase, un afable senador permitiría que se aprobase la venta de los terrenos sin discusión. Si se producían críticas, Burden podría decir con toda honradez que no había tenido parte en la decisión del subcomité. Mientras tanto, se establecería en Washington el Comité para la Candidatura a Presidente de James Burden Day, con un fondo de doscientos cincuenta mil dólares que recaudaría Nillson «de muchas fuentes, todas legales».

El dinero fue debidamente recaudado y sabiamente gastado. Los resultados eran gratificantes. Para la prensa conservadora, él era el único hombre de estado capaz de proteger la constitución manteniendo la paz, y Blaise, por nombrar uno, estaba convencido de que la elección de Burden era «cosa hecha». Pero a pesar del extraordinario tacto de Nillson («Siempre he deseado que usted fuera presidente, incluso antes de conocernos»), Burden se sentía culpable por lo que había hecho, aun sabiendo perfectamente que, o bien uno entraba en el juego aceptando las reglas o no entraba de ningún modo. Sólo una vez durante toda su carrera había intentado Burden cambiar las normas. Durante su primera campaña política, le impresionó descubrir que le estaban comprando votos. Cuando intentó disuadir al director de su campaña, le dijo: «Pero ésta es la forma de ganar las elecciones». «Prefiero perder», todavía podía oír su voz, leve y honrada.

—Lo que *usted* desea no importa un comino. Usted no es más que el candidato y bastante débil. Más de mil personas de este distrito esperan sus dos dólares el día de la elección y no tenemos ninguna intención de defraudarlos.

Burden se había rendido. Desde entonces, se había resignado generalmente, que no felizmente, a aceptar las cosas como eran. De manera parecida a la señora Roosevelt, que una vez le había contado que en su inocente juventud le había dicho a su marido: «Franklin, están *comprando* votos aquí mismo, ¡en el Dutchess County!». Y el presidente le había dicho riendo: «No te preocupes, querida, los republicanos también los compran».

En último término, la cuestión radicaba en dónde estaba el límite. Ni el presidente ni Burden eran responsables de la corrupción de los votantes. Aun así, ¿estaba bien continuar la corrupción? La pregunta era absurda. Uno hacía lo que tenía que hacer para ganar, y ello incluía vender votos y comprarlos. Cuando aceptó el dinero de Nillson vendió su voto, lo cual no era moralmente peor que la práctica aceptada de comprarlo. Se consoló pensando que lo que había hecho era precisamente lo que habría hecho cualquier otro político.

—Pero yo no soy *cualquier* político —se dijo a sí mismo cuando se iniciaban los aplausos de Marian Anderson. Él creía en el honor. Si hubiese nacido a tiempo, habría dado la vida gustosamente por la Confederación. El hecho de que la causa del Sur no fuera ni sabia ni justa le habría hecho luchar con la misma intensidad; y si aquella bala le hubiese alcanzado a él en Shiloh, habría exultado en medio del dolor, a diferencia de su padre, que no veía virtud en nada que fuera humano, quien veía a la humanidad como algo brutal, cruel y predestinado, y así se volvió brutal, cruel y predestinado a la locura. Con todo, su padre había quedado marcado con una cicatriz blanca en zigzag desde la clavícula hasta el hombro izquierdo, y por aquella honorable enseña Burden habría dado la vida.

¿Qué se había apoderado de él —se preguntó Burden— para enterrar la bala? ¿Qué dios había querido propiciar? Demencia temporal, decidió, y en cuanto pudiera iría a Manassas y la desenterraría. Necesitaría su talismán en los días venideros. Mientras tanto, para poner fin al reinado del malvado presidente, un millar de heridas a su estima personal eran un precio pequeño a pagar a

cambio de una victoria en una guerra no menos importante que aquella en la que su padre quedó marcado.

De pronto, a través del canto, Burden oyó la tormenta; la ola de calor se había roto, mañana la temperatura sería agradable.

Tres

★ 1 ★

—Feliz Año Nuevo —dijo Clay, besando a Kitty Day, que le ofrecía la mejilla.

—Feliz Año Nuevo. ¿Dónde está Enid?

—En una fiesta. ¿Dónde si no?

—¡Oh, qué lástima! Esperaba que viniese esta noche. Nunca la vemos. —Kitty acompañó a Clay a la sala donde Burden, Ed Nillson y el juez Hooey, presidente del partido Demócrata en su estado, se hallaban sentados junto a un fuego casi en ascuas.

—Clay ha venido solo —dijo Kitty—. Enid se ha ido de picos pardos.

—Mejor. Esto es una reunión de negocios —dijo Nillson, atrayendo a Clay hacia la chimenea al tiempo que Kitty excusaba su presencia.

—Siento que haya tenido que ser tan tarde —empezó Clay dirigiéndose a Burden, quien dijo:

—No podía importarnos menos. Además, el juez tenía una cena.

—Vi a tu madre la semana pasada —dijo el juez, estudiando a Clay como esperando que argumentara *nolo contendere*.

La madre de Clay trabajaba en un banco de la capital del estado y su viudedad se le hacía llevadera gracias a una pequeña pensión y a la cercanía de la hermana de Clay, cuyos cuatro hijos le daban mucho de qué quejarse, y en la queja, alegría. «¡Ya no hay *disciplina*! Pero era de esperar, si no les das una *escala de valores*…». Ella por su parte era severa, con una escala de valores

derivada, decía ella, de la meditación de Henry Clay, un primo remoto, en honor al cual había bautizado a su hijo. Cada semana llenaba con toda dedicación muchas hojas de papel rosa pálido con su caligrafía pequeña y puntiaguda inspirándole para el éxito.

—Tendrías que escribir a tu madre más a menudo —dijo el juez, colocando a Clay a la defensiva.

Aquello no iba a resultar fácil.

—Ya lo sé. Mi madre es tan buena para escribir cartas… —Se dirigió al senador—. Lo que hemos oído es cierto. La Casa Blanca está redactando ahora mismo la legislación.

Burden sacudió la cabeza.

—Me sorprende. Aquel discurso debía habernos advertido. «Cuando las barbas de tu vecino veas afeitar…» —dijo, imitando al presidente con su exactitud habitual.

—¿Qué legislación? —preguntó Nillson.

Clay le dijo que la Casa Blanca estaba preparando una ley de Ayuda a las Democracias que sería presentada a la Casa y al Senado; era una forma de dar dinero y armas a los ingleses. A medida que Clay hablaba, mantenía al juez Hooey dentro de su campo visual y se preguntaba si les ocasionaría problemas. Era difícil saberlo. El juez estaba sentado, pequeño y reservado en el gran sillón de al lado de la chimenea. Parecía no estar interesado en lo más mínimo en lo que Clay estaba diciendo. Para el juez, Europa era una nimiedad comparada con el cuarto distrito del Congreso, donde los republicanos estaba ganando fuerza, o el tercero, donde deberían estar aumentando su fuerza, o el primero, donde un candidato inesperado se había presentado de repente, desbaratando la máquina que había montado el juez con tanto cariño y paciencia durante años para reducir al mínimo los acontecimientos imprevisibles del proceso electoral. El juez odiaba profundamente las sorpresas en día de elecciones.

Burden estaba en contra de cualquier tipo de ayuda a los ingleses.

—Por un lado, están en bancarrota. Hasta lord Lothian lo admite. Y si eso es verdad, estamos gastando dinero inútilmente, porque, aunque ganasen, nunca podrían devolvérnoslo.

—No podemos permitirnos el lujo de que Hitler gane.

Clay estaba intrigado: Nillson nunca se mostraba en desacuerdo con el senador.

—¿Cómo podemos detenerlo? —dijo Burden, sombrío—. Joe Kennedy dice que los ingleses están acabados. Creo que tiene razón.

—En cualquier caso, yo estoy a favor de ayudarlos.

Nillson se mostraba inesperadamente firme. Por lo general, cuando notaba divergencia de opiniones en el ambiente, aparecía de pronto su sonrisa enigmática y bajo esa radiante cobertura cambiaba de argumento a la velocidad del rayo. Pero aquella noche no dio un solo paso en dirección a un lugar seguro.

Fue el senador quien se vio obligado a ceder terreno.

—Tal vez tengas razón, Ed. ¿Quién sabe?

Clay se había fijado en que Burden había llegado a deferir las cosas cada vez más ante Nillson. Todo había empezado con el anuncio hecho por el presidente de que a causa de la situación en Europa (Francia derrotada, Inglaterra acosada), se presentaría por tercera vez. Aquello significaba que aunque el Comité para la Candidatura a Presidente de James Burden Day continuaba sus funciones, su objeto ya no era la presidencia sino la vicepresidencia. Una semana antes de la convención, el senador había ido a la Casa Blanca sin cita previa, como consecuencia directa de una llamada telefónica. Clay nunca supo de qué habían hablado, pero el senador había vuelto de buen humor y había dicho a sus partidarios que no presionaran demasiado en la convención, dando a entender que el presidente lo había elegido vicepresidente, aunque Clay veía claramente, no así el senador, que el presidente no aceptaría nunca a Burden Day ni a ningún conservador como compañero de gobierno. Su única esperanza radicaba en obtener tanto apoyo presidencial para Burden en la primera votación que Roosevelt se viese obligado a designarle vicepresidente. Pero Burden se había

retraído y el presidente, al ganar la reelección con una oposición ridícula, eligió al ensoñador Henry Wallace como vicepresidente. Cuando se anunció el nombre de Wallace en la convención, se había producido una violenta conmoción y hasta los más fieles admiradores de Roosevelt se habían disgustado. En su habitación del hotel Blackstone, rodeado de pancartas «Un nuevo día con Day», el senador había arreado un golpe a la radio. «El muy hijo de puta», dijo James Burden Day, y Clay nunca supo si se refería al presidente o a Henry Wallace.

El senador participó poco en las elecciones. Asistió a unas cuantas reuniones políticas en su propio estado pero no se ocupó de apoyar debidamente la candidatura nacional. Clay estaba seguro de que Burden había votado al curioso pero simpático Wendell Willkie, que había invadido por sorpresa la candidatura del partido Republicano y luego había hecho campaña como partidario del New Deal.

A través de todo aquello, Nillson había permanecido fiel, o al menos atento. Disolvió el comité de forma práctica. Se pagaron todas las facturas pendientes y se licenció a la tropa. La esperanza se había acabado, o había sido retrasada. A pesar de la desilusión del senador, Clay sabía que ya estaba deseando la llegada de 1944. Lo mismo sucedía con Nillson; para el asombro de Clay, Nillson seguía actuando como si todavía pudiesen conseguir el premio. Seguía formando parte de sus vidas, siempre servicial, excepto en aquel momento. Pero el senador no estaba dispuesto a pelear. Esbozó su trágica media sonrisa.

—Los asuntos de estado pueden esperar. La casa *todavía* no está en llamas. Podemos guardar para nosotros la manguera del jardín. —Con un gesto se apartó de la frente el celebrado mechón de pelo —. Caballeros, estamos aquí para hablar de la elección especial del segundo distrito del Congreso. Y de Clay.

Clay exultaba. De una u otra manera, su vida iba a cambiar.

—Como sabrá, juez, Clay tiene los ojos puestos en ese cargo desde hace tiempo. Es conocido en el distrito. El hecho es que nació

allí. Y desde hace años, sin que lo supiera, ha mantenido ese asiento caliente. —La media sonrisa se completó—. Ahora que nuestro amigo McClure ha sido ascendido al Banco Federal, el sitio está vacío y a Clay le gustaría ocuparlo. Pero —Burden se volvió al juez Hooey y abrió los brazos como si fuera a abrazarlo—, no dará, no puede dar, ni debe dar un paso en su estado sin usted.

Se produjo un prolongado silencio. En la chimenea, los troncos chisporroteaban. Fuera, el viento silbaba por entre los árboles. Clay sintió de pronto una corriente de aire, como si en algún lado hubiesen abierto una puerta. El servicio meteorológico había anunciado nieve.

El juez se estiró de la barbilla hasta pegarla al cuello de su camisa; el celuloide desapareció debajo de los fláccidos pliegues de carne. El futuro de Clay dependía de la voluntad de aquel hombre. Por fin el juez habló, una sola palabra.

—¿Jesse?

Al principio, Clay pensó que sólo se había aclarado la garganta. Pero el senador era más rápido que él. Jesse significaba Jesse Momberger, el senador más veterano de su estado, maravilla política que apoyaba al presidente siempre que Burden trataba de obstaculizarle y, sin embargo, conseguía como fuese mantener el favor de la mayoría conservadora de su estado.

—Jesse le dará sus bendiciones en el momento oportuno.

—A los de ese distrito les gusta Jesse —dijo el juez como si desease lo contrario. Por primera vez se dirigió a Clay—: Sabes que vas a tener que luchar contra un buen hombre que desea ese puesto y por derecho debería tenerlo.

—Sí, señor. Lo sé. Pero estoy preparado para luchar por él.

—Estos malditos advenedizos —murmuró el juez en dirección al fuego, y a Clay se le cayó el alma a los pies—. No puedo ayudarte —dijo el juez finalmente.

Fue el senador quien volvió a tomar las riendas, en el preciso momento en que Clay empezaba a pensar en el suicidio.

—¿Pero no ayudará al otro?

El juez sonrió de pronto. Una visión espantosa: enorme dentadura del todo reprochable.

—Exacto. No ayudaré a nadie.

El senador se rió entre dientes.

—Es usted el zorro más listo que haya engañado a sabueso.

Como siempre, Clay se maravilló de la facilidad con la que el senador trataba a los hombres del campo. Nunca paternalista, nunca parecía pedir favores, nunca se equivocaba al interpretar una señal. Al trabajar tan íntimamente con Burden en Washington, donde este último no siempre actuaba con lucidez, Clay solía olvidar que su jefe era el político más hábil de su estado.

El juez se volvió a Clay.

—Todo depende de ti.

—Gracias, juez —dijo Clay, estrechando calurosamente la mano blandengue del juez.

—Deberías ganar —le dijo el juez con voz inexpresiva—. Ahora me voy a dormir. Hace rato que se ha pasado la hora. ¡Oh! —dijo, deteniéndose de camino a la puerta—. Tienes una esposa rica, ¿verdad?

Mientras Clay preparaba una respuesta, Nillson acudió a rescatarlo.

—Sí.

—Te costará veinte, treinta mil. Mucho más que en los viejos tiempos, cuando Jim y yo empezamos.

El juez era uno de los pocos hombres que llamaban al senador por su nombre.

—Creo que Clay puede conseguirlo —le dijo Nillson.

Era evidente que se estaba divirtiendo.

El juez gruñó.

—Más le vale. Además, es costumbre entregar al partido el primer año de salario, una especie de inversión, podría decirse, en el futuro.

—Desde luego —dijo Clay demasiado deprisa.

—Bueno, parece que hemos terminado —dijo el senador, deslizando el brazo por debajo del juez y dirigiéndolo hacia el vestíbulo—. No entiendo por qué lo hago. No quiero que Clay me deje.

Clay no pudo oírlo que el juez replicaba a eso porque ya se había alejado demasiado. El flamante candidato se secó las palmas de las manos sudadas en los pantalones.

—¿Nervioso? —Nillson se fijaba en todo.

—Es un viejo pájaro duro de pelar.

—Aparentemente. No tengo mucha experiencia con esta gente rural. ¿Qué *harás* para conseguir dinero?

—Ya me las arreglaré.

Clay no estaba listo para revelar que, como Blaise seguía siéndole hostil, su única esperanza era Nillson.

—¡El juez está con nosotros! —dijo el senador, entrando en la habitación con una bocanada de aire fresco. Estaba alborozado, como si la victoria en cierto modo fuera suya.

—¡Gracias a Dios! —dijo Clay con fervor.

—¿Sabes lo que ha dicho en la puerta? Ha dicho: «No le haría ningún daño». Este es el aval que necesitábamos.

—¿Cómo puedes soltar a Clay? —preguntó Nillson inesperadamente. Clay se volvió a él, oliendo peligro—. Debe de ser como un brazo derecho.

El senador gesticuló, algo que normalmente provocaba un placer estético en Clay. Para la mayoría de los hombres, un gesto era simplemente un movimiento repentino del cuerpo, un tirón o un tic involuntario, pero los gestos del senador eran poderosamente reveladores en su estudiado arte. Ahora exhibía su talento. La cabeza inclinada a un lado, desaliento interior; brazos caídos a ambos lados, con las palmas hacia fuera, aceptación; luego, todo el cuerpo se hundió en el sillón al lado de la chimenea, resignación cuando los largos años llegaban a un dorado final, sin arrepentimiento.

—Todos tienen que irse, tarde o temprano.

Las palabras sobraban en aquella situación. Clay sintió cariño por aquel hombre, exactamente como cabía esperar de él.

—Pero *podrías* ponérselo difícil —dijo Nillson haciendo un guiño a Clay para demostrar que no iba en serio, cuando era todo lo contrario.

—¡Nunca!

Pronunciada la brusca palabra, la habitación se inundó de un aire helado.

—Hola, Clay. No sabía que estuvieses aquí —dijo Diana, retrocediendo, lista para la huida.

Pero era Clay quien más deseaba evitar el encuentro.

—Estaba a punto de marcharme.

—¡No, quédate! —vociferó Billy Thorne.

Estaba borracho.

—Billy, creo que será mejor que vayamos arriba. Están en una reunión.

—¿Conspirando contra el pueblo, senador?

Clay se maravilló ante el don de Billy para dar la nota discordante. Era difícil que no te desagradase. La mueca de disgustó del senador fue visible a todos menos a Billy.

—Improbable, mi querido Thorne, puesto que he sido elegido por ellos.

El senador siempre se dirigía a su yerno como Thorne. A Clay le pareció heroico que se dignase siquiera a dirigirle la palabra. El día antes de Navidad, Diana había dejado su trabajo y se había casado con Billy. El día después de Navidad, Billy anunció que le habían despedido del trabajo en el departamento de Comercio. Nadie sabía por qué. Los indigentes recién casados vivían ahora en el ático.

—Washington está lleno de funcionarios elegidos que son enemigos consumados del pueblo. ¡Piense en cuántos miembros del Congreso representan no al pueblo sino al petróleo! Grandes géiseres de petróleo prehistórico burbujeante, propiedad de hombres de expresión dura que dan culto a los beneficios. ¿Y cómo está usted, señor Nillson?

Clay estaba impresionado por el afán suicida de Billy.

—Intentando poner una máscara amable a mi expresión ruda —dijo Nillson—. ¡Diana, ven a dar a un viejo un beso de Año Nuevo!

—¡Qué bueno es! —dijo Diana, abrazando a Nillson afectuosamente—. Hemos estado en fiestas de Fin de Año. No me había dado cuenta de que era tan tarde. Será mejor que vayamos arriba, Billy.

Pero para Billy la escena no había sido lo suficientemente desagradable.

—Senador, he apostado en la Casa Blanca que cuando usted censure el Préstamo-Arriendo, dirá: «Que los ingleses se saquen las castañas del fuego».

—¿Es mi estilo tan previsible? —dijo el senador con voz serena. Era un experto con los provocadores.

—En una palabra, sí —dijo Billy sirviéndose una copa. Los demás lo miraban con la fascinación que las audiencias suelen reservar a un acróbata que trabaja sin red—. Se opondrá a la ley, claro.

—No sabía que tal ley existiese —le dijo el senador mirándole con los ojos muy abiertos.

—Existe, muy bien: estamos…, están trabajando en ella en este preciso instante en la Casa Blanca.

A regañadientes, Clay admiró la deliberada confusión del pronombre. Billy tenía muchos tratos con los partidarios del New Deal, pero nadie sabía exactamente qué tipo de relaciones lo ligaban a alguno de ellos, y era esta ignorancia lo que le daba autoridad en los salones políticos. Era muy fácil descalificarlo por mentiroso; y también peligroso, porque, cuando uno lo hiciese, seguro que Harry Hopkins cogería a Billy por el brazo en una fiesta y los dos se apartarían a hablar en privado en un rincón. Se decía que Billy ayudaba a escribir los discursos del presidente. En aquel momento, su principal motivo de atención era su cargo de editor de *La Idea Americana*. Durante dos años habían presentado un bonito modelo de lo que sería la revista, pero por falta de dinero el primer número estaba todavía por aparecer. De vez en cuando, Billy parecía

desanimado; Diana, nunca. Publicar *La Idea Americana* era su sueño y no renunciaría a él. Desgraciadamente, las potenciales fuentes de financiación se secaban rápidamente bajo los ardientes rayos del poco encanto de Billy. Nillson, la última esperanza, les había rechazado hacía poco.

Obedeciendo órdenes del senador, Clay había intentado averiguar qué había sucedido en el departamento de Comercio. Pero nadie se lo dijo. A la pregunta directa: ¿Es comunista?, el departamento se negó a contestar.

Billy se tambaleó sobre su pata de palo, con la bebida en la mano, mientras el senador le aleccionaba sobre la constitución.

—La legislación se origina únicamente en el Congreso. Las leyes que tienen que ver con Hacienda, y la de Préstamo-Arriendo es una de ellas, deben originarse en la Cámara de Representantes. En ningún momento la constitución permite al ejecutivo dictar leyes.

—Pero por suerte lo hace. Si no lo hiciese, ¿dónde estaría el país? ¿Dónde estaría *usted*? Todas y cada una de las líneas de la ley Day-Mortimer fueron redactadas por el departamento de Agricultura, y la única contribución que usted hizo fue ponerla en el embudo, sin duda sin haberla leído.

Ya está bien, pensó Clay. El senador se quedó lívido. Clay intervino.

—Resulta que eso no es cierto, Billy —dijo acentuando la última letra del diminutivo—. Lo sé porque ayudé al senador a redactar la ley. La única contribución de Agricultura fue dejarnos utilizar sus datos estadísticos.

—No es así como me lo han contado —le dijo Billy.

—De vez en cuando, todos estamos mal informados. —El senador había recuperado el control. Estaba frío—. De hecho, nunca he presentado una ley preparada para mí por el ejecutivo. Después de todo, si no legislamos, no tenemos función.

—Puede ser muy bien que no haya función que valga en el Senado para el que usted ha sido elegido.

Nillson se puso en pie.

—Burden, tengo que irme. Clay, supongo que he sido invitado para dar una especie de visto bueno. Está dado. —Se estrecharon las manos calurosamente—. Diana, valor —le dijo, besándole la mejilla. Se volvió a Billy—. Espero que encuentre pronto un trabajo, señor Thorne.

El insulto fue pronunciado en el mismo tono de voz que había empleado para darles las buenas noches a los demás. Por un instante, ninguno podía dar crédito a lo que había oído. Nillson estaba en la puerta cuando Billy, con un gruñido, le cogió del brazo.

—Porque resulta que soy honrado…

Nillson se desasió bruscamente en el preciso momento en que Billy daba un paso hacia él. Perdiendo el equilibrio, la pierna artificial de Billy se dobló y él cayó de espaldas.

Durante un instante, nadie se movió. Luego Diana se precipitó en su ayuda. Mientras lo hacía, como un truco de magia, la pierna se hizo cada vez más larga hasta que Billy estiró de ella colocándola en su sitio.

—Hijo de puta —dijo a Nillson.

—Buenas noches —contestó Nillson y se fue.

Clay ayudó a Diana a llevar a Billy hasta una silla. El senador no hizo ademán alguno de ayudar. Una vez asegurada de nuevo la pierna, Billy era él de nuevo.

—¡Ese hombre debería estar encerrado! La cantidad de cosas que tenemos contra él…

—Creo que será mejor que subamos, querido —dijo Diana y, volviéndose a Clay, añadió—: Me alegro de haberte visto. —Ella era súbitamente formal.

Él se preguntó si se habría casado con Billy por despecho. Si era cierto, era doblemente culpable.

—Tenéis que venir a cenar —dijo Clay—. Los dos, con Enid y conmigo.

—Nos encantará.

Con todo decoro, el señor y la señora Thorne se retiraron dejando a Clay solo con el senador, que levantó las manos al cielo,

cargando en este gesto todo su elevado arte mimético.

—¿Qué voy a hacer con él?

Era la primera vez que revelaba a Clay hasta qué punto le horrorizaba el matrimonio de Diana.

—Encontrarle un trabajo, supongo. Cualquier cosa, para sacarlo de casa.

—Lo he intentado. Pero no acepta cualquier trabajo. Quiere permanecer en el gobierno, pero es…

—Imposible. Quisiera saber por qué…

El senador esbozó su sonrisa de estar más allá de la tragedia.

—Lo descubriremos cuando yo esté a punto de ser elegido y mi rival anuncie que mi yerno es un agente soviético.

—Creo que ni los rusos lo querrían. ¿Por qué *se casó* con él? —Pregunta estúpida; la mirada de reproche del senador fue como un puñetazo. Rápidamente Clay añadió—: Me refiero políticamente. Siempre había sido conservadora, ¿no? Igual que nosotros. Luego, de pronto empieza a ir con la gente del New Deal y se casa con él.

—¿Reacción normal a su padre? No sé. Supongo que tiene alguna influencia sobre ella, habiendo perdido una pierna… —Se detuvo. Los dos pensaron en la pierna falsa. El senador acompañó a Clay a la puerta de entrada—. Estoy muy contento con el juez —dijo.

—Yo también. —Clay se volvió al senador, súbitamente presa del afecto—. Lo ha hecho todo usted.

—Casi. Y no olvides a Ed Nillson. Nos será útil.

—Pero ¿a cambio…?

El senador le miró sin expresión. Qué buen actor es, pensó Clay.

—¿A cambio? —El senador pronunció la palabra como si nunca antes la hubiese oído.

—¿Tendré que… que hacer algo por él?

—Oh, yo diría que no. —La reacción fue suave—. Desde luego, está interesado en mantener vigente la ley sobre concesiones de recursos petrolíferos mínimos, pero tú también, ¿no? No habrá… —sonrió mientras seleccionaba la expresión obvia— conflictos de intereses.

Los dos hombres se dieron la mano calurosamente. Luego Clay se metió en su coupé Plymouth de hacía cuatro años y regresó a su propia casa a través de la fría llovizna de Año Nuevo.

Eran las dos de la mañana y Enid no estaba en casa. Iba y venía a voluntad y normalmente él no se quejaba. A ella le gustaban las fiestas; a él no. Así que ella hacía su vida y él la suya. El acuerdo era razonablemente satisfactorio salvo en aquellas ocasiones en que él la deseaba, como aquella noche, y no estaba. Con sensación de privación, se desnudó, se metió en la cama y pronto se quedó dormido con una mano en los genitales, como un niño.

Estaba soñando con agua cuando se despertó y vio que eran las cinco menos cuarto. La luz del cuarto de baño estaba encendida y se oía correr el agua. Medio enojado, medio excitado, Clay fue hasta la puerta del baño y la abrió, hallando a Enid en la ducha.

—Pensaba que estabas dormido —se adelantó ella.

—No. ¿Con quien ha sido?

—Esto *es* bastante espantoso, ¿no? —Su tono de voz era indiferente—. Lo siento.

—¿Alguien que conozco?

—No lo creo. —De pronto se sintió irritada—. Bueno, no te quedes ahí mirándome.

—¿Qué quieres que haga? ¿Molerte a palos?

—No podrías aunque quisieses.

Le pegó, lo que le produjo placer a ella, pero no a él. Luego, cogió una manta y en la oscuridad bajó las escaleras hasta la sala de estar. Aún a oscuras, se envolvió en la manta y se estiró en el sofá. Decidió fingir que estaba dormido y soñando, pero con el ruido del agua por la cañería, el portazo, las pisadas en la habitación de arriba, le resultaba imposible no estar completamente despierto, consciente de que su vida necesitaba más de un remedio.

★ 2 ★

Bajo la luz artificial, los colores resultaban chillones y poco convincentes, como si las flores fuesen de papel brillante y cera reluciente. Maravillado por el calor que bullía en aquel estrecho mundo de cristal (fuera nevaba), Peter avanzó por entre dos hileras paralelas de mesas de madera que convergían en el extremo del invernadero como en un ejercicio de perspectiva. Sobre las mesas, miles de plantas dispuestas en macetas. Se detuvo ante las gardenias, su flor favorita desde que, siendo él un niño, Frederika había construido el invernadero porque «realmente constituía un ahorro plantar las propias flores». Por supuesto, había sido, como era su intención, un lujo inútil; pero había proporcionado a Peter casi tanto placer como al jardinero, un elegante virginiano que siempre llevaba un sombrero de paja dentro de casa y las mangas de la camisa cuidadosamente arremangadas y sujetas. Fue él quien explicó a Peter los nombres latinos de las plantas, así como sus correspondientes ingleses; gardenia no era el nombre correcto, pero Peter lo empleaba igualmente. Con toda delicadeza, para no magullar los pétalos gruesos y blancos, Peter acarició la flor más pictórica de la planta más grande. Entre las hojas de un verde oscuro, relucía como una estrella blanca.

—¡Estás aquí! Pero apártate de esas gardenias. No puedo soportar el olor. Me dan dolor de cabeza. No entiendo cómo a mamá le gustan tanto. ¡Me recuerdan la escuela de baile! ¿Te acuerdas? La de la señora Shippen. Todos los chicos tenían que llevar a su pareja un ramillete consistente en dos gardenias amarillas marchitas. ¡Dios mío, qué calor hace aquí!

Enid se abanicaba con un bolsito de noche. Iba de negro, lo que no era habitual en ella, pero el efecto era ominosamente espléndido. Como el fondo de terciopelo negro de un joyero, hacía resaltar las flores. No parecía nada nerviosa, aunque había apremiado a Peter para que se encontrasen allí una vez concluida la cena. Pero ahora

que estaban juntos, separados por begonias, se limitó a dar un sorbo de whisky con soda, frunció el entrecejo y dijo:

—Esa chica de Nueva York… No vas a casarte con ella, ¿verdad?

—No. ¿Qué es lo que te hace pensar en eso?

—Mamá. ¿Quién si no?

—No tengo intención de casarme con nadie, de momento.

Aquello era exacto. Peter se fijó en que cada vez que Enid se llevaba el vaso a los labios, le temblaba ligeramente la mano y con cada trago cerraba los ojos con fuerza, como intentando cambiar el mundo exterior por otro interior más manejable. Problemas con Clay, había decidido ya él, complacido en que le hubiera elegido para hacerle confidencias, porque durante algunos años había sentido un cierto resquemor por parte de ella y no podía adivinar la causa del mismo. Sus vidas eran distintas, naturalmente. Él seguía siendo un estudiante universitario, miembro de una horda anónima perseguida por anfitrionas con hijas y nada más, mientras que Enid era lo que Helen Ashley Barbour llamaba una «joven matrona de la sociedad», ocupada con sus fiestas y la crianza de su hija.

—¡No te cases nunca! —dijo Enid abriendo mucho los ojos.

—¿Nunca?

—Es Clay —añadió incoherentemente, depositando el vaso entre las raíces de una planta con hojas verdirrojas.

—¿Qué pasa?

Peter se sentía oscuramente alborozado ante la idea de que el matrimonio de Enid pudiese ir mal. Como un antiguo admirador que ve una oportunidad de recuperar a la amada, ofreció su comprensión.

—Ocurrió. En el cuarto de baño —dijo, mirando en torno a sí, distraída.

—¿Qué ocurrió en el baño?

—Les pillé. A Clay y a esa chica. Haciendo el amor.

—¿En el suelo o en la bañera? —Peter se distrajo momentáneamente con la logística.

—¡En la cama! —Estaba irritable—. Habían ido al cuarto de baño. Ya sabes…, después…, y la pillé con mi gorro de baño. —Ahora Enid hablaba sin agitación, recuperando el control—. Le dije: «Bien, menudo lío, ¿no?». Y la chica se quedó mirándome sin más, con la boca abierta, y Clay dijo: «Sí, creo que sí», y luego, «Hablaremos de esto después», y yo le dije: «Al menos podrías haber ido a otro sitio, ¡no en *nuestra* propia cama!».

—¿Qué dijo ella?

—¿Quién? ¿A qué te refieres? No dijo nada, maldita sea, la muy zorra, sólo me miraba fijamente, con mi gorro de baño en la mano. Espero que se haya quedado embarazada.

Enid zambulló la mano en la jungla y emergió con el whisky con soda. Cerrando los ojos, bebió.

—¿Quién era… quién es ella?

Los preciosos ojos se abrieron, enfocando el confuso mundo exterior.

—Una chica. Sudamericana. No sé. La mujer de alguien. La mujer de un diplomático. Clay pensó que yo estaría fuera todo el día, el día de Año Nuevo. ¿Te acuerdas? Pero tenía resaca y fui pronto a casa y los encontré, y ahora…

—Pero si no es más que una chica, ¿por qué te preocupas?

Peter aceptaba el indulgente criterio washingtoniano de que los hombres eran promiscuos, y las mujeres, monógamas, y que invariablemente se ajustaban a estos modelos tipológicos. En lo que no se adecuaba al resto era en su voluntad de aceptar que la forma en que suceden las cosas ni es chocante ni indeseable.

—Escucha, ¡fue en *mi* cama donde hicieron el amor! ¿No sabes lo que esto significa para una mujer? Si hubiese sido en otro sitio, la habitación de un hotel o el asiento trasero de un coche y yo nunca me hubiese enterado o si lo hubiese sabido no tenía por qué… reaccionar, podría decir, oh, qué demonios, ¡pero en mi propia cama, con la niña en la habitación de al lado! Fue demasiado.

—¿Quiere el divorcio?

—Por supuesto que no. Pero yo sí. No puedo seguir viviendo con él. Ahora no. ¡Es tan rematadamente injusto!

Lágrimas. La tomó en sus brazos. Ella lo agarró por la cintura, con su rostro contra la americana del esmoquin, sollozando roncamente. Él era completamente feliz.

Pero pasó la tormenta. Se retiró de él.

—Perdona —dijo. Tenía los ojos enrojecidos. Se estiró el cabello, se arregló la cara mirándose en un espejito—. Estás engordando —le dijo, dejándolo de una pieza.

—No —dijo él automáticamente una vez establecido de nuevo el vínculo de hermano y hermana: sí, estás gordo; no, no lo estoy. Pero ella tenía razón, había engordado casi cinco kilos desde el comienzo del trimestre otoñal. Necesitaba hacer ejercicio. Cuando empezase el buen tiempo, jugaría al tenis. En primavera, volvería a estar en forma. La pelota pasaría rozando la red. Ya vería.

—¡No sé qué hacer!

—¿Se lo has dicho a papá?

Ella negó con la cabeza.

—Lo único que haría es alegrarse enormemente. Además, está tramando algo. Papá y Clay ahora están juntos.

A Peter le había sorprendido ver a Clay en la cena; y lo había dicho. Nadie le había podido ofrecer una explicación. Según Enid:

—Ha sido de repente. No habíamos hablado en toda la semana Clay y yo. El había estado durmiendo abajo en el sofá. Yo había insistido en ello. Y esta mañana ha dicho: «Tu padre nos ha invitado a cenar esta noche a Laurel House». «¿A los dos?», le he preguntado yo. «Sí, a los dos», ha dicho con esa mirada de hielo que tiene cuando te odia de veras, y él odia a todo el mundo.

—Oh, vamos.

—Es cierto. Especialmente a ti. Piensa que no eres más que otro niño rico diletante. Lo ha dicho miles de veces.

A Peter le dolió. Pensaba ser del agrado de Clay. En cualquier caso, no podía soportar que alguien le llamase diletante puesto que aquél podría ser perfectamente su destino. Pero no se iba a licenciar

hasta junio. Después habría tiempo para determinar quién era y qué podría hacer. Sería grande, desde luego; no tenía alternativa.

Pero Enid ignoraba la aflicción de su hermano mientras narraba la suya propia.

—Creo que debe de haber llamado a papá. Debe de haberle dicho algo. Para ponerlo en contra de mí.

—Pues tú dile a papá la verdad…

—¿Sobre qué? —La pregunta de Frederika fue más oportuna que nunca. Estaba en la entrada del invernadero—. ¿Qué estáis haciendo los dos aquí? He visto las luces encendidas.

—Hablando, mamá —dijo Enid cogiendo el vaso y apurando el contenido—. Vamos —dijo a Peter—. Apechuguemos con lo que viene.

Y pasó por delante de Frederika a toda prisa, que se quedó mirándola asombrada.

—¿Apechugar con qué? ¿Qué pasa?

—Enid está haciendo una escena, nada más. —Peter decidió no decir a su madre lo que Enid le había contado—. Problemas con Clay, supongo —concedió, convencido de que no le interesaría, pero se equivocó.

—Ya me lo pensaba.

Mecánicamente, Frederika retiró una hoja muerta de la planta más cercana. A medida que se hacía mayor, pasaba cada vez más tiempo en el invernadero o al aire libre, creando terrazas y parterres florales, rocallas y paseos bordeados de árboles.

—¿Qué es lo que te hace pensar en eso?

—Está clarísimo, con sólo mirarlos esta noche. Además, cuando Clay telefoneó a Blaise ayer supe que había sucedido algo.

—¿Clay llamó a papá?

Enid tenía razón. Era una conspiración.

—Sí, y luego Blaise invitó a Clay a cenar esta noche.

Frederika apagó las luces del invernadero. La nieve se arremolinaba contra los vidrios grises. Peter buscó el tallo de la

gardenia más grande y lo arrancó. Con la flor entre el pulgar y el índice, siguió a su madre hasta el salón.

—¿Para qué es eso? —preguntó Harold Griffiths señalando la flor.

—Suerte. —Peter estaba críptico. Dejó la flor en una mesa cercana. Un pétalo ya había empezado a amarillear—. No duran —añadió.

—El invernadero. Lo había olvidado. Qué ostentación de riqueza tan excesiva.

—¿Envidia?

—Sí.

—Bueno.

Ahora las conversaciones con Harold no eran tan directas. Con el paso de los años Peter descubrió que el ingenio de Harold era cada vez más previsible. Se sentaron de lado observando a los demás miembros de la fiesta evolucionando por la sala. Enid arengaba junto a la chimenea, donde su madre reinaba debajo de un retrato de sí misma con vestido de encaje pintado por Boldini. Blaise estaba sentado en un rincón con Clay.

—¿Cuándo se ha levantado la prohibición? —le preguntó Harold.

—No sé. No podía haberme sorprendido más el ver a Clay en la cena.

—En cierto modo es una lástima. Había algo tan imponente en el hecho de que tu padre prohibiese a su yerno poner los pies en su casa. Era… Era una… broma pesada tan espléndida. —Harold se había sorprendido con la elección de aquella palabra, pero no la retiró, lo que agradó a Peter—. Ahora lo ha estropeado todo. Como Lionel Barrymore en su última película cuando hace las paces con la Garbo.

—Pero ésa no es la última película.

—Chico, te he juzgado mal…

Mientras Harold imitaba a Lionel Barrymore, Peter se fijó en que todavía quedaban nueces en la bandeja de frutos secos. Pensaba que se había comido la última antes de cenar, pero debajo de los anacardos había media docena de nueces enteras, rutilantes de sal.

Se las comió, de dos, en dos, deleitándose en el primer crujido duro seguido inmediatamente de una suave descarga oleosa. Estaba tan absorto con las nueces que no escuchó el inicio de una frase que terminaba: «… o le asustaría demasiado».

Peter tragó de golpe.

—¿Tú qué piensas?

Siempre una respuesta segura. Harold disfrutaba cuando explicaba cosas.

—Creo que es la política lo que los ha unido. —Harold seguía hablando de Clay y Blaise—. Enid está un poco rara esta noche, ¿no crees?

—¿Rara? No. Está como siempre.

Trituró el último par de nueces hasta hacer una masa salada y tragó. Con la boca seca, preguntó a Harold sobre el periódico.

—Estoy aburrido de él. Aburrido de todo.

—¿Del cine?

—¿Estoy aburrido de la vida? No, todavía no. Son los malditos políticos los que me deprimen. Sin quedarse quietos, yendo de aquí para allá, como si lo que hicieran importase en lo más mínimo. Todos ellos son intercambiables.

Mientras Harold iniciaba su conocida diatriba, Peter se dio cuenta por primera vez de que no había ningún político propiamente dicho en la sala, tributo a la crisis internacional: el embajador francés, un economista británico, diversos periodistas regresados del extranjero con sombrías advertencias y oscuras pistas sobre «ciertos elementos» en casa que deseaban guerra o pacificación, dependiendo de la facción política del periodista. Blaise los escuchaba a todos y decía pocas cosas. Hasta las elecciones, el *Tribune* había sido aislacionista, pero ahora Peter sospechaba que su padre acabaría apoyando la ayuda a Europa; era cuestión de tiempo.

Peter observó cómo su padre observaba a Clay. De nuevo atípicamente, Blaise escuchaba y Clay hablaba deprisa. Se preguntó si ahora Clay ganaría a Blaise. No era imposible. Peter había pensado siempre que su padre había reaccionado de manera violenta contra

Clay simplemente porque el matrimonio de su hija le había recordado brutalmente que envejecía, perdía, moría, a pesar de la fiera voluntad de prevalecer que latía en su interior como un segundo corazón.

—¿Y qué harás? —preguntó Harold de repente. Como era un actor obligado, sabía instintivamente cuándo la atención de la audiencia se disipaba—. ¿Trabajar en el periódico?

Peter sintió un pánico repentino, como le ocurría siempre que pensaba en el futuro y en todas las serias decisiones todavía por tomar.

—No lo creo. En cualquier caso, no en el periódico de mi padre. ¿Qué podría hacer?

Dos veranos de trabajo ocasional en la oficina de la ciudad le habían hecho desesperar del periodismo. En cuanto al aspecto empresarial, era inútil, que era lo mismo que decir que no estaba interesado. Con todo, Blaise se había tomado con calma la mediocridad de su hijo; de hecho, Peter sospechaba que en realidad estaba encantado, porque si Peter fracasaba totalmente, aquello significaba un rival joven menos. Su padre tenía que sufrir una desilusión.

—Tal vez vaya a Nueva York —dijo Peter sin definirse.

Nueva York siempre había representado la libertad, el peligro, el mundo real, en contraposición a la segura familiaridad de Washington.

—*Tú* puedes, claro —dijo Harold amargamente—. Tienes dinero.

—Cuando cumpla veintiuno. En septiembre.

Durante la mitad de su vida, Peter había estado ansiando la llegada de su veintiún cumpleaños como el momento en que podría llevar la vida que le viniese en gana. Pero ahora que casi había alcanzado su mayoría de edad, había empezado a alarmarse. Sería libre para hacer ¿qué? No tenía ni idea. En la universidad, se había interesado últimamente en historia americana. Agradecido ante cualquier signo de interés procedente de cualquiera de sus doradas cargas, el instructor le había sugerido que continuase trabajando

para sacarse el doctorado sin dejar de estudiar la carrera de Aaron Burr, cuyo retrato colgaba en la biblioteca de Laurel House. Pero Peter no era capaz de resistir la idea de permanecer un instante más en la universidad. Podía hacer investigación sobre Aaron Burr en la biblioteca del Congreso, donde Peter pasaba ahora un montón de tiempo, tomando notas y hablando con Diana, cuyo reciente matrimonio lo tenía todavía consternado.

—Voy a buscar algo de beber —dijo, abandonando a Harold. En la consola, justo detrás de su padre, había unas cuantas botellas. Mientras se servía agua de soda, Peter oyó que Clay hablaba de la «elección especial», y se dio cuenta de que su cuñado iba a dar por fin el gran salto en la escena política.

—Peter —le dijo Blaise mirándole—. Siéntate. Únete a la conferencia familiar.

Peter se sentó. «Conferencia familiar»: lo cierto es que Clay lo estaba haciendo muy bien. Pero no parecía contento. Ni joven. Pero bueno, Clay tenía por lo menos treinta (para Peter, edad mediana) y su rostro ya estaba formado para siempre, a diferencia del de Peter, todavía por modelar.

—Clay me ha hecho un gran favor esta noche —dijo Blaise sonriendo, cosa rara en él.

—¿Qué ha sido?

Debía de haber sido exageradamente grande para que Blaise levantase la prohibición de forma tan repentina.

—Información.

Clay parecía exhausto y Peter se preguntaba si el adulterio era realmente tan agotador.

—¿Secretos de estado? —le preguntó Peter, al tiempo que resonaba una carcajada discordante de Enid en el otro extremo de la habitación.

—Mañana no habrá secretos —dijo Blaise, ignorando a su hija. Parecía desacostumbradamente complacido, pero Peter no podía adivinar si con él mismo o con Clay—. Después de todo, soy un periodista —exageró—. Clay me acaba de contar una interesante

reunión que ha tenido hoy el presidente con ciertos líderes del Senado en la que ha intentado venderles la H. R. 1.776, conocida por nuestros lectores como la ley de Préstamo-Arriendo, o Entrega América, poco a poco.

—He creído que la prensa debía de saber lo que el presidente se trae entre manos.

Si a Clay le preocupaba la ética de lo que estaba haciendo, no lo demostraba. De hecho, parecía completamente indiferente, lo cual Peter sabía que daría una impresión excelente en Blaise, que era tan impermeable al refinamiento moral como al encanto. Al carecer de ambos, a Blaise estas cualidades en otras personas le hacían desconfiar. La idea de que Clay y su padre pudieran ser aliados en cierto modo desilusionaba a Peter, a quien le gustaban las pasiones en estado puro. Al parecer, ni siquiera el odio era sagrado.

Un miembro de la última embajada polaca en Washington se presentó a Blaise para darle las buenas noches. El polaco era alto y llevaba monóculo; su mujer era igualmente alta y llevaba también un monóculo. Iban acompañados de una mujer pálida y baja que Peter reconoció, pero no pudo identificar. Mientras los polacos agradecían profusamente la velada a sus anfitriones, su pálida acompañante admiraba la sala.

—Es la primera vez que vengo —dijo, como si la casa no fuera simplemente una casa, sino una especie de lugar turístico que tachar de una lista.

—¿De veras? —dijo Blaise mirándola sin expresión—. Pero usted es de Washington, ¿no es cierto?

—Oh, sí. Soy Irene Bloch.

Pronunció su nombre de pila como si fuera francés y Peter supo exactamente quién era y se dio cuenta de la importancia de su aparición en Laurel House, porque su madre era inflexible con los arribistas y despiadada con los judíos, salvo con un puñado de Rothschilds y Warburgs que, ella misma comentaba a menudo con sorpresa, eran «como cualquier otra persona». En la universidad su amigo el instructor de historia había acabado con el antisemitismo

del propio Peter, pero a pesar de su nuevo liberalismo, Peter se sorprendió ofendido por la presencia de Irene Bloch en el salón de Laurel House. En la sociedad tenía que haber algunas normas. Intelectualmente, los judíos podían ser estimulantes, pero no eran como la gente tenía que ser. Solían tener un aspecto incorrecto y comportarse mal, como la señora Bloch, que había hecho que los polacos la llevaran a una casa donde sabía que no era bienvenida.

Blaise fue expeditivo.

—Buenas noches, señora Bloch —dijo, pronunciando mal el nombre con toda intención.

Luego los polacos, ajenos a su error, se marcharon y la puerta de Laurel House se cerró tras ellos para siempre.

De pronto apareció Enid. Peter vio una expresión alarmada en los ojos de Clay. Aquello probaba que era culpable.

Enid estaba de pie, con el vaso en la mano, tambaleándose ligeramente. Había bebido demasiado whisky, algo impropio de ella. Normalmente aguantaba bien el alcohol.

—Bien, papi, ¿te gusta Clay ahora?

—Estamos hablando —dijo Blaise indiferente.

—¿Te ha hablado de presentarse al Congreso y de lo mucho que necesita tu dinero?

—El dinero no ha sido mencionado todavía —dijo Blaise serenamente.

—Lo será. No te preocupes.

Clay se levantó.

—Vamos, Enid. Vayámonos.

—¿Irnos? Contigo no voy a ninguna parte. Me quedo aquí. ¿Puedo quedarme aquí, papi?

—Si quieres —contestó Blaise fríamente—. Pero puesto que Clay es tu marido…

—No gracias a ti. Has hecho todo lo posible para hacernos infelices.

Aquella nueva táctica prometía nuevas escenas de dramatismo. Sintiéndose súbitamente protector, Clay la cogió del brazo, pero ella

lo empujó a un lado.

—No me toques, hijo de puta —dijo a su marido, haciendo que Blaise se levantase de un brinco.

—¡Estás borracha! ¡Fuera de aquí!

La sala se quedó en silencio. Los invitados lo habían oído. Enid miró a su madre prolongadamente. Luego se volvió a Clay y le dijo:

—Llévame a casa.

Acompañados por Frederika, Clay y Enid se marcharon de la sala. Se iniciaron conversaciones nerviosas. Aunque padre e hijo estaban cara a cara, los ojos de Blaise estaban en la espalda de su hija.

—¿Crees —dijo por fin Blaise, como si Peter no fuera su hijo sino un visitante al que distraer— que la ley de Préstamo-Arriendo puede ser aprobada en la Cámara de Representantes?

Peter interpretó el papel de invitado.

—Creo que sí. Sí. Por un cómodo margen.

—Creo que estoy a favor de ella, debidamente enmendada —dijo Blaise todavía mirando a la puerta cuyo umbral acababa de cruzar su hija.

Observando a su padre, Peter se dio cuenta de hasta qué punto Enid había ultrajado las reglas de urbanidad masculinas. Blaise furioso era despiadado y, si elegía ser punitivo, nadie podría ayudar a Enid excepto Clay, que no lo haría, y Frederika, que no podría. Nadie acudirá en su ayuda excepto yo, pensó Peter, mientras cogía un bombón de menta de la bandeja de plata más próxima; a través del chocolate amargo, el sabor de la menta era como un aguijón. Blaise dijo que escribiría personalmente un editorial apoyando la H. R. 1776, pero con las adecuadas enmiendas porque…

—No queremos que Franklin ponga en evidencia al país entero, ¿verdad?

—No —dijo su hijo—. No queremos eso.

★ 3 ★

Burden ocupó su asiento en la Cámara del Senado con la H. R. 1776 en la mano. Los iban llamando por orden de lista. La votación de la ley había empezado temprano. Las galerías estaban llenas a rebosar. Justo encima de él estaban sentados Kitty y Clay, mientras Blaise Sanford presidía imperialmente la tribuna de prensa. Aun el más frívolo de los senadores sabía que aquel era un momento importante. Seriedad en los rostros, voces solemnes pronunciando los «Sí» y los «No», que resonaban en la Cámara iluminada con luz verde.

Había sido un mes descorazonador para los aislacionistas. Un senador sin pelos en la lengua no había ayudado a la causa al acusar al presidente de querer «enterrar a uno de cada cuatro jóvenes americanos». Por otro lado, la causa de la intervención no había resultado muy favorecida por el despreocupado testimonio de Wendell Willkie, quien, al explicar su súbita conversión en favor de la ayuda a Inglaterra, calificó de «oratoria de campaña» sus últimos discursos en los que denunciaba a los partidarios del New Deal como provocadores de la guerra.

No obstante, era seguro que la ley redactada por el Tesoro y entregada al líder mayoritario de cada Cámara para presentarla sería aprobada. El Comité América Primero rabiaba impotente. Importantes anfitrionas hablaban amargamente de la existencia de alianzas secretas entre Roosevelt y los ingleses. Los sacerdotes católicos declaraban que, al fin y al cabo, Hitler era el último bastión sólido contra Stalin, el Anticristo. Pero en vano. La ley sería aprobada.

—Señor Clapper.

Se aproximaban a la «D». Por un momento, Burden pensó en la consternación que se produciría en la Cámara si votase «Sí». Ocuparía los titulares de los periódicos, pero perdería las próximas elecciones, aun cuando sospechaba que en el fondo los ciudadanos de su estado no eran tan aislacionistas como su delegación en el

Congreso. La gente no solía ser de fiar en ternas en los que normalmente no pensaban mucho. Aunque en principio Europa les desagradaba, habían leído unas cuantas historias sobre la violación de unas monjas belgas y todos querrían hacer frente al abusador.

—Señor Chávez.

No, Burden no podía votar «Sí». Se identificaba demasiado íntimamente con los aislacionistas. Sin embargo, en cierto modo, quería que los ingleses ganasen y Hitler fracasase, a diferencia de algunos de sus colegas que detestaban a Inglaterra y apoyaban en secreto a Hitler por razones que no soportarían un riguroso escrutinio. En el mejor de los casos, Burden había deseado enmendar la ley, para limitar el poder del presidente de entregar armas y materiales. Pero su enmienda no había prosperado y era consciente de no haber desempeñado un papel importante en el gran debate. Hacía un año, era el sucesor conservador del presidente, cortejado por todos. Ahora era uno de los noventa y seis senadores. De pronto, necesitado de solaz, elevó la mirada para ver a Kitty, quien le saludó discretamente con la mano.

Pero era innegable que en un momento en el que debería haber estado al frente del Senado, no lo estaba. Por supuesto, nadie más lo estaba. El día anterior al que la ley debía ser presentada al Congreso, había ido a la Casa Blanca con un grupo de líderes del Congreso. Durante la reunión no se le consultó ni una sola vez. Con excepción del senador Barkley, que habló de estrategia política, los demás permanecieron tan callados y resignados como él.

Al concluir la reunión, Burden estrechó la enorme mano del presidente diciendo:

—Me lo pasé divinamente en Chicago. —El presidente lo miró sin saber qué cara poner. Burden no pudo resistir la tentación de acabar de apretar el tornillo—. El señor Wallace fue una elección excelente, tal vez no popular, pero desde el principio estuve seguro de lo que usted se tramaba.

El presidente fue rescatado por un senador de Texas que le hizo prometer solemnemente que el buque de guerra *Texas* nunca sería

entregado a los ingleses. El presidente lo juró.

Naturalmente, Burden había sido desbancado por la mayor pericia del presidente. Una vez superado el primer golpe, admiró la manera en la que lo había hecho. En una reunión privada en la Casa Blanca, el presidente había estado amistoso, aparentemente cándido, completamente verosímil. Con muchas palabras había dicho que en vista de la importancia y de la inquietud del ala conservadora del partido, su compañero de gobierno sería con casi toda certeza un conservador. El presidente había mencionado algunos nombres, de los cuales el primero era Burden, quien cayó de bruces en el tipo de trampa que tan bien sabía tender a los demás: aparentaba prometer favores sin tener intención alguna de concederlos, con el fin de mantener al potencial destinatario de los mismos en un estado de ánimo cordial y optimista. Habiéndose marchado de la reunión convencido de que le elegiría vicepresidente, Burden no había forzado mucho su campaña para la presidencia. Si lo hubiese hecho, podría haber perjudicado seriamente al presidente en la convención y haber agudizado la separación entre la izquierda y la derecha. Pero no había hecho nada, exactamente lo que deseaba el presidente…

Al pensar en aquel día en el Blackstone Hotel, le subió la presión sanguínea hasta el punto de respirar con dificultad. Afortunadamente, en aquel instante el secretario pronunció su nombre y él gritó «no», aliviando así la presión de la garganta y suscitando, como galardón a su vehemencia, un aplauso de la galería. Era mejor un pequeño reconocimiento que ninguno.

La votación final arrojó sesenta votos en favor del Préstamo-Arriendo frente a treinta y uno en contra. El presidente había ganado otra vez.

El día era claro, pero frío. La primavera se retrasaba. Normalmente, en marzo los narcisos y las florecillas estaban en flor. Pero aquel año, el invierno había durado más de lo habitual. Los prados y jardines del Capitolio estaban marrones y desolados. Seguido de Clay, Burden se dirigió al edificio de oficinas del Senado. Los piquetes antinazis pro-ingleses se habían ido a casa y sólo las

pancartas de América Primero seguían siendo desesperadamente agitadas por jóvenes furiosos y matronas bien vestidas en abrigos de paño.

—Casi exactamente lo que yo ya había previsto —dijo Burden.

—No teníamos ninguna posibilidad —dijo Clay mecánicamente.

Burden sospechaba que él quería que América entrase en la guerra. Ninguno de los jóvenes sabía lo que era la guerra moderna. El sí. Recién elegido senador, había recorrido los campos de batalla en Francia y había visto cadáveres pudriéndose en el fango y colgados de las alambradas; había oído el silbido y la explosión del mortero; había olido el gas tóxico. No era como en Shiloh donde un hombre con un rifle podía luchar por su honor en igualdad de condiciones con otro hombre así armado e inspirado. Ahora no era lo mismo. En absoluto.

Uno de los partidarios de América Primero sacudió furiosamente una pancarta en las narices de Burden.

—Soy el senador Day —dijo Burden, sonriendo complacido, con la esperanza de que el joven se diese cuenta de que eran aliados.

—Sois vosotros los judíos, hijos de puta, los que queréis la guerra —gritó el zelota.

—Vaya, hombre —dijo Burden alejándose a toda prisa, seguido de Clay, visiblemente divertido—. Dios nos proteja de nuestros admiradores.

Hasta que no estuvieron en el despacho interior de Burden, con la señorita Blaine como amortiguador entre ellos y la muchedumbre de periodistas que deseaban declaraciones y de partidarios que deseaban consuelo, Burden no consiguió hacer acopio de la garra necesaria para decir lo que había deseado decir durante toda la semana. De pie ante el busto de Cicerón, con el *New York Times* en la mano, como si en él se hallasen las notas de un discurso, le dijo:

—¿Es cierto que Enid te ha dejado?

Clay respondió al punto.

—No. Ha ido a Nueva York algunas semanas a ver a unos amigos. Eso es todo.

Burden se sintió aliviado, a pesar de que sabía que no estaba del todo libre de deleitarse en las desgracias de aquellos a quienes amaba. Depositó el periódico y se volvió de Cicerón a Clay, que ahora estaba sentado en el borde de la mesa, balanceando un abridor de cartas como si fuera un puñal.

—Me alegro. Pero creo que deberías hacer algo para acabar con los rumores.

—¿Qué dicen?

—Que… —Burden se sentía incómodo. No era el tipo de personas que habla de temas sexuales con nadie, y menos con otro hombre— tienes un lío con una chica y que Enid os cogió *in fraganti*, por decirlo de alguna manera.

La expresión de Clay era de insensibilidad.

—¿Y quién se supone que es la chica?

—Creo que una brasileña. La mujer de un diplomático. Mira, sólo estoy repitiendo lo que he oído, y si *yo* me he enterado, se ha enterado todo el mundo, porque yo no me muevo exactamente en… círculos de juventud, o en el seno de las embajadas.

El «en el seno de» le complació bastante, hacía pensar en un elegante hombre de estado chapado a la antigua con un rostro como el de Emerson y las costumbres de un santo.

—Bien, no es cierto. —Clay hizo una pausa como si estuviese pensando lo que iba a decir. Burden dio por sentado que estaba mintiendo—. Pero eso no sirve para nada, ¿no? La verdad no tiene nada que ver con la reputación, y es eso de lo que estamos hablando, ¿no?

Burden asintió.

—Vas a tener que luchar duro. Si Enid quiere causarte problemas, puede hacer que pierdas las elecciones.

—No se piense que no lo sé.

De pronto Clay parecía desdichado y joven.

Burden, queriendo ser solidario, fue cruel.

—Una vez en el foro electoral la familia es sagrada, especialmente en tu distrito con todos esos baptistas iluminados

regodeándose en la idea del pecado. Vas a tener que presentarte como un buen hombre de familia sin tacha.

—¿Vale la pena?

Era un grito del corazón, pero el corazón también miente, pensó Burden, quien dijo:

—Claro que vale la pena. ¿Y cómo va con Blaise?

—*Parece* que estamos en buenas relaciones. Hasta me invitó a cenar en Laurel House.

—¿Le hablaste de las elecciones?

Clay asintió.

—Está interesado. O, al menos, eso dice.

—Pero si Enid le contase lo de tu indiscreción…

—Creo que se lo ha dicho.

—¿Y él no ha dicho nada?

—A mí no. Por alguna razón, parece enojado con *ella*.

—Un hombre extraño. Yo que tú… —Burden se detuvo. Era reacio a dar consejos, especialmente buenos consejos, puesto que éstos eran los que más ofendían— cultivaría a tu suegro. Y pediría perdón a Enid.

—¿Perdón? —dijo Clay mirándole fríamente.

—¿Quieres que se divorcie de ti?

Clay no respondió.

—Claro que no quieres. Desde luego, no ahora que acabas de empezar.

—Parece que he caído en una trampa.

Burden consiguió no decir que la trampa había sido tendida por el propio Clay. Todo hombre casado que lleva a casa a una chica es un estúpido. Se preguntó si tal vez habría sobrevalorado a Clay. Pero luego, consciente de la desdicha del otro, fue amable.

—En caso de duda, no hagas nada. Estoy seguro de que si Blaise está de tu parte, Enid acabará cediendo. Después de todo, está la niña.

Aquello era lo que se decía siempre, pensó Burden, que como abogado que era sabía que el bienestar de los hijos era la primera

arma y la última consideración en toda lucha de poder entre padres.

Luego, Burden dio instrucciones a Clay. Tenía que ir a buscar a unos partidarios suyos a Union Station y acompañarlos a su casa de Rock Creek Park, donde Kitty se haría cargo de ellos. Él llegaría antes de las seis.

—Ahora me voy al médico.

—¿Algún problema?

Burden, que nunca se había sentido mejor, no pudo evitar una sonrisa enigmática.

—Presión alta, demasiado azúcar, arterias cada vez más rígidas, los típicos placeres de los sesenta años.

Se despidió. Al salir de la oficina, hasta se acordó de arrastrar los pies ligeramente. Una vez en la calle, Burden caminó resueltamente hasta la parada de taxi más próxima y le indicó al conductor una dirección en Georgetown. Se sentía extraordinariamente exaltado, gracias al fresco día de marzo, a las esperanzas políticas diferidas pero todavía vivas y a la sensación de un cuerpo todavía capaz de recibir y dar placer, aunque tenía la presión alta y seguramente las arterias cada vez más rígidas.

Silbando desafinadamente (no tenía oído para la música), Burden pagó al taxista, dándole una buena propina.

—Gracias, senador.

Por lo general, le complacía que lo reconociesen, pero no en aquella ocasión. No obstante, dio unas palmaditas al hombre en el brazo, prometiéndose que la próxima vez daría una dirección distinta y luego iría a pie hasta la casa frente a la cual se hallaba ahora: ladrillo rosado del siglo XVIII, con postigos y puerta principal clásica recién pintada de negro. Tras mirar a izquierda y a derecha, Burden subió las escaleras y llamó a la campanilla. Le abrió un mayordomo negro con chaqueta blanca, que sonreía ampliamente, feliz de ver al senador.

Burden siguió al mayordomo escaleras arriba hasta el segundo piso, donde éste le hizo pasar a un estudio cuyas paredes tapizadas de madera estaban cubiertas de estanterías llenas de demasiados

libros encuadernados en piel. El fuego ardía en la chimenea estilo Adam. Ante él, había una mesa con el té preparado. El efecto era rico y cuidado; algo demasiado cuidado para el gusto de Burden, acostumbrado como estaba a los arreglos desordenados de Kitty.

Ella entró en la habitación con la respiración ligeramente entrecortada y los brazos extendidos.

—¡Querido! —exclamó con una voz de la que había borrado toda fuente de origen—. Llegas pronto. No, a tiempo. En punto. Y yo tarde.

Lo besó en la mejilla; él reaccionó a su perfume. Sí, hoy todo iba a ir sobre ruedas. Estaba seguro, excitado como siempre por su actitud (atenta si bien delicada) y su figura (moldeada a la perfección). Lo que más le gustaba era su palidez. O no llevaba maquillaje o, cuando lo hacía, era en cantidad tan discreta que parecía una… camelia, palabra que inesperadamente conjuró la imagen de una flor de un rosa brillante. Pero, naturalmente, había también camelias blancas.

—Siéntate. Tomemos el té.

Burden ocupó su asiento habitual en el sofá junto a la chimenea. Ella se sentó a su lado y sirvió el té, sabiendo, sin preguntarlo, si uno o dos terrones, si leche o limón. Durante un año habían conocido una intimidad perfecta, si bien ocasional. Ocasional porque pensaron que lo mejor era verse únicamente cuando su marido no estaba en la ciudad; aunque al marido le era indiferente, Burden prefería tomarse el té a salvo, con la certeza de que no serían interrumpidos.

Hablaron cariñosamente del ausente.

—Hoy está en Jersey City. En el otro almacén —dijo ella, pronunciando claramente cada sílaba de la palabra «almacén», burlándose y ensalzando al mismo tiempo la fuente de su considerable riqueza. El marido era, efectivamente, un príncipe de los mercados y a Burden le impresionaba. Afortunadamente, el príncipe rendía culto a la princesa y le daba absoluta libertad, a sabiendas de que ella nunca haría concesiones ni lo pondría en una

situación embarazosa; y estaba en lo cierto. Ella era soberbiamente astuta. Sólo las damas más maliciosas de Washington habrían interpretado estas reuniones ocasionales a media tarde en Georgetown como algo más que una franca amistad entre una potencial mujer de moda y un famoso senador de probada discreción. A lo peor, pensarían que aquellas reuniones eran políticas. Era útil que un tendero tuviera la posibilidad de, a través de su mujer, ejercer influencia sobre un senador que gobernaba con bastante descuido el distrito de Columbia a través de un comité del Senado de poca importancia, del que era, reconocía él sin orgullo, presidente demasiado indolente, muy criticado por las organizaciones cívicas. Felizmente, cuando se citaban a tomar el té, no se hacía mención alguna de problemas tan complejos como la autonomía del distrito o el impuesto sobre las ventas. Sólo grandes temas mundiales se desgranaban entre los sandwiches de berros, cuidadosamente preparados, y los hojaldres cubiertos de chocolate de Hubert's.

—¡Qué golpe debe de haber sido para ti la votación final! —le dijo mirándole tiernamente, estrechando los ojos como un icono resplandeciente.

—Me lo esperaba. Nunca tuvimos una posibilidad real. Contaba con poder enmendar la ley, no dar a Franklin tanta mano libre para jugar a ser Santa Claus. Pero… —Se encogió de hombros.

—Por otro lado estoy contenta, en cierto modo, ¿sabes?, de ayudar a Inglaterra.

En aquel momento la adoró. Su timidez contrastaba tan fuertemente con la típica dama de Washington que soltaba peroratas siempre que no estaba de acuerdo con la política de un senador… Pero no su amante. *Ella* estaba llena de excusas. De forma bastante impulsiva la besó en la mejilla, perdiendo casi el equilibrio, pues, al moverse hacia ella, se resbaló cayendo en el hueco que se abría entre los gruesos cojines. Afortunadamente, no cayó una gota de la taza de té.

—Eres… —deseaba dedicarle un cumplido, pero su corazón latía tan rápidamente de haber salvado el pellejo por los pelos que no se le ocurrió nada lo suficientemente elaborado así que dijo—: Estás tan guapa hoy.

Luego, para compensar, le tomó la mano y la besó, como anticipo de lo que estaba por venir. Seguía asombrado de haber encontrado a aquellas alturas de su vida algo tan profundamente satisfactorio. Más exactamente, en una época en que se consideraba completamente liberado de las exigencias de la carne, se había convertido en un muchacho otra vez, o casi.

Cariñosamente, como respondiendo a una señal, ella recordó su primer encuentro. ¡Cómo la había impresionado! Él, por su parte, no podía recordar la primera vez que la había visto. Le había parecido que ella siempre había estado por la ciudad. Entonces, un día, poco después de la convención de Chicago, ella lo había invitado a tomar el té. Cansado como estaba y distraído por todas las confusas maniobras para la vicepresidencia, se había reunido con ella en el jardín de rosas de la parte posterior de la casa y después de beber té frío cargado de menta, casi se convirtieron en amantes.

Él frunció ligeramente el entrecejo, mordiendo con mucha fuerza un sandwich de pepino. Al principio se había sentido incómodo. Pero el tacto de ella había salvado el día. Había sido maravillosa en todos los sentidos. Desde entonces, sus encuentros habían sido un poco como la ruleta rusa. Ninguno de los dos sabía si sería capaz del acto, pero aquella incertidumbre, en lugar de desmoralizarlo, añadía un sabor excitante al galanteo. En cualquier caso, ella era tan buena en todo; tan sensible; tan enteramente agradecida.

Al pensar en el galanteo, Burden empezó a sentir una fuerte punzada de deseo y todos los sentidos exaltados súbitamente. Aquél iba a ser un encuentro memorable, se dijo a sí mismo. Sin duda alguna. No veía el momento en que ella lo condujese a la habitación, con su cama de dosel y la vista de un haya cobriza desde la ventana, una de cuyas ramas golpeaba los cristales de vez en cuando,

recordándole a ella la necesidad de podarlo y a él la existencia de un mundo exterior, bien perdido.

—¿Y cómo está Clay? —En primer lugar, tenía que repasar el catecismo de rigor de cómo estaba Fulano y has visto a Mengano. No había que apremiarla. Le dijo que Clay estaba de buen humor, pero ella frunció el entrecejo—. No sé. Los vi la otra noche en Laurel House.

Burden se quedó atónito. Tenía la impresión de que no era una conocida de los Sanford.

—¿Has estado *allí*? —le preguntó, faltando al tacto por una vez.

—Sí, después de cenar. Pero un momento. Con amigos. Me gusta Blaise, y, ¡naturalmente la casa! ¡*Ma foi*!

A Burden siempre le impresionaba y sólo le desconcertaba un poco su empleo ocasional de expresiones francesas, adquirido, explicó ella una vez, durante un verano en París, en una escuela para *jeunes filles*. Aunque Burden no sabía francés, tenía buen oído y podía adivinar por ciertas faltas de inflexión y extrañas nasalidades que su pronunciación no era buena. Pero le encantaba su ambición. Había tan pocas mujeres en Washington que hiciesen el esfuerzo de aprender algo… Bebían mucho, se reían estrepitosamente, sabían toda clase de cotilleos de mala fama sobre los grandes personajes, y punto: mujeres de pueblo que habitaban no una ciudad, sino un superpueblo.

—Me dio la impresión de que ella…, que Enid había bebido de mas.

—Recuerdo cuando las mujeres nunca bebían en público —Burden se fue por la tangente; un mal vicio, lo sabía, señal cierta de la edad.

—*Yo* nunca bebo.

Una rápida y cauta sonrisa redujo al mínimo la carga de vanidad.

Burden continuó recordando viejos tiempos de Washington.

—Antes de la guerra, no existían los cócteles. Había tés, y punto. Las casas más importantes servían vino, naturalmente, y después de

la cena, los hombres podían tomar una copa, pero no las mujeres… ¿Dices que Enid estaba bebida?

—No la conozco tan bien como para decirlo, pero *creo* que sí. Era evidente que había habido algún tipo de disputa entre ella y Clay —le dijo mirándolo astutamente, sabiendo que lo sabía.

—¿Disputa? —Aun con ella, salía a flote su precaución innata.

—He oído decir, ya sabes que la gente *dice* cualquier cosa, que Clay ha tenido un lío con una mujer casada, una sudamericana.

—Oh, lo dudo.

Burden se preguntó si Clay no sería, contra lo esperado, un estúpido. No había mujer que valiese la pérdida de un voto, mucho menos la de una carrera.

—Me dijeron que cuando nos fuimos de Laurel House hubo una escena horrible y que Blaise le pegó a Enid delante de todo el mundo.

—¿Le pegó? Oh, ¡*eso* lo dudo!

Blaise tenía mal genio, pero también sentía debilidad por su hija, como él. Burden trató de no pensar en Billy Thorne; tenía la presión ya demasiado alta.

—Pues lo hizo. La gente lo vio.

—La gente a menudo exagera. ¿Qué hizo Enid?

—Se marchó con Clay. Es de lo más desconcertante.

—Eso diría yo.

Súbitamente exuberante, la rodeó con el brazo, le besó los labios, el cuello. Ella le devolvió el abrazo con tal fervor que se le soltó una horquilla del mechón de cabello que le cubría la oreja derecha. Pero, misteriosamente, se dio cuenta y la ajustó con una mano mientras con la otra apartaba la mesa de té.

Burden se puso en pie de un brinco, sintiendo los músculos inesperadamente flexibles. El sexo *era* rejuvenecedor. Bernard Macfadden tenía razón. Estaba mareado de deseo.

—No puedo esperar —dijo.

De pronto el rostro de ella se quedó lívido. Cuando se dirigió a ella, abrió los ojos horrorizada. Retrocedió, como si se hallase en

presencia de un verdugo.

—¿Qué ocurre, Irene?

Su propia voz sonó débil y lejana. ¿Qué *ocurría*?, se preguntaba mientras su rostro se hacía de hielo y él caía lentamente, cómodamente al suelo, agarrándose al mantel de la mesita de té en su trayecto y arrastrando bandejas y platos tras él. Por un prolongado momento, yació en el fondo de un pozo, con la sensación no del todo desagradable de que estaba literalmente, flotando en una amplia corriente. Muy por encima de él y a lo lejos, el blanco rostro brillaba y oyó una voz a través del flujo de la sangre.

—¡Rápido! Es el senador. ¡Llame a un doctor! Se ha desmayado.

Totalmente a sus anchas y no alarmado en lo más mínimo, Burden siguió flotando. Si aquello era la muerte, pensó lánguidamente, era fácil.

Cuatro

★ 1 ★

A través de las ramas peladas del invierno, un sol blanco. El sendero de caballos estaba cubierto de una gruesa capa de hojas podridas, resbaladiza y peligrosa, porque debajo había piedras. De pronto el caballo de Peter tropezó y se oyó el golpe de la herradura contra una roca.

—¡Ve con cuidado! —le dijo Diana irritándole.

—¿Qué quieres decir con «ve con cuidado»?

—Bueno, que hay piedras —dijo ella tímidamente.

—No se puede hacer nada al respecto. O nos rompemos la crisma o no.

Habían llegado a un arroyo que desembocaba en Rock Creek. Cautelosamente, los caballos vadearon el agua poco profunda. Con la respiración entrecortada, los muslos ceñidos al caballo, Peter esperó el resbalón y la posterior caída aparatosa de su caballo y la fractura de su propio cráneo. Pero el animal era un plácido caballo castrado sin la más mínima inclinación a aventuras desesperadas. Llegaron a salvo al otro lado del riachuelo, donde unas mesas de picnic, permanentemente instaladas bajo un bosquecillo, ofrecían un panorama desolador en aquel día de diciembre.

Aliviado por haber llegado a puerto sin novedad, Peter se sintió súbitamente feliz.

—Qué buena idea, haber salido a montar.

—Me encanta. Especialmente en el parque, en esta época del año. Sin gente.

Diana había adquirido últimamente una aversión por las muchedumbres, agorafobia no contagiosa, le llamaría ella, que la hacía huir de los extraños.

—Y un día de sol. Debemos de estar cerca de la casa de tu padre.

Ella señaló hacia una colina de color hierro cubierta por una tupida capa marrón que formaban los árboles.

—Allá mismo, en lo alto. ¡Cuánto le gusta esta casa a mi padre! La construyó él, ¿sabes? Antes de la crisis.

—¿Cómo se encuentra?

Peter no reconocía la existencia de otra casa que no fuera Laurel House.

—Físicamente está bien. Fuera lo que fuese lo que le hizo el ataque, se le ha pasado.

—¿Qué es lo que anda mal entonces?

Ella arrugó la frente.

—El mundo, supongo. No le gusta mucho.

—¿Y a ti?

—A duras penas. Pero estoy en él. Creo que él cree que ya no está en él.

—Creo que mi padre lo presentará como candidato a presidente para el 44.

—Eso se ha acabado —dijo ella con solemnidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Los tiempos cambian —dijo Diana bruscamente—. Ahora ya no le importa a la gente. —Pero añadió cariñosa—: Es muy bueno, ¿sabes? Y por muy en contra que esté de su política reconozco que su instinto tiene razón.

—No se lo digas a Billy.

—Billy.

Pronunció el nombre de su marido con indiferencia. Tenía las mejillas arreboladas del aire fresco. Montada en el caballo, con los pantalones de montar, Diana tenía un aspecto de lo más saludable y él disfrutaba de su compañía más que de la de cualquier otra

persona que conociese, con excepción de Enid. Por un lado, estaban completamente acostumbrados el uno al otro; por otro, el hecho de que nunca hubiesen sido amantes hacía que el estar juntos pudiera contemplarse como una agradable posibilidad de serlo.

—¿Le gusta su trabajo a Billy? —preguntó Peter esperando que diría que no.

—Oh, sí —respondió con demasiada rapidez—. Estamos tan agradecidos a tu padre.

Después de un año sin trabajo, Billy Thorne había ido a trabajar al *Tribune* como revisor de textos. Casi al mismo tiempo, Peter, licenciado en letras, había ido a trabajar al departamento de publicidad, donde le habían asignado la tarea de vender espacio, una actividad que le parecía tan vacía como sonaba. Pero como no tenía a la vista ninguna otra alternativa y no estaba bien visto no hacer nada, vendía espacio y vivía de sus ingresos. En circunstancias normales, habría ido a Europa. Pero ya no había Europa adonde ir. Hitler había absorbido la mayor parte. La Península Ibérica era la única que no había sido ocupada y sería invadida una vez que Rusia se rindiese. Como el ejército alemán se hallaba a sólo 48 kilómetros de Moscú, estaba próximo el fin absoluto de Europa. Al igual que muchos otros magnates americanos, el padre de Peter vacilaba entre la desesperación por el éxito continuado de Hitler y el terror de que pudiese fracasar en Rusia.

—¿Te parece que a Billy le gusta lo que hace en el periódico?

Peter le dijo, correctamente, que apenas veía a Billy…

—… pero todo el mundo lo encuentra competente.

—Oh, lo es.

—E insoportable.

—Oh, bueno, eso también —dijo Diana en un tono más cansado que herido.

Peter se había dado cuenta de que algunas mujeres se deleitaban en el hecho de tener un marido que no le gustaba a nadie. Pero Diana no. Ella había deseado ser la esposa del editor de

La Idea Americana, y el conformarse con tanto menos no había aumentado su amor por un hombre difícil.

Mientras atravesaban a caballo una carretera principal, vieron dos coches parados; en uno tenían la radio a todo volumen, mientras los ocupantes del otro se habían parado a escuchar. El caballo de Peter se asustó con el ruido. De malos modos, Peter lo espoleó para que avanzase.

Hasta que, a las tres de la tarde, llegaron a los establos a devolver los caballos alquilados y se los dejaron al mozo no se enteraron de que los japoneses habían bombardeado Pearl Harbour en las islas Hawaii.

—¡Ahora estamos en guerra!

La primera reacción de Diana fue exultante. Al igual que Billy y los partidarios del New Deal, ansiaba que los Estados Unidos entrara en la guerra.

—Sí, ahora estamos en guerra —repitió Peter, calibrando su propia respuesta lo mejor que pudo.

Primero fue de desconcierto. Era inconcebible que un país pequeño e inteligente como Japón, conocido únicamente por la fabricación de pequeños juguetes ingeniosos que se rompían, atacase al país de Dios, padre del automóvil, del rascacielos, de Boulder Dam, del muro serpentino de Jefferson en Charlottesville, del plástico y las hamburguesas que Diana y él habían almorzado (anunciadas como «No las mejores, pero mejores que las demás»). Todo aquello no podía fracasar. Con todo, de pronto vio soldados japoneses entre los campos de naranjos de California y tropas nazis a lo largo del Potomac.

La perspectiva de una derrota nacional era de lo más conmovedora. En las colinas de Shenandoah Valley, organizaría una guerrilla para hostigar a los convoyes nazis mecanizados a medida que avanzasen de Washington a Norfolk y al nuevo mar Alemán. Pero luego se vio a sí mismo muerto en las montañas del Blue Ridge y aquello no le gustó en absoluto. Esperanzadamente, añadió una pincelada musical a la escena y la grave voz de un narrador: «El

heroísmo ha cobrado un mayor significado cuando Peter Sanford, solo y sin ayuda, hizo pedazos una posición enemiga…». Una rápida visión de sí mismo armado con un rifle, granada de mano, máscara de gas… no, la máscara de gas le cubría la cara. Se la arrancó.

—Vamos a ver a mi padre —dijo Diana con sentido práctico. Peter decidió que si había alguien que pudiera dar un mayor significado al heroísmo era ella.

El senador y Kitty miraban furiosamente la radio en el estudio del piso de arriba.

—¡No puede ser cierto! —dijo Diana.

—Me temo que sí —dijo el senador levantando la vista, muy pálido—. Hola, Peter.

—¿Queréis café? —preguntó Kitty—. ¿Habéis almorzado como Dios manda? Seguro que no. Seguro que habéis comido algo grasiento, comprado en una tienda cualquiera.

—Oh, madre, ¡calla, por favor!

Peter y Diana se sentaron delante de la radio.

No obstante, Kitty no había terminado.

—Hoy en día los chicos comen tan mal… ¡Y míralos! Peter está como una vaca.

En medio de la crisis mundial, Peter sintió un repentino acceso de rabia. Conocía, como todo el mundo, la extraña costumbre de Kitty, pero ello no hacía que sus afirmaciones fueran menos hirientes. *Pesaba más* de la cuenta y lo odiaba, pero la comida era un placer, y como al parecer las chicas no lo encontraban menos atractivo, continuaba comiendo todo lo que quería, angustiándose sólo en las raras ocasiones en las que se miraba al espejo y observaba su estómago redondeado y su pecho, duro pero inequívocamente desarrollado en exceso. Y, sin embargo, había montado casi todos los domingos del invierno y en primavera jugaría al tenis con regularidad. Nadie podía decir que no estaba haciendo todo lo posible para mantenerse en forma.

—«… el presidente ha previsto una reunión del gabinete esta tarde así como una reunión bipartita de los líderes del Congreso».

—Será mejor que vaya a la colina —dijo Burden levantándose—. Querrán que asista a la reunión.

—«… para pronunciar un discurso ante una sesión conjunta del Congreso mañana a una hora todavía sin determinar. Se espera que el presidente pida una declaración de guerra».

—Y la conseguirá. Es lo que había deseado siempre.

El senador refunfuñó sin disimulo al pensar en aquel presidente criminal que había implicado con tanta astucia a su país en una guerra cuyo término era imposible de prever.

—¡Quién lo habría pensado!

Finalmente Kitty había recibido la noticia y, por breves instantes, se preocupaba por algo ajeno al círculo familiar.

El senador apagó la radio y se puso en pie.

—Estaré en el edificio de oficinas del Senado —dijo, besando a Kitty.

—¿Quieres que vaya?

Aquello, evidentemente, no se lo esperaba, y el senador pareció tan conmovido como sorprendido.

—No, querida. Gracias.

—Pero imagínate que bombardean Washington —dijo Kitty con expresión ligeramente preocupada—. Podrían, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Peter sin pensar. Se volvió al senador —. Quiero decir que no es posible, ¿verdad?

—Depende de la posición de sus portaaviones y de los riesgos que estén dispuestos a correr. Pero yo diría que si han podido hacer lo que han hecho a nuestra base naval más importante, seguramente pueden hacer lo que les plazca con las ciudades desprovistas de defensa. Mira —le dijo esbozando la mínima expresión de una sonrisa—, no estamos preparados. Por mucho que se hable… y se espere… de la guerra, no tenemos nada con que luchar. Como solíamos decir en el Circuito Chautauqua, a río revuelto…, el presidente ha hecho su agosto.

Con esta nota subida de tono, el senador se marchó. Incapaz de competir con tales efectos dramáticos, Peter le dijo a Diana que la

acompañaba a casa. Con expresión solemne al pensar en que así se escribía la historia, se fueron de la casa, rechazando el ofrecimiento de Kitty de café y bizcocho casero. Para Peter, aquel rechazo del dulce iba a representar el comienzo de una nueva era de austeridad en su vida; sustituiría la pereza y la gula por el vigor y el ayuno y así escribiría un capítulo heroico.

★ 2 ★

En el edificio de oficinas del Senado encontró a varios senadores y sus asistentes. Ninguno sabía muy bien por qué estaba allí. Al fin al cabo, con guerra o sin ella, era domingo y nadie podía hacer otra cosa que sentarse junto a la radio y esperar las noticias. Pero, cual soldados asignados a un reducto que no debe caer, algunos senadores se dieron cita en la colina del Capitolio y tomaron posiciones, especulando enigmáticamente sobre el destino de una nación tan brutalmente desafiada y, al parecer, con éxito.

Respondiendo a un periodista que lo abordó en el pasillo de la planta baja, Burden dijo:

—Naturalmente, estamos todos con el presidente. En un día como hoy no hay aislacionistas o internacionalistas. Sólo… americanos.

Se le erizaron los pelillos de la nuca. Se había emocionado a sí mismo. Era un momento soberbio, si bien peligroso, para todo el mundo.

Le detuvo una figura familiar justo enfrente de la puerta de su oficina.

—Hola, senador.

—Oh, hola.

Había olvidado el nombre del anciano, pero sí se acordaba de que treinta años antes había sido una autoridad en el Senado y uno de los hombres que inspiraban más respeto y admiración que Burden había conocido. Ahora, frágil y apocado, el anciano se

paseaba por el Capitolio como un fantasma, como buscando su ser anterior. Como a todos los antiguos senadores, se le permitía estar en el foro y, a menudo, cuando la Cámara estaba casi vacía, él se sentaba muy tieso en su mesa, escuchando solemnemente discursos aburridos. Burden seguía sin recordar el nombre del otro, lo cual le desesperaba, pero encontró la solución de compromiso llamándole «senador», aquel título sonoro que los dos ostentarían, en funciones o no, hasta la tumba.

—Estaba por aquí cerca… —empezó el anciano.

—Entre, senador. Me alegro de verlo —le dijo Burden, que, ansioso de compañía, del tipo que fuese, hizo pasar al agradecido fantasma al despacho interior.

—A ver, ¿de quién era esta oficina? —dijo cavilante el anciano, con las blancas cejas unidas en el centro, formando profundos surcos en la pálida frente. Burden mientras tanto llamaba por teléfono a Clay—. ¿Podría haber sido la del señor Vardaman, de Mississippi? Sí, creo que sí. Sí, estoy seguro de que era su despacho. —Ahogó una risita—. Llevaba el pelo largo, hasta los hombros; sí, señor. Un hombre de buena planta, si no desaprueba el pelo largo.

El anciano se hundió lentamente en uno de los sillones de piel. Iba vestido con la levita y los pantalones a rayas de otros tiempos; en la solapa derecha, una mancha de huevo seco parecía la escarapela de una orden extranjera.

Clay no estaba en su habitación del hotel Wardman Park. Burden vaciló entre llamar o no a Enid. Decidió que no y llamó a Blaise.

—Bueno, el hijo de puta lo ha logrado. Nos ha metido en la guerra. —La voz de Blaise era pesada, como si hubiese estado bebiendo—. En este momento estoy leyendo el telegrama. Hemos perdido toda la flota del Pacífico. No hay nada entre Japón y Los Ángeles. ¡Nada! Ni un solo barco, ni un solo cañón. ¡Oh, es un genio militar! —Burden le pidió más noticias, cada vez más alarmado. Al parecer, los japoneses estaban atacando Filipinas, Malaya, Guam, Wake Island y Hong Kong y ni los británicos ni los americanos parecían capaces de resistir—. Hemos perdido el Pacífico. Tendremos

suerte si podemos mantener la línea en las Rocosas. Te llamaré luego.

Colgó. A Burden le daba vueltas la cabeza. No podía ser cierto. Luego llamó Clay para decir que iba inmediatamente.

—Muy distinto de 1917 —dijo el anciano plácidamente—. Desde luego, el señor Wilson también había estado conspirando para entrar en la guerra, exactamente igual que el señor Roosevelt. ¿Se acuerda de la conferencia Sunrise o fue antes de que usted viniese aquí? No, estaba aquí entonces. Sí, lo recuerdo perfectamente. Este tipo llegará lejos, le dije al senador Lodge, y me alegro de decir que acerté. No hay duda de que ha aguantado el tipo y sin perder la fe.

Mientras Burden intentaba telefonear al líder de la mayoría, el anciano hablaba de la primera guerra mundial y de la perfidia del señor Wilson, como si hubiera sido ayer; luego habló del presente y de lo que habían cambiado los tiempos.

—¡Mire el Senado actual y piense en cómo era entonces! Aldrich, Jim Reed, el primer La Follette. Entonces teníamos oradores. Auténtico debate.

De pronto la voz cascada se había vuelto firme, como debía haberlo sido en los buenos tiempos, antes de los sistemas de megafonía, en los que la sola voz del político tenía que ser capaz de llenar la sala más grande como un timbal que resuena. El teléfono del líder de la mayoría estaba ocupado.

Se abrió la puerta del despacho interior y se asomó discretamente Jesse Momberger.

—Pensaba que estarías aquí. No interrumpo, ¿verdad?

—No —dijo el anciano, consciente de que había llegado el momento de exorcizar los fantasmas—. Tiene que venir a vernos pronto, senador. Estamos en Congressional Arms, mi esposa y yo. Será como en los viejos tiempos en los que hablábamos de la reforma monetaria. ¿Se acuerda? Sólo que ahora ya tengo el problema resuelto. He tenido tiempo, ¿ve usted?, de reflexionarlo. Nada de dinero fiduciario, nada de papel. Sólo monedas de cobre y

platino. *Ésta* es la clave para una Hacienda saneada. —Dicho lo cual se retiró graciosamente dejando a los vivos en su agitación.

—Así acabaré yo —dijo Momberger—, si Dios quiere. O tú.

Burden sacudió la cabeza.

—Cuando deje este lugar, nunca regresaré. Demasiado doloroso.

—Todos lo dicen, y todos vuelven. Si existe un artículo más inútil que un senador de Estados Unidos derrotado, todavía tengo que verlo. ¿Te han llamado ya?

Burden negó con la cabeza.

—Estoy intentando localizar al líder de la mayoría. Todas las líneas están ocupadas.

—¿Ninguna noticia de la Casa Blanca?

—No. Pero estoy al quite. Esta noche a las nueve habrá una reunión de los líderes del Congreso. Así que me estoy preparando.

—Es curioso, nunca pensé que sucediera —dijo Momberger reposando una mano en la cabeza de lo que consideraba un retrato poco logrado de su viejo amigo William Jennings Bryan.

—Me pregunto si *él* lo creía, el presidente.

—Es un tipo mezquino, pero no creo que fuera a perder toda la flota deliberadamente.

En el fondo, Momberger era partidario del New Deal. En consecuencia, las relaciones entre ambos senadores eran tensas con frecuencia, porque el presidente procuraba que todos los favores políticos fueran canalizados a través del senador más antiguo, situación que no facilitaría las cosas a Burden en el lucha por la reelección en 1944.

—Hasta Franklin se equivoca de vez en cuando.

El tono de Burden era neutro. Podía permitirse el lujo de serlo. El presidente era responsable directo de una de las mayores derrotas sufridas por Estados Unidos desde la guerra de 1812. Ahora podía ser encausado.

—Todos debemos apoyarlo —dijo Burden.

Se sentaron en silencio, con el tiempo en suspenso, mientras la tarde invernal llegaba a su fin y nadie podía hacer otra cosa que

esperar que el presidente los condujese a la batalla.

—A propósito, ¿cómo te encuentras? —Momberger parecía un amigo preocupado, pero Burden sabía que no era más que un político interesado.

—Nunca me había sentido mejor. —Aquello era casi cierto—. No fue un verdadero ataque. —Aquello no era cierto—. Sino lo que llaman un bloqueo temporal del cerebro, como un espasmo. —Aquello era un eufemismo—. Tuve dificultades para hablar durante una semana o dos y luego nada más.

¡Nada más! Todavía se despertaba en plena noche, aterrorizado por si en los lóbulos del cerebro podía haber estallado una arteria, despojándole del habla, de la vista, del movimiento o, peor aún, creando un infierno bajo la curva del cráneo, pues ahora sabía que toda la agonía y el terror de que el hombre es capaz pueden ser provocados simplemente por una gota de sangre que se filtra por un conducto cerebral que no es el suyo.

Clay entró arrastrando por un momento el ruido del pasillo.

—Hola, senador.

Estrechó la mano enérgicamente a Momberger, quien dijo:

—¡Muy buenas, congresista!

Al parecer, Clay era del agrado de Momberger, quien ya le había ofrecido su apoyo político en la elección especial.

—Nada de congresista, *capitán* Overbury del ejército de Estados Unidos. —Se volvió a Burden, como disculpándose—. Está todo listo.

—¿Tan deprisa? —fue todo lo que Burden pudo decir.

—Durante los últimos seis meses, he estado en contacto con el departamento de Defensa, por si acaso. Bueno, éste es el caso.

—Entonces *¿no* vas a presentarte? —dijo Momberger súbitamente alerta.

Clay negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a hacerlo estando en guerra?

—Buen chico. —Momberger se dirigió a Burden—. Será mejor que se lo hagamos saber al juez.

Burden asintió.

—Le llamaré esta noche.

Momberger atravesó la habitación en dirección a la puerta.

—Dime lo que dice el presidente.

Se fue, y Burden sabía que, en cuestión de minutos, con o sin desastre nacional, su colega estaría llamando por teléfono al juez, proponiéndole su propio candidato al segundo distrito.

—¿Vas a ver al presidente?

—Supongo que sí. Según la radio, todos los líderes del Congreso van a recibir instrucciones esta noche en la Casa Blanca. Será mejor que me traigas el expediente del Lejano Oriente. —Clay depositó el expediente sobre la mesa de Burden—. Y también aquel informe que hice justo después de hablar con el embajador Kurusu. —Burden sacudió la cabeza de un lado a otro maravillado—. ¡Y pensar que estaba aquí con Hull, hablando, mientras Pearl Harbour estaba siendo bombardeado! ¡Gente fantástica!

Clay extendió papeles sobre la mesa, mientras Burden le preguntaba:

—¿Qué dicen en Laurel House?

—Que es un complot. ¿Qué si no? Blaise cree que fue el propio presidente quien voló los barcos.

—¡Tal vez sí! ¿Estaba Enid allí?

Clay frunció el entrecejo.

—No, está en casa. Que yo sepa.

Un bedel del Senado apareció en la puerta abierta al despacho interior. En una rápida cantilena dijo:

—Senador, el líder de la mayoría dice que habrá sesión conjunta del Congreso a las doce y media. Hablará el presidente.

El chico estaba ya fuera de la oficina cuando Burden dijo:

—Vuelve, hijo. —El chico se detuvo—. ¿No ha dicho nada más el líder de la mayoría?

—No, señor. El mismo mensaje a todos los senadores. El presidente habla mañana, doce y media, sesión conjunta.

Desapareció.

Burden arrugó la frente.

—Clay, será mejor que vayas a la oficina del senador Barkley y compruebes cuándo y dónde se supone que tenemos que reunimos esta noche.

En busca de consuelo, Burden telefoneó a Ed Nillson a Nueva York. Pero Nillson no le brindó ningún consuelo: se alegraba de que Estados Unidos se hubiese comprometido finalmente, a lo cual Burden replicó, súbitamente vehemente:

—No deseo ninguna guerra, de ninguna clase, nunca. Nada merece la vida de un hombre.

Nillson emitió como un chasquido seco en el aparato.

—¿Puedo glosarlo, senador?

Burden también se rió.

—No, no puede. Pero lo digo en serio.

—Pero no hay duda de que Hitler debe ser disuadido. ¿Y cómo se habría logrado sin guerra?

—Ignoro la respuesta. Nadie la ha sabido nunca.

Angustiado por la resonancia de su propia e inesperada desesperación, cambió de tema y le contó el alistamiento de Clay.

—Buena idea —dijo Nillson—. Tendrá más posibilidades como candidato si ha sido soldado, con un buen historial.

—Pero supongamos que lo matan.

Clay volvió, sin saber que era su propia muerte lo que estaba siendo ponderado.

—Dejemos al futuro que se ocupe del futuro —dijo Nillson fríamente—. Por cierto, ¿cómo se encuentra *usted*?

Burden le dio la respuesta habitual y colgó. Miró a Clay con ansiedad, y éste dijo:

—Me temo que no figura en la lista de la Casa Blanca.

—¿*No figuro*? —Burden estaba consternado—. Pero el senador Austin va y mi rango es ciertamente superior… —Se interrumpió bruscamente, negándose a revelar su dolor—. Bueno, supongo que ésta es la venganza de Franklin.

Clay asintió.

—El senador Barkley se ha disculpado. Ha dicho que comprenderá que no ha sido cosa suya.

Burden dio las buenas noches a Clay y abandonó el edificio de oficinas del Senado. En la fría luz del atardecer, vio al anciano y anónimo senador, avanzando lentamente en dirección a Union Station y a su hotel, donde vivía, sin duda, en habitaciones pequeñas llenas de pilas de *Boletines del Congreso* amarillentos, cuadernos de notas que olían a goma antigua y fotografías autógrafas de celebridades caídas en el olvido. Deprimido, Burden hizo una señal a Henry, que le abrió la puerta del coche con un gesto barroco.

—¿A la Casa Blanca, senador?

—No. A casa.

Cuando Burden se arrellanó en el asiento, se dio cuenta de que lo que le molestaba no era tanto el insulto del presidente como el hecho de no haberlo previsto. En política, uno no podía sobrevivir por mucho tiempo con los sentidos tan deteriorados. ¿Estoy empezando a fallar?, se preguntó, y en ningún rincón de su cerebro sonó con convicción la respuesta negativa.

★ 3 ★

Si Enid estaba sorprendida no lo demostró. Estaba sentada en el salón, sola, vestida con un viejo kimono de seda, pintándose las uñas con una solución que olía a pega de aeromodelismo y parecía sangre.

—Bienvenido a casa —dijo frunciendo el entrecejo y mirándose las uñas sin mirarle a él.

—Supongo que habrás oído las noticias.

—¿Noticias? —dijo ella mirándole extrañada.

—Sobre Pearl Harbour.

—Ah, eso. Sí. Es horrible. Si has venido a ver a la niña, no puedes. Se ha ido a la cama sin cenar. Los niños necesitan disciplina.

Hablaba en tono retador, como esperando a que la desafiaran.

—He venido a verte a ti.

—Bueno, eres muy amable. ¿Cómo está papá?

Un abismo de malicia le avivó la expresión del rostro.

—Está bien. Me he alistado en el ejército.

—Te sentará muy bien el uniforme blanco con esa cosa en el cuello, como la ropa de gimnasia de las chicas.

—Eso es en la Marina.

Clay no tenía ni idea del tipo de respuesta que deseaba de ella. Sin duda una protesta de amor que él pudiese rechazar fríamente o aceptar afectuosamente. En aquel momento era capaz de ambas cosas.

—De todos modos, te lo pasarás bien. Los hombres siempre se lo pasan bien. ¿Te gusta este color? —le dijo exhibiendo sus uñas.

—Un poco sangriento.

—Exactamente como mi estado de ánimo. Esta noche voy a casa de Harold Griffiths. ¿Y tú? No, supongo que no, él nunca nos invitaría juntos. Me acaba de llamar por teléfono para decirme que iba a ser corresponsal de guerra si papá le dejaba. ¡Imagínate a Harold en la guerra! ¡Es demasiado absurdo! —dijo, dando un sorbo a un vaso de whisky medio empezado, y Clay se dio cuenta de que estaba borracha.

—¿Bebiendo sola?

Automáticamente, lo añadió al expediente.

—Estás aquí. Eso no es estar sola, al menos técnicamente. —Apuró el vaso—. Sírveme otro —le ordenó, indicando la botella sobre la mesita—. Esto todavía no está seco.

Agitó las manos en el aire para secar el esmalte mientras él le preparaba una copa.

—Escucha —dijo ella cogiendo el vaso—. No quiero el divorcio. ¿Y tú?

—No. Yo nunca lo he querido.

Tuvo que decir aquello; y, aun así, en cierto modo, lo sentía.

—Entonces, ¿por qué te marchaste de casa?

—¿Cómo podía quedarme? Además, tú querías que lo hiciese.

—¡No quería! ¿Por qué dices estas cosas? —le miró con reproche —. Te marchaste simplemente para fastidiarme. Mi padre te convenció de que lo hicieses, y no me digas que no. La está tomando conmigo por haberme casado contigo. Oh, es muy listo, no lo olvides nunca, y no se te ocurra pensar que *tú* puedes manejarlo como a ese senador tuyo, porque no puedes. A papá no. Está manejándote a *ti*, para herirme. ¿Por qué no vienes conmigo a casa de Harold esta noche? Seguro que es divertido.

Clay nunca había llegado a acostumbrarse a sus cambios de humor repentinos, por no hablar de su desconcertante dialéctica. Partiendo de una premisa falsa, podía construir un argumento tan lógico que al final casi conseguía que la misma premisa pareciese cierta.

Mayor virtuosismo aún existía en sus inesperadas revelaciones, siempre egocéntricas, generalmente falsas y no obstante, a menudo, perceptivas. En vista de ello, nada más absurdo que el hecho de que su padre se valiese de él para vengarse de ella. Pero Blaise era misterioso y apasionado. Enid le había ofendido profundamente al casarse con Clay (o así había parecido), y ahora, poniéndose del lado de Clay contra Enid, por fin podía vengarse de ella. A falta de otra teoría mejor, Clay aceptó la de Enid; de lo contrario, no había otra forma de entender a Blaise, que lo apoyaba aun creyendo que Enid era la parte ofendida…

Clay no había dicho a nadie la verdad sobre el adulterio por la excelente razón de que no es al agresor sino a la víctima a quien el mundo desprecia y teme. Cuanto más contaba Enid la historia del adulterio de Clay, «en mi propia habitación con la niña en la habitación de al lado», menos simpatías suscitaba aún por parte de aquellos extraños a los que se confiaba, al cabo de tres martinis.

—No. No puedo ir a casa de Harold. Tengo trabajo. Para el senador.

—Hoy he estado en casa de Bloch. Tienen ropa infantil maravillosa, y mucho más barata que Woodward y Lothrop’s. ¿Sigue

viendo a Irene el senador?

Como de costumbre, Enid se burlaba del nombre, acentuando la «e» final como hacía todo su grupo de gente, para quienes Irene Bloch era una fuente de diversión constante.

—Creo que nunca llegó a verla mucho.

Clay no creía el célebre rumor de que había habido una historia entre el senador e Irene y que en el mismísimo acto él había sufrido el ataque. Lo que contaba el propio senador parecía más verosímil: había ido a tomar el té con la señora Bloch, a la que había conocido hacía poco, y se había desmayado enseguida.

—¡Es inútil que lo protejas! ¡Todo el mundo lo sabe, el viejo chivo! Se lo merece. ¿Qué demonios puede ver en ella, aparte de su dinero? ¡Oh! ¿Sabías que a su marido no le importa en lo más mínimo con quién se acueste siempre que sea alguien importante? ¿No es repugnante? Pero bueno, la ciudad está llena de estas historias hoy en día.

Clay no pudo dejar pasar esta brecha.

—¿Te refieres a que sería menos repugnante si no fueran importantes, simplemente «sexys»?

—Eso no es muy agradable de tu parte —dijo suavemente, acercando su bebida dorado oscuro a la luz—. ¿Por qué no dejas de machacar al pobre Ernesto? Ya te dije que lo sentía.

—¡Eso es lo único que nunca me has dicho!

—¡Claro que sí! No me digas que no. *Yo* intenté hacer las paces. Pero tú lo distorsionas todo. Quiero decir, seamos realistas, te sentiste herido en tu orgullo.

—En aquel momento, no sólo me diste la impresión de no sentirlo, sino de que de alguna manera resultaba que era culpa mía que ese latino se te cepillase.

—Encantador. Bueno, nunca dije que fuese culpa tuya, aunque desde luego fuiste tan responsable como yo. Quiero decir, seamos realistas, para que exista adulterio entre marido y mujer hacen falta dos personas. —Enid había llegado al grado de alcohol en el que el argumento se oscurecía y la sintaxis se hacía dificultosa—. Sea como

fuere, sabes perfectamente a qué me refiero. Evidentemente, si no ibas a salir nunca conmigo por la noche, yo iba a acabar encontrando a alguien, tarde o temprano, a quien le gustase salir y pasárselo bien, a diferencia de ti que te pasas la vida conspirando sin éxito…, bueno, hasta hace poco, sin éxito, pues Dios sabe que tú y papá no podéis hacer nada bueno, dos de la misma calaña, sólo que tú no tienes sus pelotas. De hecho, careces absolutamente de ellas, de lo cual me percaté enseguida —dijo dando un largo trago.

Él se recordó que debía ser tolerante.

—Estás borracha.

Al menos, aquella afirmación verdadera era un contraataque legítimo en su guerra; nunca un golpe definitivo, pero siempre bueno para cambiar de tema.

—Eso no es excusa —dijo ella con firmeza, más aturdida de lo normal—. No te puedes librar de ello tan fácilmente. Seamos realistas, yo quería un hombre y ¿qué me dieron? Un secretario. ¡El secretario de alguien! ¿Y por qué me dieron el secretario de alguien?

Hizo una pausa para darle énfasis, y al punto perdió el hilo de las ideas. Clay respondió por ella.

—Porque era la primera vez que te ibas a la cama con un hombre, porque así es como te han educado y porque Peter nos vio en la caseta de la piscina, por eso te casaste con el secretario de alguien… Seamos realistas —añadió, contento de haberle cogido el estilo.

—Muy divertido —dijo lanzando las piernas sobre la mesita. Se le abrió la bata. No llevaba nada debajo. Pero no estaba intentando seducirlo. Parte de su carácter era la falta de conciencia física de sí misma—. De todos modos —dijo, organizando sus pensamientos con dificultad—, de todos modos, lo hecho, hecho está y lo que pasó entre Ernesto y yo es agua pasada. Además, va a volver a la Argentina, con su mujer, que es una chica maravillosa, que no puede evitar el aspecto que tiene, aunque dice que hay una operación nueva ahora con la que te ponen una cosa de plata en la barbilla o donde tendrías que tener la barbilla y estiran la piel por encima, de

modo que parece que hayas nacido con una barbilla normal, pero yo me moriría de miedo en esa operación… Quiero decir que, imagínate que algo fuera *mal*.

Clay se puso en pie.

—He solicitado servicio activo. Supongo que no estaré en Washington por mucho tiempo.

Ella le miró pensativa.

—Ernesto piensa que hay más de un cincuenta por ciento de posibilidades de que la operación vaya bien, así que Flora tendrá barbilla nueva *antes* de que regresen.

—¡Oh, por Dios!

Se lo merecía, por querer inspirar compasión: el soldado que parte a la guerra no era su estilo.

—Bueno, ¿qué quieres que haga? ¿Tejerte un jersey?

El tono era duro, y la pronunciación, que había empezado a hacerse confusa, de pronto era precisa. Un fenómeno de su vicio era la rapidez con la que recuperaba su sobriedad cuando quería. Con cierta sorpresa, él se dio cuenta de que lo odiaba por lo que le había permitido que le hiciese.

—No. Sólo pensé que a lo mejor te interesaba. Nada más.

—Bueno, antes de que te empieces a marchar, quiero tu permiso para vender esta casa. No te preocupes, iremos a medias.

—¿Dónde vas a vivir?

—Estoy buscando algo en Georgetown.

—De acuerdo. Te escribiré una carta.

De pronto ella estaba de pie. Le echó los brazos al cuello.

—¡Oh, maldita sea! ¿Por qué actuamos así? —Empezó a llorar—. No sé por qué digo lo que digo. Quiero que vuelvas. Es decir, si tú quieres.

Las palabras salían a trompicones. Pero, aunque él deseaba decirle que todavía la amaba, un orgullo paralizador le hizo enmudecer, castigándose a sí mismo y no a ella. Y aquel silencio provocó el máximo dolor a ambos.

Enid retrocedió.

—Bueno —dijo entre lágrimas—, ya está. Creo que te he manchado de esmalte la manga.

—No importa —dijo con voz ronca—. Será mejor que vuelva al hotel.

—Claro. ¿Sabes?, nunca dije nada a papá sobre lo que pasó. —Clay se preguntó si sería cierto—. ¿*Tú* le dijiste algo? —añadió mirándole desconfiada.

Clay negó con la cabeza.

—Ni una palabra.

—Ojalá pudiese creerte —dijo, dándose golpecitos en los ojos con un kleenex.

A él se le acabó la paciencia.

—Si tú nunca has dicho nada a nadie, ¿por qué piensa todo el mundo que soy yo el que ha estado liándolo todo con la mujer de un sudamericano?

—Ya sabes cómo es la gente —dijo gesticulando vagamente—. Para sacarte la mancha de esmalte utiliza alcohol o disolvente ligero.

Se separaron sin mediar contacto físico alguno. Mientras atravesaba en coche la fría oscuridad en dirección al hotel, se preguntaba si Enid le habría dicho la verdad. *In vino veritas* era, lo sabía, un fraude demostrable, pues el embustero verdaderamente empedernido nunca se siente tan desinhibido para inventar como cuando está bebido. Algún día se lo preguntaría a Blaise, su amigo nuevo e inesperado.

★ 4 ★

El ritmo pausado del Washington de la preguerra había dado paso a un ir y venir de gente típica de Nueva York, especialmente mujeres que se precipitaban a hacer trabajos masculinos: sus faldas cortas revelaban las rodillas, mientras su pelo abultado caía sobre los hombros acolchados, a pesar de los reiterados avisos de que el cabello largo, al introducirse en la maquinaria, no sólo retrasaba la

producción demorando así la inevitable victoria de América sobre la tiranía, sino que además arrancaba a la propietaria del mismo el cuero cabelludo. No obstante, el cabello era algo necesario para mantener una feminidad comprometida por tantos cientos de miles de mujeres que encajaban con demasiada facilidad en los puestos de trabajo de los maridos y amantes ausentes. Fue el ejército de mujeres de la calle (a los hombres de uniforme los daba por sentados) lo que más asombró a Peter cuando regresó a la ciudad en un cálido día de junio, después de recibir instrucción intensiva como tirador en las marismas de Florida. Las influencias le habían salvado de una participación más activa en la guerra. Ahora, destacado en el Pentágono, toda su intención era sobrevivir a una guerra que hasta el momento no había conseguido despertar en él el más mínimo interés.

El taxi se detuvo delante de una gran casa de Connecticut Avenue. Con el petate colgado del hombro, entró en el edificio, propiedad de una dama que había perdido recientemente al marido, quien había despilfarrado su fortuna sin que ella lo supiera. Pero la dama también creía en la supervivencia, y con la ayuda de Frederika había convertido su casa en el Club del Distrito, una empresa próspera gracias a la excelencia del cocinero, la deliberada exclusividad del consejo de administración y la necesidad de un sitio como aquél, donde la gente bien de Washington pudiera ofrecer fiestas discretas o simplemente almorzar tranquilamente mientras urdía un asunto amoroso o, más probablemente, se abría paso dificultosamente a través del laberinto de los despachos del gobierno en busca del tesoro.

John, un mayordomo al que conocía desde hacía tiempo, cogió el petate de Peter.

—El uniforme le sienta muy bien, señor Peter —dijo John, interpretando mecánicamente el papel de criado de la familia. Parecía como si todos los mayordomos de su generación hubiesen ido a la misma escuela donde se les había aplicado un encanto típico de antes de la guerra, como un barniz de intemperie. Pero cuando

Peter le preguntó cómo andaba el negocio, John manifestó un aspecto inesperadamente comercial—: A la hora del almuerzo, tenemos que decir que no, de tantos que vienen —dijo con cierta satisfacción, ocultando el petate de Peter en un armario—. Luego, casi todas las noches hay por lo menos un par de fiestas. Naturalmente, tenemos un montón de *gente nueva*.

John traicionó la formación recibida por la expresión de disgusto con que pronunció la palabra «gente nueva». Aunque los líderes de la ciudad eran enteramente una creación de los votantes —al menos para empezar—, siempre había existido una división entre «nosotros» y la gente nueva, que, por supuesto, podía ser muy amable, pero sólo el tiempo decidiría si el «ellos» se transformaría algún día en un «nosotros». Desde luego, el tiempo no estaba del lado de la gente nueva. Los votantes eran volubles. Muchas personas nuevas se vieron obligadas a regresar a las provincias; mientras que otras se trasladaron a Nueva York y las grandes fortunas. No obstante, un increíble número de rechazados por los votantes se quedaba en Washington a practicar la ley, a cabildear, a vivir la buena vida y con el tiempo convertirse en «nosotros» o en «habitantes de apartamentos», como los llamaba la clase próspera que existía para servirles de agentes inmobiliarios o de seguros, doctores o empresarios de pompas fúnebres.

—La señora Sanford no ha llegado todavía —le dijo John, acompañándole hasta el salón, vacío a aquella hora del día. Sobre la repisa de la chimenea, colgaba un retrato del marido fallecido que había despilfarrado la fortuna. Parecía como si hubiese disfrutado la desaparición del dinero. La criada de su viuda, una anciana mujer alemana, asomó la cabeza por la puerta para decir lo contenta que estaba de que el señor Peter estuviera en casa, de vuelta de la guerra, y todavía vivo. Peter, cuya cercanía al enemigo no había pasado de la línea de Tallahassee, Florida, hizo lo que pudo para parecer condenado a morir, pero la crueldad de una muerte temprana no interesaba a nadie en una ciudad preocupada casi por entero por los racionamientos.

—¡Madame dice que no podremos continuar el negocio este invierno a menos que este *liebe* general que vino anoche nos ayude a conseguir más aceite!

Dicho lo cual, desapareció.

En una mesa de montería inglesa, las revistas estaban llenas de fotografías de la batalla de Midway, en la que la flota japonesa había sufrido su «primera derrota en trescientos cincuenta años». ¿Qué habría sucedido en 1592?, se preguntó Peter. Había también fotografías aéreas de Colonia en llamas, resultado de un bombardeo de las Fuerzas Aéreas Británicas en el que un millar de bombarderos habían hecho en Colonia lo mismo que la Luftwaffe había hecho repentinamente en Londres. Evidentemente, los aliados ganarían la guerra, pero ¿cuándo? Se imaginó poniendo alfileres en un mapa eternamente, sargento (oficinista no mecanógrafo) por el resto de su vida o ciertamente de su juventud.

Felizmente, el período más largo de su vida se había acabado y ya estaba medio olvidado. Instrucción elemental en Georgia, cretinos suboficiales sureños vociferando órdenes en un sublenguaje. *Me perdí el baile el sábado, creo que la pista estaba a rebosar*. Tocadiscos automáticos a todo volumen en tiendas de pueblo convertidas en salas de baile para diversión de un millón de reclutas. Muchachas de ojos brillantes y cabello largo bailaban juntas hasta que les interrumpían. *Voy a comprarme una muñeca de papel con sabor a miel*. Luego los tirones y tanteos furtivos en la cálida noche. *Sólo una luna de papel*. Películas de enfermedades venéreas en las que se veían penes enfermos colgando de muchachos afectados, y doctores amables, pero severos, explicando las arcanas funciones del prepucio y la necesidad de una rápida atención *post coitum* al glande y uretra afectados, todo en tecnicolor. *No te sientes con otro debajo del manzano*. Los viajes en tren a sacudidas con las persianas bajadas. Las apuestas: cuatro a uno a que es Nueva York. No, Los Angeles. *Tiene* que ser en la Costa Oeste. ¿Por qué? Mira, estamos morenos, ¿no? No van a enviarnos a un sitio frío. ¿Por qué no? Risas. En efecto, habían enviado tropas con uniformes de verano

hacia el invierno, mientras que las que llevaban anoraks y gruesas prendas de lana, habían ido a parar al verano. Situación normal, todos jodidos. Peter presentó una solicitud a la escuela de oficiales pero fue rechazado: la vista no era suficientemente buena, si bien adecuada para disparar con un M-1 y permanecer en infantería. Reina de las batallas. Pero en Inteligencia lo encontraron útil. Ascendido a sargento, colocaba alfileres en un mapa de Europa, después de leer informes de Inteligencia, basados en despachos del *New York Times*. Los alemanes atacan Sebastopol. *Que empiece la fiesta*. Café flojo en vestíbulos abarrotados. Comida mala salvo las chuletas de cerdo. Una vez se comió doce estando en el turno de cocina durante veinticuatro horas, lo cual, a pesar de la grasa y del ruido, era preferible a hacer guardia en las calderas, que exigían ser alimentadas sin cesar y dormir en el suelo al lado de ellas. De nuevo las ciudades de provincias. Los bares. Las muchachas con demasiado cabello y ojos brillantes y descarados. *O son demasiado jóvenes o demasiado viejas*. Y, como tenía que ser con todo soldado americano, Peter Sanford tuvo gonorrea, y la cura no fue ni mucho menos tan desagradable como el amable pero severo doctor de la película había explicado.

—¡Pero qué delgado estás! —Con aquellas palabras de bienvenida su madre le abrazó—. ¿No estarás enfermo, verdad? ¡Estás pálido como un papel!

—Nunca me había sentido mejor —era la respuesta habitual; y además, exacta. La anterior turgencia de los pechos y muslos había desaparecido; ahora era duro al tocarlo. Cintura: setenta y cinco centímetros. Altura: uno ochenta y dos. Peso: setenta y siete kilos. Nunca más volvería a ser gordo.

—Almorzar, eso es lo que necesitas. ¡Lo que yo necesito! He estado de compras. Con todos estos racionamientos esto es un infierno. Y al parecer hemos perdido todos aquellos sitios de caucho en Asia. Blaise está furioso.

Fueron al jardín, donde los que almorzaban estaban sentados debajo de árboles cuyas hojas proyectaban una luz verde moteada

sobre los manteles blancos. Reconoció una docena de «nosotros»: los demás eran «ellos», la mayoría en uniforme.

Mientras Peter comía bocadillos con mantequilla, Frederika saludaba con la mano a amigos y recibía el homenaje de diversos generales y almirantes a quienes presentaba al «enorme de mi hijo», y Peter sintió un cierto orgullo de poseer, aunque sólo fuera a través de la familia, un rango superior al del mundo militar, en el que evidentemente poseía uno inferior.

—Esta semana tu padre está en Watch Hill. Le dije que podía abrir la casa él solo, porque no iba a irme de la ciudad viniendo tú.

Le dedicó una sonrisa y él se la devolvió. Se querían. Desgraciadamente, no tenían mucho de qué hablar. Como ninguno de los dos le había dado al otro serios motivos de preocupación, no habían conocido una verdadera intimidad, ni tampoco era pertinente en una familia en la que las pasiones normales de la infancia habían sido comentadas no con los padres sino con los criados. La teoría de Peter era que el interés de Blaise hacia Enid no existía hasta que se casó con Clay. Desde entonces, el padre era exquisitamente consciente de la hija, y mientras peleaban, ambos esperaban confiados en que aparecería una brecha repentina a través de la cual el amor familiar pudiese hallar su expresión última, con un golpe mortal.

Llegó el primer plato: aguacate con cangrejo. El cangrejo era bueno, pero tenía demasiadas membranas diminutas que se enganchaban entre los dientes. El aliño ruso no era ni demasiado insulso ni demasiado picante.

—No tienes idea de la cantidad de cables que ha echado tu padre para que te destinaran al departamento de Defensa.

Frederika daba por sentado que las influencias eran algo que debía utilizarse abiertamente.

—Puedo imaginármelo —dijo Peter, eligiendo, sin embargo, no imaginarse a Blaise ocupado en hacerle la vida más cómoda.

—Creo que hasta lo intentó a través de una comisión.

—Eso es demasiado.

—Eso pensé *yo* —dijo sin rodeos—. Pero creo que lo que le irrita es que sólo seas un soldado, un sargento.

—Pero a mí me gusta.

A Peter le gustaba no ser más que un sargento, especialmente ahora que no tendría que vivir en barracones. Un rango superior habría significado mayor participación en una guerra que se negaba a reconocer. Se había cerrado a ella. Y aunque el trabajo de la oficina le aburría, no tenía ningún anhelo de acción. Por una parte, estaba convencido de que lo matarían. Ello lo diferenciaba de sus compañeros, que parecían totalmente incapaces de visualizar su propia muerte. Pero él podía imaginar la suya con demasiado realismo, y eligió vivir. Que los demás cumplan con su deber.

—Clay vuelve de permiso. Acaban de ascenderlo a… —Se interrumpió—. ¿Qué… *qué* vamos a hacer con Enid? —Peter se sintió adulado al ser incluido en la lista de adultos que siempre tienen que *hacer* algo por alguien—. ¡Tienes que hablar con ella! —Frederika actuaba como si acabara de descubrir una solución maravillosa—. ¡Sí! Ella te escucha. A mí nunca me hace caso, y, en cuanto a Blaise, apenas se dirigen la palabra. —Tragó saliva—. ¡Dios mío, es la señora Bloch!

Peter observó divertido a Irene Bloch, que atravesaba el jardín con la cabeza alta; estaba en territorio enemigo y lo sabía.

—¡Está en todas partes esta mujer! —Frederika estaba sinceramente angustiada—. Una de las razones de abrir un club era mantenerla fuera de él.

Irene Bloch se sentó en una mesa de generales y sus damas.

—Me parece una razón muy frívola para inaugurar un club. —A Peter le pareció conmovedora la pasión de su madre.

—Además —añadió Frederika sin razón alguna—, se entiende con Burden Day.

—¡No me lo creo! Es viejo.

—Sesenta no es *tan* viejo —le dijo Frederika mientras la mano volaba en dirección a su cuello para ocultar los años—. Como tú mismo podrás comprobar.

Volvió a hablar de Enid, mientras Peter comía su aguacate y lo encontraba fibroso. Pero el plato fuerte era espléndido. Pechuga de pollo doblada formando una chuleta. Cuando pinchó con el tenedor la dorada superficie, brotó mantequilla caliente de su interior.

Al parecer, Enid estaba viendo demasiado a un oficial de la marina. No había contestado a ninguna de las cartas de Clay. Ahora Clay quería divorciarse, pero ella se negaba a hablar del tema con todo el mundo.

—¿Bebe?

Inesperadamente, Frederika se puso a la defensiva, la madre lista para cometer perjurio.

—¿Qué quieres decir con «bebe»? Claro que bebe, como todo el mundo.

—Bueno, el invierno pasado parecía beber algo más de la cuenta.

—Oh, todo el mundo lo hace, de vez en cuando. Es la… tensión —dijo vagamente en el momento en que Lucy Shattuck le besaba la mejilla y Peter se levantaba, todavía masticando, mientras Lucy decía:

—¿No es un poco joven para ti? A menos que sea Peter. ¡Dios mío, es él! ¡Y yo que pensaba que tu madre se había vuelto una Chica de la Victoria, aportando su granito de arena para nuestros chicos!

De las duras damas de Washington, la sarcástica Lucy era la que más divertía a Peter. Su marido era uno de los líderes del partido Republicano, recaudador de fondos y optimista. Lucy era pesimista.

—Este año estamos destinados a fracasar, como siempre.

—Este espantoso Roosevelt —reaccionó Frederika automáticamente.

—Creo que es inmortal. De todos modos, es lo que le digo a Lawrence: más te vale aceptar el hecho de que estamos condenados a vivir en un siglo de deprimentes trabajadores sociales, como Harry Hopkins. Y hablando del querido y aburrido Harry, ¿has oído lo que pasó el fin de semana pasado en Middleburg?

Se lo explicó con los ojos centelleantes. La historia es cotilleo, pensó Peter sabiamente, pero el truco está en determinar qué cotilleos son historia.

Tan pronto como Lucy hizo una pausa para respirar, Frederika le señaló a la señora Bloch.

—Está ahí.

—Bueno, así es ella. Grande como la vida y el doble de rica. Le he dicho a Lawrence que sea amable con ella. Debemos *sacarle* dinero, para el partido.

—Sólo Burden Day recibe su dinero, y los demócratas.

—Viejo zorro —dijo Lucy Shattuck—. Va a tener que luchar en las primarias, por cierto. Dicen que Roosevelt apoya a otro contra él.

—¡*Qué vengativo*! —intercaló Frederika.

—Totalmente salvaje, si no estás de acuerdo con él. El hacha siempre desenterrada, ¿no?

Lucy miró a Peter en espera de sus comentarios, haciendo que depositase de mala gana la cuchara llena de helado de vainilla casero con una espesa salsa de chocolate y dijese:

—Trata a los demás como teme que le tratarían a él si les diesen la oportunidad.

Tras lo cual, la cuchara llegó a puerto a salvo.

—Es una lástima —dijo Lucy Shattuck por lo bajo— que mi Elizabeth sea tan joven. —Se volvió a Frederika—. Quiero que se case con un buen partido. —Dio unos golpecitos en la mano de Peter —. Eres precisamente lo que tenemos pensado.

Frederika frunció el entrecejo, algo que hacía siempre que se hablaba de dinero.

—Peter es demasiado joven…

—Elizabeth es más joven, sólo tiene quince años —replicó levantándose—. Estaréis en la fiesta de Enid esta noche, ¿verdad? Es sólo su padre el que la desprecia, ¿no?

Peter le hizo el honor a Lucy Shattuck de depositar su cuchara intacta. No cabía la menor duda de que era directa.

—Sí, naturalmente —dijo Frederika brillantemente, y a Lucy Shattuck le quedó claro, así como a Peter, que no tenía ni idea de la fiesta de su hija.

—Es en honor de Harold Griffiths —afirmó Lucy—. Se va al Pacífico… como corresponsal de guerra.

—Lo sé.

Por una vez Frederika había llegado demasiado tarde; su habitual oportunidad había sido desbordada por la noticia. De todos modos, Lucy Shattuck se había ido.

Frederika se volvió a Peter.

—Depende de ti —le dijo, enviándole al campo de batalla con escudo y todo—. Debes hacer entrar *en razón* a Enid.

Pero a Enid nadie la iba a hacer entrar en razón. Por un lado, no bebía. Por otro, era feliz. Lo abrazó afectuosamente.

—¡Te has adelgazado! ¡Ya era hora!

Luego le enseñó la casa nueva, pequeña pero cómodamente amueblada. Tenía talento para la decoración y a menudo hablaba de comercializarlo. Siempre había soñado con tener una tienda con un puñado de empleados devotos y un gran libro mayor en donde guardara farturas o fracturas o lo que se guardase en los libros mayores. Según Harold Griffiths, «mientras todo el mundo trata de olvidar sus orígenes mercantes, Enid es atávica. Desea volver a los orígenes familiares y llevar una tienda, para saber que cuando suena la campanilla de la caja, no es para todo el mundo sino para ella».

—*Es* bonito —dijo ella sentándose en el sofá bajo una ventana mirador que daba a un jardín vallado—. Esta semana van a venir de *House and Carden* a hacer fotos, lo cual me irá bien para el negocio. Lo de trabajar va en serio. Hasta tengo tarjetas.

La tarjeta se hallaba sobre una mesita que en su día había sido un trineo del siglo XIX. «Enid Sanford, Interiores».

—¿Qué ha pasado con tu apellido de casada?

Enid frunció el entrecejo.

—Ya no lo utilizo. También he vuelto a pintar.

—Clay vuelve de permiso. Ha escrito a mamá. Enid sorbió su Coca-Cola.

—Voy a divorciarme de él.

—¿Todo por lo que hizo con aquella chica, la sudamericana?

—¡Huy, eso no fue nada! Desde entonces, ¡de lo que he llegado a enterarme! Ya sabes, la gente no te dice una maldita cosa hasta que ocurre algo y entonces ya no *paran* de contarte de todo. De todos modos, no estábamos hechos el uno para el otro, la verdad es que no. Intentó hacer las paces justo antes de enrolarse en el ejército y le dije que sólo lo haría, si me prometía solemnemente que nunca volvería a ponerme en una situación semejante. Bueno, pues no.

—¿No te lo prometió? —dijo Peter con escepticismo.

El hombre siempre prometía.

—Oh, no hablemos de ello. Quédate a cenar. Unos cuantos amigos. No los conoces. Washington ha cambiado mucho. Está lleno de gente divertida.

En efecto, la gente era completamente nueva para Peter, aunque no divertida. Un general de brigada del ejército del Aire y su mujer, un capitán de la marina (casado, pero con novia) y Joe Bailey, un capitán de marina divorciado que era el amante de Enid. Todos bebían demasiado, salvo Peter, que bebía cerveza, y Enid, que bebía Coca-Cola. La conversación, que había sido tan trivial como Peter se había imaginado, justo antes de medianoche dio un giro fantástico.

—La cosa más fácil del mundo. —El porte naturalmente pesado del general del Aire se había cargado aún más con la bebida, y su mujer, que no decía nada, de vez en cuando puntuaba su lento discurso con gritos agudos ocasionales, ya fuera de apreciación o de desesperación, Peter no consiguió definirlo—. Y no se necesita más que, tal vez, un regimiento de policía militar.

—Si no te importa, yo utilizaría marines —dijo Joe Bailey—. Son duros y no hacen preguntas.

—Bueno, tal vez tengas razón. Te confiaremos esa fase. ¡Envía a los soldados de infantería de marina!

La mujer del general chilló por un instante dentro de su vaso de bourbon. La otra pareja parecía complacida. Enid dijo:

—Pero esto es sólo en cuanto a la Casa Blanca. ¿Y el resto del país?

—Esa es la parte más sencilla. Mira, tenemos nuestra cadena de mando —dijo su amante—. Todo el mundo está preparado para recibir órdenes del escalón superior, sin hacer preguntas. Así que una vez que tengamos por la mano a la Casa Blanca y al Pentágono…

—Entonces es cuando necesitaremos tu segundo regimiento —dijo el general del Aire—. Damos el golpe el domingo. Y mientras sometemos a los jefes de personal a arresto domiciliario, tú encierras al presidente. Luego, el lunes, de buena mañana y con brillantez, celebramos la rueda de prensa en la Casa Blanca y explicamos lo que hemos hecho y ganamos la guerra.

—¿Qué *habéis* hecho? —Peter se preguntaba si no se habría vuelto loco.

—Salvar el país —dijo el general tranquilamente—. De manos de tus comunistas del New Deal.

—¡Depende de nosotros! —dijo Enid, espléndida—. No hay nadie más.

Joe Bailey asintió.

—Mira, Peter, la cuestión es —dijo dando vueltas al whisky con hielo con grandilocuencia— que los japoneses, y no los alemanes, son el enemigo real. De hecho, podríamos decir que estamos en el mismo bando que los alemanes, porque están contra los comunistas y nosotros también, salvo tal vez un puñado de partidarios del New Deal.

—Que tendrán que desaparecer —dijo su colega naval con severidad.

—Cuéntale el mensaje, el que tu amigo que trabaja en Inteligencia recibió en Suiza.

Peter nunca había visto a Enid tan exuberante. Se preguntaba si era amor o simplemente las perspectivas de traición.

—Si ayudamos a Hitler en Rusia, él nos *ayudará* con los japoneses. Y en una adecuada división geopolítica del mundo, nos quedamos con Asia y ellos conservan Europa, y todos contentos.

—Mira —dijo el general torpemente, con la lengua demasiado grande de pronto para su boca—, una vez que se marche tu pandilla de la Casa Blanca, el país será como antes, un auténtico país, con auténticos valores.

Su mujer dio un grito de aprobación. Luego, Joe Bailey se lanzó al piano y tocó baladas románticas mientras Enid cantaba con él, en contralto alto.

Cuando Peter se marchó, los demás seguían bebiendo. En la puerta se volvió a Enid.

—¿Estos chistosos van en serio?

—¿En serio respecto a qué?

—El asalto al Pentágono, encerrar al presidente.

—Bueno, ¡algo hay que hacer! —dijo con vehemencia—. Todos lo sabemos. Quiero decir que las cosas no pueden continuar como están. ¿Por qué te piensas que estamos *perdiendo* la guerra? Bueno, no, no puedes saberlo porque lo están ocultando a la gente, con la censura y todo eso. Pero estamos perdiendo y sólo existe una persona que pueda salvarnos.

—¿Tu amigo el capitán Bailey?

—No lo subestimes. Seamos realistas, es todo un tío en un país de enclenques. Pero no es Joe. Se trata de MacArthur.

—¿También está metido en esto?

—Si te lo dijera, lo contarías a todo el mundo. Nunca has sabido guardar un secreto. Bueno, te veré mañana. Doy una fiesta para Harold. Se marcha a la guerra —le besó en la mejilla.

—Muy bien. —Peter iba a preguntarle otra vez sobre la conspiración, pero un agudo grito de la mujer del general le disuadió —. Buenas noches —dijo. Se detuvo en la puerta abierta—. ¿Qué piensa papá de «todo un tío»?

—No nos hablamos —dijo Enid—. Pregúntale tú. Es tu padre.

—El tuyo también.

Enid soltó una carcajada abatida.

—No estoy segura.

—¡Idiota!

—Quiero decir, ¿cómo puedes saberlo si no estabas en la habitación?

★ 5 ★

Un cardenal bajó volando, dibujando un arco escarlata sobre el fondo verde. En el jardín zumbaban las abejas. De los profundos bosques del parque llegaba una brisa fresca.

—No son tiempos fáciles, en absoluto.

De un humor excelente, Burden estaba sentado en una tumbona, con los pies en alto, protegiéndose la cabeza del radiante sol de junio con una gorra de visera de golfista. A su lado, en un sillón, estaba sentado Sam Biermann, el corresponsal de Washington del principal periódico republicano del estado. En su larga relación, habían vivido muchos momentos difíciles. Los redactores del partido a menudo cortaban el artículo de Sam de tal manera que el párrafo esencial de alabanza quedaba suprimido; se sabía incluso que habían modificado el texto para denigrar al joven senador. Burden siempre aceptó las disculpas de Sam, no teniendo otra alternativa pues lo necesitaba. Pero a menudo se preguntaba hasta qué punto el otro le admiraba realmente. Si Sam le hubiese adulado menos, quizá podría haber confiado más en él.

Sam llevaba corbatas muy estrechas y masticaba puros con unos dientes amarillos como el colmillo de alce, en cierto modo molesto, que le colgaba de la cadena del reloj.

—¿Espera problemas en las primarias de 1944, senador?

Durante la entrevista propiamente dicha, Sam siempre se dirigía a Burden formalmente, advertencia tácita de que todo lo que dijese quedaba sobre el papel. Después, charlaban íntimamente llamándose por sus nombres de pila.

—Confidencialmente —dijo Burden con cierta malicia, dificultando la entrevista—, un montón. Franklin va a apoyar a un tipo cuyo nombre los dos sabemos. Y la vieja pandilla de los WPA ya está trabajando para él.

—Entonces, ¿piensa que este hombre se presentará a las primarias como rival suyo?

Burden asintió. La idea de la batalla no le desagradaba. Iba a ganar. Así lo dijo, para que lo glosara, con la modesta y habitual explicación de que, naturalmente, todo dependía de la buena gente del estado. Mientras entonaba mojigaterías, Sam asentía seriamente y aunque no tomaba notas, Burden sabía que las citas serían de lo más exactas.

—¿Su salud…?

La pregunta cortés y algo embarazosa a la que a aquellas alturas ya estaba acostumbrado.

—¡Mejor que nunca! —Burden dio repentina resonancia a su habitual voz taimada de conspirador—. Cosas raras de un ataque a una edad *relativamente* joven. —Se felicitó por aquel atrevimiento—. Te obliga a cuidarte. Lo cual hago ahora. Horarios regulares, dieta sensata. También te hace preguntarte lo que realmente importa, después de todo.

Continuó en aquella línea, convenciéndose a sí mismo de que había sufrido un cambio oceánico. Pero, por supuesto, no era cierto. Estaba más desconcertado que nunca por el cuerpo y no dejaba de preguntarse con qué fin había sido creado aquel complejo mecanismo, con un final tan implícito en el principio. Hasta que no hubiese desentrañado aquel misterio, prefería no marcharse. Con todo, su antiguo terror a extinguirse había disminuido considerablemente desde que había experimentado lo fácil que era la muerte: como agua de la bañera por el desagüe, era la prosaica metáfora que se le había ocurrido cuando recuperó el conocimiento en el hospital, con Kitty a su lado. La había saludado algo formalmente y luego se había deslizado fácilmente en la oscuridad. Más tarde, con la misma facilidad, volvió en sí como despertándose

de un sueño, sólo con un ligero dolor de cabeza y la sensación aturdida de haber estado atrapado en una pesadilla particularmente confusa para conmemorar su breve presencia ante el ángel negro.

Cuando salió del hospital, Burden se dio cuenta de que, a partir de entonces, la luz del día lo era todo para él y empezó a levantarse con el sol y caminar descalzo por la hierba mojada, como si fuera un crío otra vez y formase parte del ciclo de crecimiento más que de decrepitud.

—¿Planes políticos?

—Ganar la guerra, por supuesto. También hacer un poco de limpieza de los residuos del New Deal No hay necesidad de desperdiciar las mangueras si se necesitan para un incendio auténtico —dijo Burden, esperando que Sam le captase.

El amor de Sam por la frase calificativa constituía un peligro constante, el comentario informativo que hacía sombra a la cuestión importante.

A continuación Burden se embarcó en el único tema que le preocupaba y que, en vísperas de elecciones, no debería mencionar.

—La forma en que el gobierno ha encerrado a los japoneses en la Costa Oeste es uno de los insultos más vergonzosos y flagrantes a la constitución en la historia del país. —Al no haber hecho nunca un discurso sobre el tema, Burden estallaba en retóricas no ensayadas —. Muchos de ellos son americanos de la cuarta, la quinta generación y no ofrecen más riesgos a la seguridad del país que tú o que yo mismo. Pero aunque así fuera, entonces que sean procesados debidamente. No enviados a campos de concentración sin el juicio a que tienen derecho.

—¿Campos de concentración? —Sam parecía asustado.

—Campos de concentración. No existe otra descripción para eso.

—¿Quiere que utilice *exactamente* la expresión «campos de concentración»? —Sam parecía afligido, como el *croupier* que se lleva los ahorros de toda la vida de un amigo.

Por un instante, el instinto de supervivencia de Burden luchó con su sentido de la justicia. Horrorizado, pero secretamente orgulloso,

vio que ganaba la justicia.

—Sí —dijo—, «campos de concentración» es lo que son, y así hay que llamarlos.

—¿Tiene previsto celebrar alguna investigación en el Senado?

Burden asintió.

—Comité judicial lo antes posible.

—Eso no es lo que se dice un tema que goce de popularidad.

Sam estaba destrozado. Había pasado un cuarto de siglo cultivando a aquel senador en particular. Era evidente que no podía soportar la idea de tener que empezar de nuevo, a su edad, con otro senador.

—Se está despojando a los ciudadanos americanos de sus derechos constitucionales. Están siendo tratados de la misma manera en que los comunistas tratan a sus minorías poco populares. Prefiero *perder* la guerra que convertirnos en un país como ése.

Sam estaba a punto de estallar en sollozos.

—¿En serio dice que preferiría perder la guerra que…?

Burden soltó una carcajada y pronunció las palabras mágicas:

—Entre tú y yo. —Sam suspiró aliviado mientras el suicida se retiraba del alféizar de la ventana—. Pero debes decir lo firmemente en contra que estoy frente a este abuso de poder y lo particularmente irónico que me parece que una Administración que precisa de su liberalismo haya cometido el acto más poco liberal de toda nuestra historia.

Sam asintió, casi feliz. Aquello estaba mejor. Uno podía defender hasta los derechos de los japoneses si la argumentación era descaradamente partidista. El senador todavía podía ser salvado.

En aquel momento, por la puerta del porche lateral apareció Diana acompañada de un oficial del Ejército. Burden tardó un instante en reconocer a Clay. Se saludaron efusivamente. Clay estaba delgado y duro, y parecía sentirse algo incómodo, como si temiese romper algo sin querer, torpe por exceso de fuerza física. Diana tampoco se sentía a gusto; era evidente que estaba condenada a amar a Clay inútilmente durante toda la vida, como

uña heroína victoriana. Burden se sentía más bien orgulloso de la locura de su hija, que parecía revelar una fuerte pasión, ya que no un carácter fuerte.

—Veo que ella ha ocupado mi puesto —dijo Clay.

—Oh, no, la verdad es que no —respondió Diana con demasiada rapidez—. Sólo le echo una mano en la oficina.

—Porque afirma que soy demasiado barato como para pagar otro secretario —dijo Burden, dirigiendo un guiño a Clay.

—¿Quiere decir que pague el gobierno? —dijo Sam esperanzado.

Burden le siguió el juego.

—Ella no figura en la lista de personal del gobierno.

—Maravilloso.

Sam estaba admirado. Hubo un tiempo en que Jesse Momberger tuvo cuatro familiares trabajando en su oficina, todos con salarios del gobierno. Cuando fue entrevistado por Sam, le había dicho: «Qué demonio, soy un buen hombre de familia». Los electores manifestaron estar de acuerdo; el nepotismo no le había hecho daño.

—¿Cuándo va a sustituir a Clay?

—Después de las elecciones. Como si pudiese hacerlo —dijo Burden con afecto—. Tal vez finalice la guerra. Tal vez vuelva.

—Ojalá volviese. Ojalá pudiese —respondió Clay en el mismo tono. Luego les dijo que tenía un permiso antes de que lo enviasen a las islas. Como capitán de infantería, había sido destinado a una división de Hawaii. Era de suponer que participaría en la campaña del Pacífico—. Pero no nos dicen nada.

—¿Sigues con los ojos puestos en el segundo distrito del Congreso? —Sam fue al grano.

Clay vaciló. Suavemente, Burden contestó por él.

—Digamos que mantenemos la pólvora seca.

Terminada la entrevista, Sam se marchó, escoltado por Diana.

—¿Cómo se presenta?

Empujados por la fuerza de la costumbre, los dos hombres volvieron a su relación de siempre de político conspirador y cómplice

devoto.

Burden frunció el entrecejo.

—Nada bien. Luchas en las primarias.

—¿Republicanos?

—Todavía no lo sé. Este asunto no se está poniendo fácil. —Pero entonces se acordó de que era un anciano despidiendo a un joven en vísperas de la batalla. El papel tenía posibilidades dramáticas—. ¿Ha sido difícil… la vida en el ejército?

—No. Bastante ociosa Pero ahora estaré en un cuartel general de división y eso debería ser distinto.

—¿Una mano del departamento de Defensa?

Clay sonrió.

—No es que tenga muchos contactos.

Burden se rió, cuestión de formas.

—De hecho, supongo que represento una desventaja para ti.

—Afortunadamente, Blaise no lo es.

Burden se sintió súbitamente celoso.

—Estoy seguro de que Blaise podrá hacer lo que sea. —Alabó a su rival—. La Administración le tiene terror. Pero —cuestionó la sinceridad de su rival—, ¿*hará* realmente algo?

—¿Quién sabe? Sea como sea es una cuestión teórica. No deseo nada. Ahora veremos qué pasa allá.

De pronto, en la hierba del jardín, se produjo un revolcón de cuerpos vestidos de gris. El sonido de las armas acalló el comadreo de los pájaros. La bala alcanzó a su padre, atravesó la tela gris, la piel blanca, la carne roja, destrozó el hueso. Burden se agarró el hombro izquierdo, sintió el proyectil ardiendo.

—¿Qué ocurre, senador?

Burden soltó el brazo.

—Neuralgia —dijo sin darle importancia y le preguntó por Enid.

—Creo que me voy a divorciar.

—¿Tú divorciarte de ella? ¿O al contrario?

—Yo divorciarme de ella. Está viviendo con…, prácticamente viviendo con un capitán de la marina.

Burden se removió en el asiento. Aquél no era el tipo de conversación que uno tiene que tener con un joven guerrero que está a punto de partir.

—Ya —dijo Burden, esperando que Diana regresase.

Había detalles de la vida de los demás cuyo conocimiento no le producía el más mínimo placer.

Pero Clay parecía decidido a producirle dolor.

—Tengo que decidirlo antes de irme. Antes de marcharme esta noche. Voy a verla esta tarde.

—¿Ella quiere el divorcio? —preguntó Burden, siguiendo el consabido catecismo.

—Si yo quiero, ella no. Si yo no quiero, ella sí.

—Al menos, sabes dónde estás. —Burden prosiguió con la siguiente pregunta—. ¿Quieres *tú* el divorcio?

—Creo que sí. No tiene mucho sentido vivir como estamos ahora, yo en un hotel y ella en casa con la niña y el hijo de puta de la marina.

—Entonces quieres que vuelva —dijo Burden sin rodeos—. En ese caso, reconcilíate con ella.

—No es tan fácil. No es fácil reconciliarse con ella.

—Clay. —Burden detestaba a las personas que para dar importancia a algo se dirigían a los demás por sus nombres, pero ahora tenía que darle todo el énfasis de que fuera capaz, aunque sola fuera para poner fin a aquel diálogo y recuperar la visión de los soldados heridos en el jardín, primero su padre y ahora Clay, con sus rizos dorados pegajosos de sangre, los ojos azules vidriosos en agonía. ¡Ah, qué dulce era aquello!, y el honor…—. Clay, no puedes divorciarte, *ella* no puede divorciarse de ti si quieres representar al segundo distrito en el Congreso. Es concebible que *tú* te divorcies y salgas elegido, pero ¿por qué hacer más difícil una elección que ya de por sí lo es?

—¿La alternativa es que yo viva en un hotel, mientras ella vive en nuestra casa con sus amantes? ¿No le parece que los electores se enterarán de eso?

—Pero tú no estás en un hotel, estás en el ejército. Te vas fuera del país. Vas a estar legítimamente separado de ella. Y ¿quién sabe cómo estará ella, cómo estarás tú dentro de uno o dos años? —Burden era un partidario incondicional de la inactividad, siempre la mejor vía en los asuntos privados. Todavía tenía que romper con Irene; simplemente había dejado de ir y, como resultado, no había habido recriminaciones, escena final, sólo una simpatía mutua en las raras ocasiones en que se habían visto en terreno neutral en casa de alguien. Dudaba de poder volver algún día a aquella habitación donde había caído en un pozo de forma tan inesperada, y, entre tazas, platitos y té derramado, había visto su propia muerte sin tapujos—. Además —prosiguió con toda intención—, está Blaise. Lo necesitarás. Pero ¿te ayudará si no eres su yerno?

Diana y Kitty aparecieron. Las dos hicieron muchos aspavientos por el soldado a punto de marchar, que finalmente se marchó, acompañado por Diana a través del jardín de rosas hasta la entrada. Kitty se quedó mirándolos.

—Ojalá se hubiese casado con él.

—Ah —dijo Burden, manifestando melancólicamente estar de acuerdo.

—En lugar de Billy.

—¡Ah! —soltó Burden, en un acorde aún más agudo.

Una leve brisa traía el perfume de las rosas.

—Me pregunto si Clay se arrepiente de haberse casado con Enid. Debería. Tiene muchas más cosas en común con Diana. Estaban hechos el uno para el otro. Ahora no es más que una comunista casada con un inválido. ¡Oh, qué triste! *Es* triste lo que hace la vida.

★ 6 ★

—¿Qué tal le va a Billy en el periódico?

—Muy bien. ¿Cómo está Enid?

—Oh, bien. Vive en Georgetown.

—Qué bonito. Nosotros ahora vivimos en Wisconsin Avenue.

—¿Te gusta trabajar en la oficina?

—Sí, es interesante. Si no fuera por nuestros electores.

—Pueden ser terribles. ¿Cómo está la señora Blaine? ¿La señorita Perrine?

—Ahora la señorita Perrine está casada. Te echan de menos.

Clay se subió en su coche. Hablar con Diana nunca le había resultado fácil. Ahora era imposible. El hecho de que ninguno de los dos pudiera mirarse directamente a la cara no facilitaba las cosas.

—Ten cuidado —le dijo—. En la guerra, me refiero.

—Descuida. Cuídate… de tu padre.

Se estrecharon la mano. Puso en marcha el automóvil. Ella dio media vuelta para dirigirse a la casa, pero volvió a girarse para decirle adiós con la mano mientras él rodeaba el estanque que había en el centro de la entrada. La saludó y luego estuvieron separados por los árboles mientras él recorría la avenida de madera hasta la carretera principal. Por lo menos no se había casado con ella ni se había pasado la vida intentando entablar conversación. Hasta Enid era mejor, o al menos, inesperada.

—¡Te podrían matar! —le dijo con gran vehemencia.

—Eso lo resolvería todo.

—Nunca me lo perdonaría si te matasen, ¡nunca! Me sentiría como si de alguna manera lo hubiese hecho yo. A Joe le gustas, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque le impresionó mucho algo que le conté que habías dicho. Joe es un estupendo juez de las personas y, por supuesto, toca el piano como no te puedes imaginar. —Enid dio un buen trago de Coca-Cola de la botella. Hacía varias semanas, dijo, que no bebía —. Hasta que termine la guerra. Esta es mi contribución a la guerra.

—Supongo que no dejarás de verlo mientras yo esté fuera.

—Si quieres, si *realmente* quieres que deje de verlo, lo haré.

Lo miró cara a cara. A diferencia de Diana, ella siempre le miraba a los ojos. Su mirada era más fija y cándida cuando mentía. Se

preguntó si ahora estaría mintiendo.

—Realmente quiero que dejes de verlo.

Clay había caído en el ritmo familiar.

Ella suspiró.

—Eres la persona más egoísta que he conocido en mi vida. Sólo, sabes pensar en lo que te conviene. Si alguna vez hubieses pensado en mí, esto nunca habría ocurrido —dijo señalando el salón.

Al parecer, «esto» era la casa de Georgetown.

El se precipitó a dar los pasos que venían a continuación.

—Si te hubiera llevado a fiestas todas las noches, nunca te habrías acostado con Ernesto. Pero como preferí mi carrera, que es un fracaso, a estar contigo las veinticuatro horas del día, te acostaste con Joe el marino. Sí, sí, sí.

Lo miró con reproche. El juego era sagrado. A ninguno de los dos le estaba permitido saltarse alguno de los pasos.

—Si vas a adoptar ese tono —dijo Enid, adoptándolo también—, ¿para qué has venido?

—A dejarte el coche y decir adiós a la niña.

—Está fuera con la niñera. En el zoo. No vendrán hasta las cinco. Siempre podrías volver, claro. No necesito el coche. Supongo que lo que quieres es un garaje gratis.

Ambos tuvieron mucho que decir sobre los motivos de él para dejarle el coche mientras estaba fuera; el tema del coche estaba más que agotado cuando llegó Blaise.

—¿Peleando otra vez?

Blaise tenía un aspecto fresco y compacto con su traje de verano, y su rostro colorado no brillante del calor, sino simplemente colorado, su característica habitual.

—¡Papá! ¡Pero… se supone que estabas en Watch Hill!

—Bueno, pues no. —Blaise besó amistosamente a Enid en la mejilla sin apartar los ojos de Clay—. ¿A punto de partir a las guerras?

—Sí, señor. Esta noche.

—¿Hawaii?

Clay asintió. Había pensado en telefonear a Blaise a Watch Hill aquella noche, para despedirse y recibir la bendición de su suegro. Ahora Blaise había comparecido en carne y hueso.

—He tenido que venir volando. Llega lord Beaverbrook.

—Al menos no está aquí para vernos —dijo Enid, acercándose a Clay—. Esto es toda una reunión. Peter de vuelta en Washington y todos nosotros juntos.

—Hasta que me vaya —dijo Clay sin entonación.

—Hasta que te vayas. Sí. Es horrible, papá. ¿Te das cuenta de que podrían matarlo? ¿No puedes hacer algo para que se quede en casa, como Peter?

—No quiere quedarse en casa. Ya le he hecho la oferta. Es testarudo —dijo Blaise sonriendo a Clay.

El mundo masculino cerró filas.

Viéndose al margen, Enid se desquitó.

—Escucha, padre. —Cuando papá se convertía en «padre», Enid iba a negociar—. Quiere divorciarse.

—Eso no es exactamente lo que he dicho…

Pero Clay había perdido la iniciativa.

—Sí, lo es. Y creo que es una tontería. ¿Tú no, padre? ¿A estas alturas? Con la niña, y Clay que se marcha a pasárselo bien en Hawaii.

—Sí, creo que es una tontería —dijo Blaise pausadamente. Se volvió a Clay—. No queremos perderte.

Clay le agradeció aquel signo de interés. Todavía podía ganar la partida a Enid. La idea de la victoria le inspiró.

—Sólo con que Enid fuera algo más discreta, no me importaría tanto, tal como están las cosas.

Su atrevimiento fue recompensado.

Enid se puso en pie saltando como un tigre, impresionando incluso al viejo tigre, su progenitor y compañero carnívoro.

—¡Discreta! ¡Empezó él! ¡No yo!

Elevó la voz, pero no perdió el control. Clay la observaba fascinado, mientras ella presentaba su defensa al tribunal de

apelación, sin titubear ni una sola vez en la presentación, no dejando ni un solo resquicio por el que pudiese filtrarse la verdad. Mientras describía el adulterio de su marido con la argentina imaginaria, él se dio cuenta de golpe que ella creía lo que estaba diciendo. Miró a Blaise nervioso; ¿le creía? Enid paseaba arriba y abajo delante de la chimenea, con la Coca-Cola agarrada como un arma. Pero la suerte estaba de parte de Clay, porque con un fuerte «¡Hola cielo!», Joseph Bailey, capitán de la marina de Estados Unidos, irrumpió en la habitación cargado de discos.

Enid se detuvo. Blaise se quedó mirando con incredulidad al recién llegado. Clay dijo:

—Soy el marido de Enid —ganando el juego, si no la partida.

—Traía algunos discos a Enid.

Joe los colocó sobre el fonógrafo Capehart. Enid dejó la botella de Coca-Cola, cual reina renunciando a su cetro.

—Papá, éste es el capitán Joe Bailey, un amigo mío.

Los dos hombres se dieron la mano, y, con cierta emoción, Clay detectó en la mirada que Blaise dirigía a Joe la misma furia que antaño tenía reservada para él.

—Sólo pasaba. De camino a la oficina. —El silencio de Blaise se extendió por toda la habitación como la noticia de una epidemia. Pero Joe no lo captó de inmediato—. Enid me ha hablado mucho de ti —le dijo a Clay, simulando encontrarse cómodo, sin darse cuenta de que la campana de su funeral ya había empezado a repicar.

Enid observaba a su padre con la fascinación de un hijo a punto de ser castigado.

—Espero que no demasiado mal —dijo Clay, al que había empezado a divertirle la situación.

—No, en absoluto. En absoluto. —El capitán se dirigió a Blaise abriendo un segundo frente—. Estamos todos muy emocionados, señor, con el editorial de la semana pasada sobre el freno al comunismo después de la guerra. Fue algo de primera.

Clay no estaba seguro de qué era lo que había sentado mal a Blaise, pero sospechaba que aquel «de primera» podría muy bien

haber sido el detonante. Blaise soltó una carcajada. No era la risa artificial y sonora que forzaba a veces para incomodar a los demás. Era una risa genuinamente jovial, encantadora en su espontaneidad. A Enid la hizo pedazos. Agarró el aire con las manos, como queriendo asir botellas de Coca-Cola invisibles. El capitán Bailey no podía ocultar su perplejidad.

—Creo que no le veo la gracia, señor.

—Nada. Nada —dijo Blaise, desalojando, con un dedo regordete, una lágrima que asomaba—. Lo puse de patitas en la calle, eso es todo. Al que escribió ese editorial.

—¿Por qué razón, señor?

—¿Razón? —Su conocida y peligrosa expresión de ira empezó a dibujarse a lo largo de la frente, surcándola entre las cejas, que deberían haber sido erizadas, pero que parecían haber sido pintadas, espesas y negras, como las de Enid—. Somos aliados de los rusos. Los necesitamos en la guerra contra Japón. No debemos menoscabarlos. Es demasiado pronto para empezar a hablar de contener el comunismo.

—Nunca es demasiado pronto.

El rostro del capitán se había vuelto sombrío. La pasión ideológica y la situación embarazosa hacían que le temblase la voz.

—Al parecer no en la… marina, ¿no? —le dijo Blaise, indicando el uniforme, como si hubiese sido fácil confundirlo con el del acomodador de un cine.

—Algunos de nosotros miramos hacia el futuro. Siempre habíamos pensado que usted era uno de nosotros.

—¿Uno de *vosotros*? —El desprecio fue perfectamente visible—. Creo que lo que todos vosotros los jóvenes necesitáis es un poco de servicio activo en la guerra, como Clay. Washington es un lugar desmoralizador a menos que tengas algo importante que hacer. —Después de haber liquidado al capitán, Blaise ofreció un par de alas a Clay—. ¿Quieres que te lleve? Tengo el coche fuera.

Enid volvió a la vida.

—Quiero hablar contigo un momento, Clay. —Se volvió al destrozado capitán—. Te veré después.

—Por supuesto.

La voz de Joe intentó recuperar su tono inicial de triunfo sin conseguirlo; sin dar la mano a nadie, se retiró, dando un pequeño rodeo a la habitación como todo tributo al maestro que había conocido.

—Padre, ¿puedes esperar a Clay fuera?

—Lo que tú digas, querida —le dijo, besándole la mejilla que le ofrecía, y abandonando después la habitación.

—Parece muy simpático tu capitán de marina.

—Oh, cállate. Escucha, ¿quieres divorciarte o no?

—Depende de ti.

Aquélla era la respuesta habitual. A Enid le temblaba la mano mientras se servía una copa.

—Bueno, yo no. Está la niña, aunque Dios sabe que no le haces ni caso. Joe la lleva a todas partes.

—Creí que estaría demasiado ocupado frenando el avance del comunismo.

—Tú y papá podéis reíros todo lo que queráis, pero están invadiendo el país. —Enid se lanzó a un ataque fiero e incoherente de los elementos que conspiraban contra la virtud americana, pero, luego (muy propio de ella), algo que dijo la hizo volver a sí misma y bruscamente permitió que la república cayese en manos de los rojos mientras ella rescataba su matrimonio—. Dejaré de verlo si de verdad quieres que lo haga, aunque es todo un hombre y hoy en día escasean, y no me refiero a que sea mi amante ni nada por el estilo.

—¿No lo es?

—No he dicho que no lo sea —dijo, cautelosa dentro de su falta de lógica—. El caso es que necesito un hombre en casa, que me saque, que se ocupe de las cosas, y la niña lo necesita, necesita un hombre al que admirar, que haga cosas con ella. Es muy duro para ella no tener padre y que yo intente ser padre y madre a la vez, cuando, seamos realistas, no se me da nada ni mi propio papel.

Contra su voluntad, Clay se sorprendió atraído por su mujer; su súbita y desolada sinceridad era cautivadora.

—De acuerdo —dijo él—. Retrasemos la decisión hasta que yo vuelva, si vuelvo.

—¡No debes ir! Quiero decir, sí, *ve*, a Hawaii o a otro sitio como ése. Pero no donde haya lucha. ¿Qué haría yo si te matasen?

Ante aquella evidente retórica, había infinidad de respuestas. Él la tranquilizó. La besó. Cogidos del brazo bajaron las escaleras de ladrillo de la casa dirigiéndose al alargado Cadillac en el que Blaise se había sentado a leer tranquilamente el periódico. El chófer abrió la puerta de atrás. Blaise levantó la vista.

—¿Todo arreglado?

Enid le echó los brazos al cuello a Clay como si estuviese segura de que fueran a matarlo, y tal vez era así, pensó él, apartando amablemente sus brazos y acomodándose en el asiento de atrás. El chófer cerró la puerta. Ahora, el metal y el vidrio le separaban de Enid, cuyos labios continuaban moviéndose aunque no podía oír lo que decía a través de la ventana cerrada y el sonido del motor poniéndose en marcha.

Cuando el coche se alejó, Enid dio un buen trago del vaso que tenía en la mano y entró corriendo en la casa. Él se preguntó si volvería a verla.

—Ha vuelto a beber, ¿verdad?

—¿Beber? No lo creo. Estaba bebiendo Coca-Cola, ¿no?

—Cuando ha salido llevaba un vaso de whisky —dijo Blaise con el tono de un espectador imparcial—. ¿No hay divorcio?

—No. De momento no.

—Bien.

Los dos permanecieron en silencio mientras el automóvil se alejaba de Georgetown y embocaba una amplia avenida flanqueada de edificios bajos, cada uno con una fachada falsa de madera o ladrillo, como en la calle principal de una ciudad del Oeste. Pasaron por delante de una Tienda del Pueblo (letras amarillas sobre fondo negro) perteneciente a una cadena de la ciudad casi tan ubicua

como las Lavanderías Palace, cuyo color del anagrama era rojo y dorado, o como las cabañas de ladrillo verde y blanco de una planta, conocidas como «Tabernitas». Estos puntos de referencia visuales hacían que la ciudad fuese el hogar de Clay, que se había acostumbrado por completo a la lenta y lánguida ciudad con sus largas y vacías vistas de edificios públicos columnados e inesperadas barriadas donde los negros vivían en sombrías casas de ladrillo construidas en aquellos días estivales en los que reinaba McKinley y gobernaba Mark Hanna. En otra parte, estaban las elegantes avenidas de tres calzadas, interrumpidas por círculos diseñados para mantener a raya a la temida chusma con los cañones, obra de hombres que no podían prever hasta qué punto la chusma gobernaría no ya en las calles con el mosquetón, sino en el mismo Capitolio, mediante el ademán y a veces la realidad de gobernar ellos mismos, dejando los círculos a sus superiores, que levantaban palacios y no temían a nadie, ni siquiera al presidente, al que acusaban de desear su ruina.

—¿Te pesa marcharte? —dijo Blaise en voz baja. Clay asintió.

—Pero es algo que tengo que hacer.

No había sido su intención dar la nota heroica.

Por fortuna, Blaise no le había oído: su oído sólo sintonizaba con lo práctico.

—Si vamos a meterte en el Congreso, tendrás que ir.

Clay se volvió a Blaise.

—¿Sabe? Le estoy muy agradecido por la forma en que me está ayudando, después de todo lo ocurrido con Enid.

Blaise desvió la vista, como con timidez.

—Enid es difícil. No me gusta lo que está haciendo de su vida. La bebida. El idiota de la marina.

—Supongo que gran parte de la culpa es mía.

El cable de tanteo de Clay fue agarrado de inmediato.

—Sí, es cierto. Y no puedo decir que lo hayas llevado demasiado bien. Pero lo hecho, hecho está. Te diré que me impresionó mucho que me llamases y quisieras hablar, pero nunca dijeras una palabra

en contra de Enid. Te admiré por eso. —Tal como pretendía, pensó Clay, sombríamente complacido de que su estrategia desesperada hubiese funcionado—. Lo que no me gusta es su forma de sacar todo esto de quicio. De todos modos, esperemos que todo quede olvidado cuando vuelvas como un héroe.

Clay se rió.

—Lo de ser un héroe no es fácil de garantizar.

—Le he dicho a Harold Griffiths que no te pierda de vista. Se mantendrá cerca.

—No se puede decir que seamos muy amigos.

—¿Y eso qué tiene que ver? —En la voz fría, Clay detectó poder —. Si haces algo digno de destacar, Harold escribirá sobre ello y yo lo publicaré. Mira, quiero que llegues lejos.

—¿Por qué?

Aquella simple declaración invitaba a una pregunta directa.

—Hablamos de esto una vez, hace años, en Laurel House. —Blaise no se anduvo por las ramas—. Te dije que no quería ponerte las cosas fáciles. Entonces tenía mis razones; ahora también las tengo. Son razones personales, y tal vez no especialmente atractivas. —Blaise miró para otro lado—. Te dije entonces que aunque yo fuese un chico *rico* —la voz ronca consiguió hábilmente subrayar la palabra peyorativamente—, había deseado exactamente las mismas cosas que tú, y las había conseguido. A mi manera, no era la mitad de satisfactorio que a la tuya. —Frunció el entrecejo—. Si los republicanos hubiesen ganado las pasadas elecciones (no tenían ninguna posibilidad, pero si lo hubiesen hecho) me habrían nombrado embajador en Italia. Puesto interesante, vida agradable, y además estaba Mussolini con el que negociar, lo cual podría haber valido la pena. —Por un momento, Blaise habló de Mussolini como si se arrepintiese de no haber ostentado la embajada del presidente Willkie. Luego, volvió a dirigirse a Clay—. ¿Ves?, eso hubiera sido de segundo orden.

—¿Ser embajador en Italia?

Blaise asintió.

—Para *mí*, de segundo orden. —Lo afirmó como un hecho—. Pero eso es todo lo que podía conseguir porque no tengo futuro. Excepto seguir como estoy, que no está nada mal. —Le dedicó su inesperada sonrisa—. Pero tú sí que tienes futuro. Y puede ser extraordinario. ¿Te das cuenta de eso?

—Sí. —Clay podía igualar la orgullosa franqueza de Blaise—. Siempre lo he sabido.

Blaise se rió.

—¡Bien! Eres como yo, sólo que como no eres un chico rico, tu oportunidad es mejor.

Clay fue al grano.

—Sin dinero, no tengo ninguna oportunidad de hacer algo grande.

—Tendrás lo que necesites. No te preocupes.

Reflexivamente, Clay no pudo evitar el preguntarse *por qué* Blaise le ayudaba. Ciertamente no por causa de Enid, porque ahora estaba claro que Blaise había intercambiado la hija por el yerno, como si no pudiese mantener el afecto por los dos a la vez, o tal vez «interés» era una palabra más adecuada, puesto que a Blaise nadie parecía importarle lo más mínimo. Dependiendo de su estado de ánimo, hablaba con la misma cortesía o desdén, de esposa, hijo o hija.

De momento, Clay sabía que había logrado atraer el interés de Blaise; tenía que sacarle el máximo provecho. Habló informalmente de lo que significaba el dinero en la política, de lo difícil que era que hombres como el senador Day accediesen a la presidencia. Al mencionar a Burden, Blaise se irguió en el asiento y dio una patada al asiento plegable colocándolo en su sitio.

—¡Nillson!

—¿Qué ocurre con él?

—¡Tú! ¿Has tenido algún trato con él?

Clay mantuvo la firmeza de su voz, se obligó a no alterarse.

—Muchísimo trato. Al fin y al cabo, se ocupó de financiar la campaña del senador en 1940.

—¿Notaste alguna cosa extraña?

Clay negó con la cabeza.

—Nada. Bueno, naturalmente, burlamos la ley que limita los gastos de la campaña electoral, pero…

—No. No. Entre él y el senador, ¿algo turbio?

—Si lo hubo no llegué a enterarme. —En cuestiones como aquélla, la verdad era casi siempre un error—. ¿Qué sabe?

—Van a procesar a Nillson. El gobierno. Algo relacionado con un fraude. No conozco los detalles. Me lo dijo nuestro agente financiero en Nueva York.

—El senador no estará directamente implicado, ¿verdad?

—No. Pero en la medida en que Ed recaudó dinero para él, está implicado.

Clay se tranquilizó. Al parecer, no era la venta de tierras indias.

—¿Culpable por asociación?

—Pobre Burden. Las primarias le van a resultar duras.

—¿Le apoyará?

Blaise asintió.

—Pero me alegro de que ahora vayas por tu cuenta. Él podría tener problemas. —Blaise le ofreció un puro. Los dos se tomaron con calma el ritual de encenderlo. Cuando el coche estuvo lleno de humo, Blaise abrió la ventanilla y dijo suavemente—: Me gustaba Ed. —Clay se percató del tiempo del verbo—. Pertenecíamos al mismo club. Malos tiempos para nosotros. —Blaise se rió—. Whitney también era miembro. Y fue a la cárcel. El capitalismo ya no es lo que era, ¿no te parece?

—Tal vez no agarren a Ed.

Pero Blaise estaba cansado del tema. Se volvió a Clay, con el blanco de los ojos de color dorado oscuro y los iris tan negros como las pupilas.

—¡Vamos a conseguirlo! ¿Me oyes?

A Clay le sobresaltó aquella inesperada vehemencia. Afortunadamente, antes de que tuviera que reaccionar de manera acorde, el automóvil se detuvo y mientras el chófer y el portero del

hotel se disputaban el honor de abrir la puerta del coche, Blaise le puso la mano en el muslo y se lo agarró con fuerza hasta hacerle daño. Clay notó cómo las lágrimas le subían a los ojos, pero no retiró la pierna. Lo estaba poniendo a prueba, de alguna extraña manera. Sádico hijo de puta, pensó, mientras los potentes dedos seguían clavándose en el músculo de su pierna. Entonces el chófer abrió la puerta y la mano se retiró. Pero el dolor continuó. Blaise le estrechó la mano mecánicamente.

—Manténte en contacto.

—Lo haré.

Cuando Clay salió del coche, le hormigueaba la pierna.

—Oh… —Blaise volvió a llamarlo.

—¿Sí, señor?

—Que no te maten.

—Lo intentaré.

Los dos hombres se rieron. Luego Blaise se marchó y Clay se quedó con el deprimente pensamiento de que podría no vivir lo suficiente como para concluir el gran designio que Blaise le había revelado de manera tan seductora. Pero la aparición de una figura familiar dispersó todas sus dudas. El buen presagio era la señorita Perrine.

—Sólo que ahora soy la señora Fallon. Pero sigo trabajando para el senador, porque necesitamos ese dinero de más. Munson sigue trabajando en la Moneda.

Sonrió vivazmente y aceptó la invitación a pasar por la habitación de Clay a tomar una copa después de entregar unos documentos a uno de los partidarios del senador.

Cinco

★ 1 ★

—Es lo más parecido a un salón que se puede encontrar en Washington —dijo el sargento Aeneas Duncan al suboficial (subalterno) Peter Sanford, en el momento en que entraba en el Dupont Circle.

Peter eligió ser perverso.

—¿Pero qué es un salón? ¿Y necesitamos eso en Washington? ¿Y por qué ir a «lo más parecido»?

Pacientemente, Aeneas explicó a Peter que allí, por lo menos, había conversación, casi a la altura de la de Nueva York, la ciudad en la que Aeneas se había enrolado en el ejército para poder matar nazis. En lugar de eso, le habían enviado a Washington para discurrir maneras de animar a unas tropas cada vez más aburridas y fastidiadas después de tres años de guerra. Antes de enrolarse, Aeneas daba clase de filosofía y escribía espesas críticas de literatura y política. Aunque tenía cuarenta y cinco años y no gozaba de buena salud —resollaba, víctima del asma, fumaba demasiado y, a efectos militares, era ciego— había sido aceptado a entrar en servicio y destinado a una oficina cerca de la de Peter en la que producía grandes cantidades de escritos, muchos de ellos mimeografiados. No era feliz en Washington, pero hacía todo lo que podía para conformarse en lo que consideraba una ciudad provinciana y, como un personaje de Chejov, hablaba melancólicamente de su exilio de la auténtica capital. Para él, Washington no existía. A pesar de su pasión por la teoría política, no tenía interés alguno en la política

real. Hasta que el sistema cambiase por completo, era inútil, afirmaba, incluso reconocer la estructura de poder existente. Pero, aunque el nombre y la función del presidente del Comité de Procedimientos y Métodos de la Cámara le resultaban extraños, leía a Locke, glosaba a Hume y exponía las ideas de Marx. En cualquier caso, «Pronto se irán», decía ominosamente cuando Peter le hacía demasiadas preguntas. Pero lo que no decía era si lo harían barridos por la revolución o simplemente arrastrados por la marea de la historia.

A menudo, mientras Aeneas hablaba, Peter se sorprendía preguntándose cómo debía de ser estar tan profundamente preocupado con la claridad moral. Era esta cualidad de Aeneas lo que más le atraía. Aeneas no se tomaba nada a la ligera. Todo debía ser sopesado en la delicada balanza de una conciencia moral que nunca dormía. Al principio, Peter consideró aquella seriedad lo suficientemente refrescante como para imitarla, y se dedicó a analizar no sólo las obras, sino también los motivos, no sólo los efectos visibles de la acción, sino también los incalculables efectos secundarios de la misma. Llegó a poder participar en el juego; pero al hacerlo, pronto se dio cuenta de que para él era un deporte y no, como ocurría con Aeneas y sus amigos, el verdadero sentido de la vida. En un principio Peter se sintió molesto por lo que dio en llamar su propia frivolidad. Mientras que el tribunal de Aeneas estaba en sesión permanente, el suyo se hallaba en descanso indefinido. Simplemente no era capaz de emitir sentencias firmes. La estupidez y la malicia de los demás, más que alarmarle, le divertían, salvo, naturalmente, cuando él era la víctima, en cuyo caso sabía que era capaz de comportarse con la misma estupidez y malicia que cualquier otra persona. Pero si lo dejaban en paz, presuponía que los demás se regían exclusivamente por el interés personal. Ello no le afligía como a Aeneas, que veía con irritable claridad las fechorías de los demás y, aun peor, se juzgaba a sí mismo, si no sin ternura, al menos con una desconfianza que no le daba tregua.

A Aeneas, Peter le parecía desconcertante. «Eres estúpido», era el estribillo invariable, pero luego el auténtico pedagogo se aplicaba a ilustrar a Peter, que disfrutaba aprendiendo; sólo de vez en cuando Peter restablecía el equilibrio y se reafirmaba personalmente burlándose de la ignorancia de Aeneas sobre la política real y la historia no marxista. Pero Aeneas, poco inclinado a aceptar que le hablaran de lo que no conocía, se limitaba a citar a Hegel: «Sabía lo que sabía».

Como Aeneas, divorciado desde hacía poco, estaba solo en la ciudad, a menudo pasaba sus horas libres con Peter. Invirtiendo los papeles habituales de nativo y visitante, Peter veía sólo a los amigos neoyorquinos de Aeneas. La mayoría eran escritores destinados en el Pentágono; de algunos se decía que eran famosos, aunque él no había oído hablar de ninguno de ellos. Sea como fuere, le divertía su feroz desprecio por todo lo que a él le habían enseñado a valorar. Casi todos ellos habían sido comunistas hasta el pacto Hitler-Stalin. Todos eran socialistas, lo cual deleitaba a Peter, que sólo había conocido a gente como aquélla de oídas. Puesto que había negado toda relación con el infame editor del periódico, nadie sospechaba quién era. Como resultado de ello, se enteraba de cosas atroces acerca de su padre.

De pronto, después de un año en Washington, Aeneas descubrió a los nativos.

—¿Sabes?, hay algunas personas interesantes por aquí, simplemente como muestras, claro. El tipo de gente que lees en las novelas escritas por damas con tres apellidos o en las de Henry James, que tenía algo de dama. Hay una en especial que me gusta. Es la vieja América en su plenitud, si esto no constituye una contradicción en los mismos términos. Sólo invita a su casa a gente que puede leer sin mover los labios. Ello significa ninguno de tus amados políticos.

Pero Aeneas no diría quién era *ella* aparte de: sí, era conocida. No, no era política, no mucho. Sí, era rica. Y casada. Y mayor. En todo caso, le divertía sorprender a Peter, cuya sorpresa se debía al

descubrimiento de que Aeneas, como todo el mundo, era un trepador social. Pero luego se recordó a sí mismo que el movimiento era vida. Todos los hombres debían hacer escalada, especialmente los nacidos en la cima, que tenían que hacer la fascinante pero arriesgada jornada de descenso, un asunto traicionero en el que un solo paso en falso podía significar una caída fatal.

De mala gana, Peter aceptó ir a la casa de aquel dechado de virtudes, consciente de que si la conocía, el juego se habría acabado y sus amigos recientes lo conocerían por lo que era, el hijo de una bestia fascista. En Dupont Circle, también Aeneas se lo pensó dos veces; no estaba nada seguro de que Peter encajase en el ambiente.

—Los ricos son infames, ¿sabes? —empezó a decir a disgusto—. Si estás seguro de que te sentirás a su altura…

—Haré todo lo que pueda —dijo Peter con humildad.

Aeneas y los neoyorquinos creían que su padre era un funcionario de segundo orden en el gobierno. Como consecuencia de esta mentira necesaria, por primera vez en toda su vida tenía la sensación de ser enteramente él, sin necesidad de defender o desaprobar al famoso padre. Era una sensación estimulante. Hasta entonces, no se había dado cuenta de la cantidad de horas de su vida que había dedicado a hablar o, aun peor, a no hablar deliberadamente de Blaise, del *Washington Tribune* y del laberinto de relaciones de su familia.

Aeneas se detuvo delante de un enorme palacio amarillo con una complicada verja de hierro forjado.

—Aquí es —dijo.

—¡Millicent Smith Carhart! —no pudo reprimirse Peter. La mascarada estaba a punto de finalizar.

Aeneas se sobresaltó.

—¿La conoces? Pero claro —se respondió él mismo—. Cualquier persona que viva en Washington ¿cómo va a *pasar por alto* esta casa? En aquellos tiempos los ricos creían que tenían que hacerse ver.

Y con esta generalización, Aeneas llamó al timbre.

Los recibió una criada. Por un instante, pareció que reconocía a Peter, que rápidamente se sacó la gorra ocultando con ella su rostro.

—La señora está en la biblioteca —dijo la criada, y su expresión manifestaba que no le agradaba el aspecto de los recién llegados.

Peter se dirigió a la biblioteca.

—Muy bien —dijo Aeneas—, es por ahí. Esperemos que no nos asigne un tema. A veces lo hace.

—Creí que habías dicho que tendríamos conversación, no un seminario.

—¿Qué diferencia hay?

Pero Peter no iba a interpretar el papel de Glauco ante Aeneas, el sabio de Ática. Estaba demasiado ocupado preparándose para encontrarse con Millicent Smith Carhart, a la que conocía de toda la vida.

Todo el mundo conocía a Millicent. Era la sobrina de un presidente algo insustancial que había reinado durante los años serenos antes del cambio de siglo. De joven había vivido con su tío viudo en la Casa Blanca haciendo las veces de anfitriona. A falta de una belleza convencional, había decidido suscitar interés, entre otras cosas, casándose con un par inglés. Desafortunadamente, su real conde, como lo llamaba ella, era adicto a *le vice anglais*, y aunque aquello podía haber interesado a Millicent, no le gustó. Finalmente, después de una cena por lo demás carente de todo interés en la embajada americana, Millicent había, según sus propias palabras, dejado realmente al conde. Luego regresó a Washington y construyó un palacio en Dupont Circle con la fortuna heredada del presidente, que había fallecido inesperadamente rico. Millicent vivió sola hasta que el conde murió, momento en que, ante la sorpresa de todo el mundo, contrajo matrimonio con Daniel Truscott Carhart, un sombrío tipo de Nueva Inglaterra que no interesaba a nadie más que a Millicent. Las especulaciones en cuanto a *cómo* había llegado a suscitar su interés se prolongaron durante años. Pero ahora que ambos eran heptagenarios, se suponía simplemente que, en algún momento de su vida, él debía de haber sido divertido y que ella lo

había conservado generosamente, como un hombre de repuesto para la cena. La única función del señor Carhart en Washington era un oscuro vínculo con la Institución Smithsoniana, a la que, corría el rumor, Millicent se había legado a sí misma, como parte del patrimonio nacional.

El salón pretendía impresionar, con complicados artesonados y biombos chinos, pero al igual que Millicent, tenía un aspecto raído de grandeza no del todo lograda. Las cortinas estaban descoloridas y rotas; las sillas se tambaleaban y necesitaban ser reparadas; los inevitables marcos de plata de la realeza estaban deslustrados.

Los criados de Millicent habían envejecido con ella: hasta habían llegado a ser iguales que ella en el sentido de que consideraban a la mansión no como una casa a mantener sino como un templo al que servir. Sobre la chimenea colgaba un cuadro de la deidad de la casa. El tardío presidente había sido un hombre rechoncho, de mandíbula ancha con ojos ansiosos y patillas rizadas. Hacía tiempo que la gente había olvidado su administración, pero allí, en aquella sala, Peter era consciente del siglo XIX como no lo era en ningún otro lugar de Washington, y se imaginó cómo debía de haber sido la ciudad en aquellos días de viejos lentos, cenas de doce platos y discursos interminables. Pero Millicent no manifestaba señal alguna de la época dorada de su juventud. En cierto modo era completamente moderna. Pero en realidad, siempre había sido contemporánea, y si no fuera por la evidente decrepitud de su casa y marido, uno podría pensar que su brillante y perdurable mediana edad era eterna.

—¡Señor Duncan, qué bien que haya venido! —dijo, agarrando la mano de Aeneas como si fuera a darle buena suerte.

Millicent era alta; tenía la mandíbula grande del presidente, pero los ojos redondos y pequeños eran suyos.

Aeneas estaba nervioso.

—Señora Carhart, espero que no le importará, pero he traído a un amigo.

—Por supuesto. Por supuesto. —Millicent cogió la mano de Peter con las suyas. Pero cuando oyó «Peter Sanford», lo abrazó, ante el

asombro de Aeneas—. Por el amor de Dios, ¿que está haciendo un niño como tú en el ejército?

—Adulto, señora Carhart. Ya no soy un niño.

—¡El tiempo! —La señora Carhart gritó el nombre del enemigo—. ¿Dónde está Blaise? ¿Frederika?

En Hobe Sound, informó Peter; pero estarían en Laurel House dentro de unos días, para pasar las Navidades.

—¿Darán este año la fiesta de Año Nuevo?

—Oh, sí.

—Entonces, allí estaré. Es la única vez que me invitan a Laurel-House. No soy suficientemente importante para ellos. Pensar que estás *en el ejército*… ¡Daniel! —llamó a su marido, un hombre grande y plácido con el cutis moteado de manchas hepáticas—. ¡Es Peter Sanford! Y el señor Duncan, el crítico del que te hablé. ¿O debo llamarle capitán?

Aeneas se limitó a negar con la cabeza, maravillado ante el cambio de estatus de Peter. Antes de que Aeneas pudiese formular una pregunta y acusar, el señor Carhart se llevó a Peter mientras Millicent presentaba a Aeneas como el «famoso crítico» a una serie de personas que nunca habían oído hablar de él. Pero Millicent hacía todo lo que podía para crear salón. No es que Peter tuviese una idea muy clara de lo que era un verdadero salón, salvo que, además de varios oradores brillantes, tendría que haber un gran número de extraordinarios oyentes, cuidadosamente instruidos para apreciar todas las alusiones y matices que hiciesen los oradores. Pero no había estado nunca en un lugar de aquellas características. En las casas que conocía, sólo se hablaba de la política del día; los demás temas tendían a crear confusión y a aburrir.

—Creo que tu hermana Enid también viene a tomar el té —dijo el señor Carhart lentamente mientras acompañaba a Peter a una mesa con mantel de encaje donde dos ancianas criadas de uniforme gris servían té y café. Al hacerlo, les temblaba la mano, pero no derramaban ni una gota. Cuando Millicent decía té, era té. No se servía alcohol a nadie, lo cual no molestaba en absoluto a Peter, que

estaba emocionado ante el espectáculo de la comida: finas rebanadas de pan con mantequilla, bocadillos de pepino, berros y pollo; además, en bandejas de plata oscurecidas por el tiempo, pirámides de galletas recubiertas de chocolate y pálidos almendrados.

La vida era bonita. Pidió té, engulló un bocadillo de pollo y dijo que últimamente no había visto mucho a Enid.

—Me tienen muy ocupado en el Pentágono —se inventó.

Al bocadillo de pollo le faltaba sal, lo que significaba que la mantequilla era fresca. Probó un bocadillo caliente de queso: estupendo. Habían empleado mantequilla para hacer brillar la tostada; dentro, el ají de Cayena le daba definición.

—¿Se terminará algún día la guerra? —preguntó el señor Carhart educadamente. Sin esperar respuesta, desapareció. Era una pregunta para la que nadie, aquella semana, tenía respuesta. Hasta hacía poco, el tedioso asunto parecía acercarse a su final; luego, tanto Alemania como Japón se alzaron con fuerzas renovadas. En el caso de los japoneses, una «fuerza divina»; pilotos kamikazes estrellaban sus aviones directamente contra el enemigo, muriendo en la explosión. En Europa, en contra de lo que cabía esperar, los alemanes habían detenido el avance aliado en una violenta acción a la que los periódicos se referían como la batalla de la Línea. Se produjeron muchas bajas. Peter había recibido cartas de amigos del primer ejército que le contaban que las cosas estaban difíciles; alababan su visión de futuro al haberse quedado en el Pentágono. Pero él se negaba a sentirse culpable. Había decidido sobrevivir y hasta el momento lo había conseguido.

Se le acercó Diana. Tragó de golpe, luego bebió té de un sorbo y le estrechó la mano.

—No sabía que tú eras uno de los de Millicent —dijo divertida.

—Me han traído —dijo y pensó que estaba más guapa que de costumbre—. ¿Dónde está Billy?

—¿Quién sabe? —dijo bruscamente—. Nos hemos peleado.

—¿Más grave de lo normal?

—Mucho peor. Al parecer testificó contra Ed Nillson. Papá está furioso. Yo estoy furiosa.

—¿Quién es Ed Nillson?

—Recaudaba dinero para la campaña de papá en 1940. Del sector del petróleo…

Peter recordó vagamente un reciente relato en el periódico acerca de un empresario del petróleo acusado de algún asunto turbio.

—… Lo están procesando en Nueva York. Y Billy testificó contra él. Hasta implicó a la Casa Blanca. No podía sentirse más orgulloso. Después de todo lo que el señor Nillson había hecho por papá, por mí. Ha sido demasiado… bajo. Supongo que no hay forma de conseguir una copa. No, es un té serio.

Tomó una de las tazas que servían las criadas, derramó la mitad en el plato, se bebió el resto y pareció sentirse algo recuperada.

Mientras tanto, Peter se comió un bocadillo en forma de estrella; lengua con una pizca de mostaza. Se comió otro y le preguntó:

—Y *tú* ¿qué estás haciendo aquí?

—El señor Carhart. Voy tras él. Para la revista.

—¿Sigues buscando un patrocinador?

Diana asintió, endureciendo de pronto la expresión.

—O consigo publicar esa revista o me muero… de exceso de té. He tomado té con todas las viudas ricas de Washington.

—Las viudas ricas no suelen tener inclinación a apoyar una revista socialista. Va a contrapelo.

—En esta fase no se lo digo. Les digo que *La Idea Americana* estará dedicada al arte, la belleza, la verdad…

—Cosas que deploran en su fuero interno…

—Pero que deben admirar. Y, por supuesto, anticomunista. Nosotros también lo somos. Esta parte siempre va bien. Sólo que…

—¿No invierten?

—No invierten. El señor Carhart es casi nuestra última esperanza.

—Supongo que Billy no supone una ayuda a la hora de recaudar dinero.

—Ninguna. Pero es un maravilloso redactor. No, en serio. Ha reunido algunos colaboradores fantásticos.

—*Allí* hay una posibilidad —dijo Peter señalando a Aeneas.

Agarrando una galleta de chocolate con la mano izquierda, como provisión para un largo trayecto a través de la habitación, Peter acompañó a Diana hasta Aeneas, que conocía a Billy de oídas y estuvo de acuerdo en que había un sitio para *La Idea Americana* en el mundo literario.

—Claro que escribiré para vosotros. Escribiré para cualquier cosa que se pague. ¿Cuánto pagáis?

—Oh, todavía no tenemos dinero. —Quiso parecer alegre, pero sólo consiguió parecer desanimada—. Pero claro que pagaremos —añadió enseguida—. Tan pronto como recaudemos suficiente dinero para seis números por lo menos. Pero no es fácil.

—¡No es fácil! ¿Qué me dices de este amigo tuyo? El lobo capitalista bajo su vellocino de oro fingiendo ser un inocente cordero.

Aeneas simuló un tono sincero, pero Peter se dio cuenta de que estaba enfadado. Habría que arreglar las brechas.

Peter se volvió hacia Diana.

—Si quieres, me ocuparé del señor Carhart.

Deseaba ardientemente hacer algo por Diana, porque estaba enfadada con Billy, y si ahora podía serle útil… La pavana continuaría. Tarde o temprano todas las manos se tocan. Ella estaba encantada, y le encantaba.

Cuando estaba a medio camino en dirección al señor Carhart le detuvo Lucy Shattuck. Al igual que todas las amigas de Frederika, se las daba de conocerlo tan bien como a su madre.

—¡Peter! ¿Te has visto? ¡Como un tonel!

Él escondió el estómago; la galleta recubierta de chocolate que llevaba en la mano había empezado a derretirse. Lucy le presentó a un oficial de marina que resultó ser un actor de cine con destino en el Pentágono. El actor era más bajo que él e inesperadamente

recatado. Las damas de Washington se lo disputaban. Ante el asombro de éstas, era un «caballero».

—No llegará a vivir otro período presidencial —dijo Lucy solemnemente.

El tema, por supuesto, era el presidente, que los tenía a todos obsesionados. No obstante, por algún motivo, la gente había aceptado un cuarto mandato con más facilidad de la que habían aceptado el tercero, sin duda dándose cuenta de que en tiempos míseros era conveniente que el hijo de la luz reinase sobre ellos. Al propio Peter, el anciano Lucifer le resultaba odioso y redundante; siempre que se encontraba de narices con su fotografía en el periódico, pasaba a otra sección rápidamente para evitar la visión de aquel rostro demacrado e iracundo, con la peculiar mancha oscura sobre la ceja izquierda, que daba siempre la impresión de ser un defecto en el sistema de reproducción del periódico, una gota de tinta que se extendía de año en año, de tirada en tirada.

El actor vaciló.

—No es que sea partidario del New Deal —dijo recatadamente con la voz que había deleitado a millones de personas, entre las que se encontraba Peter, quien de pronto deseó que todo aquello fuera una película en la que cada uno tenía un papel interesante que había memorizado con anterioridad—. Pero fui a cenar a la Casa Blanca precisamente la semana pasada. Y vi que estaba en plena forma. Y muy ocurrente con respecto a Dewey. Debo decir que me reí, aunque voté a Dewey.

En cierto modo, la idea de una estrella de cine votando le pareció de mal gusto a Peter, que hubiese deseado que el protagonista dijese en aquella voz de acero tan celebrada: «Muy bien. Quédese donde está. Quiero los diamantes». Luego, con su extraña media sonrisa, se dirigiría a Peter y le diría: «De acuerdo, Peter, cubre la habitación de atrás». Pero la voz era ordinaria, no de acero; el porte, un mero eco del personaje de la pantalla; la media sonrisa, falsa. Lucy, no obstante, estaba emocionada. Al igual que la mayoría de las damas de Washington, nunca iba al cine, pero estaba al corriente de

los artistas de cine. Aunque se consideraba de buena educación burlarse de ellos, estaban muy solicitados en las fiestas: vestían una habitación.

Lucy hizo a la estrella el gran honor de contarle cotilleos importantes. Al parecer, el presidente, aunque se estaba muriendo de un cáncer inoperable, tenía un lío con la princesa de Noruega, que había permanecido durante demasiado tiempo en la Casa Blanca.

—Por supuesto, a la señora Roosevelt no puede importarle menos, pero Missy LeHand se volvió loca de pena porque él está completamente loco por esa mujer.

Peter notó divertido que hasta la cínica de Lucy aceptaba la convención femenina de que los hombres siempre están «locos» por las mujeres, cuando, en realidad, había observado que raras veces los hombres se volvían locos por alguien.

—Luego, para colmo de males, ¡regala a su país un cazasubmarinos! —Mientras Lucy soltaba una escandalosa carcajada, la punta de su nariz subía y bajaba—. ¿No es típico de él? Otros hombres regalan a sus amantes una pulsera de diamantes, pero él le regala ¡un cazasubmarinos!

En el otro lado de la habitación, Peter vio a Irene Bloch, que era recibida efusivamente por Millicent. Se preguntó si aquélla era una nueva alianza.

—La señora Carhart tiene invitados de lo más interesantes —observó el actor con cautela.

—Una caja de sorpresas, diría yo —dijo Lucy con demasiada brusquedad, puesto que dos elementos de la caja estaban de pie frente a ella—. Quiero decir —modificó—, que no es como en nuestros viejos y eruditos tiempos, en los que a mí no me dejaban entrar en la casa y Henry Adams solía dar conferencias. Esto era antes de que muriese su esposa, claro, pobre mujer: él no fue una persona fácil. Ahora Millicent se relaciona con la gente corriente, como nosotros.

Pero la gente presente ni era corriente ni estaba de ninguna manera relacionada entre sí, salvo en el detalle de que cada uno de ellos sabía que en aquella habitación se hallaba, aunque brevemente, sobre el último de los puentes tendidos entre el Washington del siglo XIX y la nueva ciudad imperial cuyas flotas y armadas ahora se extendían por la tierra desde Borneo hasta el Rin.

Peter echó un vistazo al fornido presidente que presidía la chimenea y se preguntó si se habría imaginado aquel nuevo imperio americano tan distinto a la antigua república cuyos joviales destinos había regido. El cambio experimentado en el país, y reflejado en la ciudad, había sido tan repentino que Peter no se sorprendía de que se percatasen de él tan pocas personas. De la noche a la mañana, todo el mundo daba por sentado que, sin comerlo ni beberlo y por la gracia de Dios, el imperio americano existía para dirigir el mundo. No es que *deseemos* el mundo, rezongaban los grandes magnates, mientras se apoderaban de bases y de rutas comerciales, pero ¿quién, si no, puede detener a los nazis y a los japoneses? ¿Quién, si no, es capaz de mantener la paz a través de la guerra?

—Debo decir que esta guerra es terrible —dijo Lucy como si hubiese dedicado al tema más tiempo de lo normal—. El fin de semana pasado estaba en Maryland con Millicent. Tiene allí una casa preciosa —le dijo al actor, que le respondió que sí, que lo sabía—. Y por la tarde vino una tal señora Osborne, la que siempre está intentando conservar la parte antigua de Georgetown, ¿sabéis? —Peter dijo que sí, que sabía—. Quería que Millicent formara parte de un comité o algo así, y mientras discutíamos los pros y los contras del asunto, fue aquel día que hacía tanto calor…, domingo, como en primavera…, y estábamos sentadas fuera, al lado de aquel estanque horrible de Millicent, que está tan lleno de plantas que le llamo sopa de algas. Bueno, sonó el teléfono exterior y Millicent lo contestó, y era para la señora Osborne, que lo cogió. Bueno, pues no habría escuchado más de dos minutos cuando dio un paso atrás, se enredó el pie en el cable de extensión y *se cayó* de cabeza en el estanque. Afortunadamente, Millicent está fuerte como un toro y la sacó. La

pobre, empapada hasta los huesos, cubierta de hojas pegadas, nos dijo que su hijo, aquel Scotty alto y simpático…

La mano que sostenía la galleta de chocolate se cerró en un puño de piedra: «… había muerto» oyó Peter en su interior un instante antes de que Lucy Shattuck dijese:

—… había caído en Saipan, de un tiro en la cabeza. Era marine. Lucy continuó hablando, pero Peter ya no escuchaba. Cerró los ojos, intentó recordar a Scotty, consiguió un negativo en blanco y negro, lo intentó de nuevo, logró un retrato borroso de Scotty patinando a los catorce años, con unas bermudas de pana; hizo un nuevo intento y lo vio en color. Tenían trece años. Estaban en un cuarto de baño de Laurel House. Peter no tenía conocimientos prácticos de sexo. Scotty se ofreció a enseñarle. Estaban los dos tumbados en el frío suelo de baldosas. Media vida más tarde, Peter podía sentir todavía la mano callosa de atleta que lo agarraba.

Mientras Scotty realizaba su trabajo, describía cómo había seducido a una chica de diecisiete años el verano anterior, toda una victoria. Aquel día Peter no le creyó (más adelante descubrió que Scotty nunca mentía). Pero, verdadera o falsa, la historia le hizo sentir envidia, pues aquel día, en el suelo del cuarto de baño, estaba convencido de que nunca tendría a una chica, o a sí mismo. Sólo era potente en sueños.

—No va a funcionar —le dijo al final, pero Scotty se limitó a sonreír, con el cabello negro cayéndole sobre la frente, mientras proseguía metódicamente. De pronto, sintiéndose extraño, Peter intentó apartarse.

—Ya basta —dijo.

Pero Scotty no le dejó en paz. Entonces, con la sensación de partirse en dos, Peter sintió que se le iba la vida.

—¡Dios! —dijo, apartando de un manotazo la mano del otro.

Scotty se rió escandalosamente. Como un meteorito atraído hacia la órbita de un planeta, Peter se cayó hacia Scotty y resollando se estrelló contra el cuerpo suave y alargado y se murió, para renacer

un minuto después, cuando Scotty le apartó con los ojos centelleantes de entusiasmo.

—Así es como se hace. Pero la próxima vez no encima de mí.

En aquel momento, lo único que podía recordar era la expresión en los ojos de Scotty, mientras la voz de lady Shattuck proseguía, a lo lejos, como en un teléfono defectuoso.

—Vamos —dijo Diana cogiéndole del brazo—. Disculpe, señora Shattuck —dijo, apartándolo del funesto mensajero.

—¿Vamos adónde? —dijo, sorprendido de poder articular palabra.

Se vio un instante reflejado en un espejo y advirtió con asco que tenía el mismo aspecto de siempre: nada revelaba el dolor interior, excepto el dulce deshecho en la mano. Pero el dolor era auténtico; simplemente su reacción era inadecuada. No era capaz de enaltecerse con lo trágico ni de hundirse en la aflicción. En lugar de eso, un noticiario retumbaba en su cabeza. Los marines desembarcan en la playa. Un diálogo de película le bombardeaba los oídos: «¡Pero no es más que un chiquillo, capitán! ¡No puede enviarlo con esa patrulla!». Cuando intentó imaginarse el momento de la muerte de Scotty, fue recompensado con una fotografía fija de Scotty lanzando la pelota de béisbol debajo de unas palmeras, mientras un tocadiscos cercano tocaba *All the things you are*, en la propia voz de bajo de Scotty que nunca más volvería a oír.

—El señor Carhart está listo. En el estudio.

—¿Listo para qué?

Peter no quería proseguir, quería quedarse donde estaba. Ya ha sido suficiente, gracias. Y luego se iría de cabeza al suelo, con una bala entre las cejas.

—Aquí está el modelo —dijo Diana dándole el número modelo de *La Idea Americana*—. Ahora adelante. Adentro —le dijo, empujándole hacia la puerta.

El señor Calhart estaba de pie detrás de su escritorio, en el que había dispuesto una serie de diagramas con miles de recuadros, unos en blanco y otros escritos.

—Genealogía —dijo amablemente—. He seguido la estirpe de los Carhart hasta Robert de Bruce, en dos líneas.

—Eso debe de ser interesante, señor.

Peter estrujaba en una mano *La Idea Americana*. En la otra, el chocolate derretido amenazaba con gotear en la alfombra granate. Se dio cuenta asqueado de que lo que estaba dramatizando ahora no era la muerte de Scotty sino su propia lástima.

Afortunadamente, la fama de pesado del señor Carhart no era exagerada. No sólo tenía una serie de números preparados, no tanto anécdotas como anales, al igual que los más grandes pelmazos, sino que también podía ser espontáneamente aburrido. Era exactamente lo que Peter necesitaba.

—Me va bien, como puedes ver, a lo largo de todo el siglo XIX y la mayor parte del XVIII, algunas lagunas aquí y allá, desde luego, pero la línea Carhart está clara. Pero en el siglo XVII tenemos unos problemillas. —Frunció el entrecejo: era evidente que los problemas eran grandes—. Hay una relación con sir Thomas Browne que es muy interesante, pero depende totalmente de esta dama de aquí —dijo, golpeando con el dedo uno de los recuadros—. ¿*Quién* fue su primer marido? Y ¿somos descendientes de sus hijos con él o con el segundo marido?

Mientras se dilucidaba esta cuestión, Peter buscaba algún lugar donde depositar el chocolate, una empresa arriesgada, dado que el señor Carhart, no deseando que su víctima se distrajese, era capaz de darse la vuelta y petrificar al oyente con una mirada fija y helada, si éste osaba expresar su inquietud o bostezar aun con la boca cerrada.

Pero finalmente la pieza quedó colocada, y Peter entregó a Carhart el número de *La Idea Americana*, acompañándolo de un discurso.

El señor Carhart pareció interesado.

—Una cosa como ésta podría sernos útil. Como solía decir mi amigo Henry Adams, «Washington es un desierto cultural». Yo me preguntaba a veces por qué se quedó aquí. Debió de ser una tortura

para él, vivir enfrente de la Casa Blanca y sabiendo que *él* nunca viviría allí, a diferencia de su abuelo y su tatarabuelo, que, naturalmente, sí habían ocupado la casa.

Ya te lo explicará el señor Carhart. Peter estaba empezando a inquietarse: señal de que estaba empezando a reaccionar al tratamiento Carhart. Volvía a morirse de aburrimiento otra vez.

—«Seamos vulgares y preguntémosle al presidente», solía decir Henry Adams, lo cual ponía furiosa a Millicent puesto que, claro, el presidente era su tío.

Había sido Aeneas Duncan quien había hecho notar a Peter que, al igual que ocurría entre la nobleza medieval romana, todas las familias importantes de Washington se basaban en un solo hombre importante. En Roma era el papa, en Washington el presidente o un legislador notorio. Y mucho después de que esta celebridad hubiera caído en el olvido, continuaban el culto en el altar familiar, porque él era la única fuente de honor de la familia y la raíz de sus pretensiones. Millicent se refería siempre a su no como «el presidente», como si no hubiese habido treinta más.

—No invierto en ese tipo de cosas —dijo finalmente el señor Carhart después de recordar con profusión de detalles una tarde con Henry Adams en la que resultó que no se dijo nada que no tuviese algo que ver con la genealogía Carhart—. Pero —los ojos pequeños e inexpresivos casi pestañearon tras los quevedos de montura dorada —, aceptaré la primera suscripción.

Que te jodan, pensó Peter, restregando la mano izquierda debajo del sillón, limpiándose el chocolate en venganza, sin importarle si el señor Carhart lo veía o no. Pero su delito pasó inadvertido. Porque en aquel momento Millicent asomó la cabeza por la puerta.

—Vamos, haced lo que tengáis que hacer. Peter, ha venido tu hermana.

Joe Bailey dio unas cordiales palmadas a Peter.

—¿Cómo está el chico?

Él se lo explicó con una voz modulada mientras Enid decía:

—¡Has vuelto a engordar! Y ¿qué tienes en la mano? —Se fijaba en todo—. ¡Chocolate! Comes de una manera…

Le ofreció un kleenex, que él aceptó agradecido y se limpió.

—¿Qué haces aquí? —se preguntaron al unísono.

Ambos se echaron a reír, reconociendo, si no otra cosa, la semejanza de la reacción. Peter dijo que negocios con el señor Carhart. Enid, que Joe quería conocer la sociedad de Washington.

—¡Pero Dios sabrá por qué! Seamos realistas, Millicent es la mujer más aburrida que existe sobre la faz de la tierra y ¡todo lo que nos da es té!

Como de costumbre, la gente empezó a acercarse a Enid, y Peter la dejó en paz. Había estado bebiendo, pero caminaba firme y pronunciaba claramente. No obstante, Joe Bailey la llevaba del brazo, como si temiese que pudiese caerse.

—¿Quién es la chica?

Aeneas estaba detrás de Peter.

—Mi hermana.

—Esto que has hecho ha sido muy mezquino, engañarme de esta manera.

—Quería que me quisieses por lo que soy.

Para salvar el honor, Aeneas adoptó la vía negativa.

—Es el grupo de gente más despreciable que he conocido. Stalin tenía razón: las clases indeseables no se eliminan a sí mismas.

—Pero ¿qué me dices de la tertulia? Al fin y al cabo esto es un salón.

Mientras Peter le tomaba el pelo, era consciente de una aflicción velada, algo que tenía que ver con Scotty, que no era el hecho de su muerte.

Aeneas denunció agriamente el mundo dorado que tanto había ansiado descubrir e, impulsado por el deseo de conservar su amistad, Peter le dio la razón hasta que Diana se acercó a ellos, en busca de noticias. Peter fue directo.

—Nada que hacer. No nos dará un céntimo.

—¡Oh, no!

—¿Por qué no utilizas tu dinero, los millones de los Sanford?

Aeneas se tomaba la revancha.

—Yo no tengo los millones. Son de mi padre y no creo que ése sea su estilo. Pero —se volvió para mirar a Diana cara a cara— me ocuparé de que se publique. Te lo prometo.

Diana lo miró con cierta curiosidad.

—¿Lo dices en serio?

Peter lo decía en serio. Se había acabado la época de vegetar como una planta. Los años de escuela y los transcurridos en el ejército habían sido una pérdida de tiempo irrecuperable. Ahora debía poner fin a aquel ir a la deriva haciendo algo que valiera la pena no sólo en sí, sino que complaciese a Diana, especialmente ahora que se había peleado con Billy. Pero apartó de sus pensamientos el segundo e innoble motivo. Lo haría porque sí, como Scotty, que había muerto haciendo algo que, al menos en el marco del momento, tenía sentido. Pero aquello eran sensiblerías, se dijo a sí mismo severamente, y no eran verdad. Morir por cualquier cosa era tan malo como morir por nada. Él se había propuesto sobrevivir y había sobrevivido. Ahora debía pagar el precio de su sensata precaución y emplear su vida debidamente. A punto de felicitarse a sí mismo, se recordó que no era noble. Sólo hacía lo que deseaba hacer y nada más. Se volvió a Diana.

—Vámonos —le dijo, sorprendiéndose más a sí mismo que a ella.

—Muy bien —dijo ella—. Voy a buscar el abrigo. Nos vemos en el vestíbulo.

—Conozco a su marido. No es un hombre fácil de tratar —le dijo Aeneas, mirándole astutamente.

—Afortunadamente no tengo que tratar con él.

Tras lo cual, Peter le dio las buenas noches dejando intactas, si bien algo raídas, las líneas de su amistad.

En el momento en el que Peter se dirigía a despedir a su anfitriona, oyó a Enid que decía a Irene Bloch:

—De verdad me encantaría ver su nueva casa. Creo que ahora todo el mundo va allá. Nunca he llegado a entender por qué todo el

mundo la ha mirado por encima del hombro durante tanto tiempo.

Irene Bloch palideció, si eso era posible, más de lo que ya era: una ráfaga de nieve bajo el sol cruel de Enid.

—Oh, sí —dijo Irene con entusiasmo—. Oh, sí —repetía algo desesperada, esperando que cambiase el tiempo, lo que ocurrió con la llegada de Peter.

—Hola, señora Bloch.

—¡Ah, Pierre! —dijo, volviéndose a él y cogiéndole las dos manos entre las suyas sin dejarle ir—. Tú también tienes que venir. Una fiestecita. *Un petit cocktail*.

Aunque quería que ganase ella, Peter no pudo evitar el hacer una mueca al oír que lo llamaba Pierre. Enid le guiñó un ojo, complacida consigo misma. El pequeño cóctel era en honor de un ministro de Asuntos Exteriores de Europa Central exiliado por los alemanes. Queriendo compensar la rudeza de Enid, Peter dijo que estaría encantado de ir. Intentó zafarse de las manos de la señora Bloch, pero ella se aferraba, por miedo a Enid. Hablaba deprisa, llenando todos los silencios para mantener a Enid a raya.

—Nunca te vemos —dijo alegremente, y Peter se preguntó quiénes compondrían aquella primera persona del plural. El apenas la conocía y sólo el horror ante la conducta de su hermana le había convertido de pronto en un aliado—. ¡Pero ya sé lo ocupados que estáis los jóvenes con esta horrible guerra! Hacéis todo el trabajo, estoy segura, porque *vosotros* nunca salís y los generales salen a cenar todas las noches.

—Es una suerte porque… —Los colmillos de Enid estaban a punto para arrancar otra tormenta de aguanieve.

Pero Peter la desvió.

—No hago nada en absoluto, señora Bloch. Ojalá lo hiciese. —Se le ocurrió una idea—. Estoy a punto de publicar una revista. ¿Por qué no invierte?

—¡Pues me encantaría! —Al recordarle la riqueza del príncipe mercante, era ella de nuevo. Soltó las manos de Peter. Incluso se permitió pensárselo dos veces—. Quiero decir, si no tengo nada en

contra de ella, ¡naturalmente! —añadió, evitando el compromiso con una breve carcajada.

—¡Oh, le dará su visto bueno!

—Estoy segura de ello —dijo Enid—. Al fin y al cabo, es de tipo social, ¿no? ¿Una revista del tipo *Town and Country*?

Pero su víctima ya alzaba el vuelo. Por encima del hombro le dijo a Peter:

—Ven a verme. Casi todas las tardes.

Y se fue.

Peter se volvió a Enid.

—Eres algo espantoso —le dijo, lo cual provocó un ataque de risa a Enid hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Apareció Joe Bailey.

—¿Cómo está mi chica? —dijo, arrancando una nota grave del rico órgano de su voz.

—Oh, tu chica está bien, pero no le vendría mal una copa. Ya no puedo más del té de esta anciana. Peter acaba de encontrar una nueva amiga, una de los elegidos. ¡Irene Bloch!

La voz de Enid llenó la habitación. En la chimenea, Lucy Shattuck les dedicó una sonrisa perspicaz.

De repente, Peter se dio cuenta de que le dolía la cabeza y que si no liberaba pronto parte de su pena y rabia reventaría. Las descargó con Joe.

—¿Cómo va la revolución?

—¿Revolución? —le dijo Joe Bailey, mirándolo desconcertado.

—El asalto a la Casa Blanca, la eliminación de los comus, la vuelta a una América más limpia, sencilla y divina, dedicada a la agricultura de pequeñas granjas, al béisbol y a la esclavitud.

—¡No te quieras pasar de listo, señorito!

Enid iba a decir algo, pero por una vez en su vida, se calló. Una vez aliviada su presión interna, Peter dio las buenas noches a Millicent y se reunió con Diana en el vestíbulo. En el taxi, sin consultarle, dio al conductor su propia dirección.

Hasta que Diana se hubo marchado a medianoche no cayó en la cuenta de lo que le había estado molestando durante toda la noche. El año anterior, cuando Scotty volvió de permiso, había tenido una discusión estúpida sobre una chica que los dos conocían. A resultas de ello, se habían separado fríamente en un bar donde Peter se había comido dos hamburguesas y dos raciones de patatas fritas. El orgullo los había mantenido distantes durante el resto del tiempo que duró el permiso de Scotty. Ahora Scotty estaba muerto y Peter se daba cuenta de que en todos los años que se habían relacionado, ni una sola vez le había dicho a Scotty que le gustaba. Tumbado en un amasijo de sábanas que olían a Diana, Peter frunció el entrecejo, rechinó los dientes y se juró que jamás volvería a cometer aquel error.

★ 2 ★

A lo lejos, Burden oía su propia voz amplificada, que llenaba la sala. Pronunciaba un discurso ante una audiencia que se reía a cada chiste. Era exactamente su tipo de gente: granjeros prósperos llegados a Washington para un almuerzo anual, celebrado aquel año en el Statler Hotel, con el como invitado especial. Contó el viejo chiste: fuertes carcajadas. Dejó caer los párpados, simulando modestia mientras intentaba leer las notas que había escrito sobre el menú. Mientras proseguían las risas, dio un rápido sorbo de café y vio que no le habían retirado el helado. Ahora estaba líquido. Asqueroso.

De pronto cesaron las risas. Burden trató de empezar de nuevo, pero sólo podía pensar en el helado derretido. Se había quedado en blanco. Por un instante no supo dónde se hallaba o qué estaba haciendo delante de tantas caras extrañas. Literalmente se había perdido, como le había ocurrido de vez en cuando en público a lo largo de los años. Afortunadamente, sus momentos de afasia eran breves y raramente la gente se percataba de ellos.

Burden cogió el menú desesperadamente, leyó «Boeuf à la Washington». Aquello no le servía para nada. Aumentó el pánico; los oyentes lo observaban con curiosidad, preguntándose por qué no continuaba. Miró la parte de atrás del menú, vio varias palabras garabateadas. Una era «Luzón». Estaba salvado. Con el reciente desembarco de MacArthur en Luzón, la reconquista de las Filipinas había empezado. Recuperado a tiempo, hizo que el águila nacional, aun sin chillar, al menos batiese discretamente las alas, porque lo de agitar banderas estaba pasado de moda, y ello se adecuaba a su temperamento bastante más que al de su oponente en las pasadas primarias, un apasionado partidario del New Deal cuya campaña había estado invadida de cosas del estilo «¡Acordaos de Pearl Harbour!».

Burden había elegido una táctica totalmente diferente. Discreto y amablemente razonable, había recordado a los electores que en los treinta años que llevaba de senador, su estado había prosperado. Pero mientras que otro político se habría extendido en este punto esencial, Burden se limitó a mencionarlo y pasó a describir cómo, durante su vida, Estados Unidos se había convertido en un poder mundial y (haciéndose eco de Pendes) les dijo lo maravilloso, aunque peligroso, que era ser grande. Ante su sorpresa, esta parte del discurso tocaba infaliblemente la fibra colectiva. Cuando llegaba a ella, veía a la gente que se inclinaba hacia delante, con los ojos súbitamente abiertos, deseando escuchar todas y cada una de sus palabras. En esos momentos, conocía un placer que le hacía totalmente soportable el atormentador proceso de las elecciones.

Burden no había pensado en mencionar el peligro del poder mundial a los granjeros, pero como habían reaccionado tan bien a su tributo a MacArthur, decidió continuar. Pero todavía no había formulado ni dos frases sobre el tema del poder cuando se dio cuenta de que llevaba demasiado rato hablando. Tenía que haberse retirado con Luzón. Drásticamente resumió lo del poder; tristemente, también, porque le estaba agradecido. El poder había resultado particularmente eficaz contra su contrincante republicano, un

hombre de negocios de toscas tendencias imperialistas con el doble de apoyo financiero que Burden. Aunque fue una carrera muy disputada, al final el poder venció al dinero. Burden había contado con una financiación tan escasa que las últimas semanas de la campaña no había podido pagar anuncios en vallas publicitarias o en la radio. Apenas había podido comprar esos anuncios inútiles, pero necesarios, en los periódicos semanales. Inútiles en el sentido de que no alteraban los votos; necesarios, porque el editor invariablemente apoyaba al candidato que más espacios de publicidad compraba.

Para alivio de Burden, su relación con Nillson no se convirtió en tema de primera plana. Por un lado, las dificultades de Nillson con el gobierno hasta el momento no tenían nada que ver con la venta de las tierras indias. Por otro, aunque Nillson había sido encausado por varios motivos, nunca le habían condenado. Como resultado, ni su contrincante en las primarias ni su oponente en la elección final pudieron hacer otra cosa que deplorar las compañías del senador.

Irónicamente, fue el sentido de la justicia de Burden el que le costó algunos votos. Fue atacado salvajemente por defender a los americanos de origen japonés. «Amante de los nipones», se leía a menudo sobre sus carteles. Justo antes de la elección, en un acto de desesperación, su oponente del gobierno republicano había acusado al senador Day de agente secreto del gobierno japonés (¿por qué el senador vio al embajador Kurusu diez días antes de lo de Pearl Harbour?). Por culpa de aquella hipérbole, los republicanos perdieron; ante la secreta sorpresa de Burden, porque se había convencido de que aquella vez iba a perder y, en tal caso, no tenía ni la más mínima idea de lo que sería de él. No tenía otra vida que la del Senado. Pero la virtud había triunfado y estaba a salvo por seis años más.

De buen humor, Burden finalizó su discurso con una broma. Durante las risas, dejó caer su menú en el charco de helado derretido. El presidente le dio las gracias; otro discurso.

Cansado, pero complacido, Burden avanzó por la sala abarrotada de gente, estrechando la mano, firmando autógrafos, permitiendo que el fotógrafo (sólo uno, mala señal) le hiciese fotos con varias personalidades. Luego, con un último gesto de despedida hacia la sala, atravesó el vestíbulo en dirección al puesto de periódicos.

Mientras buscaba su propio nombre en el periódico vespertino, oyó una voz familiar:

—¡A esto le llamo falta de lealtad! ¡Leyendo a la competencia!

Era Blaise.

Burden lo saludó con la voz muy alta, con la inercia del que acaba de hablar en público. No se habían visto desde las elecciones.

—Bueno, ¿qué dices de nuestro chico?

Burden no supo a qué se refería. ¿Qué chico? ¿De quién?

—Clay me escribió hace dos semanas diciendo que volvería a la carga, pero naturalmente no podía decir cuándo. De momento está en Guam, o eso es lo que me dicen mis espías.

—Últimamente no he tenido noticias suyas.

De hecho, aparte de una nota de felicitación en el mes de noviembre, Burden no había sabido nada de Clay desde las elecciones. Aquello era extraño, pues normalmente Clay era muy meticuloso en cuanto a «estar en contacto». Burden se preguntaba si el asunto de Nillson había hecho que Clay se resistiese a escribirle. El hombre que asciende no quiere tener nada que ver con el que inicia su declive. Pero no he caído, pensó Burden melancólicamente, comprando una revista blasonada con el titular: «La guerra de a pie en el Pacífico», por Harold Griffiths.

Blaise tocó la cubierta varias veces con su dedo índice regordete.

—Harold es un fenómeno. El muy condenado. Vende más que Ernie Pyle. Nunca pensé que tuviera garra. Mariquita, claro. Por eso es tan bueno escribiendo sobre los soldados.

—Me sorprende que le dejes escribir para otros.

Blaise frunció el entrecejo.

—¿Quién lo hubiese dicho? Sea como fuere, lo tengo atado en cuanto a periódicos se refiere. —Blaise compró la misma revista—.

¿Sabes? —dijo—, voy a ser invitado del presidente en la sesión inaugural la semana que viene.

—Traidor —dijo Burden sonriendo.

—Bueno, tal vez —dijo Blaise encendiéndose un puro.

Mientras lo hacía, vanas esposas de los granjeros se acercaron a estrechar la mano de Burden y desearle toda clase de fortunas: «¡Porque piensa como Dios manda!». A lo que Burden replicó con su respuesta habitual:

—Que el Señor acreciente a los que son como vosotras.

Luego se volvió, y se encontró con Blaise que le observaba con el puro encendido.

—¿Ves? —dijo Burden—. Todavía me quieren.

—¿Por qué no? —Blaise no estaba impresionado—. Voy a ir a la Casa Blanca no porque me guste el viejo picapleitos…

—La última vez le apoyaste.

—Sólo porque no podía aceptar a Dewey. No, voy por el asunto de las Naciones Unidas. Estoy absolutamente a favor, Burden —le dijo como advirtiéndole.

—Lo sé —dijo Burden, sin prisa por contestar.

—Los del Senado no vais a poner pegas, ¿verdad? Burden se sorprendió disfrutando de la situación. —Es posible. La verdad es que no lo sé. Mucha parte de ello depende de cómo nos trate Franklin. Wilson nos trató como si fuésemos colegiales. Fue un error.

—Os comportasteis como colegiales —gruñó Blaise—. Sea como fuere, el presidente quiere colaborar con vosotros. La única razón de elegir a Truman como vicepresidente fue ayudar con el Senado.

—Puede que eso haya sido una equivocación.

—Tú *no* vas a poner pegas, ¿no?

—¿Pegas? ¿Cómo? Hace dos años aprobamos una organización internacional de la posguerra.

—Pero *tú* no votaste.

—No. Pero estaba a favor de la resolución, porque hacía que la aprobación de todo tratado por parte del Senado fuera obligatoria.

—Lo que significa que vosotros tenéis la última palabra en todo.

—La tenemos de todas formas. Artículo dos, sección dos de la constitución. —Burden cambió de tema—. ¿Sabes que seguimos guardando el puesto de segundo distrito para Clay? Se lo dije varias veces cuando estuve en el distrito. Les gusta.

Blaise se puso radiante al pensar en Clay.

—¡Eso es fantástico! Desde luego, tendremos que buscar la manera de deshacernos del titular, pero eso no será muy difícil. Después de todo: el soldado que regresa, de uniforme…

—Nada difícil. —Burden oyó a la juventud llamando a todas las puertas—. Haremos todo lo que podamos por Clay. No te preocupes. ¿Cómo está Enid?

—Bien. —Blaise despachó a su hija con la primera ceniza gris de su puro—. ¿Te ha encontrado Ed Nillson?

Burden se sobresaltó.

—No. ¿Está en la ciudad?

—Me lo he encontrado esta mañana en el Club de Prensa. Iba de camino a la colina a verte. Pobre Ed. —Blaise descargó una gran nube azul en los ojos de Burden—. ¿Te perjudicó mucho en las elecciones?

—Sí.

Burden prefirió no entrar en detalles.

—Me lo imaginaba. Bueno, por lo menos se ha librado de la cárcel. Algo es algo. Me alegro de verte, Burden.

Ed Nillson estaba en el despacho interior, según le dijo la señorita Perrine, que parecía asustada. Ed estaba sentado en el sofá con la cabeza apoyada en las manos. Pero cuando vio a Burden lo saludó jovialmente.

—Espero que no te importe que haya irrumpido aquí de esta manera. Pero tu despacho es el único sitio tranquilo de este lugar.

Burden se sintió herido por la verdad de aquella observación. Concluida su carrera hacia la presidencia, era simplemente un senador más. Pero no por mucho tiempo. Al cabo de unos días, sería

el miembro del Senado más discutido. Pensando en la carta que iba a jugar, se le elevó el estado de ánimo y estuvo casi espléndido con el hombre que había estado a punto de cortarle su carrera política.

—Tienes buen aspecto, Ed. Te he echado de menos. Todos te hemos echado de menos.

—Eres muy amable de decirlo.

Nillson estaba tan impasible como el día en que se conocieron delante del Capitolio. Nunca se mostraba afligido, ni siquiera ahora que estaba siendo procesado por un gran jurado federal, en gran parte por culpa «de tu yerno».

—Lo sé. Lo siento. Estaría encantado de asesinarlo.

—Lo triste es que me iba bien con la gente de Hacienda. Nos iba bien con el departamento de Justicia, pero, al parecer, hubo una llamada de la Casa Blanca de uno de los amigos de Billy. Y aquello me fastidió. Fue lo que posibilitó la última acusación. Es un tipo vengativo.

Burden suspiró.

—No eres tú el objeto de su venganza.

—Si no el objeto, soy al menos la víctima principal.

—Pero iba dirigido a mí. Si recuerdas, las revelaciones de Billy se hicieron *antes* de las primarias. Quería derrotarme. Lo mismo que el presidente. Por eso la Casa Blanca le ayudó.

—No es un joven noble.

—En absoluto. Pero sobreviví. Y tú también sobrevivirás.

—Oh, sí —dijo Nillson sin darle importancia—. En este momento creo que no pueden culparme de nada. Hasta nos hemos librado de la venta de tierras.

Esta vez, el «nosotros» implícito hizo estremecer a Burden. Examinó el boletín del Congreso que estaba sobre su mesa.

—Me alegro de oírlo —susurró.

—El hecho de que hasta la fecha no hayamos encontrado ni una maldita gota de petróleo no perjudica al caso en lo más mínimo. Ahora, Burden, lo que quiero pedirte…

Burden se puso tenso. Nillson se rió.

—No hay para tanto. Sólo dile a tu yerno que si no desiste, haré que todo el mundo sepa que es *actualmente* miembro de buena posición del partido Comunista.

—¿Tienes pruebas?

Burden no estaba sorprendido.

—Hace seis meses que tengo pruebas.

—Entonces, ¿por qué no las has utilizado?

—Porque estabas en plenas elecciones. El conocerme ya era suficientemente negativo. Un yerno comunista habría acabado contigo.

Burden se quedó sin palabras. Si existía un hombre con sentido práctico, aquél era Nillson. Y, sin embargo, había permitido que le perjudicasen para salvar la carrera de un amigo. Burden sentía las lágrimas a punto de asomar. Balbuceó.

—¿No hiciste nada simplemente por mí?

Nillson sonrió.

—Existe una cierta lealtad entre ladrones.

Aquello estaba mejor. «Ladrones» le causó a Burden el efecto que Nillson había pretendido provocar.

—No sé cómo agradecértelo.

—Advirtiéndole.

—Lo haré. No te preocupes.

Burden sintió la descarga de adrenalina. Disfrutaría llevando a cabo aquella tarea. Y Diana también, sospechó.

—Dile que ahora que estás a salvo de los electores durante un tiempo, no te importa en lo más mínimo meter jaleo.

—Te ayudaré —dijo Burden.

Nillson se levantó.

—Espero que apoyarás el asunto de las Naciones Unidas.

—Si te digo una cosa, ¿no la repetirás?

Desde su conversación con Blaise, Burden estaba ansioso por compartir su secreto.

—Haré todo lo que pueda —dijo Nillson, contemplándolo con divertido afecto.

—Bien, tengo pensado pronunciar un discurso la semana que viene en el que renunciaré al aislacionismo y daré mi apoyo a las Naciones Unidas.

—¡Maravilloso! —dijo Nillson, genuinamente complacido. Luego sonrió—. Y de esa forma, haciendo lo que hay que hacer, volverás a estar en lo alto. Eso es algo poco corriente.

—Sí, lo es —dijo Burden, y se rieron como dos chiquillos, se dieron la mano como dos conspiradores y se separaron amigos.

Ya era de noche cuando Burden llegó a casa. Henry le abrió la puerta. Desde el piso de arriba su mujer gritó:

—¿Eres tú, Burden?

Y él replicó, como había hecho durante treinta años:

—¡Estoy en casa! —Tras lo cual fue al salón.

En una silla al lado de la chimenea estaba Billy sentado rígidamente. Frente a él, en el sofá, estaban Diana y un joven fornido de uniforme con un aire que le resultaba familiar. En la mesita que los separaba había papeles desperdigados y lo que parecía ser una revista desmembrada.

—¿Puedo entrar? —preguntó Burden.

Diana corrió hacia él y lo besó.

—¡Tenemos una noticia maravillosa!

El joven le estrechó la mano, y Burden se dio cuenta de que era Peter Sanford, un joven apuesto, si bien algo falto de carácter. Por el rabillo del ojo, Burden vio que Billy se había puesto en pie de mala gana.

—Buenas noches, Thorne —dijo Burden, sirviéndose una copa desacostumbradamente fuerte—. ¿Cuál es la buena noticia?

—¡La revista! ¡Tenemos dinero! Vamos a sacar el primer número de inmediato —dijo Diana extasiada.

—Se publicará en primavera, no ahora —dijo Billy, sentándose en la silla ruidosamente.

—Bueno, pronto —dijo Diana.

Burden ocupó su puesto de siempre junto a la chimenea.

—¿De dónde habéis sacado el dinero? —Señaló a Peter—. ¿De este joven?

—Este joven no tiene dinero —dijo Peter—. Me lo ha dado una dama, la señora Samuel I. Bloch. Supongo que no la conocerá, señor.

—¡Claro que sí! Ella se lo encontró en la calle cuando tuvo el ataque —dijo Diana inocentemente—. Ya te lo he dicho, Peter.

—Toda una dama.

Burden lo dijo, lo sabía, como si estuviese buscando votos: todo un tipo, un buen amigo, un gran americano. A menudo le pesaba que se hubiese acabado la historia de Irene. Pero no había tenido otra alternativa. La mitad de su vida había temido el momento en que el médico le dijese que debía renunciar al sexo por siempre jamás. Y sin embargo, después del ataque, cuando se lo dijeron, había sentido tanto alivio como desesperación, sin duda debido a que para él el espíritu había sido siempre más débil que la carne. No obstante, el frío conocimiento de que el amor se había acabado hacía que la muerte pareciese más cercana. Dando un trago de bourbon, se decidió: durante el descanso del verano, se internaría en un hospital con la única pretensión de que le renovasen, y le renovarían, porque hoy en día la medicina era fabulosa. En cualquier caso, era impensable no poder recobrar de alguna forma la juventud. De repente, empezó a temblarle el párpado derecho, señal de cansancio. Acabó la bebida.

—Me gusta la señora Bloch —dijo. Y luego añadió—: Mucho.

—A nosotros también —dijo Peter—. Además nos da carta blanca.

—Carta blanca para hacer ¿qué?

Burden se mostraba afable, dentro de su falta de interés. Tenía que averiguar el nombre de aquel doctor suizo que había rejuvenecido a tantos hombres de edad.

—Para publicar una revista socialista decente —vociferó Billy Thorne, incapaz de estar callado por un buen rato.

Burden hizo una mueca al oír la voz de su yerno. Nunca podría acostumbrarse a ella. El período durante el que habían vivido todos juntos había sido un tormento. Dondequiera que estuviese en la casa, Burden oía la voz de Billy. Hasta tal punto que a veces se sorprendía esperando impaciente cuando aquella voz áspera no se oía durante demasiado tiempo. Luego estaba el desorden de libros por todos lados. En todas las habitaciones encontraba libros abiertos, con complicadas notas marginales. Como muchos eran de Burden, se producían escenas inevitablemente. Finalmente, Billy estropeó una biografía de Cicerón. Burden había protestado. «Menudo viejo farsante», había respondido Billy, demoliendo a Cicerón y a su admirador de un plumazo.

—Decente, por supuesto —añadió Burden suavemente.

—Ya hemos tenido bastante alienación. Ahora queremos acción.

—¿Alienación? —dijo Burden, pensando que sabía lo que significaba el vocablo, pero que Billy hacía que sonase como una especie de partido político.

—Sí. Alienación de los intelectuales. —A Billy siempre le gustaba dar explicaciones—. Nos han alienado de la vida americana durante demasiado tiempo, sin influencia. Pero cuando acabe la guerra, tendremos una oportunidad real de conectar con la gente, con los soldados que regresen, para transformar una sociedad avariciosa en una sociedad generosa.

Burden evitó este magro anzuelo y eligió asomar la cabeza a la expresión «sin influencia».

—No hay duda que bajo el New Deal has tenido influencia más que suficiente.

—¡El New Deal se ha acabado!

—Es cierto, papá —dijo Diana, uniéndose al mando en lo cabal en contra de su padre, no sin antes dedicar a este último una sonrisa para demostrarle que ella era todavía suya, a pesar de los deslices necesarios.

Burden intentó un movimiento por el flanco. Peter le parecía un débil eslabón en la cadena del socialismo.

—¿*Tú* eres socialista? —le preguntó.

Ante su sorpresa, el joven se echó a reír.

—Por supuesto que no. Yo no soy nada. Esa es mi función. No ser nada. Calladamente, expresaré esta opinión.

Burden se dio cuenta de que había subestimado al chico. Una larga experiencia en el arte de interrogar, no obstante, le había enseñado cuándo tenía que poner fin al interrogatorio. Cambió su línea de preguntas.

—¿Tienes experiencia en el campo editorial?

—¡Ninguna! —dijo como si lo considerase una virtud—. Pero he observado a los editores…

—De cerca. Sabe lo que no tiene que ser —dijo Billy insultando a Blaise.

—Hay tantas cosas que uno no debería ser… —dijo Peter con una rápida y fría mirada a Billy, lo cual complació a Burden.

Era evidente que se detestaban mutuamente. Diana todavía podía salvarse.

—Mi función, señor —dijo, dirigiéndose a Burden, quien vio que, efectivamente, era muy joven—, es hallar el dinero y lo he conseguido. La señora Bloch nos financiará a cambio de una cena en Laurel House.

La dureza de aquella afirmación hizo que Burden volviese a sentarse en el sillón. La risa de los otros no le ayudó. Sin embargo, era cierto. Aquélla era exactamente la razón por la cual Irene daría el dinero. Laurel House era su Versalles y hasta que no asumiese su puesto dentro del círculo sagrado no consideraría que había llegado. Aunque a Burden le desagradó la crueldad de Peter, el crudo realismo le pareció refrescante, incluso único en un muchacho rico. Después de vivir treinta años entre los ricos, Burden creía conocerlos bien. Con los que mejor se sentía era con los que habían subido de la nada; después de todo, él era uno de ellos. Pero los herederos eran otro asunto. Desconfiados, tímidos, difíciles de penetrar (suponiendo que hubiese algo bajo la dorada superficie), solían sentirse culpables de su riqueza y Burden hacía lo posible por que se

mantuviesen así. Pero Peter Sanford no parecía sentirse culpable de nada.

—Billy es el redactor, claro —decía—. Él sabe de estas cosas. Diana hará… ¿qué?

—Contestar el correo. Soy buena mecanógrafa. No, papá, ahora sí, de veras.

Aunque Diana no fuese una rica heredera, compartía, Burden lo sabía, muchos de sus rasgos, pues a los hijos de los políticos con éxito se les da el tratamiento de príncipes hasta el día en que la fuente de su distinción se agota o se derrota y, si no tienen dinero, se hunden en una malhumorada oscuridad, reapareciendo de vez en cuando en las fiestas de Washington, citando en voz muy alta lo que papá solía decir. Diana tenía que librarse de aquel destino.

Burden se volvió a Peter.

—Pero seguro que querrás hacer algo más que recaudar dinero.

La curiosidad de Burden era auténtica. Recordaba a Peter de niño, serio, atento e inteligente. Ahora era decididamente alegre, poco atento y con toda seguridad inteligente.

—Sí, señor. Pero me llevará tiempo. Primero —dijo mirando a Billy—, tengo que leer a Marx.

—No lo hagas. Estropeará tu ignorancia —dijo Billy con intención de ser desagradable, pero Peter lo ignoró.

En aquel momento entró Kitty y besó a todo el mundo. Le encantaba besar, tocar, agarrar a la gente. Ante la sorpresa de Burden, a nadie le molestaba en lo más mínimo su efusividad, aceptándola como lo que era, un vínculo con el mundo, y afectuoso. Mientras ella hacía su recorrido por la habitación, Burden se volvió a Billy y le dijo en voz baja:

—Me gustaría verte un momento. En el estudio.

Burden se excusó y se encaminó al segundo piso, contento de que a Billy le resultara difícil subir las escaleras. Pero el placer de Burden por la molestia de Billy quedó algo disminuido por el hecho de que, a aquellas alturas, las escaleras tampoco a él le resultaban

demasiado fáciles; sentía como si perdiera continuamente el equilibrio.

El estudio era un dormitorio más que Kitty nunca había acabado de amueblar. En medio de la habitación, una alfombra enrollada parecía una pitón exhausta; veinte años antes había resultado demasiado grande para la habitación y desde entonces a nadie se le había ocurrido sacarla de allí. Burden se hubiese sentido perdido sin la afable presencia de la alfombra. Se sentó tras el escritorio que era el único mueble de la habitación y fue al grano. Hizo su trabajo brevemente y bien.

Billy empezó con evasivas.

—Los rusos son nuestros aliados.

—Eran también de Hitler. —Burden conocía la dialéctica. A toda acusación una réplica determinada; los juicios de Moscú, la corrupción de la prensa capitalista, la supresión de los Gulags, los linchamientos en Alabama. Toleró a Billy un rato. Luego, le asestó el golpe final—. Existen *pruebas* de que eres comunista y Nillson las tiene en su poder.

Billy se encogió de hombros.

—¿Bien?

Aquello simplificaba las cosas.

—Hará uso de ellas si continúas tu… persecución.

La palabra era demasiado grande, pero lo que describía era ni más ni menos que aquello.

—Ese hombre es un farsante —dijo Billy en lo que consideró un tono de voz razonable—. *Yo* no soy el ministerio de Hacienda. Son ellos lo que van tras él.

—Tus amigos de la Casa Blanca…

—No puede importarles menos…

—… se han mecido por ti. Te sugiero que los disuadas.

—¿Y si no lo hago?

Por primera vez, Burden se fijó en que Billy tenía un ojo gris y otro marrón. Nunca antes se había fijado en aquella anomalía y le pesó haberlo hecho en aquel momento en que intentaba lenta y

cuidadosamente borrar a Billy, rasgo por rasgo, si no del mundo, de su propia memoria.

—Si no lo haces, te despedirán del *Tribune*.

—De todas formas, me marcharé, para trabajar en la revista.

Burden estaba preparado para eso.

—Pero es una revista socialista, ¿no?

—El estado soviético es, como deberás haber oído, un estado socialista.

Burden continuó.

—Estoy completamente convencido de que si se tiene conocimiento de que el redactor de *La Idea Americana* es un miembro activo del partido Comunista, no habrá señora Bloch, ni Peter Sanford, ni dinero para publicar la revista, y, seguramente, no habrá lectores aparte de los pocos que leen el *Daily Worker*.

Ya estaba. Billy no se rindió sin antes autojustificarse. Pero lo hizo en el momento en que Kitty los llamaba a cenar. Se retiraría. Burden quedó satisfecho.

Mientras bajaban las escaleras renqueando y tambaleándose, Billy dijo:

—Me sorprende que alguien con tu experiencia pueda haberse mezclado con Ed Nillson.

—Es un buen amigo. No conozco sus asuntos, pero creo que es honrado.

Burden no tenía más remedio que mentir.

—No puedes ser tan tonto.

Sólo el hecho de que Burden estaba dos escalones más abajo que Billy en el escarpado descenso le impidió responder como un chiquillo y como el otro se merecía. En lugar de ello, ignoró el insulto.

—El procesamiento de Ed casi me cuesta las elecciones.

—En efecto, muchos de nosotros esperábamos que así fuera.

Ya en la planta baja, Burden se giró furioso a Billy, que bajó los dos últimos escalones de un salto, golpeando ruidosamente su pata de palo contra el poste de la barandilla.

—Eres un canalla —fue lo mejor que pudo articular.

—Pues vaya, ¡padre! —exclamó Billy y soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que es tan divertido? —dijo Diana saliendo del salón.

—Tu padre —dijo Billy sin dejar de reírse.

Burden consiguió esbozar una sonrisa, consciente de que, después de todo, había ganado la batalla.

Entonces aparecieron Peter y Kitty y todos se dirigieron al comedor. Por el camino, Peter le preguntó sobre las Naciones Unidas, devolviendo a Burden el buen humor. No respondió al chico directamente. Habló de generalidades, sin querer revelar su juego.

Cuando se sentaron a la mesa, Kitty dijo:

—Es ternera asada. —Y añadió a su favor—: A menos que sea caballo. Hoy en día nunca se sabe.

★ 3 ★

—¡Pobre papá!

A medio vestir, Diana se sentó en el borde de la cama con el periódico en las manos, mientras Peter hacía café en el armario donde una plancha eléctrica y una nevera en miniatura eran considerados como cocina en el Washington en tiempos de guerra.

—¿Por qué «pobre»? —dijo, disponiéndose a abrir la nevera. Pero se detuvo. Desde la muerte de Scotty se había obligado a perder todo interés por la comida.

—Bueno, mira —dijo ella sosteniendo en alto el periódico. El titular: «Vandenberg rechaza el aislacionismo».

Peter no comprendió.

—¿Qué tiene eso que ver con tu padre?

—Pues que éste iba a ser su día. —Ansiosamente pasó las páginas, encontró lo que estaba buscando a mitad de la primera sección—. Y aquí está él, completamente *enterrado*, ¡enterrado vivo!

Peter sirvió el café en dos tazas y las llevó a la cama.

—¿De qué estás hablando?

Diana le mostró el periódico. En un pequeño titular decía: «Senador a favor de las Naciones Unidas». Peter echó un vistazo al artículo. Burden había renunciado al aislacionismo.

—Pero ¿qué hay de malo en eso? Deberías estar orgullosa de él.

—Lo estoy. Pero ¿no te das cuenta? *Él* debería haber ocupado el titular. Hace meses que trabajaba en ese discurso.

—Bueno, no ha calculado bien el momento oportuno.

—No sabía lo de Vandenberg. ¿Cómo iba a saberlo? ¡Oh, tiene tan mala suerte! —Estiró el brazo por encima de él para alcanzar el teléfono, derramando café en las sábanas. Él la rodeó con el brazo. El teléfono del senador estaba ocupado. Colgó—. Esto lo matará.

—Lo dudo. Es muy duro.

Peter la atrajo hacia sí e hicieron el amor abstraídos, mientras ella hablaba de su padre y hacía cábalas sobre el destino, en tanto, por la ventana, el sol anaranjado del invierno se hundía detrás de Dumbarton Oaks.

—Tenemos que vestirnos —dijo ella, haciendo ademán de sentarse; él la agarró con firmeza.

—Tenemos tiempo. Sólo tenemos que llegar antes que Irene.

Había costado una semana de negociaciones el obtener el consentimiento de Frederika, otorgado a regañadientes, a invitar a Irene Bloch a cenar. «Pero que conste que lo hago únicamente porque te ayuda». «Si tú nos ayudaras no tendrías que traerla a casa». «Yo no tengo dinero», declaró Frederika, con una especie de orgullo. «Y tu padre tampoco», añadió disparatada.

Peter se rió entre dientes al recordar la escena.

—¿Por qué sonríes? —Diana se sentía plácidamente celosa de su drama interior y siempre quería ser incluida. Él le explicó. También ella sonrió—. Sería estupendo que tu padre nos ayudase.

—No lo hará. De todas formas, tampoco querría que lo hiciese.

—¿Por qué no?

Con el dedo índice, Peter dibujó un pentagrama en el estómago de ella.

—Porque es mi padre.

—Pero estáis en buenas relaciones, ¿no?

Peter reconoció que su relación con su padre era buena porque ninguno de los dos había tenido mucho que ver con el otro.

—Pero a menudo me pregunto cómo es realmente, bajo toda esa apariencia de magnate.

—Una familia muy peculiar —observó Diana una vez más—. Todos tratáis de parecer tan herméticos…

—No todos. Está Enid.

El sol anaranjado desapareció y el cielo se oscureció. Ninguno de los dos deseaba hablar de aquella muchacha turbulenta que la semana anterior había sido detenida por conducir borracha en una carretera secundaria de Virginia (nadie sabía qué estaba haciendo allí). Su detención había aparecido con toda clase de detalles en todos los periódicos excepto el *Tribune*, que no había mencionado el suceso.

Hicieron el amor como si llevasen mucho tiempo casados, pero siguiesen deseándose. De hecho, se conocían de toda la vida y el hecho de hacer el amor podía considerarse sencillamente un avance en una relación amistosa. Últimamente, Peter se había sorprendido utilizando palabras como relación —lo cual le asqueaba— que se le habían pegado de Aeneas y sus amigos, quienes, desde el primero hasta el último, eran adictos al opulento vocabulario de la psiquiatría, una pseudociencia ahora en boga, más de lo que lo había estado la frenología el siglo anterior. Pero si bien a Peter le conmovía la fe de los sencillos en estos nuevos misterios, se alarmaba cuando los intelectuales intentaban redefinir el arte y la vida con términos prestados de los psicoterapeutas, quienes, mientras tanto, como los primeros padres de la Iglesia, guerreaban entre sí, defendiendo cada uno de ellos que la verdad era la suya y todo lo demás herejía. La primera víctima de estas peleas tormentosas había sido la lengua inglesa. En su entusiasmo por clarificar la actividad interpersonal, creaban palabras exactamente como si ese complicado juego fuera una ciencia en la que había que

bautizar cosas nuevas hasta el momento ignoradas. Uno de los grandes descubrimientos, el paraíso de los intrépidos viajeros, era «relación», palabra que a Peter le resultaba personalmente menos atractiva que las inéditas «conectar» o «amorear».

—Y *ahora* ¿qué te hace sonreír? —dijo ella, incorporándose con ayuda de un brazo.

—Placer erótico. Reflejo normal del macho excitado.

—No, no es así. Fruncen el entrecejo.

—¿Tienes siempre los ojos abiertos? ¿Y a quiénes te refieres?

—Me he fijado. Me refiero a Billy, supongo.

Peter estaba encantado. Habían decidido no mencionar nunca a su marido. Ahora ella —no él— había roto el tabú.

—¿Crees que está enterado de todo esto?

Por alguna razón, Peter se encontró señalando a la nevera.

—¡Oh, no! Habría tenido mucho que decir si lo supiese. No, está bastante contento con todo. Piensa que puede manipularte a sus anchas, así que su actitud es amistosa.

Peter ignoró aquel aguijón deliberado. Ya llegaría el tiempo de manejar a Billy. Pero tratar a Diana era otra cosa.

—Deberías divorciarte de él.

—Tal vez. Algún día.

—No es que crea en el matrimonio.

Aquello ya lo había dicho con anterioridad.

—¡Ni yo! —dijo Diana con más vehemencia de la habitual. Luego se puso en pie y se ajustó el liguero—. Tenemos que irnos.

A Peter le complacía descubrir que su uniforme, que le había ido ajustado, ahora le iba holgado, como resultado de dos semanas de no comer. Volvería a ser delgado otra vez, de una vez por todas. Entre la impresión causada por la muerte de Scotty y la creación de la revista, Peter había abandonado su hombre viejo y pasivo, que leía libros para averiguar quién era o escuchaba durante horas a Aeneas y sus amigos, esperando que la conversación versara inesperadamente sobre él y que alguien le dijera por fin quién y qué era él para poder saber así cómo llenaría los años venideros. Ahora,

por supuesto, lo sabía. Era un editor, como su padre. La ironía le agradaba.

—¿Qué estás leyendo? —le dijo Diana, peinándose al tiempo que examinaba un libro abierto en el escritorio de Peter.

—Diez cosas a la vez, como de costumbre.

—No…, esto —dijo mirando la página del título y forzando la vista debido a la precariedad de la luz crepuscular—. Walter Map, ¿quién es?

—Siglo XII. Historiador. Poeta. Autor, como puedes ver, de *De Nugis Curialium*. Debería fingir que lo estoy leyendo en latín. Pero no.

Diana pasó las páginas. Se detuvo en una de las frases subrayadas por Peter. Leyó en voz alta.

—«Cuando haya empezado a pudrirme, el libro empezará a saborearse… será una era de primates (como la de ahora), no de hombres; se burlarán de su presente y no tendrán paciencia con los hombres de valor. A todos los siglos les ha desagradado su propia modernidad; todas las épocas, desde la primera, han preferido la precedente». —Diana cerró el libro, impresionada a su pesar—. Lo lees todo.

—Quiero saberlo todo.

—Excepto lo que saben todos los demás, como Marx y Freud.

—Como todo el mundo sabe esas cosas, ¿por qué debería saberlas yo? De todas formas, siempre me las pueden explicar. Les encanta.

—No sabía que en aquella época se utilizase la palabra «modernidad».

—No creo que haya ninguna idea más antigua que lo moderno. A mí me gusta más lo de la «era de primates». Teníamos que haberle puesto este nombre a la revista.

—Demasiada evidente, ¿no crees? Además, los monos no leen.

—Eso me temo yo. Esperemos que Irene esté dispuesta a gastar un montón de dinero.

Acabaron de vestirse medio a oscuras. Luego, como dos sombras, se reunieron y Diana preguntó inesperadamente:

—¿Qué es lo que sientes al hacerte viejo?

—¡No puedo esperar!

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Quiero ser un hombre de mediana edad. Ser enteramente yo, del todo, para bien o para mal. Pero delgado —añadió, y ella se rió.

—Yo creo que tampoco me importa hacerme vieja —dijo Diana pensativa—. Y sin embargo, ¿por qué las mujeres maduras se preocupan tanto por parecer jóvenes, cuando míranos…, mírame, incapaz de sacarle ningún partido a mi juventud? —dijo sin ambages.

—Gracias —dijo él, a la vez divertido y herido.

—¡Oh, vamos! —dijo ella riéndose.

Y él se dio cuenta con súbito dolor que estaba más apegado a ella que ella a él. Afortunadamente, lo suyo no era desesperarse. Cuando salían del apartamento, supo que tarde o temprano él le haría daño y así eliminaría la diferencia.

Frederika los recibió calurosamente.

—¡Diana! Estás realmente preciosa. ¿Cómo está Billy? ¿Por qué no ha podido venir?

Mientras Diana le daba explicaciones, Frederika dijo a Peter en voz baja:

—*Ella* todavía no ha llegado.

—Oh, vendrá, no te preocupes.

A Peter, el horror de su madre le parecía no sólo divertido sino impresionante por ser tan impersonal. Frederika no tenía nada en absoluto contra Irene Bloch. Pero dos mil años de enseñanzas cristianas habían conseguido su efecto. Porque Irene Bloch había desgarrado la sagrada carne y se había manchado extasiada con la sangre del Cordero, estaba sucia y no debía cenar en Laurel House.

—Gracias a Dios, todos hablan inglés —dijo su madre, identificándole a unos cuantos invitados, entre los que se contaba un ruso con dentadura de acero—. No es lo que era —añadió, pero Peter no pudo adivinar si lo decía triste o contenta.

Desde el comienzo de la guerra, el Congreso había decaído socialmente. Raras veces se veían senadores en Laurel House. Los hombres que ahora importaban eran los jefes de esas oficinas que estabilizaban los precios e incrementaban la producción. Esos zares, como la prensa los denominaba, eran cortejados por todos. Había algunos en el salón de Blaise, para deleite del resto de los invitados, en su mayoría extranjeros en misión. Del Washington de antes sólo estaban presentes los Shattuck, «ingredientes compatibles». Podían llevarse bien con cualquier persona.

—¡Aquí está el joven editor! —exclamó su padre, con tanto desprecio como afecto en su voz jovial.

—Y aquí está el… editor *veterano* —dijo su hijo, que no estaba dispuesto a ser pisoteado, aunque fuera por un elefante solitario tan venerable.

Pero Blaise hizo como que no le oía. Se volvió a los hombres con los que hablaba, todos extranjeros excepto una reciente adquisición del gabinete del presidente, que acababa de llegar a Washington.

—En realidad mi hijo no es soldado, a pesar del uniforme. Es editor de una revista. Diles qué clase de revista. —Blaise sonrió ferozmente a Peter, que sabía que su padre no pretendía ser del todo desagradable.

—La revista —dijo Peter con voz de colegial— es un poco más larga que ancha e impresa a dos columnas en papel corriente. —Se detuvo y sonrió a su padre—. Creo que con ello queda descrita.

Los otros rieron incómodos, inseguros de cuál sería la reacción de su anfitrión. Pero Blaise se rió sin malicia.

—Eso es, caballeros. ¡Sólo que es roja!

—Socialista, sí —dijo Peter como describiendo un tipo de letra—. Pero no doctrinaria.

—¿Qué te parecen, estos chicos? Nunca están satisfechos. El va y publica con dinero capitalista una revista que quiere acabar con el capitalismo.

—Al menos no es *tu* dinero capitalista.

Peter quería que aquello quedara claro.

Blaise pareció molesto por primera vez.

—No, no es mío, ni nunca lo será. Es…

Pero la fuente de apoyo capitalista de Peter había entrado en la sala. El traje de noche de Irene era demasiado vivido, demasiado personal y de moda para el desaliño cuidadosamente calculado de una cena en Laurel House. Todo el mundo se quedó mirándola. Ella se detuvo un instante en la puerta. Luego, al ver a Peter, se dirigió hacia él en el preciso instante en que él iba hacia ella.

Frederika se interpuso entre los dos debajo de la araña central. Ante la sorpresa de Peter, Frederika estuvo efusiva, e Irene, serena. De momento muy bien, pensó con el corazón acelerado, deseando que Diana se les acercase inmediatamente y desviase la atención. Porque la sala se había quedado muda.

Peter nunca estuvo seguro de cómo se las arregló Irene, pero en cuestión de minutos se había colocado delante de Blaise y cometía su primer error. Le interrumpió. Tendiéndole la mano, le dijo:

—Buenas noches, señor Sanford.

Demasiado tarde, Frederika dijo precipitadamente:

—Blaise, ¿te acuerdas…?

Blaise tomó lentamente la mano de Irene y dijo:

—Buenas noches, señora Black. Me alegro de que haya venido.

—¡Bloch! —exclamó Irene alegremente, cometiendo su segundo error.

Ahora Peter sudaba.

—Eso es —dijo Frederika—. La tienda, la que me gusta tanto. Ya sabes, la de Bloch.

—Perdone. Sí, claro —dijo Blaise dejando caer la mano de Irene.

Irene, lanzada al desastre, cometió su tercer error. Recorrió con la vista la habitación.

—Mi… —dijo en voz alta—. No he estado aquí desde…, oh, *pas depuis longtemps*.

De nuevo todos los ojos estaban fijos en Irene. Peter miró a Diana; tenía los ojos cerrados.

—¿Qué? —dijo Blaise en voz tan elevada como la de su invitada.

Y, como Peter se temía, Irene repitió lo que había dicho en francés. Los europeos se sonrieron. Completamente ajena al efecto que estaba produciendo, Irene tradujo la frase para Blaise. Antes de que pudiera perjudicarse más, Frederika la cogió del brazo y se la llevó. Al otro lado de la sala, Lucy Shattuck dobló sus impertinentes y dijo algo a su marido, que sonrió: había nacido otra leyenda en Washington.

Diana se acercó a Peter, demasiado tarde.

—¿Por qué no has *hecho* algo? —le preguntó irracionalmente.

—¿Hacer qué?

Inspirado por Irene, le soltó el latinajo que reza: «Los dioses primero vuelven locos a aquellos a quienes desean destruir». Luego se lo tradujo.

—Gracias, chico —dijo Diana de mal humor—. Ahora que tu padre la ha humillado majestuosamente, adiós al dinero.

—Afortunadamente, no creo que piense que la han humillado.

—Puede ser espantosa, pero no es estúpida.

—Pues precisamente por eso. ¿No lo ves? Mi padre se está comportando exactamente de la manera que ella desearía. Si estuviese amable, ella no se impresionaría, y si a ella no le impresionase, no estaría aquí, y entonces no habría revista que valga.

Diana dudaba. Pero Peter estaba convencido de que tenía razón. Se fue con Irene, quien se había dirigido instintivamente hacia los europeos que habían sonreído ante su francés.

—Solía ver con frecuencia a su embajador Claudel. ¿Lo conoce? —Al parecer, sólo de oídas—. No era popular en Washington, *hélas*. Solía leer sus poemas después de la cena, y si hay algo que nosotros

los de Washington detestemos más que la poesía es la poesía en francés. Somos bárbaros.

Aquello cayó bien. Irene todavía podía salvarse. Peter ofreció su ayuda.

—Además la comida que daban era mala, lo cual era trágico pues su embajada es el único restaurante francés bueno de la ciudad.

La chanza de Peter no produjo ningún efecto e Irene le lanzó una rápida mirada de compasión, como diciendo, será mejor que dejes a tus mayores este tipo de broma mundana.

—¿Admira a Saint-John Perse? —preguntó ella al francés, que, de nuevo, sólo lo conocía de oídas—. Naturalmente, lo habrá *leído*.

El francés parecía incómodo. En su elemento, Irene citó a Saint-John Perse en francés y a pesar del extraordinario acento, estaba claro que sabía de qué hablaba. Peter se escabulló.

En la cena, a la izquierda de Peter se sentó una muchacha de cabello negro, piel pálida y ojos oscuros y alargados, y con una voz tan baja que tenía que hacer esfuerzos para oírla.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Él dijo que no, percatándose de un lugar vacío al otro lado de la mesa: Enid no había llegado.

—Soy Elizabeth Watress. —El nombre no le decía nada—. Soy la hija de la señora Shattuck. —Peter recordó que Lucy Shattuck había estado casada en primeras nupcias con un neoyorquino llamado Watress que jugaba al polo y bebía mucho; un día, caprichosamente, dejó a Lucy. En cuestión de semanas, ella se casó con Laurence Shattuck y se trasladó a Washington. Como Elizabeth era más joven que Peter, nunca se habían encontrado—. Sólo un fin de semana en que mi madre me trajo aquí, antes de la guerra, y yo te conocí, pero tú no te acuerdas. Fue bastante horrible. Pero yo me hice ver. Fui a montar a caballo con todos vosotros y mi caballo, se llamaba Antic, se desbocó. —Peter se acordaba del episodio—. Fue tu hermana Enid quien lo agarró de las riendas y lo detuvo. Si no hubiese sido por ella, seguramente me habría matado. Va a venir a la cena, ¿no?

—Se ha retrasado en la ciudad, llegará tarde.

Peter la excusó mecánicamente. De hecho, le aliviaba que Enid no estuviese presente; como un gato con un pájaro, no habría podido resistir la tentación de maullar a Irene.

Elizabeth le pareció tan atractiva que después del primer plato, en lugar de volverse a la dama sentada a su derecha, siguió hablando con ella, mientras bebía consomé con diminutas partículas de una sustancia con sabor a hígado, todo servido con unos palitos de hojaldre retorcidos; en un alarde de virtud, comió sólo un palito y no bebió jerez.

A Elizabeth no le gustaban los estudios superiores.

—Me temo que no están hechos para mí. Quiero empezar a vivir ahora. En este mismo instante. La escuela no es más que un retraso para las chicas, a menos que seas un cerebro, que no es mi caso.

Mientras hablaban, él iba mirando de vez en cuando para ver si Irene salía del paso. No cabía duda de que sí. Estaba explicándole la vida de Washington al nuevo miembro del gabinete, que parecía impresionado. De pronto, Elizabeth le preguntó por la revista.

—¿Has oído hablar de ella?

—Oh, mamá y sus amigas no hacen otra cosa que hablar de ella y de ti. —Se sintió halagado, pensando que era objeto de interés de los adultos. No se había librado del hábito de pensar en sí mismo como un muchacho hacia el cual los adultos no sienten más que indiferencia—. Pero, bueno, les encanta hablar de tu familia y de Laurel House.

Aquello le despojó de parte del placer. Sólo como parte de Laurel House atraía el interés de alguien. Aquello tenía que cambiar.

—Bueno, va a ser socialista.

Automáticamente le soltó la perorata, observando su rostro mientras lo hacía. Ella escuchaba absorta, sin alarmarse en lo más mínimo.

—No puedo esperar el primer número —dijo ella finalmente.

—Ni yo —dijo Peter.

La velada no había finalizado todavía. Irene aún podía hundirse, llevándose el tesoro con ella.

—Soy muy estúpida —dijo Elizabeth inesperadamente, sirviéndose salmón, pero sin tocar la salsa verde, la preferida de Peter—. Debes curarme.

—Dudo de que lo seas. Pero, de todas formas, te curaré.

La risa de ella le pareció especialmente seductora, baja, y genuinamente divertida.

Pero a su derecha, la voz de la dama dijo severamente:

—No te he visto desde que ibas en pañales.

Peter se volvió obedientemente hacia una de las amigas de su madre, mientras se servía salmón, aunque, en honor a Scotty, no probó la salsa.

Después de la cena, Blaise propuso que los hombres se reunieran inmediatamente con las mujeres: había algo, dijo, que quería decirles a todos. Peter raramente había visto a su padre de can buen humor, decididamente travieso.

—*Ma foi* —dijo Irene en la puerta—. ¿Qué podrá ser? ¿Rendición incondicional?

—¿Nuestra o suya? —dijo Diana, agarrándose nerviosamente a Irene como para dirigirla por un mar especialmente tempestuoso, pero la aventurera, lanzada, no necesitaba los pequeños tirones que recientemente la habían guiado a través de traicioneras marismas hasta el mismo mar.

Se soltó de Diana y tomó del brazo al nuevo ministro.

—Será usted todo un gran éxito en Washington. Siempre lo adivino.

Peter y Diana intercambiaron una mirada conspiradora que ya les era familiar: ¿Habrían ganado?

—Esto aparecerá mañana en el periódico.

La potente voz de Blaise silenció la sala. Peter se hundió en un sillón. En la mesita baja junto al mismo había una bandeja de plata con bombones rellenos de menta; se lo tomó como un presagio. Su

intención era no comer nada más, pero los bombones estaban claramente allí. El infierno se abría a sus pies.

—… de Harold Griffiths.

¿Qué decían de Harold Griffiths?, preguntó a Elizabeth, quien, por arte de magia, había aparecido a su lado.

—Un despacho —susurró ella—. De Filipinas. Me encanta cómo escribe, ¿a ti no?

Peter sacudió la cabeza. Prefería al Harold de antes y se preguntaba qué había pasado.

—«Lugar de procedencia: el Pacífico. —La voz de Blaise se fue haciendo dramática a medida que leía las frases telegráficas de Harold—. Amanecer. Tomamos tierra. Estaban esperándonos. A nuestra izquierda, un nido de ametralladoras. Las balas zumbaban como un enjambre de mosquitos. ¡Sólo que su picada era mortal!».

Peter saltó a la playa y se cayó todo lo largo que era, enterrando el rostro en la arena áspera y húmeda, los mosquitos…, no, las balas le pasaban por encima y a su alrededor. La prosa de Harold. Decidió no moverse, nunca.

—«Nuestro objetivo es el aeródromo de Lingayen. Me vuelvo al comandante. Su rostro es joven, pero en sus ojos se ve que ha conocido el infierno por medios muy duros».

Peter eligió ir al infierno por la vía fácil. Comió un bombón.

—«"Tenemos que tomar el aeródromo". Decía las cosas sin rodeos, así. Sin adornos. Simples afirmaciones. Pero cuando le dije: "Sois muchos menos, ¿por qué no esperáis refuerzos?", se limitó a sacudir la cabeza. "Son órdenes". Sin más. Tuve miedo. Pero yo no soy un héroe. Sólo un testigo, un testigo del coraje».

Peter sintió que se sonrojaba de pura vergüenza por su viejo amigo que antaño había sido testigo tan sarcástico de las extravagancias de Washington. Harold debía de estar urdiendo un fraude sin precedentes.

—«Los hombres valientes no hablan mucho. Se limitan a hacer su trabajo. Como aquel comandante. Un hombre valiente. Uno de los

más valientes que he conocido. Dio orden de atacar. Era como aquel cuatro de julio en que los japoneses abrieron fuego sobre nosotros».

De pronto, Peter comprendió la estrategia de su padre.

—«… el hangar estalló en mil pedazos. Con el cabello y la ropa en llamas, los japoneses salieron gritando hacia las pistas…».

Fuego. Envuelto en la capa de Nesus, él… ¡No! Ni una sola referencia literaria más, pues Scotty estaba muerto.

—«Se dirigió al hangar en llamas. Cuando salió, llevaba en brazos a un joven soldado aún con vida».

¿Qué joven soldado? La imagen de Hércules agonizando —de sí mismo en agonía— le había hecho perder una parte vital de la narración. Pero fuera lo que fuese lo que se había perdido, estaba claro que el comandante podía ganar fácilmente la guerra del Pacífico, porque…».

—«En aquellos instantes en que aquel puñado de valientes se enfrentaron a lo más selecto del ejército japonés, supe lo que era tener agallas. Pero, luego, cuando el comandante corrió hacia el hangar en llamas para salvar la vida de un simple recluta, vi algo más. Vi un héroe. Ahora, mientras escribo estas líneas sentado en la playa, el general Krueger propone al presidente de Estados Unidos la concesión de la Cruz por Servicios Distinguidos al comandante Clay Overbury».

La voz de Blaise se quebró al pronunciar el nombre.

Los aplausos llenaron la habitación. Peter miró a Diana; había cerrado los ojos con fuerza; ¿estaría viendo las llamas o la medalla del presidente? Hasta después de un rato Peter no se percató de que lo que al principio le pareció su propia voz interior era Elizabeth que le susurraba al oído.

—¡Qué orgullo! ¡Tu propio cuñado! ¡Qué suerte tiene Enid!

Peter comió un último bombón.

Seis

★ 1 ★

Burden y Diana atravesaban en silencio, con Henry al volante, las barriadas de ladrillo rojo donde vivían los negros en lo que Burden seguía creyendo que era un abandono feliz e inconsciente, a pesar de que todo apuntaba a lo contrario. Pero en aquella mañana lluviosa de abril los negros estaban como todo el mundo, sombríos, pensativos, reservados. Sentados en los porches de sus casas, hablaban sin sonreír mientras sus hijos jugaban entre cubos de basura en patios polvorientos. La historia los había apresado a todos, blancos y negros, y las banderas de la república ondeaban a media asta.

En un primer momento, Burden no había dado crédito al bedel que había ido corriendo a la barbería del Senado para anunciar: «¡Está muerto! ¡El presidente ha muerto!». Pero era cierto. El glorioso enemigo había muerto un jueves por la mañana en Warm Springs, Georgia, mientras posaba para un retrato. Sus últimas palabras fueron: «Tengo un dolor de cabeza terrible» (o «del demonio», según lo que leyese uno) y así, al romperse una vena de aquella su gran cabeza, todo el esplendor había llegado a su fin abruptamente.

Cuando Burden oyó la noticia, había saltado del sillón del barbero y aunque las sesiones del Senado ya habían sido levantadas, se precipitó en dirección a la cámara, con el trapo blanco del barbero anudado al cuello. Hasta que llegó a la antesala del Senado no se dio cuenta de que debía parecer un senador togado que había

llegado demasiado tarde al teatro de Pompeya. Se arrancó el trapo y se lo dio a un bedel. Los senadores que permanecían todavía por allí estaban tan aturdidos como él. Algunos habían odiado al presidente; algunos habían deseado su puesto; todos le habían envidiado. Ahora ya no importaba. Pero en la muerte, al igual que en la vida, había triunfado, porque ninguno de ellos se sentaría jamás en su puesto. Se había ocupado de ello. Ahora había otro presidente y Burden era viejo.

El murmullo de los chismorrees que se oyeron los dos días siguientes fue entretenido. El presidente había sufrido muchos ataques antes de aquel último. En Yalta, había sido catatónico y el doctor de Stalin había afirmado que moriría en breve. Hubo también un escándalo. En el momento de la muerte no estaba con su mujer sino con una antigua amante. Muchos rumores. Mucha aflicción.

Todos hablaban de Lincoln; al igual que aquel paladín, Roosevelt había muerto en un momento de victoria en tiempo de guerra, su vida segada en el cenit, cuando las lilas florecían. Se citó a Whitman solemnemente mientras la ciudad revivía el ánimo de aquel día de abril tan lejano en el que la negra carroza atravesó las ciudades abarrotadas de gente que lloraba. Hasta Burden en Rock Creek Park, emocionado por aquel luto primaveral, se acercó un ramillete de lilas a la cara hasta que le saltaron las lágrimas pues era alérgico al polen. Luego, seriamente, sí que casi llora por su propio pasado cuando el sábado lo enterraron en la rosaleda de Hyde Park. ¡Oh, capitán! ¡Mi capitán! ¡Cómo te odiaba y cómo te odio, pues sin ti estoy incompleto! Ahora ¿qué me queda?, se preguntó Burden en el momento en que el automóvil se detenía en Union Station.

Diana lo cogió del brazo en actitud protectora, como si de pronto se hubiera vuelto frágil y tremendamente valioso para ella. Él agradecía cualquier atención.

—Qué buena eres por haber venido —le dijo.

—Tengo muchas ganas de verlo otra vez —repuso ella como si fuera cierto.

Atravesaron la sala de espera abarrotada de militares de servicio con sus petates y enseres, todos en movimiento en virtud de máquinas mimeográficas demenciales que emitían órdenes kilométricas. Afortunadamente, la guerra en Europa tocaba a su fin; pronto los ejércitos se dispersarían y los jóvenes se quedarían en casa, donde tenían que estar, y dejarían los viajes a los decrépitos senadores.

Dentro de la estación, en una de las verjas de hierro, la policía había acordonado un pequeño espacio donde estaban Blaise, Enid y Peter, rodeados de fotógrafos. Frente a la verja habían instalado una cámara de noticiario. Como siempre, Blaise se había ocupado de todo, pensó Burden atusándose el mechón de pelo de la frente. Luego, listo para que la cámara lo filmase, listo para que la historia empezase, saludó a Blaise.

Diana se colocó junto a Peter, en la verja, y mientras bromeaba con el excitado Blaise, Burden observó a la joven pareja, y se preguntó, como siempre, si su interés mutuo no era más que el resultado de publicar aquella revista de la que se estaba hartando por momentos o si sería algo más serio, como esperaba. A Peter lo encontraba desconcertantemente liso, sin salientes, nada a lo que agarrarse; pero a pesar de su naturaleza evasiva no cabía duda de que era preferible a Billy. Aunque a Burden le habían enseñado a rechazar el divorcio, habría preferido ver a su hija en una esquina, siendo él su chulo, que casada con Billy Thorne.

—No pensaba que Clay fuera capaz de eso, ¿y tú? —dijo Enid con voz clara, y enunciando bien.

Sólo la lentitud con la que hablaba y el olor a ginebra que despedía su aliento delataban que había bebido.

—¿De ser héroe?

Ella asintió con demasiada precisión.

Burden respondió de forma firme y convencional.

—Claro que sí. Es un joven valiente.

Entonces se encendieron las luces de la cámara de filmación y los fotógrafos apuntaron sus objetivos a modo de rifles.

Prematuramente, estalló la luz de un flash. Los militares que se hallaban más cerca dejaron de dar empujones y empellones para ver a la celebridad, quienquiera que fuese él o, aún mejor, ella.

En aquel instante se abrieron las verjas de hierro y apareció Clay con la maleta en la mano. Se oyó el chasquido de los flashes. Burden no veía nada. Extendió su mano, como dirigida, y sintió la de Clay, dura y seca, sobre la suya.

—Bienvenido a casa —dijo, pero su voz quedó ahogada por el rugido de Blaise.

—Así. Toma una buena con el senador. Hacia atrás. No empujen. Dejen a la cámara. Eso es. Ahora venid por aquí.

Obedientemente, Burden se dispuso a moverse, pero fue empujado a un lado.

—Usted no, senador. Sólo el coronel y su esposa.

Burden frunció el entrecejo, olvidándose de las cámaras; había que vengar aquella descortesía. Pero en realidad era el momento de Clay, no el suyo; volvió a sonreír y, como recompensa, recuperó la vista.

Clay se hallaba a pocos pasos de frente a las cámaras. A Burden le asombró el cambio que había experimentado su aspecto externo: había desaparecido la suave curva de la mandíbula, las suaves mejillas, los labios rojos. Ahora, el rostro de un hombre miraba el mundo, la carne se había hundido hasta alcanzar su nivel de madurez y los rasgos se habían hecho profundos. Lo que más le llamó la atención fue, debajo de las pálidas cejas, más espesas de lo que recordaba, los ojos de un extraño que reflejaban una luz inhumana, y en aquel brillo vio Burden la gloria venidera. Se estremeció, porque nada de aquello era suyo.

—Ven aquí, Enid.

Al menos, la voz de Clay era la misma. Había extendido la mano. Pero Enid parecía incapaz de moverse. Miraba fijamente las luces, embobada, con la boca abierta, desorientada.

Blaise intervino. Bruscamente la cogió del brazo arrancándola de raíz.

—¡Aquí está! —dijo, tratando a la hija como a un naipe.

Clay ganó el envite, pero no el juego, porque en aquel preciso instante, Enid, cegada por las luces, tropezó con un micrófono que le ladeó el sombrero lascivamente tapándole un ojo. El efecto resultaba cómico. Un espectador ahogó una risita; la risita se convirtió en carcajada. Blaise se precipitó al lado de Enid. El sombrero fue bien colocado.

Todo el mundo hizo ademán de ayudar menos Clay, que no se movió; se quedó de pie donde estaba, como esperando la llegada de un tren. Burden buscó su mirada y con una sonrisa le ofreció ánimos. Pero Clay, o bien no podía verle por causa de las luces o, por algún motivo, decidió no responderle. Se quedó mirando fijamente a Burden sin expresión hasta que Enid llegó y dijo con voz cuidada, pronunciando cada sílaba:

—Estoy tan contenta de que vuelvas a casa, sano y salvo.

—Ahora, *bésale* —masculló Blaise con los ojos granates de rabia.

Enid besó a su marido mientras las cámaras filmaban, y la leyenda continuó.

★ 2 ★

—¡Es una obscenidad!

Había encontrado la palabra aquella mañana y la había guardado a mano todo el día, haciéndola rimar con otras palabras que decía, aunque la palabra en sí no debía soltarse hasta que, a solas con Diana en el quinto piso del edificio Union Trust, en la oficina de dos habitaciones de *La Idea Americana*, pudo tirar a sus pies la pila de periódicos y declarar: *¡Una obscenidad!*

—¿*Todos* los periódicos? —dijo ella vagamente molesta, como si le apretase un zapato.

—Todos y cada uno de ellos —dijo Peter dando una patada a la pila.

Por todo el suelo se extendía una serie interminable de fotografías de Enid y Clay abrazándose; al parecer, no había ninguna del sombrero ladeado.

—Lo ha hecho mi padre.

Peter se dejó caer pesadamente en la poltrona desde la que presidía las reuniones editoriales de *La Idea Americana*, revolviendo órdenes de imprenta, falsificando los ingresos por publicidad, perdiendo las listas de suscriptores y, por lo demás, como él decía alegremente, haciéndose cargo de las cosas.

Esta vez fue Diana quien le preguntó: «¿Por qué?», y fue Peter quien dijo que no había explicación alguna para el comportamiento de su padre, «a menos que esté loco, lo cual está dentro de lo posible».

—No está loco. Quiere que Clay llegue al Congreso. Y sé por qué.

—Dímelo.

—Malicia. Pura malicia. ¿Qué otra cosa molestaría más a Enid? ¿O a ti?

—Exageras su interés hacia mí.

—Tú lo subestimas. Que no le gustes no significa que no le intereses. Más bien al contrario.

Aquello le dolió. Una cosa era que a él le desagradase su padre —cosa incluso normal— y otra muy distinta que el sentimiento de su padre fuera recíproco. Pero Diana se limitaba a teorizar al estilo de Aeneas Duncan,

—Además, está enamorado de Enid. Cualquiera se da cuenta de eso.

—¿Clay?

—Tu padre. Es evidente.

—Sólo a los ojos de Freud. —A Peter le aburrían enseguida estos análisis. Pero Diana nunca se cansaba de ellos. Peter dijo exactamente lo que pensaba que era cierto—. Creo que está harto de ella. Le molesta que beba y tiene razón. Es un desastre.

—Pero *tú* la quieres, ¿no? —le retó Diana.

Él rechazó aquel anzuelo.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo con indiferencia.

En aquel momento llegó Aeneas preguntando por Billy.

—Billy está en la impresora.

Diana, la esposa de nombre, respondió por Peter, el editor de hecho.

Las relaciones entre marido, mujer y amante habían sido sorprendentemente buenas durante las seis semanas que habían trabajado juntos en los dos primeros números de una publicación que, como había escrito un crítico, «llena un vacío determinado», aunque concretamente cuál era aquel vacío Peter nunca se había atrevido a preguntárselo, por miedo a que la respuesta fuese sin más que necesitase una excusa para estar con Diana. *Estaba* con ella todos los días y, ante su sorpresa, Billy no había manifestado celos, si bien Peter estaba convencido de que sabía exactamente lo que pasaba, mientras que Diana, por su parte, estaba segura de lo contrario.

Aeneas los preocupaba con sus últimos pensamientos. Había decidido que la insistencia de la Administración en la rendición incondicional de los poderes del Eje había sido absolutamente necesaria para ganar la guerra. Peter, Diana y Billy no estaban de acuerdo, cada uno a su manera. Como consecuencia de ello, se pasaban las horas discutiendo si la revista tenía que publicar la defensa de su postura profusamente argumentada. Se estaban repitiendo jovialmente cuando alguien llamó a la puerta. Aeneas abrió y apareció Clay.

—¿Puedo entrar?

Diana se sonrojó. Peter se puso en pie de un brinco. Aeneas retrocedió como si previera un ataque. Pero Clay se mostró afable.

—He venido a que me certificasen esto notarialmente —dijo, enseñando un sobre de papel manila, como si esperase que no lo creyeran—. Hay un notario público en el vestíbulo. Luego he visto vuestra puerta. Y he venido. Supongo que no hay ningún inconveniente.

—Maravilloso —dijo Peter, maravillándose ante su propia cordialidad—. Siéntate. Aquí está el primer número…

—… lo he visto…

—… y el segundo. Te presento a Aeneas Duncan.

—… leído su artículo. No me había dado cuenta de que Trotsky era un…, bueno, una fuerza tan poderosa todavía.

—Bueno, naturalmente…

—¿Quién ha estado recopilando mi publicidad? —preguntó Clay indicando los periódicos desperdigados en la alfombra como un abanico—. ¿Diana?

Ahora pálida, sacudió la cabeza.

—Peter. Pero todos estamos impresionados. Un héroe.

—Es fantástico haber vuelto —observó Clay convencionalmente, dando la primera nota auténtica de lo que hasta el momento había sido un preludio disonante.

Políticamente era el enemigo. Aquello estaba claro. Pero Peter no estaba del todo seguro de por qué. Al fin y al cabo, ser ambicioso no era en sí un defecto.

Aeneas, naturalmente, no estaba de acuerdo.

—Debe de ser difícil de aceptar —dijo mirando a Clay con sospecha a través de las gafas empañadas—. Todos esos rollos insoportables.

—¿Qué rollos? —dijo Clay aparentemente desconcertado.

—Lo que escribe ese escritor de melodramas, ¿cómo se llama…?

—Pobre Harold. —Peter facilitó el nombre y el homérico epíteto.

Aeneas asintió.

—¿Cómo puedes soportar que se escriban cosas de ti como si fueras una especie de héroe de un melodrama…, no, aún peor, como si fueras el mismo drama a vender a granel, como algo que no eres?

—Oh —dijo Clay sin ningún tipo de expresión.

Peter lo observó mientras el rápido, aunque más bien corriente, cerebro de su cuñado se enfrentaba a lo que aparentemente era una idea nueva. Evidentemente, la gama de respuestas posibles era amplia. Clay eludió la elección.

—Supongo que Harold exagera en sus escritos, pero…

Intentó dejarlo correr, pero Aeneas era implacable.

—Sí, sí. Eso lo sabemos todos. Harold Griffiths ha hecho del analfabetismo una forma de arte. Aun así…

Hacía tiempo que Peter había dejado de defender a su viejo amigo Harold frente a sus nuevos amigos. Tenían razón. Los relatos de guerra de Harold eran especialmente espantosos. Pero pronto volvería a casa (el último «Procedencia: Pacífico» era de Manila. «La Perla de Oriente está en ruinas. Los japoneses continuaron con su orgía destructora…») y Peter esperaba con impaciencia el momento de averiguar si Harold se había estado burlando deliberadamente de todos ellos o no.

Aeneas seguía diciendo que no estaba bien decir que una cosa era cuando no era. A lo cual Clay respondió un desconcertado:

—Desde luego, pero…

—Pero aún peor es no *saber* lo que es real y lo que es imaginario. Cuando deliberadamente confundes a la gente con algo falso…

—¿Pero *quién* está confundido? —dijo Clay con voz repentinamente cortante.

—El público —respondió Aeneas en el mismo tono.

—¿Por qué? ¿No crees lo que Harold escribió sobre mí?

—Estoy seguro de que es verdad, lo que ocurrió…

—Entonces, ¿qué es lo que lleva a confusión?

—El estilo, la manera en que has sido presentado, como una especie de héroe de ficción barato…

—Sobre eso no tengo control.

—No te estaba criticando a ti.

—¿Entonces a quién? ¿A Harold?

—¡A todos ellos! —dijo Aeneas señalando los periódicos del suelo con un ademán de desprecio—. Todo lo que tocan se marchita, se vuelve *cursi*.

—Estoy seguro de que *La Idea Americana* nos meterá a todos en cintura —dijo Clay sonriendo dulcemente a su cuñado, y Peter le

devolvió la sonrisa, susceptible, como lo había sido siempre, al hombre que había seducido a su hermana en la casita de la piscina, después de haber cortejado a Diana.

—El señor Sanford ha hecho sin duda un estupendo trabajo —dijo Diana sacando su propia arma—. Con la prensa. Y todo.

Este último giro de la navaja hizo que Clay se sentase erguido en una silla, con los ojos brillantes de dolor.

—Blaise ha sido una gran ayuda —dijo volviéndose al hijo de Blaise—. Me saca a un montón de gente de encima.

—Supongo que te presentarás al Congreso el año que viene con toda esta publicidad.

Peter no podía reprimirse más. Se unió al juego.

Pero de pronto Clay se sentía a sus anchas. Se había puesto a su altura.

—¿Quién sabe? He estado fuera mucho tiempo, en el extranjero. —Con una palabra, les recordó su estatus de guerrero—. He perdido el contacto. Por eso pienso que podría ejercer de abogado. Ganar un poco de dinero. Al fin y al cabo, Blaise no es *mi* padre.

Clay se levantó para marcharse, con el sobre delante de él a modo de escudo de guerrero para protegerse la entrepierna.

—Tienes suerte —dijo Peter fríamente.

—¿No la tenemos todos —dijo Clay, amable hasta el final— por el hecho de estar vivos? —añadió, estropeando su momento.

Aeneas resopló y empezó a hablar, sin duda deseando inclinarse al sentido trágico, pero se lo pensó mejor y dejó que Clay se marchase con el vago comentario a Peter de que «Enid está bien, dentro de todo».

Cuando Clay se hubo marchado, los tres enemigos del *statu quo* evitaban mirarse a los ojos, cada uno molesto en cierto modo, decidió Peter, como personas que se han pillado llorando en una película mala.

—¿Qué pasa? —dijo Diana.

De los tres, sólo ella sufría una pena verdadera; y, con todo, su desconcierto era el más genuino.

—Entresijos, vaciedad, un vacío… —empezó Aeneas.

Pero fue Peter quien concluyó:

—Es muy sencillo. *Toda* la suerte está de su parte. Y eso nos resulta insoportable.

★ 3 ★

La criada negra abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido. La habitación estaba oscura, como una gruta, y con olor a cigarrillos, a perfume pasado, a Enid.

—¿Enid?

Mientras Clay hablaba, la criada se retiró, no queriendo estar presente en el despertar prematuro de su señora. Pero eran las dos de la tarde y Clay había ido a comer con su mujer, que había estado de lo más amable por teléfono: «No hay razón alguna para que no seamos amigos, después de todo este tiempo». Pero la amiga putativa roncaba cuando Clay corrió las cortinas y dejó entrar la luz del día.

En un revoltijo de sábanas, Enid estaba acurrucada como un feto de bronce en medio de la cama. Sobre una silla, su ropa pulcramente ordenada, siempre señal de que había bebido. Sobria, dejaba la ropa en el suelo; borracha, era obsesivamente ordenada. En la mesita de noche, un vaso de whisky a medio terminar colocado justo en medio de un cenicero. Junto al whisky, un frasco de pastillas, para dormir.

Enid se revolvió, gimió suavemente; luego, apartándose de la cara el oscuro cabello, alzó la vista y lo miró con ojos inyectados.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—El almuerzo. ¿Te acuerdas?

—Escucha. Ve al lavabo y tráeme un Alka-Seltzer y dos aspirinas. Tengo un dolor de cabeza de lo más horrible. Estás demasiado delgado. Pero es sexy —dijo a sus espaldas mientras él iba al cuarto

de baño, fijándose con cierto dolor en el histórico gorro que había cambiado sus vidas.

Enid se bebió la mezcla, eructó discretamente: hizo una mueca, suspiró, se estiró y sonrió.

—Siéntate —dijo, dando palmaditas en el borde de la cama.

Él, no obstante, acercó una silla. Ella pareció no notarlo. Aparte de los ojos enrojecidos, tenía el rostro tan limpio como el de un niño. Hasta se había acordado de quitarse el maquillaje la noche anterior y le quedaban en la cara vestigios de crema limpiadora.

—Anoche me quedé frita —dijo, utilizando un eufemismo que él reconoció como popular entre la gente que ella consideraba *divertida*: oficiales del ejército y la marina regulares ocupados en una fiesta permanente—. Celebraba tu regreso.

—Estoy seguro.

—¿Por qué no te vienes a vivir aquí? Puedes utilizar la habitación de invitados.

—¿No le importaría a Joe?

—Le gustas. Ahora, escucha. Quiero hablarte de Joe. *¡Ellen!* —gritó de repente dejándole casi sordo—. Esta condenada negra es más lenta que una tortuga en invierno, pero la adoro, aunque sea un fardo.

La tortuga apareció nerviosa en la puerta y recibió órdenes de servir un café, *dos* cafés («éste será tu almuerzo») y zumo de naranja con vodka.

—Un clavo saca otro clavo. De hecho, seguramente podría tomarme una caja entera.

Enid le dedicó su sonrisa lenta y traviesa y él, contra todo sentido común, se excitó. Cruzó las piernas. Ella se daba cuenta de todo cuando quería.

—Bien, bien —dijo estirándose otra vez. Luego, dijo en tono neutro—: Quiero casarme con Joe.

—Muy bien.

—¿Es eso *todo* lo que tienes que decir? —dijo frunciendo el entrecejo, súbitamente irritable.

—¿Qué otra cosa puedo decir? Deseas casarte con él. Adelante. Pide el divorcio.

—Quiero la custodia de Alice. Custodia *total*. Enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres? —Le tendió la mano derecha enseñándole el temblor, casi con orgullo, como un niño mostrando que puede doblar los dedos al revés. Clay le encendió el cigarrillo y se lo dio. Ella fumó ansiosamente; la ceniza cayó sobre la almohada; prosiguió—: No creo que una niña deba partirse en dos sólo porque los padres no se entiendan. Además, no le gustas.

Como siempre, Clay se maravilló ante la inequívoca habilidad de Enid para pasarse de la raya. El deseo de provocar el máximo dolor superaba indefectiblemente la astucia que pudiese poseer. Nunca se daba a sí misma la oportunidad de ganar.

—Si no me quiere —dijo Clay sin inmutarse—, es por tu culpa.

—Eres tú el que se marchó, no yo. Así que, claro, soy la que ha tenido que crear un hogar, ser padre y madre a la vez…

La criada entró con una bandeja.

—Ponía allí, cielo. —Como les ocurría a muchas personas de Washington, el acento de Enid se hacía profundamente sureño cuando se dirigía a los negros—. La niña ha ido a comer con los Claypoole, ¿no? ¿Y luego irán al zoo? No para quieta, ¿verdad? —Enid cloqueó materialmente, como la tía Jemima. La criada reconoció que así era todo lo que decía y se marchó, mientras Enid, todavía cacareando un poco, agarró el vodka con zumo de naranja con mano temblorosa y lo apuró de un trago. La mano le temblaba algo menos al final de la bebida que antes de empezar—. Esto ha estado bien. Bébete el café. Bueno, ¿qué hacemos?

—Ve a Nevada, consigue el divorcio. Crueldad mental.

—¿No sería una mala pasada para ti? ¿No dejaría pasmados a todos esos inefables palurdos que esperas que te voten?

—Seguramente. No tengo muchas alternativas.

—No —aspiró profundamente el cigarrillo, empezó a toser, agitó la mano frenéticamente—. ¡Kleenex! ¡Primer cajón! —El primer cajón contenía kleenex y un pequeño revólver. Cuando la tos y los ahogos

hubieron terminado, dijo—: Una mujer sola necesita protección en esta parte de la ciudad. Hay negros por todos lados y se les están subiendo los humos.

—¿*Tú* nerviosa? —dijo Clay sorprendido.

Enid nunca cerraba las puertas con llave, no tenía miedo a la oscuridad, a nadie.

—Sí. Ahora vuelve a dejarla donde estaba. ¿Me das la custodia, sí o no?

Clay se imaginó a la hija que apenas conocía. Cabello rubio, como el suyo, ojos oscuros como los de Enid; y un carácter feroz, según Blaise, que adoraba a la niña. «Ten siempre nietos —declaró —. Sáltate los hijos, si puedes». Clay se saltó a la niña sin pesar.

—Puedes tener la custodia —dijo.

—¿Qué te pasa? —dijo ella indignada—. ¿Qué clase de padre eres? No me extraña que te odie. Eres un monstruo. No tienes ningún tipo de sentimientos. —Lo acusó durante un rato, pero el matrimonio estaba roto y él ya no jugaba el juego de ataque y contraataque, ni por inercia. Había terminado no sólo con su mujer sino también con la hija que no conocía. La soltó y Enid la tomó, después de una larga perorata que concluyó con la pregunta—: ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Laurel House?

—Hasta que decida lo que voy a hacer.

—Tiene gracia. Tú acabas allá, en mi antiguo dormitorio, y yo aquí, a la intemperie.

—No parece que pases mucho frío. Tienes a Joe.

—Supongo que papá tiene grandes planes para ti. Nunca había visto tanta publicidad. ¿Sabes?, si me dieras media oportunidad, no me casaría con Joe. Podríamos seguir juntos.

Clay se puso en pie. La táctica le resultaba familiar y la ignoró.

—Tengo que marcharme. Muchas gracias por el almuerzo.

—Eres un zorro —dijo ella sin rencor—. Tengo que decir que tú y papá hacéis una pareja perfecta. Espero que seáis muy, muy felices juntos.

—Gracias, Enid —dijo Clay, atravesando la habitación en dirección a la puerta en el momento en que Joe entró.

Ambos retrocedieron. Clay se repuso primero.

—Es toda tuya. He aceptado el divorcio. La custodia de la niña. Todo.

La voz de Enid se oyó alta y clara.

—Joe, ¿por qué no le partes todos los huesos del cuerpo?

—Mujer —masculló Joe, sonriendo a Clay implorando simpatía—. He estado leyendo todo lo referente a estos últimos días. Magnífico lo que hiciste.

—¡Joe, *no*! —gritó Enid desde el fondo de su corazón.

—Gracias, Joe. Adiós —dijo Clay, pasando al lado de su sucesor y dejando tras de sí su matrimonio.

Aquella noche, Clay se acostó temprano en la habitación de Enid desde la que —a través de los árboles— se divisaba la legendaria casita de la piscina. A la luz de una tenue lámpara, disminuida aún más por los muchos insectos atraídos como planetas rotando alrededor de un sol peligroso, Clay estudiaba una carpeta de recortes de periódico que Burden le había enviado. Se daba por sentado que se presentaría a las primarias y que ganaría, dando «crédito al estado». Unos golpes en la puerta. Entró Blaise vestido con un kimono chino de seda blanca con un complicado dragón bordado en la espalda. Clay hizo ademán de levantarse de la cama, de prestar atención. Blaise le dijo que se quedase donde estaba con un gesto.

—Dios mío, qué calor hace aquí. Bueno, pronto nos iremos a Watch Hill.

Blaise se sentó en la silla de cuyo respaldo colgaba la chaqueta de Clay, con sus galones relucientes aun a media luz. Como un médico a la espera de que un paciente sobreviva a sus cuidados, Blaise le preguntó los síntomas.

—¿Qué ha dicho Enid?

—Divorcio. Lo tendrá. Le he dado la custodia de la niña.

—Eso causará mala impresión —dijo Blaise, ceñudo.

—Todo ello tiene mal aspecto, pero ¿qué puedo hacer?

Clay ya había aceptado un límite a su carrera política. Podía divorciarse y ser elegido para la Cámara en su distrito, por lo menos el año siguiente, estando todavía coronado por la gloria militar. Pero todo lo que fuera más allá de la Cámara sería difícil. Al fin y al cabo, ningún hombre divorciado podía ser candidato a presidente, y aunque apenas tenía razones para pensar en eso en aquel momento, la idea estaba allí, alojada en su cerebro, como motor necesario para cualquier acción; no tenía sentido perseguir una carrera política si el primer premio no era, al menos teóricamente, alcanzable.

A Blaise le preocupaba precisamente lo mismo.

—Debe haber otra salida —murmuró, cogiendo los recortes de prensa del regazo de Clay—. Lástima que no te presentes por todo el estado en lugar de este asqueroso distrito.

—*Mi* distrito —dijo Clay con orgullo burlón—. Donde nací. Soy uno de ellos.

—No tan palurdo.

—Ni ellos lo son. Al fin y al cabo, nos civilizaron. Vivíamos en un suburbio.

Pero Clay no mencionó que durante su infancia las calles de aquel suburbio no estaban asfaltadas y que no había agua corriente en la casa. La familia utilizaba un retrete exterior en el que zumbaban las moscas. Según su madre, su marido era guapo, «pero inútil, no era un buen proveedor. Mira, fue la guerra la que nos juntó. Yo era joven e impresionable, aunque ya sabía mecanografía y taquigrafía, y me pareció tan romántico cuando vino a casa desde Plattsburgh con su uniforme. Nunca salió del país, aunque naturalmente decía que sí cuando bebía». Clay no recordaba nada de aquel hombre salvo una tarde con luz crepuscular en que su padre empezó a pintar la casa. Se acordaba todavía de las amplias franjas que extendía la brocha de pintura espesa y olorosa y que

vestían de blanco los tablones grises. Del físico de su padre sólo recordaba un antebrazo tatuado. Hasta que creció no se enteró de que el tatuaje era un tributo a «Agnes», que no era el nombre de su madre. Un día, teniendo Clay cuatro años, su padre se subió al automóvil que había construido con chatarra y se marchó; a la ciudad, dijo, pero la ciudad que tenía en la cabeza no era donde había estado trabajando como vendedor de ferretería. Nunca regresó, para delicia de su mujer y momentánea pena de su hijo, quien ahora tenía que decidir si desaparecer o no de la vida de su propia hija. El día antes, su hija había ido a Laurel House y él había intentado cogerla en brazos, pero ella había salido corriendo. Frederika le había dicho: «Es cuestión de tiempo. Después de todo, la mayor parte de su vida has estado fuera».

Pero Clay se había quedado helado ante la reacción de su hija. Irracionalmente, no podía soportar la idea de perderla, aunque la misma realidad no le conmovía en absoluto. Era consciente de que era *mi* hija lo que contaba, no *su* padre, pero no había nada que hacer al respecto.

Blaise creía que la guerra duraría por lo menos un año más. Clay dijo que creía que lo peor estaba todavía por venir.

—La derrota de los alemanes hará que los japoneses luchen más duramente todavía.

El kamikaze sobrevoló el barco. Luego, como en una pesadilla, el avión se dirigió contra ellos. Por un instante, Clay vio al joven piloto, la boca abierta, gritando o chillando, rezando o cantando, no podía saberlo. Luego, la explosión hizo tambalear el barco y él fue lanzado contra un escotillón. Pero había sobrevivido; el barco no se había hundido; el piloto kamikaze había muerto en vano y la invasión de Luzón se produjo como estaba prevista.

—Somos tan estúpidos —dijo Blaise, acusando la política del último presidente de «rendición sin condiciones», que había conseguido eficazmente que el ejército alemán no capitulase al tiempo que había reforzado el elemento fanático del Japón—. Y aun así, se consideraba un hombre de estado internacional

extraordinario, como Wilson. Bueno, tenían razón. Fue exactamente tan desastroso como Wilson.

—Pero consiguió *su* Liga de Naciones.

Desde el comienzo de la guerra, Clay había llegado a admirar al elegante y decrépito presidente que proseguía, aun agonizando, la elevada empresa de reunir los fragmentos de imperios rotos en un nuevo modelo con él mismo en el centro, orgulloso creador del nuevo imperio. Ahora, aunque había desaparecido, quedaba su trabajo. Estados Unidos era el señor de la tierra. Ni Inglaterra, ni Francia, ni Alemania, ni Italia, ni Japón (una vez que acabara la agonía) podrían discutir la voluntad de la república; sólo los misteriosos soviéticos sobrevivirían para actuar como otro equilibrio en la escala de poder. Clay creía entender la forma de este nuevo mundo. En todo caso, no sentía la desaparición de la vieja América, a diferencia de Burden, quien creía realmente en su propia retórica y se conmovía con su propio sentimentalismo. Burden quería llevar a todos los sin ley aquel sentido de dignidad común que era, creía él, el regalo especial de América al mundo. Pero para Clay no había dignidad alguna en la raza humana, ni Estados Unidos era nada más que otro poder al que le había llegado el turno de ser imperio, y en aquel imperio él pretendía detentar el poder por el poder enteramente. En eso se parecía no a Burden, el idealista caído, sino al viejo presidente que los había dominado mezclando hipocresía con astucia de tal manera que inspiraba a sus seguidores y confundía a sus enemigos, ninguno de los cuales se percataba de cuáles eran sus intenciones hasta que, al morir, se hizo muy evidente a todos, menos a los completamente defraudados, que el autor de las Cuatro Libertades había conseguido mediante las armas y las maniobras furtivas transformar una república aislacionista en lo que, sin duda alguna, sería el último imperio sobre la faz de la tierra. Clay tenía un gran concepto de él.

—Creo que Burden no ha jugado demasiado bien sus cartas —comentó Blaise. Era de todos sabido que Burden tenía puesta su esperanza en formar parte de la delegación americana en la primera

reunión de las Naciones Unidas en San Francisco. Pero justo antes de morir, el viejo presidente lo había rechazado, y toda esperanza de ser designado por el nuevo presidente quedaba descartada por la maldita frase que dijo Burden el día en que murió el presidente—. ¿Te enteraste? Dijo que Truman era un hombre de segundo orden de primera. —Blaise se rió entre dientes—. Se lo dijo a todo el mundo en la antesala del Senado. Ni que decir tiene que el pequeño Harry lo oyó antes de que cayera la noche y aquello fue el final de Burden.

Blaise fumaba su puro. El humo coronaba la lámpara haciendo más lenta la danza de muerte de los insectos. Clay estudiaba a Blaise tratando de adivinar su estado de ánimo. Había que andarse con cuidado con él, no presuponer nada, esperar la verificación del estado del tiempo antes de aventurarse: se decía que había caído granizo en el día más claro.

Blaise lo miraba a través del humo del puro, como si le contara las costillas con un inventario en mano. En ademán de protección, Clay se cubrió el pecho estirando la sábana. De pronto Blaise sacó una revista de debajo de una pila que había en la mesita de noche. Era *La Idea Americana*. Se volvió a Clay.

—¿Qué piensas?

—Amena —dijo Clay con indiferencia, a la espera.

—¡*Comunista*! Toda la pandilla. Como ese Aeneas Duncan. He hecho que lo vigilaran. Pero… —Blaise dejó caer al suelo la revista—. Estoy totalmente a su favor.

Ahora ya se había definido la política. Clay podía responder. Lo hizo.

—Es magnífico que alguien como Peter… tenga algo que hacer… que sea diferente —dijo, haciendo los ruidos de rigor.

—Es listo. Vete con cuidado con él.

Aquello lo cogió por sorpresa.

—¿Porqué?

—Un presentimiento. Nada más.

—¿Enid?

—Sí. Se pondrá de su parte pase lo que pase.

—¿Pero qué parte hay que tomar? Yo me voy. Ella se queda como está.

Blaise despistó.

—He conocido a un tipo de Nueva York, muy sesudo. No podía haber estado más impresionado con la revista de Peter, dijo que era mejor que *La Nueva República*. Lo dijo como cumplido.

—Peter es listo —repitió Clay.

Aquélla era la caracterización recién acordada del que sería su cuñado por poco tiempo.

—Tiene gracia. Creí que no sería más que otro vividor y estaba preparado para aceptarlo. No me hubiese importado en absoluto si lo hubiese hecho con estilo. A veces desearía haberme quedado en los asuntos de caballos y mujeres y pasármelo bien. Naturalmente, nunca le diría tal cosa. No puedes. De todas formas, *ella* puso fin a estas cosas. Lo lanzó.

—¿Diana?

Blaise asintió.

—Tu novia.

Apartó a un lado el humo con su pesada zarpa para ver mejor a Clay, que se dio cuenta de lo vulnerable que debía parecer, estirado como una víctima esperando ser sacrificada, con el pecho dorado listo para el corte de la navaja de piedra y la puesta al desnudo del corazón palpitante, que sería arrancado del cuerpo como ofrenda al sol.

—Es lista —dijo Clay, dándose cuenta con fastidio de la estúpida repetición.

—Sea lo que sea, va detrás de mi hijo y supongo que podría irle peor. Le fue mejor. Ese hijo de puta de pata de palo. ¿Por qué no te casaste *tú* con ella?

El cuchillo de piedra tanteó una costilla.

—Se lo dije aquel día en la piscina. Enid.

—¿Te gustaba de veras Enid? ¿O yo?

—¿Quiere decir el dinero?

—¿Soy yo el dinero?

Clay se incorporó (la víctima luchaba); la sábana descendió hasta la cintura (la víctima devolvió el golpe al verdugo).

—Eso es lo que dijo *usted* aquel día, no lo que yo dije, cuando me ofreció dinero para que desapareciera del mapa.

—Sólo una prueba.

Clay no tenía otra alternativa que simular que creía a Blaise. Mientras lo lisonjeaba, sudando nerviosamente, se le hacía cada vez más difícil el respirar en la habitación cerrada, azul del humo del puro e impregnada del olor empalagoso del jazmín cuyas flores se abrían de noche.

—Tienes razón —dijo Blaise asintiendo a lo que fuese que Clay había dicho y fijando su pensativa mirada en el vello púbico de la víctima, que, en el fragor de la lucha, había quedado al descubierto.

Clay se tapó con la sábana húmeda. Blaise fue al grano.

—El divorcio es un suicidio político en tu situación. Por no hablar del futuro.

—No tengo alternativa.

—Si estás de acuerdo puedo hacer que la declaren demente y encerrarla de por vida en una institución.

Una rápida serie de imágenes pasó por la mente de Clay. Enid vestida para una fiesta con una carrera en una media. Enid extendiendo los brazos desnudos que olían a limón. Enid tambaleándose en un solo zapato de tacón alto; el otro roto. Enid entre sábanas revueltas que olían a amor y a ceniza de cigarrillo. Enid borracha y gritando: «¡Afrontemos la realidad!». Bueno, ahora iba a hacerlo, todos ellos iban a afrontarla. Blaise esperaba la respuesta de Clay, pero Clay eligió deliberadamente no responder. El otro tenía que asumir toda la responsabilidad.

Blaise parecía molesto cuando finalmente rompió el silencio.

—Sé que es drástico. Pero no tiene remedio. Realmente no lo tiene. La envié a un psiquiatra la primavera pasada. ¿Te lo dijo? Bueno, fue media docena de veces y luego lo dejó. Él me dijo el nombre de lo que le pasaba, desde luego. Y está dispuesto a procurar que la…, bueno, la encierren. Hay un lugar no lejos de

aquí, en Maryland, donde dice que han tenido buena suerte con casos como el de ella.

Como mínimo medio millón de dólares, decidió Clay, cuidadosamente disfrazados de anexo a un hospital; aunque tampoco descartaba un pago al contado sin más. Blaise era directo en estos asuntos.

Clay prolongó el siguiente silencio hasta que tuvo la satisfacción de ver que a Blaise le temblaba la mano cuando apagó la desmembrada colilla de un puro ya muerto. Luego Clay preguntó:

—¿Encerrada *de por vida*?

Blaise asintió.

—Pero ¿y las juntas de revisión? ¿No podrían soltarla al cabo de un tiempo? Al fin y al cabo, cuando no bebe, es perfectamente normal.

—Ahí está. No lo es. Él dice que no.

—¿La opinión de *un doctor*?

Blaise se removió molesto.

—Convocaremos a otros.

—¿Y coincidirán?

—¿Está todo arreglado?

—Sí. Por su bien.

—¿Y el nuestro?

—Clay, está enferma. No puedes negarlo. Y si no se la encierra, lo único que hará es sufrir, matarse…, ya sabes cómo es.

—Y así, si declaran a la esposa demente…

—No diremos que es demente. Sólo que necesita ayuda.

—Nunca podría volver a casarme, ¿verdad?

La respuesta de Blaise fue brusca.

—¿Lo deseas? ¿Hay alguna persona?

—No, me refería en teoría.

—No, no podrías. Situación ideal, ¿no? Casado, pero soltero. Libre, pero a salvo. ¿Bien?

Ahora Clay era el señor y Blaise debía aprender a soportar las poco familiares cadenas de la esclavitud. Clay miró a Blaise, vio los

ojos negros agrandados por el temor. Por fin el poder, pensó Clay; y continuó mirando fijamente hasta que los ojos del más viejo se humedecieron y desvió la mirada.

—De acuerdo —dijo Clay.

Acordaron actuar inmediatamente. Se harían los papeles, se buscarían testimonios médicos.

—En una o dos semanas deberíamos acabar con ello. Pobre chica —añadió Blaise no sin sentimiento, notó Clay, pero al mismo tiempo no sin la inseguridad del hombre que profesa un sentimiento que sabe que los demás encontrarán perfectamente natural.

—Sí. Pobre chica —se burló Clay fríamente. Luego, el señor despidió al criado—: estoy cansado…, necesito dormir…, un día muy agitado.

A lo cual:

—Sí, desde luego…, lo siento horrores…, un día muy agitado.

Blaise se marchó y Clay apagó la luz. Durante largo rato permaneció tumbado y despierto en la calurosa oscuridad de la habitación, consciente de que por fin todo era posible. Enid había perdido. Y con todo, él se hallaba libre de toda culpa, pues había sido Blaise y no él quien se había ocupado de asestar el golpe final.

★ 4 ★

El ocho de mayo Alemania se rindió y Blaise lo celebró como si fuera él el líder victorioso de la nación, y no el pequeño e incoloro presidente que jamás había puesto los pies en Laurel House ni seguramente los pondría, a pesar del hecho de que el destino lo había colocado en posición tan ridículamente elevada.

—Hoy no habrá nadie en la Casa Blanca —exclamó Elizabeth Watress, mirando, al otro lado del césped, el entoldado que habían instalado especialmente para la «fiesta abierta» de Blaise—. Están todos *ellos* aquí, incluida también esa horrible señora Bloch.

En efecto, estaban todos *ellos* presentes, y todos iban a parar a la tienda donde estaban el bar, Blaise, Frederika y la jerarquía militar cuyo día se celebraba, puesto que indirectamente (muy indirectamente, pensó Peter con amargura) eran los responsables de la victoria.

—¡Oh, mira! Aquí está él. Tengo que conocerlo. ¡Oh, por favor!

Elizabeth se volvió a Peter con los brazos extendidos en súplica. Siempre que salían juntos había alguna celebridad que «tenía que» conocer.

—¿Qué harás con él una vez que lo hayas saludado? —Peter le tomó el pelo—. ¿Pedirle un autógrafo?

—Le miraré a los ojos y pensaré: este hombre es un héroe, un auténtico héroe.

—Y luego ¿qué?

—¡Eres un cínico! —le dijo con su preciosa y lenta sonrisa. Luego bajó el tono de voz—. ¿Hay *alguien* que te impresione?

Peter sacudió la cabeza.

—Es el haber vivido aquí lo que me ha hecho así, rodeado por todo esto.

Ella miró al otro lado del césped de los Sanford, con expresión de enojo.

—Muy pronto —empezó Peter, dándose cuenta demasiado tarde de la pedantería de su voz, pero incapaz de alterar la frase que emitía—, aprendí la diferencia entre lo que esta gente parece y lo que es, que es…

—… con frecuencia fabulosa —le interrumpió ella con impaciencia cortando la solemne frase.

—¿*Qué es* lo que es fabuloso?

Con alivio, Peter había pasado a ser un inquisidor socrático.

Pero Elizabeth prefería la frase directa.

—Lo que tú estás diciendo es que *todos* ellos son unos farsantes, lo cual no es cierto.

—No más farsantes que el resto de nosotros, de acuerdo. Pero a una escala mucho mayor.

—Pero eso es lo que les hace maravillosos. De todas formas, yo, cuando alguien me impresiona, lo admito, mientras que las personas como tú…

—… un auténtico farsante niega el estremecimiento de emoción que experimenta cuando estrecha la calluda mano de un hombre que mataba japoneses hace unas semanas.

—No me creo que seas tan cínico. No puedo creerlo.

—Pues lo soy. La gente que finge virtudes no necesariamente carece de ellas.

—A duras penas eso puede ser considerado como una virtud… *¡Allí está!* —dijo quedándose boquiabierta en el momento en que Clay aparecía en la terraza—. ¡Páralo!

Peter llamó a Clay. Él se acercó y sus hileras de galones empequeñecieron a Peter, quien, a falta de otra ropa, seguía llevando su uniforme, aunque pronto iba a ser retirado del servicio, sobre la válida base de que, habiendo finalizado una de las dos guerras, no había necesidad de que él o cualquiera de los disidentes continuase en el Pentágono, en donde sus papeleras eran inspeccionadas regularmente por oficiales del servicio secreto, ansiosos de descifrar el código en el que Aeneas componía sus poemas.

Elizabeth estuvo distante. Clay, cordial. Cada uno de ellos se presentó como su propio contrario, que era como tenía que ser. Elizabeth no habló en absoluto de heroísmo. En lugar de ello, dijo en un susurro cuánto quería a Enid y le preguntó dónde estaba. Peter se preguntó cómo se saldría Clay de aquel trance. Por la vía rápida:

—No ha estado muy bien de salud últimamente. Está en una clínica haciéndose unas pruebas.

—Pobre Enid, me encantaría verla.

—Eso es fácil. Estoy seguro de que a ella le encantaría verte.

Clay se volvió a Peter y ambos se preguntaron sobre la situación militar del otro. Clay dejaría el ejército tan pronto como terminase una gira para vender bonos por el país.

—¿Pasarás por tu estado natal?

Clay dijo con desenvoltura:

—De hecho, termino la gira en el Capitolio estatal, en la rotonda, accediendo a una invitación del gobernador.

—No tienes vergüenza —dijo Peter, intentando ponerle humor.

—No del todo —dijo Clay, sin abandonar su ecuánime sonrisa.

—¡Qué maravilloso! —suspiró Elizabeth.

—¿Qué?

Clay no había descubierto todavía cómo había que escuchar a Elizabeth. Ella tendía a susurrar las frases que los demás pronuncian en voz alta. Pero nunca repetía; se limitaba a continuar:

—He leído que va a salir un libro acerca de ti…

—En realidad no es un libro, un artículo muy largo en una revista. Es bastante insulso. Pero útil.

Peter admiró la franqueza de Clay. Parecía realmente no estar impresionado consigo mismo, como si se diese cuenta de que el tipo de publicidad que estaba teniendo —aunque necesario para una carrera política— era en sí mismo una bobada. Parecía que ni se le había pasado por la cabeza el hecho de ser un héroe y merecedor de alabanzas.

—Libro…, propaganda…, lo que sea, es tan raro conocer a alguien determinado, que existe realmente. —Peter escuchaba con cierta devoción a una Elizabeth que no conocía—. Que sabe perfectamente lo que quiere.

En un instante se había hecho elocuente. Aquél era sin duda el momento de Clay, y Peter no lograba encontrar ningún modo de estropearlo, salvo anunciar a todo el mundo: «Mi padre y mi cuñado quieren encerrar a mi hermana, que no está loca, sólo es un poco escandalosa. Bebe demasiado y hace escenas, pero no debería ser encerrada».

Pero Peter ya le había soltado este discurso a su padre, poco después de que Enid le dijera, histérica pero sobria, lo que pretendían hacer con ella. Blaise le había escuchado hasta el final. Su respuesta fue sorprendentemente razonable. Era cosa de los médicos decidir lo que iba a ser de Enid. Esperaba que no la

encerrasen. Pero era indiscutible que necesitaba ayuda, ¿no? Y Peter se había visto obligado a admitirlo. Mientras tanto, iría a una clínica para que le hiciesen unas pruebas.

Aquella misma mañana las pruebas habían finalizado y Blaise había llamado por teléfono a Peter (cosa increíble; ninguno había telefoneado jamás al otro). «Parece que está bien. Puede que necesite unos cuantos meses para deshabituarse al alcohol, pero nada más». Cuando Peter le preguntó por el divorcio, su padre había vacilado antes de contestar. Luego, había dicho: «Creo que Clay no debería dejarla en la estacada precisamente ahora. Tal vez más adelante, cuando esté bien. Pero eso es asunto suyo. De todos modos, Enid va a venir hoy a casa y veremos cómo está».

Las sospechas de Peter se apaciguaron. Al fin y al cabo, Enid siempre había tenido algo de paranoica y sus manías persecutorias eran congruentes con su locura, y Peter nunca había dudado de que estaba un poco loca. ¿Quién no? La noche anterior, a solas, había devorado una pastilla gigante de chocolate Hershey, de por lo menos medio kilo, y como consecuencia había dormido a trompicones y se había levantado con ganas de devolver. En un alarde de virtud se había saltado el desayuno y ahora se resistía a ir a la tienda donde estaba la comida. Enid necesitaba el alcohol; él, la comida; los dos exigían algo más que la dosis normal de seguridad de que todo iba bien. Por supuesto, podían echar las culpas a Blaise, a Frederika, a Washington, a la vida. Y en uno u otro momento Peter se las había echado a todos, pero sólo a medias, porque había aceptado en los primeros años de su vida que no había villanos específicos. Uno era lo que era y no había malicia en la eternidad.

—Sí, quisiera algo de beber —susurró Elizabeth a Clay.

Se volvió a Peter y se burló de él con una espléndida sonrisa.

—Vosotros ganáis —les dijo Peter amablemente a ambos.

El sol recalentaba el toldo de lona y a pesar de los enormes ventiladores en el pabellón hacía calor. Burden se refugió delante de

un cisne de hielo de tamaño natural. Los camareros circulaban con bandejas de vasos y unas cuantas personas estaban ya bastante bebidas. Una vez borrados del mapa Mussolini y Hitler, Japón caería pronto y la vida volvería a empezar.

—¡Senador Day! —El no reconoció a la mujer fea de ojos brillantes tocada con un enorme y poco apropiado sombrero—. Soy Helen Ashley Barbour —pronunció ella lentamente en su ayuda, acostumbrada a que no la recordaran.

Burden le dijo lo mucho que le gustaba su columna.

—¡Es usted de lo más amable! —dijo ella efusivamente—. ¡No puedo explicarle hasta qué punto es usted un ídolo para mí! ¡Yo también soy demócrata jeffersoniana! A diferencia de mi jefe, que es todo un ángel, pero últimamente se está volviendo un ostentoso bienhechor —dijo señalando a Blaise, que estaba debajo de unas banderas americanas cruzadas al fondo de la tienda—. Pero nosotros somos del Washington *de antes*, ¿verdad? Mi marido estuvo en la Cámara en…

Burden recordó al señor Barbour con una frase favorable mientras la corriente de palabras continuaba.

—No puedo hacerme a la idea de lo mucho que ha cambiado la ciudad, ¿y usted? Desde que empezó la guerra y llegó toda esta gente nueva, no se encuentra una habitación de hotel de ninguna manera, ni se consigue ver un espectáculo o salir a cenar. Pues Harvey's está abarrotado a todas horas. Es mi sitio preferido. El Occidental era el de mi marido. Todavía tienen su cuadro en la pared. No, me temo que nuestra encantadora y grácil ciudad del sur ha sido absorbida por todos estos… —dijo abriendo los brazos como para abarcar a todos los invitados y aplastarlos, pero en lugar de pronunciar una maldición, eligió dar una bendición táctica—:… por toda esta gente encantadora que ha abierto nuestros pobres ojos a tantas cosas impensables en nuestra filosofía.

—¿Tales como? —pudo intercalar Burden mientras recorría con los ojos el pabellón. Uno de los antiguos y más rabiosos partidarios del New Deal hablaba con Blaise, en una actitud significativamente

mansa ahora que la fuente de su grandeza había sido eliminada por aquel extraordinario *accidente* (no existía otra palabra) que ahora ocupaba la Casa Blanca. Burden sabía que estaba siendo injusto con el nuevo presidente, que le había gustado bastante en el Senado. No obstante, era indiscutible que la venganza de Roosevelt respecto a todos ellos había sido propia de él. Consciente de que podía no llegar al final de aquel mandato, había hecho pedazos con la muerte, como lo había hecho en vida, las esperanzas de hombres mejores. Los había eliminado a todos, amigos y enemigos, encumbrando a una mediocridad que ahora se complacía observando cómo se marchitaban sus mejores, uno a uno, a medida que emergían hombres nuevos. Después de la muerte aún te odiaré más, Franklin.

—La música…, Churchill…, los extranjeros…, la reina Guillermina…, los diplómatas…, el teatro…, ¡*todo*!

—Supongo que la ciudad ha cambiado. —Burden contuvo la corriente—. Dios sabe que está atestada.

—¿Dónde está la señora Day?

—En casa. No es una chica de fiestas.

—¡La adoro! Mi idea de una auténtica gran dama, pero de acuerdo con nuestra vieja tradición sureña, no como estas presuntuosas damas yanquis que uno no puede diferenciar de las inglesas. ¿Y Diana? ¿Cómo está esa preciosa muchacha?

A sabiendas de que cualquier cosa que dijese sería archivada, Burden le indicó que el matrimonio de Diana era extraordinariamente feliz y que en aquel momento ella trabajaba…

—¡En su revista, lo sé! Casi me desmayo cuando vi el primer número, tan *extremada* políticamente…

Apareció Frederika.

—Señora Barbour, ¡qué sorpresa! —dijo sin hacer esfuerzo alguno por disimularla.

—Oh, señora Sanford, ¡nunca había visto una reunión igual! ¡Y este entoldado, y todos estos arreglos tan preciosos!

—Blaise quiere verte, querido —dijo Frederika volviéndose a Burden—. Discúlpenos, señora Barbour. —Frederika arrastró a

Burden, dejando a la señora Barbour con la palabra en la boca—. No estaba invitada.

—Pero trabaja para Blaise.

—Odio a las escritoras de chismorreos, aunque sean nuestras.

En aquel momento tan poco propicio, Irene Bloch salió disparada de detrás de un par de almirantes.

—Querida señora Sanford, ¡*qué fête* tan gloriosa! He venido con el almirante Cheyney —añadió con todo cuidado.

—Cuanto me alegro de verla —dijo Frederika y, aunque intentó sonreír, frunció el entrecejo—. Peter está por aquí —dijo con un rostro de máscara trágica.

—Lo sé. Le he visto. Qué éxito ha tenido con *nuestra* revista. ¿La ha visto, senador? Pero ¿qué estoy diciendo? Claro que la ha visto, por Diana, *une jeune fille tres raffinée*. Pero no quiero apartarla de sus invitados, señora Sanford.

Graciosamente, Irene volvió con sus almirantes, como si el día fuera todo suyo, incluso la victoria en el Oeste.

—Eso no está bien —masculló Frederika, agarrando fuerte el brazo de Burden mientras se acercaban a Blaise—. Hoy en día no puedes mantener al margen a *nadie*.

—No, si organizas una fiesta abierta. Es tu culpa.

—De Peter. La he aceptado por él.

—Por lo cual estamos debidamente agradecidos. Diana es también beneficiaría de la riqueza de Irene… y de su ambición social.

Frederika se detuvo un momento y miró a Burden cara a cara.

—¿Va Diana a divorciarse?

—No, que yo sepa.

La respuesta sincera sonó falsa.

—He oído decir que sí. También he oído…

—… ¿que Peter y Diana…?

—… sí. Él es demasiado joven. Aquí está Blaise.

Burden se sintió inesperadamente herido. ¿Quería decir que Diana no era lo suficientemente buena como para casarse con Peter?

Se sacó la idea de la cabeza. Por supuesto, sólo quería decir lo que había dicho, pero aun así, últimamente él estaba, y lo sabía, inesperadamente quisquilloso, insistiendo en las prerrogativas, sospechando desaires donde no los había.

Afortunadamente, Blaise no lo trató como a una estrella en declive; a lo sumo, parecía considerar a Burden como a un sol en eclipse momentáneo, que debía ser propiciado a sabiendas de que una vez pasada la sombra lunar volvería a haber luz. Con un gesto, Blaise despachó a los dignatarios que se hallaban en la inmediata vecindad y atrajo a Burden hacia sí. Justo detrás de ellos, uno de los ventiladores removía el aire caliente.

—… gira para la venta de bonos… gobernador… todo arreglado… ¿y tú qué?

Burden dijo lo que cabía esperar.

—Estaré allí, por supuesto.

Claro que iría. Seguía siendo uno de los próceres de la maquinaria política del estado. Ni una sola estrella podía elevarse por encima del llano horizonte de aquella volátil región sin su bendición, real o simulada. En todo caso, no podía permitirse el lujo de ser ignorado, si bien la elección de candidatos ya no era enteramente suya como había sucedido en los años anteriores a la guerra, en los que una palabra suya a media docena de líderes significaba un asiento en el Congreso para algún entusiasta (aunque no demasiado entusiasta) político con cuya absoluta lealtad podía contar durante todo su mandato.

—Estamos intentando que no tenga oposición en las primarias.

El «nosotros» implícito fue como una cuchillada por la espalda. ¿Qué derecho tenía Blaise, un editor de Washington, a hablar en primera persona del plural al referirse a arreglos políticos en el interior del estado de Burden?

—Pero ¿cómo se… llevará a cabo? —dijo Burden suavemente—. El titular querrá quedarse donde está. Es un hombre muy ambicioso, y tampoco es viejo.

La palabra «viejo» había empezado a obsesionar a Burden. En su última carrera, le habían llamado viejo, aunque para él era exactamente el mismo que había llegado la primera vez a Washington con dos maletas de mimbre y una reserva en un hotel a medio camino entre la estación y el Capitolio, donde, en una tarde radiante, temblando de emoción, había sido conducido al fondo de la Cámara del Senado por un senador, que había muerto hacía tiempo, para prestar juramento, mientras Kitty le observaba con orgullo en la galería, tocada con un sombrero enorme con un pájaro y con mangas abombadas de tustán a rayas. ¡Viejo!

—Creo que nos hemos ocupado de él. —Burden volvió a marchitarse al intuir el «nosotros»; siguió sonriendo—. Hay una magistratura federal. El la desea. Mis espías me han dicho que el presidente lo designará, pero sólo si tú y Momberger…

—Por supuesto que lo recomendaré —dijo Burden, que ya se había comprometido con otra persona para la magistratura en cuestión.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Ya sabía yo que podíamos contar contigo! —dijo Blaise golpeándole en el hombro—. Momberger no presenta ningún problema. Así que ya está. ¡Nuestro chico está dentro!

Burden se consoló definitivamente pensando que nadie en la vida llega a ser «nuestro». El tiempo quebrantaría a Blaise.

Debajo de la terraza un saliente de roca marcaba el inicio de la escarpada caída del acantilado hasta el río que corría al fondo. Allá, Harold Griffiths, corresponsal de guerra, cavilaba con el rostro apoyado en dos pequeños puños, mientras Peter se le acercaba, con todo cuidado para no hacer ruido, para darle un susto. Lo consiguió. Harold se levantó de un brinco, con los ojos desmesuradamente abiertos por el sobresalto.

—¡Peter! ¡Dios, no hagas eso nunca! —dijo con una mano en el corazón mientras estrechaba la de Peter con la otra—. En la jungla, cuando alguien hacía esto… iba en serio.

—Nuestra jungla también va en serio —dijo Peter, poniéndose a la altura del otro en siniestra teatralidad.

—Allá nos jugábamos la vida.

Harold siempre había sido totalmente impermeable a toda ironía que no fuera la suya.

—Nosotros también. Así como el sagrado honor atesorado y el destino comprometido. ¡Cuánto tiempo! —dijo, mirando a Harold con afecto, confiando en que tras la horrible fachada del Homero de soldados rasos, pronto afloraría el viejo amigo que antaño había interpretado al intrépido Falstaff frente a su obstinado Hal.

—Tengo malaria —dijo Harold con orgullo irritable, y lo cierto es que parecía enfermo, con el blanco de los ojos de color bronce y la cara lívida.

—Querías ir a la guerra.

—No me estoy quejando —se quejó—. Me alegro de haber ido. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Al *Tribune* también. Eres famoso.

—Lo sé.

Harold asintió solemnemente y Peter se preguntó si el Harold de antes habría sido asesinado y en su lugar un impostor se había instalado como estridente periodista. Pero Peter procuró ser tolerante. Con mala prosa o sin ella, Harold había estado en medio de la muerte durante dos años y hombres más fuertes que él habían regresado convertidos en personas completamente distintas, su personalidad borrada por los horrores que habían presenciado en el sofocante calor de la jungla.

—Alguien tenía que explicar cómo es. Y resultó que yo era el tipo. Nada más.

El nuevo Harold tendía a hablar en frases cortas que recordaban a Hemingway.

—Como Ismael, estabas allí. —La nueva concisión de Harold hacía que Peter quisiera ser complicado, Corintio auténtico en oposición al falso Dórico—. Pero ahora las guerras se acaban ¿y después qué? No puedes volver a lo que eras.

—La guerra no ha terminado todavía —dijo Harold, mirando al río Potomac como si, por error de un cartógrafo, las colinas llenas de insectos de Maryland se hubieran convertido en el territorio del Japón—. Volveré donde haya enfrentamientos. Donde estén ellos, estaré yo. Hasta el final.

—Como Ruth entre el trigo ajeno, sigues a las tropas.

Aquello dio en el blanco. Harold se volvió para mirar a Peter y por primera vez pareció verlo realmente.

—Te has… engordado —dijo, señalando el corpulento torso de Peter, que, a pesar de una dieta rigurosa, continuaba expandiéndose por su cuenta.

Peter le concedió el asalto.

—Sí, me estoy engordando, como tú.

Pero lo cierto era que la panza de Harold se había reducido con la fiebre. Ahora estaba delgado y con aspecto frágil; sólo la enorme cabeza de león seguía igual.

Sí, Harold había leído el primer número de *La Idea Americana* y no, no le había gustado. Atacó a los que contribuían a ella, acusó a todos los comunistas (incluso a los que en otro tiempo había defendido). Luego, obsesivamente, habló de *ellos* y de su sacrificio. Rápidamente dictó para Peter media docena de columnas hasta que Peter dijo:

—*Has* descubierto la religión —colocando arbitrariamente un «30» al pie de lo que no era, en modo alguno, la última columna—. Pero cuando la guerra termine de veras, ¿qué harás?

—Da mala suerte hacer planes mientras estás allá.

—Pero de momento no estás allá, estás aquí y estoy seguro de que mi padre intenta agarrarte de por vida, pero ¿para hacer qué?

—Para escribir una columna. Política. «*Despacho de Washington*».

La respuesta había sido rápida. A pesar de su compromiso con la guerra, Harold estaba listo para ser reconvertido para fines pacíficos.

—¡Política! Pero tú… —no queriendo decir «no sabes nada», Peter saltó rápidamente a—:… a ti no puede importarte menos la

política. «¿Qué hay más trivial que un senador de Estados Unidos?», preguntaste una vez a James Burden Day, y te marchaste sin esperar respuesta.

—Desde entonces me han sucedido muchas cosas —dijo Harold mirando al otro lado del Potomac, con la barbilla alta, como Douglas MacArthur—. He encontrado lo que era real.

—¿Los senadores son reales?

—Son reales porque *ellos* son reales, los pobres tipos que envían a la fuerza. Y me siento como responsable de ellos.

Harold señaló la orilla opuesta, asumiendo orgullosamente la responsabilidad de los habitantes de Rock Springs. Maravillado, Peter se dio cuenta de cómo el tiempo había cambiado sus respectivos papeles. El príncipe Hal se convertiría en el Rey Cole mientras Falstaff se había convertido en Polonio. Divertido y abrumado, escuchó al sombrío bufón hablando de lo que sentía por los soldados rasos, el tema del libro que estaba escribiendo. ¿Aparecería Clay en el libro? Sí.

—Espero que te des cuenta de lo que has hecho, escribiendo sobre él de la manera en que lo has hecho.

—No he hecho nada. Lo hizo todo él. Yo sólo conté la historia.

El estilo de Harold sobre el papel era soportable desde el momento en que uno podía reírse abiertamente, pero cara a cara, la monotonía de aquel tono impasible era inaguantable. Peter deseó sacudir al hombrecillo, devolverle los sentidos, suponiendo, naturalmente, que el simpático compañero de antes de la guerra hubiese sido realmente el auténtico Harold, un extremo desconcertante aquél, puesto que era bastante posible que incluso entonces, el solemne melodramático hubiese sido el real, esperando con impaciencia revelarse en acontecimientos de envergadura.

—Fue como una figura legendaria, como un caballero sobre el tapiz verde de la jungla —dijo Harold, mostrando de pronto lo que podría resultar un estilo de posguerra con más garra—. Todos lo notábamos. Todo el que estaba con él allá sabía que era algo especial.

—¿Clay? ¿*Especial*?

Peter no pudo disimular su asombro. Una cosa era convertir a un hombre en leyenda deliberadamente y a sangre fría y otra muy distinta confundir el propio artificio con la realidad.

—Nunca te gustó, ¿verdad? —dijo Harold, tolerante.

—Claro que sí. Eras *tú* el que se burlaba de él. Pensabas que era estúpido. Eso decías.

Harold cerró los ojos y sacudió la cabeza sonriendo levemente.

—No. No. No. Estás proyectando en mí tus propios sentimientos. —Abrió los ojos—. Yo *siempre* lo encontré interesante. Pero admito que nunca pensé que había en él algo más grande que la propia vida hasta que volvimos a vernos en las Filipinas y vi lo que había cambiado.

—Y él vio cómo habías cambiado tú.

No había lengua capaz de atravesar la armadura del nuevo egocentrismo de Harold.

—Los hombres se hacen en la guerra —dijo pausadamente, y Peter se preguntó qué sucedería si empujase acantilado abajo al que una vez fue su amigo, precipitándole al río que fluía abajo.

Si no de otra cosa, sí se libraría al mundo del «Despacho de Washington». Pero se le pasó el ataque y Peter escuchó educadamente a Harold, quien, una vez más, empezó a evocar el día en que Clay llevó a cabo su acto de heroísmo. Pero en el preciso instante en que el héroe iba a salir corriendo del hangar en llamas con el hombre agonizante en sus brazos, Peter dijo:

—Tengo que irme. Negocios.

—¿Esa revista?

—Sí. Siento que no te guste. Creí que te gustaría.

—Tal vez algún día. Pero el mundo no es tan sencillo como piensan los Aeneas Duncan.

—Tal vez algún día —dijo Peter, incapaz de reprimir su sentido del ridículo—. Pero en realidad el mundo es ahora bastante sencillo. Los tiranos han muerto. La virtud reina en el Oeste. Y todos los

supervivientes tienen que ser buenos. *Nosotros* intentamos ser todos muy buenos. ¿Y tú?

—Yo tengo fe en la finalidad última de la historia —dijo Harold, elevando la norma hegeliana.

Peter se rió.

—¿*Sigues* siendo marxista? ¿Después de todas esas cosas que escribes para mi padre?

—Penséis lo que penséis tú y tus amigos de mi política, siempre me he opuesto a la explotación del hombre por el hombre.

—Sí, lo recuerdo. —En la época anterior a la guerra todo el mundo hablaba así. Pero ahora, nuevos lemas otorgaban un tono diferente a antiguos sentimientos. Harold estaba pasado de moda—. Hoy en día —dijo Peter recreándose en su hipocresía— existen otras necesidades.

—No te has afiliado al partido, ¿verdad?

Pasado de moda o no, Harold reconoció las «necesidades» estalinistas.

—No —dijo Peter—. Sigo siendo republicano.

—¡Diletante!

Harold poseía la inequívoca habilidad del escritor popular de seleccionar la palabra que vulgariza al tiempo que caracteriza, sacrificando la exactitud al puro brillo.

Peter reaccionó con una serenidad que no sentía del todo.

—¿Pero dónde estarían los artistas sin diletantes? Debes tenernos para que te apreciemos, te definamos, nos deleitemos en ti. La palabra deleite procede del latín, ¿sabes? —Peter sonrió grotescamente—. *Delectare*, deleitar. O en italiano, *dilettare*. Nos deleitas a todos, Harold.

—Has cambiado.

—No lo suficiente.

Más allá del seto de laurel que separaba su rocoso lugar de encuentro de la terraza, se oyó una voz familiar.

—Peter, ¿con quién estás?

Entre ramas de laurel apareció el pálido rostro de Irene Bloch, cazando leones.

—Harold Griffiths. Tiene que conocerlo —dijo Peter—. La historia exige que seáis amigos.

★ 5 ★

Junto a la fachada de la casa, dos antorchas especiales atraían a los insectos con el deliberado fin de incinerarlos en un resplandor amarillo. En la terraza, bajo las antorchas, Blaise y Clay estaban sentados en sillas de hierro y escuchaban el suave acento sureño del doctor Paulus.

—Está profundamente perturbada, como cualquier persona puede ver claramente, y su modelo de conducta es, en muchos aspectos, muy anormal. Pero hay un cierto desacuerdo entre mis colegas en cuanto a la naturaleza exacta de su problema.

—Creía que el problema estaba perfectamente claro, incluso para sus colegas —dijo Blaise tomando la iniciativa, como pretendía Clay.

Completamente en paz, Clay fumaba uno de los puros de Blaise y miraba fijamente al lugar exacto en donde, unas horas antes, Burden le había dicho que estaba seguro de que ganaría las primarias porque el titular sería pronto designado para ocupar una magistratura.

—No ha sido fácil de arreglar —había dicho su maestro, con aquella curiosa caída de voz que Clay había intentado imitar a menudo y a veces, inesperadamente, lo había logrado, dejando de ser él en aquel mismo instante, pasando a ser más sabio y de porte más amable, lo cual significaba infinitamente más peligroso en la acción.

—El presidente…, qué extraño llamar presidente a *ese* hombre… y yo no somos amigos íntimos, por decir poco. Pero…

Ligera como una pluma, la mano de Burden se había posado sobre el brazo de Clay. Sentado en la oscuridad, Clay se vio como

debía haber sido aquella tarde: escuchando ávidamente los detalles del complicado ardid que Burden había tramado para atrapar en él al congresista titular y al ingenuo presidente. Al parecer, lo había logrado.

—El anuncio se hará coincidir con las ceremonias del Capitolio estatal.

—Nunca se lo agradeceré lo suficiente.

—Posiblemente no.

Había cierta malicia en la sonrisa de Burden, notó Clay, quien había estado observando también cómo había envejecido el senador en su ausencia. La boca se había fijado en una mueca de tragedia y los ojos eran inexpresivos.

—Te lo pasarás bien en el Congreso. Yo lo hice cuando tenía tu edad.

—¿Quiere decir que ahora no disfruta?

—Ya no *disfruto* de nada. Pero te diré que sin el Senado estaría perdido. Después de un tiempo, nada parece real salvo el trabajo de uno y, naturalmente, el morboso estudio de lo que sucede al otro extremo de la avenida. El presidente…, cualquier presidente…, es nuestro enemigo natural, que es como debe ser. No seas uno de esos tipos que dependen de los favores presidenciales. A largo plazo, es un error. Desde luego, a largo plazo, tampoco es aconsejable estar siempre en la oposición como yo. Pero ésa era…, ésa es mi forma de ser.

Clay se percató del cambio de tiempo. Se preguntó si el viejo estaría enfermo; el tono impotente no le iba.

—No creo —dijo Clay— que un miembro nuevo en la Cámara se note, haga lo que haga.

—Hay formas de hacerse notar. —Una mano alargada, de venas azules, apartó el cabello de los ojos cansados—. Pero *dentro* de la Cámara. Por los líderes. Nunca vayas a buscar la gloria afuera. Si lo haces, se las arreglarán para que no puedas hacer nada. Y eso es lo que cuenta al final, hacer lo que hay que hacer. —Claramente consciente de que había ido demasiado lejos en la alabanza de la

virtud, Burden sonrió—. No hay nada más satisfactorio, o raro, que hacer algo por uno mismo que además beneficie a los demás, aunque sea accidentalmente.

Clay se rió, como pensaba que se esperaba de él. Pero el viejo le lanzó una rápida mirada de soslayo, difícil de interpretar. Cuando volvió a hablar, el tono ya no era irónico.

—Debo decir que la gente, como gente, nunca me ha llenado lo que se dice de amor, pero a veces uno siente una cierta compasión por ellos. En especial en casa, cuando conduzco por aquellas tierras llanas e interminables, de una pequeña ciudad a la siguiente… —Emocionado, Clay pensó en su propio futuro en aquel mismo lugar —. Y miró a mi alrededor, las cosas que he hecho, y pienso, bueno, esta autopista la hice yo, aunque ahora nadie se acuerda ni le importa.

—¡Pues claro que sí! —Clay dijo lo que el viejo deseaba oír—. Está la localidad de Burden, 1.868 habitantes y en aumento. La montaña Day, de 816 metros. El parque nacional James Burden Day. Y una calle Day en todos los pueblos con electricidad de nuestro estado.

—Pero ¿quién era Day?, preguntarán.

—Los presidentes también caen en el olvido. Sea como fuere, las carreteras están ahí y es usted quien las puso.

Sentado a media luz, con la mirada fija en el lugar donde había estado Burden, Clay vio al viejo tan claramente como si aún fuera la primera hora de la tarde y estuvieran de pie el uno al lado del otro, examinando a los invitados de Blaise que estaban sobre el césped.

El doctor Paulus habló:

—Naturalmente, señor Sanford, su hija tiene un problema y nosotros haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarla.

—Ya sé que tiene un problema y que quieren ayudar; pero, ¿*cómo* pueden ayudar si ella se niega a permanecer en su institución?

—Esperábamos que lo hiciese voluntariamente para que su problema pudiese ser…

—¡Pero ella no aceptará voluntariamente! Es una alcohólica. No es responsable.

—Pero señor Sanford, nuestro problema es que no es demente. Según las mejores opiniones de que disponemos, es responsable de sus acciones en el sentido legal habitual.

Clay intervino por fin.

—Me parece que el problema real… —frunció el entrecejo al utilizar la palabra «problema» de nuevo— es hallar una forma de obligarla legalmente a someterse al tratamiento.

—Ojalá hubiese una forma, señor Overbury, sinceramente se lo digo, y me he devanado los sesos intentando hallar una fórmula para ayudar a su esposa tan «seriamente perturbada»…

No obstante, «seriamente perturbada» no reflejaba con precisión la aparición de Enid aquella noche en Laurel House. Había llegado cuando se iban los últimos invitados. Tenía un aspecto espléndido y estaba sobria. Traía una bolsa de viaje.

—Quiero tener una larga conversación contigo, papá. Contigo también, Clay. —Su voz era dura—. Pero antes necesito una noche de sueño reparador. Hace una semana que no duermo porque no me dejaban tomar somníferos en aquel lugar encantador al que me enviasteis. Así que hablaremos mañana por la mañana, cuando esté despejada y espabilada.

Y con aquella siniestra nota ella y Frederika se habían ido arriba.

Durante la cena, cuando Blaise preguntó a Frederika lo que le había dicho Enid, la madre no permitió a la esposa decir nada más que:

—Me parece perfectamente cuerda. Y hace semanas que no bebe y no tiene intención de empezar nunca más.

—Pero ¿qué quiere? —insistió Blaise.

—Que la dejen en paz —dijo Frederika bruscamente—. Que le permitan divorciarse de Clay y vivir tranquila. Eso no se le puede reprochar.

—No, claro —dijo Clay, complacido de que su voz, carrasposa de haber estado mucho rato sin hablar, sonara sincera y cargada de

emoción.

Mientras tanto, Blaise había llamado al desventurado doctor Paulus, que ahora estaba en pie, con su suave cara redonda con aspecto enfermizo a la luz de los quemadores de insectos.

—No dude que haré que revisen este problema una vez más, desde luego que lo haré, señor. Cuente con ello.

—Cuento con ello —dijo Blaise cogiendo al doctor del brazo, como si lo arrestase, y maniobrándolo hacia el ventanal del jardín.

La puerta mosquitera dio un portazo cuando salieron.

Al cabo de un momento, Clay entró en la casa. En el vestíbulo se detuvo. Blaise seguía en la puerta principal avasallando al doctor. Clay sintió sed de pronto y fue a la biblioteca, donde encendió las luces.

Enid estaba sentada en el sillón de piel de su padre, con los pies descalzos apoyados en la mampara de estaño de la chimenea. Llevaba una bata sin camisón debajo. La luz repentina la hizo parpadear.

—¿Qué te parece el doctor Paulus? ¿No es un encanto? —dijo imitando el fuerte acento quejumbroso del doctor—. Seguro que comprende mi problema. O… —volvió a adoptar su voz normal— *tu* problema, según se ha visto.

Con la frialdad del profesional de diagnóstico, Clay buscó síntomas sospechosos y los halló: en el suelo, junto al sillón, había un vaso que podía estar lleno de agua, sólo que el brillante aturdimiento de sus ojos quería decir que el vaso contenía vodka. Diagnóstico tentativo confirmado.

—Has estado bebiendo —observó en un tono neutro.

—¿No lo harías tú —respondió ella con su habitual irrelevancia apasionada— después de lo que tú y papá me habéis hecho pasar?

—Él quería ayudarte, eso es todo.

Clay se separaba cuidadosamente de su cómplice.

—Claro. Claro. Bueno, sabes lo que eres, ¿no?, lo que sois los dos —dijo sentándose erguida y ajustándose la bata.

—¿No crees que sería mejor que te fueras a la cama?

En la entrada se oyó el rechinar de la gravilla al alejarse el coche del doctor Paulus.

—Bueno, no vais a saliros con la vuestra. No. No. No vais a saliros con la vuestra.

Sacudió la cabeza varias veces hasta que se mareó. Clay la miraba tan concentrado que no se dio cuenta de que Blaise había entrado hasta que la repentina mueca en la cara de su mujer le reveló que el principal autor de su dolor, así como de su ser, estaba con ellos.

—¡Estás bebida! —dijo Blaise haciendo una mueca como la de su hija.

—¿Y qué? Es mejor que ser como tú.

—El doctor Paulus dice que estás perturbada mentalmente. Necesitas ayuda.

—¡Que diga misa!

A menudo Clay se preguntaba de qué subcultura sacaba Enid su vocabulario en sus momentos de borrachera. Cuando estaba sobria, hablaba simple inglés, pero bebida, se convertía en todo un tío, un honesto pistolero que, había que reconocerlo, se metía hasta el fondo del pozo para ayudar a un compañero. A lo mejor leía novelas del Oeste a escondidas.

—Desde luego que necesito ayuda y ya la he encontrado, un abogado duro, el mejor de la ciudad. He hablado con él esta mañana y le he puesto al corriente.

—¿Para qué quieres un abogado? —dijo Blaise, manteniendo el tono de voz bajo y razonable. Pero sus manos eran dos puños apretados.

—Para empezar, para librarme del loquero.

—¿El qué? —Clay no había pretendido interrumpir, pero las palabras poco familiares le habían causado un extraño efecto.

—Esa casa de locos en la que los dos estáis deseando encerrarme.

—Queríamos ayudar. Eso es todo.

Blaise parecía sincero.

—¿Ayudar a quién? ¿A ti y a Clay o a mí? —Enid no esperó respuesta—. Luego mi abogado va a solicitar el divorcio con todos sus accesorios.

—¿Qué accesorios? —dijo Clay, sintiendo que se le enfriaban las manos—. Tienes la niña. Lo tienes todo.

—Queda el dinero…

—Clay no tiene dinero. Tú sí —dijo Blaise irritado. Luego, interpretando la vaguedad de su hija como debilidad, empezó a amilanarla.

Pero Enid recobró fuerzas; retrocedió la cabeza para enfocar.

—No es el dinero de Clay el que deseo, es el tuyo.

—Puedes coger el que quieras. Siempre has podido.

Clay se sintió alarmado. Iba a suceder algo extraño. Enid no había mostrado nunca el más mínimo interés por el dinero; a lo sumo, en los viejos tiempos, se preocupaba cuando faltaba, pero ahora que tenía los ingresos de su fideicomiso, era indiferente a las posesiones.

—Eso es lo que dices ahora —dijo con cierto embarazo, como intentando recordar por qué había hablado de dinero. Dio un buen trago; el vodka le refrescó la memoria—. *Él* dice…, Hartshorne, el abogado, dice… que es lo menos que puedes hacer por mí después de lo que has intentado hacerme, y teniendo en cuenta lo que sé.

—¿Qué sabes?

—Quieres encerrarme porque un divorcio sería funesto para la carrera de Clay.

—Siempre he estado dispuesto a acceder al divorcio. Sigo dispuesto —dijo Clay cauteloso.

—Eso es lo que dijiste, pero me he enterado de otras cosas. —Su voz se iba haciendo chillona—. Sé cada cosa por su nombre y lo mismo mi abogado y no creáis que no os tenemos donde queremos. Seamos realistas, tengo todas las cartas.

—¿Qué cartas te piensas que tienes? —Aunque la frase de Blaise era amenazadora, retrocedió un paso, alejándose de ella, como para protegerse.

Tambaleante, Enid se puso en pie, con las manos en los bolsillos de la bata.

—Y no te pienses que cuando esto acabe no se va a enterar todo el mundo, porque se enterarán. —Dio un paso en dirección a Blaise, recuperando la distancia entre ellos—. Estás enamorado de él.

Las palabras carecían de sentido para Clay. Podría haber estado hablando del tiempo. Se repitió la frase y vio que no podía encontrarle el sentido. Pero aunque las palabras en sí se negaban a desvelar su significado, en otro nivel de conciencia sí que había recibido todo el impacto de la malicia de Enid y en su sistema sonó la alarma.

Blaise no dijo nada. Se quedó de pie con los puños apretados delante de él, con la boca abierta y respirando con dificultad. Enid los miró a uno y a otro divertida, libre ya de la actitud de borracha, como si hubiese sido una máscara que podía ponerse o quitarse a voluntad.

—No pensabas que lo sabía, ¿eh? —dijo volviéndose a su padre —. Lo odiaste cuando me casé con él porque lo querías para ti y luego me odiaste porque me quedé con él, aunque Dios sabe que habría estado dispuesta a compartirlo. Hay bastante para todos, ¿verdad, Clay?

Miró a Clay, que no se movió ni pronunció palabra.

Defraudada por su silencio, Enid arremetió de nuevo contra Blaise.

—Al fin y al cabo, Clay haría cualquier cosa por su carrera. Por eso dejó que te enamorases de él, aunque en realidad piense que eres un viejo asqueroso, repugnante…

Con un grito sordo Blaise cargó contra ella: puños en ristre delante de él como un carnero embistiendo. Enid estaba preparada. Como un torero, saltó a un lado, extendiendo los brazos para mantener el equilibrio. La bata se abrió. Pero en aquel instante no fue su cuerpo lo que Clay vio; fue la pistola que tenía en la mano derecha. Iba a avisarle con un grito, pero decidió que no. Ya no tenía ningún papel que interpretar.

Blaise volvió al ataque, levantando un brazo para pegarle, ignorando la pistola que Enid disparó apuntándole. Se oyó el sonido de un globo al reventar. Una menuda nube de humo blanco flotó entre ellos.

Durante un largo rato, se quedaron en círculo. Blaise, todavía con los dos brazos extendidos delante de él. Enid, con la pistola en la mano alejada del cuerpo. Clay, con una mano extendida como para parar en el aire la bala que lo había rasgado. Permanecieron así, paralizados, hasta que la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y Frederika, con su rostro nocturno viejo y sin adornos, apareció en el umbral y los miró como si fueran una exposición de estatuas vivientes. Cuando por fin habló, su voz era sorprendentemente tranquila y triste:

—¿Qué has hecho, Enid?

Enid se volvió hacia su madre dejando caer la pistola en la alfombra de delante de la chimenea.

—Nada, mamá —dijo—. Nada en absoluto.

Siete

★ 1 ★

—¿Pero no feliz?

—Feliz es un término relativo, señor Sanford. Todos tenemos nuestros días. Y mire el día de hoy, ya me dirá —dijo, indicando con su mano pequeña y suave la ventana contra cuyos cristales golpeaba la lluvia, sacudida por el viento como en latigazos de agua.

—Naturalmente, nadie es *absolutamente* feliz —respondió Peter con los ojos en el cielo gris negruzco de noviembre, que era todo lo que podía ver del paisaje de Maryland, porque la ventana estaba elevada, sin duda para dificultar la huida—. Pero ¿da la sensación de estar… —eligió una palabra que sabía que agradaría al doctor Paulus — *adaptada* a su situación?

—Oh, creo que sí. Sí, desde luego, lo creo —repuso el doctor, lanzándole una mirada de malicia, como diciendo: «Todos estamos metidos en esto», sin darse cuenta de hasta qué punto Peter era enemigo—. Tenemos la terapia que le conviene. Ha empezado a pintar cuadros, y tiene mucho talento. De hecho, la señora Paulus le pidió un cuadro el otro día… —Un entrecejo ligeramente fruncido reveló la posibilidad de una desadaptación—. Dijo que se lo daría en cuanto le diera las pinceladas finales —acabó suavemente.

Peter sonrió imaginando el diálogo.

—Pues entonces, con tantos progresos debe de estar lista para irse uno de estos días.

La frente blanca y suave se contrajo revelando arrugas verticales y oblicuas de extraordinaria profundidad.

—Bueno, bien —empezó el doctor—. Bueno, bien —repitió—. No vayamos demasiado deprisa. Su estado es satisfactorio… considerando, pero esto no es mucho decir. Mire, ella tiene una personalidad esquizoide.

—Todos somos esquizoides, doctor. Pero ¿es esquizofrénica?

Peter se dio cuenta de que su tono era demasiado seco y que había hablado demasiado. Como ocurre con todos los curas, a los terapeutas mentales no les gusta que los feligreses revelen un conocimiento demasiado íntimo de los oficios sagrados.

—Sí, señor Sanford. Lo es. Una junta de examinadores confirmó mi diagnóstico hace dos años.

—¿Y no puede revisarse?

Las arrugas desaparecieron y una suave y redonda sonrisa dibujó dos hoyuelos.

—Creo que no entiende muy bien cómo funciona —dijo el doctor Paulus con ternura—. Padecer esquizofrenia es como padecer leucemia. La enfermedad es incurable y progresiva.

—Se han dado casos de remisión de la leucemia.

—En lo que a la esquizofrenia se refiere, no se conoce ninguno.

El doctor empezaba a mostrarse irritado, pero Peter siguió presionando.

—¿Y los nuevos fármacos? ¿Y la teoría de Freud de que algún día se descubriría que la esquizofrenia era el resultado de un desequilibrio químico que se corregiría con una jeringa hipodérmica?

—Ese día no ha llegado todavía, y hasta el momento preferimos mantener a nuestros esquizofrénicos bajo llave, por el bien de la sociedad y por el suyo propio. Al fin y al cabo, algunos de ellos son homicidas.

Con esta palabra final, formulada con toda intención, el doctor Paulus puso a Peter en manos de un enfermero que lo acompañó por un pasillo de la mansión McKinley, hasta una gran habitación de una esquina donde halló a Enid sentada delante de un caballete en el que había un lienzo en blanco, salvo por una sola pincelada de color rojo desde el centro hacia abajo.

Sin pronunciar palabra, el enfermero encendió la luz. Luego se marcho. A través de la ventana el día era ahora negro como la noche.

Hermano y hermana se contemplaron. Enid no había cambiado. Si algo habían logrado tres años de obligada abstención del alcohol era hacerla parecer más joven todavía de lo que era.

—Bienvenido —dijo por fin— a Belsen.

—Por lo menos no te han convertido en una pantalla de lámpara —le dijo, besándola en la mejilla.

—Ojalá lo hubiesen hecho. Apaga esa maldita luz, ¿quieres?

El negro de la ventana se volvió gris. En la tenue luz, los rasgos de Enid parecían abstractos, como la rápida visión del rostro de alguien recién ahogado debajo del agua.

—Me dicen que estás hecha una pintora.

—Está loco de atar el doctor Paulus. ¡Y Dios sabe que a estas alturas me sé *todos* los síntomas! Se lava las manos veinte veces al día, no deja de mirarse al espejo para cerciorarse de que está ahí. Y luego está la señora Paulus, una flor de marisma de floración nocturna, si es que existen. *Su* neurosis es pensar que es una dama, perra chabacana. Dame un cigarrillo. He agotado mi ración. —Tomó un cigarrillo; resplandor de la cerilla en la penumbra; luego dijo, en una exhalación—: ¡Lo que daría por un solo martini!

—¿Todavía no lo has dejado?

—¡Nunca! Puede que tengan razón, ¿sabes? Creo que nunca podría dejarlo, yo sola.

—¿Cómo te sientes cuando no bebes?

Peter tenía verdadero interés por saberlo. Cuando hacía régimen, se sentía desconocidamente virtuoso y suponía que Enid debía reaccionar de la misma manera.

Pero no era así.

—Es un infierno terrible, salvo cuando me dan fenobarbital. Eso ayuda, pero no es suficiente. No me aguanto en mi propio pellejo. De todos modos, ¿qué hay de malo en ser borracha? Es *mi* cuerpo, mi funeral.

—Los demás…

—Lo sé todo de los demás —dijo con voz dura—. ¿Y cómo están?

—Bueno, Clay fue reelegido…

—Lo sé. Leo los periódicos.

—Entonces sabes de él tanto como yo. Apenas le he visto desde… bueno, desde…

—¿Mi intento de asesinato? —De pronto Enid se echó a reír; su antiguo ser se recuperó por un momento, recreándose en su propia locura—. ¡Oh, valió la pena ver sus caras! Si no me equivoco —añadió pensativa— estaba como una cuba. De lo contrario, le hubiera saltado los sesos a papá en lugar de meter una bala en el ojo izquierdo de nuestro bisabuelo Aaron Burr.

—¿Crees que hubiera servido para algo matar a papá? —dijo Peter, sonriéndole en. el crepúsculo apagado, pero sabía que ella no podía verlo más de lo que él podía adivinar su expresión tras el mar gris.

—Me hubiese hecho muy feliz, al menos por un tiempo. —Suspiró —. ¡Es un monstruo! He intentado explicárselo al doctor Paulus, pero me temo que su deuda con papá hace que no se sienta solidario conmigo. A fin de cuentas, le pagan para que actúe como si yo estuviese realmente loca. ¿Lo estoy?

—No.

—A veces pienso que debo de estarlo. Quiero decir que tiendes a convertirte en lo que la gente dice que eres.

—Bueno, *yo* no digo que lo seas.

—¡Tú eres amigo! Y nunca he confiado en ti. Me pregunto por qué.

A Peter le dolió. Durante casi toda la vida había sabido exactamente lo que sentía por Enid, y habiéndosele negado la cosa que más deseaba en el mundo se había contentado con una amistad que ahora, con una palabra, ella eliminaba de un plumazo.

—Supongo que te encontraba siniestro. Y además, claro, papá te prefería a ti y yo sentía celos. —Aquello era tan extraordinariamente falso que Peter eligió no contradecirla, preguntándose, como hacía

de vez en cuando, si no estaría realmente loca—. Bueno, todo esto son lucubraciones. Yo estoy aquí y ellos están juntos. Lo demás ¿qué importa?

—Clay ya no vive en casa. Tiene su propia casa en Woodland Drive.

—¿Con Alicia? —pronunció el nombre de su hija de una forma estudiadamente inexpresiva.

—No. Alicia está con mamá. Dicen que es un encanto.

Peter intentó pensar en un tema neutro. Ella había hablado del cuadro de Aaron Burr. Últimamente, Peter había estado leyendo los papeles de Charles Schermerhorn Schuyler, hijo ilegítimo de Aaron Burr y padre de Emma, la segunda mujer del abuelo Sanford.

—Aaron Burr no es nuestro bisabuelo —dijo.

A Enid no le interesaba mucho.

—Oh. Papá siempre dice que sí. ¿No había alguien bastardo?

—Sí. Charles Schuyler. El padre de Emma, la princesa.

—Yo conocí a un príncipe de Agrigento hace años. En París. —Enid hablaba de algo que no era ella. Buena señal. Describió al hijo de Emma con su primer marido—: Un anciano alto y larguirucho. Con un monóculo. Me llevó a almorzar al Jockey Club. Fue la primera vez que comí caracoles. Me llamaba *cousine*.

—Emma debió de ser fascinante. He estado leyendo cosas sobre ella en los diarios de Schuyler. Creo que podría ser ella la que mató a nuestra abuela.

—Estoy bastante segura de que el asesinato viene de familia en nuestro caso.

Enid volvía a ponerse tétrica.

Peter charló. Cualquier cosa para distraerla.

—Tengo el diario de Schuyler. También tengo algunos fragmentos de una autobiografía en la que estaba trabajando Aaron Burr. Para Schuyler, supongo. Era el pasante de Burr, además de su hijo. Sólo que Schuyler no se enteró del parentesco hasta que el viejo murió. Creo que a lo mejor me dedico a atar los cabos. Hay un montón de material de primera mano valioso. El viejo Burr se vende solo. Pero

siempre es interesante. Y Schuyler también tiene su encanto. Nunca he podido leer uno. de sus libros, pero fueron muy admirados en su época. Cuando murió, William Cullen Bryant escribió la esquela para el *Post*.

Pero Enid no le escuchaba. Había perdido su atención.

Enid apagó el cigarrillo: chispas en la oscuridad.

—He leído que Clay fue a las carreras con Elizabeth Watress, la niña bien, hija de la señora de Lawrence Shattuck y de Schuyler Watress, de Oyster Bay.

—Se ven de vez en cuando —dijo Peter en tono indiferente—. Pero ahora apenas los veo.

Desde que Elizabeth había empezado a salir con Clay, le había dejado claro a Peter que nuevas circunstancias exigían nuevos amigos. Él no se ofendió. Como mucho, había sido una compañera agradable, una alternativa esporádica a Diana, que seguía queriéndole bastante menos que él a ella, del mismo modo que:

—A Clay le gusta Elizabeth, pero no tanto como él le gusta a ella.

—La utilizará, de una u otra forma. Igual que hizo conmigo. Igual que está utilizando a papá. ¿Tú crees que tienen un lío Clay y papá?

Peter se rió.

—Eres tú la que lo piensa, no yo.

—Clay sería capaz, ¿sabes?, para conseguir lo que quiere.

—Pero papá, no.

Peter estaba seguro de aquello, aunque sólo fuera porque, dejando las preferencias sexuales aparte, ninguno de los dos hombres se permitiría el aparecer absurdo o vulnerable a ojos del otro.

—Yo no estoy tan segura —dijo Enid obstinada—. Estoy segura de que traman algo. Por el amor de Dios —se le quebró de pronto la voz—, ¡sácame de aquí!

—Lo estoy intentando.

Le explicó rápidamente sus gestiones legales, pero hasta a él mismo le sonaban poco convincentes.

—No creo que pueda aguantar esto por mucho más tiempo. —En la oscuridad, parecía ahora la estatua de una mujer sentada—. He pensado en escaparme. Se puede hacer. Pero tendrás que ayudarme.

En voz baja le explicó su plan. Robaría el coche del doctor Paulus («siempre se deja las llaves en el coche»). Luego Peter se reuniría con ella en Silver Springs con otro coche y un pasaporte falso y ella cruzaría la frontera mejicana. Una vez en el otro lado, tenía un amigo en la ciudad de México que la ayudaría. Mientras hablaba, estaba tan excitada y entusiasmada como un niño describiendo unas vacaciones. Peter estuvo de acuerdo con ella en que el plan, en teoría, tenía sus méritos, pero que deberían esperar a que la junta revisase primero su caso; mientras tanto, tendría que ser paciente.

—¿Y enfrentarme a otras Navidades aquí? No, gracias —dijo ceñuda—. Nos dan pavo, seco como papel secante, y luego nos sentamos todos alrededor de un árbol de Navidad cubierto de bolitas de algodón y papeles de colores, hecho por un par de tarambanas que llevan aquí treinta años y sólo viven para decorar ese árbol una vez al año, y todo el rato la señora Paulus toca el piano y todos los chavetas cantan juntos y te digo… no puedo… soportarlo… ¡ni un minuto más!

Estuvo a punto de echarse a llorar, pero las lágrimas no asomaron. En lugar de eso se levantó de un brinco, encendió una lámpara y cogió uno de los lienzos apoyados contra la pared.

—Bueno —dijo Enid expeditiva—, te voy a enseñar algunos de mis cuadros. Este es el último que he pintado. Papá consumiéndose en el infierno. Es un buen retrato, ¿no crees? Y ésta de aquí soy yo, con la horca.

★ 2 ★

En grises diagonales, la lluvia se convertía en fango al caer sobre el césped marchito. Burden gruñó al verlo y dijo:

—Claro que me presentaré otra vez. Gozo de buena salud.

El corazón le tembló; una lluvia de motas negras cayó entre él y Sam Biermann; histeria, decidió fríamente, y la lluvia paró. Había aprendido a enfrentarse a la mayor parte de los trucos que le jugaba su cerebro a la vulnerable carne de un cuerpo entrado en años que le recordaba cada vez más a una bomba de relojería, preparada para explotar en un determinado momento, sin manera humana de retirar el fusible. Cada segundo lo acercaba más al final, que sería, a la vez lo temía y esperaba, la nada. Lo esperaba porque la nada es ninguna cosa y no es mala. Lo temía porque nada no es bueno. Y así, deseando una alternativa, deseando de corazón algo humanó y finito, su búsqueda de seguridad, antaño esporádica, se había vuelto obsesiva. Sin embargo, no le servía ninguno de los calmantes culturales que conocía. Para él, la cristiandad se había echado a perder por culpa de los predicadores baptistas y los políticos jesuitas. Los intentos de contemplación «Om» habían fracasado; no era un brahmán. Estudió a su amado Platón, pero halló poco consuelo. Le sorprendió la peculiar menudez de la argumentación de Sócrates sobre la naturaleza y la continuidad del alma. Él mismo podría haber argumentado mejor el caso a cambio de unos honorario. Prefería sin duda la desolación de Esquilo: «Ánimo, el sufrimiento, cuando llega a la cima, dura poco». Aquello era aceptable. Puesto que la felicidad dura tremendamente poco, su sombra, el dolor, debe ser igualmente breve. Pero una vez que se acaba el sufrimiento ¿qué? «Los hombres buscan a Dios y buscando lo encuentran». Allí la fría visión de Esquilo había tropezado. Habiendo visto el abismo, el poeta se retiró, argumentando que el mismo trayecto era la respuesta. Si lo es, ya casi he acabado, y he hallado la respuesta sin saberlo, lo cual es inútil. Pasó de la contemplación de la lluvia y de la nada, a la vida y la política, a Sam Biermann, su vieja caja de resonancia.

—Veo que no tienes rival. Y en el ámbito nacional debería ser un buen año para ustedes los demócratas, particularmente ahora que el

presidente ha sido reelegido. Desde luego, seguramente tendrás que luchar en las primarias.

—Hoy en día siempre lo hago.

De hecho, hasta la elección anterior, ningún miembro del partido de Burden había osado desafiarlo porque él había sido el hijo más famoso del estado. Pero ahora había un millar de jóvenes dispuestos a ocupar su sitio. Con el tiempo uno lo haría. Mientras tanto, él mantenía lo que era suyo, ganado en justa batalla.

—¿Crees que Clay se presentará a las primarias contra ti?

A Burden le divirtió la pregunta.

—¡Nunca!

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo Sam, estudiándolo de cerca con sus ojos pesarosos.

—En política no estoy seguro de nada. —Burden sintió que se estaba poniendo nervioso. Para aliviar la conocida tensión, inspiró profundamente y exhaló lentamente—. Pero, entre nosotros, Clay va tras el puesto de Momberger, no el mío. Tiene más sentido ¿no? Jesse se presenta a reelección en el 52. A esas alturas, Clay habrá pasado seis años en la Cámara. Para entonces ya tendrá una identidad política, de la que carece ahora y que necesita. Uno no llega de la nada y se mete en el Senado. Tienes que significar algo.

Pero mientras hablaba, Burden se preguntaba, en conciencia, qué había significado *él* cuando se presentó por primera vez a los electores, un joven abogado oscuro que deseaba ser presidente. La respuesta era: no mucho; pero a medida que los años transcurrían se había creado a sí mismo de tal manera que, finalmente, se convirtió en lo que parecía ser (a pesar de un lapsus) y aquello era lo máximo que un hombre podía esperar alcanzar en un sistema político en el que el pecado imperdonable era decir la peligrosa verdad. «Hipocresía, nuestro escudo, inacción, nuestra espada», había comentado una vez en la antesala del Senado, lo que produjo la carcajada de sus compañeros que sabían exactamente a qué se refería. Muy pronto había aprendido que para hacer algo bueno en el Senado, uno tenía que presentarlo primero como si fuera un acto en

interés propio, puesto que hacer el bien por el bien levantaba sospechas. La señora Roosevelt había sido auténticamente odiada por lo que parecía a muchos una auténtica falta de interés personal. En los últimos tiempos, había sido efectiva sólo porque ciertos senadores, a los que no agradaba, decidieron que en el fondo era una estupenda Maquiavelo, que utilizaba los fondos públicos para atraer a los desposeídos a la causa de Roosevelt. Una vez reconocido el interés egoísta, hasta ella pudo hacer algún milagro esporádico en el Congreso.

—En todo caso, nadie está furioso contigo como la última vez. Esos japoneses de California —dijo Sam, sacudiendo tristemente la cabeza al recordarlo—. Aquello fue un error.

—Pero tenía razón.

Burden rompió su norma y fue virtuoso en privado.

—El tener razón nunca le ha dado un voto a nadie.

—Eso es muy cierto. ¿Crees que debería darme una vuelta por el estado en primavera, hacer acto de presencia?

—Sí. Hace tanto tiempo que eres senador que hay muchos electores nuevos que ni siquiera saben quién eres. Muchos de los viejos piensan que te has muerto.

Burden no dejó traslucir su pesar.

—No me sorprende. Últimamente no he estado muy activo. Necesito… —inspiró profundamente, y odió aquella nueva expresión — unas relaciones públicas mejores.

Sam asintió.

—Es cierto. Las cosas no son como antes. Ahora, junto con la radio y los noticiarios está la televisión y ¡hasta en las regiones más recónditas leen *revistas*! No es como cuando leían el único periódico, *nuestro* periódico. ¡Oh, cómo duele! No hay duda de eso. Mira, en este momento Clay es el hombre más famoso del estado gracias a las revistas y los noticiarios, ¡y ahora dicen que van a hacer una película sobre él en Hollywood! Como si fuera el sargento York. ¡Es increíble!

—Están gastando un montón de dinero —observó Burden en tono imparcial, contento de no tener que enfrentarse nunca a Clay en unas primarias. Clay lo había dejado bien claro durante las elecciones de 1946, momento en que Burden lo había presentado en todo el distrito, especialmente en las ciudades granjeras donde Burden era fuerte y Clay era mirado con recelo. ¿Va a la iglesia? ¿Bebe? ¿Está realmente loca su mujer? Burden había disipado discretamente todos los temores. De hecho, sus conversaciones confidenciales con grupos de iglesia sobre la tragedia de la locura de Enid habían suscitado bastante compasión por el joven héroe que parecía poseer tantas cosas y, de hecho, estaba condenado a permanecer casado, pero sin esposa, durante el resto de los días de la loca.

Esperando los primeros resultados aquella noche en el hotel Sunflower en la sede del condado, Burden había dicho:

—Vas a ganar a lo grande.

Clay había asentido.

—Pero hay algo que no olvidaré nunca. Se lo debo a usted —le había dicho, mirando a Burden seriamente, con mirada de hijo.

Burden se había sentido cohibido; por lo general, la sinceridad le desmoralizaba.

—Debes más a Blaise. A ti mismo. A lo que hiciste en la guerra.

Pero Clay había negado con la cabeza.

—Han sido todos estos años trabajando para usted los que lo han hecho posible. Observándole, aprendiendo el oficio. Eso es lo que lo ha logrado.

Luego, había indicado a Burden que si todo iba bien, se movería a empresas más elevadas en 1952. En aquel tema Clay fue absolutamente claro:

—Le apoyaré en todo momento y para cualquier cosa, como usted me ha apoyado.

Aquella noche, Clay derrotó a su contrincante republicano por la mayoría más grande de la historia del distrito.

Así se concluyó la alianza y después de cuatro años en la Cámara, el joven representante y el viejo senador seguían manteniendo su alianza cordial, y aunque ya no era la de un padre y un hijo, la nueva modalidad de pupilo agradecido y maestro reverenciado era plenamente agradable. Burden había podido incluso mostrar a su discípulo una serie de atajos al poder dentro de la jerarquía estrechamente disciplinada de la Cámara, tan diferente al holgadamente anárquico Senado, donde el colega de Burden, Jesse Momberger vigilaba receloso el ascenso de un nuevo poder en su estado y buscaba maneras de contenerlo. Pero no había ninguna manera, porque la fuente de aquel poder era Laurel House, de donde fluían dinero y publicidad sin límites. Hasta Burden, algunas veces, se hartaba de que le preguntasen: «¿Y cuál fue su primera impresión de Clay Overbury?». ¿Acaso no había Sam (*su* Sam) pasado la mayor parte de la tarde hablando con Clay? Pero aquello era inevitable, puesto que «el pequeño bastardo es más conocido en Nueva York que en casa», había observado recientemente el veterano senador a su colega más joven, quien había replicado: «Al estado no le hace ningún daño tener un personaje célebre en el Congreso». A lo que el veterano senador había espetado: «No es el maldito estado lo que me preocupa».

La voz de Kitty puso fin a la entrevista.

—¡Está aquí! ¡Está aquí!

Así era. Diana apareció en el porche acompañada por su madre y por Peter Sanford, que «me ha ido a buscar a la estación». Besó a su padre alegremente y dio la mano a Sam, que al instante estrechó las de todos y se marchó, dejando a la familia con Peter.

—¡Qué aspecto más estupendo tiene! —dijo Kitty, abrazando a su hija con inocente placer, y Burden asintió. Aun en la opaca luz de noviembre, Diana estaba inesperadamente radiante, con el rostro bronceado por el sol del desierto.

—Parece una india. Lo ha heredado de Burden. El tiene sangre india, pero le da vergüenza reconocerlo.

Aquella patraña fue ignorada. Uno de los tíos de Burden se había casado con una india osage, que era lo máximo que se acercaba Burden a la raza india. Pero en los últimos años, la voz interior de Kitty había empezado a reflejar una mente que se había vuelto no sólo laxa, sino melodramática. A veces, alarmaba a Burden con sus bruscas revelaciones de que el asesinato estaba a la orden del día, el incesto era corriente y nadie era legítimo.

En el salón atravesado por corrientes de aire, se sentaron alrededor de un fuego recién encendido, lo que mejoró considerablemente el humor de Burden. Diana les contó cosas de Nevada, donde:

—Vivíamos en cabañas, no comíamos más que carne de buey fresca e intentábamos esquivar a las serpientes de cascabel y a los vaqueros lujuriosos.

—¡Diana! —dijo Kitty, con ojos radiantes de placer.

—No te preocupes, mamá. Los esquivé a los dos. Pero muchas de las damas sucumbieron a los vaqueros. Pobrecillas. Cuando no lloraban por el pasado, lloraban por el futuro. Los vaqueros les ofrecieron algo que hacer en el presente. En cualquier caso, he aprendido a jugar al bridge y me he leído toda la *Education Sentimentale* en francés, lentamente.

—Ahora eres libre.

Aunque a Burden la serenidad de Diana siempre le había parecido refrescante, a veces se llegaba a preguntar si aquella serenidad no sería sencillamente frialdad. Desde su disgusto por el abandono de Clay, nada le había conmovido demasiado, que él supiera, lo cual no era mucho, porque desde hacía algunos años no se habían hecho confidencias. Sabía que ella había llegado a detestar a Billy Thorne, pero al no admitirlo nunca delante de su padre, le había privado del vulgar placer de poder recordarle (sin hacerlo) que desde el principio él había tenido razón. Pero, con razón o sin ella, el matrimonio se había roto.

—¿Dónde está Billy? —preguntó Kitty—. No lo veo hace un montón de tiempo.

—No lo sé —dijo Diana, volviéndose a Peter—. ¿Dónde está mi ex marido?

—Nadie lo sabe. Nos abandonó el mes pasado después de acusar a Aeneas Duncan de ser una herramienta de la burguesía, lo cual supongo que se refería a mí. Se marchó de la oficina sin su abrigo y su sombrero. Todavía los tenemos, si quieres un recuerdo.

—No, gracias —dijo Diana, estirándose como un gato—. La libertad es agradable, ¿verdad?

Burden le dijo lo que se alegraba de verla feliz. Sin embargo, mientras hablaba se sorprendió mirando a Peter, sentado como el joven Buda y sonriendo al fuego. Si Peter hubiera estado entendiéndose con Diana, ¿habría continuado trabajando con ellos Billy? Supuso que no, pero los arreglos de los jóvenes le resultaban desconcertantes. Al parecer, el adulterio era aceptable si los que lo cometían eran suficientemente «adultos». Al margen de la conciencia de Burden, se estaba produciendo una revolución social y aunque su primer instinto era no aprobarla, de hecho le era completamente indiferente lo que hicieran los demás exceptuando a Diana. Casada con Peter, Diana sería rica, con un gran nombre. De menor importancia, Peter sería un buen yerno para un político locuaz. Más de una vez Burden se había dado cuenta de que le contaba a Peter cosas que nunca hubiese confiado a un colega. Algo en el modo de ser del joven le hacía desear contarle lo que sentía realmente. Ni por un momento confundía la educación del otro con auténtico interés. No obstante, Peter Sanford era la clase de persona a la que él deseaba persuadir instintivamente; y así, estimulado por aquella sonriente neutralidad, le ofrecía confidencias que sin duda eran traicionadas o, peor aún, olvidadas. Era lo mismo.

—He leído con interés tu artículo sobre Hiroshima. Me ha parecido de lo más elocuente.

—¿De veras lo has leído? —pregunto Peter, mirándole con lo que parecía auténtica sorpresa.

—Siempre leo tu revista.

—En un estado de apoplejía —dijo Diana.

—No me gusta nada el color de Burden —dijo Kitty animada por Diana—. Tiene la cara demasiado colorada. Y no es un buen rojo, lo que significa que sufrirá un ataque y yo me moriré de hambre porque no hay nada en el banco y el seguro es exiguo.

Sintiendo que se avecinaba el ataque final, Burden alzó la voz para tender un puente, si no un dique, a la agitada corriente de conciencia de Kitty.

—Siempre que leo a Aeneas Duncan me sube la presión sanguínea, eso sí.

Kitty dejó de hablar y sonrió feliz a su familia reunida. Diana miró a su madre con tal odio que Kitty lo confundió con amor. Tomó la mano de su hija y la estrechó fuertemente en la suya.

Peter hizo lo que pudo para echar una mano.

—Ahora Aeneas vive en Nueva York y no creo que escriba mucho sobre política. De momento, prefiere descuartizar poetas.

—Le echarán de menos —dijo Burden sin convicción—. Pero ahora empiezas *tú* a escribir. Ése fue tu primer artículo, ¿no?

Peter parecía molesto. Es tímido, pensó Burden, prosiguiendo su investigación.

—¿Vas a hacer más?

—Si hay demanda —dijo Peter mirando a Diana, como esperando una negativa.

—Oh, habrá demanda. Es muy bueno, ¿no crees papá?

—Con gancho, sí, y no estridente, a diferencia del señor Duncan cuyo tono habitual es el de afrenta moral.

—Es una época de afrentas —dijo Peter mansamente.

—Todas las épocas afrentan —dijo Burden sin rodeos—. ¿Pero realmente sientes que nos equivocamos al usar la bomba atómica en Japón?

—No estoy muy seguro de «sentirlo». Pero sí lo pienso. Teníamos que haber hecho una mera demostración de la bomba, volar la cumbre del Fujiyama, algo espectacular, y se hubiesen rendido. No había razón alguna para destruir dos ciudades.

—Me lo pregunto.

Ciertamente Burden se lo preguntaba. Como todo el mundo, la fisión del átomo le había dejado perplejo. Estaba claro que el mundo nunca volvería a ser el mismo, pero el que esto fuera una cosa buena o mala dependía del temperamento de uno. Como el suyo era pesimista, podía imaginar con demasiada facilidad las nubes de humo en forma de seta, el viento ardiendo, las cenizas radiactivas y, al final, un planeta vacío rutilante como un ojo ciego ante el sol. Sin embargo, preguntó:

—¿Cuál es la diferencia, moralmente, entre una bomba que hace el trabajo de mil que de todas formas hubieran sido tiradas?

—La diferencia es que con la invención y demostración de esa bomba teníamos el medio de poner fin a la guerra, lo cual hicimos, pero para complacer a los militares destruimos doscientos mil civiles, y eso fue un error.

Burden se sabía todos los argumentos. Lo que le interesaba era la inesperada pasión de Peter. Había desaparecido aquel aire de desapego que había cautivado y al mismo tiempo desconcertado a Burden. Era bueno saber que el joven podía tomarse en serio alguna cosa, pero, por otra parte, era inquietante saber que su próximo yerno podría ser tan propenso a un partidismo feroz como el primero.

—Evidentemente, tienes mucho que decir —murmuró Burden.

Peter se echó a reír, lo que le alivió.

—Me temo que tengo muy poco que decir, pero mucho que añadir.

—Ha añadido —dijo Diana—. Oh, Peter será formidable una vez que encuentre el campo adecuado. Tiene que escribir sobre política en todos los números.

—Además nadie puede detenerlo —observó el joven Voltaire—. Es un editor.

—Y somos un éxito. Cubrimos gastos. Nada de déficit. Irene está muy contenta.

Entonces Peter describió a Diana el reciente funeral de Samuel I. Bloch, que había muerto inesperadamente en la ciudad de Jersey

durante la reunión de un consejo de administración.

—Deberíamos erigir en su honor un monumento —dijo Peter— y dedicarlo al marido desconocido.

Burden les recordó el comportamiento de Irene en el funeral. Según Irene, el señor Bloch había sido toda la vida de la iglesia episcopaliana; horrorizados, los miembros de su familia se habían negado a asistir al funeral, precisamente lo que ella pretendía. De pie, sola y vestida de negro en una capilla gótica de la catedral nacional, había recibido el pésame con aire regio. Pero cuando vio a Burden, le echó los brazos al cuello y se estrechó contra él mejilla con mejilla. «¡Qué será de mí!», le había sollozado al oído. Consciente de que todos los ojos estaban fijos en ellos, él se había liberado como había podido con la promesa de verla pronto.

—Supongo que ahora te casarás con Peter —dijo Kitty, soltando de pronto la mano de Diana—. Se ha puesto terriblemente gordo, pero es rico y te dará seguridad.

Diana salió disparada de la habitación y Peter encogió el estómago. Kitty se volvió a él:

—Esta mañana he hecho un pastel, al saber que venías. Es el de nueces que tanto te gusta. ¿Quieres un poco ahora?

—*No* tengo hambre —dijo Peter, con la voz temblando de irritación.

—Pero si *siempre* tiene hambre —dijo Kitty para sí—. Debe de estar enfermo, seguramente ha comido demasiado al mediodía. Yo que Diana, lo pondría a régimen. Después de la boda, claro.

—No hay ninguna boda en perspectiva, señora Day.

Peter infringió la regla de la casa de no hacer nunca comentarios a los anuncios de Kitty.

—¿Boda? —preguntó mirándole sorprendida—. ¿Qué boda?

Burden hizo lo que pudo para tranquilizar a Peter y silenciar a Kitty. Mientras llevaba a cabo su diplomática tarea, supo que Peter era exactamente el marido que Diana precisaba. Ella efectivamente se quedaría sin un céntimo cuando él muriese, si bien no tenía

ningún plan inmediato de irse del mundo; desde luego, no antes de dejar a su hija instalada y de salir reelegido.

★ 3 ★

Harold abrió la puerta.

—¡Entra! —dijo con voz alta, autoritaria, como si quisiera intimidar a Clay o impresionar a otras personas que no estaban a la vista.

Dentro del pequeño vestíbulo, Harold cerró la puerta y echó el pestillo. Susurró rápidamente:

—Están dentro. Los dos. Siento haberte metido en esto. No se me ha ocurrido ninguna otra persona a quien llamar.

—Está bien —dijo Clay en tono tranquilizador—. Me ocuparé de ellos.

Clay se cuidó bien de no traslucir nerviosismo mientras seguía a Harold al salón de cristal y acero con vista sobre Rock Creek Park; el edificio era nuevo, uno de los primeros en ser construidos después de la guerra, momento en que la vieja ciudad de ladrillo rojo y mármol de Nueva Inglaterra había sido lentamente invadida por el vidrio y el hormigón, una victoria de la amalgama de arena sobre la piedra tallada. Hasta Clay, a quien normalmente le gustaba lo nuevo, sentía una cierta nostalgia por lo que había sido.

Los dos hombres se pusieron en pie cuando entró. Uno era bajo y fornido, de cara redonda y nariz roma. El otro era alto y delgado, a excepción de un gran estómago, evidentemente diseñado para un hombre gordo y acoplado por error a uno flaco.

—Les presento al congresista Overbury —dijo Harold.

Los hombres se miraron; parecía que no sabían qué hacer cuando Clay extendió la mano, reflejo habitual del político. Rápidamente la retiró.

—Creo que ha habido algún problema —dijo Clay, de pie en medio de la habitación, listo para iniciar la ofensiva que fuera

necesaria.

—Eso es, señor —fue el bajito quien contestó, con engañosa amabilidad. Clay conocía aquel tipo de persona y se preparó para lo peor—. Su amigo, el señor Griffiths aquí presente, ha cometido una grave infracción en virtud de la Sección 22-1112A del Código del Distrito.

—Identificación —dijo Clay secamente.

Debía mantenerlos a la defensiva.

—¿Identificación? —repitió el hombre gordo-flaco como si fuera un insulto.

Clay chasqueó los dedos al hombre bajo, que es el que estaba más cerca de él.

—Identificación —repitió fríamente.

—Sí, señor.

El bajo era educado y no estaba nada agitado. Sacó la cartera y mostró a Clay su identificación; el otro hizo lo mismo. Clay se sacó un bloc de notas del bolsillo y lentamente escribió los nombres y números de serie de los dos miembros de la patrulla antivicio del distrito.

—Supongo que querrán ver mi identificación —empezó a decir, pero el pequeñajo dijo:

—No, le reconozco por sus fotos, congresista.

—Sí —dijo Clay categórico. Miró a Harold, que rondaba nervioso detrás de un sofá, como preparado para ponerse a cubierto en el momento en que le avisaran si el enemigo abría fuego. En un lado de la cara, una mancha de color rojo se empezaba a poner azul—. ¿Era necesario —preguntó Clay— golpearle?

—Intentó resistirse, señor.

El alto habló sin entonación alguna, para que constase en acta.

—Se lió a pelear, ¿no? Bien, Harold tiene muchas agallas. Es justo el tipo de persona que se enfrenta a dos policías que le doblan en tamaño en un…, era un lugar público, ¿no?

—Los lavabos de caballeros del teatro Capítol, sí, señor. A la una cuarenta y siete del mediodía.

—¿Testigos?

—Sólo nosotros, congresista —dijo el bajo, permitiéndose una sonrisa.

—Y una vez cometida la infracción…

—A 22-1112.

—Exactamente. Le golpearon.

—Cuando intentó resistirse a que le detuviésemos nos vi… nos vimos obligados a reducirlo por la fuerza.

El gordo-flaco era historiador oficial así como testigo principal del delito contra la decencia de su compañero.

—Luego, en lugar de acusarlo formalmente vinieron aquí. ¿Me equivoco?

—Pensamos —dijo el bajo con su voz amable, ligeramente afeminada— que como el señor Griffiths era un escritor tan conocido en los periódicos, que seguramente podríamos arreglarlo de alguna manera, motivo por el cual le permitimos que le llamase.

—Harold, ¿te acercaste a este hombre o se acercó él a ti?

—Me habló él primero. Me siguió a… al lugar donde sucedió.

—¿Estás intentando decirme que él dio el primer paso?

—Sí —dijo Harold aclarándose la garganta repetidamente—. Sí, lo hizo.

—Eso no es lo que ha sucedido, señor, como mi colega testificará. El señor Griffiths se acercó a mí, pidiéndome si tenía fuego para su cigarrillo, que le di, naturalmente, y luego cuando fui a los lavabos en cuestión, me siguió y cometió el 22-1112 que fue debidamente presenciado.

—¿Qué hacían *ustedes* vagando por el teatro Capítol?

—Nosotros no vagamos, señor. Estábamos de servicio. La dirección del teatro nos había pedido que echásemos un vistazo porque estaban preocupados por un cierto elemento. Mire, allá van colegiales, especialmente durante el fin de semana.

—El señor Griffiths acaba de decir que se acercó usted. En ese caso, se trata de engaño premeditado, lo cual va en contra de la ley.

—Es su palabra contra la nuestra, señor —dijo el bajo muy complacido; estaban a salvo.

—Durante este último año, ¿cuántas veces le han hecho proposiciones?

—Unas setenta veces, señor.

—¿Y nunca tomó usted la iniciativa?

—No, señor.

—Setenta veces, personas desconocidas quisieron hacer sexo con usted. ¿Diría usted que eso se debe a su atractivo personal?

El hombre bajo disimuló su ira.

—Se debe al hecho de que me han ordenado vigilar lugares donde puede suceder este tipo de cosas, eso es todo.

—Y siempre sucede, especialmente a usted.

—Es mi trabajo, señor.

—Mire, señor Onslow —Clay había archivado cuidadosamente el nombre para uso futuro—. El hecho de que no formulase acusación formal contra el señor Griffiths, sino que eligiese traerlo a su casa y le permitiese telefonear a un amigo, me sugiere que ninguno de ustedes quiere problemas con los periódicos, por no decir con el señor Sanford, y han decidido que todo el asunto podía ser olvidado en las debidas condiciones.

Los dos hombres se intercambiaron una mirada. Fue el gordo-flaco quien respondió.

—Naturalmente, nada de lo que ocurrió entre nosotros y él…, entre él y nosotros…, puede ser olvidado…, pues iba contra la ley. La ley es lo que debemos defender y obedecer todos nosotros, estará de acuerdo, congresista. Pero lo cierto es que un hombre tan destacado como el señor Griffiths…, y con sus relaciones —gesto hacia Clay—, no debería tener una cosa así en su ficha, una mancha negra permanente que podría resultar molesta a su jefe, podría decirse…, y a sus amigos, especialmente… a aquellos… que son objeto de atención pública.

—¿El precio? —dijo Clay sin rodeos.

Detrás del sofá, Harold, que había estado manoseándose la cara, dejó caer las manos y se puso en posición de escucha militar.

—Dos mil dólares —dijo el hombre bajo.

Clay descolgó el teléfono y marcó el número de la operadora. Cuando ésta respondió, él dijo:

—Con la policía.

El hombre gordo-flaco se desplazó hacia él, listo para emplear la violencia.

—¿Qué piensa que está haciendo?

—Denunciando chantaje, extorsión, exacción.

De Harold surgió un grito:

—Clay, ¡*no*!

—Es su palabra contra la nuestra —dijo el hombre bajo, pero la amenaza que pretendía formular quedó anulada por la repentina caída de voz al pronunciar «nuestra».

—Descubrirá que entre su palabra y la mía, no le creerán, señor Onslow. Ni a usted, señor Gover.

Una voz en el aparato dijo: «Departamento de policía», y Clay dijo:

—Patrulla antivicio, por favor.

—Puede pensar que es un pez gordo, señor congresista… —empezó a decir el gordo-flaco.

—Soy un pez gordo, señor Gover, como pronto descubrirá.

Una voz dijo:

—Patrulla antivicio.

Y Clay;

—Al aparato el congresista…

Con un rápido ademán, Gover interrumpió la comunicación. Estaba tan cerca de Clay que sentía el olor de polvos de talco viejos en el rostro del hombre y su aliento de cerveza.

Reconociendo la proximidad física, Clay eligió un tono de voz discreto.

—¿Quiere que lo maten?

—Tú eres el que está desprevenido, amigo, no yo.

Clay lo agarró por los hombros y con un rápido movimiento lo hizo oscilar de derecha a izquierda como si fuera una puerta. Luego pasó a su lado en dirección al centro de la habitación, donde el hombre bajo esgrimía los brazos listo para luchar.

A espaldas de Clay el gordo-flaco dijo:

—No hay nada que nos impida decir que *usted* fue pillado también, señor Pez Gordo.

Mientras la ronca voz seguía amenazando, Clay se volvió al más débil de los dos.

—Señor Onslow, usted es un hombre inteligente. Vio la oportunidad de hacer un poco de dinero a costa del señor Griffiths y no se lo reprocho. No le quiero escatimar el dinero. Estoy seguro de que el señor Griffiths tampoco, pero desgraciadamente no hay garantía alguna de que una vez que les empiece a pagar, ustedes no vuelvan a pedirle nunca más. Oh, ya sé, puede que no piensen apretarle más veces las clavijas, pero cuando se acerquen las Navidades y vaya un poco justo de dinero se dirá a sí mismo: bueno, ¿por qué no hacer una visita al señor Griffiths? —Clay hablaba rápidamente, consciente de que el detective de ojos brillantes estaba totalmente absorto en lo que decía—. Pues, por el bien de Harold, no puedo permitirlo. Por el suyo tampoco. Al fin y al cabo, el chantaje es un asunto peligroso, especialmente si se entera una persona que no está implicada en él. Yo estoy enterado. Y esto significa que tienen el mismo problema que Harold porque una palabra mía al departamento de policía y ustedes dos, caballeros, tendrán prohibición permanente de trabajar en esta ciudad, y no piensen que no diré la palabra sólo porque Harold podría salir malparado en el proceso. Puede sobrevivir a una publicidad desfavorable. Ahora les sugiero, señor Onslow, señor Gover, que hagamos como si nada de esto hubiese sucedido.

—Pero suponga que no lo olvidamos. Suponga que…

Con un gesto Clay silenció al gordo-flaco.

—Si no se marchan de aquí ahora mismo, telefonearé… —Clay había reservado esta carta como último recurso. Antes de llegar a

casa de Harold había averiguado no sólo el nombre del jefe de la patrulla contra el vicio, sino también su apodo y otro puñado de detalles de interés. Los utilizó en aquel momento, simulando intimidad con todos ellos. Mientras lo hacía, se dirigió al teléfono otra vez, con los ojos puestos en el hombre bajo, el eslabón débil que cedió.

—Bien… —dijo a media voz—. Bien…

Clay se detuvo.

Educadamente, Clay esperó con la mano sobre el teléfono, deleitándose en la batalla. Pero la guerra había terminado. El hombre gordo-flaco cogió su abrigo y su sombrero y salió de la habitación sin mediar palabra, seguido por el *agent provocateur*, que sonrió estúpidamente mientras se apresuraba a reunirse con su colega. Cuando se cerró la puerta, Harold se hundió en el sofá, a punto de sollozar.

—¡Maldito idiota!

Salió a la superficie el fastidio de Clay por todo el asunto. Acusó a Harold, que recibió el insulto con la cabeza inclinada.

Cuando por fin Clay acabó, él dijo:

—Nunca tendría que haberte mezclado en esto. Lo siento. Pero cuando no encontré a Blaise, fuiste la única persona que se me ocurrió, que era lo suficientemente duro…

—Podrías haber llamado a un abogado.

—¿Cómo le iba a decir a un abogado que apenas conozco algo como esto?

—¿Pero *a mí* sí podías decírmelo?

La ira de Clay afloraba de nuevo.

—No pensé que a ti…, bueno, claro que te importaría, pero…

—¿Pero pensaste que tal vez hacía tiempo que yo lo sospechaba?

—Algo así. Pero, de todos modos, te hice un favor allá. Me refiero a cuando escribí aquello…

—No necesito instrucciones. Conozco mis deberes —dijo Clay secamente. La política era en gran medida cuestión de no olvidar las deudas y Clay era un excelente contable. A partir de aquel día,

Harold estaba en deuda para siempre. Al pensarlo, permitió que el buen humor sustituyese al airado enojo—. Sea como fuere, no quiero saber nada de tu vida privada, jamás. Así que olvídalo. Sólo que —Clay no pudo resistir la tentación de añadir— no olvides que vives en una de las ciudades más sucias del país donde todo el mundo, oficial y extraoficialmente, observa a todo el resto del mundo coleccionando pruebas para usarlas en un futuro.

—He sido un estúpido —dijo Harold.

—Sí —repuso Clay sin ser desagradable.

Harold recuperó de pronto su porte habitual.

—*A ti* nunca te pillan con tus malditas chicas.

—Tienen más de veintiún años, corro las cortinas, cierro la puerta con llave y practico el control de natalidad.

—Mientras sus maridos…

—Sólo conozco a viudas.

—Y a Elizabeth Watress.

Ella lo esperaba en el vestíbulo del hotel Shoreham, entre pancartas y banderas que celebraban la elección del trigésimo tercer presidente de Estados Unidos. Mientras Clay atravesaba el vestíbulo, Elizabeth se levantó rápidamente y él se fijó una vez más, como le ocurría siempre que no la veía hacía tiempo, en la brillante concentración de su cara sonriente, cuyos ojos, curiosamente, no reflejaban nada, a pesar de su espléndida oscuridad. La besó en la mejilla, rápida y castamente. Al fin y al cabo, era un hombre casado y el vestíbulo estaba lleno de gente que lo conocía.

—¡Él está aquí! —dijo Elizabeth extasiada—. ¡El presidente acaba de entrar! Ha sido tan impresionante cómo lo vitoreaba todo el mundo… Yo no sabía si hacer la reverencia o no. Me daban ganas. Está en la sala de baile. ¿Por qué llegas tarde?

—Trabajo. ¿Qué otra cosa?

La cogió del brazo y juntos se dirigieron a la sala de baile donde un gobernador del Medio Oeste hablaba con exuberancia

democrática si bien con extravagancia republicana al presidente que se estrenaría al cabo de pocos instantes.

En la puerta al salón de baile, Clay se detuvo y esperó hasta que los fotógrafos que pululaban por ahí le reconocieron. Normalmente aquello era un proceso rápido, pero con un presidente en el salón, el interés de la prensa en cualquier otra persona de medio millar de miembros del Congreso sería seguramente menos que ligero, independientemente de que el representante hiciese una aparición impresionante, de lo gloriosa que hubiese sido su guerra, de lo bella que fuera su acompañante. Pero finalmente se agolparon a su alrededor.

Clay conocía por su nombre a los de los servicios de noticias; a los demás fingía conocerlos. Elizabeth se le agarró al brazo, fingiendo miedo y deleite en partes iguales. Una vez le había confiado que la cosa que más le gustaría era ser estrella de cine, por la práctica razón de que si a uno le gustaba la atención del mundo (y cándidamente ella había admitido que deseaba intensamente ser reconocida como mujer hermosa, atractiva a los hombres), sólo la estrella de cine concentraba en sí el interés universal. Ni siquiera el presidente podía competir con la fama y la sexualidad de una estrella con una publicidad bien llevada.

Clay no se había mostrado de acuerdo. No veía razón por la cual un político, incluso una figura tan tradicionalmente insulsa como la del presidente, no pudiera ser presentado al público de la misma manera que una estrella del cine. «Pero —había observado ella—, ¡cuántos políticos se parecen a ti! ¡Y son jóvenes! ¡Y héroes!». Clay se había reído. «En cualquier caso, pones las cosas en el orden correcto». No le había dicho que ese mismo orden era precisamente el que explotaba Blaise y la empresa de relaciones públicas que había sido contratada para mantener la celebridad de Clay en los sombríos recintos de la Cámara de Representantes. Se explotaba su juventud (promesa de grandeza futura) así como sus hazañas bélicas (se estaba filmando en aquel momento una película sobre sus aventuras durante la guerra) y el aspecto físico (siempre que

aparecía en público, las muchachas le vitoreaban cuando les avisaban los fotógrafos). No obstante, como Clay sabía, lo que empieza siendo falso, se hace verdadero gracias a la repetición constante. Ahora las chicas se agolpaban alrededor de él sin que nadie las animase; conscientes de que, como se decía que otras reaccionaban de aquella manera, ellas también tenían que hacerlo. Como consecuencia de ello, había recibido el máximo homenaje: un seco insulto por parte del portavoz de la Cámara: «Siempre disfruto *viendo* hablar a ese hombre».

Blaise había decidido que durante los próximos años Clay debía ser presentado no sólo como un joven idealista, sino también como una alternativa al político de siempre. Clay se había mostrado de acuerdo, convencido de que efectivamente era distinto al político habitual, aunque se daba cuenta de que en hechos concretos había sido algo menos que enérgico. En general, apoyaba el aumento de gastos de defensa mientras contemplaba con alarma ritual el depredador imperio soviético que amenazaba con dominar a Europa y calentar lo que todo el mundo denominaba ahora «la guerra fría». En cuanto a la Cámara, había hecho tantos amigos como había podido, teniendo en cuenta su envidiable situación. Se daba por sentado que pronto daría un paso más. Pero el cuándo y hacia dónde nadie lo sabía con seguridad, incluido Clay, que podía ser gobernador de su estado si así lo deseaba; pero no eligió este puesto ingrato que implicaba, en su mayor parte, regatear los contratos de construcción con los legisladores del estado, normalmente comprados.

El Senado era el lugar indicado. Pero había prometido no presentarse contra Burden en 1950. Por otro lado, 1952 le parecía a un siglo de distancia y la perspectiva de cuatro años más en la Cámara era desalentadora. A pesar de su juventud legendaria, él no se consideraba joven. Más concretamente, dentro de cuatro años tendría cuarenta y dos y si su carrera tenía que ser, literalmente, prodigiosa, para entonces tenía que haber conseguido una nota política de importancia, imposible para cualquier miembro de la

Cámara que no poseyese veteranía y su recompensa, la presidencia de un comité. Mientras tanto, circulaba, y esperaba, y trataba de ganarse la confianza del presidente.

—¡Me alegro de verte, Clay!

El presidente estaba rosado de excitación; bajo la cegadora luz de las cámaras de filmación, su fino cabello gris relucía como si fuera de metal, mientras sus gafas magnificaban enormemente sus ojos pequeños y astutos.

—¡Me alegro de verle *a usted*, presidente! —dijo, sacudiendo calurosamente la mano del líder de su partido—. ¿Ha recibido la carta que le escribí, señor…?

Pero el risueño presidente había sido arrancado de allí por su anfitrión, el gobernador. Aquello era exactamente lo justo para un congresista con dos mandatos en su haber, pensó Clay irritado: un minuto con el soberano y una fotografía para enviar lo antes posible al estado correspondiente.

—¡Es tan… sexy! —exclamó Elizabeth, encantada de haber estrechado la mano del presidente.

—¿Sexy? Dios mío, *estás* chalada. Es el presidente.

—Y eso es lo que he querido decir —dijo Elizabeth sin inmutarse y Clay se rió.

No había muchas chicas tan sinceras. La mayoría de veces se divertía con Elizabeth. Su relación había empezado, ridículamente, en un ascensor atascado de un edificio de apartamentos nuevo. Desde entonces, se habían visto a menudo y si bien a ella le inquietaba su promiscuidad (con ella había sido razonablemente sincero), se cuidaba mucho de no parecer celosa. Mientras tanto, se le hizo útil, pues, a través de numerosos Shattuck y Watresses, parecía conocer a todo el mundo del exterior, es decir, de Nueva York.

El fin de semana del día del Trabajo, habían ido en coche hasta Southampton, donde se habían instalado tres días en una casa antigua perteneciente a su tío Ogden Watress, y Clay había bebido *gin-tonic* (no bourbon con agua), jugado al tenis en una pista de

hierba (no de tierra) y almorzado diariamente en un club de mar con vistas sobre una piscina ovalada en donde el ruido producido por los niños albinos e intercambiables ahogaba todo intento de hablar de la bolsa (no de política). Elizabeth era una guía excelente, financiera («Oh, tiene que tener dinero, porque ella tiene y es demócrata») así como social («Gladys es su segunda esposa, lo que significa que Tony es medio hermano de Gene y que Gladys hija es hermana adoptiva»).

Como antropólogo en búsqueda de un vínculo entre él y otra raza, Clay estudió a los neoyorquinos, intentó analizar en qué aspecto eran distintos de los de Washington. Por un lado, hacían menos ruido. Eran discretos en sus relaciones; raramente pregonaban a los cuatro vientos su camaradería, auténtica o fingida. Lo que más le llamaba la atención era que no creían, ni siquiera fingían creer, que en el fondo del hombre corriente residía la sabiduría; y en Washington, no creer en la gente era una herejía. Al fin y al cabo, ¿no habían sido *ellos* los que habían enviado a padre, abuelo, tío a la capital? A pesar de la aristocrática sequedad de Millicent Smith Carhart, no había nada que le gustase más que contar cómo un plebeyo había expresado, a su extraña manera, una verdad absolutamente oscura a los que habían sido educados en caros colegios y habían llevado vidas fáciles. Pero en el Racquet Club, no se admiraba al hombre corriente; en el Knickerbocker Club apenas se mencionaba; en el Brook, era desconocido.

Pero aunque a Clay el desdeño por la gente que manifestaban los neoyorquinos le parecía en cierto modo alarmante (después de todo, su propia carrera dependía enteramente del sufragio de los sencillos), se divertía escuchando al tío Ogden (un genio de la banca, según Elizabeth) descartar con menosprecio al electorado que había impuesto el demoníaco Roosevelt y ahora el mediocre Traman a una república que «¿no lo ves?, su destino no era ser una democracia». No obstante, por mucho que se quejaran, Clay era consciente, y le molestaba, de que los neoyorquinos no se tomaban en serio a los políticos. Entre elecciones y elecciones incluso

consideraban a su hombre, Dewey, con desprecio, y el apoyo cuatrianual que le ofrecían era más el resultado del horror a la gente que una manifestación de entusiasmo por un candidato que tenía todas las de traicionar tarde o temprano al sagrado dinero de unos pocos por los votos profanos de la mayoría. Ya les habían timado en otras ocasiones. Afortunadamente, la publicidad de Clay lo hacía atractivo incluso a aquellos que normalmente hubiesen huido al acercarse un congresista del Oeste. Además, naturalmente, era genuinamente útil a cualquier persona que desease introducirse en el laberinto del Congreso en búsqueda del metal precioso. Y, por último, todos los hombres se sienten atraídos por alguien en ascenso. Y él estaba ascendiendo. ¿No se había detenido el presidente deliberadamente cuando avanzaba, para que los fotógrafos pudiesen dar fe de su aprobación al congresista Overbury?

—Desde luego, el viejo Harry no te ha concedido mucho tiempo, ¿eh, Clay?

En los oídos de Clay resonó una voz abrasiva y familiar. Pertenecía a Billy Thorne. Empapado de dulces Manhattans, masticaba el rabo de una cereza.

—Hola, Billy —dijo Clay, tratando de abrirse paso y dejarlo atrás.

—Señorita Watress, supongo que no se acordará de mí, pero nos conocimos…

—Creo que no —murmuró Elizabeth, como una flauta metálica.

Se agarró al brazo de Clay y le dio un útil empujón que, desafortunadamente, los empotró contra una mesa larga.

Pero, aunque estaban atrapados, Clay se negaba a mostrarse impaciente. En política hay que complacer a todo el mundo.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le preguntó, como si desease ardientemente saber la respuesta.

Elizabeth le apretó el brazo al parecer para darle apoyo moral, pero cuando la miró por el rabillo del ojo, vio que estaba enteramente absorta en la contemplación de la rechoncha figura del

risueño presidente, que agarraba las manos que se hallaban dentro de su círculo de luz.

—Espero trabajar para él —dijo Billy señalando al presidente.

—¿Cómo vas a poder?

Aquello fue brusco, pero no desprovisto de naturalidad.

—¿Por qué no?

—Tu…, bueno, tu pasado radical podría hacértelo difícil.

—Aquellos días han pasado. —Billy se sentía alegre soñando ya con el poder. Apoyando su peso en la pata de palo, se balanceaba de un lado a otro, como un metrónomo demencial—. Espero estar en la Casa Blanca después de fin de año.

—Bueno, esperemos que tu puesto de trabajo no precise la ratificación del Senado.

La malicia involuntaria es la que más hiere. Clay sintió haber hablado tan rudamente.

El metrónomo se paró con un clic.

—Afortunadamente, no tengo que depender de mi ex suegro. ¿Y tú?

—Blaise es un hombre de lo más útil —dijo Clay, acordándose de sonreír—. Nuestras relaciones son amistosas.

—Sí, *eso* todos lo sabemos.

El acento de Billy tuvo su efecto. Clay se preguntó, como hacía a menudo, lo que la gente diría realmente de él y Blaise. Antes de la guerra, los chismorreos de Washington versaban casi exclusivamente en adulterios. El tema era infinitamente entretenido y mientras los implicados guardaran las apariencias, no se censuraba mucho a nadie. Pero aunque las apariencias seguían guardándose con el celo de la época anterior a la guerra, particularmente en el caso de aquellos dedicados a la vida pública, el chismorreo privado se había convertido en algo singularmente brutal. La guerra, el análisis de Freud y las novelas populares habían revelado todo tipo de vicios recónditos e inimaginables. Nadie se libró, ni siquiera Millicent Smith Carhart, cuya larga amistad con Lucy Shattuck era ahora motivo de sospecha y había mucha polémica en cuanto a si sí o si no, y si sí,

¿qué hacían? En todo caso, se daba por sentado que uno era exactamente lo contrario de lo que aparentaba.

—Oh, ¡Clay, Clay! —Irene Bloch lo atrapó con sus manos de largos dedos—. ¡Es sencillamente horroroso!

Irene se volvió hacia Elizabeth, que dio un paso atrás, asustada: ¡*ella* sí que era horrorosa!

Luego la mirada de Irene captó y rápidamente soltó la imagen de Billy Thorne. El no importaba. Con una mano se aferró a Clay al tiempo que con la otra atrajo a Elizabeth hacia sí.

—Lo acabo de oír por la radio, en el coche. Ahora mismo, viniendo aquí. ¿Qué ha ocurrido realmente? Ya sabéis cómo son en la radio, sólo la noticia, sin detalles. ¡*Mais quel désastre*!

—¿*Qué* ha oído en la radio? —preguntó Clay cauteloso.

Al oír la pregunta, los ojos de Irene se abrieron más; luego se acercó a Elizabeth todavía más. En épocas de crisis, así comparten sus penas las mujeres de la tribu.

—¿No lo sabéis? —Pronunciaba cada palabra con asombro y deleite—. ¿De veras *no* lo habéis oído? —Miró primero a uno, luego a la otra, encantada de ser la mensajera del destino—. Eso explica por qué estáis aquí, en una fiesta. Naturalmente, me extrañaba.

Clay notó que le ardía la cara. De pronto se sentía mareado. Ahora se lo dirían.

—Ha muerto —dijo Irene Bloch. De repente, las lágrimas surcaban sus mejillas de un blanco ceniciento—. ¡Enid ha muerto!

★ 4 ★

—Sé que el error fue mío y no eludiré la responsabilidad.

Tres veces en el transcurso de una hora había pronunciado el doctor Paulus esta frase, y cada vez la palabra eludiré se convertía en «eluridé», con el consiguiente fastidio de Peter. Ensimismado en este tipo de detalles, consiguió no comprender «este asunto tremendamente trágico», también en palabras del doctor Paulus.

Se habían reunido en la biblioteca. Aunque el día era frío, la chimenea estaba apagada. Sobre el oscuro revestimiento de madera, el retrato de Aaron Burr, con el ojo izquierdo recientemente restaurado, representaba a Enid en aquella conferencia.

Como había sido el doctor Paulus el que había llevado la noticia, estaba sentado en el sillón de Blaise. Frederika era un enigma, vestida con un llamativo traje de *tweed*, antítesis del luto. Blaise estaba sentado en el banco de delante de la chimenea, con la barbilla sobre los puños. Clay miraba por la ventana, con los ojos fijos en una hilera de abetos dispuestos como peones al inicio de una partida de ajedrez. Peter los observaba a todos desde un sillón de piel al lado de la puerta.

El doctor Paulus explicó la historia. De vez en cuando, se tocaba los labios con un pañuelo, lo cual era casi ofensivo pues los tenía secos mientras que las mejillas le brillaban de sudor.

—No sé cómo me olvidé. Nunca me olvido. Por lo menos nunca antes de que sucediese, ni una sola vez en todos los años que llevo en la residencia. Pero esta vez me olvidé. Dejé las llaves puestas en el coche. Supongo que no es excusa decir que me hallaba sometido a una gran tensión, de tipo administrativo, no psicológica —añadió, recuperando brevemente su antigua y mojigata autoridad, recordándose a sí mismo quién había sido por la mañana y volvería a ser de nuevo una vez que huyese de Laurel House y de su salvaje señor.

—Fue a las doce, sólo treinta minutos…, meramente una media hora antes de servir el almuerzo.

Peter se retorcía al oír la palabra al tiempo que se preguntaba en qué debía de haber consistido el «almuerzo».

—Había estado arriba con mi mujer hasta poco antes de las once, hablando de arte…, que era su tema favorito cuando estaban juntas; mi esposa se licenció en arte en Louisiana y le gustaban mucho los cuadros de la señora Overbury. Las dos muchachas eran muy amigas. Bueno, pues estaban juntas en el «atelier» —a todos les costó un momento descifrar la palabra aa-tell-iee— hasta casi las

once, momento en que la señora Overbury dijo que le gustaría tumbarse un rato antes del almuerzo y la señora Paulus dijo: «Naturalmente, querida», y la dejó en el «atelier». Bueno, según podemos reconstruir la historia, la señora Overbury fue entonces a su habitación, donde recogió unos cuantos efectos personales y los envolvió en un lienzo de los que utilizaba para pintar. No está permitido tener maletas en las habitaciones, por razones obvias. Luego, sobre las doce, salió y se dirigió a mi automóvil…

—¿No tienen guardas? ¿No hay nadie que vigile quién va allí?

La voz de Blaise parecía irritada aunque por su expresión Peter se daba cuenta de que fingía.

—Como usted bien sabe, señor Sanford, *no* tenemos guardas en el sentido de cárcel porque nuestros pacientes sean violentos y deseen escaparse…, no lo son y no lo desean, y se les somete a estudio con anterioridad precisamente por esto. Perturbados sí lo son, naturalmente, e incluso capaces de pequeñas… erupciones, pero no violentas. Así que no somos ninguna cárcel, aunque algunos preferirían que lo fuésemos.

Bien por Paulus. Peter se volvió para mirar a su padre, que se puso tenso, empezó a responder y luego bruscamente se cubrió la boca y la barbilla con los dos puños. En cuanto a Clay, ahora observaba al doctor con expresión complacida. Peter no podía ni empezar a adivinar qué es lo que Clay sentía. Había llegado el último, diciendo que estaba en una reunión cuando se enteró de la noticia. Durante los primeros minutos se había mostrado nervioso. Pero el estado de ánimo de los demás era contagioso: ahora estaba pasivo y aparentemente sereno. La pena no había empezado; en pleno efecto del shock, eran todos como dioses, supervisando la muerte de un héroe desde alguna altura azotada por el viento, bajo los cielos.

—Pero tenemos enfermeras y otras personas que están de servicio permanente y, en cierto modo, nuestros pacientes se hallan siempre bajo lo que podría llamarse vigilancia. Pero ese mediodía en particular —frunció el entrecejo y se aclaró la boca. A Peter le

pareció oír un sonido rasposo, como el encuentro de dos texturas abrasivas— sucedió que la señora Paulus estaba en la otra ala del edificio nuevo y mientras yo me ocupaba de un asunto administrativo de cierta complejidad, fue entonces cuando la señora Overbury subió a mi coche y se marchó.

Clay se puso en guardia de pronto.

—Si nunca dejaba las llaves puestas, ¿cómo sabía ella que esta vez las dejaría y se hizo el equipaje por adelantado?

—Bueno, mire, congresista… —mientras el doctor Paulus pronunciaba el título con toda ostentación, la cadencia sureña de su voz evocó una visión de los antiguos Congresos, el escudo tradicional de su gente contra el Norte hostil—. He estado pensando sobre este extremo y lo he discutido ampliamente con mi mujer y otras personas y me he enterado de que últimamente la señora Overbury había adoptado la costumbre de salir a pasear antes del mediodía por delante del edificio principal donde dejo mi coche y, mirando atrás, parece claro que efectivamente estaba esperando la oportunidad de que yo me dejara las llaves puestas sin darme cuenta.

—Pero ¿y *hoy*?

La voz de Clay, inesperadamente dura, borró todo recuerdo de los antiguos Congresos. Él era el nuevo orden, impaciente y preciso. Su voz, había notado Peter, adoptaba un acento marcadamente del Oeste cuando hablaba de su estado o discutía asuntos de la Cámara, como si cambiando de acento pretendiese recordarse a sí mismo y a los demás que era, de hecho, lo que era por título: representante.

Clay puso al doctor Paulus a prueba. Era un inquisidor inflexible así como marido afligido. Pero, por supuesto, no había en él ni rastro de aflicción, pensó Peter amargamente. En la indefinida luz otoñal, el cabello de Clay parecía gris, no rubio, y de pronto Peter lo vio como sería al cabo de veinte años, con un rostro firme y verosímil, el presidente. No era imposible. Pero de momento: ¿no podría Enid haber visto las llaves *antes* de irse a la habitación a recoger sus cosas? Bueno, señor, sí. Tal vez, señor. Eso fue lo máximo que el

presidente del comité pudo arrancar del evasivo testigo, pero fue suficiente para justificar el alarde de armas del inquisidor. El resto del testimonio se sucedió con toda facilidad.

—Llegó a la carretera principal poco antes de la una. Debió de ir bastante deprisa porque se hallaba bastante al sur de Richmond cuando sucedió.

Cuando sucedió. Peter vio la carretera. Vio la curva cerrada entre elevados pinos. El sol relucía, brillante y frío; podía sentir el olor de los pinos. Justo detrás de la curva de la carretera, había un cruce invisible a los viajeros procedentes del norte y absolutamente carente de interés para esta viajera del norte que sólo deseaba llegar a la frontera mejicana lo antes posible. Peter observó, impotente, un viejo camión con dos vacas entrando lentamente en la carretera procedente de una carretera lateral surcada de roderas. No había nadie a la vista cuando el granjero empezó a girar para colocarse en el carril derecho. Entonces Enid salió de la curva, a ciento treinta kilómetros por hora.

Ahora interrumpe la historia, se dijo Peter. Empieza a corregirla. Enid se aparta bruscamente hacia el carril izquierdo, está a salvo, no se empotra con un ruido horripilante en la parte trasera del camión, que saltó en pedazos, segando también su vida.

—El conductor…, un granjero…, sufrió conmoción, pero ahora está consciente y se pondrá bien. Las dos vacas murieron y la parte perjudicada deberá ser indemnizada por la pérdida de lo que constituía la cantidad total de su capital circulante. Naturalmente, he dado instrucciones a los abogados de que examinen con lupa la cláusula de responsabilidad…

Frederika interrumpió por primera vez:

—¿Había bebido?

El doctor Paulus se concedió un momento para responder. De la barbilla le colgaba una gota de sudor, como una lágrima. Luego asintió con la cabeza.

—El nivel de alcohol en la orina era del dieciocho por ciento. Debió de pararse en algún sitio por el camino y…

Ahora nada importa ya, pensó Peter. Cerró los ojos; los párpados tan secos como los labios del doctor Paulus. Una y otra vez, no dejaba de repetirse la frase «más vale así» y sabía que resonaría constantemente en las semanas que estaban por venir. Pero no valía más así, pensó ferozmente abriendo los ojos. La habían asesinado, justo lo que pretendían. Se volvió a Clay y se dio cuenta de que éste lo estaba observando; sus ojos azules, muy abiertos y claros, perspicaces. Los dos supieron lo que pensaba el otro. Más *valía* así.

Los Sanford y Clay se sentaron en la primera fila de la iglesia abarrotada de gente. En la calle, la muchedumbre se había congregado, desconocidos atraídos, si no por la tragedia, al menos por el escándalo en potencia. Dentro de la iglesia, aunque se hallaban presentes todos los magnates para consolar a Blaise, no había muchos amigos de Enid, aquellos chicos y chicas brillantes de antes de la guerra que habían bailado en Chevy Chase, habían ido a cazar cerca de Warrenton, a bañarse a la playa de Rehobeth, y se habían emborrachado en Middleburg; doradas compañías cada uno de cuyos movimientos eran subrayados, al menos en el recuerdo de Peter, por la música popular. Espléndidos jóvenes en trajes de dril blanco hacían el amor a radiantes chicas con vestidos de flores durante una época que les había parecido un verano eterno; después, el manto rojo había caído y la guerra se había llevado a algunos, mientras los que habían sobrevivido cambiaban, se casaban, envejecían y la música que había sonado sin cesar se detenía, y para Enid todo había terminado allí.

Se levantaron y cantaron. «Nuestro Dios es fortaleza poderosa». Peter se unió a los cantos, cualquier cosa para apartar su mirada del ataúd e imaginar lo que contenía. Mejor contemplar a los vivos que meditaban sobre los muertos. Elizabeth Watress estaba sentada entre Millicent Smith Carhart y su madre. Las tres damas, todas de negro, parecían las Nornas sentadas en primera fila al otro lado de los Sanford. Elizabeth miró una vez a Clay, pero él no respondió;

estaba sentado con los ojos bajos, como un buen chico al que le han dicho que no tiene que moverse en público. A su lado estaba su hija, fascinada por el espectáculo. De vez en cuando alzaba los ojos curiosos hacia su abuela, que lloraba sin rechistar detrás de un velo negro. A Blaise, indefinido y ajeno, se le cayó dos veces el libro de cantos y Clay se lo recogió cada vez.

El sacerdote pronunció el nombre de Enid, y Peter se sorprendió a sí mismo con los ojos fijos en el ataúd. Pero en realidad, la tapa es una puerta, se dijo a sí mismo; lentamente, como un idiota, se repitió la idea una y otra vez. Una puerta. Una puerta. Ahora abre la puerta, la pesada puerta de metal. *Te he encontrado, Enid, vamos, sal. ¿Por qué? Aquí nunca nos encontrarán. ¿Y el juego qué? A la porra el juego. No hay aire. Nos ahogaremos. Estás amarilla, ¿verdad? De todos modos, está vacío, gracias a Dios. ¿Te acuerdas de aquellos pavos salvajes que trajeron de Aiken? ¡Y cada vez que comías un bocado se te llenaba la boca de perdigones! Vamos, lo deseas, ¿no?* Se oyó un portazo y un fuerte ruido de aire comprimido y expulsado. El coche chocó contra el camión.

—«Señor, que conozca mi fin y el número de mis días; que pueda certificar cuánto tiempo he de vivir. Mira, tú has hecho mis días duraderos, y mi edad no es nada con respecto a ti; y todos y cada uno de los hombres vivos no son más que vanidad».

Fuera de la iglesia, la plaza Lafayette estaba cubierta de limusinas negras. El ataúd estaba ya en el coche fúnebre cuando Peter salió a la luz del día y vio a Diana, quien dijo:

—Es horrible, ¿no?

A lo que no hubo más respuesta que:

—Sí, lo es.

Cielo sin sol; hierba marrón; árboles sin hojas y sin pájaros. Un viento frío circulaba entre los componentes del cortejo. Pero Peter se hallaba más allá de darse cuenta del día que hacía o de la compañía, porque en la parte interior de los ojos había empezado a sentir dolor y en su pecho algo sórdido y escandaloso exigía ser expresado. Luego, cuando el ataúd descendió al hoyo recién cavado, perdió de

vista el mundo; le escocían los ojos con la sal. Afortunadamente, el oficio funerario fue pronunciado en una voz tan deliberadamente hermosa que Peter pudo ahogar fácilmente el grito animal que llevaba dentro.

—«Crece y es cortado como una flor; vuela como una sombra y nunca permanece en el mismo sitio».

Cuando todo terminó, no deseando hablar con nadie ni ser contemplado, Peter se salió del cortejo y se precipitó al coche, donde le esperaba de pie un hombre que nunca había visto.

—Soy Al Hartshorne. —Peter dejó que le estrechara la mano. El hombre era de baja estatura, podía pasar inadvertido. Abogado, le dijo a Peter; amigo de Enid—. De hecho, le iba a gestionar el divorcio.

—Sí, recuerdo que me dijo algo al respecto… sobre usted.

Peter deseó que los otros vinieran pronto y lo rescataran de una conversación que no deseaba. Pero el cortejo fúnebre estaba a cierta distancia, avanzando lentamente por entre las cruces de piedra y los ángeles de mármol, una oscura y dispersa comparsa.

—Pobre chiquilla. Tuvo la suerte más perra. Cuando la encerraron de aquella forma, me dijo que eras el único que la había apoyado, el único.

—Bueno, se ha acabado.

Peter deseaba ser grosero y lo consiguió.

El abogado lo miró algo sorprendido.

—Pues yo no creo que se haya acabado. Ese marido suyo todavía está vivo.

La inesperada ferocidad de un hombre de quien pensaba que no le diría más que lo de rigor y se marcharía decentemente le sacudió hasta hacerle consciente.

—Claro que sigue vivo.

A media distancia, Clay parecía apoyar a Frederika, que no necesitaba apoyo alguno, pero ofrecían un cuadro conmovedor a los fotógrafos, que, como de costumbre, se hallaban presentes para levantar acta de todos los pasos del ascenso de Clay.

—¿Está sugiriéndome que lo matemos, por el bien de Enid?

Peter atacaba al abogado, como si fuera el enemigo.

—Bueno, admitirá que él la mató, encerrándola.

—No estaba solo —dijo Peter mirando a Blaise, que parecía estar dando detalladas instrucciones al ministro que había oficiado, sin duda haciendo gestiones para Enid en el paraíso episcopal.

—*Ella* pensaba que había sido idea de Clay y que el señor Sanford simplemente se apuntó.

—Le debió contar muchas cosas de nosotros.

Comentario irónico: no existía persona alguna a quien Enid no contase sus asuntos más íntimos. Debió de haber sido de lo más cándida con su abogado y posible salvador. Al parecer, la simple muerte no acabaría con sus travesuras.

—Creo que me siento en efecto como uno de la familia.

¿Qué le habría dicho? *De acuerdo. Cerraré la puerta. Hay mucho aire*.

—En cualquier caso, he preparado un expediente bastante grande sobre el congresista en cuestión.

Detrás de un gran monumento, Clay secaba las lágrimas a su hija. Extasiados, los fotógrafos apartaron a un lado al sacerdote, a Blaise, a Frederika. Aquello era lo que habían ido a ver. Peter miró para otro lado, incapaz de soportar el cuadro. Además, desde donde estaba él, la niña le había parecido de repente Enid, una Enid en miniatura que se sonaba detrás de un monumento a William Kay Rollins… cuya réplica existiría sin duda en algún lugar en aquel preciso instante, llena de vida y sonándose también. La semilla se perpetúa. ¿Y nosotros? ¿Sí o no? Si sí, qué monotonía. Si no, no.

—Hemos recogido un montón de pruebas que demuestran el adulterio. Distintas chicas, lo típico, pero un número bastante nutrido. Le gusta acostarse con dos a la vez. Mientras la una espera y mira en una cama, él está con la otra en la otra cama. Luego, cuando ha terminado…

—La lujuria nunca le ha hecho perder votos a nadie.

—Estoy seguro de que sí —dijo el abogado con voz amable—. Pero descubrí algo realmente interesante.

—No me hable de la historia de mi padre y Clay.

Peter se irritaba sólo de pensarlo.

—No, no tiene nada que ver con eso. Siempre le dije a Enid que en ese tema se pasaba un poco de la raya.

—Enid era una maldita idiota —dijo Peter, quedándose pasmado.

—En cierto modo. —El tono era agradable—. Pero la queríamos, ¿verdad?

La pregunta exigía una respuesta.

Peter esquivó aquellos ojos brillantes y pequeños, tan parecidos a los del osito de peluche con el que había dormido casi toda su infancia hasta que un día Enid, para fastidiarle, se lo había tirado al río.

—Sí, la queríamos. ¿Qué me decía de Clay?

—He estado en contacto con un hombre que estuvo con Clay en Filipinas. De hecho, estaba presente cuando sucedió todo el asunto heroico.

Peter adivinó lo siguiente.

—¿Y su amigo dice que Clay no fue un héroe?

El abogado asintió con la cabeza.

—No me lo creo. Debe de haber un centenar de testigos de cuando Clay sacó a aquel hombre del hangar en llamas.

—El hombre estaba muerto cuando los médicos lo atendieron.

—Aun así, Clay podía haber hecho lo que hizo. En cualquier caso, no puede probar que no lo hiciese.

—Pues sí que puedo. Mira, Clay no estaba en el aeródromo cuando ocurrió todo eso.

De la mano de su hija, Clay se acercaba al coche. Mirando a su enemigo, Peter se negó a aceptar que no era un héroe. Para dar sentido a su lucha, Clay tenía que ser grande y por lo tanto peligroso para la república.

Peter pidió pruebas. De conformidad con todos los despachos, Clay había estado al frente del ataque al aeródromo.

—Dirigió el ataque en el sentido de que era el oficial en jefe. Sí, pero en realidad no participó para nada en la acción porque aquella mañana se había cortado el pie…

—¿Se había cortado el pie? Por el amor de Dios, ¡dígame algo mejor que eso!

—Sólo te estoy diciendo lo que me dijo un amigo mío que conoce al doctor que le cuidaba el pie mientras el ataque se estaba produciendo.

—Entonces, ¿cómo le iban a condecorar si no estaba allí?

—*Estuvo* allí justo al final. Y, desde luego, fue su unidad la que llevó a cabo la lucha.

—Entonces, si estuvo allí al final, pudo haber sacado en brazos a aquel hombre del hangar en llamas —dijo Peter impaciente—. A fin de cuentas, si fue condecorado, tiene que haber habido al menos un testigo.

—Sí, hubo un testigo. Pero sólo uno —sonrió el abogado—. Harold Griffiths.

Misterio resuelto. Tenía que haber adivinado la verdad desde el principio.

—¿Cómo consiguieron hacerlo? Todo el mundo debía saber que la historia era falsa.

—Nadie lo sabía con seguridad excepto el doctor. En medio de la confusión, Clay *podría* haber hecho lo que el señor Griffiths contó. Además, Clay era un oficial popular. Nadie puso peros a que le concediesen la medalla.

—Excepto el doctor en cuestión.

—Él no le pone peros a nadie. De hecho, se había olvidado de todo el asunto hasta que llevó a sus hijos al cine a ver la película que han hecho sobre Clay y, naturalmente, se acordaba de todo y le pareció un chiste, y se lo dijo a mi amigo, quien me lo dijo a mí.

Clay se hallaba ahora a una distancia desde la cual podía oír. El viento frío les trajo su voz.

—Ahora mismo iremos a casa, cielo. No llores. Así, buena chica.

A continuación, se hallaba detrás de ellos.

El abogado dijo con desenvoltura:

—Soy Al Hartshorne, congresista. He venido a testimoniarle mis últimos respetos.

—Gracias —dijo Clay, metiendo a la niña en el coche—. Le recuerdo muy bien —dijo con una voz tal vez demasiado neutra. Se volvió a Peter—: Será mejor que ayudes a tu madre.

Peter le obedeció. Parecía que era lo que había que hacer.

Ocho

★ 1 ★

—Tengo que hacer una declaración.

—¿Podría empezar otra vez, congresista? Y retroceda…, así. Tenía una sombra en la cara. Más a la izquierda. Así está bien.

La sala Caucus del gran edificio de oficinas Old House estaba llena de lo que, al parecer, constituía la mayor parte del cuerpo de prensa de Washington. Estaban de buen humor. Incluso habían aplaudido cuando entró Clay, tributo poco corriente por parte de los periodistas, totalmente indiferentes a políticos de segundo orden en ascenso. Pero Clay era un favorito. Por una parte, los escritores faltos de dinero podían estar razonablemente seguros de que el equipo de relaciones públicas de Blaise encontraría mercado para casi todos los artículos que se escribieran sobre el joven congresista. Mejor todavía, la entrevista se realizaría en Laurel House, en compañía de muchachas hermosas y hombres famosos, fuera de servicio y complacientes, como osos en un parque nacional. La atmósfera dorada de Laurel House era especialmente atractiva para los periodistas de Washington, acostumbrados al deprimente entorno doméstico del legislador habitual. Ni los miembros ricos del Congreso vivían a la escala de los Sanford, con yates y aviones privados y todas las comodidades que da la abundancia de dinero. Los periodistas se quedaban abrumados, que era lo que se pretendía.

Blaise le confió un día a Clay que aunque había hombres en Washington a los que no se podía comprar ni por un millón de

dólares en efectivo, no había ninguno que pudiera resistirse a una semana de viaje en un yate en compañía de estrellas de cine. Raramente los agasajos de este tipo eran permanentes, puesto que la traición es la ocupación esencial hasta del oficinista más frívolo. Pero, con ciertas excepciones previsibles, la prensa apoyaba a Clay porque era una figura atractiva en una profesión que no se destacaba por el encanto de los que la ejercían; no había más que ver al magistrado del Tribunal Supremo, cuya empalagosa familiaridad no atraía siquiera al mítico electorado que lo había elegido, en gran parte porque el hombre desgarbado y con mostacho les gustaba aún menos de lo que ellos le gustaban a él. Clay, sin embargo, era joven, celebrado, con acceso al tipo de fortuna sin la cual ningún político puede obtener el premio; o así lo afirmaban determinados locutores siniestros, que consideraban a Truman como un accidente en una sociedad en la que pronto sólo los muy ricos o los sometidos a ellos se podrían permitir el lujo de jugar a rey del castillo.

Clay sabía que su destacada situación lo hacía automáticamente y a la larga candidato a la presidencia y le complacía y en cierto modo le sorprendía observar que la idea de su éxito futuro no suscitaba resentimiento, sin duda porque se hallaba muy lejos en el tiempo; otros lo precederían. Mientras tanto, la prensa lo mimaba, ignorando con mucho tacto el hecho de que, hasta la fecha, su actuación política no era alentadora. Pero los expertos sabían que para ascender, el político ambicioso debía procurar no hacer nada que de alguna forma pudiese causar inquietud o alarma. Hasta el momento, nadie se daba cuenta de que el insulso currículum de Clay era el resultado, no tanto de un temperamento poco entusiasta sino más bien de la convicción de que en aquel momento de la historia de la república, la gente sólo quería que le dejasen ver la televisión en paz y olvidar las agotadoras pruebas de la guerra reciente. Ofrecerles aventura en el estado de ánimo en que se hallaban habría resultado desastroso. Más adelante, si era preciso, podría haber rayos y relámpagos; y Clay confiaba plenamente en que cuando le

llegara la hora podría provocar la meteorología que requiriesen los brillantes días de su primacía.

Clay miró de frente a las luces cegadoras de la televisión, como adorador del sol seguro de la máxima bondad de su dios. Le agradaba comprobar que el día más importante de su carrera política no estaba nada nervioso. Hasta le divertían las luces que desvanecían la habitación, dándole la sensación de hallarse completamente solo, a excepción de la cámara de filmación y de los millones no asistentes en persona.

—Muy bien, congresista, vamos allá.

Clay miró al objetivo de la cámara y empezó a hablar. Se lo sabía de memoria. El texto era cauteloso y sincero, y no contenía nada que pudiese provocar alarma o alertar. No obstante, le pondría en marcha.

—Después de dedicarle muchas horas de reflexión… respuesta a los amigos… deseo de un mayor servicio… problemas que necesitan un nuevo enfoque… acción… futuro… Anuncio mi candidatura al Senado de Estados Unidos.

Ya estaba. Nadie se sorprendió. Todo el mundo sabía que tarde o temprano Clay se presentaría al Senado. El invierno anterior había hecho una gira por el estado sin poner los pies en su propio distrito. La prensa no necesitaba más pista que aquélla. Predijeron que aquél era el año en que Clay daría el paso, y no los defraudó.

Los focos se contrajeron inaugurando la oscuridad. Parpadeó y vio manos alzadas para atraer su atención.

—Congresista… Clay… Señor Overbury… Quisiera hacerle una pregunta… Señor…

Las voces se entremezclaban. Señaló a un brazo que se alzaba en el fondo de la sala. Como recompensa oyó una voz desconocida.

—Señor, suponiendo que resulte elegido al Senado…

—*Yo* no supongo nada.

Carcajadas amistosas. Iba enfocando poco a poco la sala. El brazo era de un desconocido. Aquello era mala suerte. Le habría gustado empezar con una pregunta preparada.

—Naturalmente, señor. Sea como fuere, si estuviese en el Senado, querría saber cuál sería su actitud frente a los rumores que corren respecto a las acusaciones hechas por parte del senador McCarthy en cuanto al número exacto de comunistas que se hallan actualmente empleados por el departamento de Estado.

Clay tenía varias respuestas preparadas, dependiendo de la forma en que le formulasen la pregunta. Empezó con cautela.

—Bien, para empezar, supongo que el próximo mes de noviembre esos rumores habrán desaparecido…

—Aun así, señor, ¿cuál es su postura *ahora*?

La voz de barítono de Clay superó a la del tenor; conocía todos los trucos para ahogar las voces de los demás sin que pareciese que alzaba la suya.

—… desaparecido y una vez esfumados, estoy seguro de que el comité Tydings, con toda la ayuda que está recibiendo del FBI, podrá determinar exactamente quién es comunista y quién no y después el Ejecutivo actuará en consecuencia.

Clay miró fijamente a una mujer con un sombrero enorme para reconocerla, pero la implacable voz de tenor se elevó de nuevo.

—Todo eso está muy bien, congresista, pero creo que como candidato al Senado, debería manifestar con toda claridad su posición respecto de lo que piensa de la cruzada del senador McCarthy para liberar al Ejecutivo de los muchos comunistas que han arraigado allí durante los últimos veinte años…

Murmullo descortés de los periodistas liberales, pero Clay se negó a halagarlos. Un pequeño resbalón hablando y todo el estado le calificaría de blando con los comunistas o cosas peores. El tema estaba candente.

—Me temo que yo desconozco personalmente cuántos comunistas hay en el Ejecutivo del gobierno. Pero si hay alguno, tengo la certeza de que serán arrancados de raíz.

—Pero ¿cómo los cogerán, a menos que los senadores demócratas como usted se enfrenten al presidente y demás simpatizantes y *exijan* que se entreguen al senador McCarthy los

archivos de la Casa Blanca que contienen los nombres de miles de comunistas…?

El tenor pasó de pronto al falsete. Desde el fondo de la habitación se oyeron risas burlonas.

Clay sonrió, fuera del apuro. Habló con suavidad.

—Sinceramente, no puedo ver al presidente como un simpatizante comunista. —Risas nerviosas—. Pero si el viejo Harry viene en mi dirección, pues bien, como demócrata, estoy totalmente dispuesto a llevarlo en mi coche.

Se oyó un aplauso ante aquella necesaria devoción.

Rápidamente, Clay reconoció el brazo más cercano, dándose cuenta demasiado tarde de que pertenecía a Sam Biermann, amigo y aliado de Burden.

—Bien, congresista —dijo lentamente y con tono empalagosamente familiar. Clay se preparó para la lucha—. Se publicó que había dicho que no se presentaría al Senado por lo menos hasta 1952, porque antes quería adquirir, dijo…, tengo aquí mismo la cita exacta…, «el máximo de experiencia en la Cámara de Representantes…».

—Sí, Sam, eso es lo que dije. Pero ¿cómo iba a saber que tendría el máximo de experiencia dos años antes de lo previsto?

Todo el mundo se rió, mientras Clay mantenía el semblante impasible del comediante.

Sam pasó por alto la ocurrencia.

—También dijo, lo tengo aquí, en la entrevista… que nunca (ahora leo al pie de la letra) «en ninguna circunstancia me plantearía el enfrentarme al senador Day en unas elecciones primarias porque lo considero no sólo mi amigo político más íntimo, sino también lo que podría decirse un padre, el hombre que me trajo a Washington por primera vez».

De pronto estornudó un hombre. El efecto fue cómico, pero pasó inadvertido en el expectante silencio. Todo el mundo estaba pendiente de la respuesta a aquella pregunta.

Clay se tomó su tiempo para responder. Cuando finalmente habló, se cuidó mucho de dar la sensación de ser un hombre preocupado, pero con la razón de su parte.

—Lo que dije entonces, lo repito ahora. Considero al senador Day como uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida y si no hubiese sido por él, yo no podría haber llegado nunca aquí. Todo eso es verdad. También es verdad que nunca sería su rival por nada del mundo. —Clay hizo una pausa; luego se aventuró—: No voy a hablar de él. Pero diré lo siguiente: Aunque el senador no me ha dicho *personalmente* sus planes, otras personas me han asegurado que después de treinta y seis años en el Senado de Estados Unidos, Burden Day *no* volverá a presentarse de nuevo este año. —Una explosión de comentarios alborotados obligó a Clay a alzar la voz para que se le oyese—. Repito: ¡Me he presentado a esta carrera con la firme convicción de que James Burden Day *no* será un candidato para la reelección!

Los brazos se agitaban. Se oyó a voces el nombre de Clay. Señaló a Harold Griffiths.

—¡Congresista!

La voz de Harold Griffiths era clara y orgullosa. La sala se fue apaciguando. Aunque Harold era el blanco de muchos chistes en la ciudad de Washington, nadie podía negar la popularidad de su columna, en la que el declive de Occidente se comentaba diariamente y se lamentaba debidamente. No había casi ningún día en que la libertad no estuviese a punto de perderse irrevocablemente a manos del Anticristo. Para Harold, el Apocalipsis era siempre inminente y Estados Unidos nunca estaba bastante preparado para luchar por el Señor; los ejércitos americanos, antaño magníficos, ahora dispersados hacía tiempo por los políticos que habían sido embaucados por hipócritas liberales, arrullados por Eleanor Roosevelt, engañados por los jefes de estado mayor que traicionaban sistemáticamente al hombre luchador americano, cambiando esa maravillosa creación de carne suave y sangre caliente por armas complejas y sofisticadas, como si una mera

máquina pudiese sustituir a un brazo bien musculado. Harold estaba de lo más feliz; la visión de una tierra destrozada informaba de agonía a una sintaxis de una confusión tan confiada que Peter Sanford había creado una nueva palabra para definir la prosa profusamente apelmazada de Harold, «barrococo».

—Creo que la mayoría de nosotros está de acuerdo en que usted sería una estupenda novedad en la Cámara Alta. Necesitamos sangre joven en posiciones de poder. Pero, señor, suponiendo que le designen el mes que viene y le elijan el próximo otoño, ¿cuál será su postura respecto a los gastos militares, a la luz de su propia experiencia militar, y galardonado con la Cruz a Servicios Distinguidos, teniendo además en cuenta la actual amenaza soviética en Europa, especialmente en Berlín…?

Harold despistó hasta que el primer impacto de la declaración de Clay quedó algo amortiguado.

La respuesta de Clay a Harold fue casi tan larga y ceremoniosa como la pregunta. Siguieron más preguntas. Parecía que lo peor había pasado, hasta que una voz aguda dijo:

—Díganos, congresista, ¿por qué está usted tan seguro de que el senador Day *no* se presentará para su posible reelección?

En el fondo de la sala, Peter Sanford estaba de pie, panzudo, pero de carnes firmes, una presencia enorme y, para Clay, enteramente misteriosa. Eran enemigos, desde luego. La muerte de Enid lo había conseguido. No obstante, siempre que se encontraban en sociedad, Peter se mostraba agradable y Clay todavía no había sido víctima de una de sus frases cortantes por las que su cuñado se estaba haciendo famoso: decía de forma brusca y feroz lo indecible. Hasta *La Idea Americana* había tratado cortésmente a Clay en la medida en que apenas lo mencionaba. Pero, a pesar de todos los signos externos de cordialidad, estaba claro que Peter lo odiaba; aquello le daba cierto consuelo a Clay, puesto que, en el terreno político, si no en la vida, el hombre que odia se halla, invariablemente, en situación de desventaja. A lo largo de los años, Clay se había disciplinado para no odiar a nadie, con bastante éxito.

—Hola, Peter —dijo Clay informalmente—. Mi cuñado.

Risas incómodas por parte de aquellos que sabían que no eran amigos. Asustado, Harold Griffiths retrocedió contra la pared, como para protegerse de posibles disparos.

—Preguntaba —dijo Peter—, ¿qué es lo que te hace estar tan seguro de que el senador…?

—Mira, Peter, ya sabes que no puedo divulgar las fuentes, lo mismo que te sucede a ti o a cualquier otro periodista. ¿No he dicho que no me correspondía hablar por Burden Day? No obstante, el hecho de que me presente, ¿no es una prueba de que él no es candidato?

Aquello fue un error. Uno nunca debe formular en forma de pregunta el argumento más débil.

Clay continuaba, pero Peter fue más rápido que él y dijo.

—No, no lo es. Lo único que prueba es que *tú* te presentas…

—Pero nunca sería su oponente.

—Pero suponte… —dijo Peter alzando la voz, y Clay dejó que le ahogara la propia. No le quedaba más remedio que asumir el papel de víctima y ganarse la compasión—. Supón que tu información era errónea. Suponte que el senador *se presenta*. ¿Qué harás entonces?

La sala quedó en silencio. El riesgo era grande. Clay lo corrió.

—El senador no se presentará para su reelección. Pero —Clay hizo una pausa. Tiró los dados—, si se presenta, naturalmente me retiraré de la carrera. Damas y caballeros, gracias.

Rápidamente Clay se dirigió a la puerta. Ganase o perdiese, saldría en todas las portadas. El cuerpo de prensa abandonaba la sala tan precipitadamente como él.

—Pero, ¿cómo nos salimos de ésta? —dijo Blaise enloquecido—. Burden *se presenta* otra vez. Ya lo sabes. Todo el mundo lo sabe.

Clay lo ignoró; habló al aparato.

—Mire, esto es importante. Tiene que encontrar al senador. Sí, ya sé que tiene instrucciones. Muy bien. Vuelva a llamarle. Estoy en la

oficina del señor Sanford.

Clay colgó y contestó a Blaise.

—Yo me ocuparé de él. No te preocupes.

—¿*Cómo* vas a ocuparte de él?

Pero Clay dio la espalda a la cólera de Blaise y miró por la ventana a la Novena Avenida, sórdida a plena luz del día.

La voz de Blaise prosiguió.

—Fue una buena táctica decir que *seguramente* no se presentaría, sugiriendo que está enfermo y viejo, pero decir que estás dispuesto a hacerte a un lado si se presenta cuando sabes perfectamente bien que…

—Peter estaba allí. —Mientras Clay hablaba, una muchacha muy pintada detuvo a dos marineros fuera del Old Dominion Bar and Grill —. Él me aguijoneó. Hizo la pregunta que yo tenía que responder. Está intentado ponernos las cosas difíciles, ¿no? —Clay contempló el reflejo de Blaise en la ventana. Blaise agarraba los brazos del sillón, como un hombre que se ve venir la fresadora del dentista o un accidente aéreo—. Supongo que no puedes hacer nada.

Afirmación, no pregunta.

—No —dijo Blaise lacónico—. El hace lo que le da la gana.

—Ya veo.

Clay no presionó más. Era suficiente con haberlo explicado. Mientras tanto, la muchacha se fue con uno de los marineros mientras el otro entraba en el bar de donde Clay se había llevado una vez a una chica de Raleigh. Habían hecho el amor en el sofá de su oficina. No llevaba medias y no quería dinero. Al pensar en ella, deseó ser el marinero del bar, libre de irse con una chica y de hacer el amor y no tener que escuchar a Karl, su secretario, que acababa de entrar en la habitación, muy alarmado.

—Aquí está el último sondeo de opinión.

Clay agarró el documento. No compartía la aversión del político anticuado por la nueva ciencia de los sondeos. La temían porque si no eran delicados instrumentos humanos capaces de manera única de prever el ánimo de sus electores, no eran nada, y su curioso arte

perdía interés a medida que los estadistas utilizaban reglas de cálculo. Pero Clay sólo deseaba saber qué temas estaban candentes y cuáles no, preferiblemente antes de que cualquier otra persona lo supiese. Y por ello, en intervalos irregulares, la empresa de consultores de Blaise le informaba sobre el humor de sus electores; y él podía responder consecuentemente. Como resultado de ello, era el más popular de los miembros de la delegación de su estado en el Congreso, al menos hasta la fecha.

—¿Qué ocurre? —dijo Blaise al asistente—. ¿Ha bajado?

—Tres puntos —dijo Karl—. Pero no es ése el problema…

—Burden ha subido cinco —dijo Clay, golpeando la mesa de Blaise con el papel—. ¿Qué ha sucedido? —dijo volviéndose a Karl, como si fuera el responsable—. ¿Cuál es el análisis de la situación?

—Todavía no lo sabemos. Podría haber sido ese discurso que pronunció el lunes en la Sociedad de Historia del Estado. Fue retransmitido. Tuvo un gran impacto. Tengo una grabación si desea…

—Un miserable discurso no explica un salto como éste. ¿Qué está haciendo el viejo hijo de puta? ¿Dónde ha estado? ¿Con quién ha hablado?

—No lo sé exactamente…

—Pues deberías saberlo exactamente. Quiero decir, *nosotros* deberíamos saberlo exactamente.

Pocas veces Clay se salía de sus casillas con la gente que trabajaba para él. A lo sumo, los ignoraba, tratamiento que sabía que no afectaba a los que trabajaban con dedicación.

—Creo que lo que está ocurriendo es de tipo sentimental —dijo Karl, recuperando la estrujada encuesta—. Es senador desde antes de que naciésemos muchos de nosotros y ahora está dando la vuelta al estado, recordando a todo el mundo los buenos tiempos.

—Eso no sirve para nada —masculló Clay.

Más de la mitad del electorado no sabía que había habido una depresión en los años treinta, y un tercio no reconocía ni a uno solo de los senadores. La mayoría, no obstante, había oído hablar de

Clay. Aunque su película había fracasado en el país, Blaise se había ocupado de su promoción en el estado.

—El juez Hooey acaba de llamar para decir que Burden va a anunciar su candidatura sin duda alguna durante el fin de semana. Si lo hace…

—Me retiro. ¿Tienes un trabajo para mí, Blaise?

—No estoy seguro de que te queramos, después de esto.

Blaise estaba perplejo; estaba también enojado porque Clay no había confiado en él. Pero Clay no tenía ninguna intención de confiar en nadie. En momentos de crisis, prefería actuar por su cuenta.

Luego, lograron comunicar con la oficina del senador Day. Cuando Clay preguntó: «¿Dónde está?», una voz hostil (¿era Dolly Perrine?) dijo:

—El senador no. va a volver a la oficina. Pero cenará en su casa…

—Pero ¿dónde está *ahora*? En este preciso instante.

—Está en casa de la señora Carhart, pero…

★ 2 ★

¿No podían hablar de otra persona? Burden acomodó su hombro dolorido contra el lateral del sillón. Una fractura muy limpia, según el doctor que había escudriñado a Burden, que yacía boca arriba en la sala de rayos X del hospital al que le habían llevado en ambulancia desde el lugar del accidente, unas escaleras del lado del Capitolio en que se halla el Senado. Se había caído de lo alto de las escaleras hasta abajo, momento en que se le rompió un hueso del hombro con un chasquido que pudo oír a través de la carne. En su dolor, tuvo una súbita visión del hombre como un vegetal: ¿Acaso no eran los huesos como palos, y la savia, sangre? ¿Y qué se parecía más a una hoja en la naturaleza que una mano? Satisfecho con aquella bella percepción, se había desmayado al pie de las escaleras.

Cinco meses después de la limpísima fractura, seguía doliéndole. Pero no había nada que hacer. Una vez que empieza la época en que los frágiles huesos empiezan a astillarse, no finaliza hasta que, postrado en la cama a consecuencia de una caída, se sucumbe a esa expedita neumonía que llena de agua los pulmones, completando con un ahogo el famoso ciclo que empieza el día en que el útero rompe aguas. Mejor, decidió, colocarse una pistola en la cabeza y marcharse ardiendo, aunque entre el fuego y el agua, prefería los elementos más frescos.

Millicent Smith Carhart no acababa de decidirse respecto del senador Joseph McCarthy. Por un lado, estaba convencida de que en todos los niveles de la vida americana, los criptocomunistas actuaban (sólo había que ver cómo se comportaban los negros desde la guerra), y sin embargo:

—Es un hombre tan desagradable. Esa cara horrorosa, esa papada, esa voz.

—No te preocupes, no durará —la tranquilizó Burden.

—Pues claro que me preocupo. Y puede hacer tantísimo daño antes de desaparecer…

Sirvió el té. El vapor que salía de la tetera oscureció brevemente su rostro. Burden pensó en los oráculos. ¿Qué había dicho Cicerón? No podía recordarlo. Últimamente, siempre que empezaba a citar de memoria, las palabras no le venían en el orden correcto, y lo dejaban con el sentimiento de frustración de que una puerta de su cerebro estaba parcialmente cerrada.

—El senador Tydings acabará con él. Acuérdate cuando Joe dijo que ganaría o perdería el caso según Owen Lattimore fuera comunista o no. Bien, lo perdió, gracias al senador Tydings.

—Oh, yo creo que Lattimore *tiene que* ser comunista, ¿tú no?

—No hay pruebas de que lo sea.

—Sí, pero no hay ninguna de que no lo sea.

—Ahora hablas *tú* como Joe McCarthy.

Millicent frunció el entrecejo.

—Desde luego, sé que seguramente ha hecho daño a un montón de gente inocente, lo cual es terrible, pero al fin y al cabo, *hay* comunistas en el gobierno y están cambiando este país, y si puede decirnos quiénes son, bueno, tal vez valga la pena un poco de confusión.

—El presidente —dijo Burden, señalando el retrato de su tío— no habría estado de acuerdo contigo.

—No estoy tan segura. Sea como sea, aquéllos eran otros tiempos. Pero dime, ¿cómo es realmente? No me atrevo a invitarlo a casa.

—Apenas lo conozco, gracias a Dios.

La aversión de Burden por el demagogo no era sólo política, era física. No podía soportar la visión de aquel hombre. Sólo una vez había llegado a hablar con él. Cuando un periodista escribió que Burden podría presidir el subcomité que investigaría las acusaciones del senador de que el departamento de Estado estaba lleno de comunistas, McCarthy había ido a su despacho y delante del busto de Cicerón le había cogido a Burden por el hombro con su pesado brazo y había afirmado, con la sonrisa de un tigre, que aunque políticamente estaban en lados opuestos, ambos eran anticomunistas. «Al menos, *supongo* que usted lo es», añadió con una jovial amenaza. Sea como fuere, estaba convencido de que los hechos hablarían por sí mismos y, a propósito, «¿Ha visto últimamente a su ex yerno?».

Burden se apartó por completo del subcomité. Como se demostró, tendría suficientes problemas en las próximas elecciones sin que lo acusaran de comunista. En épocas normales, aquellas acusaciones hubiesen sido irrisorias. Pero los tiempos dejaron de ser normales cuando los soviéticos desarrollaron la bomba atómica. El hecho de que una sociedad tan primitiva pudiese, al parecer fácilmente, alcanzar la igualdad militar con el país de Dios sólo podía significar una cosa: la fórmula de la bomba había sido robada de Los Alamos y entregada al enemigo por traidores del más alto nivel… Fue entonces cuando, casi por accidente, un oscuro senador que

quería ser reelegido, descubrió que acusar a otro de traición era la forma más fácil de convertirse en un héroe a los ojos de muchos, un villano para algunos, centro de interés para todos.

Desde principios de año, Burden había recibido un número alarmante de cartas de sus partidarios insistiéndole en que se colocara abiertamente del lado de McCarthy en su ataque al departamento de Estado. A fin de cuentas, no era más que cuestión de tiempo que McCarthy se pusiese la soga al cuello por sí mismo; su lunática actuación ante el comité Tydings era prueba de ello. Al principio, el senador había dicho que había doscientos cinco comunistas en el departamento de Estado; luego dijo que eran cincuenta y siete; el viernes había dicho que ochenta y uno. Y siguió vagando entre las cifras, haciendo acusaciones tan disparatadas que era prácticamente imposible clasificarlas, mucho menos refutarlas. Si no hubiese sido por la proximidad de las primarias, Burden estaba convencido de que en algún momento habría hablado contra el demagogo. Pero de momento no era posible. No obstante, una vez reelegido, tendría todo el tiempo del mundo para acabar con aquel patán, palabra de finales de siglo por la que Burden sentía especial predilección.

—Pero si todo lo que dice es falso, ¿por qué no intenta pararle los pies alguno de los senadores?

De repente a Burden se le abrió la puerta del cerebro. Citó de memoria:

—«Aprendería que acusar y probar son dos cosas muy diferentes; y que los reproches no avalados por pruebas afectan únicamente al personaje que los formula».

—¿Quién dijo eso?

Pero en el momento en que ella hablaba, la puerta volvió a cerrarse ocultando un tesoro de toda la vida. Lo rescató del apuro una de las grises criadas que anunció que el congresista Overbury iba de camino a Dupont Circle para hablar con el senador, si la señora Carhart no tenía inconveniente. Concedido el permiso, la criada se marchó.

—¿Qué sucede? —preguntó Millicent.

Burden se encogió de hombros. El dolor del hombro apareció y desapareció.

—Clay acaba de anunciar que se presentará a las primarias el mes que viene si yo no vuelvo a presentarme.

—Pero tú vas a presentarte, ¿no? —dijo Millicent alarmada.

El aspecto más triste de ser un «permanente» en Washington era la brusca manera en que desaparecían los amigos, abandonados por los electores. Una vez ella le había dicho a Burden que cuando era joven le divertía el constante ir y venir, especialmente visto desde la Casa Blanca. Pero ahora que era vieja, no quería cambios de ninguna manera, incluyendo la muerte, a la que consideraba como el último electorado, que retiraba uno por uno y en orden caprichoso a sus hijos favoritos.

—Por supuesto que me presentaré. Y ganaré.

Pero Burden no estaba nada seguro de poder ganar a Clay, a pesar de la excelente reacción que había suscitado su discurso ante la Sociedad de Historia. De manera curiosa, a medida que su poder en Washington disminuía, aumentaba el afecto que sentían por él sus partidarios. Era como si se hubiesen dado cuenta de que él personalizaba el último vínculo superviviente con sus orígenes, incultos pero llenos de esperanza. Representaba, si no a ellos, a su pasado, y cuando él se marchase, ellos se verían completamente desamparados en un presente que los desconcertaba de una manera que el pasado, contemplado con sentimiento, no lo hacía. Oh, el viejo guerrero todavía tenía una o dos cuerdas en el arco, pensó con aires de grandeza, pero el esfuerzo de curvar el arco era enorme y su vista no era lo que había sido.

—Pero, ¿por qué diría Clay una cosa así?

—Pronto lo sabremos.

Al principio, Burden no creyó a la señora Blaine cuando le dijo las declaraciones de Clay. Le pidió que se lo repitiera textualmente. Entonces le dijo que localizase a su secretario fastidiándole lo que iba a ser un tranquilo fin de semana en el campo.

—Lucy lo desprecia, ¿sabes? —dijo ella.

Millicent se quedó mirando su taza pensativamente, lo que hizo pensar a Burden en…, ¿cómo se llamaba la que leía las cartas, los posos del te? «¡Salve, Burden Day, futuro rey!».

Él había dejado de ir cuando estuvo claro para todo el mundo salvo para las cartas que no sería presidente. La señora Foskett. Olor a col en el vestíbulo. La fiesta para el rey y la reina. El calor.

—Por causa de Elizabeth. Conoces a la hija de Lucy, ¿verdad?, y de Schuyler Watress.

Burden asintió, recordando bien una piel blanca, unos ojos oscuros y sesgados: ser joven como Clay, tener mujeres; nada más importaba.

—Mira, mientras Enid vivía, aunque encerrada, él salía con Elizabeth, pero a partir del momento en que Enid murió, la dejó.

—Tal vez tuvo remordimientos de conciencia.

Eso, naturalmente, era lo que la gente solía decir. Ahora, por supuesto, casi nadie fingía siquiera preocuparse por el bien y el mal. El hombre actual no conocía otro motivo que el interés, no admitía otro criterio que el éxito, no adoraba a otro dios que la ambición. Clay era de lo más adecuado para los tiempos que corrían.

—No sé lo que él sentía, pero Elizabeth estaba destrozada. Ahora está prometida, ¿sabes?, a un chico de Nueva York. Así que todo está bien, aunque Lucy dice…

Cómodamente, hablaron de Clay y de Elizabeth, de matrimonio y divorcio, del antiguo Washington y del nuevo. Hasta hablaron de Diana y Peter. Con delicadeza, Millicent no habló de matrimonio. Burden dijo que Peter le gustaba mucho. A Millicent le parecía mordaz y arrogante. Burden le dijo que aquello no era más que lo que estaba de moda. En aquellos días, los periodistas descalificaban a los que gobernaban con epítetos como excéntricos, bufones, tontos. Continuaban alegremente lo que había iniciado Mencken. Nadie se libraba de ser tratado con displicencia. La semana anterior, Harold Griffiths había calificado al presidente como a un hombre sin inteligencia, completamente dominado por el secretario de Estado,

un abogado diletante con un sastre pésimo. Este tipo de ataques eran infinitamente más mortales que los resonantes insultos partidistas de tiempos anteriores. Afortunadamente, pocos comunistas eran tan pomposos como Harold Griffiths o tan educadamente salvajes como la revista de Peter, que, paradójicamente, era leída casi exclusivamente por sus innumerables víctimas. No obstante, a Burden el éxito de *La Idea Americana* le complacía más que menos porque proporcionaba a Diana algo que hacer. Las relaciones de su hija con Peter eran para él un misterio. Hacía poco, cuando él le había sugerido que sentase la cabeza y tuviese hijos, ella le había dicho: «Pero, papá, no me gustan los niños». Apabullado por su candidez, estuvo a punto de confesarle que a él también le desagradaban. Pero, por supuesto, ella no le habría desagradado nunca, o casi nunca.

Luego, cogidos del brazo, el señor Carhart y Clay entraron en el polvoriento salón.

—Mira —dijo el señor Carhart—, el joven que he encontrado escondido en el vestíbulo.

—No es un joven cualquiera. Soy su primo, ¿recuerda?

No sin cierto encanto, Clay recordó una conexión genealógica que deleitó tanto al señor Carhart que estuvo a punto de llevarse a Clay al estudio para que echase un vistazo a lo que él denominaba «El Árbol», pero Millicent llamaba «El bosque de los vínculos desastrosos». Por cada soberano o personaje célebre descubierto entre la miríada de ramas, miles de ladrones y asesinos, judíos y musulmanes, florecían en abundancia en los extremos más alejados de una dinastía que, remontándose lo suficiente, incluiría necesariamente a toda la raza humana haciendo del señor Carhart, obsesionado con la buena cuna, un santo a disgusto para el cual todos los hombres eran, demostrablemente, primos.

—No aburras al señor Overbury, querido. Ha venido a hablar con Burden, no con nosotros.

Clay se mostró tímido.

—Es terriblemente maleducado por mi parte, presentarme así, sin que se me haya invitado…

—Nuestro primo Clay…, o más bien mi primo Clay…, siempre será bienvenido —dijo el señor Carhart mirando con afecto a Clay, como si ya lo tuviese colgado de una rama, con un recuadro alrededor de su nombre como una mandala[2]. Millicent se llevó a su marido hacia la puerta.

—Avisadnos cuando podamos volver.

A Burden le dolía el hombro. Se retorció contra los almohadones hasta que mitigó el dolor. Clay permaneció de pie debajo del retrato del presidente. Tenía un aspecto más enérgico y confiado de lo normal, pensó Burden, recordando su propio ser en su juventud y preguntándose qué habría sucedido si los dos jóvenes se hubiesen encontrado. ¿Cuál de ellos habría vencido?

—Supongo que se ha enterado de lo que dije en la conferencia de prensa. —Burden asintió. De momento, eligió escuchar—. Por cierto, la pregunta fue de Peter Sanford.

Burden asintió, divertido ante la idea de hijo y cuñado en feroz combate, con Blaise como campo de batalla. Entre aquellos dos, era difícil adivinar quién ganaría. Clay, por supuesto, ya había dominado a Blaise, pero seguramente Peter no consideraría aquello como una pérdida. Frunciendo el entrecejo pensativamente, Clay se sentó en un banco y empezó a juguetear con el mango de teca de la tetera. Se explayó a sus anchas, sin decir nada. Acabó diciendo:

—Mire, realmente pensé que tal como está de salud no desearía presentarse.

Burden se sentó erguido. Sintió una punzada de dolor que le atravesaba el hombro, pero la soportó estoicamente. No estaba enfermo, ni viejo.

—¿Mi salud? —exclamó, como si la frase le resultase extraña—. Si tengo una salud excelente.

—Bueno, tuvo el ataque aquel día con la señora Bloch.

Bien jugado, pensó Burden fríamente: *con la señora Bloch*. Lo recordaría.

—Perdí el conocimiento. Lo recuperé. Ya estoy bien.

—Naturalmente que sí Para un hombre de su edad, está estupendamente…

—¡Todavía no soy centenario! —gruñó Burden y Clay soltó el asa de la tetera como si quemase—. Soy perfectamente capaz de prestar mis servicios en el Senado de Estados Unidos por un mandato más y es lo que pretendo, como bien sabes.

—Sinceramente, no lo sabía —dijo Clay, mirándole con los ojos muy abiertos—. O, si lo prefiere, digamos que estaba mal informado.

—Estabas mal informado. Había previsto anunciarlo el jueves que viene, pero en vista de tu… asombrosa declaración, anunciaré mi candidatura mañana, demasiado tarde para la edición del fin de semana, pero… —Burden sonrió como diciendo que el titular de un escaño en el Senado no necesita los periódicos del domingo—. Después de esto, lo demás es teoría. Quiero decir que tendrás que retirarte, ¿no?

En el preciso instante en que cayó el golpe, Burden recordó: Estoy dispuesto a saber toda la verdad; a saber lo peor y a actuar en consecuencia. ¿Quién, en nombre del cielo, dijo aquello? Por un instante, Burden forcejeó la puerta de su memoria; consiguió abrirla lo suficiente como para ver otro pasaje escrito en letras de fuego: Le acusaban de aceptar un soborno, acusación de la que se declaraba culpable. A continuación caía en desgracia, y pasaba los últimos días de su vida retirado. Así le sucedió al brillante sir Francis Bacon.

Ahora Burden tenía delante su propio juicio. Miró a su fiscal y sintió afecto. En aquel momento, Clay parecía completamente joven y vulnerable, por no decir con la ansiedad de un chiquillo, porque si Burden decía la palabra correcta, el ascenso de Clay se verificaría sin esfuerzo; una palabra envenenada y, como un torrente, el fango los engulliría a los dos y Clay podría perder para siempre aquel maravilloso impulso que lo había llevado al punto en el que uno

podía afirmar, sin exageraciones de adivina, que efectivamente era un futuro rey.

Burden sonrió, con intención de desarmarle.

—Lo deseas mucho, ¿verdad?

Su reto obtuvo su réplica al punto.

—¿No lo deseó usted?

Burden asintió.

—Pero no a cualquier precio.

Clay lo miró con sorpresa, aparentemente genuina.

—¿Es *éste* un precio tan alto?

Burden hizo una mueca involuntaria. La verdad era tan insoportable como inalterable. Había aceptado un soborno. Le habían descubierto. Merecía ser castigado. Pero no por Clay, a menos que el infierno existiese.

—Es un mal comienzo para ti.

—Y un mal final para usted. Por eso debería ser evitado.

La pausa que siguió fue teatral, pero la intención era sin duda sincera.

—Has esperado tanto tiempo…

Burden eligió maravillarse ante la visión de futuro de Clay. Y era maravilloso armarse en secreto de tal forma que cuando llegase la guerra, la víctima insospechada de uno fuera rápidamente emboscada, aniquilada, en este caso, por un arma de su propia fabricación.

—Nunca pensé que haría uso de…

De nuevo una frase inacabada, sin duda por delicadeza. Después de golpear brutalmente, coloca el cadáver con todo cuidado en la tumba.

—Pero lo has hecho. O lo pretendes.

—Tengo que hacerlo. Usted lo comprende.

—¿Es realmente posible que durante diez años hayas tenido esto preparado por si acaso?

Lo que más le consternaba era el largo y sonriente engaño.

Clay no mintió, mala señal.

—Sí, sólo por si acaso.

—Las aguas mansas…

—No corren —completó Clay.

Era un chiste de los viejos tiempos. Burden sonrió a su asesino. Había tratado a Clay como a un hijo que, de acuerdo con la leyenda, lo haría caer y ocuparía su elevado lugar.

—¿Hablaste de esto con Ed Nillson en su momento?

Burden se sorprendió de sentirse tan curioso acerca de los detalles.

—Sí. Pagó al congresista que me entregó la grabación y me dijo que no le molestara.

—Ojalá lo hubieses hecho —dijo Burden irónicamente.

—Mire, en aquella época yo era bastante inocente. —De pronto Clay se había vuelto crédulo. Hasta *in extremis* mantenían las formas de antes con el otro—. No podía creer que usted fuera capaz de hacer una cosa así.

Burden cerró los ojos, buscó la muerte por debajo de los párpados; en lugar de eso, vio el rostro de su padre. ¡Victoria al fin! El envidiado hijo, destrozado y deshonrado. El cabo del ejército confederado había triunfado, como todos habían sabido que triunfaría el día en que el niño había dicho al hombre: «Triunfaré», y el hombre había dicho: «Eres lo suficientemente retorcido, eso es cierto, con tus palabras ambiguas y tus maneras seductoras. ¿Por qué no ser presidente? El país se lo tendrá bien merecido. Todos ladrones, todos embusteros, ¡todos ellos! Oh, llegarás lejos». A lo que el muchacho había replicado: «Llegaré lejos porque no soy débil como tú. Yo no me quejo. Venceré, a mi manera». Risa burlona: «La manera de una prostituta. Bien, tú mismo. ¿Por qué no? Yo, prefiero ser yo mismo, con mis propias heridas…». «¡Malditas heridas!». «Debidamente malditas, señor presidente. ¡Ahora, vete al infierno!».

Al infierno fue y el diablo estaba sentado frente a él, obligándole a recordar que había hecho lo que dijo que nunca haría. Aún peor, la prostitución había sido inútil.

Clay prosiguió sus confidencias.

—Pensé que era absolutamente imposible. Allí estaba usted, el hombre más incorruptible del Senado, o eso pensaba yo. Por eso al principio no pude creerlo, sencillamente. Pero luego vi que tenía sentido. Aquel año era su año para alcanzar la cima. Y necesitábamos dinero. ¿Y de dónde, si no, podía conseguir tanto en tan poco tiempo?

Deliberadamente, Burden apretó el hombro dolorido contra el brazo del sillón. El dolor apareció en oleadas prolongadas y exquisitas, pero, la verdadera agonía continuaba, al margen y con la misma intensidad.

—Después de aquello, debo decir que le admiré de veras. Su forma de mantener siempre su imagen de una especie de santo político, demasiado bueno para ser cierto, mientras que…

Tenía que parar.

—Me alegro de que me admirases —dijo Burden, pretendiendo ser irónico, y consiguiendo patetismo. Volvió a empezar—. Bueno, todo eso forma parte del pasado, ¿no es cierto?

—De momento, pertenece al pasado.

Era la primera vez que Clay amenazaba.

—¡Millicent! —llamó Burden, y su propia voz sonó estridente a sus oídos, un grito prometeico; tenía el pico del buitre clavado en su corazón.

Millicent entró.

—¿Podemos entrar?

—Sí —dijo Burden.

Dolorosamente, empezó a ponerse en pie. Clay corrió en su ayuda, lo cogió del brazo. Era como en los viejos tiempos.

★ 3 ★

—Ahora, quisiera dirigir unas palabras a este comité, constituido como está de americanos altamente…, tal vez *alarmantemente*, representantes. He observado que su interés en mantener la

conformidad política, aunque sincero sin duda alguna, está subordinado a su…, si me permiten la palabra…, pasión colectiva por la publicidad. Al fin y al cabo, la política es la única profesión en la que los mediocres pueden ganarse la atención del mundo mediante la calumnia.

El presidente del comité hizo un gesto al sargento de guardia.

—Sáquelo de aquí.

Otro miembro del comité gritó:

—¡Desacato al Congreso!

Pero Peter no se movió. Fríamente continuó:

—Caballeros, me han invitado para que les hable del comunismo y es lo que pretendo hacer. Como todos sabemos, los comunistas se han infiltrado en la Casa Blanca, en el Pentágono, en las escuelas, la prensa, las iglesias, el cine. Están por todas partes, desmantelando secretamente la república. ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo podemos detener este horrible cáncer que crece en el núcleo de nuestra sociedad? Tengo una solución. Todos y cada uno de los ciudadanos deben jurar *diariamente* fidelidad a la bandera. De esta manera, podremos descubrir enseguida quién es un buen americano y quién no, pues, como todos sabemos, los agentes de los soviéticos prefieren la muerte a jurar fidelidad a nuestra recargada bandera. Una vez identificado, el enemigo podrá ser deportado a Rusia, lo que permitirá que el FBI vuelva a la tarea que le corresponde, es decir, incordiar a los negros.

»Ahora, pensemos en la lucha por el control de las mentes de los hombres fuera del país de los libres. Los comunistas ofrecen una visión utópica particularmente atractiva para dos tipos de personas: los ignorantes y los degenerados. De hecho, como a efectos estadísticos todos los incautos ignorantes y degenerados sexuales son *ipso facto* comunistas, podemos deducir que *cualquier* degenerado sexual es por definición, no sólo un incauto ignorante sino también comunista o, como mínimo, simpatizante. Puesto que el Senado ha establecido que toda la plantilla del departamento de Estado es homosexual, no es de sorprender que sean, al mismo

tiempo, incautos ignorantes así como comunistas que hay que extraer de raíz. El hecho de que el propio senador tenga una especial inclinación hacia los jóvenes…, la palabra «inclinación» viene del latín y significa…

—Aquí está su testimonio. ¿Qué demonios estás haciendo?

Aeneas entró en la habitación en el momento en que Peter meneaba el dedo juguetonamente bajo la nariz del presidente.

—Nada. Estaba —dijo Peter— hablando conmigo mismo.

—¿Sobre qué?

—El tema varía. En este momento, estaba pronunciando un discurso ante el Comité de Actividades Antiamericanas de la Casa Blanca.

—Esta es la única oportunidad que tendrás de pronunciarlo. Te acogerás a la quinta enmienda, como todo el mundo, salvo nuestro amigo Billy Thorne. Ha cantado como un pájaro. Mira.

Aeneas lanzó el testimonio sobre la cama, donde Peter se hallaba tumbado, apoyado en almohadas, con las pruebas de una docena de artículos desparramadas a su alrededor. Se pasaba la mitad del día en la cama, trabajando, llamando por teléfono, recibiendo al personal de *La Idea Americana*, cuyas oficinas estaban en la primera planta de la gran casa que había comprado para él y para la revista en un barrio negro.

Hasta la fecha, los vecinos de Peter no habían mostrado el más mínimo interés en los intentos de la revista de llamar la atención a su triste suerte. Si de algo sospechaban los vecinos, era de que Peter y sus amigos celebraban orgías. ¿Qué otra razón tendrían los blancos para ocultarse en una respetable comunidad negra? La mayoría de sus coetáneos solían estar de acuerdo con sus hermanos negros. A lo sumo, pensaban que Peter era un excéntrico por haberse desclasado, a su modo de ver. Con todo, a pesar de la ambivalencia de su posición social, Peter encontraba que su ciudad nativa era más divertida que nunca. Los políticos le enfurecían y le deleitaban. También disfrutaba viendo cómo el tiempo moldeaba a sus conocidos de forma que cada uno parecía una larga novela en

curso con numerosos capítulos que uno tenía que mirar por encima o adivinar, pues sólo podían estudiarse detenidamente unas pocas páginas a la vez; no obstante, la calidad del todo se juzgaba sobre la base de las pruebas más frágiles (¡las más peligrosas para el crítico!).

Afortunadamente, Aeneas era un libro que podía leer a placer. Reavivado su interés por la política gracias a McCarthy, Aeneas dividía ahora su tiempo entre Washington, donde ayudaba a publicar la revista, y Nueva York, donde vivía con un psicólogo infantil que ceceaba. No paraba de escribir. Últimamente había levantado un alboroto al afirmar que como la comunidad liberal es, por definición, masoquista, tenía que haber siempre un sádico que empuñara el látigo. Aquello significaba que McCarthy era absolutamente necesario, incluso admirable, pues la interacción de liberales y maccartistas podría recrear la sociedad, algo de desear. Aunque a Peter le desagradaba profundamente aquel tipo de escritos emocionales, se daba cuenta de que tenían un gran atractivo en una época que adoraba la pasión, y él sospechaba que a medida que pasaba el tiempo, crecía la división entre los muchos que sentían y los pocos que pensaban: ¿o era, se preguntaba a veces, sencillamente entre los que pensaban que sentían y los que sentían que pensaban? Mientras meditaba sobre lo fundamental, examinó el testimonio de Billy Thorne.

A invitación del comité, el señor Thorne había aceptado testificar. También se había avenido a renunciar a acogerse a la quinta enmienda porque, en palabras del abogado del comité, deseaba «reconocer con franqueza». Y lo hizo. A lo largo de veinte páginas de testimonio, había citado los nombres de todas y cada una de las personas que había conocido en el gobierno que eran o podrían haber sido comunistas.

Peter dejó caer el testimonio encima del bulto de su estómago cubierto por la sábana.

—¿Por qué? —dijo, volviéndose a Aeneas, que se había desplomado pulcramente en la silla junto a la cama y estaba leyendo

las galeradas del número siguiente. El verdadero hombre de letras leerá cualquier cosa antes que nada.

—Busca trabajo.

—¿Quién va a contratarlo? El gobierno no. Desde luego, no después de esto.

—Podría ser. En cualquier caso, otros lo harán. Hoy en día no tienes más que decir que lo sientes y acusar a los demás. Confiesa y prospera. ¿Has visto lo que dice de nosotros?

Peter asintió. Sus ojos habían buscado en primer lugar su nombre.

—Yo soy un incauto. Tú, un simpatizante. Pero no somos comus, que él sepa. Nunca lo habría dicho de él —dijo Peter, dándose palmaditas en su gran estómago, como si fuera un buen perro—. Si alguna vez ha existido un mártir, ése ha sido Billy Thorne.

Naturalmente, aquél era precisamente el tipo de afirmación del que Aeneas podía sacar partido.

—Pero ¿no lo ves? *Será* un mártir. Odiado por los suyos. Traidor, Judas Iscariote, chivato. Si quieres sufrir, y él quiere…

—… un auténtico liberal —dijo Peter, acudiendo en su ayuda.

—… qué mejor manera de alcanzar el dolor total que…

En la calle se oyó el sonido de un disparo.

—¡Ahora nos están disparando! —dijo Peter, llevándose la sábana a la barbilla.

Aeneas se dirigió a la ventana y miró afuera.

—No veo escopetas. Debe de haber sido el tubo de escape de un coche.

—¿Sigue ahí el hombre?

Aeneas asintió.

—¿Cómo va vestido hoy?

—Sombrero de copa y una americana roja, blanca y azul como la del tío Sam.

—Bonito. ¿Qué dice el cartel?

—«Aquí viven comunistas». Esto es la primera frase. Luego, justo debajo, «Marchaos a Rusia si no os gusta EE. UU.».

—Creo que no es tan agradable como parece —dijo Peter pensativo—. Uno diría que tiene algo mejor que hacer que montar un piquete delante de nuestra casa.

—A veces pienso que ganarán los locos —le dijo Aeneas, volviendo a mirar hacia la habitación—. Deberías haber visto el correo de esta mañana. Una carta venía escrita en papel higiénico. Usado.

—Elocuente.

—Por regla general la erótica anal tiende a ser criptofascista, con la posible excepción de…

Diana entró en la habitación.

—Peter, tengo que hablar contigo. Perdona, Aeneas.

Cuando Aeneas se hubo marchado, Diana se sentó en el borde de la cama de Peter. Era como si llevasen veinte años casados.

—¿Algo anda mal?

—¡Todo! —dijo cogiendo el testimonio de Billy.

—¿Es Billy?

—¡No, por Dios! Es papá. No me había enterado de la conferencia de prensa de Clay hasta esta mañana cuando he leído el periódico. Naturalmente, he ido directamente a casa y he encontrado a mi madre parloteando con los de la prensa, porque papá no quería verlos. —Diana dobló en dos el testimonio de Billy y luego en cuatro; el intento de doblarlo en octavos fracasó—. Lo he encontrado sentado en el jardín. Cuando he hablado con él ni me oía, ni me veía.

«De pronto parecía muy viejo», se dijo Peter, poniéndose, pensó, a la altura de las circunstancias. Pero al parecer estaba simplemente distraído.

—De hecho, parecía bastante contento. Luego, cuando le he preguntado si era cierto lo que Clay había dicho, él… él…

—¿Ha dicho que sí?

Diana asintió y Peter se dio cuenta de que lo que al principio le parecía sufrimiento era una sana rabia.

—Ha dicho que lo había pensado mucho y había decidido que no tenía sentido obtener otro mandato, que no podía llevarle a ninguna parte, puesto que la presidencia estaba fuera de su alcance. Ha dicho que estaba cansado del Senado y que deseaba ganar un poco de dinero antes de que fuera demasiado tarde, ya que yo…

—Estaba claro que no ibas a casarte otra vez.

—Gracias. —Diana le recorrió el estómago con su dedo índice—. Pero no me ha dicho por qué se retiraba.

—A lo mejor te lo ha dicho. Es muy posible que esté cansado del Senado. Yo lo estoy.

—Es lo único que le importa —dijo ella frunciendo el entrecejo—. Clay le ha hecho algo.

—¿Qué podría hacerle?

—No sé. Una amenaza tal vez…, algo. Por un momento he pensado que podría ser el… el asunto de Ed Nillson.

—Pero todo aquello fue bastante inocente, ¿no? Nillson ni siquiera fue a la cárcel.

—Pero la inocencia no importa nada si *pareces* culpable.

—Las apariencias son todo; la sustancia, nada. —El tema favorito de Peter: le hizo una señal mentalmente. Luego—: ¿Cambiará de opinión?

—No. El lunes anunciará que se retira. Y ahí se habrá acabado todo.

Luego ella lloró y Peter la consoló mientras discurría.

Finalmente, Diana se secó los ojos con la sábana y dijo.

—Deberías levantarte, en serio. Es desmoralizante verte en la cama la mitad del día.

—Pero me aburro estando de pie. En la cama, puedo pensar, planear, tramar, y lo hago mientras te seco las lágrimas con kleenex.

—¡Cuánto odio a Clay!

La pasión fue inesperada.

Peter la estudió pensativo, preguntándose lo que sentiría ella realmente. Luego la puso a prueba.

—Puedo hacer que no salga elegido. —Diana lo miró con los ojos irritados—. ¿Crees que debería hacerlo?

—Sí.

La serenidad de su respuesta era reconfortante.

—Yo también. —Peter cavilaba—. Eso aplastará a mi padre.

Aun en medio de su dolor, Diana sonrió.

—¿No es eso lo que deseas?

Peter se rió.

—Sí, supongo que eso es lo que deseo. No habiendo disfrutado del amor del padre, también me ha negado el odio paternal. Ahora puedo conseguirlo. Pobre hombre.

—Lo harás. Adora a Clay —dijo ella, poniéndose en pie y encaminándose hacia el espejo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Peter, estudiándola con suspicacia.

—Está claro que lo ama —dijo, componiéndose el cabello con rápidos gestos.

—Eso es lo que pensaba Enid.

—No me refiero físicamente, al menos creo que no. Nunca he sabido de esas cosas. Pero no es natural que un hombre se implique tan enteramente en la carrera de otro hasta el punto de sacrificar a su propia hija, por no decir ya…

Diana estaba preparada para proseguir aún por un buen rato con el tema de Blaise. Pero Peter no. Apartó la sábana de un tirón y se sentó lentamente, viendo complacido el enorme cuerpo que daba la sensación de una fuerza física fuera de lo corriente. Impresión falsa a la que se sentía agradecido, puesto que era físicamente cobarde: haría cualquier cosa por evitar el dolor, para burlar a la muerte. Como consecuencia de aquella cobardía natural, había restablecido el equilibrio de su propio temperamento por el ejercicio constante de un valor moral que le hacía demasiado fácil ser impopular en una buena causa.

—Comportémonos éticamente, además de históricamente —dijo, sacándose la parte de arriba del pijama.

—¿Qué significa *eso*? —dijo ella, dejando el peine.

Él le acercó un libro, abierto en la página donde había señalado la frase: «La historia tiene que ver con los resultados; los motivos y las intenciones son asunto de la ética».

—Kierkegaard. Siempre es agradable que un escritor de moda diga algo de utilidad.

Descolgó el teléfono y llamó a su secretaria, que estaba en la oficina del piso de abajo, diciéndole que llamase a Al Hartshorne.

—¿Quién es Al Hartshorne y qué es lo que estás haciendo?

—Es un abogado y me estoy comportando históricamente.

—¿Estás seguro de que lo que vas a hacer derrotará a Clay?

Peter asintió y dejó caer al suelo el pantalón del pijama.

—Pareces —dijo Diana— un luchador japonés.

—Dile a Aeneas que se ha terminado la búsqueda de identidad.

En la ducha, bajo un fuerte chorro de agua, empezó a componer frases mentalmente.

★ 4 ★

Blaise manipuló el mando del televisor. Una voz hueca llenó la habitación:

—«… más allá del río Han. Mientras tanto, unidades comunistas ya han atravesado el paralelo treinta y ocho y se dice que el ejército de la república de Corea está en plena retirada. Esta tarde el presidente Truman se reunirá con el Consejo de Seguridad Nacional y se espera que…».

—Se echará atrás. ¡El pueblo americano no luchará!

Harold Griffiths se dirigía amargamente al locutor de televisión, como si fuera de algún modo responsable de la decadencia de una nación.

—«Es sabido que el general MacArthur está a favor de la intervención americana directa en Corea…».

—¡Gracias a Dios por Mac! —se alegró Harold Griffiths al oír aquel brillante contrapunto al solemne tema del locutor.

—«A la vista de la resolución adoptada el martes por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el mundo libre está ahora comprometido en ofrecer toda la asistencia que pueda necesitar la república de Corea para repeler el ataque armado. No obstante, hasta la celebración de la conferencia de prensa de esta tarde no sabremos hasta qué punto se hará uso de las fuerzas norteamericanas…».

—Bájalo, Blaise —dijo Clay terminante.

Había otras cosas antes que una mera guerra asiática. Obedientemente, Blaise apagó el sonido, en el momento en que el general MacArthur aparecía en la pantalla; un largo mechón de cabello teñido, cuidadosamente pegado a la curva calva de su cabeza, daba al general el aspecto de un libertino entrado en años intentando recrear, con ayuda de cosméticos, la apariencia de un cariñoso joven.

Clay hizo un gesto a Karl, que se hallaba de pie junto a Blaise.

—Enséñale la reacción de la prensa en nuestro estado.

Karl le entregó a Blaise una gruesa carpeta. Sin mirarla, Blaise se la pasó directamente a Harold, quien estudió los recortes de periódico, buscando arduamente su nombre.

—Supongo —dijo Clay— que podía haber sido peor.

Harold alzó la vista, ofendido.

—Me llaman embustero, ¿te das cuenta? Aquí mismo dice…

—Sí, Harold —dijo Clay paciente—. También piensan de mí que soy un embustero, además de un farsante.

—Podría demandarlos por difamación. *Tendré* que demandarlos por difamación. —Harold se interrumpió de pronto, sin duda consciente de que el objeto de su demanda sería el hijo de su jefe. Por un instante, Clay disfrutó de la situación. Pero Harold no carecía de ingenuidad—. Sabéis quién está detrás de esto, en realidad: Burden Day.

Blaise lo miró perplejo. Harold continuó:

—El y esa hija suya convencieron a Peter para que escribiese todo esto. Es exactamente el tipo de cosas que ese viejo zorro…

Clay interrumpió a Harold con un gesto.

—Tranquilízate —murmuró. Sospechaba que Harold sabía no sólo el asunto de Nillson y Burden, sino también su trato con este último. Afortunadamente, Harold era, le gustase o no, su eterno aliado—. De hecho, la prensa del estado —observó Clay juiciosamente— no es tan desfavorable como pensé que sería. Esos periódicos que apoyan a los demócratas dicen que es una calumnia…

—¡Y lo es! —dijo Harold en voz alta—. Desgraciadamente, la mayoría de los diarios de ese estado tuyo dejado de la mano de Dios son republicanos y…

—Y nunca permitirán que los electores olviden que soy un farsante. Eso es verdad.

A Clay le complació poder decir lo peor sobre sí mismo sin el más mínimo reparo o timidez.

—¡No lo eres! —dijo Harold, dando un golpe a los recortes de prensa con la palma de la mano.

Demasiada vehemencia, pensó Clay, quien observó tranquilamente:

—En cualquier caso, ésta es nuestra historia.

Clay vio la sonrisa de Karl; y se preguntó qué pensaría Karl realmente. Cuando apareció la historia de Peter, la reacción del personal había sido de perplejidad e indignación. Pero luego, a medida que pasaban los días, Clay detectó un cambio. Estaba claro que se estaban haciendo preguntas, y aquel hecho demostraba que él se hallaba en una situación apurada.

El ataque de Peter había sido astuto. Aparentemente, no había escrito acerca de Clay sino sobre los usos del dinero y de la publicidad en la política. Citó una serie de leyendas nacionales que eran, mantenía él, la creación fríamente calculada por hombres cuyo trabajo habitual era vender artículos en televisión. Luego, casi de pasada, hablaba de la propaganda de Clay. Rendía homenaje al encanto natural y la habilidad política de Clay. Subrayaba el hecho de que Clay no había hecho nada destacado en la Cámara de Representantes, pero añadía con justicia que aquello podría ser más

un fallo del sistema que del hombre. Sin embargo, aunque Clay no había hecho nada por lo cual ser admirado, era considerado universalmente como uno de los políticos jóvenes más importantes de Estados Unidos. Peter preguntaba por qué y respondía a su propia pregunta. Se estaban gastando enormes cantidades de dinero para vender un producto, y, hasta la fecha, la campaña de ventas había sido un éxito. A través de la prensa, a la que se podía comprar de las maneras más sutiles, y a través de la televisión, en la que el tiempo está, literalmente, en venta, un hombre tan atractivo como Clay podía ser recreado por entero hasta ajustarse a la imagen de líder que el electorado desease en cada momento. Peter revelaba a continuación cuál habían decidido los investigadores que era el político ideal de 1950 y demostraba que había hecho que Clay pareciese joven, pero no inexperto, conservador, pero no reaccionario, religioso, pero no demasiado devoto, y aunque viudo (un poco de tragedia siempre da peso a la leyenda) un padre cariñoso, de lo que daban fe las innumerables fotografías de Clay con su hija en Laurel House, jugando, montando a caballo, paseando de la mano por entre las enredaderas de Potomac Heights. Después, casi como una idea que se le ocurriese con retraso, Peter revelaba lo que había sucedido realmente en el aeródromo de Lingayen.

—… me ha llamado embustero. Es una calumnia en toda regla…

Clay interrumpió a Harold.

—Sobrevivirás, no te preocupes. Nadie espera que la prensa sea verídica. El problema es cómo me salgo yo del apuro.

—¿Porque se supone que los políticos son honrados? —se vengó Harold. Blaise le fulminó con la mirada.

—Estamos todos metidos en esto. Tú escribiste la historia. Yo la publiqué y Clay…, bueno, él es el que tiene que enfrentarse a unas elecciones duras.

—Sería una ayuda —dijo Clay, mirando al televisor, que en aquel momento mostraba al secretario de Estado saliendo de una larga limusina—, si pudiésemos querellarnos contra *La Idea Americana*. — Por un prolongado momento, nadie respondió. Harold y Karl se

sentían incómodos. Blaise miraba al suelo miserablemente. Clay esperó pacientemente. Cuando vio que Blaise no tenía nada que decir, prosiguió—. Sé que es difícil querellarse contra el propio hijo. Pero, bueno, si tú estás de acuerdo, sería yo el que me querellase.

—¿Podrías ganar? —dijo Blaise, mirándolo como si le preguntase algo completamente distinto.

—Desde luego, podría demostrar los perjuicios si perdiese las elecciones. Pero a esas alturas, todo sería una cuestión formal, claro. Nunca llegaríamos a juicio.

Karl fue al grano.

—Todo depende de ese doctor que dice que no estaba en el aeródromo durante la acción…

—*Clay estaba allí* —dijo Harold adelantando su mandíbula hasta parecerse al general MacArthur, quien una vez más había aparecido esporádicamente en la pantalla del televisor; el perfil de un halcón con un cielo tormentoso al fondo.

Ahora que Peter ya no era el tema principal, Blaise volvía a ser él.

—No creo que tengamos muchos problemas para asustar a ese doctor.

—¿Podríamos conseguir que desmintiese? —preguntó Karl.

—¿Por qué no? —dijo Blaise, expeditivo—. Conozco a uno de los administradores de la clínica del doctor. Me ha prometido hacer presión. No te preocupes.

—Pero el daño está hecho —dijo Harold melancólico—. De una u otra forma, todos hemos quedado como papel mojado.

Desafortunada frase, pensó Clay, mientras una secretaria le entregaba el último sondeo de opinión. Aquel día, perdía un ocho por ciento de los votos a favor del candidato republicano.

—¿Malas noticias? ——preguntó Blaise.

No queriendo responder, Clay subió la voz del televisor. Por un instante, escuchó la voz que decía:

—«… la resolución adoptada ayer en la Cámara de Representantes prolongando el reclutamiento un año más fue aprobada unánimemente por el Senado. No obstante, el senador

Taft se quejó de que el presidente estaba usurpando los poderes del Congreso al involucrar a Estados Unidos en lo que, efectivamente, es una guerra…».

Tomada su decisión, Clay se volvió a Blaise, y, por primera vez en aquel día, sonrió.

★ 5 ★

La falsa cordialidad de las voces y los gestos excesivamente afectuosos de hombres en situación embarazosa hacían dolorosas las pocas visitas que ahora hacía a la antesala del Senado. Para sus colegas y para sí mismo, ya estaba fuera, su lugar en el mundo había sido usurpado por un hombre más joven.

Durante treinta y seis años, Burden había observado el ir y venir de los hombres en el Senado, y, si el irse era involuntario, era siempre insoportablemente triste. De la misma manera en que él se había comportado con otros, se comportaban ahora con él: afectuosos, pero torpes y completamente fuera de lugar en presencia de la pesadilla habitual, el final de una carrera. Una vez abandonada toda esperanza de llegar a la presidencia, había dado por sentado que permanecería en el Senado hasta su muerte, un cuadro conmovedor que tendría lugar en un sofá de piel de la antesala, rodeado de amigos a los que dirigiría una serie de comentarios finales, para que constasen en el *Boletín del Congreso*. Pero a menos que muriese antes de enero, también aquella imagen se habría hecho pedazos. Estaba acabado; nunca regresaría y todo el mundo lo sabía. También sabían que en cierto modo había sido obligado a abandonar la carrera por Clay. Afortunadamente, nadie sospechaba la verdad, y al menos podía marcharse con el honor intacto.

La antesala estaba repleta y, por primera vez en semanas, Burden no era el único objeto de compasión. El día anterior había

sido el primer martes después del primer lunes de noviembre, y a lo largo de aquel día el pueblo soberano había votado.

—Es espeluznante —dijo un senador—. Nunca había visto una cosa igual. —Atrajo a Burden hacia el grupo—. Tienes suerte de irte como campeón invicto.

Con respeto y admiración, hablaron del senador McCarthy. Hasta el momento, el Club no lo había tomado en serio, mirando su publicidad como una especie de teatro. Ahora se daban cuenta de hasta qué punto lo habían subestimado. Había hecho una campaña contra sus enemigos del Senado y había salido victorioso. Hasta el líder de la mayoría del Senado había caído derrotado.

—La campaña más sucia de la historia de la política —declaró un senador entrado en años, conocido por la crueldad de su lengua.

—La gente se ha vuelto loca con esto del comunismo. ¡Llamar a Tydings comunista!

Varios sacudieron la cabeza sólo de pensarlo.

—Tal vez —dijo Burden—, ha llegado el momento de tomar una postura.

Pero, al parecer, el momento no había llegado. Si Tydings podía ser derrotado, ningún senador estaba a salvo. El pueblo estaba en un estado de ánimo irresponsable y los hombres sabios hacían lo que podían para tranquilizarlos y mantenerlos de buen humor, haciendo ver que aceptaban que la guerra de Corea iba mal por culpa de los traidores que había en casa. Eran tiempos sombríos en la historia del país y Burden estaba encantado. Si él tenía que caer, ¿por qué no también la república? Donde se erigía el Capitolio: mármol roto; entre la maraña de hierbas de los céspedes sin cortar: calaveras chamuscadas por el sol. ¡Gloriosa visión!

Momberger entró en la antesala, procedente del hemiciclo del Senado. Hizo señas a Burden.

—Noticias lamentables.

Aparentemente, aquél era el consenso. Con cierto grado de pasión, los dos colegas acusaron a los electores. Ninguno culpaba a McCarthy. Cuando el pueblo se volvía loco, siempre había alguien

que los incitase a hacer locuras más grandes. No se podía considerar que McCarthy era el responsable de ello; la bestia era simplemente sincera consigo misma y no podía ser de otro modo.

—Pero le ha ido por pelos a Clay —dijo Momberger, dándole a Burden una hoja con cifras—. Cifras finales, condado por condado.

Burden examinó la lista de condados, *sus* condados; se los conocía como si fueran sus hijos, sabía cómo había votado cada uno en el transcurso de cuarenta años, sabía por qué, podía juzgar con bastante exactitud cómo votarían. Los números de aquella hoja de papel no representaban sólo un electorado abstracto, sino amigos y aliados, enemigos y detractores. Se concedió algo de satisfacción al ver el reducido margen de la victoria de Clay: una mayoría de dos mil doscientos cuatro votos de un censo de más de un millón.

—Casi perdemos el estado, maldita sea —dijo Momberger, siniestro; dentro de dos años, él tendría que enfrentarse a los mismos electores. Burden lo tranquilizó.

—Aquí no tienes por qué preocuparte. En dos años, McCarthy habrá desaparecido.

—No estoy tan seguro. Mira simplemente lo que ha hecho a Tydings, a Benton y a Lucas. ¡Pues se los ha comido vivos! —Momberger no había adquirido sus expresiones fronterizas en la frontera entre las tierras colonizadas y sin colonizar, sino en miles de novelas del Oeste leídas en su infancia en Pawtucket, Rhode Island. Ahora, naturalmente, Jesse era tan venerable que la gente suponía que en efecto había viajado con Davy Crockett, conocido a Pat Garrett y tratado de igual a igual a los hermanos James. De todos los senadores, Burden era el único que conocía el secreto de Momberger—. Tú hubieras salido mejor parado, ¡viejo loco! ¿Por qué demonios no te presentaste?

Momberger lo miró minuciosamente, con la cabeza ligeramente ladeada y los ojos entreabiertos para protegerse del reflejo del desierto.

—Oh, Jesse… —suspiró Burden. Había contado tantas historias que había olvidado cuál era la que había confiado a Momberger.

Oficialmente, por supuesto, abandonaba el Senado porque pensaba que le había llegado el momento de dejar de ser un actor y unirse a los espectadores. Desgraciadamente, los suspicaces sondeos de los demás le habían animado a explayarse en detalle. Había dado a entender que había libros por escribir, universidades en las que enseñar, una magistratura federal vacante, y, por supuesto, tenía que ganar dinero por primera vez en su vida. Durante los últimos meses, había llegado a sugerirlo todo, desde una enfermedad fatal hasta el deseo de toda su vida de ser embajador en Irlanda (aquella locura se la había confiado a un amigo íntimo del secretario de Estado, y se angustiaba pensando qué debería pensar aquel prócer de sus pretensiones, porque no era una persona grata en la Administración).

—Treinta y seis años es suficiente en este lugar —dijo a Momberger, quien replicó:

—¡Es como el infierno!

Un bedel se acercó a Burden.

—Acaban de llamar de su despacho, senador. Dicen que el señor Sanford ha llegado.

Momberger miró a Burden, algo desconcertado.

—Bueno, ¿qué tienes entre manos con Blaise Sanford? No estarás preparándote para ser uno de esos asquerosos comunistas, ¿verdad?

—No es Blaise, es su hijo.

—El rojillo rico…

—Amigo de Diana, ¿te acuerdas?

—No tienes mucha suerte con los yernos, ¿no?

En el pasillo, fuera de la Cámara del Senado, Irene Bloch lo abrazó.

—*Cher ami*! —resonó la voz.

Los turistas se pararon a mirarles.

—¡Qué elecciones! —le dijo, cogiéndolo por las muñecas, como si temiese que iba a levitar como santa Teresa.

—Cicerón decía que la vida era como un lugar en el teatro…

Pero no le permitió terminar.

—¡Tantos amigos derrotados! ¡Pobre senador Lucas, un santo, se nos ha ido!

—Todos debemos irnos, Irene. Llego tarde a una cita.

—Pero *tu* nunca te irás. Me refiero a que te quedarás en Washington, ¿no?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿En dónde sino aquí me puedo ganar la vida?

Pero el intento de expresión patética también fracasó. Ella no escuchaba.

—Saber que sigues aquí lo hace todo más llevadero. Bueno, ¿dónde está el senador Taft?

Burden le dijo que no tenía ni la más remota idea.

—Según su despacho, está en el hemiciclo. Habrás visto el escrutinio, claro —le dijo, mirando detrás de él en busca de Taft.

Burden sacudió la cabeza. Furtivamente, consiguió liberar una de sus muñecas.

—Taft es la opción casi unánime de los líderes republicanos, lo que significa que es totalmente seguro que será elegido.

Frunció el entrecejo al ver al senador McCarthy, rechoncho y sonriente, que atravesaba el vestíbulo acompañado por irlandeses.

—¿Y qué me dices del general Eisenhower?

—No tiene posibilidades —dijo Irene secamente—. No les gusta y a mí tampoco. ¿Has visto lo que escribió sobre él Harold Griffiths ayer? Hasta él le ha vuelto la espalda a Eisenhower, y ya conoces su pasión por los militares.

—Peter Sanford me está esperando —dijo Burden, desasiendo su otra muñeca.

—*Comme il est méchant*! —dijo ella alegremente—. Tienes que venir a tomar el té conmigo pronto, *à deux* —dijo esbozando una sonrisa enigmática y dándole palmaditas en la cara con su elegante pezuña—. Después de enero, de todos modos; hasta entonces estoy comprometida.

Peter estaba sentado solo en el despacho exterior leyendo un libro de bolsillo que deslizó con sentimiento de culpabilidad en su bolsillo, pero no antes de que Burden se percatase de que se trataba de *Los Diarios Federalistas*. Burden se había dado cuenta de que desde la guerra había disminuido el interés por el pasado de América, al menos fuera del mundo académico. Para la mayoría, la historia comenzaba con el New Deal, y cualquier contemplación de la vieja república resultaba totalmente antipática a aquellos que deseaban reformar el presente y perfeccionar el futuro, categoría a la que Peter pertenecía de manera tan notoria.

—¿Dónde están la señora Blaine?

—Ha dicho que se iba a almorzar.

—Estoy abandonado. Me ves entre las ruinas de Cartago. Piensa en mi destino y no encontrarás ni un solo día feliz salvo el último.

—¡Está melancólico! —rió Peter, reconociéndolo, y siguió a Burden al despacho interior.

En medio de la habitación había un enorme baúl medio lleno de libros.

—Pero si todavía estará aquí tres meses…

—Aun así… —Burden se estiró en el sofá de piel—: Quiero marcharme sin que se enteren, poco a poco, inadvertido. Para que cuando termine mi mandato, me haya esfumado sin que nadie se dé cuenta.

—¿Miedo a la compasión?

—¿Quién no lo tiene?

—Las mujeres. Algunos hombres. —Peter enseñó a Burden un periódico doblado por una página interior—. Ahí lo tenemos, enterándose de los resultados de las elecciones.

Burden miró sin emoción la fotografía. En uniforme de coronel, Clay estrechaba la mano del general MacArthur, que con expresión seria «felicitaba al senador elegido. Desde su nominación en junio, el coronel Overbury había estado de servicio en Corea. Como oficial de

primera línea de la primera división de caballería de Estados Unidos, el coronel Overbury se negó a hacer campaña para el puesto público, diciendo: "A estas alturas, la gente de mi estado sabe lo que represento. Como soldado en activo, no tengo derecho a decir nada, salvo que este sucio asunto tiene que hacerse y que estoy haciendo lo que modestamente puedo"».

Burden dejó caer el periódico.

—¡Ha ganado!

Aquello parecía lo mínimo y lo máximo que podía decirse.

Peter asintió; su ancho cuerpo apenas entraba en el balancín.

—Fue genial lo de volver al ejército.

—Sería toda una ironía si ahora se convirtiese en un auténtico héroe, sólo para desacreditar tu historia.

Burden sintió deseos de atacar a Peter, de apoyar a Clay.

—Por suerte no ha ido tan lejos. Ha estado en el cuartel general la mayor parte del tiempo, pero ¿quién lo sabrá? Especialmente después de todas esas fotografías suyas en acción. Al parecer, pretende quedarse en Corea hasta enero. Entonces, regresará envuelto en gloria para tomar posesión de su plaza en el Senado.

—Será un buen senador.

Burden casi pensaba lo que dijo.

—¿Bueno?

La expresión de incredulidad de Peter molestó a Burden.

—Sí, bueno. Es ambicioso, por lo tanto, tiene que ser bueno.

—O al menos no escandalosamente malo.

—No hay duda de que será diligente…

—O dará esa impresión.

—Para *eso* hace falta diligencia. —Burden se rió entre dientes, a pesar de su propia agonía—. Debes ser compasivo. No hay nada más difícil para el político moderno con los ojos puestos en la Casa Blanca que aparentar estar ocupado sin hacer absolutamente nada de lo que más adelante podrían pedirle cuentas. Trabajará duro, no te preocupes.

—Para él.

—Sería antinatural que no lo hiciese.

—Entonces, quiero que nos gobiernen hombres antinaturales.

—¿*Gobernar*? ¡Nadie gobierna en esta casa! —explotó Burden. La verdad por fin—. Es demasiado grande. Cuando llegué aquí, el senador que deseaba hacer algo podría conseguirlo casi siempre, si le importaba lo suficiente. Pero ¿ahora? Decimos «Sí» o «No» y normalmente nuestros si y no son perfectamente previsibles por adelantado. No obstante, tanto si te lo crees como si no, hubo un tiempo en que la legislación se originaba en el Congreso. Yo mismo, en mis primeras épocas, redacté una ley que se convirtió en la ley del suelo. Ahora, naturalmente, recibimos la legislación ya preparada, el trabajo de miles de abogados dispersos por cientos de despachos, y ninguno de nosotros se molesta en leer un párrafo de las leyes que aprobamos o rechazamos.

—Es demasiado grande.

—Es demasiado grande.

Pero Peter no aceptaría la oscura opinión de Burden.

—Los senadores individuales siguen teniendo poder en ciertas cosas. Clay tendrá poder.

Burden sacudió la cabeza.

—En el Senado, no. Será simplemente un sí o un no más y los líderes sabrán por adelantado cuál será su voto.

—Tal vez uno debería abandonar todo el sistema.

—Lo hemos abandonado —dijo Burden—. Vivimos en una dictadura presidencial, con referéndums periódicos que nos permiten cambiar al dictador, pero no la dictadura.

—Tal vez sea ésa la única manera de poder gobernar en este tipo de sociedad.

—Sería una vergüenza pensar así. Pero bueno, yo soy un reaccionario, un estado normal a mi edad.

—Todos reaccionamos ante el odioso presente, aunque no haya habido nada mejor en el pasado ——dijo Peter con tristeza—. De eso estoy seguro.

—Desde luego, hubo tiempos mejores.

Burden se animó ante el reto, pensó en Shiloh, trató de hablar de Lee y de Lincoln, pero Peter no estaba dispuesto a tragárselo. Ahogó a Burden.

—Los primates nos han gobernado siempre, y nuestras quejas no son más que charlatanería de monos…

—¡No! —Burden se sorprendió con su propia pasión—. Tuvimos nuestra edad de oro —dijo señalando el retrato de Jefferson sobre la chimenea—. Admito que fue breve y que como todas las cosas humanas acabó mal, lo cual no es culpa de nadie. Las cosas acaban con nosotros y ni los monos ni los primates pueden considerarse responsables de ello. Lo bueno es escaso, eso es todo, y a la mayoría de nosotros no nos resulta fácil convivir con lo bueno.

Peter se obstinaba.

—Nunca hubo una edad dorada. Nunca habrá una edad dorada y es puro romanticismo pensar que podemos llegar a ser distintos de lo que somos ahora.

En su desesperación, estaba radiante.

Burden suspiró, conociendo muy bien aquel estado de ánimo.

—Bueno, en ese caso, digamos que hubo una época de nuestra historia en que un puñado de hombres con influencia deseaban que las cosas fueran mejor de lo que son, a diferencia de hoy, en que todo lo que importa es el dinero… —Se detuvo y sonrió—. Pero independientemente de cómo son o fueron o serán las cosas, *tú* sigues como yo, o como yo antes, intentando mejorar las cosas. Al fin y al cabo, si fueras realmente tan pesimista, no publicarías *La Idea Americana* ni te preocuparía otra cosa que el puro placer del momento.

—El placer del momento varía de una a otra persona. —Peter se puso críptico. Ambos hombres se quedaron largo raro en silencio mientras Peter se balanceaba y Burden contemplaba el retrato de Jefferson. Luego Peter dijo—: ¿Por qué cree que lo que escribí sobre Clay tuvo tan poca resonancia? Era la verdad, y era devastadora.

—Aparentemente, no. De todos modos, al público le impresionan únicamente los ganadores.

—Pero los ganadores se han convertido en perdedores. Hasta los han metido en la cárcel.

—Pero decir que Clay era un falso héroe…

—Y lo *demostré…*

—… lo único que hace es confundir a la gente que ya lo ha aceptado como lo que creen que es, un auténtico héroe, el sujeto de una cantidad de publicidad extraordinaria. Eso es lo único que importa, la primera y gran impresión. No puedes cambiarlo, salvo que celebres un juicio público.

Peter comenzó un suspiro que acabó en gruñido. El balancín crujía bajo su peso.

—Supongo que soy ingenuo.

—Optimista es un epíteto mejor. Crees que tener la razón es suficiente. Nunca lo es. Aunque tengo que decir que si no hubiese sido por la guerra de Corea, creo que habrías derrotado a Clay. ¿Por qué lo odias? —preguntó Burden, curioso por oír la respuesta.

—¿Y usted?

—Si yo no lo odio.

Burden decía la verdad.

—Pero le obligó a abandonar. Debería odiarlo.

Burden se volvió a sentar en el sillón, de pronto en guardia, consciente del peligro.

—¿Cómo lo sabes?

Pero Peter parecía no haberle oído.

—Diana cree que es porque mi padre prefiere a Clay que a mí, pero eso es demasiado simple. Nunca me ha gustado mucho mi padre, lo que significa que debería alegrarme de que se haya aliado a Clay porque terminarán mal.

—Todo termina mal. ¿Dices que me obligó a abandonar…?

—En realidad es por Enid. —Peter dejó de balancearse y se agarró las enormes rodillas; parecía tallado en piedra—. Clay la mató.

—Ah… —dijo Burden, con un gesto que manifestaba lo imposible que le resultaba comentar los asuntos privados de una familia que

no era la suya.

—Oh, sé que de todos modos podría no haber sobrevivido, pero ellos la sacaron de en medio.

—Y ahora querrías sacar de en medio a Clay.

—Sería una satisfacción.

—¿De la forma en que piensas que me sacó a mí de en medio?

Burden formuló la pregunta de forma directa.

—Sí —dijo Peter, mirando a Burden a los ojos—. Fue el viejo asunto de la venta de tierras indias. Antes de ser puesto en evidencia por Clay, prefirió retirarse de la carrera.

Sobre la mesa de Burden había una regla de estaño colocada diagonalmente sobre un ejemplar del *Boletín del Congreso*. Como no le gustaba el ángulo, la movió de forma que dividiese pulcramente el documento por el centro.

—¿Cómo —preguntó— te has enterado?

—Tengo un amigo en el *Tribune* que de vez en cuando me deja ver alguna cosa antes de publicarla. Harold Griffiths ha escrito una columna describiendo todo el asunto. Ya está en imprenta.

—¿Por qué escribe Harold Griffiths esto en este momento, cuando ya no estoy metido en política?

—Cree que usted estaba metido en lo que yo escribí. Como no puede atacarme directamente, por causa de mi padre…

Incapaz de contenerse, Burden hizo la pregunta que no debería haber hecho.

—¿Crees *tú* que acepté un soborno?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Peter, alzando inesperadamente la voz y poniéndose en pie—. Considerando cómo son los demás, ¿por qué iba a ser usted diferente?

—Uno debe serlo.

Pero la voz de Burden era imperceptible.

Peter empezó a hablar antes de que el otro acabase.

—No hay virtud en ninguno de nosotros, senador. Somos salvajes y no me diga que era mejor cuando él vivía —dijo Peter, golpeando el rostro pintado de Jefferson—. Mintió, engañó y escribió una prosa

encantadora y coleccionó recetas y quiso ser el dueño y señor de este loco país y lo hizo y murió y allí se acabó. Y no me diga que la opinión que el futuro tiene de uno tiene importancia, porque la raza humana se acabará un día, ni antes ni después de lo previsto, y entonces no habrá importado un comino quién fue simio y quién fue mono en esta asquerosa jaula.

Peter se hallaba en la puerta; hizo una pausa en su perorata y por un instante miró fijamente al texto de Platón enmarcado. Luego se volvió a Burden y le dijo con voz normal.

—Yo que usted apelaría a Blaise. Le aprecia tanto como puede apreciar a cualquier otra persona, aparte de Clay, y eso no es verdadero aprecio, sino lo que los griegos llamaban «desafortunada pasión». Y, hablando de griegos, su Platón está mal —dijo señalando el texto de la pared—: «Cada uno de nosotros no ha nacido únicamente para sí mismo». Es una falsificación. Platón nunca escribió esta carta. Tal vez debería haberla escrito, pero no lo hizo. ¿Qué puedo hacer para ayudarle?

Atravesaron Chain Bridge y giraron hacia la izquierda por la carretera en dirección a Great Falls. Hacía años que Burden no pasaba por allí y halló el paisaje tristemente cambiado. Armazones de madera para futuras casas se levantaban, contrastando con los oscuros árboles, y las vallas publicitarias anunciaban comunidades completamente nuevas en donde podría vivirse cómodamente, con toda clase de aparatos modernos, a sólo veinte minutos del centro de Washington. A Burden no le gustó nada lo que veía. Pero aquel día se negaba a que nada le afectase. No pensaría más que en los bosques llenos de frescor con olor a setas y a materia orgánica.

—Aquí está el desvío, en la gasolinera.

—De acuerdo —dijo el chófer, un joven negro que le había buscado Henry, quien se había ido a trabajar para el gobierno con la reacia bendición de Burden. Perder al sombrío Henry era como perder a un hermano, pero no podía negarle la oportunidad de

aspirar a una pensión del gobierno. Henry se había ido solemnemente aquel verano con la promesa de aparecer todos los domingos a cuidar las rosas, y lo cierto es que hizo alguna aparición esporádica en la casa para hablar de política con el senador y fumigar un par de rosas. También habló en privado y durante un buen rato con su sustituto, pero hasta la fecha no había logrado convencer al joven de que a su jefe tenía que llamarle «señor». De forma pasiva, a Burden le desagradaba el nuevo conductor, pero el esfuerzo de buscar otro estaba más allá de sus posibilidades.

Kitty tampoco era ninguna ayuda. Ahora no tenía otro interés que el de los pájaros, para los que estaba construyendo un complicado santuario. Pasaba sus días en su gorjeante compañía. En bata y zapatillas, toda despeinada, apenas hablaba con nadie, lo cual era de agradecer, pues con la edad su cerebro se había llenado de fantasías y en lugar de balbucear molestas verdades revelaba ahora sueños excéntricos que pasmaban y repugnaban incluso a aquellos que mejor la conocían. Pero se sentía feliz entre sus pájaros y Burden la envidiaba por haberse sustraído tan enteramente a los humanos. No habría más dolor para Kitty, salvo una breve aflicción ante la caída de un pájaro, reversible al instante en algo placentero mediante un servicio fúnebre con los árboles por testigos. Ahora que la necesitaba, se había ido, pero era justo, puesto que en los días en que ella lo había necesitado, él la había olvidado, la había dejado atrás, mientras él iba tras la presidencia, año tras año, arriba y abajo por el continente. Ahora no habría más viajes; volvía a casa de nuevo, pero la muchacha con que se había casado medio siglo antes había dejado de existir y en su lugar había una anciana de cabello fino que hacía migas con el pan duro para dar de comer a los pájaros.

—Y ahora, ¿hacia dónde voy?

Había en aquella voz una combinación de hostilidad y petulancia. Burden miró por la ventanilla. Estaban en una carretera que no le resultaba familiar, con casas nuevas a ambos lados, cada una con su

elevada antena de televisión absorbiendo del aire crudas imágenes y embustes. ¡Oh época detestable!, pensó, sintiendo odio por todo.

—Todo recto. Sigue adelante.

Había reconocido, el trozo de bosque en donde normalmente Henry estacionaba el coche. Por lo menos los abetos seguían iguales, intactos.

—¿Pero qué quiere que haga?

El rostro negro le miró, estúpido de tan absorto en sí mismo.

—Quiero que me esperes —dijo Burden fríamente; luego se volvió y se dirigió a pie a los bosques donde el Norte y el Sur se habían enfrentado en combate mortal y, al menos aquel día, el Sur, su Sur, había ganado.

A medida que avanzaba lentamente por entre la hierba alta, se le llenaban los pantalones de pinchos, pero no se detenía a sacarlos. Estaba empeñado en hallar su colina. Ahora, todo dependía de aquello. Una vez que lo lograse, todo estaría bien. Se hallaría a salvo de ofensivas, protegido por aquella victoria del Sur, que olía a virtud, valentía y honor. Como los pinchos, las palabras se le quedaron en la cabeza. Y aunque se dijo a sí mismo que las palabras tenían únicamente el significado que uno quisiera darles, también sabía que, una vez investidas de significado, eran completamente mágicas y podían tanto destruir como sostener a uno.

¡El campo era el mismo! Pero en la colina donde solía sentarse habían talado los árboles, excavado un sótano y habían apilado ordenadamente bloques de cemento. La bala habría sido desenterrada hacía tiempo por las excavadoras que habían vaciado el sótano de la futura casa.

—¿Qué está haciendo aquí?

La voz procedía de un hombre de cara triste en pantalón vaquero y cazadora.

—Perdone —dijo Burden amablemente—. Soy el senador Day.

—No le he preguntado quién era. Le he preguntado qué está haciendo aquí. Esto es propiedad privada.

Chasqueado, Burden retrocedió, alejándose de la colina profanada.

—Lo siento. No sabía que vivía gente aquí. Solía venir a…

—He puesto carteles. Estoy seguro de que sabe leer.

—Sí. Muy bien. Gracias.

Enfurecido, Burden dio la espalda al hombre. Le había dicho quién era y sin embargo el hombre había insistido en su falta de cortesía. Así finaliza un mundo de honor.

Burden deshizo el camino hacia el coche por entre los bosques, consciente de que el hombre del campo seguía vigilándole como si temiese que pudiera prender fuego al bosque o disminuir de cualquier otra forma el valor de su propiedad.

El chófer de Burden había puesto la radio a todo volumen. Escuchaba arrobado, con la boca medio abierta, el lamento atronador de un amante.

—¡Apaga ese maldito trasto!

Una lenta y prolongada mirada, mientras el joven absorbía la orden. Luego, apagó la radio y, lentamente, abrió la puerta del coche a Burden.

—Coge la carretera del río. Ya te diré dónde tienes que parar.

Cuando el coche se puso en marcha, Burden se dio cuenta de que estaba temblando. Juntó ambas manos y las obligó con toda su fuerza a que se estuviesen quietas. Pero los temblores le recorrían el cuerpo. Evidentemente, una reacción retardada a lo que Peter le había dicho. Negándose deliberadamente a dirigir el cerebro a su propia ruina, el cuerpo se había visto obligado a absorber el impacto que la mente no quería reconocer.

Intentó imaginarse cómo serían los próximos días. La historia se haría pública el jueves. Podía oír el tono despectivo. Últimamente, Harold se había aficionado a revelar pequeñas (nunca grandes) corrupciones del Congreso. Abultadas nóminas y aportaciones ilegales a campañas electorales eran los delitos habituales, momentáneamente incómodos para el legislador implicado, pero raramente causantes de grandes daños. Los norteamericanos habían

creído siempre que sus representantes eran corruptos, dado que, si se hallasen en la misma situación, ellos también lo habrían sido. En efecto, el hombre de la calle engañaba diariamente a su vecino, falsificando las mercancías que vendía y, por lo demás, comportándose como sus gobernantes. Si Clay Overbury era capaz de presentarse como héroe de guerra y ser elegido, pues entonces, consideraban ellos, más poder para él. A fin de cuentas, no era distinto del vendedor de coches de segunda mano que obtiene un beneficio por un automóvil que sabe que no funcionará como es debido. Desde luego, «Si no puedes ser bueno, ve con pies de plomo» era el lema fruto de la sabiduría nacional, y no era de sabios dejarse coger. Sin embargo, Burden no estaba nada convencido de que Clay, por de pronto, habría perdido aunque no hubiese tenido una guerra tras la cual ocultarse. El pueblo parecía genuinamente desinteresado por los asuntos morales. Lo que importaba era ganar, y Clay había ganado. Para el caso, si él hubiese llegado a presidente en 1940, la aceptación del dinero de Nillson habría sido considerado retrospectivamente como una brillante necesidad, lo cual, en cierto sentido, había sido. Incluso ahora, sentía no tanto el haber vendido su voto como el haber abandonado su responsabilidad con respecto a los indios.

El sudor le nublaba la vista, mientras sus miembros fríos se retorcían cómo suspendidos de cuerdas manipuladas por alguien. Debía recobrar el control de sí mismo. Recordó una visita que le había hecho recientemente uno de los indios cuya tierra fue vendida a Nillson. «Es lo mejor que nos ha pasado en nuestra vida. Vender aquella tierra. De todos modos, no había ni una gota de maldito petróleo, y si hubiésemos permanecido allí, seguiríamos como siempre, condenadamente ignorantes. Ahora tengo mi propio negocio y…». Historia de un éxito: una mala acción con buenos resultados.

Pero Burden se negó aquel consuelo fácil. Toda la vida había creído que uno debía comportarse de una forma determinada, a pesar del ejemplo de los otros, y durante la mayor parte de su vida

había sido honrado. Aun cuando sondeaba con toda majestuosidad las profundidades y superficies del honor, había hecho pocas concesiones a su sentido de la virtud. Que los demás no compartieran su escrupuloso refinamiento hacía que se sintiese todavía más complacido consigo mismo. Ahora, todo aquello había llegado a su fin y sería presentado como lo que era, peor que los otros, porque al menos ellos ni por un momento creyeron que era mejor ser honrado que deshonrado, noble que traidor, bueno que malo; ningún sofisma en cuanto a lo que era *verdaderamente* bueno podría salvarle de sí mismo, ni qué decir del desprecio del mundo, una vez que se imprimiese la columna de Harold. Y, con toda franqueza, era lo que los demás dirían lo que le dolía más. Saber que se reirían de él por haberlo pillado, se deleitarían en el final de su carrera y, luego, se olvidarían fácilmente de que había existido, puesto que, al fin y al cabo, ¿quién era él sino otro político sinvergüenza que había tenido su momento?

—Para aquí.

El chófer frenó demasiado deprisa. Burden se dio un golpe en el hombro dolorido contra el lateral del coche. Maldijo en voz baja. Luego, antes de que el tonto pudiese preguntarle qué era lo que tenía que hacer, Burden le dijo que tenía que esperar.

—Voy a dar un paseo. Puedes poner la radio si quieres.

Arboles sin hojas descendían por una escarpada pendiente hasta el Potomac, cuyas aguas marrones formaban remolinos alrededor de las rocas que rompían el curso del río, como multitud de piedras de paso colocadas para el uso de un gigante.

Entre los árboles serpenteaba un estrecho sendero al que se aferraba, apresurándose, como un chiquillo, en dirección al río, sin otra cosa en la cabeza que huir por completo del presente y de los humanos.

Bruscamente el sendero daba un giro tras el que aparecía una cabaña en ruinas con medio techo, la puerta reventada y las ventanas rotas. Se detuvo y miró en el interior. El suelo estaba cubierto de periódicos amarillentos y de cenizas de hogueras. Pensó

en el alma de la oscura cabaña que, castigada y deteriorada, dejaba entrar nueva luz, pero sólo para descubrir, viéndola más de cerca, botellas de cerveza vacías, preservativos usados y un zapato masculino. Continuó su descenso por los bosques llenos de frescor, mientras el rugido del agua sobre las rocas aumentaba a cada paso.

El sendero finalizaba en una estrecha playa rocosa. Entre altos peñascos, pulidos por el último glaciar, estaba su padre de pie, con el uniforme de confederado desgarrado y con un rifle en la mano, como aquel día en la batalla de Manassas en que su hijo no le había reconocido. Los ojos rabiosos del chiquillo furioso que nunca había conocido eran los del hombre que lo había atormentado de por vida.

Burden habló primero.

—Tenías razón —dijo—. Todo ha ido mal. Estarás contento.

Dio un paso de tanteo en dirección al cabo confederado, que retrocedió otro paso, dejando al descubierto su blusa desgarrada, que brillaba con la sangre de una herida reciente.

—¡Todavía estás sangrando!

El grito triunfante hizo que el chiquillo agarrase el rifle de forma que impidió que Burden se acercase a él. Pero llevado por la pasión, Burden no iba a desistir simplemente por causa de la muerte. Toda la vida se concentraba ahora en aquella única herida abierta y el mundo sólo necesitaba que taponase aquella sangre.

Con los dedos rígidos, Burden se sacó del bolsillo un pañuelo. Luego caminó hacia el soldado herido medio esperanzado que saliese corriendo. Pero aquél no era un joven corriente; era su padre, honorablemente herido por una bala enemiga en el campo de batalla. El cabo confederado no se inmutó, ni siquiera cuando por fin estuvieron cara a cara.

Durante un buen rato Burden miró fijamente aquellos ojos azules que reflejaban perfectamente un cielo vacío. Luego, lentamente, extendió la mano con el pañuelo. Ahora, sólo el rifle le interrumpía el paso. Esperó pacientemente hasta que por fin, maravillosamente, el rifle descendió. Con un grito se abalanzó sobre el joven que era su padre, hundió el pañuelo en la herida, perdió el equilibrio, se cayó

en aquellos brazos, muertos hacía tanto tiempo, y como dos amantes impacientes se abrazaron y se desplomaron juntos.

Nueve

★ 1 ★

Como un extraño inseguro de la acogida que le van a deparar, Peter entró en el salón repleto de gente descubriendo que la araña Príncipe Regente había sido sustituida por un fantástico trasto de cristal de Murano de colores. En realidad, toda la casa había cambiado, menos la gente: el cristal de Regencia podría dejar paso al de Murano, pero Lucy Shattuck resistía, y sólo una cierta cualidad correosa de su piel delataba la posibilidad de que, con el tiempo, también ella se acabase.

—¡Peter, querido! —Mientras lo abrazaba ritualmente, le susurró al oído—: ¡Nunca había visto una cosa igual! ¡Lo que ha hecho con la casa!

—No es lo que se dice austero.

Colores vivos, cristales exóticos, mobiliario moderno de diseño extravagante habían sido combinados para dar una impresión de atrevida opulencia que no le resultaba del todo desagradable, una vez que se hizo a la idea de que Laurel House era simplemente un edificio como cualquier otro, un fragmento de propiedad inmobiliaria, el cual, habiendo cambiado de manos, debía necesariamente cambiar de estilo y así, alegremente, el escenario de su juventud había sido barrido por un decorador de interiores haciendo realidad el sueño del cliente.

—Si Frederika viera esto, creo que se moriría.

Lucy parecía encantada con la idea de la muerte apoplética de su amiga de siempre.

—Bueno, nunca lo verá. Ha jurado que nunca más volvería a poner los pies en esta casa.

Aunque Frederika había sido la más entusiasta a la hora de vender («demasiados recuerdos»), se quejó amargamente cuando finalmente la casa fue adquirida por la señora Ogden Watress. Afortunadamente, la distracción de recrear Laurel House en un palacio renacentista de la época anterior a la depresión, situado en Massachusetts Avenue, le impedía caer en melancolías; Blaise, por otra parte, estaba encantado de vivir en la ciudad, más cerca de su cuartel general situado en la Calle Novena.

—Está aquí tu padre, tanto si tú te lo crees como si no.

—Me lo creo. ¿Por qué no?

En el otro extremo de la sala, la señora Watress, al ver a Peter, dio un grito de alegría y abandonó a sus dos acompañantes (miembros de la Administración, ambos con idénticas gafas sin montura) para dar la bienvenida a Peter a su antiguo hogar.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿No he hecho maravillas? —dijo Irene, señalando una rudimentaria escultura de cristal de Murano y un Monet encima de la chimenea.

—No habría reconocido nunca la casa —dijo Peter con toda exactitud—. Sólo el exterior es el mismo.

—No por mucho tiempo. Voy a añadir un ala estilo paladiano, por causa de Ogden y de todos los animales que ha cazado. ¡Vamos a tener una galería en la que no habrá más que cabezas disecadas!

—Tendrás que cobrar entrada —le dijo Lucy Shattuck—. Yo la pagaré de buena gana.

Peter se negó a encontrarse con su mirada.

—¿Le gusta al señor Watress vivir en Washington?

—Se acostumbrará. —Irene estaba muy segura—. Y, por supuesto, conoce a tanta gente de los Eisenhower, como Foster Dulles. De hecho, *cher* Foster era el administrador de los Watress.

—Sí, lo sé —dijo Lucy secamente—. Yo también fui una novia Watress. Pero ni siquiera *cher* Foster pudo evitar que Ogden y Schuyler se arruinasen.

La malicia de Lucy era exuberante e imparcial. Siempre sabía los trapos sucios de todo el mundo; en el caso de los Watress, sin embargo, no había mucho que pudiese revelar porque aquella sitiada familia se había hecho de propiedad pública cuando el senador Clay Overbury se había casado con Elizabeth Watress en una espléndida ceremonia, deslucida únicamente por la inesperada aparición de Schuyler Watress, que había insistido en entrar del brazo de su hija, ante el horror de Elizabeth, puesto que Schuyler no era el más anónimo de los alcohólicos. Con todo, se había comportado razonablemente bien en la iglesia y, una vez concluida la ceremonia, había tenido la gracia de esfumarse por completo; y no se volvió a saber de él hasta el otoño, cuando envió a los recién casados un recorte de periódico describiendo un partido de polo en el que él había marcado tres tantos en Santa Bárbara. No había ninguna carta adjunta. Felizmente, su lugar en la recepción de la boda fue más que ocupado por su primera esposa, Lucy, y su hermano recién arruinado, Ogden, por no mencionar al padrino, Blaise, que había hecho las veces, observó Peter debidamente, de padre del novio.

La recepción se había ofrecido en Laurel House y aunque nadie estaba completamente seguro de que Irene Bloch hubiese sido invitada, estaba allí e hizo historia. A los pocos minutos de conocer a Ogden Watress, decidió que había llegado el momento de sacarse el luto, y aunque más tarde confesó a Peter que al principio le costó abandonar su apellido, finalmente había llegado incluso a hacer aquel sacrificio por amor. Se convirtió en la señora Ogden Watress en una ceremonia celebrada a bordo de un barco de la compañía Cunard Line rumbo a Le Havre. En cuanto a puro interés y entusiasmado chismorreo, el matrimonio de Irene suscitó casi tanta expectación en la ciudad como la más gloriosa boda de Elizabeth y Clay. Todas las damas de Washington estuvieron de acuerdo en que había que sacarse el sombrero ante Irene. Había triunfado. Nadie podría pasarla por alto o despreciarla nunca más. Con la adquisición

de Laurel House, su victoria fue total. Todos fueron hacia Irene, excepto la madre de Peter, a la que no se echó de menos.

—¡Ogden tiene la agudeza más extraordinaria para los negocios! —dijo Irene, mirando benévolamente a su marido, alto, corpulento y de cara sonrojada, que estaba mostrando a varios invitados desconcertados una escultura moderna tan grande que casi impedía el paso a lo que en tiempos de Peter había sido la sala de cartas, pero ahora era, según podía adivinar desde donde se hallaba, una galería de arte ingeniosamente iluminada.

—Entonces debe de haber cambiado desde que me casé con Schuyler. En mis tiempos, se había establecido una competición entre los dos chicos a ver quién podía perder más dinero.

—Peter y yo detestamos los negocios, ¿verdad? —dijo Irene sonriendo radiante a Peter, quien estuvo de acuerdo en que los negocios no eran su fuerte— Nosotros somos *au fond spirituel*, que es lo que hace tan divertido que ganemos dinero juntos.

Lucy sintió curiosidad.

—Ese manifiesto comunista vuestro…, ¿es realmente rentable?

—Oh, sí —dijo Peter amablemente; ninguna crítica a *La Idea Americana* le molestaba—. De hecho, ahora es casi una revista de masas, gracias al senador McCarthy.

Durante las audiencias del Congreso en las que el demagogo había considerado significativa y siniestra la promoción de un oscuro dentista del ejército del que se sospechaba tenía tendencias izquierdistas, *La Idea Americana* había lanzado una serie de ataques contra el senador, quien, posteriormente, empezó a caer, y a Peter le gustaba pensar que su declive era debido, al menos en parte, al trabajo que habían hecho él y Aeneas. En cualquier caso, el propio investigador se hallaba sometido a investigación por un subcomité del Senado y transcurridos cuatro años de inquietud nacional, el Senado de Estados Unidos, con su tedioso estilo, estaba ahora a punto de presentar moción de censura contra McCarthy por haberse comportado groseramente en la Cámara.

—¡Elizabeth!

Irene saludó a la hija de Lucy, que estaba aún más bella, decidió Peter, que antes de casarse.

Irene pensó lo mismo.

—¡Es la maternidad! ¡Mírala, Lucy! ¡Mira qué preciosa es *nuestra* chica!

—Desde luego, está más guapa que cuando estaba embarazada y llena de urticaria. Hola, querida. —Como quien no quiere la cosa, Lucy dio un beso a su hija. Luego, en busca de diversión, se volvió a Peter—. ¿Este año sois amigos o no?

—Yo siempre soy amigo —dijo Peter sin ofrecer la mano a Elizabeth, quien no dejó que su amplia sonrisa se desdibujara ni por un instante.

—¡Yo también! —dijo ella con los ojos resplandecientes—. Por lo menos lo intento, porque Clay dice que nunca debes dejar que la política se convierta en un asunto personal. Pero no siempre puedo evitarlo. Hay veces en que me pongo absolutamente furiosa cuando algún desgraciadillo ataca a Clay y luego, claro, digo algo sencillamente horrible, ¡y entonces Clay se pone furioso conmigo!

—¿Quieres decir que sólo un desgraciadillo atacaría a nuestro Clay?

Cuando no estaba en su elemento, se podía contar con Lucy para crearlo.

Rápidamente, Irene intentó mantener la paz que hubiere.

—¡Todos tenemos que ser amigos! Además ¿no somos todos parientes? Yo soy la *tante* de Elizabeth, mientras que Peter y Clay…

—Tú eres mi tía, ¿no? ¡Y me alegro tanto!

Que Elizabeth dijera aquello impresionó profundamente a Peter. En los viejos tiempos, había desdeñado especialmente a la «horrorosa». Irene, pero ahora era toda afecto, a diferencia de su madre, que continuaba torturando a Irene como si siguiese siendo la mujer de Samuel I. Bloch que se colaba en las fiestas y no la salvadora de los hermanos Watress así como co-patrocinadora de la carrera del senador Overbury.

—… mientras que Clay es el cuñado de Peter…

—*Era* mi cuñado —dijo Peter con más sequedad de la que pretendía.

A Elizabeth se le puso tensa la mandíbula, aunque la sonrisa no se le inmutó.

—Pero la fidelidad a la familia continúa, pase lo que pase.

—Oh, la mía sí —dijo Peter, preguntándose si alguna vez aquella mujer le había gustado—. Pero a *mi* familia, no a él. De hecho, a Enid.

—¡Pero si está el senador Watkins! —dijo Irene abandonando a sus parientes.

—Enid era una chica maravillosa —dijo Elizabeth como en defensa de los muertos—. Y una persona tremendamente *fiel*, y creo que eso es lo más importante del mundo.

—¿De veras lo piensas? —dijo su madre, divertida.

—La fidelidad puede ser lo más importante del mundo —dijo Peter—, pero es una cualidad de la que Enid carecía.

—¿*Como* puedes hablar así de ella? —La furia de Elizabeth, que nunca iba más allá de la superficie, explotó al fin, ante el evidente deleite de su madre—. ¿Por qué siempre tienes que atacar a todo el mundo? Especialmente a la pobre Enid, que está muerta.

—No estaba atacándola, he dicho simplemente que la fidelidad no era el punto fuerte de Enid.

—Elizabeth es un poco obsesiva con el tema de la fidelidad —dijo su madre—. Creo que le viene de Clay. En los viejos tiempos, nunca utilizábamos la palabra, ¿verdad, querida?

—Oh, sí, claro que sí. Por lo menos yo sí. —Con su madre, Elizabeth recuperó la serenidad—. Siempre he pensado que uno debería saber exactamente quiénes son sus amigos y qué puede esperar de ellos. —Se volvió a Peter—. Tengo una lista negra.

—¿Una lista de tus amigos o de tus enemigos? —dijo Peter divertido.

—¡Oh, de los enemigos! Al fin y al cabo, la venganza puede ser tan dulce como el amor.

—¡Dios mío, qué hija he traído al mundo! —dijo Lucy casi con respeto. Cambió de tema, como si sospechase que su nombre podría encabezar la lista—. ¿Está Clay contigo? ¿Ha venido?

—Sí. Está en la biblioteca con el señor Sanford. Están viendo en la televisión una cinta grabada de una entrevista que hicieron a Clay.

—Deberías ir con ellos —dijo Lucy a Peter, quien dijo que prefería no ir—. En todo caso, no te pierdas lo que Irene ha hecho con aquella habitación. Ha cubierto las paredes de arpillera. Me pregunto cómo se siente Blaise, al volver a Laurel House y encontrarla tan cambiada.

Aunque Lucy había pinchado a Peter, fue Elizabeth quien reaccionó.

—El señor Sanford adora a Irene y piensa que ha hecho maravillas en la casa —dijo mirando a Peter, desafiándolo a contradecirla.

—Por supuesto —dijo Peter plácidamente—. Irene ha sido siempre una de las favoritas de mi padre. Precisamente, estuviste aquí la primera vez que vino a cenar.

Pero Elizabeth no recordaba la ocasión. Con una sonrisa, susurró que quería champaña. Peter y Lucy se quedaron mirándola, mientras ella atravesaba la habitación, con las miradas de todos los presentes vueltas hacia ella.

—Es preciosa —dijo Peter.

—Pero no tiene la clase de Enid —dijo la madre inesperadamente.

—No —admitió Peter—. Pero esperemos que le vaya mejor.

—Le irá mejor, si no se tira a la bebida como su padre. De todos modos, son una pareja perfecta.

Peter asintió.

—Clay siempre le ha gustado mucho.

—Clay no lo sé, pero desde luego la fama le gusta. Haría cualquier cosa para llamar la atención.

De repente había desaparecido el tono irónico habitual de Lucy.

Peter la miró algo sorprendido. Luego dijo evasivamente:

—La mayoría de la gente lo haría.

—La mayoría de la gente haría algo, pero no *cualquier cosa*.

—Bueno, si no hubiese personas como Elizabeth y como Clay no habría historia. Las cosas grandes tienen que ser voraces.

—¿Es necesaria la historia? —dijo Lucy, haciendo una mueca repentina; bajo la intensa iluminación del salón de Irene, parecía una lagartija disecada.

—Ayuda a pasar el tiempo.

—Oh, pasa de todos modos. De hecho, mi hija me llena de admiración. Tiene exactamente lo que quería, y no se me ocurre ninguna otra mujer que lo haya logrado excepto…

—¡Irene! —dijeron ambos al unísono.

—*Tante Irene* —repitió Lucy alegremente—. ¡Pobre Ogden! Siempre ha sido tan esnob y ahora ¡míralo! Pero bueno, los Watress nacieron para ser humillados por las mujeres. Yo, desde luego, se las hice pasar moradas a su hermano.

La entrada de Millicent Smith Carhart puso punto final a sus intimidades. Lucy se acercó a su vieja amiga y mientras las dos damas avanzaban a través de la abarrotada sala, Peter meditó sobre la naturaleza del juego en que todos participaban, que era, sencillamente, la guerra. A conquista a B que conquista a C que conquista a A. Cada uno a su manera luchaba por predominar, y negar esta naturaleza depredadora esencial era sentimentalismo; acomodarse a ella, un error; cambiarla, imposible. No obstante, Peter no estaba preparado para aceptar el hecho de que, incluso para él, podría no existir ninguna alternativa a ser un feroz carnívoro en una guerra de jungla claramente destinada a continuar, con o sin él, hasta el fin del hombre.

No contento de sus meditaciones, Peter fue al comedor, donde, como había esperado, habían preparado un *buffet* debajo de un móvil de bronce complicadamente feo que giraba espontáneamente, en movimiento permanente. Aunque la mesa estaba dominada por los inevitables ahumados de jamón y de pavo, había una hilera de platos sobre braseros de aspecto prometedor. Se animó a levantar

una tapadera que reveló una combinación de lo que parecían hígados de pollo y castañas de agua. Se comió uno, quemándose el paladar. A pesar del dolor, se comió otro, maravillándose ante el genio que había tenido la idea de combinar dos texturas tan complementarias.

Mientras probaba un segundo plato, Harold Griffiths le dijo:

—El cocinero de Irene es armenio. Pero es bastante bueno falsificando platos cantoneses.

—No tan falsos —dijo Peter, con la boca llena de guisantes y setas negras.

—Espera a probar lo auténtico de Formosa. El *chef* de Chiang Kaichek es tal vez el mejor cocinero cantonés del mundo.

—Sin duda esperando que lo liberen.

Pero ahora Harold era una figura demasiado seria como para admitir aquel tipo de chanza. El más belicoso de los comunistas estaba a favor de una invasión inmediata del territorio chino, y así lo manifestaba siempre, después de su peregrinaje anual al tirano depuesto de Formosa. Aquella misma mañana, en su artículo, había ensalzado la sabiduría y energía del Generalísimo, la belleza y sutileza de su mujer, la delicada masculinidad de sus ejércitos dorados, siempre alertas para reconquistar el país perdido en manos del mal.

Harold preguntó educadamente si Diana iba a ir y, con la misma cortesía, Peter le respondió que sí. Pero a pesar de la aparente cordialidad existente entre ambos, Harold no había perdonado a Peter que revelase lo que había sucedido en las Filipinas, ni Peter había perdonado a Harold por haberse vengado no en él sino en la persona de Burden Day, cuya muerte fue anunciada en la misma edición en la que Harold revelaba la corrupción del senador. Enseguida la gente sintió compasión por Burden, de quien se pensó que se había suicidado en un ataque de desesperación, aunque Diana mantenía que se había ahogado accidentalmente y que se habría querellado contra Harold Griffiths, cosa que quiso hacer ella

en su aflicción, hasta que le dijeron que nadie puede querellarse por un muerto.

Ahora, aunque Harold Griffiths siempre le preguntaba por Diana (Peter sabía que en Washington él y Diana eran considerados como un matrimonio veterano que de manera algo excéntrica había esquivado la ceremonia convencional), ella seguía sin dirigir la palabra a Harold, lo cual entristecía a este último, ya que lo que había hecho no era más que su trabajo, en el cual, como a él mismo le gustaba decir, las chispas caen donde pueden. Peter, por su parte, nunca había comentado el tema con Harold o con Blaise aunque sólo fuera porque en cierto modo se sentía tan culpable como ellos. Si él no hubiera escrito su artículo, Harold no la hubiese emprendido contra el senador.

Mientras Peter devoraba quisquillas y Harold comía pavo, hablaron de McCarthy, el único tema en el que podían estar de acuerdo. Ambos esperaban que el Senado votase la moción de censura.

—Precisamente —dijo Harold— Clay está hablando de ello ahora mismo por televisión.

—¿Está a favor de la censura? —Peter no pudo resistir la tentación de añadir—: ¿Por fin?

La reacción de Harold era de esperar.

—No comprendes la presión a que ha estado sometido Clay.

—Pues precisamente eso es lo único que comprendo. Si desea ser nombrado vicepresidente, tiene que buscar apoyo en las ciudades del Norte, especialmente entre los irlandeses, que consideran a McCarthy como alguien elegido por Dios para protegerlos de la civilización.

—Mañana Clay votará contra McCarthy —dijo Harold impasible.

—Eso significa que es lo que hay que hacer para ir sobre seguro, lo cual es bueno saber. —Se comió una tartaleta de cangrejo; la salsa era demasiado insípida; necesitaba mostaza—. Dime, ¿piensas que Adlai Stevenson querrá que Clay se presente con él en el 56?

—¿Por qué no? Desde luego, tendrá que encontrar a alguien como Clay para equilibrar la lista, alguien que sea, bueno…

—¿Reaccionario?

—Él no es eso, y tú lo sabes.

—Entonces, ¿cómo describirías la política de Clay? Lo digo en serio. Quiero saberlo.

Aunque la pasta de la tartaleta le había parecido demasiado pesada para el cangrejo, Peter se comió otra; y esta vez detectó en la salsa una delicada pizca de curry.

—Es un pragmático. Y tiene que combinar eso con todo lo que tiene entre manos.

La repuesta fue inmediata.

Peter ensartó un hígado de pollo con un palillo de plata.

—Pragmático significa oportunista, ¿no?

—Si no eres oportunista, ¿cómo puedes llegar a ser presidente?

El tono de Harold era enérgico y duro. Peter se había fijado en sus años de editor que muchos de los que escribían sobre política eran arrastrados como Harold, a lo grosero, lo brutal y lo autocrático. Como los empleados de oficina manejan tanta tinta, había escrito Peter en una ocasión con bastante gracia, tienen sed de sangre.

—Tal vez no se pueda. —A Peter le molestó encontrar arenilla en el hígado de pollo—. En realidad, lo que más me molesta es la hipocresía de Clay. Esos sermones moralizantes que da, mientras él está siempre haciendo lo que le da la gana y negociando…

—¡No me vengas con ésas! —le dijo Harold en tono cortante—. Así es como funciona.

—Pero a mí no me gusta como funciona.

—Mala suerte, claro. —Con los dedos, Harold recortó la grasa de una lonja de jamón ahumado—. Porque el mundo no tiene visos de cambiar.

—Es bueno saberlo. —Aunque en los últimos años Harold se había vuelto casi tan glotón como él, a Peter este parecido no le resultaba nada atractivo; en todo caso, hacía que Harold le resultase

menos simpático—. Supongo que, en conjunto, a ti te gusta el mundo tal como es. Clay en ascenso. El Occidente en declive. ¿Qué más podrías desear?

Pero Harold no le respondió sino que se sirvió pavo, mientras Peter devoraba el jamón. Luego se acercaron dos bonitas muchachas que tenían hambre. Harold, cortés y en actitud de coquetear, se lanzó a un complicado discurso sobre la cocina cantonesa, puntuado por una fuerte carcajada que más se parecía a un ladrido, lo que ahuyentó a las chicas una vez alimentadas.

Harold fingió que las encontraba atractivas.

—Primas de Ogden Watress. Condenadamente atractivas estas chicas, ¿no crees?

—Oh, sí —dijo Peter, divertido como siempre por el esforzado alarde de heterosexualidad por parte de Harold—. Pero prefiero la comida, ¿sabes? Tengo que decir que los dos somos un poco como Eugene Pallette, ¿recuerdas? En aquella película en la que se murió de indigestión…

—Era Guy Kibbee. —Por un instante se asomó el viejo Harold, para ser pronto engullido por el nuevo—. La otra noche pasó una cosa rara —dijo Harold con la boca llena de gambas—. Clay y yo estábamos en el Sulgrave y él estaba mirando a las chicas de la pista de baile y dijo de pronto: «¿Con cuántas te has acostado?», y yo le dije: «Oh, una o dos», y él: «¡Yo me he acostado con todas ellas, qué demonio!».

—¿Dónde estaba Elizabeth cuando él dijo aquello?

Harold miró con desconfianza a una fuente de arroz con azafrán.

—Hablaba del pasado.

—Del presente, según tengo entendido. ¿Cómo lo aguanta ella?

Pero la pregunta de Peter era retórica, puesto que la aceptación por parte de Elizabeth de la promiscuidad de Clay ya formaba parte de las leyendas de Washington. Incluso se sabía que, alguna vez, había colocado chicas guapas cerca de su marido en una cena, como si poniéndole delante una chica deliberadamente, ella pudiese participar indirectamente en una vida sexual de la que se hallaba tan

notoriamente excluida. En Washington estaban divididos por un igual entre los que pensaban que era una mujer de piedra y los que la creían extraordinariamente lista y, en el mejor de los sentidos, atípicamente americana. Peter solía admirar su forma de manejar las situaciones difíciles. Pero ella y Clay eran más aliados que amantes, la ambición de ella exactamente al mismo nivel que la del marido.

El comedor empezó a llenarse de gente que, a diferencia de las muchachas, estaba ansiosa de escuchar a Harold. Él les complació. Mientras Harold comentaba las noticias del día, Peter se dio cuenta de repente de que no era más que un actor. Con la misma facilidad, Harold podía ser poeta fracasado y amigo del hijo del señor de la prensa o cronista de soldados rasos o sabio consejero de una nación que debía prepararse pronto para la guerra final entre los átomos de luz y los de oscuridad. Conociendo finalmente la naturaleza del otro, Peter se sintió aliviado pensando que lo que había considerado con cierta pena una amistad perdida, no era más que una antigua actuación que había sido eliminada del repertorio.

Peter dejó a Harold con su público y entró en el vestíbulo en el momento en que llegaba un grupo de invitados. Pero cuando vio que Diana no se hallaba entre ellos, se dirigió hacia el salón. En aquel momento, Blaise salía de la biblioteca. Simultáneamente, padre e hijo decidieron evitar el contacto físico; no se estrecharon la mano. En lugar de eso, Peter señaló una enorme mancha de pintura de vivos colores en la pared de enfrente.

—¡Las cosas no son lo que eran!

—¡Es horrible! —Aunque Blaise era ahora aliado político de la señora Ogden Watress, no estaba dispuesto a abrazar todas sus obras—. Gracias a Dios, Frederika no está aquí para verlo.

—¿Cómo está Clay? Está ahí dentro, ¿no? —dijo Peter señalando la puerta de la biblioteca.

—Sí. —Su padre parecía incómodo—. Lo hemos estado mirando por la televisión. ¿Has visto lo que ha hecho Irene en la sala de cartas? Parece un museo de los horrores.

Consciente de que su padre no quería que fuese a la biblioteca, Peter dijo:

—Hace meses que no veo a Clay. Supongo que debería saludarlo.

Y dejó a Blaise con sus clientes habituales que habían empezado a congregarse a su alrededor.

Clay estaba sentado delante del televisor. A su lado estaba Aeneas Duncan, que dijo:

—Acabo de llegar a la ciudad esta mañana. Iba a llamarte más tarde.

Peter le dijo que muy bien, preguntándose, mientras hablaba, qué estaba haciendo Aeneas en territorio enemigo.

Peter saludó a Clay, quien le dedicó una sonrisa de chiquillo, en fuerte contraste con la expresión seria del senador Overbury que en aquel momento les miraba desde el aparato de televisión. El programa tocaba a su fin y se estaban identificando los participantes. A la luz gris y parpadeante del tubo catódico, Clay tenía un aspecto maduro y responsable, completamente distinto de su ser real, que se veía inesperadamente joven, como si no tuviese una sola preocupación en la vida.

—Aquí me salvo por los pelos en un par de ocasiones —dijo señalando el televisor—. Salieron a cazarme a toda costa. Te hubieras divertido.

Parte del nuevo encanto de Clay consistía en tratar a los enemigos declarados con la misma tranquilidad confiada con que trataba a sus aliados.

—¿Te obligaron a cantar sobre McCarthy? —dijo Peter igualmente despreocupado—. ¿Votarás la moción de censura?

—No hay nada que cantar. Dije que estaba a favor de condenarlo. No, donde intentaron que me pillase los dedos fue en…

Peter se percató del verbo.

—¿Estás a favor de condenarlo o de censurarlo?

—Es lo mismo.

La distinción no parecía interesar a Clay.

—Pues *no* es lo mismo. ¿Verdad, Aeneas? —dijo Peter volviéndose a su redactor y amigo.

—Bueno, no, no lo es. —Aeneas podía ser tortuoso en sus razonamientos y perverso en sus reacciones, pero cuando se trataba de hechos no podía evitar el ser exacto—. En el Senado, condenar es mucho más suave que censurar. En este caso, es un instrumento para sacarlos a todos del apuro.

—Y Clay quiere salir del apuro.

Pero Clay pareció no haber oído. Miraba fija y pensativamente su imagen en el televisor.

—Esas luces son asesinas —dijo por fin—. Y mira cómo me enfocan desde abajo. ¡Parece que tuviera papada!

—Evidentemente, el operador de cámara era liberal —dijo Peter, fijándose en que donde antes había estado el retrato de Aaron Burr, habían colocado un complicado *collage* de papel de periódico.

—No —dijo Clay de pronto, apagando el televisor—. No estoy en ningún apuro. McCarthy está acabado. —Dio unas palmaditas al aparato—. Y esto es lo que ha acabado con él. Tenía muy mala imagen en televisión, pobre hijo de puta. Lo siento por él.

—Pero lo condenas, al menos en el Senado.

—Oh, sí, sí. Bailaré sobre su tumba como todos los demás. —A Clay había dejado de interesarle aquel tema. No era propio de él desperdiciar tiempo en teorías o analizando lo que ya no era importante—. Voy a escribir un libro —dijo, en el preciso instante en que Peter se sentaba en algo que parecía un banco, pero que era en realidad una mesita de té de laca china; se rompió en pedazos bajo su peso.

Clay se rió. Aeneas sonrió preocupado. Peter se quedó donde estaba, en el suelo, rodeado de fragmentos de la mesa. Con dignidad, cruzó las piernas y preguntó cuál era el argumento del libro.

—La idea americana, ¿qué si no? Pero con minúsculas. ¿Por qué no tiras los trozos al fuego? Nadie la echará de menos.

A Clay le había divertido el accidente que Peter decidió pasar por alto.

—¿Y cuál es *tu* idea de la idea americana?

Desde su posición en el suelo, Peter se sentía juicioso.

—Espero que el libro la deje clara.

—¿*Qué* es lo que dejará claro?

—Lo que pienso que somos y lo que creo que deberíamos ser.

—¿Qué somos?

—Para empezar, la mejor alternativa al comunismo —dijo Clay al instante.

—Bueno, Aeneas puede aclararte las cosas en ese punto, Y ¿qué *deberíamos* ser?

—Buenos —dijo Clay.

—Oh, *¡eso!* —se rió Peter—. Eso es fácil, ¿no? Al menos de decir.

—En absoluto —dijo Aeneas preocupado—. De hecho, es lo más difícil de definir. Hasta Wittgenstein…

—Difícil para nosotros, sí, pero para Clay, ser bueno significa frenar el comunismo, equilibrar el presupuesto…

—Creo que es más ambicioso que eso.

Cayendo finalmente en la cuenta de lo que estaba pasando, Peter no intentó disimular su asombro.

—¡Aeneas! ¡Vas a ser tú quien le escriba el libro!

—Le he dicho que le ayudaría. Ya sabes, una idea aquí y allá —dijo Aeneas incómodo, pero no en tono de disculpa.

—Pero ¿*cuál* de tus ideas? ¿La necesidad de abandonar el sistema bipartidista, la similaridad entre el orgasmo y la bomba, el hecho de que la publicidad televisiva es la principal causa del cáncer? —A Peter la deserción de Aeneas le parecía no sólo sorprendente sino también estimulante. Se volvió a Clay—. Aeneas está lleno de ideas. Tienes que elegir cuidadosamente.

—Es mi intención. —Clay estaba encantado—. No espero ser demasiado abierto…

—Naturalmente —dijo Peter mirando al nervioso Aeneas, a quién preguntó, muy amablemente—: Pero ¿por qué, Aeneas, tú quieres

ser tan cerrado?

—Yo no lo veo así. Al fin y al cabo, sólo estoy echando una mano.

Pero Peter podía ver que Aeneas sufría; su diálogo interior estaba furioso, por decir poco.

—Él también es un número uno —dijo Clay—. Y filosóficamente no estamos tan distanciados como podrías pensar.

—¡Un rey filósofo! —dijo Peter, poniéndose en pie—. Bueno, sois sorprendentes. Los dos.

—Gracias —dijo Clay levantándose también. Sonrió. Se sentía de lo más victorioso—. No pongas esa cara de preocupación, Peter. Al final todo saldrá bien.

—¿Para ti o para el país?

—Oh, es lo mismo. ¿No te lo había dicho nunca?

Pero aunque el tono de Clay era de broma, Peter sabía que pensaba exactamente lo que decía.

—No, no es lo mismo.

Peter defendía su terreno como un pesado obstáculo caído por accidente en el camino del otro.

—Bueno, ¿quién puede decirlo? —dijo Clay, intentando rodear a Peter, quien deliberadamente le bloqueaba el paso hacia la puerta, queriendo evitar que se le escapase la presa.

—Yo, entre otros.

—¡Entonces dilo! Explica a todo el mundo qué tengo de malo. Por cierto, ¿qué tengo? —dijo Clay sonriendo de manera atractiva.

—Lo escribí una vez —dijo Peter—. Lo dije todo, creo.

—Pero nadie te creyó.

—Pero eso no lo hace menos cierto. Para ser franco, no eres lo que pareces. Desde luego, la mayor parte de la gente tampoco lo es, pero entre lo que tú eres y lo que aparentas hay un millón de dólares de publicidad que intenta hacernos creer que eres un héroe de guerra, lo cual es mentira, un senador serio y reflexivo, lo cual es mentira, un hombre inspirado por los mejores motivos, lo cual…

—¿Cómo puedes empezar a saber lo que soy y cómo soy?

La voz era dura, y el rostro estaba ahora tan gris como el que un momento antes les había mirado desde la pantalla del televisor.

—Sé lo que has hecho y lo que has dejado de hacer. Políticamente, juegas al ajedrez. Si los sondeos de opinión indican un movimiento hacia la izquierda, tú te vas hacia la izquierda. Un ordenador podría prever tu postura en cualquier tema. —Peter se volvió a Aeneas—. Siempre has tenido razón acerca de él. Ejerce la política en el vacío. No hay nada en él, excepto el deseo de ser el primero.

Clay retrocedió alejándose de Peter y se fue hacia Aeneas, como buscando un aliado. Pero luego se detuvo de pronto, consciente de que podría parecer que se retiraba. Se volvió a Peter diciendo:

—Me envidias porque tu padre se interesa en mi carrera y no en la tuya…

Lo inesperado de aquel ataque hizo que Peter soltase una carcajada.

—¡No! Inténtalo de nuevo. Al no haber tenido nunca padre, exageras su importancia para los que estamos equipados en ese aspecto. No estoy celoso de ti por nada, salvo tal vez por tu extraordinaria suerte; es digna de admiración, pero bueno, no tiene nada que ver contigo…

—Estás celoso de mí —dijo Clay con obstinación— por Enid.

Peter pensó que tal vez habría subestimado a Clay. Sabía que el enemigo era atrevido, pero lo creía incapaz de decir la verdad.

—No estoy seguro —dijo— de que celoso sea la palabra. Pero te diré que nunca podré perdonarte a ti ni a mi padre que la asesinaseis.

Con ojo clínico, Peter se fijó en que la cara de Clay se había quedado sin expresión, como salida de un molde de metal.

Cuando Clay habló, su voz no tenía entonación alguna.

—Hice lo que pensé que era mejor para ella. Era una alcohólica y me dijeron que era incurable. Tal vez nos equivocamos al encerrarla. No lo sé. Pero la quería, aunque tal vez no tanto como tú.

Peter se preparó para el golpe que sabía que le iba a asestar.

Ahora Clay estaba dispuesto a llegar hasta el final y derribar la casa.

—Me explicó lo que había pasado. Me lo dijo todo. Por eso siempre tenía miedo de ti. Por lo que hicisteis los dos aquel día en esta casa, en el sótano, en el almacén, juntos.

En el silencio de la habitación, un reloj dio la media hora. Clay recogió los restos de la mesa lacada y los colocó en el escritorio.

—Le diré a Irene que alguien rompió la mesa. Supongo que podrá hacerla arreglar. —Se dirigió a la puerta. Se detuvo—. Enid no tenía secretos. También era una embustera, así que tal vez…

Pero en lugar de finalizar la frase, Clay se fue de la habitación.

—Bien —dijo Peter a Aeneas después de un prolongado silencio —, el héroe ha hallado finalmente a su autor.

—No es eso en absoluto.

Aeneas estaba más afectado que Peter por lo que había oído. Entre la clase media a la que él pertenecía y la clase cuya existencia él negaba con frecuencia, había claramente una división más significativa de lo que había sospechado: de repente los sueños de culpabilidad de una clase se revelaban como los actos esenciales de la otra.

—Buena suerte —dijo Peter, disponiéndose a marcharse, pero Aeneas lo cogió del brazo, como buscando apoyo.

—De veras, el hecho de que le ayude no significa lo que piensas.

—No te he dicho lo que pienso —dijo Peter sin vigor—. Pero, dime, ¿por qué vas a ayudarlo?

—Para empezar, creo que será presidente.

Aquella franqueza era impropia de Aeneas.

—Desde luego, eso es posible, por lo cual debemos procurar que…, *yo* debo procurar que fracase.

—¿No crees que la gente cambia o crece? —preguntó Aeneas, haciéndose eco de la publicidad más reciente.

Según los escritores de las revistas, en los últimos años Clay había «crecido» y «profundizado», hasta el punto de que ahora todo

el mundo, menos los irremisiblemente fanáticos, admitía que poseía una «nueva madurez».

—Por supuesto, la gente cambia: cambia de táctica. Clay ejerce la conservadora. Ahora te necesita. Es perfectamente sencillo.

—Suponiendo que tengas razón, simplemente por cuestiones prácticas, ¿no es una buena idea unir fuerzas con él, tratar de influir en él?

El argumento de Aeneas era demasiado previsible y Peter lo interrumpió.

—No seas ingenuo. —Dejó atrás a su viejo maestro—. Te utilizará. Tú nunca lo utilizarás a él.

—Eres injusto. —Aeneas se obstinaba—. Creo que es más que eso.

—Bueno, escríbele ese libro y luego ya veremos.

Peter fue hacia la puerta, sin molestarse siquiera en averiguar cuándo y cómo y a iniciativa de quién se había forjado aquella increíble alianza.

Pero Aeneas no lo dejaría ir. Quería consuelo.

—Si Clay fuera capaz de llevar a cabo todas las cosas que tú crees que deberían hacerse, ¿seguirías oponiéndote a él?

—Es que no lo hará. Continuará de la misma forma en que ha actuado siempre, dando los pasos imprescindibles. Pero incluso si de repente fuera milagrosamente útil, seguiría oponiéndome a él.

—¿Por qué? Por… por…

Pero diez años de análisis freudiano habían preparado a Aeneas únicamente para una conducta simbólica.

—Ya sabes las razones. Al fin y al cabo, la mitad me las enseñaste tú. A Clay no le importa nada salvo él mismo, y su ser no es lo suficientemente bueno, especialmente si las cosas nos van mal a nosotros.

—¿Hay alguien que sea mejor? ¿No son todos iguales?

El repentino desaliento de Aeneas hizo reír a Peter.

—Parece que me oigo a mí hace unos años. Yo soy el que educaron para creer que todo esto no era más que un juego y que,

fuera quien fuese el que se llevase el premio, la vida continuaba…, mientras que *tú* poseías el sentido moral, veías el objeto de la historia, deseabas un cambio radical.

—Y todavía soy así. No he cambiado. Yo sólo…

—Has cambiado si piensas que Clay es lo que tú quieres.

—Creo que es educable —dijo Aeneas obstinado—. El hecho de que haya venido a mí prueba que…

—Prueba que no es tonto. —Ahora Peter veía claro que a pesar del evidente desasosiego de Aeneas, el proceso de racionalización, ya iniciado, se resolvería de inmediato a favor de Clay. El poder era irresistible hasta para este escribano antaño incorruptible. Como último testamento a una vieja amistad, Peter le hizo una confesión —. ¿Sabes? De una manera horrible, me parezco mucho más a Clay que a ti. Me educaron para respetar hechos, no teorías; victorias, no virtudes. Veo la política como la improvisación del hombre. Tú la ves como una serie de augustos documentos de opinión que reflejan un vasto proceso histórico. A la larga, puede que tengas razón. Pero de momento los premios van a parar a manos de los hombres ocupados y vacíos como Clay, y aunque puede que sea injusto con mi casta, estoy a su altura, algo que tú nunca lograrás.

—Pero no es tan vacío. Es, desde luego, mucho más liberal de lo que tú le concedes, y con ayuda de gente como nosotros…

—¡Oh, por Dios, Aeneas, eres un estúpido!

Peter no había querido alzar la voz, pero era auténtico hijo de su padre, lleno de esa pasión del magnate por imponer su voluntad a los demás. Pero mientras que su padre había elegido un sendero convencional para llegar a cimas conocidas, Peter había intentado ir raíces abajo, esperando encontrar la fuente de su propio descontento con un mundo demasiado ansioso de recibirlo y de darle todo lo que él pudiera desear en la manera habitual. No obstante, él sabía que lo que realmente quería era simplemente saber lo que era bueno, y puesto que no podía aceptar absolutos, poco más podía hacer que resistirse a lo que le parecía totalmente malo, consciente de que en el momento en que dejara de decir

«no», se hundiría como Aeneas al nivel de Clay, que era el siguiente: ¿funciona o no?, ¿uno sube o baja? Ahora, aturdido por las perspectivas de poder material, Aeneas había sido absorbido por Clay, ante la pena, que no la sorpresa, de Peter. Pues ser humano es ser previsible. No le quedaba otra cosa que disculparse.

—Lo siento —dijo—. No quería gritarte.

—Lo comprendo —dijo Aeneas temblando—. Estás muy afectado, naturalmente, después de lo que se ha dicho…

—Yo siempre estoy afectado —Peter sonrió—. Bien, buena suerte.

—Me vendré a vivir a Washington —dijo Aeneas, y pareció sentirse regularmente miserable ante aquellas bonitas perspectivas —. Quiere que esté aquí, a tiempo completo.

—Entonces te veremos más —dijo Peter, sintiendo la amistad acabada. Abrió la puerta al vestíbulo—. En todo caso, disfrutarás de *lo auténtico* —dijo—, independientemente de cómo acabe.

★ 2 ★

Clay no había querido contarlo todo, pero por un momento había perdido los estribos. Acosado por Peter, había hecho uso de su última arma, precipitándose, por lo cual, lo sabía, sin duda tendría que pagar. Pero toda derrota de Peter le resultaba una tentación irresistible, se dijo, extenuado, cuando entró en el salón, convirtiéndose de inmediato en el centro de atención. Durante los últimos meses, la publicidad de Clay había sido tan intensa que mientras antes la gente lo consideraba de interés porque era un hombre joven en ascenso, ahora era considerado con admiración como *el* hombre joven en ascenso. No había otro comparable en todo el país, hecho que él había llegado a dar por sentado. Todo estaba saliendo exactamente como Blaise había previsto.

Al otro lado de la sala, debajo de un tapiz moderno, había una chica que no había visto antes. Era alta, delgada, con cabello rubio y

brillante y pecas. Exactamente lo que necesitaba en aquel momento, pero desistió de llegar hasta ella porque entre ambos había una habitación llena de gente con ganas de hablar con él, verlo, tocarlo; el espacio entre él y la muchacha era como una desesperada carrera de obstáculos con minas enterradas y manojos retorcidos de alambre espinoso ingeniosamente colocados. Sin embargo, intentaría el peligroso trayecto, pues la chica valía la pena. Ella no había mirado ni una sola vez en dirección a él.

—¡Blaise dice que has estado espléndido en la televisión!

Clay sabía que los entusiasmos de Irene eran equitativos. Estaba enamorada en igual medida del senador Taft, del gobernador Stevenson, del general MacArthur, y, por supuesto, del presidente, al que había avasallado recientemente en una recepción insistiéndole en que hablase francés con ella, pues ¿acaso no había liberado, él solo, aquel *doux vert-pays* que era Francia?

Pero ahora que Irene era la señora Watress su entusiasmo por alguien célebre quedaba quebrantado por el hecho de sus nuevos parientes, y, como ya había hecho una aportación considerable al fondo central de Clay, tendía a reservar sus mejores hipérboles para el marido de su sobrina y futura primera dama.

Clay le dijo que pensaba que no lo había hecho del todo mal en la televisión.

—Pues naturalmente que lo hiciste bien. Siempre lo haces porque eres una persona *completa*. Ése es realmente el secreto, ¿sabes?, ¡en todo! —Irene recorrió con la mirada la habitación que había creado y la gente que había convocado para llenarla—. Hay que ser atrevido. Pero al mismo tiempo uno tiene que estar *dans le vrai*.

Millicent Smith Carhart se acercó a ellos, con Lucy Shattuck pisándole los talones. De todas las damas de Washington, Millicent era la que más aburría a Clay, pero por Elizabeth le salió al encuentro, para congraciarse con ella, tarea nada fácil puesto que sabía que lo consideraba responsable del suicidio de Burden.

—¡Dicen que vas a dar tu voto para condenar a ese hombre horrible! —dijo la señora Carhart aferrándose a Lucy para apoyarse.

—Esa es mi intención —respondió Clay con la más triunfal de sus sonrisas, pero sus diminutos ojos, velados por cataratas, no lo veían.

—¡Estoy tan contenta! Ha ido demasiado lejos y eso no debemos permitirlo. —La expresión de Millicent era sombría—. Las cosas —dijo siniestramente— son ya lo suficientemente frágiles hoy en día.

—La verdad —dijo Lucy Shattuck—, haces que parezcamos una de tus teteras Meissen, llenas de grietas.

—Ojalá fuésemos tan distinguidos —dijo Millicent—. ¿Sabes? La última vez que hablé con Burden Day quería presentar moción de censura contra el senador McCarthy y fui *yo* la que dije que no. Nunca había estado tan equivocada.

—Entonces podría haber sido prematuro —dijo Clay, observando a la muchacha, que hablaba ahora con un joven que él no conocía. Tenía que llegar a ella como fuese, antes de perderla para siempre en manos del extraño. Pero aunque Millicent insistió en hablar de Burden Day, Clay se negó a que le afectase. Lo pasado, pasado estaba; nunca miraba atrás. No obstante, en su momento, no sólo le había afligido la muerte de Burden, sino que se había puesto furioso con Harold por haberla provocado. Al fin y al cabo, Harold se había enterado de su arreglo con Burden y por pura fidelidad —por no decir sentido común— tendría que haber guardado silencio. Pero Harold era morboso, como Blaise había observado, y había que aceptarlo como era o no aceptarlo en absoluto. En todo caso, la muerte de Burden fue una fuerte impresión para Clay, que había querido sinceramente al hombre en cuya compañía había pasado la mayor parte de su juventud. Incluso al final, Clay había seguido admirando al senador y confiaba en que el anciano sintiese lo mismo hacia él; a fin de cuentas, Burden Day había sobrevivido a muchas guerras políticas y sabía que cuando a uno le llega la hora de marchar, perdida la última batalla, no queda otra cosa que ceder el puesto con toda la gracia que le sea posible. ¿Acaso no había demostrado, al aceptar el dinero de Nillson, que era eminentemente práctico y comprendía el mundo en que vivía?

Clay intentó zafarse de las damas. Dijo que tenía que hablar con Harold Griffiths. Pero Millicent no le dejaba marchar.

—Primero cuéntanos algo del presidente. ¿Qué piensa *él* de McCarthy?

—El presidente es republicano —dijo Clay—. No confía en mí. En realidad, apenas le conozco.

—¡Pero eso es imposible! —dijo Millicent aparentemente desconcertada—. Sea como fuere, el presidente debe de estar encantado con lo que está sucediendo. ¡Se parece tanto a mi tío, un hombre *bueno* y amable!

—Estoy seguro de que es así —dijo Clay, totalmente seguro de que Eisenhower no era ni amable ni bueno.

La última vez que se habían visto, el presidente se había dirigido a él llamándole «Overbury», como si fuera un miembro joven del personal administrativo y no un miembro del augusto Senado cuyo peso constitucional era exactamente igual al del primer magistrado.

Finalmente, Clay se libró de las damas y se dirigió hacia Harold, que se hallaba en medio de la habitación; por el camino, intercambió bromas con media docena de extraños quienes, por el hecho de conocerlo de la televisión, suponían que él los conocía. En el momento en que llegó hasta Harold, la muchacha y su joven entraron del brazo en la sala de cartas.

—¿Quién es ella? —preguntó Clay en voz baja, señalando la puerta por la que la chica acababa de pasar—. La alta, de pecas.

—Una prima de Ogden Watress…, de tu mujer —añadió Harold maliciosamente—. Ha venido a pasar el fin de semana. Está prometida a uno de Nueva York. Si será o no, como dicen tus amigos de Hollywood, ligera de cascos, no lo sé.

—Gracias por el extracto —dijo Clay secamente.

El hecho de que la chica fuera pariente de Elizabeth podría complicar las cosas —para la chica, más que para sí mismo, puesto que para él era un apetito, nada más. Pero aquello, sabía él, no era del todo verdad. A medida que pasaba el tiempo, descubría que necesitaba más y más mujeres; y no simplemente por placer. Lo que

le deleitaba era la victoria, no sólo sobre la mujer que consentía, sino indirectamente, sobre todos los demás hombres que la habían deseado. Ya le excitaba el pensar que la chica estaba comprometida con «alguien de Nueva York»; a través de ella, él podría conquistar a aquel misterioso «alguien de Nueva York» y, ni qué decir tiene, al joven que acababa de acompañarla a la sala de cartas.

Clay quería simplemente arrasar. Y aunque el peligro del escándalo existía siempre, no tenía intención alguna de cambiar, a pesar de las veladas advertencias de Blaise. Veladas, porque la acusación de Enid les había hecho a los dos profundamente cautelosos con el otro. Ninguno de los dos confiaba en el otro, fuera del terreno político. No obstante, Clay estaba razonablemente convencido de que el interés de Blaise por él no era sexual. Más bien, era una forma de revivir viejas ambiciones. De la misma manera en que Clay conseguía poder sobre los hombres conquistando a sus mujeres, Blaise lograba una sensación de poder en el mundo manipulando la carrera de Clay.

No sin razón, Blaise recelaba. Hacía poco tiempo le había dicho a Clay que tal vez no debería ser tan —como dijo él eufemísticamente — «social». Pero Clay era fatalista. Lo que tenía que suceder sucedería; en todo caso, era demasiado tarde para cambiar su naturaleza, como Elizabeth había descubierto.

Desde el principio, Clay había puesto como condición a su matrimonio que él continuaría como era y ella había aceptado, haciéndose creer a sí misma y a Clay que, como su posición de esposa nunca se pondría en peligro, no había motivo racional para poner objeciones a sus breves placeres. Pero naturalmente que objetó, aunque nunca directamente. El sentía hacerla sufrir, pero no estaba dispuesto a ser distinto. Además, ella nunca había ignorado con quién y con qué se casaba, y aunque a él le gustaba y se sentía orgulloso de su éxito en sociedad, no le interesaba de la manera que le había interesado Enid. De hecho, dramatizando inconscientemente la diferencia entre las dos, había dejado claro a Elizabeth (sin decírselo directamente) que si quería buscarse un amante

discretamente, podía hacerlo, y sospechaba más bien que lo había encontrado, porque últimamente ella estaba más relajada y cómoda de lo habitual en su compañía, incluso en privado; demostrando que su felicidad matrimonial acabaría dependiendo de los oficios de otros.

—¿Cómo te ha ido en la reunión con Aeneas Duncan? —preguntó Harold.

—Está con nosotros.

El joven que había acompañado a la prima de los Watress a la sala de cartas regresó solo, un signo de esperanza.

—¡Increíble! —Harold parecía verdaderamente asombrado y Clay se preguntó si no sentiría celos de Aeneas como rival potencial—. ¡Si puedes engañar a Aeneas Duncan, puedes hacer lo que sea!

—¿Engañar? No sé qué significa esta palabra.

Clay estaba encantado de que la muchacha estuviese sola.

—Peter se pondrá furioso.

Clay frunció el entrecejo; se acabó el placer que experimentaba pensando en la chica.

—Ha venido a la biblioteca mientras estaba con Aeneas. Lo sabe todo, excepto que fue Aeneas el que vino a nosotros.

—Bien, se va quedando aislado poco a poco.

Sombríamente, Harold predijo el fin de *La Idea Americana*, pero mientras hablaba, Clay sólo podía pensar en Peter y Enid juntos, haciendo el amor. No había dado crédito a Enid cuando, una noche de borrachera, le había balbuceado toda la historia. Era el tipo de mentira extravagante que a ella le cautivaba, como acusarlo a él y a Blaise de ser amantes. Casi se había olvidado de aquella historia, hasta que, enfrentado a la hostilidad de Peter, la había recordado y, dejándose llevar, la esgrimió, descubriendo, por la expresión de Peter, que por una vez Enid —terriblemente— había dicho la verdad. Pero él se negaba a pensar en las implicaciones; se negaba a reconocer lo que era, en efecto, un triunfo para Peter, un triunfo demasiado doloroso de contemplar, porque haber sido el segundo

con Enid era no haber sido nada. Apartó a un lado el pasado, se zambulló en el presente.

Harold habló de una reunión que había tenido con Adlai Stevenson, quien, aparentemente, miraba con buenos ojos la idea de tener a Clay como compañero de candidatura; no obstante, el gobernador no había hecho ninguna promesa, puesto que, como él mismo señaló, no había garantía alguna de que fuera designado por segunda vez. Ambos reflexionaron acerca del líder titular de su partido. A Harold, el estilo de Stevenson le parecía atractivo, pero no así a Clay. Era demasiado apasionado. A Clay le disgustaba especialmente el constante tono moralizador, lo cual hacía parecer que el político creía realmente en lo que estaba diciendo, y aquello era imposible. Pero, con hipocresía o sin ella, la atracción que Stevenson ejercía sobre los jóvenes era innegable. Afluían a él en tropeles. Mientras la trivialidad de Eisenhower daba seguridad a la mayoría de mediana edad, la retórica de Stevenson enardecía a los que, propiamente, deberían ser admiradores de Clay. Pero el tiempo jugaba a favor de Clay. Podía permitirse el lujo de esperar…, excepto en lo relativo a la chica de la sala de cartas.

Clay dejó a Harold y atravesó la habitación a toda prisa en dirección a la puerta de la sala de cartas, donde se detuvo, abrumado: la sala estaba tan llena de pinturas y esculturas que parecía una galería de arte en la que los invitados se movían tímidamente de un objeto a otro, como si no estuvieran seguros de si estaban o no a la venta.

Delante de una figura de piedra achaparrada cuyos lóbulos de las orejas eran pendulantes, estaba ella, completamente sola, al parecer absorta en la escultura. Después de cerciorarse de que nadie los observaba, Clay se dirigió a la muchacha (¿había un solo hombre sobre la tierra que no la desease?) y le dijo:

—¡Hola!

★ 3 ★

Blaise se hallaba solo al final del vestíbulo, de pie junto a una ventana cubierta de escarcha, contemplando lo que habían sido sus dominios.

—Supongo que construirá una pagoda china o tal vez una casa de té japonesa —dijo Peter acercándose a su padre.

Por un instante, estuvieron en armonía. Blaise criticó las obras de Irene hasta que se recordó: «Cuando vendas algo, olvídate de ello».

—Muy sensato —dijo Peter, dibujando una cruz en el cristal empañado de la ventana—. Acabo de hablar con Aeneas.

—Sí, ha aceptado echarnos una mano. *Yo* pensé que era una buena idea —dijo Blaise sin rodeos.

—Desde luego que lo es, para ti y para Clay. —Peter estaba sereno—. Aunque triste para mí, por supuesto.

—Sí —dijo Blaise poniendo fin al tema—. Irene está también en un brete.

—¿Porque está relacionada a la vez con Clay y conmigo?

Blaise asintió.

—Por casualidad, ¿no estarás sugiriendo que se salga del brete?

Peter sentía curiosidad por saber hasta dónde llegaría su padre por Clay.

—No. Nunca aconsejo, a menos que me lo pidan. Ella no me lo ha pedido.

—¿Pero si lo hace?

—Clay tiene que llegar a presidente —dijo Blaise sorprendentemente, y para él singularmente, apacible.

—Te ha dominado completamente, ¿verdad? —Peter consiguió igualar la calma de su padre—. Enid tenía razón.

Con una mano, Blaise borró la cruz del cristal, como borrando las últimas palabras de su hijo.

—Enid… —empezó a decir.

—No sé *cuánta* razón tenía, ni quiero saberlo. Pero has llegado demasiado lejos con Clay. —Con un cierto placer, Peter vio cómo la

conocida furia asomaba, pero antes de que Blaise pudiese hablar, Peter lo interrumpió—. No he dicho más que lo que piensa todo el mundo, pero no se atreven a decir, por miedo.

—Entonces te sugiero que también aprendas a temer.

A su padre le habían subido los colores.

—Demasiado tarde —dijo Peter fríamente.

—¡Eres tan… *vanidoso*!

Blaise cargó en la palabra toda la potencia de su voz, provocando comentarios a media voz entre los recién llegados que se hallaban en el vestíbulo.

—Siempre hay que pagar un precio para sobrevivir —dijo Peter, encantado ante el despliegue de emoción de su padre—. De todos modos, la vanidad es connatural con nosotros dos.

Pero Blaise seguía siendo capaz de sorprender, continuó el hilo de sus pensamientos.

—Por creer que lo entiendes todo, te pusiste del lado de Enid, sin saber siquiera lo que *ella* había hecho.

Peter se asustó. Acostumbrado a hacer aceptar como leyes sus afirmaciones de agrado o disgusto, Blaise no tenía la costumbre de dar explicaciones.

—¿Qué es lo que hizo que yo tendría que tener en cuenta? —preguntó Peter, contemplando a su padre con curiosidad.

—Que fue ella la que rompió el matrimonio. Fue ella la que tuvo un amante, no Clay. Él la pescó a ella, no al revés, y luego, por su bien, por el bien de la familia, asumió las culpas.

—¡No lo creo!

Peter estaba sorprendido no de lo que había hecho Enid, puesto que ella era capaz de cualquier cosa, como él sabía mejor que nadie, sino de que Clay hubiese cargado con las culpas. No era propio de él, a menos que se hubiese equivocado totalmente al juzgar al enemigo, lo cual era impensable. Aun así, tuvo un momento de pánico.

—Pregúntale a tu madre. Enid se lo explicó todo, justo antes de que…, antes del final. Así que, como ves, Clay no tiene la culpa de

nada.

Peter vislumbró brevemente lo que creyó que era la verdad.

—Tal vez no. Tal vez sí que la protegió…, lo cual no era ninguna estupidez, sino la mejor manera de ganarte, el tipo de gesto que tú aprobarías; y lo hiciste. Pero aunque fuese esto lo que ocurrió, sigue siendo el hombre que la hizo encerrar y a causa de lo cual está muerta.

—Yo la encerré. La responsabilidad es mía.

Blaise dio todo su peso al orgulloso pronombre.

Peter respetó la falta de habilidad de su padre para tergiversar su propia persona y, por decir la verdad, dio a Blaise exactamente lo que se merecía.

—Entonces Enid tenía razón. Tú amas a Clay. Y estás loco. —Antes de que Blaise pudiese reaccionar, Peter abrió enérgicamente la puerta de la terraza. Un viento frío los hizo estremecer—. No es que haya que avergonzarse de nada. Todo lo contrario. Eres digno de envidiar. Yo no amo a nadie excepto a Diana, y ni siquiera en tu estilo pomposo. Simplemente hubiese deseado que no hubiese sido a Clay. Él no vale la pena. Pero, bueno, eso no es asunto mío. De todos modos —dijo sonriendo al recordar algo que había dicho Aeneas un día—, es la calidad de la pasión lo que importa, no el objeto.

Peter salió y cerró la puerta.

Se quedó de pie en la terraza e inspiró profundamente repetidas veces, como queriendo limpiar sus pulmones de todo el aire que había respirado en Laurel House desde su niñez. Luego, mareado por el exceso de oxígeno y sin sentir para nada el frío, atravesó el césped. Bajo sus pesados pasos, la hierba helada crujía, mientras él avanzaba pasando por la Venus de mármol y el dios Pan de yeso, últimas reliquias de los tiempos de Frederika.

Ante su sorpresa, se halló pensando en Billy Thorne, al que se había encontrado accidentalmente semanas antes en casa de un banquero conservador, al que Peter veía de vez en cuando, en parte porque lo conocía de toda la vida, pero sobre todo porque en

cuestión de minutos podía determinar, por la conversación de su anfitrión, el ambiente espiritual no sólo del ala conservadora sino de su presidente, una figura confusa y confundida que, al aceptar una tregua con los norcoreanos (aun aparentemente prosiguiendo con vigor la guerra santa contra el comunismo), encantaba a Peter tanto por sus hechos, que le parecían admirables, como por sus palabras, que le parecían perfectamente americanas en su inconsciente hipocresía. No le sorprendió encontrar a Billy en casa del banquero, porque aunque Billy no era todavía un converso al catolicismo (por lo general, el último puerto de los absolutistas de izquierdas desilusionados), sí hablaba mucho en televisión sobre la conspiración comunista. No obstante, a pesar de toda su actividad, Billy le pareció extrañamente discreto cuando Peter lo saludó. Hablaron de McCarthy y Billy dijo que por vulgar que fuese aquel hombre, había hecho un buen trabajo al hacer público el alcance de la conspiración comunista. A lo que Peter respondió diciendo que, personalmente, a él le había impresionado lo pequeña y mal organizada que estaba la conspiración comunista, suponiendo que McCarthy la hubiese descubierto. Luego preguntó a Billy qué era lo que le había convencido finalmente de que Marx estaba equivocado y Eisenhower tenía razón. Queriendo parecer consecuente, Billy giró y retorció sus argumentos de tal forma que Marx y Eisenhower se convirtieron por unos momentos en el Cástor y Pólux de un nuevo orden. Pero en realidad era un ingenuo. «Me di cuenta de que no puedes cambiar a nadie si no es a punta de pistola y no quería ser yo quien la empuñase». Pero la sugerencia de Peter de que tal vez el cambio podía conseguirse de manera menos espectacular, no era aceptable en la naturaleza extremista de Billy. Cuando un dios fallaba, era necesario elegir otro, y a Peter, que no tenía dioses, le pareció una falta de delicadeza y un acto cruel censurar un temperamento tan distinto al suyo. Había llegado al borde de la piscina, en la que habían colocado un leño de madera para que el hielo no agrietara el cemento en su expansión. El sol brilló por un instante y los pálidos rayos lo calentaron; luego las nubes ocultaron el sol y el cielo;

pronto nevaría. Se dirigió a la caseta de la piscina e intentó abrir la puerta del vestuario de hombres, pero estaba cerrada con llave. Al fondo de la terraza se detuvo y miró hacia abajo, al río medio helado, y pensó en James Burden Day.

Habían sido unos días de desesperación para todos ellos, especialmente cuando Diana había intentado convencer a Ed Nillson de que se querellase contra Harold Griffiths y Nillson le había dicho cruelmente que la historia de la venta de tierras era cierta. Diana no había vuelto a mencionar a su padre a Peter salvo una vez que estaba intentando determinar exactamente cuánto dinero habría gastado Blaise en la elección de Clay al Senado. La cifra a la que llegaron se aproximaba a los dos millones de dólares. Deplorando, no sólo la extravagancia de su padre, sino también el sistema que la había hecho necesaria, Peter acusó a ambos hasta que Diana dijo: «Todos lo hacen. ¿Por qué no iban a hacerlo Clay y tu padre?». «Por un lado es —y no es que piense que a nadie le importe— ilegal». «¿Y qué diantres significa *eso*? —dijo ella con aire despreciativo—. La ley no se les aplica a ellos. Y a nadie le afecta lo más mínimo, salvo a ti y a mí, y a mi pobre padre, que pensó que tenía que participar en el juego y cuando lo hizo, lo pillaron al instante. Y eso fue lo que lo mató». «¿Que lo pillaran?». «No, el intentar ser como ellos. Él creía realmente que hay ciertas cosas que no se deben hacer mientras Clay se da cuenta de que la única cosa que nunca debería hacerse es perder el juego. Por ello vencerá. Es exactamente el tipo de persona que los tiempos requieren». A lo que Peter había respondido inevitablemente: «Entonces, debemos procurar que su victoria no sea fácil».

Ella había aceptado. Cuanto más se conocían, más íntimos se hacían, y ahora Peter estaba seguro de que ya casi había llegado el momento en que podría hacer el gesto que por fin ella necesitaba y que él había deseado siempre, pero que no haría hasta que estuviese convencido de que la aversión que ella sentía por Clay no era simplemente una de las máscaras habituales del amor. Ahora estaba tan seguro de ella como de cualquier otra cosa y aunque

había empezado queriéndola más que ella a él, al reprimir una parte de sí mismo, por no hablar ya del hecho del matrimonio, los sentimientos de ella habían ido cambiando hasta equilibrarse con los suyos. Por fin, no sólo era ella lo que él deseaba, era lo que necesitaba porque sólo ella comprendía las repentinas tormentas de revulsión hacia los de su propia clase que le hacían desesperar periódicamente, y aunque ella compartía su repugnancia, nunca, ni siquiera por un momento, dejó de pensar que el esfuerzo de continuar diciendo y haciendo lo que había que decir y hacer valiese la pena. Amándola por su constancia, a menudo en compañía de ella era capaz de olvidar durante mucho rato lo que él creía que era el problema humano: que las generaciones de hombres van y vienen y, en la eternidad, no son más que las bacterias de una filmina luminosa, y la caída de una república o la ascensión de un imperio —tan importantes para aquellos que participan en ellas— no son siquiera detectables sobre la filmina, ni siquiera al ojo interesado en contemplar esa especie en permanente proliferación que o se extinguirá a tiempo, o, con suerte, se convertirá en otra cosa, puesto que el cambio es la naturaleza de la vida, y su esperanza.

8 de mayo 1962, Barrytown, Nueva York
15 de septiembre de 1966, Roma

EPÍLOGO

Entre 1965 y 1975 escribí, aunque no en orden, una Trilogía Americana. Aunque la primera en publicarse fue *Washington D.C.*, en realidad es el último volumen de mi narrativa de la vida en Estados Unidos a través de una familia desde la Revolución (Burr), pasando por la edad dorada (1876), hasta el punto culminante del Imperio Americano, *Washington D.C*.



EUGENE LUTHER GORE VIDAL (West Point, Nueva York, EE. UU., 3 de octubre de 1925 - Hollywood Hills, EE. UU., 31 de julio de 2012). Más conocido como **Gore Vidal**, es un escritor, ensayista y guionista estadounidense.

Hijo de un instructor aeronáutico en la academia militar de West Point, estudió en la Phillips Exeter Academy y en 1943 se alistó en el Ejército, donde permaneció hasta 1946. De esa fecha es su primera novela, *Williwaw*, el nombre de un violento viento ártico, con la que queda adherido a la tradición realista de la narrativa norteamericana.

Su segunda novela, *In a Yellow Wood* (*En un bosque amarillo*, 1947) relata las dificultades de un combatiente veterano para reinsertarse en la sociedad civil. *The City and the Pillar* (1948) es su tercer relato y el comienzo de su distanciamiento con el gran público, con una historia de homosexualidad que produjo un desproporcionado escándalo. Siguen aún algunos títulos como *The Season of Confort* (1949), *A Search for the King* (1950), *Dark Green, Bright Red* (1950), *The Judge of Paris* (1952), y *Messiah* (1954), tras lo cual se produce un paréntesis de diez años en que el autor dedica su talento a los medios televisivo y cinematográfico.

En 1964 recomenzó su carrera literaria con *Julian* (*Juliano el Apóstata*), biografía novelada del emperador romano que es, para algunos críticos, su libro más logrado. Pero la obra de G. Vidal, amplia, diversa y fuertemente crítica en todos sus aspectos, tiene

también piezas teatrales y ensayos. Con el seudónimo de Edgar Box escribió asimismo una serie de relatos detectivescos. Entre sus últimas novelas publicadas están *Myra Breckinridge* (1968), *Two Sisters* (1970), *Burr* (1972) —que es la biografía de Aaron Burr, vicepresidente de Estados Unidos con el gobierno de Alexander Hamilton—, *Kalki* (1978), *Creation* (1981), *Lincoln* (1984), *Empire* (1987) y *Hollywood* (1989).

Notas

[1] En inglés, *garbage* significa «basura». (*N. de la T.*).

[2] La mandala es un instrumento de culto oriental y no tiene traducción. (*N. de la T.*).